REVISTA

PINTORESCA

DEL

Avisador Malagueño.

VII

MATERIAS QUE CONTIENE LA REVISTA DE 1852.

ESTUDIOS DE CIENCIAS NATURALES.

Algunos insectos. = El Orangutang.=La Gutta-perka.=El Lobo.=El mundo invisible. = El Hipopótamo. =Algunos peces. = De las hormigas.

ESTUDIOS HISTÓRICOS.

Toma de Tolon.=Caida del Dictador Rosas en Buenos-Ayres.

ESTUDIOS BIOGRÁFICOS.

El Cardenal de Retz.= Maquiavelo.

ESTUDIOS LITERARIOS.

Diferencia entre la literatura antigua y la moderna. =Literatura alemana.

VIAJES.

Un naufragio.=La gruta de la Balme.=Constantinopla y la embocadura del Bósforo.=La gruta de los Gigantes en Kentucky.=Bukarest y Valaquia.=Africa. El Bornou y el pais de Munga. =Las rápidas ó caidas del Niagara.=Los Cubos de Sassenage, en el Delfinado.= Los Pirineos.=Rio Janeiro. El Teide.=Ginebra y su lago.

COSTUMBRES.

El Carnaval en Roma.= Abolicion de las Suttis en la India. = Los Araucanos. = Conduccion de las mugeres argelinas en camellos.=Costumbres notables. = Tipos coetaneos.=Una caza en Rusia.=El moderno Haroun-al-Raschid =El Tocador de una dama romana.=La llave de la calle, ó Lóndres por la noche

LEYENDAS HISTÓRICAS.

El amigo del caballero de Forbin.=Una muger de ciento treinta y dos años.=Una Reyna.=La Madona de Torcuato Tasso.=El último ángel del Correggio.=El incógnito.=Josefina ó la prediccion.

NOVELAS CUENTOS Y ANECDOTAS.

El testamento falso.=La predileccion.=La pesca con redes.=Visiones de la noche en los campos.=Los casamenteros.=A mesa redonda. =El Puente de los novios. =Fantasia.=El pedigüeño. La Monja negra. = De las doce á las dos. = Anécdota histórica del tiempo de Luis XIV.=Un matrimonio forzado.=Una escena de bandidos.=El Diablo encolado. Tradicion alemana.

POESIAS.

A María Santisima. Plegaria.=Vigilia. A la memoria de Irene.=Desconsuelo. Soneto.=Ayer y hoy. Melancolias.=En el album de la señorita D.ª C. F. y R. =El Poeta. Sonetos.=A Cádiz.=Al sueño.=Un recuerdo. Meditacion.=Invitacion á D. G. de C.

EDIFICIOS Y MONUMENTOS NOTABLES.

Real sitio de S. Ildefonso ó de la Granja.=Saint-Germain-l'Auxerrois, en Paris.

INDUSTRIA Y APLICACIONES CIENTÍFICAS Á OBJETOS ÚTILES.

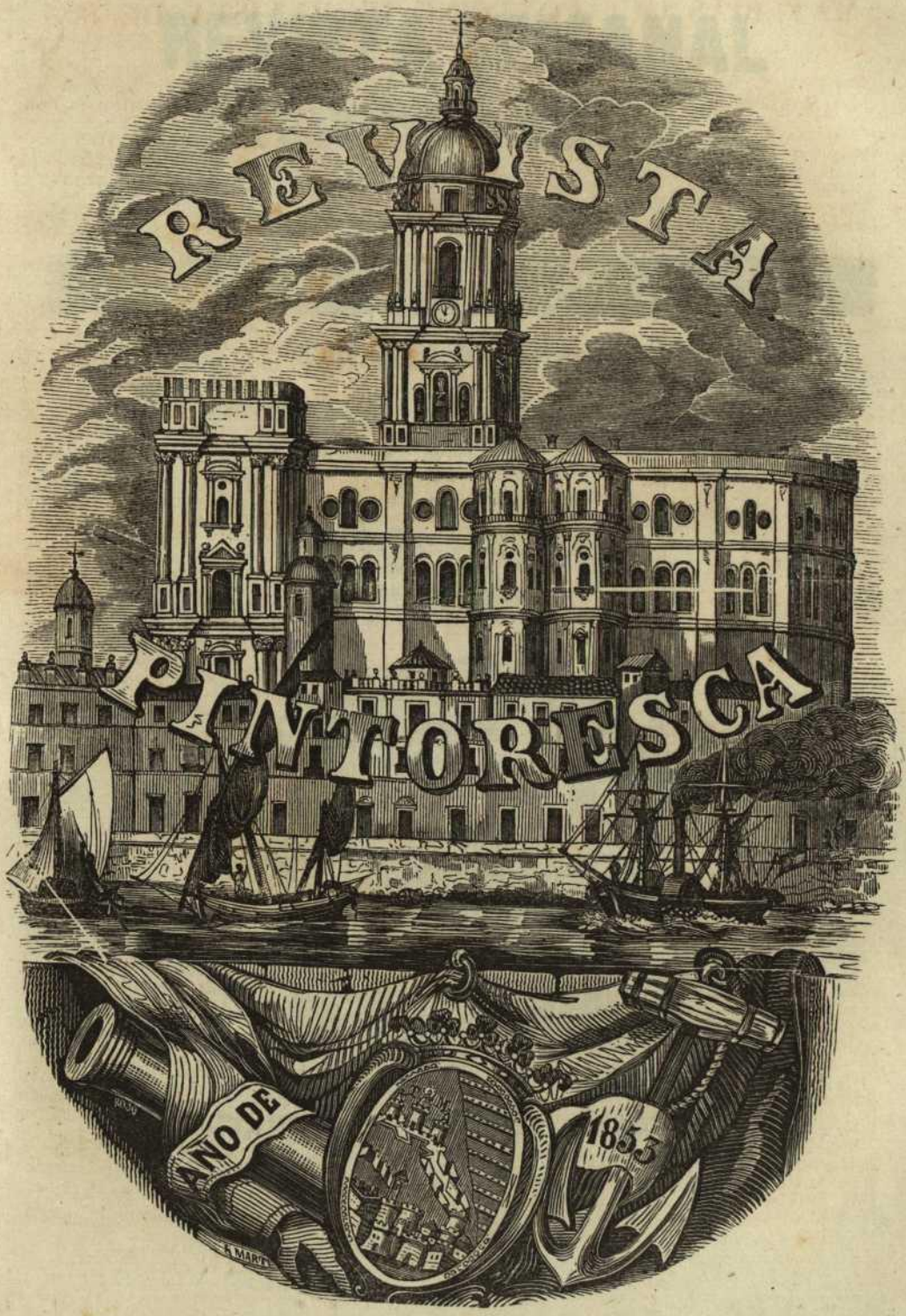
Sobre aplicaciones del sistema métrico al arte de recetar.

MISCELANEA.

Del estado del cristianismo, de las letras y de las artes en Abisinia.=Reseña del estado de la industria minera en la provincia de Málaga al finar el año de 1851, con una noticia de todas las sustancias calisas y petreas que se consumen en la misma. =De la influencia de las construcciones modernas en la literatura.=El Levita de Efraim.=De los Bancos en los Estados Unidos.=Preceptos morales de Jorge Washington.=Discurso sobre el dibujo.=A Granada. Fantasia.=Curanderos célebres.= De las sectas religiosas en Rusia.=Divinidades de la India.=Las primeras impresiones de la vida.

LAMINAS ILUSTRATIVAS QUE CONTIENE LA REVISTA DE 1852.

El naufragio.=Leopardo de mar.=Nido de aves bobas.=Los náufragos al rededor del fuego.=Metzelaar entre la nieve.=Albatros.=La gruta de la Balme.=El doctor Dofter Esther.=Vista de la embocadura del Bósforo. =El Cardenal de Retz.= Giordano Lancia hablando. =Pandolfello y el gran Senescal.=Mascarada de Carnaval en Roma.=Nido de gusano.=Nido de gusano abierto por la mitad.=Mariposa espectro.=Gusano de la mariposa espectro.=Efimeros y sus nidos.=Larvas de efimeros y hoyos que practican.= Nidos de larvas de efimeros. =Massulipatan.=La llegada de Ians =Lucha de los sobrinos de Ians.=La lima.= Juan Barth haciendo muecas á los ingleses.=El Orangutang. =El enfermo y la centenaria.=Cinq-Mars yendo al cadalso. = De-Thou abrazando al verdugo.=Gruta de los gigantes: Entrada de la avenida gotica.=Idem: Sala de las stalagmitas.= Idem: Sala de las estrellas. =Idem: El pozo sin fondo. =Idem: El Mar muerto.= Vista de Strasburgo. = Bonaparte en el sitio de Tolon. =Lorenzo en su jardin.= Maquiavelo.=Araucano á caballo.=El Levita de Efraim. =Muger argelina conducida en un camello.=El lobo.= Combate de Oluf y el caballero de la estrella roja.=El mundo invisible; lámina primera. = Idem: Monadas.= Idem: Vibriones.=Id.: Proteos. = Idem: Vorticellas.= La reclamacion.=Las rápidas ó caidas del Niagara.= Real sitio de S. Ildefonso. Fuente de los Vientos.=Id. id. Fuente de Anfitrite.=Id. id. Fuente de Andromeda.= Id. id Fuente del Canastillo.=Id. id. Plazuela de las ocho calles.=Id. id. Fuente de los baños de Diana.=Id. id. Fuente de la Fama.=El general D. Justo J. de Urquiza.=Paso del rio Paraná por el ejército de Urquiza.— Los Cubos de Sassenage.= El gorro quitado.=El asesinato.=Los Pirineos. Valle de Gavarnie.=La Carnicería de Amberes =Ians Rubens presentando su hijo á Torcuato Tasso.=El niño en la cuna.=Ians Rubens bendiciendo á sus hijos.=Rubens presentado á la Archiduquesa.=Sueño de Montaigne, niño.=La tentativa de curacion.=El Tasso se despide del Papa.=El cadaver del Tasso en el carro triunfal. =Vista de Rio Janeiro.=El Congrio. = La Tremielga ó Raya eléctrica =La Amarilla dorada.=El Chaetodon.=El Esturgeon.=La Lamprea.= El Gymnotus ó anguila eléctrica.=El Merlangus carbonasius.=El Lobo marino.= El Hippocampus ó caballo marino.=La Squatina-ángelus =La Cabeza de muerto. =El Aspidophorus-europeus. =El puerco-espin marino.= Yerbas marinas.=Bandidos castigados.=María la muger del bandido.=Saint-Germain l'Auxerrois, en Paris.=Figura de Brâhma.=Monstruo indio.=Chatel.=Lago de Ginebra.


REVISTA
PINTORESCA
AÑO DE
1853

REVISTA SEMANAL
PINTORESCA
DEL
AVISADOR MALAGUEÑO.

Coleccion de lecturas

de literatura, historia, ciencias, viajes, novelas y anécdotas.

AÑO 1853.

MÁLAGA

Imprenta del Avisador Malagueño.

Calle del Marques, n.° 10 y 12

1853.

LA CORCEGA, LA CAZA Y LOS BANDIDOS.

La Córcega es un pais en que el hombre y la naturaleza conservan rasgos primitivos y curiosos que no han podido borrar los progresos de una refinada civilizacion. Los corsos tienen cualidades y defectos de los pueblos todavia niños; poco acostumbrados á los procedimientos de las sociedades, no se dejan gobernar por leyes de convencion. Agréguese á esto una imaginacion meridional y movible, un carácter naturalmente dulce y acaso algo débil, y se comprenderá lo que vamos á decir sobre sus costumbres.

Penetrados de su inferioridad bajo el punto de vista de la civilizacion y de la industria, los corsos siempre estan prevenidos contra los estranjeros, juzgándose á si mismos con severidad; no permiten á los continentales que los aprecien, precisamente porque suponen que han de formar mala opinion de ellos. La ligereza y el desden con que los franceses tratan en general todo lo que no está conforme con sus ideas y sus costumbres, contribuye á inspirarles esa desconfianza que se observa tambien en otros paises contra los franceses; no creen en su benevolencia; y aun cuando esta sea efectiva, la menor reserva les parece una crítica amarga.

Cualquiera que visite la Córcega no podrá menos de sorprenderse al ver tan inmediata al centro de la civilizacion una tierra inculta en su mayor parte, atravesada por caminos desiguales y pedregosos, en donde solo el pie de las cabras se sienta con seguridad, y cu-

yas chozas apenas se destacan de sus negruzcas rocas. Pues bien, esta tierra ofrece mas encantos y mas atractivos que cualquiera otra mas adelantada en la civilizacion, como todo lo que se acerca á la naturaleza y recuerda las primeras edades del hombre.

Esta tierra de Córcega, vírgen todavia, é inaccesible en muchos de sus puntos, con sus bosques de álamos seculares, y de castaños, cuyos troncos gigantescos, de formas caprichosas, parecen colosos carcomidos por el tiempo, alimenta pobres colonos que arañan con malos instrumentos algunas porciones de tierra escasamente suficientes para su subsistencia, sin tener establos para sus ganados, ni graneros para guardar sus cosechas, ni muchas veces para ellos mismos mas lecho que tablas al rededor del fuego que arde en el centro de sus cabañas; los bueyes estenuados no tienen otro abrigo que el cielo, y la tierra sola por establo. Los verdaderos ganados de estas montañas son las cabras, habitantes naturales de estas rocas y de estos precipicios, que se complacen en trepar y saltar, como el águila gusta posarse en los picos que las dominan. Esa es en efecto una de las principales riquezas del pais; ¿pero á cuánta costa obtienen esta riqueza? Las cabras son el azote de la tierra, del cultivo y de los bosques; no puede formarse una idea de los gastos que hay que hacer para preservarse de los ataques de este animal, que va pelando por todas partes los tallos mas tiernos de las plantas y de los árboles; el dinero que el cultivador podria invertir en el abono de la tierra, se gasta en muros de cerca que descienden á los barrancos y suben hasta la cúspide de las montañas, bastando apenas esto para preservar su heredad.

El interés bien entendido de los habitantes exigiria que se esterminasen las cabras, y seria muy fácil en un pais rodeado de mares estinguir su raza. Pero ¿qué sería de los corsos si les faltase su manjar nacional el *bruccio?* (El bruccio es una especie de queso blanco que se obtiene de leche de cabra despues de haber hecho el queso propiamente dicho; fresco, escelente, delicado y sabroso) y sobre todo, ¿qué seria de estos hombres tan apasionados de la vida nómada, verdaderos pastores antiguos que prefieren á todo la vida del aire libre de sus montañas, aun despues de haber gustado lo que nosotros llamamos las dulzuras y las ventajas de la civilizacion? ¿No se ven con frecuencia soldados corsos, que despues de haber llegado al grado de oficial renuncian á su carrera para volver á la vida de pastores?

Los rebaños de ovejas son mas numerosos que los de cabras, pero no se saca de ellos el mismo partido que en el continente. Su principal producto es la leche. Estas ovejas tienen una fisonomía particular; su lana larga, crespa y casi siempre negra, está simétricamente separada sobre el lomo como la crin de un caballo bien peinado; así es que una niña preguntaba si se les hacia raya todas las mañanas como á ella.

En medio de esta naturaleza casi salvaje, es muy notable cuán espresiva tiene el hombre la fisonomia, y cuán finas y aun delicadas son sus facciones. Jamás se ven esos aires torpes y pesados que se encuentran en los labriegos de los paises mas civilizados del continente; hombres, mugeres y niños, todos tienen la mirada viva é inteligente, el cuerpo bien dispuesto, los movimientos desembarazados, y hablan sin timidez; en vez de huir y ocultarse, los niños se acercan á cualquiera cuando los llaman; si se les ofrece un confite lo toman libremente y sin cortedad. En cuanto á los hombres, se les da un buen rato si se les cuentan noticias, y principalmente si se les habla de política; son curiosos, se interesan por todo, y hacen mil preguntas, y esto es de una manera franca y digna, que no indica de ninguna manera inferioridad.

La mayor parte de estos pobres labriegos y pastores saben leer; la Córcega es uno de los paises en que las escuelas cuentan mas número de niños.

En las cabañas se encuentra la acogida mas cordial y mas hospitalaria, y no puede hacerse un agasajo mayor al dueño que aceptar lo que ofrece. Los corsos no se aplican tanto á los trabajos de la tierra ni á las rudas labores del cultivo como los labradores del continente, por lo comun mas adelantados que ellos en el cultivo, pero que están agoviados con cargas mas pesadas. Allí las filas están

menos apiñadas, la tierra es menos rara, todos tienen con que vivir; así no se ven pobres por los campos. Cada familia tiene la porcion de tierra ó de rebaño que basta para cubrir sus necesidades; y como la tierra es fecunda, no exige grandes esfuerzos para producir. No se toman el trabajo de abonarla. En tres años basta mover su superficie y derramar el grano para recoger las cosechas. Despues de estos tres años se queda de erial, y se deja crecer la yerba y todas las plantas de monte bajo; en este estado sirven los campos para el pasto de los ganados. Al cabo de otros tres años se pone fuego á todas estas matas, y sin tomarse el trabajo de arrancar las raices ni los chupones, sin hacer un desmonte en forma, se le pasa el arado y se siembra.

Este cultivo, algo primitivo, no deja de tener su habilidad. Es necesario tener mucha práctica para llevar el arado entre las piedras y las rocas por las pendientes mas rápidas, y hasta lo mas alto de las montañas.

Este arado, que es sumamente sencillo, ordinariamente es llevado por las mugeres hasta el campo en algunos parages bastante escarpados que han de prepararse; el azadon no se emplea en ninguna parte mas que en los jardines y en las viñas; el arado va por todos los terrenos, y asi debe ser muy sencillo; las condiciones del suelo excluyen toda complicacion; el arado á la Dombasle ò de Brabante serian completamente inútiles aqui.

Esta con corta diferencia es la manera de cultivar las montañas de la vieja Córcega; si el viajero se dirige hácia la costa oriental de la isla y á su estremidad septentrional, en la Balaga y el cabo se Córcega, verá hermosas llanuras, y todos los afinamientos del cultivo aplicado á plantas de lujo.

En las cercanías de Ajaccio mismo la tierra es fecunda y se cultiva con esmero; la viña ocupa las colinas de este suelo desigual; los naranjos estan abrigados en las cañadas; el trigo, la cebada y el maiz cubren la llanura y la montaña; la encina verde y el olivo, que se siente no ver por todas partes, forman bosques al rededor de la ciudad. Pero á cierta distancia, al otro lado del golfo, empiezan los vastos montes que jamás se roturarán, y que serian escelentes tierras si hubiese dinero y brazos para ponerlas en cultivo.

La Córcega es célebre por la caza; pero los aficionados se hallan espuestos á no matar ni una pieza; no porque la caza no sea abundante, ¿y cómo no lo habia de ser con retiradas como las de aquellos espesos montes, frecuentemente impenetrables, que cubren una parte del pais? Asi la caza entra por mucho en los medios de subsistencia, y por todas partes se encuentra la perdiz, becadas, liebres, jabalies, etc.; el conejo es desconocido en esta parte de la isla.

Y sin embargo, la Córcega no es un pais de caza; teniendo cada uno su escopeta y no necesitando permiso para cazar, las cercanías de las ciudades y de los pueblos están enteramente apuradas; nadie caza mucho, pero cada uno mata algunas piezas, y cuando se presenta alguna caza en alguna parte, se busca, se espía, se persigue hasta que se destruye; es necesario ir á los puntos apartados inhabitados y desiertos para hacer una caceria regular.

Entre Sartena y Bonifacio se estiende una gran llanura casi inculta, cubierta de un monte que llega hasta la cintura, y se estiende casi sin interrupcion como unas doce leguas en direccion de Porto-Vechio. Este lugar es verdaderamente un coto de rey, célebre por la abundancia de caza de toda especie que contenia otras veces; al presente es necesario cansarse mucho para hacer una mediana caceria. Inmediato á este monte se halla Bonifacio, ciudad singular que parece como colgada de aquellas rocas calcáreas, cuya base está carcomida, minada por el mar, que penetra hasta los cimientos de la ciudad vieja y amenaza tragársela.

Estas escavaciones forman grutas espaciosas y estremadamente bellas; la bóveda de una de estas grutas está horadada por el centro y deja ver el cielo, observándose un fenómeno singular producido por la mezcla de la luz del dia y de los reflejos azulados del mar en las paredes de la gruta.

Las palomas van á refugiarse á estos antros, y se cazan con escopetas, cuyas detonaciones hacen retemblar aquellos subterráneos. Es divertido y curioso un paseo á estas

grutas, sobre las cuales descansa la ciudad de Bonifacio, de una manera poco tranquilizadora para la imaginacion. Este paseo se hace en barcas, y despues se sube por un sendero practicado en la roca; desde esta altura se goza de una deliciosa vista del mar y de la Cerdeña, cuyas rocas y casas blancas se descubren.

Las cacerías mayores se hacen casi con el mismo éxito; podrian dar mas resultados, porque las reses no estan muy escasas si se organizasen y se dirigiesen mejor; pero seria necesario un ejército de monteros para guardar todas las salidas en aquellas montañas y en aquellas gargantas, ó perros escelentes para seguir la rastra de la res; asi es que casi siempre se escapa. En cuanto á la caza del carnero montés, es necesario aguardar á que se derritan las nieves, porque reside en los lugares mas elevados de las montañas.

El carnero montés á primera vista no se parece mucho al carnero doméstico; por el color de su piel se equivocaria con una cabra montés, pero al tacto se reconoce la lana, y su fisonomia no deja ninguna duda. La figura de este animal y su hocico son los del carnero; y en suma, se aparta menos del carnero del continente que el carnero corzo ordinario. Estos rebaños de carneros pequeños y negros de lana pendiente, cabeza fina y cuernos, no hacen el mismo efecto que los rebaños de la mayor parte de los paises del continente.

Es cosa curiosa la influencia del clima y de las condiciones del suelo sobre las especies animales de la Córcega; esta influencia se ejerce reduciendo, disminuyendo las formas; casi todos los animales son mas pequeños que en el continente: los caballos, los burros, los mulos son pequeños; los carneros, los puercos, los jabalíes lo son igualmente; un puerco de 150 libras es allí cosa rara. Los ciervos y corzos son tambien mas pequeños, cuyo hecho es de un interés particular para los naturalistas.

Se posee el catálogo de los animales que existian en Córcega en tiempo de Plinio; en esta época no se conocia en la isla el ciervo; se introdujo en ella despues. Puede pues calcularse aproximadamente cuánto tiempo ha sido necesario para imprimir á esta especie las modificaciones que nos presenta hoy. Asi se conservan con cuidado en el jardin de las plantas de París ciervos y venados de la Córcega y se renuevan cuando muere alguno.

Si la disminucion que se observa en el cuerpo de los animales no se estiende á la especie humana (la estatura de los hombres es con corta diferencia la misma que la de los del continente), al menos hay en sus formas una finura, en sus facciones una delicadeza que no puede menos de llamar la atencion.

Aun no ha podido acabarse con los bandidos, y es un estudio curioso el de estos hombres y el de esa costumbre bárbara que se conserva en medio de un pueblo apacible, que cuando se encuentra fuera de su suelo no se manifiesta ni cruel ni vengativo.

Ya se ha observado mas de mil veces; en el continente los corsos no son duelistas ni sanguinarios; son buenos soldados y diestros tiradores, no buscan quimeras ni provocan á sus adversarios; el mismo hombre que en su pais natal venga la menor injuria con la sangre de una familia entera, ni aun se le ocurre la idea de sacar su puñal cuando está fuera de su pais; en cuanto á crímenes alevosos, el corso es incapaz de ellos.

¿De dónde viene esta singular anomalía, esta especie de súbita trasformacion?

Tiene dos causas: la primera el temor de un pronto y severo castigo, alli donde el corso, no estando rodeado de cómplices que lo ayuden á sustraerse á la justicia, sin el recurso de sus bosques ni de sus montañas, se encuentra solo y abandonado á la accion de la ley; la segunda causa es el favor de que lo rodea en su pais natal la preocupacion, la especie de consideracion de que goza. En el continente, el corso que aguardase á su enemigo en la punta de un bosque, seria considerado como un asesino, la opinion pública le infamaria, nadie le daria ausilio, seria rechazado por todas partes, y cada uno haria cuanto estuviese de su parte por entregarlo á la justicia.

En Córcega el derecho de la venganza está admitido de tal manera, y los procedimientos para ejecutarla tan en uso desde hace mucho tiempo, que ha llegado á formar parte de las costumbres. Cada uno lleva mas ó menos

este sentimiento en el corazon, y los hombres ilustrados que deploran mas las consecuencias de esta preocupacion fatal, no conciben horror ni tienen desprecio al bandido, esto es, á aquel que habiéndose vengado á sí mismo ó á alguno de los suyos, se ve obligado á huir de la justicia y á errar por los bosques.

La muerte de un enemigo asesinado de un tiro disparado en una emboscada, eso que nosotros llamamos un asesinato, no deshonra ni al autor de este crímen ni á su familia; esto se llama una desgracia y no un crímen. Asi la opinion no obliga á los parientes ó amigos del matador á desampararlo, y no es solamente el miedo lo que le hace encontrar cómplices y un asilo en medio de gentes honradas; y es porque el hombre que se ha vengado en Córcega espiando á su enemigo, no es un miserable sin honor ni sin corazon. Lo que constituye el crímen á los ojos de los hombres es menos la accion que la idea que se une á ella; hay mil maneras de matar que están perfectamente admitidas entre los pueblos mas civilizados.

Nosotros no abrigamos ningun desprecio contra aquel que mata, lealmente segun decimos, á su adversario en duelo, le servimos de testigo en el combate, y si es buscado por la justicia tampoco tenemos escrúpulo de ocultarlo ni de proporcionarle los medios de fugarse. ¿Por qué sucede esto? Porque en virtud de la opinion establecida sabemos que se puede ser un hombre honrado y batirse en duelo; pues bien, lo mismo sucede en Córcega con aquellos que se declaran en enemistad, como entre nosotros con los que se baten en duelo. Se previenen como cada uno se defiende en el terreno de las estocadas de su contrario; aquel que se previene mejor, que pára mejor los ataques del adversario, que mejor se aprovecha del momento en que su enemigo se queda descubierto es el vencedor, y ha usado legítimamente de los medios de venganza. La *vendetta* es en la Córcega lo que el duelo en el continente; no puede formarse una idea exacta sino considerándolo asi. Por eso lo que sostiene este uso y lo que perpetúa los bandidos, es el no estar despreciados, que pueden ser, y lo son en efecto, personas honradas bajo todos conceptos.

En el momento en que los bandidos cometiesen actos contra el honor, el dia en que saqueasen á las gentes en el fondo de los bosques, serian deshonrados, y por consiguiente perdidos. Vendrian á ser en Córcega lo que son entre nosotros los asesinos que matan cobardemente ó por gusto; se verian abandonados por la opinion, y perseguidos y entregados como malhechores. Que se hagan los bandidos ladrones y al momento se acabará con el *banditismo*; no serán necesarias leyes escepcionales para esterminarlos.

Ahora se comprenderá cómo es tan difícil apoderarse de los bandidos; no solamente sus bosques, sus rocas escarpadas ni sus cavernas son los que los protegen, los bandidos duermen mas veces en mullidos lechos que al raso. Se comprenderá tambien que algunos de ellos llegan á ser personajes importantes, ejercen una gran influencia, y son buscados por ciudadanos honrados que hablan por ellos á la autoridad.

No nos maravillarán por último los actos de heroismo, de abnegacion ó de delicadeza que se cuentan de algunos bandidos famosos, ni la curiosidad que en ciertas ocasiones han escitado entre las bellas que han ido á buscarlos hasta en los parajes mas recónditos.

Sin embargo de las buenas cualidades de los bandidos, se siente la necesidad de leyes severas y medidas rigorosas que corten de raiz estos desórdenes. ¿Cuáles serian estas medidas? A los hombres que se hallan al frente de la administracion corresponde designarlas; pero en todo caso deberia consultarse la esperiencia, no sea que los medios que se adopten causen mas daño á las leyes de la humanidad que los actos mismos de los bandidos.

L. C.

VIAJES.

NUEVA GALES DEL SUR.

Soplaba con gracia la brisa, y á toda vela surcábamos las olas del Océano. Conocíase ya que nos aproximábamos á paises menos calurosos, y si no nos hubiesen sido contrarias las corrientes del dia anterior, debíamos ver, segun todas las probabilidades, antes de la puesta del sol la tierra de la Nueva-Holanda. Harto seguros estaban nuestros jóvenes alumnos de marina del valor de sus observaciones, para que dudáramos del prometido resultado, y nuestras ávidas y curiosas miradas buscaban ya en el horizonte aquella tierra tan interesante, tan rica y tan áspera á la vez, de la cual tantas maravillas se cuentan en la Europa.

En el mar no se necesitan muchos dias para apercibirse que se cambia de zona, y aun cuando ninguna vegetacion os lo diga, la naturaleza de las olas, el color de la atmósfera y el paso de las aves emigradoras, os indican las diferencias. No menos os revela tambien estas variaciones el estudio del mar, y de cuando en cuando adelantándonos hácia mas elevadas latitudes, descubríamos, á la manera de un negro y desnudo islote que el capricho de la ola recubria ó dejaba descubierto, el inmenso dorso de alguna vagabunda ballena, que sin duda habia ido allí para dar tregua á sus diarios combates con las tempestades polares.

No habian mentido los relojes marinos. Ante nosotros al traves de densa niebla, desplégase una tierra, alárgase como para invadirlo todo, se levanta y sube, se colora y entrecorta, á fin de que podamos estudiar á la vez todos sus tesoros y todas sus pobrezas. Es la Nueva-Holanda, es la tierra de Cumberland, tierra poética por sus interiores misterios, tierra preciosa por sus beneficios presentes y su futura fortuna, tierra grande y fecunda, porque ha servido poco hace para la solucion de un problema moral que en vano hasta ahora se habia buscado.

¡Oh! no dejemos pasar entre nosotros sin disecar alguna de aquellos montañas cuyos desnudos pies se sumergen en el agua, y cuyas cabezas, calvas unas veces y otras coronadas de hermosa vegetacion, forman ya aquellos raros contrastes que á cada paso veremos. Todo es allí digno de estudio, hasta la uniformidad; todo es allí fenómeno hasta lo natural; no es la Europa ni el Asia; Africa ni América no tienen ninguna roca, ningun arbusto, ninguna hoja semejante á las que se encuentran en Nueva-Holanda, *continente sin igual*, segun dicen con razon los ingleses.

Es un mundo aparte ante el cual nos deslizamos con rapidez desesperante por nuestra curiosidad. Hay allí robustos vegetales que estienden á lo lejos sus gigantescos brazos, cu-

ya silueta en ningun continente ni archipiélago hemos encontrado; arbustos caprichosos que nuestros naturalistas desconocen; raices cundidoras que imitan las ondulosas sinuosidades de una serpiente que toma el sol, y luego en el aire aves de estravagantes gritos, de entreverados colores, armoniosos y discordantes; y ademas ancones tallados de estraño modo, en cuyo fondo las aguas mujen cual no habeis oido en parte alguna del globo. El ojo y la imaginacion se hallan en éxtasis perpétuo, cae de las manos el pincel, porque teme traducir mal los fantásticos prodigios de un espíritu en demencia.

Por lo general, los primeros planos del paisaje, luego que ante nosotros se desenvolvió la costa, son áridos, desnudos, ásperos y cortados por pequeños grados de desmedrada vejetacion. Mayores riquezas adornan ya al segundo cuadro, notándose en él cierta opulencia. Pero allá á lo lejos se ven algunas mesetas imponentes, en las cuales ostenta la naturaleza su fausto con indecible profusion...

¡Cuán hermoso pais para el estudio! ¡Cuán lentas y rápidas van á pasar nuestras horas! Declina ya el dia, cúbrenos la noche con sus velos, vénse en la costa masas negruzcas sobre un violado horizonte, y por todas partes los fuegos brillantes y superpuestos os dicen que aquellos desiertos, en los cuales aun no se manifestó á nuestra vista habitacion alguna, tienen sin embargo sus salvajes visitadores y sus hordas nómadas. Tierra, cielo, aguas y hombres, todo va á ocuparnos, todo llamará nuestra atencion en esa Nueva Gales del Sur que pronto pisaremos.

Pero allá á lo lejos hay un fuego mas brillante que los otros, que nos proyecta sus periódicos rayos. Manifiéstase el protector fanal, ocúltase á intervalos iguales, y aquí principia la solucion de la gran cuestion moral que la Inglaterra propuso y que solo ella resolvió. Dentro de algunas horas flotará el pabellon frances en el rio de Sidney; oiremos voces amigas, y encontraremos la Europa en su antípoda.

Sabíamos que era estrecha la entrada del puerto, que sobre todo era á veces muy peligrosa por la punta del Norte, y que las corrientes mediante un viento no muy fresco podian arrastrarnos, y por consiguiente la prudencia aconsejó que la corbeta se mantuviera á conveniente distancia y que esperara la salida del sol. Luego que este se manifestó en el horizonte, enmudecióse la brisa, y por medio de tímidas ráfagas procuraba remolcarnos hasta el puerto. Fue tan poco lo que adelantamos, que casi temimos nos visitara en alta mar una nueva noche. Pero ¡ay! no estábamos al término de la prueba, porque al rededor de aquel pais tan rico en fenómenos todo debe ser terrible, solemne, inesperado é incomprensible. Sin embargo en el buque reinaba la alegria. Pero de repente cesa la brisa, las velas cubren los mástiles, la revoloteadora bandera cae inmóvil como una larga serpiente sin vida, palidece el disco del sol, y al parecer se ensancha y arroja al rededor de sí cortados rayos como los que surcan la nube. En tierra todo permanece tranquilo y silencioso, pero el verdor toma dudoso tinte; y no parece sino que le cubre una red harinosa, y que espera una catástrofe, mientras que en el mar, poco antes bullidora, suben y saltan chorros fosforescentes á manera del agua que hierve. Es un reposo si quereis, pero reposo de la masa, y fibroso movimiento de todas las partes; por todos los puntos se ven pececillos que cual si les persiguiera un enemigo voraz suben, se agitan aturdidos, y vuelven á caer como atacados por vértigos. En el aire vereis las aves que volando muy bajo toman todas la misma direccion, pasan por la corbeta despidiendo siniestros gritos, y ganan la costa, en la cual todo desaparece cuando apenas principiaba á asomar el dia. Cada uno de nosotros, considerando tan tristes presagios, examinaba todos los puntos del horizonte, y procuraba adivinar por dónde nos atacaria la funesta ráfaga, porque ya se predecia el huracan por mas que guardara silencio el barómetro. Puro estaba el cielo y templado el aire, y sin embargo, de nuestras descubiertas frentes caia ardiente sudor, y nuestros cuerpos, ajitados por conmociones eléctricas, se movian por sacudidas irregulares y multiplicadas. Vigilaban los marineros, y se hallaban prontos para la primera señal. Vial, Marchais, Barthe, Leveque, Chaumont y Petit, dirijian sus intrépidas miradas á la flecha

de los mástiles porque conocian que se iba á arriar; y este último, sobre todo, tan dramático en el momento del peligro, decia entre dientes: ¡Ah! ¡maldito! ¡ah! ¡tunante! ¡quieres atemorizarnos, perro! te esperamos; carga sobre nosotros si te divierte, pero te prometo que he de divertirme mas que tú. ¿Qué haces allí arriba con tus curvas de fuego? Envíanos esto y te dare las gracias cuando tenga tiempo. Marchais, pasando por su lado en el momento de la arenga, le aplicó lo que sabeis en el punto en que tambien sabeis, y Petit, sin volver la cabeza dijo: ¡Alerta, que ya principia!

No se dejó engañar el capitan, y resonaron estas breves palabras: Corred las troneras y escotillas; cargad todas las velas.

La ocasion era aquella. En un abrir y cerrar de ojos quedó invadido el espacio; levantábanse estravagantes masas al rededor del sol oscurecido, que le hubiérais tomado por una luna á su salida en medio de densas nieblas; las nubes delineaban mil fantásticos contornos; pasaban unas por encima de otras, se confundian, se rasgaban, y se separaban rugiendo; el rayo se dibujaba en sus tenebrosos flancos y lanzaba á lo lejos sus mil inflamadas lenguas, propagando en el horizonte una combustion general; parecia un ruido análogo al de mil devoradoras cascadas, chorros de fuego, baterías en contínuo movimiento, detonaciones capaces de conmover el mundo...

Y el buque apoyado en las olas se deslizaba impelido por el mas impetuoso viento, y torrentes de comprimida lluvia acribillaban al marinero ocupado en la maniobra, y el huracan nos aventajaba para ir mas lejos á llevar sus estragos.

Durante todo el dia y toda la noche nos vimos obligados á alejarnos de la hospitalaria costa, en la cual aun despues hubiéramos encontrado saludable abrigo. Hoy dia tenemos que andar aun sesenta leguas antes de saludar de nuevo el benéfico faro. La mar tiene sus caprichos, de suerte que por todas partes la decepcion al lado de la esperanza y de la diocha.

Sin embargo, pronto una feliz navegacion nos prometió la deseada escala; nos dirijimos de nuevo hácia el puerto Jackson, y nada se opuso ya desde entonces al término de los trabajos á que nos habiamos consagrado por tan largo tiempo. Contemos primero el efecto general, que luego ya procuraremos que no se nos olvide ningun pormenor. La impresion del momento es la que debe cojer el escritor que quiera que los lectores compartan sus emociones, pues siempre hay algo que falsea en las relaciones que se escriben en medio de las meditaciones del gabinete.

Os he puesto á la vista una tierra triste, decrépita y devastada, ó sea la parte Oeste de la Nueva-Holanda; pero ved tambien en el mismo continente un suelo rico, feraz y vigoroso, que ha dado resultados verdaderamente maravillosos al trabajo del hombre, y que se halla destinado tarde ó temprano á asegurar la fortuna de todos aquellos que irán á fijar en él sus esperanzas.

¡Oh! cuando despues de una larga y dolorosa travesía, se encuentra el navegante, por decirlo así, cara á cara con un cielo azul y tranquilo, con una tierra jóven y rica, cree salir de un doloroso sueño, y parece que tambien desafia con mas orgullo á los elementos que acaba de someter.

La islilla Campbell es el punto de tierra mas próximo al antípoda de Paris. Despues de ella siguen la Nueva-Zelanda, luego Van-Diemen, y en seguida la Nueva-Holanda, que es la protectora natural de aquel archipiélago llamado Oceanía. Seis mil leguas os separan de vuestra patria; no importa, el corazon os late como si volviérais á ver, despues de un largo destierro, el campanario de vuestro pueblo, el techado contristado de vuestra anciana madre. De noche, los fuegos que de distancia en distancia se ven á la manera de las guerreras señas de los antiguos escoceses en sus poéticas montañas, os dicen que vais á pisar una tierra vírgen. ¡Hé aquí Europa, hé aquí mi pais, mis compatriotas, mis amigos, y mis hermanos sin duda!... He soñado una ausencia.

A la izquierda, al entrar en el rio Sidney, un faro de estrema elegancia y de una solidez capaz de desafiar las injurias del tiempo, os dice que tambien en aquellos climas se conoce y practica la arquitectura... A medida que se adelanta, vuestros ojos sorprendidos y ma-

ravillados, contemplan por todas partes lozanas plantaciones, vastos jardines con sus pabellones y sus filas de plátanos ó de pinos de Italia. Del seno de aquellas colosales masas de verdor salen como por encanto elegantes edificios, casas como nuestras quintas, y casas de campo como nuestros palacios; y luego tambien si con vuestros gemelos os entreteneis en observar los senderos de aquellos encantadores sitios, descubrireis, bajo su verde encina, algunas dichosas personas que se entregan al placer de la lectura ó á los encantos de una conversacion familiar, mientras que allí cerca una alegre multitud de chiquillos, vestidos como si se les acabara de elegir en Paris las modas del dia anterior, juegan del mismo modo que en los monótonos y regulares paseos de las Tullerías ó del Luxemburgo. Allí está Paris, pero rejuvenecido y engalanado como en dia de fiesta, y con el mes de Mayo y cielo azul.

Cuando Cook, el mas intrépido y concienzudo de los navegantes hubo descubierto aquella parte Este de la Nueva-Holanda, tan opuesta en un todo á la parte Oeste, se consideró feliz con haber encontrado una rada tan hermosa y tan segura como la que denominó Botany-Bay. Pero, luego, despues del descubrimiento del rio que hoy baña á Sidney, la Bahia-botánica perdió parte de su magnificencia, y el puerto al cual cree aun Europa que la Gran-Bretaña manda aun sus deportados, no fue mas que una vasta rada abandonada á los naturales, y en el cual se han levantado posteriormente dos fábricas bastante mezquinas de lienzo y de sombreros. Sin embargo, el hábito que es un déspota tan imperioso, conserva aun entre nosotros sus privilegios, y siempre se dice en Europa: el establecimiento de Botany-Bay.

Fuera de lo que hace poco se ha trasportado de nuestros climas, todo es del pais y nada mas que del pais. Hasta parece que las nubes al pasar por aquella tierra tan vasta y tan diversamente dotada, cambian de naturaleza y de destino. Cuando graniza, los granos no son redondos, cuadrados, ni poligonales; son placas de yelo, á menudo anchas como la mano, y que caen con la rapidez de una piedra tirada por robusto brazo. Despues de un huracan, encontrais á veces en los troncos de los árboles, inscrustados á una ó dos pulgadas de profundidad, muchos de aquellos terribles proyectiles contra los cuales son á menudo débiles salvaguardias los mas sólidos techos. Súfrese allí un calor de treinta y dos grados de Reamur, que pone en combustion los secos arbustos de la campiña, y como no se encontraria indudablemente en toda aquella parte del continente un solo pedazo de caliza, la casualidad ha querido que habiéndose secado varios rios por alguna conmocion terrestre, dejaran en el suelo inmensas capas de conchas, las cuales pulverizadas forman uno de los mas sólidos cimientos.

Allí es peculiar del pais la naturaleza humana, sin que tenga la mas leve semejanza con los individuos de las demas regiones. Su vecina la Nueva-Zelanda, produce una raza fuerte, belicosa y admirable en su estructura. Allí los hombres y las mugeres apenas pueden ser clasificados en un grado superior al de los monos. Allí tan solo hay hornitoronquios, oposumos y kanguroos; encuéntranse sin embargo cisnes, pero son negros, y de este color no se encuentran en ningun otro punto del globo... ¡Oh! ¡cuántos estudios pueden hacerse sobre aquella tierra de horror y de consuelo á la vez!... Por largo tiempo se ha creido que las devastadoras inundaciones que invaden á veces las mas altas mesetas eran el resultado de estraordinarias mareas provenientes de una mar interior, fundándose para esta suposicion en las inútiles investigaciones de los viajeros que quisieron encontrar la desembocadura de algunos rios. Hoy dia ya no existe tamaña duda; se han descubierto numerosas corrientes de agua, ya se les ha hecho refluir á inmensas distancias, mas no por eso deja de ser menos cierto que el interior de la Nueva-Holanda tiene vastos espacios inundados, en los cuales los rios y los torrentes agitan sus olas diversamente matizadas, y se abren al fin un paso despues de una terrible lucha, sobre todo en la época de las lluvias y de las tempestades.

Hasta ahora es Mr. Oxley el esplorador que ha dado á la ciencia geográfica los mas curiosos documentos acerca de aquellos fenómenos mediterráneos; y desde sus sábias es-

VISTA DE SIDNEY.

cursiones, no son ya las montañas Azules, mas allá de las cuales cuentan algunos establecimientos los ingleses, puntas infranqueables y mortíferas.

Entremos ahora en Sidney. Creeriais que os estais paseando por las hermosas y anchas calles de Burdeos ó de Marsella; vénse encantadoras fachadas, peristilos de mucha elegancia y gusto, fondas, palacios y admirables hospitales; luego por las calles y plazas transcurren señoras vestidas con lujo, fisonomías parisienses, hermosos y ricos uniformes, magníficos caballos, y suntuosos trenes. Estais en París, vivis en Lóndres, y no habeis abandonado á Europa.

Sidney-Cow, capital del condado de Cumberland, se halla situada parte en una llanura, y parte en una suave colina que domina la orilla Sur del rio, de suerte que se presenta en anfiteatro circular, y presenta un aspecto encantador. Los principales edificios se delínean con originalidad, rareza y grandiosidad, sobre las antiguas cabañas de madera que desaparecen poco á poco, reemplazándolas elegantes y sólidas casas de piedra labrada, adornándolas bonitas esculturas y balcones esbeltos, suaves y de un gusto muy notable. Parece que hayan copiado las lindas habitaciones de nuestros reales jardines, que han ido á Sidney para complacer la *fashion* inglesa que bien puede creerse que se halla á algunas millas de Lóndres.

En primer lugar se eleva á la izquierda, imponente y dominador, el palacio del gobernador, muy bien dispuesto, con sus anchas ventanas, por las cuales circula con libertad el aire, y adornado en sus dos alas por una robusta vegetacion, que le da un juvenil aire de alegría. Su grandioso patio y su peristilo sirven de adorno y de proteccion á la vez. Detras de aquella magnífica morada, cuyas habitaciones se hallan ricamente decoradas, se estiende un deliciosísimo jardin en el cual crecen las mas ricas producciones vegetales de ambos hemisferios. Despues de este jardin hay otro á la inglesa, en el cual en medio de los arbustos se recrean los cisnes negros tan hermosos, tan bonitos y llenos de elegancia que no cuentan iguales en el mundo. Junto allí apoyado el kanguroo sobre sus dos largas patas posteriores y su cola, las cuales le sirven de sólido apoyo para salvar los setos sin rozarlos de un solo brinco, y llamando á sí con quejumbroso grito á sus débiles pequeñuelos á los cuales abriga en su bolsa protectora. Y aquellos setos de hojaranzos de los que se exhalan los mas suaves perfumes, y en donde brillan cual generosos rivales, las mas hermosas flores de los mas felices climas; luego, en mas lejano plano, ofrécese á la vista un magnífico cuartel, construido de piedra y de ladrillo, ostentando su larga fila de bien ordenadas aberturas; mientras que casi á su lado, por efecto de la perspectiva, admira el viajero una inmensa série de columnas, bajo las cuales se pasean pobres enfermos que tratan de apoderarse de la vida pronta á escaparse.

Los mas solícitos y generosos cuidados se pusieron en la construccion de aquel magnífico hospital. Volved tambien la vista á la izquierda, atravesando un gran espacio que ocupan encantadoras habitaciones, sembradas por decirlo así enmedio de risueños bosquetes, y fijándola en un edificio fabricado de ladrillo, algun tanto circular, que sirve de cuadra, y que si fuese necesario podrian fortificar para protejer la ciudad. Si ahora os dirijís hácia la entrada del puerto, os detendreis ante un alto faro, de elegante, sólida y noble construccion, que indica el rumbo á los buques que surcan aquellos mares, con sus brillantes fuegos que aparecen y desaparecen con regularidad, para que no se les confunda con los fuegos que encienden los salvajes naturales, que han establecido sus reales en las vecinas montañas.

Ruégoos que volvais de nuevo al embarcadero empavesado con tantas ondulosas flamulas; ante vosotros se presenta tambien un grave edificio, cuadrado y sin adornos, que es el templo de las oraciones, y mas acá se levantan ricos almacenes que sirven para depositar las mercancías, mientras que por el otro lado se pavonea en siempre limpias aguas, un sólido muelle con sus argollas de hierro, sus máquinas y sus anchas baldosas, junto á las cuales pueden carenarse toda clase de buques sin el menor peligro. Mucho mayor número de edificios públicos y de casas particulares embellecen aquel paisaje verdaderamente magní-

fico, pareciéndole á cualquiera imposible que aquella ciudad tan hermosa y tan floreciente ya, sea obra de cortos años.

En el nuevo cuartel anchas y alineadas son las calles, pero no empedradas con cuidado, por lo cual difícil y desagradable es su tránsito en tiempo de lluvias. En cuanto al antiguo cuartel, construido en la rápida pendiente de una costanera, solo los que van á pie pueden pasearse por los senderos que hay al rededor de las casas, siendo fácil de prever que dentro de poco tiempo quedará destruido, si no se procura nivelar el terreno, para lo cual se requeriria en ciertos puntos un trabajo infinito.

Pero en el cuartel de la *fashion* se ve el lujo en las calles y en las grandes casas; atraviesan las plazas lijeros tílburis, las recorren con rápidos y hermosos carruajes, y ademas caballos y aprestos de cazas generales.

Retrogrademos algunos años, pero muy pocos, porque todo es prodigio.

Bandas de ladrones devastaban las calles de Londres, mugeres depravadas infestaban los callejones, plazas y paseos; bandidos armados robaban y asesinaban á los viajeros en los caminos reales; los petardistas y truhanes con su infame código escrito se introducian en las familias y difundian pronto en ellas el terror y el luto; los patíbulos eran estériles lecciones, y las prisiones atestadas de criminales no bastaban para la represion de los crimenes.

De repente una idea grande, noble y generosa, fermenta en una cabeza, germina, sale á luz, estalla, y la Inglaterra reconocida acoge con trasporte las palabras del sentido de las que voy á trascribir.

Allá lejos, lejos, cerca del antípoda de la Gran Bretaña, el mas atrevido navegante de los tiempos antiguos y modernos, ha encontrado una tierra fecunda y un cielo generoso; pues bien, yo os pido aquel cielo y aquella tierra para los miserables á quienes les descarga sus golpes sin corregirlos; y tambien os la pido en favor de aquellos á quienes la justicia considera peligrosos para la sociedad.

Allá lejos viven hordas salvajes é inhospitalarias, arrojad á su alrededor estos corazones envilecidos, á quienes aun no abandona la clemencia de los hombres; cread un código terrible bajo el cual se verán obligados á bajar la cabeza, y enviad junto con aquellos valores por desgracia probados, las voluntades de otros hombres enérgicos que no retrocederian, en pro de todos, ante ningun sangriento sacrificio; que no encuentren perdon ni misericordia para nuevas faltas los que aquí han encontrado gracia para darles el poder de ir á regenerar un terreno salvaje; que de aquel suelo que vuestra generosidad les abandonara primero como un beneficio, y luego como una recompensa, broten las riquezas europeas, con las cuales queremos dotar á aquella nueva y fecunda patria; y que en fin, despues del tiempo de prueba, rico cada deportado con los productos que haya adquirido mediante su trabajo, pueda volver á ver la metrópoli, en la cual no ofrecerá peligros su presencia, porque el hábito de aquel trabajo le habrá dotado de probidad, y porque un largo destierro habrá hecho renacer en su pecho el santo amor de su pais, del cual ningun hombre carece.

Resonó en los tres reinos unidos un grito de admiracion, desocupáronse las cárceles, pocas veces se levantaron patíbulos á las miradas del ávido populacho, las calles y plazas de Lóndres no exhalaron ya fétidas emanaciones, los correos y diligencias viajaron de noche sin escolta, y se respiró con mas libertad en las familias.

Pero tambien desde aquel dia se vieron en el admirado Támesis los mástiles de algunos buques dispuestos para largas travesías, y algun tiempo despues levaron ancla, lastrados con vagabundos, malhechores, bandidos y rameras, sobre los cuales pesaban desapiadadas cadenas.

Atravesóse el Atlántico de Norte á Sur, y se dobló el cabo de Hornos; surcóse de Este á Oeste el vasto Océano Pacífico, y los buques balleneros de todas las naciones saludaron con respeto los navios reformadores; y despues de algunos meses de viaje, el áncora inglesa visitó de nuevo el fondo de una rada hermosa, ancha y perfumada, ante una rica vejetacion, en presencia de una naturaleza de hombres cuya existencia ningun viajero habia aun sospechado.

Pero junto allí se habia visto de lejos un

profundo ancon, y fueron á examinarlo. Creyóse en un principio que se iba á encontrar un rio, y Cook fue el primero que cayó en el engaño. No importa, desplégase á la vista con imponente magestad un soberbio puerto, y al fin para la seguridad de los buques hay una profunda y tranquila concha. Una costa caprichosamente accidentada manifestaba el partido que de ella podria sacar la naciente colonia. Descansóse. Espantados los naturales se salvaron internándose por los bosques; los deportados saltaron en tierra y pisaron un pacífico suelo; se les hizo que construyeran cabañas para preservarse de los rayos del sol durante el dia y de la humedad durante la noche; obedecieron por necesidad, y aquel fue el primer dia de la mas hermosa, de la mas rica y poderosa colonia del mundo.

¿Quién ha edificado aquellas ricas y suntuosas fondas? Culpables á quienes las leyes inglesas habian herido con su reprobacion. ¿Quién ha trazado aquellos magníficos jardines que recuerdan los de Europa? Ladrones espulsados de la metrópoli, á quienes la necesidad y quizas los remordimientos han inspirado genio. ¿Quién se encargó en aquel pais, enteramente escepcional, de reprimir, de prevenir y de castigar los delitos de los petardistas? Vagabundos que al fin comprendieron que la sociedad es la armonía.

Hay en Sidney escuelas públicas en las cuales preconizan la austeridad de costumbres bocas jóvenes y frescas; pues bien, estas bocas pronunciaban poco hace en el pais de donde se les desterró, palabras vergonzosas cuya memoria se borra con nuevos y santos deberes. Por todas partes hay allí un contraste perpetuo entre la vida pasada y la presente; por todas partes hay una lucha diaria entre el vicio que se habia erigido en señor y la virtud que recobra sus derechos, la cual casi siempre sale victoriosa. No parece sino que un nuevo bautismo haya regenerado á aquella poblacion de bandidos y de rameras; no parece sino que haya un eterno divorcio entre las dos naturalezas europea y holandesa; allí hay en fin las dos estremidades de un diámetro.

Pero no siempre se vence la corrupcion, pues de continuo se presenta con la cabeza erguida á despecho de los castigos y de los suplicios.

El culpable incorrejible no da crédito á las palabras del culpable que le exhorta que se arrepienta; irrítase por el contrario de las lecciones de moral que brotan de lábios en otro tiempo impuros, y nada, con efecto, debe ser mas punzante para un corazon envilecido como que retorne al bien aquel que compartió con él sus afrentas y sus crímenes. ¿Y qué ha hecho el legislador? Ha colocado en medio de aquellos hombres espulsados de su patria, á otros hombres de recta conciencia, de activa vijilancia y de intacto honor, quienes desde su llegada á la nueva colonia, han tenido el derecho de hablar en alta voz y de lanzar sus terribles anatemas contra los temibles enemigos de la tranquilidad pública; y así vereis en Sidney, que ocupan los principales empleos, distribuidores de gracias, íntegros reguladores de cada propiedad, magistrados, militares, legisladores, ingenieros y astrónomos, manifestando á todos que las artes y las ciencias son hermanas de la industria, y que la verdadera gloria de un pueblo es su prosperidad.

V. A. M.

Estudios astronómicos.

CONSTITUCION FISICA DE LA LUNA.

La Luna no es como el Sol luminosa de suyo, sino que es un cuerpo opaco que refleja una luz esterior. Por lo que hace á la escasa claridad que se distingue en la parte de su disco no iluminada, procede de los rayos luminosos que le lanza la Tierra por la reflexion, y ha recibido el nombre de *luz cenicienta*.

Cuando se observa con la simple vista el disco de la Luna, se notan en ella una porcion de irregularidades. Pero cuando se dirige hácia este astro un telescopio de gran alcance, se distingue en la parte que no está alumbrada todavía por el Sol, y en los primeros tiempos de su curso, una gran cantidad de puntos luminosos que van creciendo á medida que los rayos del Sol llegan mas directamente sobre la faz que ocupan. Detras de los puntos luminosos se proyecta una sombra espesa y que gira de manera que se encuentra siempre en oposicion con el Sol. Estos puntos brillantes son las cimas de altas montañas que reciben los rayos del Sol antes que las partes mas bajas, y los puntos oscuros en que va á refugiarse la sombra son concavidades y valles que parecen casi todos de la misma formas que los cráteres de los volcanes. La Geometría ha dado medios de medir la altura de estas montañas: son muy elevadas para la Luna, pero lo son menos que los picos del Hymalaya. La sombra que proyectan habia ya permitido medir su altura asi como la profundidad de los valles. Estas asperezas son las que causan tambien los dentellones que aparecen algunas veces en las orillas del disco, á causa de iluminar el Sol su cúspide antes de llegar á sus bases.

La Luna no tiene atmósfera, ó á lo menos si tiene una, es tan ténue que no se diferencia del vacío lo bastante para causar la refraccion de los rayos luminosos. Asi lo demuestran las sumersiones de las estrellas: estas, en efecto, permanecen invisibles precisamente el tiempo que deben estarlo, lo que no sucederia asi si la Luna tuviese una atmósfera que refractase los rayos que nos vienen de estos astros.

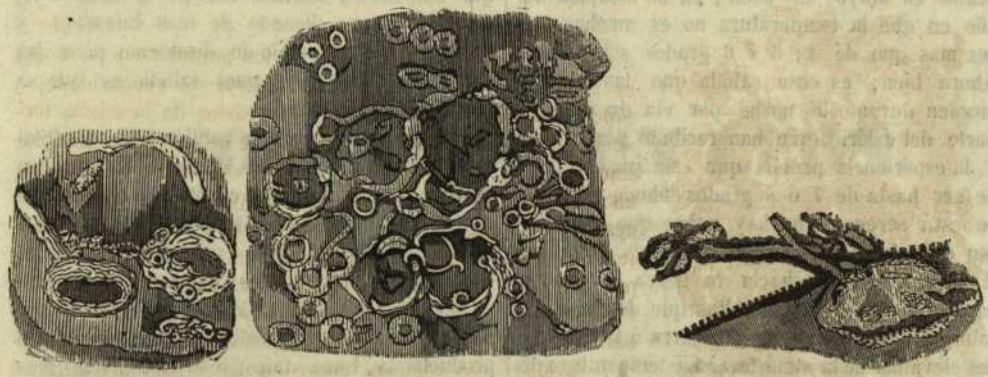
Como el eje de la Luna es casi perpendicular á su eclíptica, el Sol no sale nunca sensiblemente de su ecuador, de donde se sigue que la Luna no tiene variedad de estaciones. Pero como no gira sobre su èje mas que una sola vez durante su movimiento de revolucion, cada uno de sus dias y cada una de sus noches son quince veces veinte y cuatro de nuestras horas; y lo singular en esto es que una de estas

mitades está iluminada por la Tierra durante la ausencia del Sol y no tiene noche, á la par que la otra tiene una de 15 dias.

La Grange ha procurado esplicar la causa de que sean *isocronos* ó de igual tiempo el movimiento de rotacion y el movimiento de revolucion de la Luna. Para esto ha supuesto, estendiendo esta suposicion á todos los demas satélites, que la faz de la Luna vuelta contra nosotros es muy aplanada en comparacion de la otra, y que el esceso de su peso es lo que la hace siempre propender hácia la Tierra, por obedecer á la atraccion que ejerce esta última.

La Tierra debe parecer á los habitantes de la Luna trece veces mayor que lo que la Luna nos parece á nosotros. Debe tambien presentarles fases muy regulares; y siempre invisible para la mitad de la Luna, es vista constantemente por la parte media de la otra mitad.

Mientras que la Tierra gira sobre su eje, debe ser muy variado el aspecto que presenta á la Luna. Los mares, los continentes, los bosques y las islas deben aparecer como otras tantas manchas de diferente magnitud y resplandor, y la atmósfera con sus nubes debe causar en estas tintas notables modificaciones.



PORCIONES DE LA LUNA VISTAS AL TELESCOPIO.

Ya hemos dicho que el Sol se mantiene constantemente en el ecuador de la Luna, de donde resulta que los habitantes de este satélite no tienen los mismos medios que nosotros para calcular el tiempo: efectivamente nosotros medimos el año por la vuelta de los equinoccios, y su dias son siempre iguales. Por lo demas podrian medirle observando nuestros polos que ven perfectamente, y uno de los cuales empieza á estar iluminado y á desaparecer el otro á cada vuelta de nuestros equinoccios.

Se han indagado las propiedades de los rayos luminosos procedentes de la Luna, pero no ha sido posible descubrir en esta luz ni propiedades calóricas, ni propiedades químicas por medio de las esperiencias mas delicadas. Concentrada en efecto dicha luz en el foco de los mas anchos espejos, no produce ningun efecto calórico sensible. Para hacer esta esperiencia se ha tomado un tubo recurvo cuyos estremos terminan en dos bolas llenas de agua, una diáfana, y otra dada de negro, y estando ocupada la parte media por un líquido de color. Cuando en este instrumento hay absorcion de calor, la bola negra absorbe mas que la otra, y creciendo la elasticidad del aire que encierra, empieza á salirse el líquido. Este instrumento es tan delicado que da á conocer hasta una milésima de grado, y sin embargo no ha dado ningun resultado en la esperiencia citada. La luz reflejada por la Luna no tiene, pues, propiedades caloríficas sensibles. Tambien se ha visto que carecian de propiedades químicas, porque habiéndose espuesto á su accion el hidroclo-

rato de plata, substancia que se ennegrece instantáneamente bajo la influencia de la luz solar, tampoco se ha obtenido resultado alguno.

A pesar de esto, la credulidad ha atribuido á la luz de la Luna una gran influencia sobre los productos de la agricultura, y la Luna Roja goza todavia entre los campesinos de una fama de mal agüero. Dícese que ella es la que yela los retoños aun tiernos, y la que influye tan aciagamente sobre toda la vegetacion que principia; pero es facil disculpar á la Luna de tales daños, pues está muy inocente de tal cosa. Porque en efecto, ¿qué es la Luna Roja? Es la que empieza en Abril y acaba en Mayo, es decir, en la estacion del año en que la temperatura no es muchas veces mas que de 4, 5 ó 6 grados sobre cero. Ahora bien; es cosa sabida que las plantas pierden durante la noche por via de difusion parte del calórico que han recibido por el dia, y la esperiencia prueba que esta pérdida puede ser hasta de 7 ú 8 grados cuando el tiempo está sereno y no hay nubes que neutralicen esta difusion, porque las nubes difunden el suyo á su vez hácia la tierra, y hacen ademas el oficio de pantallas que detienen el calórico é impiden que se escurra á las regiones elevadas de la atmósfera. La temperatura de las plantas que solo era de 4 ó 5 grados por el dia, podrá, pues, descender asi por un efecto de la difusion á muchos grados bajo cero, y entonces se helarán naturalmente. Pero como esta gran difusion no puede verificarse sin estar despejado el cielo y por consiguiente cuando se vea la Luna, atribúyese á la influencia de este astro, lo que no es mas que un efecto regular de las variaciones de la temperatura. Y como si todo hubiese de concurrir á mantener este error, le encontraremos confirmado por el buen éxito de las precauciones que se creen tomar contra la Luna, y que realmente se toman contra los efectos de la difusion calórica. Asi que, para libertar los jardineros á los retoños tiernos en el caso en que hablamos de los rayos de la Luna Roja los cubren con paja ú otra cosa análoga que, formando una pantalla, impiden lo mismo que las nubes que tenga efecto la difusion, y preservan de este modo á las plantas de las heladas.

No es de nuestros tiempos el atribuir á la Luna una influencia funesta. Los antiguos la consideraban ya bajo un punto de vista análogo, y Plutarco pretende que su luz putrifica las sustancias animales. Es mucha verdad que si se ponen en un sitio descubierto dos pedazos de carne, por ejemplo, uno de los cuales esté espuesto á los rayos de la Luna, y el otro se resguarde de ellos con una pantalla ó tapadizo, el primero se verá atacado antes de la putrefaccion; pero tanto en este como en el anterior se atribuye á la Luna un efecto que no procede de ella, y sus rayos no influyen en nada. Si el pedazo de carne descubierto se putrifica antes que el otro, es porque habiéndose enfriado mas por la difusion del calórico, se ha llenado de mas humedad, y el agua es un principio de disolucion para las sustancias animales, pues sabido es que se secan para conservarlas.

Otro error no menos antiguo y universal es el atribuir á las fases de la Luna y á su tránsito por los diversos cuartos una influencia en las variaciones atmosféricas y en las mudanzas del tiempo. Este error popular que se encuentra en los autores mas antiguos no tiene ningun fundamento. Porque ademas de que no se comprende la accion por la que podria producir la Luna tales resultados, las mas exactas observaciones hechas en una gran escala desmienten completamente esta suposicion. Los cambios de tiempos no son mas frecuentes en los pasos de la Luna de uno á otro cuarto que en cualquiera otra época, y si se observa alguna diferencia, imperceptible á la verdad, es respecto de los octantes de la misma.

¿Cuál puede, pues, ser la causa de un error sancionado hace tanto tiempo? Probablemente lo es la falta de observaciones imparciales, la involuntaria propension del espíritu humano á no tener en cuenta mas que los hechos favorables á las opiniones que se ha formado de antemano, sin hacer caso alguno de aquellos que las contradicen. Asi, cuando llega á mudar el tiempo al paso de un cuarto de Luna, llama al momento la atencion esta coincidencia, se la observa con cuidado, y se dejan pasar en blanco otros veinte cambios de cuartos que no van acompañados de varia-

cion alguna atmosférica.

En defensa del error que impugnamos aqui se ha citado la autoridad de Teofrasto, cuya autoridad, sea dicho de paso, no es mucha en punto á ciencias. Pero debióse haber tenido presente que el párrafo que se cita envuelve una contradiccion. ¿Qué es en efecto lo que dice Teofrasto? Que la Luna llena ocasiona el buen tiempo, la Luna nueva el malo, y que aquel cambia en cada cuarto. Pero si reina el mal tiempo durante la Luna nueva, se pondrá bueno en el segundo cuarto, y malo de consiguiente en la Luna llena, lo cual es contradictorio con lo que el mismo Teofrasto dice.

Un sabio moderno que ha compuesto un libro dirigido á defender las preocupaciones vulgares, ha querido sostener esta apoyado en consideraciones científicas, pero ha incurrido en errores muy notables. Y si ha deducido el resultado que buscaba, ha sido porque no podia menos de suceder asi, por haber hecho sus observaciones en un número de dias mas ó menos grande, segun la necesidad que tenia de mas ó menos variaciones atmosféricas.

C. S.

A SOLAS CON UN LEON.

Hace algunos años, durante mi residencia en la ciudad del cabo de Buena Esperanza, tuve ocasion de unirme con algunos de aquellos audaces traficantes, que hacen un comercio lucrativo, pero peligroso, hácia el Norte del rio Orange. Sus espediciones duran á veces dos años y aun mas. Van de una tribu á otra con sus galeras y criados hasta que logran vender todos sus géneros. Entonces vuelven á Graham's Town ó á Cabo, llevan por delante el ganado que compran, conduciendo plumas de avestruces, pieles, marfil y otros artículos preciosos, de los cuales reportan una ganancia de cuatrocientos y quinientos por ciento. La mayor parte de los que conocia, limitaban sus correrias á tierras que se estienden por la costa occidental del Africa, entre el rio Orange y las posesiones portuguesas de Benejuela.

Uno de los mas atrevidos y acomodados era un tal Hutton, colono inglés, que habiendo adquirido un mediano pasar con sus escursiones entre los namacuas y los dammarás, queria retirarse del comercio. Me lo habian pintado no solo como un hombre hábil en su profesion y valiente cazador, sino tambien como uno de los mas entendidos esplotadores del Africa meridional.

Con motivo de haber tenido ocasion de prestarle un corto servicio, me informaba de cuanto me convenia saber para mis negocios. Sin embargo el favor no fue de consideracion. Habiendo sido preso su criado namacua natural de un pais situado mas allá del rio Orange, obtuve su libertad por medio de recomendaciones.

Este jóven tenia la figura y carácter de un verdadero hotentote. Pasaba de la estatura regular, tez morena, ojos hundidos, nariz pe-

queña, pómulos salientes y los cabellos muy rizados, distintivo de esta raza. Por lo regular estaba silencioso, grave y de aspecto sombrio, escepto cuando bebia licores, los que deseaba con ánsia, como la mayor parte de sus compatriotas. Entonces pasaba de un estremo á otro, no solo se volvia animoso y camorrista, sino agresivo y belicoso en estremo. Disputaba y se batía frecuentemente con cuantos negros descarados y astutos de la ciudad le incomodaban.

En fin, un dia que sostuvo un duelo desesperado contra un negro colosal de Mozambíque, le cogió la policia aunque estaba medio aporreado, cual si fuera un lio, y le encerraron en la prision. Su amo que conocia tan mal como él las leyes y costumbres de la ciudad, se aconsejó de mí y me rogó interviniese en su favor. Habiendo esplicado al gefe de policia la causa de su arresto, obtuve sin dificultad lo que deseaba. Apolo (con este apodo se le conocia) fue restituido á su amo, despues de algunas horas de arresto que le habian estenuado.

Me sorprendió la afectuosa inquietud manifestada por M. Hutton en este negocio. ¿De qué provenia su adhesion á este jóven salvaje? Apolo nada tenia de seductor ni en su esterior ni en sus modales, y aunque al parecer amaba á su amo, su carácter no era mas agradable que su fisonomía, y su inteligencia no parecia brillante. Yo habia oido decir que M. Hutton, á pesar de su táctica de comerciante y su pasion á la caza, era honrado y tenia un corazon sensible; por lo cual supuse que Apolo le habria sido confiado por sus padres bajo la solemne promesa de volverle á llevar la preciosa criatura en buen estado, y que la solicitud del mercader tenia por causa el honroso deseo de no faltar á su palabra.

En la misma tarde vino á visitarme para espresarme su gratitud, y en el curso de la conversacion le dije que su namacua seria sin duda un escelente criado cuando le habia inspirado tanto afecto.

—«Debo cuidarle, me respondió, porque me ha salvado la vida.

—«¡Ese bribonzuelo!» esclamé sin escoger mis espresiones. Os confieso que me admira.

—«Y sin embargo, nada hay mas cierto», replicó el mercader nómada. «Habrá diez años poco mas ó menos que encontré á Apolo sobre la ribera septentrional del rio Orange. Entonces era un muchacho que á lo mas tendria doce años, aunque es dificil adivinar la edad de los naturales de este pais. Se le habia dejado solo, devorado por la fiebre y medio muerto bajo un pequeño cobertizo hecho de ramas y yerbas; porque los hotentotes acostumbran abandonar asi á los enfermos y ancianos que no pueden seguir la tribu.

«Esta costumbre espantosa, la mas inmoral de todas las de ellos, ha sido causa de que se les juzgue tal vez con demasiada severidad, porque bajo otros aspectos no son tan pícaros ni tan viciosos como han pretendido algunos viajeros. En una palabra, yo puse al pobre muchacho sobre uno de mis carros; le administré quinina y otros remedios, y al cabo de algunos dias trotaba y brincaba como si no hubiese estado jamás enfermo. Me dijo que se llamaba Tkuetkue; este nombre me pareció tan bárbaro, que le dí el que lleva al presente, y que ciertamente es de los mas distinguidos. Desde entonces, Apolo me ha seguido á todas partes y me manifiesta su adhesion á su manera. Es, sin embargo, un verdadero salvaje, y no hay en el mundo quien pueda gobernarle mas que yo; ejecuta mis órdenes mientras se acuerda de ellas, es decir, durante veinte y cuatro horas, porque es raro que su memoria pueda conservarlas mas tiempo. Pero yo no puedo hacer de él un miembro de la Sociedad de Templanza ni del congreso de la Paz, aunque sobre este particular le doy los mejores ejemplos. Bebe los licores que puede atrapar, y en su borrachera se bate como un tigre á la menor provocacion. Este es su único defecto, pues por lo demas, es un muchacho honrado y fiel y el mejor *acompañante* que he conocido. Llamamos *acompañante* al hotentote ó al negro que va á caballo detrás de nosotros llevando el fusil y municiones de reserva; da el golpe de gracia á la caza y nos hace otros pequeños servicios.

—«Entonces le salvásteis la vida, antes que él os la salvara», dige yo á Mr. Hutton.

—«Probablemente», me respondió, «aunque

tal vez se hubiese curado solo si yo no le hubiese encontrado; porque los hotentotes y los namacuas tienen la vida singularmente dura, y son necesarios largos ayunos y enfermedades terribles para que sucumban. Hé aquí ahora de qué manera me probó Apolo su reconocimiento.

«Me habia puesto en camino con dos carros y unos doce criados para el pais de Tammara. Dos de estos eran negros oriundos de la costa de Mozambique; los otros hotentotes y namacuas que habia ajustado despues de mi partida. El mayor número de ellos los habia encontrado en una estacion de misioneros, llamada el Viejo-Schmelen, situada mas acá del rio Orange. Los negros conocian bastante bien el servicio, porque habian adquirido en el Cabo una tintura de civilizacion. Los otros no podian servirme mas que para conducir los carros y perseguir algunas veces la caza; pero conocian bastante bien el pais, y bajo este aspecto me eran muy útiles, si bien era preciso vigilarlos constantemente. La naturaleza los habia dotado de una escesiva cobardia, y aunque algunos sabian manejar las armas de fuego, no pude nunca conseguir que hiciesen frente con algun valor á un animal temible, como un búfalo ó un rinoceronte, porque en cuanto á un leon no habia que hablar de ello.

Yo maté dos ó tres rinocerontes sin recibir de mi gente el menor socorro, escepto de Apolo que permanecia constantemente á mi lado en todas circunstancias, aunque sus dientes se ponian á castañetear y sus ojos se convertian en fuentes, cuando nos aproximábamos al enemigo.

Una tarde,—continuó M. Hutton,—hice alto cerca de un estanque en que venian á beber por la noche animales de diferentes especies, cuyas huellas veiamos estampadas por todas las orillas. El sitio era bien conocido de los namacuas, y me suplicaron que acampase á alguna distancia, porque los leones eran *muy pícaros* en estos parages, y que si permaneciamos á la orilla del agua seria probable que perdiésemos algunos bueyes y tal vez fuesemos asaltados nosotros mismos. ¡Cosa curiosa! Cuando un leon ha gustado la carde humana, parece preferirla á cualquier otro alimento, desdeñando las otras presas si puede atrapar un hombre. Yo no queria poner en peligro mi gente ni mis bueyes, y despues de haberles dejado satisfacer ámpliamente la sed, marché á acampar unas dos millas de allí en un pequeño valle desde el cual no se podia ver el estanque; encendimos un gran fuego para alejar las fieras que buscan sus presas, y dejamos á los bueyes pastar libremente alguna yerba que habia enmedio de las rocas que nos rodeaban.

«En cuanto á mí, deseaba vivamente lanzar una bala á un leon, porque habia por lo menos tres años que no mataba ninguno. Como yo no habia sido muy feliz en algunas partidas de caza á tiro largo, recelaba no ser apto para este género de diversion, que exige nervios muy sólidos y mucha práctica. Sondeé á cuatro ó cinco de mis criados, incluso Apolo, á fin de saber si querian venir conmigo á apostarse para la espera de los leones en aquella noche; pero solo tres aceptaron la proposicion, y dejamos á los demas al cuidado de los carros y de los bueyes, recomendándoles mucho que tuviesen fuego encendido toda la noche y no dejasen alejarse á los bueyes. Llegamos al abrevadero á la puesta del sol, y con las palas y azadas que llevábamos cavamos un foso en la arena, á unos cien pasos del estanque, de unos tres á cuatro pies de profundidad, amontonando la tierra al borde para poder ocultarnos mejor. Al cabo de una hora estaba terminada nuestra operacion, y nos apostamos en la trinchera con los fusiles preparados, esperando á los leones; pero en vano esperamos toda la noche.

«Una multitud de bestias salvajes vinieron á beber; solo el rey de los animales dejó de presentarse. Acudieron en gran número los springboks (1), los gemsbboks (2), las cebras, los cuaggas y otros cuadrúpedos; pero no gastamos la pólvora, porque no teniamos necesidad de carne, y un fusilazo hubiera podido alarmar á los leones y alejarlos del abrevadero; pero nada ganamos en permanecer tranquilos. Al apuntar el alba, salimos de nuestra emboscada, yertos de frio, entumecidos, de mal humor y rendidos de sueño. No habia-

(1) Especie de antílopes.
(2) Especie de gacelas.

mos visto ni aun la sombra de un leon, aunque los habiamos oido rugir desde lejos. Nuestros carros y nuestros bueyes los habian atraido, porque despues supimos que habian andado rondando toda la noche por el rededor de ellos, causando un verdadero terror á los hombres que habian quedado cuidándolos; pero afortunadamente conservaron bastante presencia de ánimo para mantener constantemente un buen fuego, al que se rodearon todos los bueyes con tal miedo, que casi se metian en la llama, cuya luz impedia á los leones atacarlos.

«Renuncié, pues, á la esperanza de matar uno de estos animales; pero no queria regresar á los carros sin llevar alguna caza que remunerase nuestra larga espera.

«Apenas habíamos andado algunos pasos, cuando vimos lanzarse por nuestro costado unos cuantos springboks, que salieron de la maleza dando saltos como asustados, y sin esperar á averiguar la causa de su terror, disparé mis dos tiros á la bandada y herí uno de los mas grandes. Otro tanto hicieron los que me seguian, aunque sin el menor resultado. Apenas habia separado la culata del hombro, cuando salió de la maleza un enorme leon marchando lentamente hácia nosotros, y como apenas se hallaba á cien pasos de distancia, nos era imposible volver á carga las armas. Mi sorpresa fue tal, que en los primeros segundos permanecí inmóvil y sin saber qué partido tomar; pero pronto conocí que no me quedaba mas que un solo medio de salir de tan crítica situacion. Cuando los naturales del pais van en cuadrillas á atacar á un leon, con sus azagayas y sus cuchillos, acostumbran asentarse unos junto á otros así que ven llegar al enemigo. Si el animal es de humor agresivo escoge uno para su presa y de un salto cae sobre él. Al que le toca esta desgracia suele morir del primer zarpazo y dentellada, pero generalmente escapa á costa de graves heridas. Los demas se precipitan á un tiempo y con rapidez sobre el animal, agarrándole algunos por la cola y levantándole del suelo para que no pueda volverse, mientras que los compañeros le rematan con sus azagayas y cuchillos.

«Unas veces logran matarle sin que ninguno de ellos sea víctima, pero otras sale vencedor el leon despedazando á tres ó cuatro mientras los demas se salvan. Con estos antecedentes me pareció posible emplear la misma estratagema; sentándonos y presentando á la bestia feroz una cara intrépida, esperaba intimidarle y que no nos atacase antes de haber vuelto á cargar las armas. «¡Sentaos, sentaos!» grité con todas mis fuerzas, hincando al mismo tiempo una rodilla en tierra y preparándome á cargar, si tenia tiempo pára ello. Pero una rápida mirada que eché á mi alrededor me hizo ver que mis hombres se habian salvado huyendo desde que divisaron al leon, y que ya habian subido la mitad de la colina que nos separaba de los carros. Apolo habia huido tambien con ellos, persuadido, segun me dijo despues, de que yo corria igualmente, pero que me habia quedado atrás porque no tenia los pies tan ágiles, y como no se atrevia á volver la cara, no descubrió su error el pobre diablo hasta que estaba entre los carros.

«Permanecí pues, solo al frente del leon. Por otra parte, hubiera sido inútil que hubiese echado á correr con los namacuas, porque entonces el leon nos hubiera seguido para atrapar á uno, y probablemente hubiese sido yo la víctima antes de recorrer veinticinco toesas. No solo tenia el fusil descargado, sino que me hallaba sin el cuchillo de monte que habia dado á Apolo mientras cavábamos el foso, porque me estorbaba. Estaba pues completamente desarmado, y me creí perdido como era consiguiente, «¡Dios mio! ¡tened piedad de mi muger y de mis pobres hijos!» esclamé, y lleno de una ansiedad muy fácil de comprender, esperé que el leon saltase sobre mí.

«Pero él no tenia al parecer prisa alguna: se adelantó con un aire tranquilo, conteniendo poco á poco su marcha magestuosa hasta que llegó á unos doce pies de distancia; entonces hizo alto, se agachó en tierra como un gato y se puso á mirarme fijamente. Yo me senté tambien y me puse á mirarle sin pestañear, con toda la energia de que era capaz. Cuando yo estaba en la escuela habia leido que los animales no podian sostener la mirada fija de un hombre, y aunque mi esperiencia nunca me habia probado la certeza de es-

ta opinion, resolví ensayar este medio por si me salia bien. Por desgracia, produjo poco efecto. De tiempo en tiempo cerraba el leon los ojos ó miraba á derecha é izquierda, pero nada mas. En fin, se acostó con las patas dobladas por debajo y la barba apoyada en tierra, en una posicion absolutamente igual á la de un gato acechando á un raton.

De cuando en cuando se lamia los lábios; sin duda acababa de comer, y yo presumí su intencion. Habiéndose comido un animal, probablemente un springbok, no tenia hambre; pero habia resuelto guardarme hasta que renaciese su apetito, y como á los leones les gusta mucho la carne fresca, el pícaro esperaba que su digestion hubiese terminado para echarme la zarpa. ¿No era esta una agradable posicion para un cristiano, como dicen los boers del Cabo?

«No se puede negar que mi situacion era muy crítica. Yo habia leido en el viage de un misionero, que un hotentote habia sido guardado asi todo un dia por un leon; y que por la noche, si no me engaño, sucumbiendo el prisionero á la fatiga se habia dormido, y al despertarse habia desaparecido el leon.»

—«Esa historia no me es desconocida», dije al narrador. «Vuestro hotentote jugó con buena suerte.»

—«El leon», replicó el mercader, «no es en realidad mas que un gran gato, por su organizacion y por sus costumbres. Algunos hablan de su magnanimidad, y le atribuyen nobles sentimientos: ¡habladurias! Cuando un leon no tiene hambre y encuentra una presa, suele pasar al lado de ella sin hacerle caso.

«Rara vez mata por solo el placer de matar y por aficion á la carnicería; pero un gato se porta del mismo modo, si no se le han dado otras costumbres. Un gato que no está hambriento, juega con los ratones. «Eso, me direis, proviene de una disposicion cruel!» Nada de eso; le conserva vivo para su próxima comida. Esto es justamente lo que hace el leon en ciertas circunstancias, sobre todo si ha comido carne humana; esto es, por lo menos, lo que afirman los habitantes del pais. Dicen que en semejantes casos espera á que el hombre se haya dormido; espia su primer movimiento al despertar, y entonces salta sobre él. En cuanto al leon que acechaba al hotentote, seria puesto en fuga por algun ruido ó por algun objeto terrible mientras dormia su cautivo.

«Lo que es por mí, no dudaba que la bestia salvaje solo esperaba el momento en que cayese rendido de fatiga para precipitarse sobre mí cuando hiciese el menor movimiento. «Yo viviré, me decia á mí mismo, ínterin pueda permanecer con los ojos abiertos; pero si me duermo despertaré entre las quijadas del leon.»

Al oir esta observacion, temblé á mi pesar, y no pude contener una esclamacion de horror.

—«No os alarmeis por mi suerte, dijo Hutton sonriéndose, ya veis que estoy vivo y sano. No trataba mas que de haceros comprender el terrible peligro en que me hallaba, antes de deciros cómo escapé de él. Despues de haber pasado la noche como he referido, me sentia con un hambre y un sueño insoportables, y gracias á que llevaba un frasco de agua, pude apagar la sed, sin lo cual me hubiera sido imposible soportar las fatigas y las emociones de tan largo dia. El sol salió centelleante, como acostumbra en estos desiertos, y al poco tiempo derramó un torrente de fuego que caldeó la arena á mi alrededor, en términos que mi piel se abrasaba al reflejo de este doble foco de calor. Tenia la cabeza resguardada de los rayos directos, con un sombrero de fieltro de anchas alas y adornado con plumas de avestruz; jamás, sin embargo, me habia parecido el sol tan sofocante, lo que tal vez provendria de no haber comido ni dormido. A pesar de todo, conservé mi presencia de espíritu, y esperaba una ocasion oportuna de escaparme. Mis gentes hubieran podido animarse y venir en cuadrilla á librarme; pero ¡ah! yo sabia bien lo pusilánimes que eran, y que no se atreverian á acercarse ni á un cuarto de milla, en cuyo caso era probable que el leon, al verlos, se lanzase á mí y me sacase de incertidumbres.

—«Pero ¿por qué,»—le pregunté,—«¿no os esforzábais para cargar el fusil?

—«Ya lo ensayé,»—me respondió;—«pero al primer movimiento que hice, el viejo marrullero levantó la cabeza y se puso á gruñir

como para decirme: «Nada de eso, mi amigo, porque si te mueves...» En el caso que yo hubiese querido persistir hubiera caido sobre mí antes de haber siquiera derramado la pólvora. Era un leon enorme, el mas grande que he visto en mi vida, con una larga melena canosa y ojos muy astutos; nunca podriais figuraros lo muy sagaces que son estos leones viejos. El mio sabia perfectamente que mi fusil era un arma cualquiera, y que mis gentes estaban inmediatas, porque de tiempo en tiempo echaba una mirada escrutadora hácia los carros. Entonces sentia yo latirme violentamente el corazon, y un sudor copioso me inundaba.

—«El motivo no era para menos,»—esclamé:—«Y el leon ¿permaneció inmóvil todo el dia?«

—«Al contrario,»—respondió,—«su agitacion continua me tenia tambien en perpétua ansiedad. Unas cuantas cebras vinieron á pasar cerca de nosotros, y al divisar al leon, se volvieron precipitadamente y se lanzaron con frenesí en otra direccion; el leon se enderezó, dió media vuelta y miró fijamente á las fugitivas.

Los leones gustan con pasion de la carne de cebra, y esto me hizo esperar que iba á abandonarme para correr tras ellas; pero indudablemente prefirió lo cierto á lo dudoso; se volvió, pues, se acostó otra vez rugiendo de una manera espantosa, y mirándome con mas vivacidad que nunca como para decirme: «Ya ves, amigo mio, que he perdido por tí una cebra, por lo cual no tengo intenciones de dejarte.» Ya podreis juzgar que maldecia de todo corazon al viejo bandido, pero sin articular ni una palabra por temor de que me fuese perjudicial.

«Una nueva alarma no tardó en presentarse por otro lado. Vi al leon mirar atentamente en la direccion en que estaban los carros, como lo habia ya hecho dos ó tres veces; despues se levantó, rugió con cólera, encogiendo los lábios y enseñando los dientes como si divisase alguna cosa desagradable. Despues supe que mi gente, á instancias de Apolo, se habia armado de pies á cabeza, y avanzaron hasta la cima de la colina, desde donde su vista estremadamente perspicaz les habia permitido divisar al leon puesto en acecho; y asi que vieron que se levantaba y volvia hácia ellos, tocaron á retirada sin tambores ni trompetas y corrieron á los carros. Al cabo de algun tiempo volvió el leon á acostarse frente á mí; extendió sus patas, bostezó, cerró los ojos y me pareció cansado de hacer centinela. Pero manifiestamente habia resuelto permanecer alli hasta la noche, sin lo cual hubiera podido despacharme inmediatamente.

«A la caida de la tarde oí rugir desde lejos, lo cual pareció encontrar al leon. Por el timbre del rugido juzgué seria una leona que llamaria á su compañero. Este se levantó y se volvió á echar varias veces, yendo de un lado para otro con aire feroz, olfateando la tierra y como si estuviese indeciso y turbado; pero guardó silencio, y el grito de la leona fue debilitándose gradualmente. Este fue el momento en que sentí mayor inquietud; porque si el leon hubiese respondido á su compañera, si la hubiese llamado, como probablemente estaria hambrienta, se hubiera arrojado sobre el bocado esquisito que su esposo le habia reservado hasta entonces. Segun todas las apariencias hubo de tener la misma idea el malvado viejo, y por eso juzgaria prudente mantenerse tranquilo.

«En fin, llegó la noche, con brillantes estrellas pero sin luna. Yo no veia mas que vagamente los objetos, aun á corta distancia, y solo distinguia al oriente el perfil de las colinas. El inmóvil leon formaba una masa confusa no lejos de mí, y adquirí la certeza de que no dormia y de que observaba todos mis movimientos, porque sus ojos brillaban por intervalos como ascuas.

Una sola esperanza me animaba; permaneciendo inmovil y silencioso, tal vez yo le cansaria, ó por lo menos le impediria que se arrojase sobre mí, y entretanto una causa fortuita, una circunstancia repentina podia atraer su atencion á otra parte como en la aventura del hotentote. Mas para no perder esta última probabilidad, era forzoso permanecer despierto; cosa difícil. Me hallaba abrumado de debilidad y cayéndome de sueño, pues llevaba 36 horas sin dormir y sin comer, habiendo ademas sufrido en este intervalo las mas crueles emociones El aire era fresco, y

esta deliciosa frescura, despues de un dia ardiente, parecia convidarme al reposo. Un silencio profundo reinaba á mi alrededor, y necesitaba hacer esfuerzos continuos para mantener los párpados levantados. De tiempo en tiempo sentia que la cabeza se me bajaba, y volvia á alzarla con un estremecimiento de terror, á la idea de que el leon se preparaba tal vez para lanzarse sobre mí. ¡Horrible situacion! no puedo recordarla sin temblar todavía. Me hallaba como un condenado á muerte que, perseguido por una espantosa pesadilla, se despierta sobresaltado pensando que se le va á ejecutar al dia siguiente. Estoy persuadido de que me hubiera sido imposible soportar toda la noche esta cruel agonía; esto era superior á las fuerzas humanas.»

El mercader guardó silencio algunos minutos, con aire triste y absorto como un hombre á quien atormentan penosos recuerdos. Pero pronto se reanimó y prosiguió su narracion.

«Dos ó tres horas despues de que las sombras hubiesen envuelto cielo y tierra, oí á los animales que venian al abrevadero; pero á ninguno vi, aunque algunos pasaron á corta distancia. El leon, que los veia perfectamente, se contentaba con menear un poco la cabeza cuando pasaban cerca de él; de suerte que muy pronto perdí la esperanza de que me abandonase para arrojarse sobre ellos. De repente irguió la cabeza, me miró y comenzó á rugir. «¡Ha llegado mi hora!» dije entonces en mis adentros. Púsose en pie y rugió con mayor violencia, mirándome siempre fijamente á lo que parecia. Yo me disponia al combate, teniendo el fusil en la mano izquierda y el pañuelo en la derecha. Mi intencion era meterle atravesada en la boca la culata del fusil, y ahogarlo introduciendo al fondo de sus fauces el pañuelo. La empresa no me parecia de facil ejecucion, pero era el último recurso y no queria morir sin haber intentado este medio supremo. Verdaderamente no me quedaba esperanza alguna; pero mi deseo era luchar contra aquel leon que me perseguia desde la mañana, que yo detestaba, y al cual pretendia hacer el mayor daño posible.

Pero todo ello no fue mas que un vano temor: al cabo de algunos minutos el feroz animal se tranquilizó de nuevo y se sentó, no se acostó como antes, pero alargaba la cabeza hácia mí, á guisa de gato que examina con atencion algun objeto. Por último se tendió en el suelo como si hubiese dejado satisfechas todas las dudas que le inquietaban. Pero despues de unos diez minutos levántóse súbitamente y rugió de una manera mas espantosa que nunca.

Ocurrióseme la idea de que algun otro animal de su especie se aproximaba pausadamente á mí por la espalda, y que mi guardian se oponia á la partija del botin, en cuyo caso mi suerte quedaria muy pronto decidida. Todavia supuse que mi gente tal vez procuraria socorrerme á favor de las tinieblas; pero ¿habia probabilidad de que tuviesen valor suficiente para conseguirlo? como supondreis, mi gana de dormir habia desaparecido. El leon, puesto en pie rugia sin cesar, andando de un lado á otro como incierto del partido que deberia tomar. Por último se decidió, y le ví colocarse en posicion de dar un salto; mi hora habia llegado.

En este momento sonó á mi espalda un repentino ahullido, y una gran llama alumbró todos los objetos de alrededor. El ahullido duró un minuto ó dos, y un individuo cuya cabeza y espaldas parecian de fuego, se precipitó en el intervalo que me separaba del leon. El animal dió un rugido terrible, mas bien de espanto que de furor, y se lanzó dando saltos hácia las tinieblas. Yo reconocí que era Apolo el personaje llegado tan á tiempo; la llama con que se habia presentado coronado no lucia ya, pero la conservaba en dos ó tres ramas encendidas, que agitaba por encima de su cabeza, saltando, gritando, dando vueltas de una manera frenética, en términos que parecia un demonio, aunque para mi era un verdadero ángel libertador. El pobre diablo se hallaba poseido de tal espanto, que apenas podia hablar, y no comprendia ni una palabra de lo que yo le decia. «¡Cargad vuestro fusil! ¡cargad vuestro fusil!» gritaba sin tomar resuello. «La gran bestia va á volver; ¡cargad vuestro fusil!»

Este era un buen consejo que me apresuré á seguir con toda la celeridad que pude. Al levantarme estaba de tal modo entumecido que

casi me hallaba paralizado; pero la sangre no tardó en circular de nuevo, y asi que concluí de cargar el fusil nos encaminamos á los carros.

Apolo corria siempre delante, conservando la impresion del terror, llevando sobre la cabeza una sarten, y en la mano una antorcha, saltando y gritando como un loco para alejar las bestias feroces, hasta que por fin llegamos á nuestro campamento.

En tanto que satisfacia mi apetito, pregunté á mi libertador qué habia pasado durante mi ausencia, y cómo se habia manejado para sacarme del apuro. El pobre mozo se habia esforzado todo el dia para determinar á sus camaradas á fin de que le acompañasen á libertarme, y con este objeto habian hecho una tentativa por la mañana, como os dejo dicho, pero su valor los abandonó muy pronto. Por la tarde Apolo resolvió librarme por sí solo, y al efecto ideó un ingenioso medio. Tomó una de mis mayores sartenes, en la cual estendió una capa de pólvora, prévia y convenientemente humedecida para que ardiese con lentitud; encima colocó paja de embalar, echó en medio alguna pólvora seca, y coronó todo con un hacecillo de ramas chicas y varillas.

Habiendo sujetado la sarten sobre la cabeza, se puso en marcha con noche cerrada. Cuando hubo andado la mitad del camino cambió de postura; arrastrándose con lentitud y precaucion, llegó hasta cien pasos del paraje en que me hallaba sin que el animal notase su aproximacion.

Entonces fue cuando el leon se habia enderezado la primera vez y habia empezado á rugir. «Aquella voz formidable, dice Apolo, me heló el corazon, y estuve próximo á caer desvanecido.» Permaneciendo inmóvil hasta que el leon se sosegó, mi namacua se tendió de nuevo entre la yerba, no avanzando mas que una pulgada ó dos á cada movimiento; despues de haber corrido asi algunos pasos, se detenia otra vez por espacio de un minuto. Por fin, cuando ya se creyó bastante cerca, sacó un fósforo de una cajita que habia traido de los carros, y lo encendió; no tuvo, pues, mas que apróximarlos á la paja para que se inflamase inmediatamente. Durante esta operacion fue cuando el rey del desierto mostró tanto furor. Pero Apolo no le dejó tiempo para obrar; precipitándose junto á nosotros con la sarten sobre la cabeza y unas ramas encendidas en la mano derecha, habia puesto á su enemigo en derrota al primer golpe. Comprendereis ahora por qué tengo tanto afecto á ese bribonzuelo, que desplegó mas ingenio y valor para salvar mi vida de lo que seria capaz para salvar la suya.»

Reconocí, en efecto, que el *bribonzuelo* se habia portado brillantemente, y que merecia todo el bien que el mercader pudiera hacerle. En cuanto al leon, suponia yo no se le habia oido hablar mas.

—«Estais en un error, me dijo Hutton; yo tenia una cuenta que arreglar con el bandido, por la horrible tortura que me habia hecho sufrir. Como ademas era evidentemente un leon antropófago, no era bueno dejarle corretear en libertad, antes convenia estorbárselo. Yo estaba seguro de que no se alejaria del agua en tanto que mis bueyes permaneciesen en las cercanías; sabiendo tambien que otros dos comerciantes, Johnson y Leroux, me seguian á una ó dos jornadas de distancia, aguardé á que ambos se me reuniesen. Hicimos entonces una espedicion en comandita con toda nuestra gente y nuestros perros. Durante dos dias hostigamos al viejo canibal, sin lograr que saliese de su caverna, situada en medio de rocas y malezas. Johnson era el que mas cercano á ella se encontraba cuando de repente salió el leon, al cual mató de un tiro maestro; la bala entró por encima del brazuelo derecho y salió por debajo del izquierdo.

Dí al vencedor cinco libras esterlinas por la piel, que deseaba henchir de paja y conservar en mi poder en recuerdo del dia que pasé frente á frente con el animal, asi como tambien del dia siguiente, conceptuando el primero como el mas cruel, y el segundo como el mas dichoso de mi vida.»

El C. P.

EL TIROL.

El Tirol, no solo está circuido de montañas por todos lados, sino que propiamente hablando el mismo pueblo no es mas que una cadena de montes cortados por un sinnúmero de valles. Sus habitantes desde tiempo inmemorial estan sujetos á una administracion uniforme, y han disfrutado iguales privilegios; sin embargo, distan mucho de formar una poblacion homogénea. El Tirol se divide por decirlo así en dos pueblos; el uno habita en la parte del norte que corresponde á la Alemania; y el otro la del sur que pertenece á la Italia.

Los tiroleses italianos tienen la misma clase de talento é industria que sus compatriotas del norte; pero ni tienen la misma pureza de costumbres ni igual lealtad. Un clima mas suave, mayor abundancia y riqueza, y sobre todo su proximidad á la afeminada Italia, todo esto ha alterado su carácter y costumbres.

En una sola porcion del Tirol meridional, llamada el *círculo de confines*, se ha calculado que habia mas pleitos y abogados que en todas las demas comarcas del Tirol aleman. En una palabra, parece que en estas últimas se gana en prosperidad moral cuanto las primeras han ganado en prosperidad física.

Los delicioso valles que llaman *Val di non* y *Val di sol*, en que crecen los limones por todas partes, y difunden por la atmósfera un aroma voluptuoso como en el centro de Italia, enervan los ánimos disponiéndolos á los placeres. En ellos además, la proximidad de los establecimientos manufactureros de Lombardía y del pais Veneto, pone en movimiento á un tropel de brazos industriosos; y al paso que los habitantes de los sombríos valles del norte hilan el cáñamo y el lino, los husos de los tiroleses del mediodía se llenan de seda, cuya cosecha forma una de las principales riquezas del suelo.

No obstante los matices de que acabamos de hablar los tiroleses de ambas partes al fin presentan los rasgos principales del carácter nacional. Así que, la necesidad de una vida independiente hállase casi en todos los habitantes, así del norte como del mediodia. En ese pueblo tan celoso de su libertad, el soberano no es en cierto modo mas que el primer ciudadano, el protector del pueblo; las discusiones de lo restante del Imperio austriaco en los demas monarcas no afectan á los tiroleses sino en la parte respectiva á sus propios intereses, y no toman las armas sino en el caso de que estos se vean amenazados.

Por mucho tiempo el Tirol estuvo libre de las cargas que pesaban sobre las demas provincias del Austria; la invasion francesa, la incorporacion del Tirol con la Baviera á últimos del reinado de Napoleon, modificaron mucho este estado de cosas; pero aun en el dia los tiroleses viven en la mayor independencia.

VISTA DE INSPRUCK.

Particularmente por lo que respecta á la conscripcion militar, se ha conocido la dificultad de doblegar esta nacion bajo el yugo que sufre el resto de Europa.

Habiendo el Emperador José querido en 1785 sujetar los tiroleses á las levas regulares para el servicio militar, hicieron tanto, que la órden fue revocada. Unos abandonaron sus cabañas y vivieron como salvajes en los sitios mas inaccesibles; otros cometieron expresamente leves robos para eximirse del servicio, pues una de sus leyes declara inhábiles para defender la patria á los que han cometido faltas infamantes; otros, por último, desertaron á bandadas. En un reducido distrito mas de cuatrocientos jóvenes pasaron al extranjero, y no volvieron hasta que el Emperador de Austria decretó una amnistía general, y declaró que para lo sucesivo ningun tirolés seria obligado á tomar las armas contra su voluntad.

Desde dicha época se han hecho varias tentativas para sujetarlos del todo á una inscripcion, pero todas sin fruto. En momentos de peligro se han hecho sí levas en masa; pero estas á menudo han producido mas ruido que efectivo número de soldados; y aun solo se han armado cuando han visto invadido su territorio, ó puestos en riesgo sus materiales intereses, lo que tuvo lugar en su reunion con la Baviera.

Sentadas estas observaciones generales, vamos á echar una ojeada á la parte alemana del Tirol en particular.

Cuando está próxima la estacion rigorosa de invierno, se hace sentir el frio muy temprano en aquellas altas montañas; los tiroleses, forzados á mantenerse reclusos en sus aldeas, donde los encierran los yelos y torrentes, y en cuyos alrededores no presenta la naturaleza señal alguna de vegetacion, los tiroleses pues, buscan en su industria un suplemento á sus escasos recursos. Así pues es incomprensible la multitud de trabajos industriales que aquellos montañeses saben proporcionarse.

En la parte llamada Voralberga, donde hay inmensos bosques, se fabrican para ser llevadas á puntos muy lejanos tiendas, y casas enteras, cuyas piezas desmontadas y numeradas las conducen con narrias por medio de las nieves hasta Megencia en el Rin, y allí las embarcan para el otro extremo del lago de Constancia. Dichas casas se pagan en el Appenzell en Suiza desde 1300 á 1700 francos; y mientras que los hombres se ocupan en estos trabajos, las mugeres bordan muselinas para los comerciantes suizos, ó hacen calcetas para enviar á Baviera. Por otra parte, trabajan en gran cantidad sombreros y cestos de paja, é hilan el lino y algodon con mucha destreza y habilidad.

Preséntase muy á menudo un espectáculo muy interesante á los ojos del viajero en ese pais montañoso; encuentranse aldeas en que por espacio de dos meses no se ve ni un hombre, ni tan solo un muchacho, pues estas gentes emigran en masa para ir á Suiza, donde ejercen los oficios de albañiles y carpinteros. Los niños abandonan tambien el techo paterno desde que se ven con fuerzas para sobrellevar las fatigas y cansancio del camino, y pueden hallar en Suavia la ocupacion de pastores. Guiados por un viejo, parten provistos de su cornamusa y alforjas, abastecidas con una corta porcion de miserable pan de avena, y van á guardar los rebaños durante el verano y el otoño por una escasísima retribucion. Cuando ha llegado el tiempo de volverse regresan al techo paterno bajo la guia del mismo anciano, y extienden con orgullo sus ganancias encima de una mesa, en torno de la cual se acerca la familia entera para celebrar su vuelta con el mayor regocijo. Por lo regular tales ganancias ascienden lo mas á cinco ó seis florines (doce ó trece pesetas), lo que basta para sus cortas necesidades y ambicion.

Esta vida sencilla es mejor sin duda para ellos que el frecuentar los talleres de los ciudadanos; tienen menos dinero, pero en recompensa adquieren mas buenas costumbres, mas tranquilidad y placeres inocentes; su vida vale por lo menos tanto como la nuestra.

En otras partes del Tirol el espíritu de especulacion inspira á los montañeses empresas atrevidas, y hace concebir y ejecutar viajes muy lejanos. Los hallaréis en el Nuevo Mundo, y en el centro de las Indias luchando con valor y perseverancia con los mismos ingleses; bien que el número de tales viajeros es muy reducido. Por lo demas, ri-

cos ó pobres grandes especuladores ó humildes trabajadores, cuando los tiroleses vuelven de sus lejanas emigraciones, dividen con una integridad irreprensible sus ganancias con los asociados que hicieron bolsa comun con ellos. Generalmente las asociaciones especulativas se verifican entre miembros de una misma familia habitantes en un mismo lugar. Rara vez dura mas de un año la ausencia de los emigrados, y los traficantes del Tirol gustan de volver á su tierra al fin de la primavera, asi como los trabajadores al fin del invierno.

El extranjero que ignorase esas emigraciones de los tiroleses quedaria admirado, y apenas podria comprender cómo los hombres rústicos é ignorantes en apariencia que encuentra en el fondo de aquellos desiertos valles, pueden hablar con tanto conocimiento de los usos de varios pueblos, y á menudo de los mas leves pormenores de la vida de las capitales mas civilizadas. Es un sabroso pasatiempo para el tirolés el referir sus viajes; sin embargo, todo cuanto han podido ver no llega á hacerles desagradable su pais.

En el vecindario de la Suiza y del lago de Constancia es un espectáculo muy interesante ver á los montañeses del Tirol, que durante el invierno se han concentrado en sus habitaciones del pais llano, volver á subir en caravanas por los Alpes al llegar la primavera. Entonces se ponen en movimiento; mugeres, viejos y rebaños, vuelven á los pastos elevados, donde se elaborará la leche, se harán quesos y manteca, artículos que forman su principal riqueza. A los balidos de los rebaños se unen las alegres canciones, y los armoniosos sonidos de la flautas pastoriles. Aun que el tirolés no fuese muy propenso á la alegría, se volveria alegre en la época de tales emigraciones. El terminar el otoño es para ellos un nuevo regocijo, regresan al hogar doméstico despues de una larga ausencia; la relacion de lances y aventuras, el repartimiento de las ganancias, los dijes y regalillos traidos de tierras lejanas, los proyectos para la próxima expedicion; cuántos motivos de curiosidad, de interés y viva satisfaccion! De esta suerte varia sin cesar la vida del tirolés, gracias á la perpetua fluctuacion que va siguiendo el curso de las estaciones.

En general los habitantes del Tirol son muy inclinados á la devocion. Las grandes sensaciones que produce el aspecto de un paisaje severo y la vida contemplativa del pastor son en extremo favorables al desarrollo de profundas meditaciones religiosas, y hasta se desliza un tanto de supersticion entre sus creencias. De los pastores que tienen algun conocimiento de las virtudes de las plantas y del curso de los astros, hay algunos que pasan por brujos entre sus inocentes compatriotas. Pero los tales hechiceros no abusan de la alta opinion en que son tenidos sin quererlo en todo el canton; y es muy raro que se hable de prácticas cabalísticas ni de sortilegios. La propension de los tiroleses á la supersticion manifiéstase en la multitud de sus leyendas populares, relativas á acontecimientos maravillosos y apariciones de espíritus, que hacen muy temidos ciertos lugares á los montañeses. Regularmente estos acontecimientos han tenido lugar en el hueco cavernoso de una peña muy agreste y solitaria, en la cima de algun monte rodeado de nubes, ó en las sombrías profundidades de los bosques. La buena anciana lo enseña de lejos haciendo la señal de la cruz, y ya hace cuanto puede si llega á escuchar las reflexiones que le hace el cura; pues el clero tirolés trata de destruir tales preocupaciones.

Despues de este segundo bosquejo de las costumbres tirolesas quédanos aun que hablar de muchos usos particulares y hechos interesantes que darán á conocer mejor ese pueblo curioso; despues tendrémos que hablar de los combates de los franceses unidos á los bávaros en las gargantas del Tirol; pero es preciso remitir los lectores á otro artículo, pues tememos ya haber cansado demasiado su atencion. Terminarémos pues el presente explicando la lámina que lo acompaña.

Representa esta una de las ciudades del Tirol, la de Inspruck, célebre en los fastos militares del Imperio por el descubrimiento que en ella hizo en 1805 el décimo regimiento de línea de las banderas que en otro tiempo le habia quitado el enemigo.

A. U.

CANTOS POPULARES SUECOS.

HILLEBRAND.

Hillebrand servia en la casa del Rey. Servia en ella hacia ya quince años.

No servia por el interés del oro, sino porque la jóven Gulleborg le parecia muy hermosa.

—Escucha, jóven Gulleborg, lo que quiero decirte. ¿No tienes deseos de marcharte conmigo de este pais?

—Con mucho gusto me marcharia contigo de este pais, si no hubiera aquí tantas personas que me celasen.

Me vigilan mi madre y mi padre, mi hermana y mi hermano.

Me vigilan mis parientes, mis amigos, y sobre todo el caballero que desea obtener mi mano.

—Yo te daré un vestido de púrpura fina, y no conocerán tu semblante rosado.

Yo cambiaré tus anillos, y no conocerán tus manos diminutas.

Hillebrand ensilla su caballo tordo, y coloca fácilmente á la jóven Gulleborg en la grupa.

Cabalgan por el bosque, que tiene treinta millas de largo, y encuentran á un buen caballero.

—¿En dónde has tomado esa jóven? Me parece que no va muy tranquila.

—Le he tomado en casa de su madre, que por eso está derramando muchas lágrimas.

—Se me figura que conozco ese semblante rosado; pero desconozco ese traje de púrpura fina.

—Adios, adios, buenas noches. Saluda á la jóven Gulleborg; salúdala mil veces.

Despues que hubieron andado aun algunos instantes, Hillebrand quiso descansar.

—Oh Hillebrand, Hillebrand! no duermas ahora. Oigo los siete hombres de mi padre que tocan la trompa.

Conozco el paso del caballo de mi padre que hacía quince años que no salia.

—Cuando me lance al combate, querida Gulleborg, no pronuncies mi nombre.

Cuando estemos en lo mas fuerte de la pelea, querida Gulleborg, ten mi caballo.

—Mi madre me ha enseñado á trabajar el oro y la seda; pero no á tener un caballo en el combate.

Hillebrand se adelanta, y en el primer ataque mata al hermano de Gulleborg y á algunos hombres.

Se adelanta por segunda vez y mata al padre de Gulleborg y á algunos caballeros.

—¡Hillebrand, Hillebrand, deten tu espada! mi buen padre no merecia recibir el golpe mortal.

Apenas ha pronunciado Gulleborg estas palabras, cuando Hillebrand recibe siete heridas mortales.

—¿Quieres ahora volver al lado de tu buena madre, ó quieres seguir á tu jóven amigo enfermo?

—No quiero volver al lado de mi buena madre, que quiero seguir á mi jóven amigo enfermo.

Se internan en el estenso bosque. Hillebrand no pronuncia ni una palabra.

—Hillebrand, estás cansado ó triste? No dices

ni una palabra.

—No estoy cansado ni triste, pero corre la sangre de mi corazon.

Hillebrand llega á la morada de sus padres, y su madre se adelanta á recibirle.

—Dime, caballero Hillebrand, ¿cómo te encuentras? Sale la sangre á borbotones de tu cuerpo.

—Mi caballo ha tropezado. Iba descuidado y me arrojó contra un manzano.

Querido hermano, lleva al instante mi caballo á la pradera; querida madre, preparadme mi lecho.

Querida hermana, arregla mi cabellera; querido padre, vos seguireis mi ataud.

—Hillebrand! Hillebrand! no hables así. El Jueves celebraremos nuestra boda con placer y alegría.

—Nuestra boda se hará en la morada sombría. Hillebrand no vivirá cuando amanezca.

Y cuando vino la luz del dia, sacaron de la casa de Hillebrand tres ataudes.

Uno contenia el cadáver de Hillebrand, otro el de su prometida, y el otro el de su madre, muerta de pesadumbre.

E. M.

LOS INSECTOS MUSICOS.

Sobre la superficie de nuestro globo terrestre existe un pueblo inmenso, mil veces mas numeroso que el de los hombres y el de los otros animales juntos; un pueblo que varia hasta lo infinito en formas graciosas y estrañas, en colores sombríos y lívidos, ó brillantes como el oro mas puro, como las piedras preciosas mas finas; que como Proteo cambia de forma, de vestidura y de costumbres, al menos tres veces en la vida; que muere ó duerme durante el invierno para resucitar ó despertarse en seguida; y que durante la buena estacion trabaja ó la pasa en el ocio y la vagancia.

Este pueblo vuela en los aires, nada en las guas, se arrastra, anda ó salta en la tierra; abre cavernas ó subterráneos; construye sólidos monumentos con sus cúpulas; (1) fabrica casas de carta y castillos de papel de estraza (2); funda repúblicas democráticas mas populares que las de Lacedemonia (3); aristocracias militares, reynos (4) en que la corona recae en las hembras por desconocer la ley sálica; finalmente este pueblo podria suministrar el modelo de veinte constituciones políticas desde el antiguo gobierno patriarcal hasta la tirania mas odiosa. Este pueblo conoce igualmente la táctica militar, el ataque, la defensa de las plazas, y el partido que se puede sacar de los prisioneros de guerra haciéndolos esclavos ó ilotas (5). Sírvese de mil especies de armas, desde el látigo que envilece (6) hasta la tenaza que martiriza (7) desde el dardo emponzoñado

(1) Los termitas.
(2) Las avispas.
(3) Las hormigas.
(4) Las abejas.
(5) Las hormigas amazonas.
(6) La oruga del Machaon.
(7) Las mandíbulas del ciervo-volante, las pinzas de los forfículos &c.

(8) hasta la formidable artillería.

En cuanto á la gerarquia de los rangos está tan firmemente establecida y tan invariable, como lo estaba en Francia bajo el reynado de Luis XIV. Hay nobles orgullosos (10) clase media haragana (11) obreros miserables (12) soldados brutales y feroces, entontecidos por la obediencia pasiva, regimentados y bajo el mando de gefes que los desprecian (13).

Tambien hay príncipes casados con reynas, que viven con ellas y que no son reyes (14). El populacho egerce solamente artes mecánicas: hay albañiles, carpinteros, tapiceros, bordadores, tejedores, cordoneros &c.; tambien hay artistas, arquitectos y músicos.

Ya se habrá adivinado que este pueblo es el de los insectos. Es cosa singular que en una nacion muda, pues mudos son todos estos animales, el gusto mas estendido entre ellos sea el de la música. He dicho que son mudos, porque para cantar, gritar, hablar, en una palabra, para producir sonidos y tener una voz se necesita indispensablemente tener una respiracion pulmonar; los insectos no tienen pulmones, y esta es la razon de que no puedan tener voz. Los peces que respiran por los oidos, los moluscos y zoophitos que respiran por no sé donde, son tambien mudos como los insectos. Sin embargo, estos últimos respiran y aspiran el aire, pero no es por la boca; sobre los lados de cada anillo de su vientre hay un pequeño agujero, un *stigmate*, como dicen los entomologistas, y esta abertura tiene á menudo la forma de un ojal. Por ella se introduce el aire atmosférico en unos canales llamados *traqueas aeríferas*, que lo trasmiten, no á un centro único de oxigenacion, sino á todas las partes del cuerpo; de lo que resulta que estos animales del mismo modo que los vegetales respiran, y que por necesidad son mudos. No hay necesidad de decir que los sonidos de la voz son producidos por el aire que sale de los pulmones con mas ó menos energía.

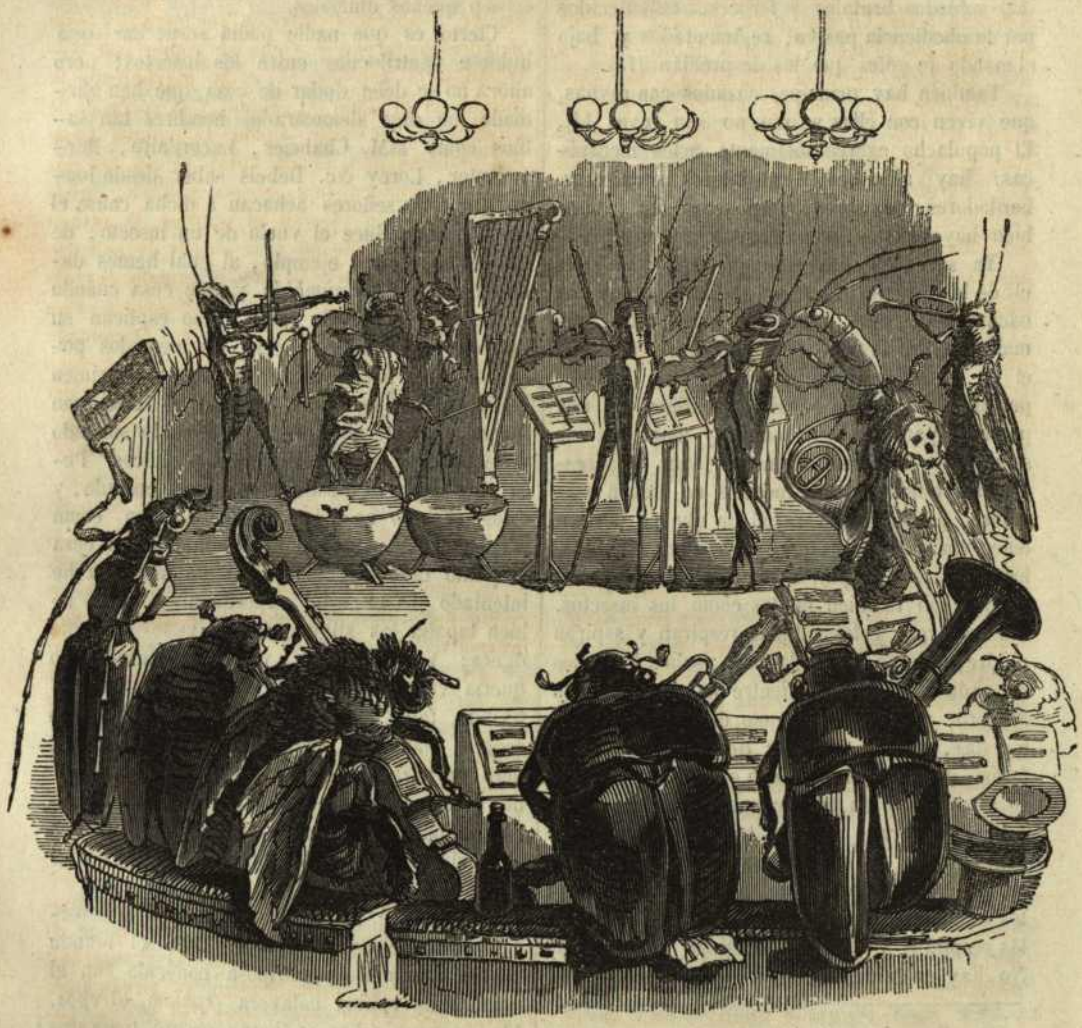
Notad bien que solo hablo aquí de una voz de pecho ó de cabeza, como diria un dilettanti; porque segun algunos entomologistas del dia, no seria dificil hallar ventrilocuos entre estos pequeños animales.

Cierto es que nadie podia sospechar que hubiese ventrilocuos entre los insectos; pero ahora no se debe dudar de cosa que han afirmado (no digo demostrado) hombres tan sabios como MM. Chabrier, Lacordaire, Burmeinster, Lorey &c. Debeis saber desde luego que estos señores achacan á dicha causa el ruido que produce el vuelo de un insecto, de un géotropo, por ejemplo, al cual hemos dado el nombre de *zumbido* y que cesa cuando el animal reposa. He aquí como esplican su opinion: «Al volver, dicen, los músculos poderosos que hacen mover las alas comprimen las *traqueas aeríferas* echando el aire con fuerza, y este aire produce el ruido saliendo violentamente por los stigmatas torácicos" Pero para salir es menester que haya entrado, y estos señores no dicen cómo. Añaden como prueba: «Si se tapan los stigmatas con cera al punto cesa el ruido." Mas de una vez he intentado hacer este experimento, pero no bien tapaba las stigmatas, en vano era que dijera: Vuela, vuela, vuela! El insecto no queria volar, é instantes despues moria asfixiado, falto de respiracion. Ignoro si esos señores han sido mas afortunados que yo, pero me parece que todavia podian discutir sobre este hecho, y hasta obtener mayores pruebas, admitir la opinion de Degeer, que atribuia el zumbido á la rapidez del movimiento de las alas.

Puesto que hemos empezado por la música vocal citemos un cantor. Todo el mundo conoce á la curiosa mariposa conocida con el nombre de sphinx calavera *(sphinx atropos*, Lin.), porque sobre su thorax oscuro tiene una mancha amarilla que asemeja groseramente á una calavera. Cuando se coje y se atormenta deja oir una especie de canto triste que no se parece al grito de ningun otro insecto. Por largo tiempo se ha estado indagando de dónde podian proceder estos sonidos estraños, y por qué órgano se producian; los unos los atri-

(8) Escorpiones, avispas &c.
(9) Los bombarderos, petardos &c.
(10) Los zánganos y otros.
(11) Las avispas.
(12) Los neutros de los termitas, de las abejas y de las hormigas.
(13) Los termitas.
(14) El macho de la reyna de los termitas vive con ella oculto debajo de sus alas: es diez veces mas pequeño que ella, y no participa de sus honores ni de su autoridad.

buian al frotamiento de la base de la trompa contra la cabeza, al de las palpas contra la trompa, y otros al frotamiento de la base del abdomen contra el thorax: M. Lorey era de opinion que esta mariposa era ventrilocua; los demas naturalistas no tenian opinion como de costumbre. Pero hete aquí que felizmente M. Panserini nos dice, como ya lo habia dicho Rossi en 1782 que dicha mariposa no es ventrilocua, sino que toca la corneta á piston. ¿Si



ALGUNOS INSECTOS MUSICOS.

no será un vocalista y sí un instrumentista?

Su instrumento es una pequeña trompa muy corta que tiene liada sobre su frente, entre sus dos palpas. Está hueca como una trompeta, y uno de sus estremos parte de una cavidad de la cabeza, en cuya entrada tiene unos músculos que bajándose dan entrada al aire en lo interior, y levantándose lo dejan salir. Preciso es decir que esta esplicacion está muy lejos de resolver todas las dificultades; pero

á falta de otra contentémonos con ella.

Esto es todo lo que se sabe ó se cree saber sobre la música vocal de los insectos; pero su música instrumental es mas variada, mejor conocida, y descansa en hechos incontestables. Sus instrumentos son tan diferentes por sus formas como por sus sonidos. Los unos se sirven de ellos como hacian los pastores de Teócrito y de Virgilio para celebrar la salida del sol, los primeros albores de un hermoso dia, las bellezas de la naturaleza; los otros enteramente anacreónticos, solo cantan el amor, y sus acordes no tienen otro objeto que agradar, y hacerse notar por el bello sexo insectil. Los hay elegiacos, y cuya música triste y quejumbrosa es siempre la espresion de un dolor; finalmente, otros, melomanos apasionados, solo cantan por hacer ruido y por vanidad, y estos son los mas insoportables.

Entre todos estos cantores, la cigarra es sin disputa la que goza mayor celebridad; haremos notas, de paso, que solamente en los órdenes de los hemípteros y de los orthopteros es donde se encuentran órganos especiales destinados únicamente á producir sonidos. La cigarra cantatriz (*cicada plebeia*, Lin.) pertenece al primero de estos órdenes. Tiene dos alas membranosas cubiertas de dos elictras, pero estas son transparentes, negruzcas, veteadas de rosa; no salta ni tiene las patas de detras largas como las langostas, con las cuales la confunde el vulgo. Se mantiene sobre los árboles cuya savia chupa por medio del pico que tiene contra su pecho: la hembra tiene en el estremo del abdomen una especie de barrena compuesta de tres largas piezas semejantes á las limas, y encerradas en un tubo á dos valvas, y de la que se sirve para horadar hasta el centro las pequeñas ramas de los árboles en las cuales deposita sus huevos; á su tiempo las larvas caen sobre la tierra, y se introducen en ella para crecer y metamorfosearse en ninfas.

La cigarra toca el timbal; esto lo dice Reaumur, y yo me atengo á su dicho. Veamos qué cosa es este instrumento; en cada lado de la base del abdomen hay una cavidad semi-lunar que forma la caja del timbal; esta caja tiene una membrana seca, rugosa, y convexa por fuera; es la piel del tambor; interiormente esta membrana está sostenida por un músculo fijado sobre su parte cóncava.

Cuando el insecto quiere cantar contrae su músculo; este tira de la membrana, cuyo centro se ahonda por un movimiento brusco, y el timbal presenta cóncava la parte que antes era convexa; despues el músculo se dilata, la membrana seca, por su elasticidad ordinaria, vuelve á aparecer convexa por fuera, y este movimiento de va y viene se repite con estraordinaria rapidez. A cada movimiento la membrana produce un sonido, y la sucesion de estos forma el canto. Como la cigarra tiene dos timbales uno á cada lado, y usa los dos á la vez produce una música ruidosa, en estremo monotona, y que al parecer le agrada mucho, puesto que no cesa en ella durante todo el verano, particularmente cuando el cielo está despejado, y el sol calienta mucho. Para conocer si un músico es ó no apasionado de su arte, no hay mas que observar el cuidado con que conserva su instrumento. Un dia en que Paganini sudaba á mas y mejor despues de haber ejecutado prodigios en su violin, vi que se limpió el sudor de su frente con el dorso de su mano, y que se sonó en un trapo viejo, al mismo tiempo que pidió á la condesa de R. su rico pañuelo de batista para limpiar escrupulosamente su arco y su violin antes de encerrarlos en su caja de palixandra.

La cigarra ama su arte, porque cuida mucho su instrumento. No bien el cielo se cubre con la mas leve nubecilla, ó caen algunas gotas de lluvia, ó bien interrumpe su canto por una causa cualquiera, al punto cubre sus dos timbales con una tapadera que cierra herméticamente, y que está formada de una placa cartiliginosa.

Los criquetes (*acridium* Fab.) tocan tambien el timbal, pero por lo comun no es en ellos mas que un instrumento de acompañamiento, del que probablemente se sirven para llevar el compas cuando tocan el violon. Los timbales de los criquetes tienen grande analogia con los de la cigarra, y están tambien situados en la base del abdomen, uno á cada lado detras de la primer stigmata del vientre. En cuanto al violon consiste simplemente en una costilla seca, firme y vibrante tendi-

da á lo largo del borde esterior de sus elictras. Las patas traseras del animal estan armadas con puas que le sirven de arco. Cuando quieren tocar frotan su arco contra la costilla de una de sus elictras y producen ese sonido acre y desagradable que acompañan á menudo con sus timbales. Al parecer el manejo del arco es cosa bastante dificil y exige toda su atencion, porque nunca tocan mas que uno á la vez, aunque se sirven alternativamente del uno y del otro.

Todos los criquetes son músicos, pero no todos son viageros, y entre estos hay una especie que ha adquirido gran celebridad: es la langosta de paso (*acridium migratorium*, de Geer). Tiene dos pulgadas y media, es verdosa, las alas con manchas oscuras y las mandíbulas muy abultadas, azules con el estremo negro. Es una de las especies mayores, originaria de la Tartaria, y viene á veces á bandadas innumerables á los paises orientales de Europa, á la Polonia, á la Hungria y aun llega hasta la Alemania. Al paso todo lo tala y no deja ni trigo ni heno ninguno.

Los tetrix, que tienen mucha analogia con los criquetes tocan tambien el violon y de la misma suerte; pero no tienen timbales, y por consecuencia su música es mucho menos ruidosa.

Los grillos son tambien músicos; y no es su música enteramente desagradable; pero solo los machos cultivan este arte, y las hembras permanecen modestas y silenciosas. El *cri-cri* de los grillos tiene cuando menos el mérito de conciliar el sueño, como pudiera hacerlo un discurso de tribuna ó cosa asi. Y este efecto no debe sorprenderos cuando sepais que M. Burmeinster dice que el grillo toca el arpa eólica. Segun el sabio aleman, espulsado con fuerza el aire de las estigmatas, sobre todo de las del torax, por la agitacion violenta que da el animal á todo su cuerpo, viene á herir los bordes laterales de sus elictras; no pudiendo escaparse en esta direccion, tiene que subir, y encuentra entonces aréolas membranosas situadas en la parte superior de estos órganos, que hiere y hace vibrar absolutamente como el viento las cuerdas de una arpa eólica. Esto es muy lindo, pero no puede resistir mucho á la crítica, y es mas válida la opinion de Geer, quien dice que los órganos del canto en los grillos consisten en una especie de areóla redonda situada en la base de cada elictra; es sabido que estas se cubren exactamente una á otra, la derecha sobre la izquierda. Las nerviosidades de su parte dorsal son tambien mas gruesas, y forma, unas celdillas mas grandes en el macho que en la hembra. Cuando el primero quiere producir su canto levanta la parte posterior de sus elictras de modo que forma un ángulo agudo con el cuerpo, y por un vivo movimiento horizontal las frota la una con la otra; al chocarse las nerviosidades producen ese sonido que todos conocen. Las aréolas de su base parece que no tienen otro objeto que reforzarla.

Las hembras poseen los mismos instrumentos de música que los grillos, pero su melodia es á la vez mas monotona y mas débil.

Los coleopteros ó insectos, cuyo cuerpo está cubierto por alas coriaceas ó corneas, formando un semi-estuche, como por egemplo en el abejorro, escarabajo, &c., no tienen ningun órgano especial para la música; pero esto no impide que no ocupen un lugar aunque insignificante entre los coristas entomológicos. Los menos conocidos de todos, y los mas curiosos son los insectos de América, que pertenecen á la familia de los cicindeletos y de los melastomos. Frotando sus piernas posteriores contra los bordes laterales de sus elictras, producen un ruido mas ó menos fuerte, segun la especie de insecto, y este ruido se parece al de los criquetes. Por lo demas no se sabe si los dos sexos, ó solamente los machos tienen la facultad de producirlo.

Los trox, los necróforos, todos los copris y otra multitud de insectos estraños de la familia de los lamelicornos, tienen una música tan innoble como sus costumbres. Estos no hacen oir los timbales, los violines, las arpas eólicas, sino los sonidos destemplados de una vulgar matraca; los últimos arcos superiores de su abdomen están estriados, atravesados de modo que forman pequeños surcos que no se ven á la simple vista; las elictras, por medio de un movimiento bastante rápido frotan contra estos arcos y producen los sonidos.

Los insectos de la familia de los longicor-

nos, vulgarmente conocidos con el nombre de Capricornios, producen, cuando se cogen, ó cuando simplemente se tocan en el momento que estan descansando, un ruido análogo al de los precedentes, pero mas agudo, mas fuerte, y que es debido á la frotacion del pedúnculo del mesothorax contra la pared superior interna del prothorax. Este pedúnculo está cubierto, como el abdomen de las especies precedentes, de arrugas finas transversales.

M. de F.

RECUERDOS DEL CASTILLO DE SCHOEMBRUN.

Como el nombre de María Antonieta, el de Napoleon está escrito en cada piedra del castillo de Schoembrun. En esta deliciosa residencia fue donde por dos veces, teniendo en sus manos victoriosas los destinos de la monarquía austriaca, el gran Emperador reposó en su gloria (en 1805 y 1809). Los hombres que por su edad y su posicion han podido asistir á estas dos épocas, se han hecho muy raros, porque ellos tambien, en su mayor parte, descansan.... ¡en la tumba! Sin embargo, muchos sobreviven todavía á los desastres de la guerra y del tiempo que han arrebatado á sus compañeros; yo he visto algunos de ellos, y hasta he tenido el honor de conversar largamente con el mas ilustre de todos, con el veterano de la diplomacia europea, el príncipe de Metternich. Estos personajes, asi como los viejos que han visto mucho, gustan de referir los recuerdos que han quedado impresos en su memoria como los hechos en un diccionario histórico; ¡ellos son tambien diccionarios vivientes! Los he consultado, y me han enseñado acerca del Emperador, algunas anécdotas, cuyo mérito principal es ser poco ó nada conocidas. No hay campo segado que no tenga alguna espiga olvidada para los espigadores.

El Emperador Napoleon tenia una predileccion particular á Schoembrun, y le gustaba aislarse en sus jardines, en sus parques llenos de sombra y de aves. Muchas veces por la noche, cuando todo dormia en la imperial residencia de María Teresa, se perdia solo en alguna misteriosa alameda, para acariar á su gusto sus sueños de gloria, para contemplar al través de los esplendores infinitos del cielo la estrella brillante que consideraba como la imágen ó símbolo de su fortuna. El vencedor de Arcola, de Marengo y de Austerliz gustaba de tal manera de Schoembrun, dicen todavía los de Viena, que hubiese llevado á París, si hubiese podido, el castillo, sus jardines, sus parques y sus hermosas aguas.

El Emperador iba rara vez á Viena; pero de Viena se trasladaba frecuentemente á Schoembrun, para ver las magníficas tropas que, despues de haber causado la admiracion por su valor en la batalla, se hacian admirar en la

victoria por su moderacion. Estas tropas maniobraban varias veces á la semana en el vasto parque del castillo, á la vista del Emperador, que de pie en la verja, rodeado de sus mariscales, asistia al desfile. La tradicion ha conservado el recuerdo del lugar que el ilustre conquistador ocupaba ordinariamente en la verja, el pie vigoroso que, despues de haber quebrantado la revolucion francesa, recorria con marcha rápida las capitales de la Europa, ha dejado una huella indeleble sobre el granito, pisado antes que él por el pie de una muger que la historia ha bautizado justamente con el nombre de un grande hombre, María Teresa.

Durante esta primera ocupacion, el Emperador habia confiado el mando de la ciudad de Viena al general Clarke, y dejando á la guardia ciudadana el cuidado de la policía, habia ordenado y hecho observar la disciplina mas escrupulosa; sobre este punto su severidad inflexible castigaba con rigor la menor infraccion; no permitió llegar sino á las propiedades del imperio, tales como los arsenales y las arcas públicas. El gran arsenal de Viena, el mas vasto de Europa, contenia riquezas considerables; dos mil cañones y armas suficientes para poner á cien mil hombres en estado de combatir. Napoleon se apoderó de él por cuenta del egército. Es tanto mas sorprendente que el Emperador Francisco no hiciese trasportar por el Danubio ese inmenso material, cuanto que en la prevision de la ocupacion de su capital habia ordenado poner en seguridad muchas banderas cogidas á los batallones republicanos, y algunos millares de cascos de hierro flordelisados, recogidos en los muros de Praga cuando la derrota del mariscal de Bellisle.

A su entrada en Viena en 1809, el Emperador encontró los espíritus mucho mas irritados que en 1805. A medida que la lucha y el choque de los egércitos habia sido mas considerable, el ódio y las antipatías de los vieneses se manifestaron con mas fuerza y tenacidad. Estos sentimientos en un pueblo generoso, que veia por dos veces en cuatro años al águila napoleónica cernerse orgullosa sobre la torre de San Esteban, y á los batallones franceses vivaquear enmedio de la capital, no tenian nada de estraordinario; Napoleon, que poseia tan bien el sentido nacional, esperaba encontrarlos como hombres que por dos veces habian sido vencidos; asi, no le asombró ver á su segunda entrada en Viena á un paisano arrojarse á las bridas de su caballo y dirigirle las mas vivas invectivas; y aun en un momento, aquel hombre desesperado, cogiéndole una pierna, hizo grandes esfuerzos por derribarlo del caballo.

Los oficiales que escoltaban al Emperador querian matar allí mismo á aquel furioso, pero Napoleon detuvo con un gesto sus brazos prontos á herir, y desarmó con algunas palabras la cólera del paisano, que se habia comunicado á los grupos reunidos para ver pasar el egército. «Habitantes de Viena, les dijo, no temais; si los azares de la guerra me traen por segunda vez á vuestros muros, vosotros no tendreis que sufrir los males que acarrea ordinariamente la ocupacion estranjera; encontrareis en mí un amigo mas bien que un vencedor exigente. Vuestros bienes, vuestras personas, vuestras propiedades, vuestras familias serán respetadas, y no dependerá de mí que la bandera de Francia ondee por mucho tiempo en la torre de vuestra metrópoli."

A estas palabras, pronunciadas con voz firme, las frentes y las miradas perdian su espresion hostil, y el paisano perdonado, admirando la magnanimidad de Napoleon, manifestó en términos apasionados el arrepentimiento de su accion.

A pesar de las órdenes severas dadas para mantener en el egército la disciplina mas estricta; á pesar de algunos ejemplos de vigorosa represion, acontecia, sin embargo, que los vieneses no eran siempre respetados en sus personas ni en sus propiedades; en estas ocasiones, poco frecuentes en verdad, el Emperador hacia siempre responsables del delito á los jefes inmediatos de los culpables; el castigo entonces no se hacia esperar, era instantáneo.

Un dia, Napoleon seguido solamente de dos oficiales de estado mayor, se paseaba á caballo por los alrededores de Viena, y llevaba, como de costumbre, el uniforme de coronel de cazadores de la guardia. A cualquiera

otra mirada que á la de los bravos acostumbrados á verlo, nada revelaba en él al vencedor de Italia; acababa de pararse para admirar de lejos de la torre San Estéban.

«¡Qué desgracia, decia, si las necesidades de la guerra que me han hecho bombardear á Viena, hubiesen dirigido fatalmente nuestros proyectiles contra esa obra maestra de la arquitectura gótica!

—»Los artilleros de V. M. son demasiado hábiles para imprimir á sus bombas una falsa direccion, contestó uno de los oficiales.

—»Soy de la misma opinion, caballero, contestó Napoleon; pero las bombas son á veces ciegas, principalmente de noche."

En este momento un carruage descubierto, en que iban un clérigo y una señora llorando, atravesaba entre el Emperador y los oficiales; á una señal el cochero se detuvo, y Napoleon, aproximándose á la señora desolada, le preguntó con voz breve:

—¿A dónde vais, señora?

La muger, que era jóven y muy linda, murmuró algunas palabras, que no pudieron ser comprendidas por la emocion y el sobresalto.

—No temais, señora, repuso el Emperador, suavizando el sonido de su voz; los franceses no son los turcos.

—¡Oh! lo sé muy bien, coronel.

—Entonces respondedme, ¿dónde vais?

—A Schoembrun, coronel.

—¿Y qué vais á hacer allí?

—A ver al Emperador Napoleon.

—¿Para solicitar sin duda...

—Sí, coronel.

—¿Alguna gracia?

—No, coronel.

—¿Entonces qué?

—Justicia.

—Y os la hará, señora, estad segura, si es fundado el objeto de vuestra demanda.

—Juzgadla vos mismo. Unos soldados franceses han saqueado mi casa de campo, despues de haber matado á mi jardinero, un hombre honrado que habia envejecido en el servicio de mi familia.

—El Emperador os dará satisfaccion cumplida, señora.

—Asi lo espero, porque ha conocido mucho á mi familia, y aun ha recibido de ella grandes servicios.

—Ese es un motivo mas, añadió el Emperador sonriéndose.

—Sí, coronel; si el olvido que sigue siempre á la grandeza no ha hecho ingrato al *escolar de Brienne*.

—Señora, replicó con severidad el Emperador, hay corazones privilegiados que no olvidan jamás; el del *escolar de Brienne* es de este número.

La jóven, intimidada por el cambio de voz de su ilustre interlocutor, á quien no habia reconocido, bajó los ojos y empezó á llorar.

—¿Cuál es vuestro nombre, señora?

—De Bunny, coronel.

—Pregunto el de vuestra familia, á la cual debe el *escolar de Brienne* tan grandes obligaciones.

—Soy hija de Mr. de Marboeuf.

—¡Mr. de Marboeuf! esclamó estrechando la mano de la jóven, cuyas lágrimas cesaron de repente como por encanto.

—Sí, coronel, de Mr. de Marboeuf, antiguo gobernador de la Córcega; ¿habeis conocido á mi padre, coronel?

—Mucho... de nombre; el Emperador tendrá mucho gusto en recibiros en Schoembrun; voy á anunciarle vuestra visita; uno de estos señores os llevará á su presencia.

A estas palabras el Emperador se alejó rápidamente á gran galope con uno de los oficiales, en tanto que el otro escoltaba el carruage de la dama, que ya no lloraba.

Tres cuartos de hora despues, la pretendienta fue introducida en las habitaciones del Emperador, que habia conservado su uniforme de coronel.

—Seais bien venida, señora, le dijo Napoleon haciéndola sentar á su lado, en un sillon forrado con los restos de un vestido de seda de Maria Teresa.

—¿Me será permitido ver á S. M.? preguntó la señora de Bunny. La noche se acerca, y temo aventurarme sola con un anciano sacerdote por los caminos llenos de soldados.

—No temais, no partireis sola, vais á ver al Emperador, pero antes mirad esto; y al mismo tiempo abrió Napoleon una caja de pa-

lo de rosa adornada de oro, y la puso en las manos de la jóven, que al verla esclamó con trasporte: «¡El retrato de mi padre!...” ¿Pero por qué circunstancia poseeis una imájen tan querida para mi corazon, acaso la única que existe?

—Pertenece al Emperador, que ya lo veis, señora, *no ha olvidado en su grandeza todo el reconocimiento que el escolar de Brienne debia á vuestro señor padre.* El Emperador, añadió Napoleon, no es olvidadizo; aun profesa un culto religioso á los recuerdos; mirad este otro retrato, es el del *escolar de Brienne*, trasformado en el Emperador de Francia.

—¡Gran Dios! esclamó Mad. de Bunny, cayendo esta vez á los pies de Napoleon. Ese retrato es el vuestro: ¿con que sois?...

—*El escolar de Brienne*, señora.

En el momento en que Mad. de Bunny se levantaba, cierto número de rateros cojidos por la mañana, fueron presentados al Emperador.

—¿Reconoceis entre esta gente, señora, le preguntó Napoleon, á los hombres que han saqueado vuestra casa de campo y muerto á vuestro jardinero?

—Si señor, contestó sin vacilar; aquel es el hombre que solo dió de puñaladas al jardinero, y señaló con el dedo á un desertor sajon.

—Basta, repuso el Emperador; mañana mismo será fusilado.

En cuando á los demas salteadores, obtuvieron su perdon por las reiteradas instancias de la propietaria robada. Esta, despidiéndose del Emperador, partió escoltada por un piquete de caballería, llevando como recuerdo de Schoembrun los dos retratos que el Emperador le habia enseñado y ofrecido.

«Hé aqui todos mis muebles rotos, mis cofres vacíos, dijo al entrar en su casa saqueada; no importa, soy mas rica que esta mañana; he visto al Emperador. Decididamente, Napoleon es un grande hombre.”

Todos los dias, cuando concluia el despacho de los negocios, Napoleon esploraba los alrededores de Schoembrun, algunas veces á caballo, con mas frecuencia en carruage, y casi siempre á pie. Cuando iba á caballo, corria á galope con un ímpetu tan rápido como su pensamiento; si salia en el carruage, leia ó recorria mas bien los libros, que tiraba por las portezuelas antes de haberlos terminado; de esta manera muchos coleccionistas de Viena poseen obras que de manos del ilustre capitan han pasado á las suyas. Napoleon queria poco á los retóricos, á los filósofos y semi-sábios, á los que se divertia en calificar con los títulos mas ridículos. Los semi-sábios, decia con razon, son diez veces mas peligrosos para la sociedad y para la ciencia misma que los ignorantes.

Una mañana, un jóven provisto de un billete de audiencia y de una estensa Memoria justificativa, se presentó en Schoembrun y fue introducido á la presencia del Emperador.

—¿Sois vos el reclamante? le preguntó el Emperador, despues de haber examinado en tres minutos el voluminoso mamotreto.

—No señor, soy su sobrino.

—¿Por qué no se ha presentado vuestro tio por sí mismo?

—Porque es muy anciano.

—¿De qué pais sois?

—De París, señor.

—Mentís, jóven; vuestro acento germánico denuncia vuestra nacionalidad.

—Digo la verdad, señor. ¿No se han hecho parisienses todos los vieneses despues que vuestra ilustre espada ha conquistado la ciudad?

—La contestacion es ingeniosa, dijo el Emperador sonriéndose y examinando de pies á cabeza al solicitante; aun me agradaria, si no fuese una adulacion culpable en boca de un vienés. La historia de Viena, añadió, es bastante bella para que los vieneses se glorien y tengan á orgullo el haber nacido en esta capital. Quiero mucho al pueblo de Viena; es franco, humano, generoso, menos positivo que el aleman del Norte, ama los placeres y la gloria, posee el espíritu de nacionalidad, es fiel y caballeresco, amante de sus soberanos; haceis mal, jóven, en no proclamar muy alto vuestra cualidad de vienés.

Despues de una pausa de dos segundos Napoleon repuso:

—¿Cuál es vuestra profesion, señor adulador?

—Para servir á vuestra magestad, soy librero.

—¡Librero! esclamó el Emperador. Me gustan poco los ideólogos, pero me gustan todavía menos los libreros, que son para los malos escritores lo que los encubridores para los rateros. No esceptúo sino á los libreros honrados, que se respetan á sí mismos respetando á los compradores, pero estos son muy raros.

—¿Y qué le diré á mi tio, señor, á mi vuelta á Viena, si desechais mi solicitud?

—Le dareis cuenta de esta conversacion. ¿Cuánto reclama por indemnizacion?

—Tres mil florines.

—Bien, yo examinaré sus reclamaciones, y si me parecen justas, mandaré distribuir á los pobres esa cantidad por él; marchad, jóven, y creedme, cambiad de oficio, pues el de librero conduce derecho al infierno.

Hay épocas en que el duelo, asi como el suicidio, llega á ser una enfermedad contagiosa, que ningun remedio humano podria curar, aunque tuviese un Richelieu por médico, y la pena de muerte por derivativo. Esta enfermedad reinaba con furor entre las tropas francesas acantonadas en Viena y en Schoembrun; habia degenerado en una verdadera epidemia. Napoleon, mas hábil práctico que el gran ministro de Luis XIII, llegó á detener su curso por la corta proclama siguiente, publicada en la órden del dia: «Todos los oficiales, sargentos y soldados que por una causa fútil se batan en duelo *en tierra estranjera*, serán declarados cobardes.” Una noche, sin embargo, Savary le anunció que dos oficiales distinguidos de la guardia debian tener un lance á la mañana siguiente.

—¿Sabeis el motivo de la cuestion? preguntó el Emperador.

—Sí señor.

—¿Cuál es?

—Una necedad..... Estos bravos oficiales deben matarse mañana, porque el uno ha sostenido, con demasiado calor tal vez, contra la opinion del otro, que las mugeres rubias saben amar mejor que las mugeres morenas y pelinegras.

—¿Qué locura! esclamó el Emperador sonriéndose; no importa, consultaré la opinion de Josefina sobre este punto; entretanto id á tomar nuevos informes, y volved á decirme la hora y el sitio que los dos adversarios han elegido para decidir la cuestion.

Savary volvió una hora despues, y contestó de una manera exacta á la doble pregunta del Emperador.

Al dia siguiente los adversarios, exactos á su cita, acababan de sacar las espadas, cuando Napoleon, saliendo de un grupo de árboles, se presentó de repente á su vista. Las dos espadas, prontas á medirse, volvieron al momento á la vaina «de donde, esclamó el Emperador con tono severo, no hubieran debido salir sino contra el enemigo.” Sé el motivo de vuestro duelo, caballeros, añadió; los dos teneis razon, y yo tambien la tendré, si llego á punto de evitar á uno de vosotros la muerte de un buen camarada, que seria para mí la pérdida de un bravo oficial.

Los dos adversarios, reconciliados, se volvieron á encontrar por la noche; pero era con el vaso de vino en la mano y en la mesa del Emperador.

En 1809 existia en las inmediaciones de Hetting, y muy cerca de Schoembrun, un antiguo emigrado, que del egército de Condé habia pasado á las filas de la milicia eclesiástica; el baron de Montluc habia dejado la bandera blanca por la cruz, y el antiguo soldado se habia hecho sacerdote, sin renegar por esto de su fe política. Un estandarte flordelisado, un sable de caballería, un par de pistolas, la cruz de San Luis, supendida con una cinta blanca de la cruz del divino Redentor, eran los únicos recuerdos que le quedaban de su antiguo oficio; asi los cuidaba con una religiosa piedad, sin cuidarse de que algun dia pudiesen esponerlo á nuevos peligros.

Ese dia habia llegado. Unos soldados de la division de Massena, irritados con encontrar en la humilde mansion de un sacerdote trofeos que como antiguos republicanos consideraban todavía como símbolos de la tiranía, habian llegado hasta cometer graves escesos contra la persona del baron de Montluc; uno de ellos lo habia maltratado de tal manera, que salieron de la casa dejándolo por muerto.

Instruido Napoleon de estas insolencias, hizo que se entregase el culpable á un consejo de guerra, que le condenó á ser fusilado; informado á su vez de esta sentencia el viejo emigrado, se trasladó con gran trabajo á Schoembrun, y se echó á los pies de Napoleon para implorar el perdon del sentenciado; pero sus súplicas no pudieron aplacar la cólera del Emperador, que no podia retroceder ante la necesidad de un ejemplar; todo lo que pudo obtener fue una suspension de la sentencia por veinte y cuatro horas; suspension de que se aprovechó para encerrarse en la prision con el desgraciado soldado. Desesperado por no haberlo podido salvar, pudo al menos prepararlo á morir. El culpable murió arrepentido y resignado.

Sabiendo Napoleon la noble conducta del sacerdote, resolvió manifestarle por sí mismo su satisfaccion; al dia siguiente, acompañado del general Rapp, se dirigió á la casa del cura. A la vista del Emperador, el antiguo emigrado quiso esconder el estandarte; pero Napoleon se opuso, y descubriéndose con respeto delante de la bandera blanca, pronunció estas memorables palabras:

«Las glorias de la Francia, sean cualesquiera los colores con que se adornen, son muy gratas á mi corazon; la bandera que queríais ocultar á mis miradas, es para los siglos pasados lo que la mia será para los siglos futuros, el símbolo de la gloria! No quiero que mis águilas hagan olvidar las lises; mis águilas se hubiesen llenado de orgullo cerniéndose en las llanuras de Marignan, Nordlinga y Fontenoy; la bandera blanca ha enseñado los caminos de la victoria á la bandera tricolor; ha hecho á la Francia poderosa y fuerte; ha albergado entre sus pliegues los nombres mas grandes de la monarquía, serian muy malos franceses los que lo olvidasen; colocad, pues, ese estandarte en su lugar, entre la cruz de San Luis y esta, que podreis llevar tambien con honor en vuestro pecho."

A estas palabras, desprendiendo de su uniforme la cruz que habia creado en el campamento de Boulogne, la colocó él mismo en la sotana del antiguo soldado, que habia combatido bajo la bandera de Enrique IV y de Luis XIV.

El baron de Montluc murió en 1837, á la edad de 84 años.

T. M.

ESTUDIOS BIOGRÁFICOS.

SANTIAGO ANTONIO MANUEL.

Manuel (Santiago Antonio) nació en Barceloneta, pueblo del departamento de los Alpes bajos, en 10 de Diciembre de 1775, y estudió en el colegio de los doctrinarios de Nimes, hasta que habiendo estallado en esta ciudad la guerra civil entre los protestantes y los católicos, tuvo que interrumpir sus estudios y volver al lado de su familia. Cuando la Francia declaró la guerra al Rey de Cerdeña sirvió Manuel por algunos meses en la guardia nacional que entonces se formó, y en 1793 sentó plaza en clase de voluntario en un batallon organizado en su departamento, ascendiendo en breve al grado de oficial, y luego al de capitan en la campaña de Italia. Viose obligado á dejar la carrera militar con motivo de una dolencia grave, y habiendo disminuido mucho su patrimonio con los vaivenes de la revolucion, siguió la abogacía, y la ejerció en Digne y en Aix. En 1815 fue nombrado por el departamento de los Alpes-bajos representante en la cámara electiva, que nada hizo antes de la batalla Waterloo y de la segunda abdicacion de Bonaparte, á consecuencia de la cual propuso Manuel un gobierno nacional provisional, escluyendo la regencia, y en el que no fuese permitido pronunciar el nombre de Bonaparte ni el de los Borbones tampoco. Desvanecidas por la entrada de los aliados en Paris las ideas de una nueva república, abandonó entonces Manuel la carrera política, vendió su patrimonio, se fijó en Paris para ejercer la abogacía, y aunque el colegio de esta facultad le escluyó del foro á causa de sus opiniones, dió consultas en su casa y adquirió nombradía en su profesion. Fue nombrado diputado en 1818 por el colegio electoral de Paris, y en 1822 por el departamento de la Vendée, siendo en ambas ocasiones uno de los oradores mas asiduos á la tribuna, sin dejar de hablar sobre cuantos asuntos se trataron en la cámara. Con motivo de haberse espresado en 1823 de un modo equívoco sobre el asesinato de Luis XVI, decidió su esclusion de la cámara la mayoría de ella; pero Manuel declaró que solo cederia á la violencia, y se mantuvo en su puesto, hasta que un piquete de gendarmes vino á sacarle de él.

La poblacion de Paris se indignó contra este acto de violencia. Gran multitud de ciudadanos reunidos al rededor del palacio-Borbon,

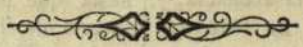
recibió á Manuel á su salida, y le condujo triunfalmente hasta su casa. Sesenta y tres diputados firmaron aquel mismo dia una protesta contra todas las deliberaciones que la cámara tomase despues de aquella inconstitucional mutilacion, y los departamentos contestaron á este noble proceder enviando coronas cívicas al digno mandatario cuya gloriosa mision ha-

SANTIAGO ANTONIO MANUEL.

bia terminado por semejante acto de violencia.

Desde entonces Manuel, en lugar de esplotar la estension que estos acontecimientos dieron á su celebridad, y en lugar de entretener la atencion del público con su persona, esperó modestamente en el retiro, que otros tiempos mejores permitiesen á sus conciudadanos reparar la injusticia de que habia sido objeto, y no se ocupó mas que en hacerse muy digno de la confianza que algun dia le dispensaran. Pero una cruel dolencia le arrebató á la Francia antes que ella pudiera pagarle su deuda. La muerte le sorprendió en 20 de Agosto de 1827. Hablaba con suma facilidad y aun elocuentemente sobre todos los asuntos; pero á veces le arrastraba su imaginacion, sobre todo cuando peroraba de repente, y que la materia era propia á exaltarle.

D. B.



ESTUDIOS

SOBRE LOS DOS BRONCES ENCONTRADOS EN MALAGA,

á fines de Octubre de 1851.

I.

Si fuera posible contemplar de hito en hito la grandeza de esa Roma que se dibuja en la Historia á traves de veinte y seis siglos de existencia, acaso llegariamos hasta sondear los misteriosos arcanos de su constitucion primera, y la veriamos sin deslumbrarnos, aparecer á las naciones desapercibidas con la epopeya mas sublime, crecer sostenida por una mano invisible, como la que conducia á el Edipo de Sophocles (1), caer á la manera del Atila de las generaciones, y levantarse de nuevo, semejante á la Jerusalen de Occidente, para servir de escabel al Vicario del Dios vivo, al Sucesor del primero de los Apóstoles. Parecia que ante la Grecia todo debiera quedar sin brillo y sin renombre, cuando Rómulo, cual el Moises del politeismo, fue sacado de entre las aguas (1), y destinado á ser el fundador de la ciudad eterna, de donde habian de salir las legiones que llenarian de espanto á los reyes, mal sostenidos en sus tronos. La Europa se levantó sobresaltada, y sacudiendo su letargo quiso hacer frente al gigante del Capitolio; pero era ya tarde, y los egércitos retrocedian arrollados ante las faces de los Cónsules, como retrocedieron en otro tiempo las olas del mar rojo ante la vara del caudillo del pueblo de Israel. Cartago, Corinto y Numancia arrasadas como la Troya de la fábula, fueron los sangrientos holocaustos de las perdidas libertades patrias, ofrecidos en memoria de las pasadas edades homéricas.

¡*Væ victis!* (2) habia dicho Brenno en el asedio de la *Ciudad;* los romanos recogieron esta leyenda, que fue despues la empresa de sus armas, y como si hubiera tenido una fuerza sobrenatural, ella hizo rodar las coronas de los Soberanos, y unció á los vencidos Monarcas al carro de triunfo de los Dictadores. Los prisioneros venian en tropel á engrosar las falanges de los esclavos, y al arrojar sus armas inútiles, perdian hasta su entidad racional: ¡*Væ victis!* ¡ay de los vencidos!

Pero enmedio del estruendo de los combates, á la vez que gemia la *Catapulta* al

(1) Sophocles. Edipo en Colona.

(1) L. Annæus Florus, Epitome rerum romanarum Lib. 1. Cap. 1. §§. 2 et 3.

(2) Titus Livius, Dec. 1 Lib. 5.

empuje del *Librator*, y que restallaba la honda del *Fundibularius*, Marco Tulio Ciceron se ceñia en los *Rostros* los laureles de Esquines y Demóstenes, Publio Virgilio Maron era saludado en el teatro por el pueblo entusiasmado, y Cayo Cornelio Tácito, digno émulo de Tucidides, legaba sus Anales á la posteridad, como Esquilo legó sus tragedias al tiempo. Despues de haber cubierto al mundo con una triple malla de acero era preciso mostrarse digno de ir al frente de la cultura, y por eso la elocuencia, la poesia y la historia escribieron esos tres nombres, como las últimas fórmulas del pensamiento humano. Fue necesario tambien dictar leyes á los vencidos y hacer estensivos los principios del derecho á los pueblos conquistados, en cuanto no estuviese en oposicion con las altas preeminencias de la *Ciudad*; y he aqui que aparece la Jurisprudencia, símbolo encarnado en Roma, que sigue todas sus vicisitudes y trastornos, siente sus sacudidas y vaivenes, acaba agobiada bajo el peso de la ruina de dos imperios, y solo puede salvarse en fragmentos como páginas de oro de un mitho perdido. Consagremos pues á la Jurisprudencia estos cortos estudios como un presente de nuestra admiracion y entusiasmo.

Cuando se asentaron los sangrientos depredadores de los siglos medios en las vastas provincias del destruido imperio, esos venerandos monumentos de la vieja legislacion empezaron á desaparecer, y tanta fue la barbarie que invadió la Italia, centro aun del movimiento intelectual y político, y tanta la escasez de textos, que bien puede decirse no hubo sino tinieblas hasta el reinado de Lotario en la centuria décimasegunda. (1) Entonces tuvo lugar el descubrimiento del manuscrito de Florencia, que se creyó hallado en Amalfi cuando fue tomada por los defensores de Inocencio II durante las guerras contra el Antipapa Anacleto; creencia que ha sido despues rebatida y hoy ya no merece crédito alguno. (2) Pero ya sea que se encontraran las Pandectas en aquel pueblo ó en Pisa, ello es lo cierto que dieron impulso al renacimiento del derecho, é inauguraron la época de los Glosadores con Pepo é Irnerio, á los que debian seguir nombres tan esclarecidos como los de Odofredo Hottomano y Cujas. Sin embargo, antes que parecieran Teofilo y Gayo ¿qué podian los mas laudables esfuerzos, las investigaciones mas profundas, en presencia de testos estractados en la mayor parte de obras que desde hacia mucho tiempo no existian? (1)

Por los años de mil y quinientos, Angelo Poliziano anunció la Parafrasis de Teofilo como existente en la Biblioteca de San Marcos de Venecia, y semejante noticia llenó de entusiasmo á los hombres de la ciencia en Italia, Francia, España y Alemania. Estaba reservado á las generaciones presentes el presenciar los notables adelantos que se van introduciendo en el estudio del *Jus civile*, gracias á los nuevos fragmentos. Acaso se deba la mayor parte de esta gloria á los esfuerzos de las dos Escuelas Histórica y Filosófica, que se dividen en la actualidad el terreno de la ciencia. Savigny camina á la cabeza de la una, y á la de la otra se ha querido poner á Kant, á quien sin escrúpulo se ha llamado en altas voces ilustre campeon del espiritualismo, apesar que el Filósofo de Kœnisberg rechaza las demostraciones todas que tienden á probar la espiritualidad del alma, (2) que su *Crítica de la razon pura* termina en el escepticismo mas absoluto, (3) y que si bien la razon suprema la coloca en Dios, niega que el hombre sea su imágen y semejanza, y que pueda probarse su existencia por razonamientos puramente lógicos (4).

Hoy los *Romanistas* han llamado á contribucion todos los restos de esa ilustre antigüedad, le han sorprendido sus secretos á las piedras, las medallas y los palimpsestos y han leido las páginas de lo pasado, apesar de haber querido borrarlas el tiempo y la barbarie. *Niebuhr* adivina el *Gayo* en *Verona*, y los sábios llegan de todas partes á visitar la obra tanto tiempo deseada. *Angel Maio* da á luz la *Repúbli-*

(1) Jan. Vinc. Gravina, De Ortu et Progresu juris civilis Lib. 1. Cap. 159.

(2) Savigny. Hist. du droit romain au moyen age. Tom. 5. p. 85.

(1) Fregier. Paraphrase grecque des Inst. de Just. par Theophile. Introd.

(2) Balmes. Filosofía fundamental Tom. 4. Lib 9. y siguientes. Filos. clem. Hist. LV 328.

(3) Jouffroi, Cours de Droit naturel. Vingt Sixieme leçon.

(4) Villiers. Philosophie de Kant. Part. Seconde. Art. 16.

ca de Ciceron, los *trozos* hasta el dia desconocidos de *Dionisio de Halicarnaso,* y los *incompletos escritos de varios Jurisconsultos* que dormian entre los anaqueles del Vaticano, y estas preciosas reliquias del derecho antijustiniano atraen sobre si todas las miradas. Llegan tambien reclamando el estudio y la consideracion exegética *Lidus* con sus tres libros de *Magistratibus Reipublicæ romanæ,* los restos de la *Ley Servilia,* los de la *Thoria,* los de la *Rubria,* la *Tabla heraclense y las dos de Veleya.* Al ver esta continuada sucesion de descubrimientos se llega á abrigar la esperanza que algun dia ha de salir como de entre los escombros el edificio todo de la Roma jurídica del paganismo. Enmedio pues de la agitacion actual del mundo sabio ¿de cuanta consecuencia no debe ser el anuncio de haberse encontrado dos bronces con los fragmentos del antiguo derecho de los Municipios flavio malacitano y salpensano? (1)

Al rendir los primeros á tan notable monumento este tributo, en realidad bastante corto, no cesamos de admirar esas elocuentes planchas que nos hacen retroceder diez y ocho siglos en el camino de la humanidad. Sepultadas bajo de tierra acaso mas de mil y trescientos años habrán sentido pasar sobre ellas los ginetes del Borystenes, las tribus del desierto y los egércitos cristianos, sin que las generaciones, sucediéndose de continuo, hayan podido detener por un momento siquiera esa revolucion eterna de los tiempos.

Nosotros pues que hemos dejado correr algunos años en el estudio de esos códices preciosos de Roma nos permitimos al presente, sin mas título que nuestra vocacion y nuestra fe, poner las manos sobre esas tablas tres veces santificadas por los acontecimientos, aceptamos todas las consecuencias de tan pesada carga y nos atrevemos á interpretarlas, confiados solo en la sagrada proteccion que invocaban *Justiniano y Teofilo,* el uno al empezar su *Instituta* y el otro al comenzar su *Parafrasis.*

(1) Hácia la época que designa el epígrafe de estos trabajos y al verificar ciertas escavaciones en las afueras de esta Ciudad por el sitio llamado *Barranco de los Tejares,* aparecieron á cinco pies de profundidad las dos referidas tablas colocadas sobre ladrillos de fecha antiquísima, como se colegia por su hechura, cubiertas al parecer en su anverso con una tela de hilo, de que aun conservaban algunos restos adheridos á la superficie, y las dos del peso de 264 libras castellanas. Ademas, la mayor cercada de un marco sobrepuesto, con 55 ½ pulgadas de longitud por 40 ½ de latitud, y la menor midiendo 40 por 32: y sin mas adorno que dos fi etes en bajo relieve encerrando las cuatro caras del testo. Cuando, gracias á la excesiva bondad de D. Jorge Loring, actual poseedor de ellas, pudimos examinarlas mas despacio, vimos que la que colocaremos en primer lugar en nuestro cuarto estudio, estaba escrita en cinco columnas verticales, y en dos la que pondremos en segundo, pudiéndose afirmar acaso que á aquella debieron preceder otras tres, y á esta una por lo menos. La letra de ambas es clara, inteligible, correcta, bien conservada é igual en un todo á la que se vé usada en las antiguas inscripciones romanas, y corresponde á la del abecedario magistral helénico, conocido con el nombre de alfabeto jónico, el cual fue adoptado en su totalidad por aquel pueblo. Precisamente tenemos á la vista el inapreciable facsímile del M. S. mas antiguo de las obras de Virgilio conservado en Florencia, cuya portada dice: *P. Vergili Maronis, Codex antiquissimus á Rufio Turcio Aproniano V. C. distinctus et emendatus, qui nunc Florentiæ in Bibliotheca Mediceo-Laurentiana adservatur:* y libro tan señalado se encuentra escrito con siglas de idéntica forma y carácter á las de estos bronces. Al considerar que las leyes á que pertenecieron entrambos lo fueron de pueblos diversos, y que sus títulos no tienen entre si correlacion alguna, pudiera tal vez congeturarse que cuando á principios del siglo V. empezaron los godos á entrar en nuestro territorio por el Norte de la España los invadidos irian retirándose hácia las costas de la Bética como límite final, y abandonando sus hogares salvarian consigo las cosas de mas estima como Eneas sus Penates. De aqui pudo resultar que siendo este puerto de los mas distantes en la península respecto de los Pirineos orientales por donde aquellos se habian abierto paso franco, y no quedando ya otro recurso á los conquistados, tratarian de ocultar de la vista de sus enemigos las alhajas de mayor valía, soterrándolas con tanto cuidado como se vieron colocadas las tablas de que nos ocupamos al presente, por esta causa quizás reunidas en un mismo punto. Pero sease de ello lo que se quiera, es lo cierto que desde luego creimos prestar un servicio á los Romanistas y Filólogos dando á luz una y otra inscripcion, notables por diversos conceptos, y nos dirigimos á el señor Loring, confiados tanto en su esquisita amabilidad, cuanto en su amor á las letras. Hoy tenemos una verdadera satisfaccion en cumplir con el deber, por demas grato, de hacer público nuestro reconocimiento á las repetidas muestras de deferencia que durante el curso de nuestros estudios hemos merecido á dicho señor, que nos ha permitido consultar cuantas veces se nos ha ofrecido y sin ninguna clase de restriccion las precitadas planchas.

II.

Dos son las dudas que pudieran presentarse como mas culminantes á la simple vista de estas planchas que nos proponemos examinar brevemente; una la época en que se dieron, otra los pueblos á quienes se destinaron. La primera va á llevarnos á hablar del Emperador Domiciano, y la segunda de la teoria jurídica de los Municipios romanos, punto este último bastante envuelto en tinieblas por falta de documentos históricos.

Cuando el César volvió á Italia y á la Ciudad, corrieron llenos de entusiasmo á recibirle los hombres de todas edades y condiciones, y no se puede espresar con palabras dignas de tanta prez, la magnificencia de sus triunfos, ni el número á que llegaron. Nada podian pedir los hombres á los dioses, nada conceder los dioses á los hombres, nada concebirse, nada consumarse con mas entero éxito, sino que Augusto, despues de su entrada en la Ciudad representase á la República y al Pueblo romano en todo el orbe de la tierra. Fueron concluidas á los veinte años las guerras civiles, terminadas las esteriores, restablecida la paz, adormecido en todas partes el furor de las armas, restituida la fuerza á las leyes, la autoridad á los juicios, la magestad á el Senado; devuelto su pristino imperio á los Magistrados, reducidos á dos los ocho Pretores, resucitada la primitiva forma de la antigua República. Empezó de nuevo la cultura de los campos, el honor á las divinidades, la seguridad de las personas, la garantia de las propiedades; se enmendaron unas leyes, se dieron otras para la salud y bien general, se eligieron los Senadores sin aspereza ni severidad. Los varones esclarecidos por sus triunfos y por sus honores vinieron á constituir el ornamento de la Ciudad á ruegos del Principe. Obtuvo hasta doce veces el Consulado, habiendo siempre repugnado el continuar en este puesto, y rechazado constantemente la Dictadura que le ofrecia con tenacidad el pueblo. Fatigaria por demas al escritor el reunir en una obra sola las guerras emprendidas por este Emperador, las victorias que produjeron la pacificacion general del mundo, y todo lo que dentro y fuera de Italia consiguió, Recordando pues cual sea nuestra mision hemos querido presentar ante los ojos la imagen toda de este Principe (1).

Nunca elogio mayor ni adulacion mas completa pudo dirigirse á Soberano alguno, como la que acabamos de presentar. Veleyo Paterculo trazó de una sola plumada el panegírico que, á ser cierto, hubiera venido á constituir el bello ideal de los gobiernos y el arquetipo de los monarcas. Por desgracia habiendo sido contemporáneo de Augusto y de Tiberio, ó se deslumbró como otros muchos de buena fe con la marcha encubierta del primero, ó temia con sobrado motivo la infamia y la crueldad del segundo. Asombra en verdad la astucia empleada por el ilustre Triunviro para cambiar la faz de las cosas, sin que se apercibiese nadie de ello. Es cierto que Bruto transformó la Monarquía en República; pero fue de un solo golpe, arrojando desde luego el guante, y presentándose á sostener su empeño hasta caer sin vida sobre el cadaver de Aruns el hijo de Tarquino (2). Mas la política de Octavio fue de todo punto opuesta á la del rígido republicano, y produjo cambios de mayores consecuencias y de desastrosos resultados. Las cuestiones agrarias, la muerte de los Gracos, la guerra social, la de Mario y Sylla, las serviles, y las luchas del primer triunvirato que hicieron rodar la cabeza de Pompeyo y derramar lágrimas á César, habian gastado por demas la vacilante República y se hacia necesario darle nueva vida y esplendor. Sylla presintió esto mismo, pero su genio violento no le permitiera obtener los resultados que se propuso. Augusto reflexionando sobre las elocuentes lecciones de lo pasado supo sacar de ellas todo el partido que era posible; conoció que los romanos iban perdiendo su antigua y decantada austeridad, ó que mejor dicho ya la tenian perdida del todo, pero que por orgullo ó por ignorancia no querian consentir que asi se lo di-

(1) C. Velleius Paterculus, Hist. rom. Lib. 2 Cap. 89.

(2) L. Annæus Florus, Epitome rerum roman. Lib. 1 Cap. 10 §. 8.

geran; que era pues imprescindible alhagar al pueblo que habia siempre sido llamado Soberano del mundo, y que él solo seria capaz de sostener aquel gigante que empezaba á encorvarse. ¿Y como guardando las formas podria variarse en un todo el fondo de la Constitucion del Estado? Vedlo en la Administracion de Octavio; deslumbró á los ciudadanos hasta el estremo de hacerles creer que todo se obraba por su voluntad suprema, y supo manejarlos como al anciano que vacila sobre sus pies mal afirmados; el Senado fue en sus manos un instrumento para la realizacion de sus proyectos; le dió el título de Emperador, de Padre de la Patria y de Augusto, como se habian denominado hasta entonces las cosas santas, y le donó las Provincias mejores de la República; el pueblo no quiso á su vez ser menos, y lo hizo Tribuno y Cónsul perpetuo, concluyendo por elegirlo Sumo Pontífice.

He aquí descubierta la marcha de este Soberano; reasume en sí todos los poderes, fingiendo recibirlos á instancias repetidas de las centurias; crea nuevos cargos, consultando antes la voluntad popular, pero muy seguro de su éxito; cargos que por otra parte debian concluir con los dignatarios republicanos; prepara el camino para la *Ley Regia*, y consigue reunir en sus manos todos los brazos de la Administracion civil y política. Desastrosa centralizacion que iria legándose de unos en otros y concluiria con esa ciudad tan trabajada y tan sufrida. Su siglo fue sí el mas grande de *Roma*, como el de *Pericles* el mas grande de *Atenas*; pero á la manera que este anunció la derrota de *Egos-Potamos*, del mismo modo aquel preparó las gradas del solio á infames y degradados sucesores. Al primer Emperador debian seguir el cobarde Tiberio y el malvado Calígula, y aunque Claudio fue consagrado á su muerte como dios, no estuvo tan exento de crueldad como pudiera creerse. (1) Neron vino á poner término con sus crímenes y con su muerte á la familia de Augusto; Galba, Othon y Vitelio sintieron apenas la corona sobre sus sienes; Vespasiano y Tito, fundaron una nueva dinastia é hicieron olvidar á los romanos las pesadas cadenas de sus opresores, que debia imponerles de nuevo Domiciano, hijo y hermano de aquellos virtuosísimos é ilustres Emperadores. Digamos alguna cosa de su vida.

Tito Flavio Petronio, Centurion en el egército de Pompeyo, huyó en Farsalia y fue el progenitor de la *raza flavia* que ocupó el trono de los Césares (1). Su hijo Sabino casó con Vespasia, de cuyo matrimonio nació Vespasiano, que se enlazó á su vez con Flavia Domitila de condicion *latina*, pero declarada *ingenua* en juicio contradictorio sostenido por su padre Flavio; de ellos fueron hijos Tito y Domiciano.

Aclamado Vespasiano Emperador por sus soldados (2) tuvo que salir al encuentro de Vitelio que le disputaba el solio obtenido por los mismos medios. Entonces Domiciano hubiera dado riendas sueltas á su ardor, si no lo hubiesen detenido los que por su padre habian sido encargados de su custodia (3). Cuando, despues de la huida del *Lago Fundano*, se encerró Sabino en el Capitolio, cuidó de llevarse á este jóven príncipe, que aun pudo fugarse de allí en medio del asalto y del fuego, disfrazado con la túnica de lino de los *Sacrificadores* y confundido entre ellos.

Los capitanes de Vespasiano dieron muerte á Vitelio, que segun lo que nos dice Eutropio (4) fue *arrastrado por las calles de Roma desnudo y escarnecido, los cabellos erizados, erguida la cabeza, sujeta la espada bajo la barba, y lleno el rostro de cieno; degollado despues y arrojado al Tiber aun careció de sepultura.*

Con ello el vencedor se vió libre de rivales y empezó su glorioso reinado. Domiciano entonces, en memoria de su pasada adversidad erigió una pequeña capilla á *Júpiter Conservador*, y dispuso se grabase en mármol el acontecimiento. Cuando subió al trono levantó un templo mas suntuoso á *Júpiter Custodio*, é hizo consagrarse colocado sobre el pecho del dios. Pasado el peligro de la guerra viteliana con

(1) Eutropius, Brebiarum Hist. roman. Lib. 7. Cap. 11 et sequent.

(1) C. Suetonius Tranquillus, in vita Vespasiani divi.
(2) C. Cornelius Tacitus, Hist. Lib. 2.
(3) C. Cornelius Tacitus, Hist. Lib. 3.
(4) Eutropius, Brebiarium Hist. roman. Lib. 7. Cap. 18.

la muerte de su gefe, se presentó á los soldados que lo saludaron César; llega á Roma y obtiene la pretura á la vez que su padre y su hermano la potestad consular (1). Pero si estos se dedicaron á engrandecer el Estado, aquel, mas que en el desempeño de sus cargos, puso todo su conato en envilecerlos con su desmedida intemperancia. Impudente como por instinto, y sin respeto al tálamo nupcial contrajo matrimonio con Domicia Longina, muger de Aelio Lamia, á la que veremos mas adelante llevar á cabo un pensamiento de sangre que salvó á Roma. Pero enmedio de su liviandad le mortificaba constantemente la idea de ocupar el solio, y no podia ver con tranquilidad y sin envidia, tanto la bondad de corazon de su hermano, que fue llamado *Amor et deliciæ humani generis*, (2) cuanto sus repetidos triunfos, que llevaron sus armas hasta enseñorearse de las murallas de Jerusalen. Entonces para igualar á Tito emprendió las espediciones á la Galia y á las Germanias, apesar de los consejos contrarios de los ancianos; y en tanto que Vespasiano se reia de sus aduladores, que querian hacerlo descendiente de *Hércules*, á quien suponian gratuitamente cabeza de la *casta flavia*, Domiciano ocultando sus ansias por la púrpura fingía la modestia mas estremada y se mostraba constante amador de la poesia, cuyo estudio emprendió con ardor sin cuento (3). Trataba de captarse la voluntad de los Reyes del Oriente con dones y ofertas, y esparcia rumores contra Tito, acusándolo de disipado, suponiendo que á media noche daba espléndidos banquetes donde reinaba la disolucion, y calificando con los mas negros dictados las supuestas relaciones que tenia con la Reyna Berenice, la cual despues fue su esposa. Asi pensaba aquel hombre degradado conseguir los fines que se proponia, sin contar con que nadie mejor que un padre puede sondear las mas recónditas aspiraciones de sus hijos. No se le ocultaba á Vespasiano los torcidos intentos y los mal aconsejados amaños de Domiciano, y asi es que aunque este se creia llamado inmediatamente al imperio, vinieron pronto los sucesos á probarle lo contrario. Cuando vió investido con el manto imperial al que en vano habia querido representar como un Neron, cuando aclamado Pontífice Máximo lo contempló adorado por su pueblo, ya no pudo mas, y arrojando la máscara que hasta entonces habia llevado, le puso asechanzas de todo género, conspiró contra su vida, solicitó el egército, y considerando el mal éxito de sus traidoras tentativas, pensó en la fuga temiendo la muerte; pero su magnánimo hermano lo llamó á su lado, perseveró en tenerlo como el primer dia por colega y susesor en el imperio, y le rogaba en secreto con las lágrimas en los ojos que lo mirase con benevolencia (1). Antítesis sublime, cuadro de los mas tiernos que presenta la antigüedad, y que encierra en si solo el elocuente panegírico de aquellos dos Príncipes. Pero de nada sirvió la magnanimidad del uno contra la ferocidad del otro; Tito murió envenenado (2) á los dos años de su exaltacion, y la historia acusa al hermano, aunque en voz vaga, como autor de tan horroroso fratricidio; mas ello es lo cierto que Domiciano se apoderó de las riendas del gobierno en los momentos en que aquel estaba espirando, ordenó con inaudita maldad que se le tuviera como por difunto, y no le concedió otros honores despues de muerto que el de la consagracion (3).

A partir de este dia se presenta ya desde la altura que ambicionaba á ser juzgado por la posteridad, y como otro Cain, marcada la frente con el dedo del destino.

He aqui que vuelve á surgir la humanidad con todo el arcano de la naturaleza, y en el abismo de su inescrutable misterio. Inútil cosa es que se esfuerze la razon por alcanzar esa fórmula invisible que debiera llevarnos á leer el corazon como el gran libro del hombre, pues que á trueque de multiplicados delirios tiene que detenerse ante el umbral de ese mundo desconocido que llaman conciencia humana. *Solon* dijo hace mas de veinte y cuatro siglos *Knoti seaiton;* los romanos en su alta

(1) C. Cornelius Tacitus, Hist. Lib. 3.
(2) Entropius Brebiarium Hist. roman. Lib. 7. Cap. 21.
(3) C. Cornelius Tacitus, Hist. Lib. 4.

(1) C. Suetonius Tranquillus, in vita Titi divi.
(2) Sex. Aurelius Victor. Brebiarium Hist. roman. Pars alt. §. 10.
(3) C. Suetonius Tranquillus, in vita Domitiani.

admiracion por el saber griego aceptaron esta máxima profunda que tradujeron por el *Nosce te ipsum*, y los modernos continuando el trabajo psicológico de sus antepasados, han tratado de analizar con mas empeño aun ese *Yo* que sin embargo se escapa siempre, para irse á ocultar entre la densa oscuridad del infinito. Y en tanto que el filósofo lucha por comprender el espacio y el tiempo, esos dos límites del pensamiento, en realidad y á vueltas de sus insensatos esfuerzos, no hace otra cosa sino parodiar al niño que en vano intenta apoderarse con su mano aun trémula del rayo de sol que atraviesa por entre las colgaduras de su cuna.

Pues bien, nosotros tenemos que confesar nuestra insuficiencia en esta ocasion como en otras tantas. Verdad que hasta ahora hemos visto á Domiciano seguir una conducta consecuente con los fines que se proponia; primero disipado, miserable y corrompido, luego, cuando se vió presa de la ambicion, fingiendo inclinaciones contrarias á las suyas, y recurriendo hasta al crímen para obtener el resultado que con tanto afan anhelaba; pero desde el momento que pisa el trono es un enigma indescifrable, y en verdad no se sabe si compadecerlo ó execrarlo.

Habia nacido en veinte y cuatro de Octubre, treinta años despues de la era cristiana, y vistió la púrpura en trece de Setiembre del ochenta y uno (1). Desde luego simuló seguir la marcha de sus predecesores; pero pronto se cansó de representar un papel tan opuesto á sus sentimientos y dió rienda suelta á sus pasiones. Sus historiadores encomian la magnificencia de los continuados espectáculos con que halagaba al pueblo, aseguran que reedificó infinitos edificios, como fueron el *Capitolio, el Odeum, el Pórtico de los dioses, el Iseum, el Serapeum, el Stadio* (2) *y la Biblioteca*, que cuidó de abastecer de *Manuscritos* escrupulosamente confrontados con los *Códices alejandrinos;* alaban las infinitas innovaciones que introdujo en la administracion, con el objeto de cortar los abusos que á su sombra se permitian.

(1) Eutropius, Brebiarium Hist. roman. Lib. 7 Cap. 12 et 13.

(2) Eutropius, Brebiarium Hist. roman. Lib. 7. Cap. 23.

En el derecho hizo mejoras notabilísimas, publicó muchas Constituciones, reprimió las Vestales, algun tanto descuidadas en los reinados anteriores, y cortó el abuso de los Magistrados (1). Combatió contra los *Cattos Sármatas y Decos*, sobre los que obtuvo dos triunfos, y apagó la discordia civil de *L. Antonio*, Presidente de la Germania superior.

Pero el genio del mal que parecia batir sus siniestras alas sobre Roma, murmuró á sus oidos palabras de liviandad y de desorden, que trastornaron la insegura cabeza del Emperador, y como precipitado por una rapidísima pendiente vino á sepultarse en el abismo sin fondo que él mismo se abrió á sus pies. Causa horror el considerar el estado de degradacion y bajeza á que llegó, y mas que nada el lastimoso cuadro que presentaba entonces aquel pueblo antes lleno de gloria; pero dejemos describir periodo de tanta angustia al elegantísimo Tácito, que dice hablando de *Julio Agricola* (2):

Con su prematura muerte tuvo el consuelo de no haber alcanzado los últimos tiempos, en que Domiciano, no ya por intervalos y de vez en cuando, sino continuamente y como de un solo golpe dejó exausta la república. No vió cerrada la Curia, ni cercado de armas el Senado, no presenció el comun estrago causado con la muerte de tantos varones consulares, y con la fuga y el destierro de tantas damas de la nobleza.

Los crímenes habian llegado á su colmo, y la sombra marcó por fin la hora última en el cuadrante de la vida de aquel *Cesar*, que en su locura se habia hecho llamar *señor y dios.* (3) Su muger Domitila, que enamorada perdidamente de un cómico (4) provocó el repudio del marido, y fue de nuevo llamada al lecho conyugal por la voluntad del Emperador ó por la peticion del pueblo, cansada de tanto desenfreno, descubrió la lista de los proscriptos y concurrió á su muerte el diez y ocho de Setiembre del año noventa y seis de Jesucristo. Al cadáver, enterrado sin pompa alguna, no lo cu-

(1) C. Suetonius Tranquillus, in vita Domitiani.

(2) C. Cornelius Tacitus, In vita Agricolæ.

(3) Sex. Aurelius Victor, Breb. Hist. roman. Pars alt. §. 16.

(4) C. Suetonius Tranquillus in vita Domitiani.

brió mas inscripcion que la que el mismo Domiciano habia grabado con sangre en las páginas de la Historia. Triste destino de un hombre que pareció nacido bajo tan brillantes auspicios.

Suetonio nos ha conservado su retrato en estas palabras (1).

Era de estatura elevada, rostro humilde y lleno de rubor, ojos grandes, pero tardos en la accion, bello y agradable en especial cuando jóven, bien formado de cuerpo, excepto los pies, cuyos dedos eran muy cerrados. Despues se desfiguró con habérsele caido el cabello, la obesidad del vientre, y la debilidad de las piernas, que se le habian demagrado de resultas de una larga enfermedad.

Hemos tratado de presentar como en relieve el espacio de estos quince años evocándolos por decirlo asi de entre los antiguos clásicos; porque ellos constituyen el periodo de la Dominacion Romana en que se dieron los *Bronces* que promueven estos *Estudios*.

Y en verdad que nada tan fácil como marcar esta data; el Título cincuenta y nueve del de *Malaca* previene que los elegidos por el Pueblo para el Duunvirato, la Edilidad ó la Cuestura, antes de ocupar sus puestos juren por *Júpiter*, por el *divino Augusto*, por el *divino Claudio*, por el *divino Vespasiano Augusto*, por el *divino Tito Augusto* y por el *Genio del Emperador Cesar*... aqui hay una laguna en el testo que solo permite leer claramente una D. al principio, la silaba NI. al final y con bastante trabajo todos los rasgos últimos de las siglas que forman el nombre de DOMITIANI. Pero aunque estuviese tan perfectamente arrancado dicho nombre que nada dejase ver de sus trazos, se necesitaria muy poca atencion para adivinarlo aun grabado en aquel sitio. Todo el que ha leido algo de Historia romana, particularmente si ha sido en el idioma originario, concluye por aprender de memoria la fórmula tan usada, en especial por Eutropio: *Post mortem inter divos relictus est; Despues de la muerte fue colocado entre los dioses*; y si se ha dedicado algo al estudio de su jurisprudencia, no podrá menos de saber que los Romanos juraban por *Júpiter* y por el *Genio del Emperador* (1) comprendiendo bajo esta palabra *Genium*, tan elásticamente interpretada por ellos, el *dios tutelar de la vida del Príncipe*. Ademas en el Título sesenta y uno y otros del mismo *Fragmento* se encuentra marcado el *Municipio malacitano* con la denominacion de *flavio*, y á muy pocos se les ocultará que señaladamente desde que concluyó la República, y aun antes de empezar el Imperio, los Municipios creados tomaron el *Nomen* de *Cesar*, de *Octavio* ó del que los constituia tales, y asi se vé en los mármoles y medallas descubiertas escritas las frases *Municipiun Julium*, *Municipium Augustum* y *Municipium Flavium*. Ahora bien; denominándose á *Malaca Municipio flavio* debió ser erigido por *Vespasiano*, por *Tito* ó por *Domiciano*, únicos Emperadores de la *raza flavia*, y como quiera que en el Título cincuenta y nueve antes citado se habla del primero, del segundo, y aun de otro cuyo nombre está algo confuso, y tres Emperadores no cuenta la historia que existiesen por entonces á la vez sobre el trono, sin mucho esfuerzo se colige, aun haciendo abstraccion del *divus* que aquellos dos habian muerto, y que el precedido de la palabra *Genium* no podia ser otro que *Flavio Domiciano* fundador del referido *Municipium*, que por eso se denomina *flavium malacitanum*; y esto por supuesto sin tener en cuenta á *Aurelio Victor*, que hablando de este Emperador dice que á su muerte *Senatus radendum nomem decrevit* (2), el *Senado mandó borrar su nombre;* ni á *Macrobio* en sus *Saturnales*, mas esplícito que ningun otro, que al hablar del mes de Octubre asegura que Domiciano le habia impuesto su nombre, acaso porque fue el de su natalicio, asi como á el de Setiembre el de Germánico; pero que tan luego como *se mandó arrancar palabra tan infausta de todo bronce ó piedra* los meses tambien se vieron libres de la usurpacion de tan tiránico apelativo. *Mensis September principalem sui retinet appellationem; quem Germanici appellatione, Octobrem vero suo nomine Domitianus invaserat. Sed ubi infaustum vocabulum ex omni ære vel saxo*

(1) C. Suetonius Tranquillus, in vita Domitiani.

(1) Arnoldus Corvinus, Digesta per Aphorismos Lib. 12. Tit. 2.

(2) Sex. Aurelius Victor, Breb. Hist. roman. Pars alt. §. 11.

placuit eradi ; menses quoque usurpatione tyrannicæ appellationis exuti sunt (1).

En la segunda Tabla ó sease en la del *Municipii Flavii Salpensani* no solo concurren las mismas razones para suponerla de igual época á la anterior, por ser igual tambien la fórmula del juramento grabada en los Títulos veinte y cinco y veinte y seis, sino que ademas no está borrado el nombre de Domiciano, como sucede con muchos mármoles de aquel tiempo que hoy posee la Arqueologia, cual es entre otras la inscripcion encontrada en Mérida que dice (2):

IM. DOMITIAN.
VESP. CAES. AUG.
GER. P. M.
OPUS. PATERN.
NEQUITIA. PUBLICANOR.
INFECTUM
EA. GENTE
MALE. MULCTATA
ET. OMNI
IN. POSTERUM
MUNERE. PUBLICO
PRIV
CONFICI. IUSSIT
LXXXVIII.

Y á la vez no deja la mas mínima oscuridad el Título veinte y cuatro, que habla en su epígrafe del Prefecto del Emperador Cesar Domiciano Augusto. *De Præfecto Imp. Cæsaris Domitiani Aug.*

Disipada esta que no puede llamarse duda, vamos á ocuparnos como ofrecimos de la constitucion política de los Municipios romanos.

III.

Dificil es por cierto el empeño de delinear en pocas palabras teoria tan oscura y complicada como la del *Jus municipale ;* mas por ser de tal delicadeza procuraremos la claridad y la concision; cualidades precisas en todo punto didáctico, y poco observadas en verdad por los escasos escritores que han tratado de semejante materia.

En la obra nunca bastante apreciada que sobre las antigüedades de Roma escribió en griego *Dionisio de Halicarnaso*, vemos descritos los principios de aquella ciudad con tanta fluidez como elegancia, y puesta como en relieve la marcha de Rómulo, que atendió lo primero á engrandecer su pueblo. A este Rey se debió la separacion entre la casta patricia y la plebeya, la division de la poblacion en tres tribus, y de las tres tribus en treinta curias. Pero una de las cosas que prueba mas su sabia política, es la admision de todos los que le pedian asilo, sin indagar la causa que hubiesen tenido para abandonar su ciudad nativa, y el suponerlos desde luego *ciudadanos*, cualidad que no estaba entonces restringida, y de consiguiente no podia ser muy apreciada. Oigamos al mencionado Dionisio.

Conociendo Rómulo que la mayor parte de las ciudades de Italia estaban oprimidas por la tiranía ó por el absolutismo, y que por esta razon muchos de sus moradores se veian precisados á emigrar, decretó que se recibiesen en Roma á todos estos, cualquiera que fuese su condicion, y sin hacer inquisicion previa sobre sus bienes, ni del motivo que los impulsaba á abandonar su patria, en la creencia de que con ello aumentaria la fuerza de los romanos y disminuiria la de los Pueblos vecinos (1).

Aqui se ve pues exactamente trazada la primera política de la *Urbs*, cual era la de engrandecerse arruinando á las demas, móvil que le inducia á incendiar las ciudades conquistadas y á traerse á sus murallas los pobladores de ellas. Pronto sin embargo dejó de destruir, como refiere en el mismo lugar Halicarnaso, y á unas envió *colonos*, y á otras concedió la *ciudadania ;* de aqui la division en *ciudadanos ingenuos*, que eran los de Roma, y *ciudadanos*

(1) Aur. Theodosius Macrobius, Saturnal. Lib. 1 Cap. 12.

(2) Masdeu. Hist. crit. de Esp. Tom. 5 Num. 180. Puede verse tambien la inscripcion que el mismo historiador copia á el número 418, del tomo 5.° encontrada en Barcelona, á el 646 del 6.° en Mataró, y las dos piedras miliarias que trascribe á los 1439 y 1440 del 19: en ninguna de las cuales se hllaa arrancado el nombre de *Domiciano.*

(1) Dionis. Halicar. Antig. roman. Lib. 2.

municipes que eran los de cualquier municipio. En la época de la República, el *Cives* llegó á toda su preponderancia, y solo cuando empezó á anunciarse el Imperio sintió algun desprestigio, que con mas ó menos alternativas llegó hasta los últimos dias.

Las guerras que produjeron la sumision del Lacio y del resto de la Italia trageron consigo la creacion del *Jus Latii* y del *Jus Italicum*, y la subdivision del primero en derecho relativo á los *latinos viejos*, y derecho peculiar de los *socii latini*.

Se conocieron pues en las diversas épocas de la *ciudad* el ciudadano originario *cives ingenus*, ó simplemente *cives;* el ciudadano municipal, *municeps municipii;* el colono, *colonus;* el latino viejo, *latinus vetus;* el socio latino, *socius latinus*, cuyas dos clases se redujeron mas tarde á una, que fue la del ciudadano latino, *cives latinus;* el itálico, *italicus*, y los dedicticios, *dedicticii*, que no eran otros sino los individuos de aquellos pueblos que se habian entregado sin condiciones y absolutamente, los cuales no tenian ni les era dado reclamar derecho alguno, y formaban, si nos es permitida la frase, el símbolo negativo del *Jus* (1).

Espondremos todo lo mas brevemente que nos sea posible, los principios jurídicos que constituian el derecho de cada una de estas clases.

El *Cives* encerraba en sí el *Jus Quiritium* y el *Civitatis romanæ*, como nos lo enseña Plinio el jóven en muchas de sus cartas, y en especial en la que trascribimos dirigida á el Emperador Trajano.

«*Señor, en mi última enfermedad ofrecí á mi médico Posthumio Marino, á quien debo dar tantas gracias por su cuidado como á ti por tus beneficios, el interponer mis súplicas reclamando tu indulgencia como de costumbre. Te ruego, pues, que concedas la ciudad,* (civitatem), *á sus parientes, Chrysippo, Mithridates, y á la muger de Chrysippo Stratonice Epigon, como tambien á Epigon y Mithridate hijos de Chrysippo, de modo que estos queden bajo la patria potestad, y aquellos obtengan sobre los libertos el derecho de patronato. Tambien te ruego concedas el derecho de los Quirites,* (Jus Quiritium), *á Lucio Satrio Abascansio, á P. Clœsio Phosporo y á Pancario Sotéride, lo que te pido con consentimiento de sus patronos* (1).

Veamos ahora las partes constitutivas de estas dos en que hemos dividido la ciudadania, y empezaremos por el *Jus Quiritium*, que encierra en sí la *Libertad*, la *Gerarquia*, el *Matrimonio*, la *Patria potestad*, el *Dominio*, la *Testamentifaccion*, y la *Usucapion* (2).

Libertad. Los romanos la llevaron á tal estremo, que superaron con mucho á las Repúblicas griegas. Se necesita un estudio comparativo muy constante para conocer lo que ellos significaron bajo esa palabra, que tenia entonces un sentido que apenas se alcanza á comprender, y que los siglos en su marcha progresiva han ido modificando hasta presentarla como una antítesis de las antiguas formas.

Gerarquia. Con referencia á Dionisio de Halicarnaso hemos dicho antes que Rómulo dividió el pueblo en dos clases, la de los Patricios y la de los Plebeyos, y este es el orígen del derecho gerárquico. Los primeros se reservaron los honores y todo lo relativo á la Administracion civil y política; los segundos estaban como bajo la inmediata tutela de aquellos, y la suma de las prerogativas de la casta patricia era lo que se llamaba derecho gerárquico.

El *Matrimonio* ó las nupcias, para que tuvieran los grandes efectos del derecho civil, era necesario que se contragesen entre ciudadanos de Roma, y aun respecto de ellos habia modificaciones en las formas. La *confarreatio* era el modo mas solemne de celebrarlas, solo permitido á los patricios, y se componia de fórmulas puramente sagradas; luego la sostituyó la *coemptio*, especie de compra simulada entre los contrayentes, y el peculiar de la plebe era el matrimonio por el uso, (*usus*), en el que bastaba la posesion de un año y un dia para adquirir el inmenso dominio *manus* que dieron los romanos á el marido sobre la muger (3). Y se llevó á tal punto la exageracion, que las *Leyes decemvirales* prohibieron las uniones entre *Patricios* y *Plebeyos* (4); fue necesario que una nueva sedicion y una terce-

(1) Gaius, Comment. 1 § 14. Teophil. Paraphras. Lib. 1. Tit 2. §. 2.

(1) C. Plinius. Lib. X., Epist. 7.
(2) Cicer. Orat. 2 de Leg. Agrar. 19.
(3) Gaius, Comment. 1. §§. 108. et secuent.
(4) Titus Livius, Decad. 1. Lib. 4.

ra retirada de la *plebe* á el *Janículo* pusiera en peligro á los *Patronos* para que se derogase semejante disposicion, adoptando en su lugar el *Plebiscito* que se conoce con el nombre de *Canuleio* (1). Por un exceso de esclusivismo los Romanos no admitieron el matrimonio entre los *esclavos*, y sus uniones, llamadas *contubernios*, no producian efecto alguno civil ni político, puesto que los *siervos* eran llamados *cosas*, (res), y no *personas;* asi es que *Ulpiano* compara la esclavitud á la muerte. *Servitutem mortalitati fere comparamus* (2).

Las uniones sexuales de los *estrangeros*, (*peregrinii*), ni se verificaban bajo las fórmulas del derecho, ni tenian mas efecto que los del *Jus gentium* (3).

Del *matrimonio* nacía la *Patria potestad*, tan estremada entre los romanos, que hubo tiempo en que los padres tenian derecho de vida y muerte sobre los hijos (4), y de consiguiente el de venderlos (5), estravío que modificó la divina moral de Jesucristo. Derecho tan lato hizo decir á Gayo lleno de énfasis, que era *Jus proprium civium romanorum* (6).

Para el efecto de dar á entender lo que comprendia la jurisprudencia romana por *Dominio quiritario* transcribiremos lo que sobre ello dice Teofilo (7):

La propiedad natural se llama in bonis *ó bonitaria, y la legítima* jure quiritium, *es decir, que se deriva del derecho de los Romanos.*

La *Testamentifaccion* tuvo su origen en los *comicios calados*, á manera de ley, y de consiguiente solo podia ser estensiva á los que se permitia la entrada en estas asambleas (1). que fueron únicamente los ciudadanos de Roma. De aquí tambien que las *herencias legítimas* y aun las *tutelas*, como consecuencias del testamento, solo tenian resultado para aquellos.

Nos queda que hablar de la *Usucapion*. El pasage de las doce tablas que á este propósito refiere Ciceron (2), está concebido en los términos siguientes: *Usus auctoritas fundi biennium.... cæterarum omnium... annuus...*, y de aquí porque *Gayo* sienta que el *moviliario* se usucapia á el año, y los *fundos ó edificios* á los dos (3); doctrina que repitió despues Teofilo. (4). Semejante prerogativa era peculiar del *Cives*, y no fue estensivo á los *predios provinciales*, sino únicamente á los *itálicos*, y á los que gozaban de la misma consideracion (5).

Hemos completado el exámen de los derechos constitutivos del *Jus Quiritium*, y ahora nos queda que esponer los de la *civitas romana*, que se reducen á *Censo*, *Milicia*, *Tributos*, *Votacion*, *Honores* y *Culto sagrado* (6), los cuales son mas fáciles de comprender y esplicar.

Censo: el derecho de inscribirse en las *Tablas censatarias*.

Milicia: el de servir en las legiones.

Tributos: el de pagar los únicamente señalados á el pueblo romano.

Votacion: prestar sus sufragios en los *Comicios*.

Honores: el de poder optar á las dignidades.

Culto sagrado: el de tributarle adoracion tan solo á los dioses patrios (7).

De propósito nos hemos detenido hablando de las consecuencias del *Cives*, aunque parezca á primera vista que no tienen toda la conexion necesaria con el objeto de estos *Estudios*, porque de ellas se desprende necesaria y precisamente la inteligencia completa de las

(1) L. Annæus Florus, Epitom. rerum roman. Lib. 1. Cap. 25.
(2) D 50. 17. Fr. 209. Ulp.
(3) Dos sabios profesores franceses, *Mr. Ducaurroy* y *Mr. Ortolan*, sostienen opiniones contrarias sobre la supuesta distincion entre el *matrimonio* y las *nupcias* romanas: quiere aquel, fundado en razones etimológicas, que *nuptiæ* sean las ceremonias y *matrimonium* el contrato, (*Inst. nouvellement expliqueés*); y este no admitiendo semejante distincion hace sinónimas las palabras. (*Esplication historique des Instituts.*) Ademas de las copiosas autoridades que aduce el último en corroboracion de su aserto, nos mueve á admitir desde luego su opinion el texto de Teófilo, que en el párrafo primero del título nueve del libro primero dice: Las nupcias son denominadas por los latinos *nuptiæ et matrimonium*.
(4) Valerius Maximus. Dict. Fact. memor. Lib. 5. Cap. 8.
(5) Gaius, Comment. 1. §§. 117. et 118.
(6) Gaius, Comment. 1. §. 55.
(7) Teophil. Paraphras. Lib. 1. Tit. 5. § 4.

(1) Gaius, Comment, 2. §§. 101 et secuent. Teophil. Paraphras. Lib. 2. Tit. 10.
(2) Cicer. Topic Cap. 4
(3) Gaius, Comment. 2. § 42.
(4) Teophil. Paraph. Lib. 2. Tit. 6.
(5) Gaius, Comment. 2. §. 46.
(6) Cicer. Orat. II. de Leg. agrar. 19.
(7) Sobre esta materia puede verse con mayor estension á Cárlos Sigonio, *De Antiquo Jure populi romani*, Lib. 1. Cap. 6. y siguientes.

demás personalidades que hemos señalado mas arriba.

Acabamos de indicar que la ocupacion del *Lacio* produjo el *Jus latinum*; derecho que varió mucho á medida que las agitaciones de sus habitantes hacian á Roma plegarse unas veces á ciertas exigencias, y dominar otras con toda la tirania de un déspota; pero á pesar de semejantes revoluciones jamás llegó ni con mucho á la plenitud del *Jus civis romani*.

De los *dedicticios* tambien hemos dicho con *Gayo* y *Teofilo* que carecian de todo derecho, y ahora añadiremos con *Justiniano* que la llamada libertad dedícticia era un nombre vano (1), puesto que carecia de efectos, y mas que otra cosa se asemejaba á la esclavitud. Y por último se ha consignado, que, sujetada la Italia, fue necesario gobernarla, y de aquí el *Jus Itálicum*, del que hoy apenas puede hablarse con certeza, ni darse á conocer sus límites y estension.

Cuando los Romanos no tuvieron enemigos que vencer á los alrededores, llevaron sus armas siempre triunfadoras á otros paises en busca de nuevos laureles, y los pueblos cayeron bajo sus espadas como las hojas del otoño. Entonces el gefe del egército con anuencia del Senado dictaba leyes á los paises recien-conquistados, y les daba el nombre de *Provincias romanas*; calificacion que hace derivar *Festo* de *Provicit*, (2), porque antes fueron vencidas que gobernadas. Desde la época de Augusto se dividieron estas en *Provinciæ populi, et Provinciæ Cæsaris*, y se cambio su régimen en mucho, que era por otra parte tan vario como ambulante.

Con estos preliminares podremos abarcar de frente la teoria de las *Colonias* y *Municipios* romanos.

En el Lacio, en la Italia y en las Provincias hubo pueblos que siguieron la suerte del territorio en que estaban enclavados; á unos se mandaban romanos para poblarlos de nuevo, y recibian de la *ciudad* las *leyes agrarias* y todas las que debian observar, tales eran las *Colonias*; á otros se les dejaba su jurisprudencia, y aun se les daba participacion en algunos derechos del *Cives*, y estos otros se denominaban *Municipios*.

Las *Colonias romanas* no se asemejaban en nada á las *Colonias griegas*; estas fueron creadas por el espíritu emprendedor y poético de los helenos, que, como dice Mr. Lerminier en su última obra, *llevaron á la Italia, la Sicilia, la Gaula, el Africa y el Asia su génio, mas amante de lo bello que de lo verdadero; cambiante, ligero y dominado por una irresistible inclinacion hácia la fábula, las ilusiones y la ficcion* (1).

Desde un principio libres é independientes, llegaron á formar *Repúblicas* y *Naciones;* las romanas por el contrario, decretadas por el Senado á veces como medida política (2), quedaban tan sugetas á la metrópoli, que solo se regian por las leyes que esta les dictaba, cuya aplicacion estaba confiada á Magistrados que la misma les enviaba; habiendo solido llegar hasta el estremo de reducirlas á *prefecturas*, es decir, á un estado tan duro, que se asemejaba mucho al de la esclavitud. Y por otra parte se encontraban clasificadas ó subdivididas en *Ciudadanas*, *Latinas*, *Itálicas*, *Togadas*, *Plebeyas*, y *Militares*, segun la suma de sus derechos y conforme á las prerogativas de que disfrutaban.

Aunque al hablar de los *Municipios* confiesa *Aulo Gelio* (3), ingénuamente que no sabe en qué se diferencian de las *Colonias;* sin embargo, concluye por decirnos, que los *Ciudadanos municipales* eran *Ciudadanos romanos*, y se regian por derechos y leyes propias, participando con el Pueblo de Roma del *Jus honorum*, del goce de cuyo privilegio, *á munere capessendo*, parece que traen su denominacion, *muni-cipium;* sin que por otra parte estuviesen sugetos á la *Urbs* por ninguna alianza forzada.

Festo divide en tres clases á los *Municipes* (4); una la de aquellos que se habian trasladado á Roma, y aunque entraron á disfrutar muchos derechos de los del *Cives*, no tuvieron igual participacion en el *Jus sufragii* ni en el *Jus honorum;* otros los que trasladados tam-

(1) C. 7. 5. De dedit. libert. tollenda.
(2) Festus, v.° Provinciæ.

(1) E. Lerminier, Hist. des Legislat. et de Const. de la Grec. ant. Tom. 1. Cap. 5.
(2) Dionis. Halicar. Ant. roman. Lib. 7.
(3) Aulus Gellius, Noct. Attic. Lib. 16. Cap. 13.
(4) Festus, v.° Municipium.

bien se confundieron y asimilaron en un todo al *ciudadano ingenuo*; y los terceros por último fueron los que aceptando la cualidad de *Cives romani* tuvieron siempre un Gobierno independiente en parte; estos son los que hacen á nuestro propósito.

Las dos autoridades aducidas dan á conocer que los *Municipios* formaban una República separada de la de Roma, y que se regían por leyes propias, que ellos mismos se dictaban. Ahora añadiremos que la *Ciudad* les daba este título de *Municipio* por medio de un *Plebiscito*, en que les marcaba la suma de prerogativas que se les concedian, cuya reunion se conoció con el nombre de *Optimo jure*, y que los *Municipios*, bien comprendiendo el gran mérito de la jurisprudencia de Roma, bien por que muchos años antes de ser elevados á semejante categoría, la conquista se las habia impuesto, y el lapso del tiempo les hiciera olvidar las originarias, ó bien en justo tributo de reconocimiento, adoptaron las mas de las formas jurídicas del *Pueblo rey*, como el *Senado*, los *Padres conscriptos*, los *Patronos* y la *Plebe*, de muchas de las cuales tendremos ocasion de ocuparnos mas adelante. A veces como por deferencia pedian leyes á Roma, sin perder por esto su derecho á leyes propias.

El cuerpo del derecho municipal antiguo abraza pues todos los brazos de la jurisprudencia, y es llamado en los *Fragmentos* del *Digesto lex municipalis* (1): era, para decirlo de una vez, el *Código completo de un Pueblo*.= Despues de esta generalizacion no será fuera del caso ocuparnos de la influencia romana en España. Empezó la conquista (2) con el desembarco de los *Scipiones* al principio de la segunda guerra púnica, y en el espacio de doscientos cincuenta años fue tan varia la suerte de las armas, que ya adelantaban ya retrocedian los invasores mas allá de los confines del territorio, hasta que al fin concluyó por someterla el Emperador Augusto. Dividióla en tres provincias y, bajo el especioso pretesto de compartir todas las glorias con el Senado, y evitarle los azarosos cuidados que producian las turbulencias de las mas revueltas, cedió á aquel cuerpo la que se estendia desde la embocadura del *Anas* hasta el Promontorio de *Charidemo*, y se reservó las dos restantes. Para gobernar aquella enviaba Roma *Procónsules*, y para ponerse al frente de estas, nombraba el Emperador *Legados* (1), cuyas dos dignidades se diferenciaban muy poco en poderes y privilegios, si bien es cierto que unos y otros recibian el nombre de Presidentes. *Præsidis nomen generale est: eoque et Proconsules et Legati Cæsaris, et omnes provincias regentes, licet Senatores sint, Præsides appellantur (2).*

Además cada provincia estaba subdividida en *Conventos* jurídicos, (*Conventus*), llamados asi de *convenire*, y que no eran otra cosa sino los pueblos á que el *Pretor* concurria para administrar justicia; de los que se contaban siete en la *Tarraconense*, tres en la *Lusitania* y cuatro en la *Bética*, que fueron *Cádiz*, *Córdoba*, *Ecija* y *Sevilla*. Plinio el *naturalista* asegura, que entre las ciento setenta y cinco ciudades que componian esta parte de la España citerior, habia ocho *Colonias* y ocho *Municipios*. (3).

Punto es este de la Geografía antigua sugeto á muchos errores y disputas, y en el que á veces se camina tan á ciegas que mas valiera quedar con la duda que adoptar absurdos en fuerza de querer disiparla. Porque en verdad, la *Geografia de Strabon*, el libro de *Situ Orbis* de *Pomponio Mela*, el de *Historia naturalis de Plinio* y el *Itinerario* llamado de *Antonino Augusto* nos dan preciosos antecedentes sobre los pueblos españoles de aquella época, como tambien *Cayo Silio* y *Rufo Festo Avieno*, el uno en sus *Guerras púnicas* y el otro en sus *Costas del mar* y *Descripcion de la tierra*; pero á los primeros faltó el fijar con exactitud las situaciones respectivas, y los segundos, como ha dicho un erudito español, merecen poco crédito en su cualidad de poetas.

Claudio Ptolomeo dió un paso gigantesco, determinando la longitud y latitud de los lugares; pero respecto de España tiene el inconveniente, que, no habiéndola visitado, ad-

(1) D. 45. 24. Fr. 5. Ulp. § 4—D. 47. 12 Fr. 3 Ulp. §. 5.
(2) Velleius Paterculus, Hist. roman. Lib. 2. Cap. 38. §. 4.

(1) D. 1. 16: De oficio Proconsulis et Legati.
(2) D. 1. 18. Fr. 1. Macer.
(3) C. Plinius, Hist. natur. Lib. 3. Cap. 1.

mitió los errores de los escritores que le habian precedido

Y aunque nos vemos conducidos como por la mano á tratar de los pueblos á que pertenecieron esas dos tablas de bronce encontradas hoy, nos detendriamos ante tales inconvenientes si no nos animara el egemplo de tantos geógrafos modernos que han cortado el nudo donde no han podido desatarlo.

En cuanto á la que pondremos en primer lugar, basta leer los *titulos cincuenta y ocho, sesenta y uno, sesenta y dos, sesenta y cuatro, sesenta y cinco* y *sesenta y siete* para comprender que fue de Málaga, entonces *Malaca*.

Strabon dice de esta (1): *En el litoral del Mediterráneo está la primera la ciudad de Malaca tan distante como Cádiz del Calpe; es* Emporio *en este territorio, rica en grandes salazones de pescados; algunos creen que fue* Menace, *última ciudad que le tomamos á los Phocenses, y que mira hácia el Occidente: sin embargo, no lo es tanto porque se halla mas distante del Calpe, cuanto porque apesar de estar destruida hasta los cimientos, conserva los vestigios de una ciudad griega, y Malaca tiene verdaderamente la forma de ciudad fenicia.*

Pomponio Mela empieza describiendo el Mediterráneo Tarraconense, y sigue despues recorriendo la costa hasta el Oceano, *piélago grande y sin fin* como le llama, y al llegar á las aguas de la Bética escribe (2): *En esta costa hay algunos lugares de poca consideracion, y cuya mencion no hace al caso sino para seguir el órden; Virgi en el seno Virgitano, y ademas Abdera, Suel, Hexi, Menoba, Malaca, Salduba, Lacippo y Berbesula.*

Plinio el naturalista, siguiendo un sistema opuesto á el de *Pomponio Mela*, comienza la descripcion por el Estrecho, y (3) *adentro del litoral*, coloca primero *la ciudad de Berbesula, por la que pasa un rio, la de Salduba, Suel y Malaca de las federadas, con otro rio, despues Menoba, Sexi, Firmio connominada Julia, Selambina, Abdera, y Murgis que termina la Bética.*

(1) Strabon, Geograf. Lib. 3.
(2) Pomponius Mela, De Situ orb's. Lib. 2. Cap. 6.
(3) C. Plinius, Hist. natur. Lib. 3. Cap. 1.

Y por último en el *Itinerario* que se dice de *Antonino Augusto* está señalada *Malaca* á doscientas noventa y una millas de *Castulone* y á doce de *Menoba*.

Todos estos antecedentes, y mas que ellos aun los restos de antigüedades soterradas y sacadas á luz en varias escavaciones, concurren á probar que el sitio del *municipio malacitano* fue el mismo que tiene en el dia la Málaga moderna.

No puede decirse lo mismo del *Flavium Salpensanum*, como es llamado en los títulos *veinte y ocho* y *veinte y nueve* del segundo bronce el pueblo á que perteneció aquella tabla, porque, en verdad, la crítica no es tan segura. Ante todo diremos que esa poblacion *Salpensana* no vino á ser otra cosa sino la conocida en la antigüedad por *Alpesa*, y vamos á esponer las razones en que nos apoyamos.

Desde luego que ni el nombre de *Salpesa*, ni el de *Salpensa* mucho menos, se encuentra en los viejos códices geográficos, y solo *Plinio* en el lugar últimamente citado nos habla de *Alpesa* con estas palabras: *Præter hæc in Céltica Ancinippo, Arunda, Turobrica, Lastigi, Alpesa, Sæpona, Serippo.* Los modernos al ver grabada *Salpesa* en algunos mármoles y medallas de aquellos remotos tiempos, y fundados en razones filológicas de mas ó menos monta, no han tenido dificultad alguna en suponer que dicha *Salpesa* era la misma que la mencionada *Alpesa*, y con pariedad de raciocinios pudiera etimologicamente probarse que *Salpensano* tanto significaba como *Salpesano*.

Masdeu en su *Historia crítica* copia bajo la letra A una inscripcion concebida en estos términos (1):

L. MARCIVS
L. F. L. N.
L. PRON. C. ABN.
QVIRINA. SATVRNIN.
ANN. XIIX. MENSIVN. V.
H. S. E.
HVIC. ORDO
MVNICIPII. FLAVII. SALPESANI
LAVDATIONEM.
LOCVM. SEPVLTVRAE

(1) Masdeu, Hist. critic. de Esp. Tom. 6. Cap. 13 Arti. 1. N.° 982.

STATVAM. PEDESTREM
IMPENSAM. FVNERIS
ORNAMENTA. DECVRIONATVS
DECREVIT
(E) IDEMQVE
OMNES. HONORES
A. POPVLO. ET. INCOLIS
HABITI. SVNT
(L. MARCIVS. L. F.)
(QVI)RINA. PROCVLVS. PATER
(HONORE. ACCEPTO)
(IMPENSA)M. REMISIT

Y en esta piedra vemos escrito el nombre de *Municipii flavii salpesani*, como en el bronce que vamos examinando el de *Municipii flavii salpensani*. Semejanza tan marcada basta por sí para determinar la igualdad entre ambas denominaciones; y mas cuando el mismo escritor español nos dice poco mas adelante «*Ni causa admiracion ver escrito con tanta variedad* (el nombre) *Lontigi, Alontigi, Olontigi, pues de esto tenemos infinitos ejemplos en otros muchos nombres antiguos de las ciudades de España.*" Y tanto es esto cierto, que la *Ulma* de *Ptolomeo* se asegura por los geógrafos coetáneos que es la *Vama* romana, y los *Mellesos* de *Tito-Livio* lo mismo que los *malacitanos* de las inscripciones.

Pero si no hemos tenido dificultad en admitir como cierto lo que acabamos de esponer, no nos sucede lo mismo si descendemos á designar el sitio en que estuvo situada *Alpesa* seu *Salpesa;* muchos toman la etimologia latina de la segunda, y dicen, que derivándose de *Sal* debió estar colocada en *Facialcazar* entre *Ronda* y *Utrera*, y los modernos apoyados en que *Alpe* quiere decir en griego *monte*, la colocan en *Cumbres altas ó Cumbres mayores* entre el Anas y el Betis, rayano con la *Lusitania*, y sobre una cumbre de las *montañas marianas*.

Livianas son las razones de unos y otros, y aunque nos sentimos mas inclinados á la segunda hipótesis, no podemos en verdad darnos cuenta del porqué, y lo atribuimos á ese afecto simpático que sentimos por ciertas doctrinas aun antes que nos hayan acabado de convencer.

Hemos cumplido con el propósito que nos propusimos en estos tres estudios, y ahora con el cuarto terminaremos, esponiendo los fundamentos en que hacemos estribar la version de ambos Bronces.

IV.

BRONCE PRIMERO.

Texto.

FIERI. OPORTEBIT NULLIUS. NOMINE. AUT PAUCIORUM QUAM. TOT. QUOD. CREARI OPORTEBIT. PROFESSIO. FACTA ERIT. SIVE EX HIS QUORUM. NOMINE. PROFESSIO. FACTA ERIT PAUCIORES. ERUNT. QUORUM H. L. COMITIIS. RATIONEM HABERE OPORTEAT QUAM TOT. CREARI. OPORTEBIT. TUM. IS. QUI. COMITIA HABERE DEBEBIT. PROSCRIBITO. ITA. V. D. P. R. L. P. TOT. NOMINA EORUM. QUIBUS PER H. L. EUM HONOREM. PETERE. LICEBIT. QUOD. DERUNT, AD EUM. NUMERUM AD QUEM CREARI. EX H. L. OPORTEBIT. QUI. ITA. PROSCRIPTI ERUNT II SI. VOLENT. APUT. EUM. QUI. EA COMITIA. HABITURUS. ERIT. SINGULI. SINGULOS. EIIUSDEM. CONDITIONES. NOMINATO IQUE ITEM. QUI TUM. AB. IS. NOMINATI. ERUNT SI VOLENT. SINGULI. SINGULOS. APUT. EUNDEM EANDEMQUE. CONDITIONE. NO-

Version.

Si no se hubiese hecho la manifestacion de aspirar á las dignidades en nombre de ninguno de los que fuera oportuno que se hiciese, ó si se hubiere hecho en nombre de menos de los que sea necesario crear como magistrados, ó si aquellos en cuyo nombre se haya hecho la dicha manifestacion y á los que corresponda por esta ley ser propuestos en los comicios, sean menos de los que fuesen necesario crear como magistrados; entonces aquel que deba reunir los comicios, anuncie al pueblo, desde donde clara y sencillamente pueda leerse, tanto los nombres de aquellos á quienes por esta ley sea permitido aspirar á alguna dignidad, cuanto los que falten hasta el número que sea necesario crear como magistrados por esta ley.

MINATO. ISQUE. APUT. QUEM. EA. NOMINATIO. FACTA. ERIT. EORUM OMNIUM. NOMINA PROPONITO ITA. UT. V. D. P. R. L. P. DEQUE IS. OMNIBUS ITEM. COMITIA. HABETO. PER INDE AC. SI EORUM. QUOQUE NOMINE. EX H. L. DE PETENDO. HONORE. PROFESSIO. FACTA ESSET. INTRA. PRAESTITUTUM. DIEM. PETEREQUE EUM. HONOREM. SUA SPONTE. CEPISSENT NEQUE. EO PROPOSITO. DESTITISSENT

Cada uno de los que asi sean anunciados al pueblo, si quisiese, señale á otro en su misma clase ante el que haya de reunir estos comicios, y cada uno de estos, que sean señalados por aquellos, si quisiere, señale á su vez otro ante el mismo y en igual categoria que la suya, y aquel ante el cual se hagan estos señalamientos, publique los nombres de todos ellos desde donde clara y sencillamente puedan leerse, y sobre los referidos celébrense desde luego los comicios, lo mismo que si en nombre de ellos se hubiere hecho tambien la manifestacion de aspirar á las dignidades, con arreglo á esta ley dentro del dia prefijado, hubiesen pedido este honor espontáneamente y no hubieran desistido de dicho propósito.

LII

R DE. COMITIIS HABENDIS

EX IIVIRIS QUI NUNC SUNT ITEM. EX IS. QUI DEINCEPS. IN. EO MUNICIPIO. IIVIRI. ERUNT UTER MAIOR. NATU ERIT AUT. SI. EI. CAUSA QUAE INCIDERIT Q M COMITIA HABERE POSSIT. TUM. ALTER. EX HIS. COMITIA IIVIR. ITEM AEDILIBUS. ITEM QUAESTORIBUS. ROGANDIS SUBROGANDIS. H. L. HABETO. UTIQUE. EA. DISTRIBUTIONE. CURIARUM DE QUA. SUPRA CONPREHENSUM EST. SUFFRAGIA. FERRI. DEBEBUNT ITA. PER TABELLAM. FERANTUR. FACITO QUIQUE. ITA CREATI. ERUNT. II. ANNUM. UNUM AUT. SI. IN ALTERIUS. LOCUM. CREATI. ERUNT RELIQUA. PARTE. EIIUS. ANNI IN EO. HONORE SUNTO QUÊM. SUFFRAGIS ERUNT. CONSECUTI

TITULO 52

De la celebracion de los comicios.

El mayor en edad de los Duunviros que ahora existen ó de los que en adelante existieren en este municipio pueda reunir los comicios, á no ser que le haya acaecido alguna cosa que se lo impida, pues entonces celébrelos el otro, con arreglo á esta ley, tanto para la creacion de Duunviros, Ediles y Cuestores, cuanto para la eleccion de los que deban sustituir á los que hubiesen muerto. Los sufragios deberán prestarse previa la distribucion de las curias, de que se ha dicho antes, y hágase de consiguiente que se vote por medio de tablas. Los que resultaren elegidos desempeñen un año la dignidad que hubieren conseguido por los sufragios, y los que fuesen creados en lugar de otro la parte del año que restase.

LIII

R IN QUA. CURIA INCOLAE SUFFRAGIA FERANT

QUICUNQUE. IN EO. MUNICIPIO COMITIA II VIRIS ITEM AEDILIBUS. ITEM QUAESTORIBUS ROGANDIS. HABEBIT EX. CURIIS. SORTE. DUCITO UNAM IN QUA. INCOLAE. QUI. CIVES. R. LATINIVE CIVES ERUNT SUFFRAGIO FERANT. EISQUE IN EA. CURIA. SUFFRAGI. LATIO ESTO.

TITULO 53.

En qué curia deberán votar los domiciliados.

Cualquiera que reuna los comicios en este municipio para la creacion de los Duunviros, Ediles y Cuestores señale á la suerte una de las curias en la que voten los domiciliados que sean ciudadanos romanos ó latinos, y en dicha curia seales permitido prestar sus sufragios.

LIIII

R QUORUM. COMITIS. RATIONEM HABERE OPORTEAT

QUI. COMITIA HABERE DEBEBIT. IS. PRIMUM IIVIR QUI. IURE. DICUNDO. PRAESIT. EX EO. GENERE INGENUORUM. HOMINUM. DE QUO H. L. CAUTUM CONPREHENSUMQUE. EST. DEINDE. PROXIMO. QUOQUE TEMPORE. AEDILES. ITEM. QUAESTORES EX. EO GENERE. INGENUORUM. HOMINUM DE QUO. H. L. CAUTUM. CONPREHENSUMQUE. EST CREANDO. CURATO. DUMNE. CUIIUS COMITIS RATIONEM. HABEAT. QUI. IIVIRATUM. PETET. ET QUI MINOR. ANNORUM XXV. ERIT QUIVE. INTRA QUINQUENNIUM. IN. EO HONORE. FUERINT. ITEM QUI AEDILITATEM. QUAESTURAMVE. PETET. QUI MINOR. QUAM ANNOR XXV ERIT QUIVE. IN. EARUM. QUA. CAUSA ERIT. PROPTER QUAM. SI. C. R. ESSET IN. NUMERO. DECURIONUM CONSCRIPTORUMVE EUM ESSE. NON LICERET

LV

R DE. SUFFRAGIO FERENDO

QUI COMITIA EX. H L. HABEBIT. IS. MUNICIPES CURIATIM. AD SUFFRAGIUM. FERENDUM VOCATO. ITA. UT. UNO. VOCATU. OMNES. CURIAS IN SUFFRAGIUM VOCET. EAEQUE SINGULAE IN SINGULIS. CONSAEPTIS. SUFFRAGIUM PER TABELLAM FERANT. ITEMQUE CURATO UT AD CISTAM. CUIIUSQUE CURIAE EX MUNICIPIBUS. EIIUS MUNICIPI. TERNI. SINT. QUI. EIIUS CURIAE NON SINT QUI SUFFRAGIA. CUSTODIANT. DIRIBEANT. ET UTI. ANTEQUAM. ID FACIANT QUISQUE. EORUM IURENT. SE. RATIONEM. SUFFRAGIORUM FIDE. BONA HABITURUM. RELATURUMQUE NEVE. PROHIBITO Q. M ET. QUI HONOREM PETENT SINGULOS CUSTODES. AD SINGULAS CISTAS PONANT. IIQUE. CUSTODES. AB EO QUI COMITIA HABEBIT. ITEM. AB HIS. POSITI QUI HONOREM. PETENT. IN EA. CURIA QUISQUE. EORUM SUFFRAGIO FERTO AD CUIIUS CURIAE CISTAM CUSTOS POSITUS ERIT EORUMQUE. SUFFRAGIA PERINDE. IUSTA RATAQUE. SUNTO AC. SI. IN SUA QUISQUE CURIA SUFFRAGIUM TULISSET

TITULO 54.

A quienes corresponda el ser propuestos en los comicios.

El que deba reunir los comicios cuide primero que sea elegido el Duunvir que tiene á su cargo la dicion del derecho de entre el número de los ingenuos de los que se ha dicho y esplicado en esta ley, despues é inmediatamente en tiempo los Ediles y Cuestores, tambien de entre el número de los ingenuos de los que se ha dicho y esplicado en esta ley, teniendo en cuenta no se proponga en los comicios como aspirantes á el duunvirato el menor de veinte y cinco años, ó el que aun no hiciera cinco que hubiese desempeñado esta dignidad; ni como candidato para la edilidad ó la cuestura el menor de veinte y cinco años, ó el que por alguna causa no pueda entrar en el número de los Decuriones ó Conscriptos, excepto si fuere ciudadano romano.

TITULO 55.

De las Votaciones.

El que reuna los comicios con arreglo á esta ley llame por curias los ciudadanos del municipio á prestar los sufragios, de modo que con un solo llamamiento las convoque todas á votar, y cada una de ellas dé sus votos en sus respectivos lugares por medio de tablas. Cuide ademas que de los ciudadanos de este municipio haya tres al lado de la urna de cada curia, los cuales no sean de dicha curia, quienes velen sobre las votaciones, repartan las tablas, y juren antes de proceder á ello que contarán y anotarán los sufragios con buena fe. No se prohiba de modo alguno que los que aspiren á alguna dignidad pongan uno que custodie cada urna; y estos custodios, puestos tanto por el que convoca los comicios cuanto por los que pretenden algun cargo, voten en la curia cuya urna custodien, y sean sus sufragios justos y valederos, como si cada cual los hubiese prestado en su curia respectiva.

LVI.

R QUID. DE. HIS. FIERI. OPORTEAT QUI SUFFRAGIORUM NUMERO. PARES. ERUNT

IS QUI EA COMITIA. HABEBIT UTI QUISQUE CURIAE CUIIUS. PLURA. QUAM ALII SUFFRAGIA HABUERIT. ITA. PRIOREM CETERIS EUM PRO EA CURIA FACTUM CREATUMQUE ESSE RENUNTIATO DONEC. IS NUMERUS. AD QUEM CREARI OPORTEBIT EXPLETUS SIT QUAM IN CURIA TOTIDEM SUFFRAGIA DUO PLURESVE HABUERINT MARITUM QUIVE MARITORUM NUMERO ERIT CAELIBI. LIBEROS NON. HABENTI QUI MARITORUM. NUMERO NON. ERIT. HABENTEM LIBEROS NON. HABENTI. PLURES LIBEROS HABENTEM. PAUCIORES HABENTE PRAEFERTO. PRIOREMQUE NUNCIATO ITA UT BINI. LIBERI. POST NOMEN. IMPOSITUM AUT SINGULI. PUBERES AMISSI UTRIVE. POTENTES. AMISSAE. PRO SINGULIS SOSPETIBUS NUMERENTUR SI DUO PLURESVE TOTIDEM SUFFAGIA. HABEBUNT ET EIIUSDEM CONDITIONIS. ERUNT NOMINA EORUM IN SORTEM COICITO. ET UTI CUIIUSQUE NOMEM SORTE. DUCTUM ERIT. ITA EUM PRIOREM ALIS RENUNTIAT

LVII.

R. DE SORTITIONE CURIARUM. ET IS. QUI CURIARUM. NUMERO. PARTES. ERUNT

QUI COMITIA. H. L. HABERIT. IS RELATIS. OMNIUM CURIARUM TABULIS NOMINA CURIARUM IN SORTEM COICITO. SINGULARUMQUE. CURIARUM NOMINA SORTE. DUCITO. ET. UT CUIIUSQUE CURIAE NOMEN SORTE EXIERIT. QUOD EA CURIA FECIERIT. PROMUTIARI. IUBETO. ET. UTI QUISQUE PRIOR MAIOREM. PARTEM NUMERI CURIARUM CONFICERIT. EUM CUM H L IURAVERIT CAVERITQUE DE PECUNIA. COMMUNI FACTUM CREATUMQUE RENUNTIATO DONEC TOT MAGISTRATUS SINT QUOD. H L CREARI OPORTEBIT SI. TOTIDEM CURIAS. DUO. PLURESVE. HABEBUNT UTI. SUPRA CONPREHENSUM EST DE IS QUI SUFRAGIORUM NUMERO PARES ESSENT

TITULO 56.

Qué deba hacerse con aquellos que obtengan igual número de sufragios.

El que reuna estos comicios, tan luego como alguno haya obtenido de cualquier curia mas votos que los demas, anuncie que este ha sido elegido y antepuesto á los otros por aquella curia, con tal que haya tenido el número de sufragios necesario para semejante creacion. Cuando en una curia hayan sacado dos ó mas iguales votos sea preferido y anunciado como tal el marido, ó el que esté en el número de los casados, á el célibe sin hijos que no esté en el mencionado número de los casados, el que tenga prole á el que no la tenga, el que tenga mucha á el que tenga poca; advirtiendo que cada dos hijos, despues de impuesto el nombre, cada puber muerto, y cada dos viripotentes perdidas se cuentan como un hijo vivo. Si dos ó mas obtuviesen iguales sufragios y fueran de las mismas condiciones, reúnanse sus nombres, y el que señale la suerte anúnciese como preferido á los demas.

TITULO 57.

Del sorteo de las curias, y de aquellos que obtengan en sufragio la mayor parte del número de las curias.

El que convoque los comicios con arreglo á esta ley, despues de contar las tablas de todas las curias, reuna y saque á la suerte el nombre respectivo de las dichas, y á medida que vaya saliendo en el sorteo el de cada una de ellas mande anunciar lo que esta curia hiciere; y tan luego como alguno obtuviese en votos el primero la mayor parte del número de las curias, despues que jure conforme á esta ley, y dé caucion sobre los bienes del comun, anúncielo como elegido y creado, continuando asi hasta que haya tantos magistrados, cuantos corresponda crear por

ITA DE IS. QUI. TOTIDEM CURIAS. HABEBUNT FACITO EADEMQUE RATIONE. PRIOREM QUEMQUE CREATUM ESSE. RENUNTIATO

esta ley. Si dos ó mas tuvieren en votos igual número de curias hágase como se ha dicho antes de los que reunan los mismos sufragios, y publíquese como elegido el que resulte antepuesto por esta razon.

LVIII

R NE QUIT FIAT QUO MINUS COMITIA. HABEANTUR.

NE QUIS INTERCEDITO. NEVE QUIT ALIUT FACITO QUO MINUS IN EO MUNICIPIO H. L. COMITIA HABEANTUR. PERFICIANTUR QUI. ALITER. ADVERSUS EA. FECERIT SCIENS D. M IS IN. RES. SINGULAS. HS. X. MUNICIPIBUS MUNICIPII. FLAVI MALACITANI D. D. E. ILIUSQUE. PECUNIAE DEQUE EA PECUN. MUNICIPI. EIUS. MUNICIPII QUI. VOLET. CUIQUE PER H. L. LICEBIT ACTIO PETITIO. PERSECUTIO. ESTO

TITULO 58.

Nadie haga que no se reunan los comicios.

Ninguno impida ni estorbe que se reunan y terminen los comicios segun esta ley en el municipio; el que hiciere otra cosa en contra, á sabiendas y con dolo malo, por cada vez sea condenado á dar diez sestercios de sus bienes á los ciudadanos del municipio flavio malacitano, y sobre este dinero, al ciudadano de este municipio que quiera y á quien corresponda por esta ley, se dá accion, peticion y persecucion.

LIX

R DE IURE. IURANDO. EORUM QUI. MAIOREM PARTEM NUMERI CURIARUM. EXPLEVERIT

QUI EA COMITIA HABEBIT UTI. QUISQUE EORUM QUI. IIVIRATUM AEDILITATEM QUAESTURAMVE. PETET. MAIIOREM. PARTEM NUMERI. CURIARUM EXPLEVERIT. PRIUSQUAM EUM FACTUM CREATUMQUE. RENUNTIET. IUS. IURANDUM. ADICITO. IN CONTIONEM PALAM. PER IOVEM. ET. DIVOM AUGUSTUM. ET. DIVOM CLAUDIUM. ET. DIVOM VESPASIANUM AUG. ET DIVOM TITUM AUG ET GENIUM. IMP. CAESARIS D NI AUG DEOSQUE PENATES. SE. EUMQUE. EX H. L. FACERE OPORTEBIT FACTURUM NEQUE. ADVERSUS H. L. FECISSE. AUT FACTURUM ESSE SCIENTEM D. M.

TITULO 59.

Del juramento de aquellos que hayan obtenido en sufragios la mayor parte del número de las curias.

El que reuna estos comicios tan luego como cada uno de los candidatos al duunvirato, la edilidad ó la cuestura obtengan en sufragios la mayor parte del número de las curias, antes de anunciarlo como elegido y creado Magistrado, ecsíjale que preste juramento delante del pueblo convocado, por Júpiter, por el divino Augusto, por el divino Claudio, por el divino Vespasiano augusto, por el divino Tito augusto, por el genio del Emperador Cesar Domiciano augusto, y por los dioses penates, que ha de obrar como corresponda, y que no ha de hacer cosa alguna ni habrá de proceder contra esta ley á ciencia cierta y con dolo malo.

LX

R. UT DE. PECUNIA COMMUNI MUNICIPUM CAVEATUR AB IS. QUI. IIVIRATUM QUAESTURAMVE. PETET.

QUI IN. EO MUNICIPIO IIVIRATUM. QUAESTURAMVE PETENT QUIQUE. PROPTER. EA QUOD. PAUCIORUM NOMINE QUAM OPORTET. PROFESSIO. FACTA ESSET NOMINATIM IN EAM. CONDICIONEM REDIGUNTUR. UT DE HIS QUOQUE SUFFRAGIUM. EX. H L. FERRI. OPORTEAT QUISQUE. EORUM QUO DIE. COMITIA HABEBUNTUR ANTEQUAM SUFFRAGIUM FERATUR ARBITRATU. EIUS QUI EA COMITIA HABEBIT PRAEDES. IN COMMUNE MUNICIPUM DATO. PECUNIAM COMMUNEM EORUM QUAM. IN. HONORE. SUO TRACTAVERIT SALVAM. IS. FORE. SI D. E. R. IS PRAEDIBUS MINU CANTUM. ESSE VIDEBITUR. PRAEDIA SUBSIGNATO ARBITRATU EIIUSDEM IS QUE AB IIS PRAEDES PRAEDIAQUE SINE. D. M. ACCIPITO QUO AD. RECTE CAUTUM SIT. UTI QUOD. RECTE FACTUM. ESSE VOLET PERQUEM EORUM DE QUIBUS IIVIRORUM QUAESTORUMVE. COMITIIS SUFFRAGIUM. FERRI. OPORTEBIT. STETERIT. Q. M. RECTE. CAVEATUR. EIUSQUE COMITIA. HABEBIT. RATIONEM NE HABETO

LXI

R DE PATRONO COOPTANDO

NE QUIS PATRONUM PUBLICE MUNICIPIBUS MUMICÍPII FLAVI MALACITANI COOPTATO PATRICINIUMVE CUI DEFERTO NISI. EX MAIORIS PARTIS DECURIONUM. DECRETO. QUOD. DECRETUM. FACTUM ERIT CUM DUAE PARTES NON MINUS. ADFUERINT ET IURATI PER TABELLAM SENTENTIAM TULERINT QUI ALITER ADVERSUS EA PATRONUM PUBLICE MUNICIPIBUS MINICIPII FLAVI MALACITANI. COOPTAVERIT PATROCINIUMVE CUI DETULERIT. IS. HS. XV. IN PUBLICUM MUNICIPIBUS. MUNICIPII FLAVI. MALACITANI. D. D. E. EIS QUI ADVERSUS H. L. PATRONUS COOPTATUS. CUIIUS PATROCINIUM. DELATUM ERIT. NE. MAGIS OB EAM REM PATRONUS MU-

TIUULO 60.

Que sobre los bienes comunes de los ciudadanos del municipio se preste caucion por los que aspiren al duunvirato ó á la cuestura.

Cada cual de aquellos que aspiren al duunvirato ó á la cuestura y de los que sean agregados nominalmente á este estado de candidatos para que tambien se pueda votar por ellos segun esta ley por haberse hecho la manifestacion de aspirar á las dignidades en nombre de menos personas de las que sean necesarias, en el dia de la celebracion de los comicios antes que se presten los sufragios y á arbitrio del que reuna dichos comicios presente fiadores al comun de los ciudadanos del municipio, asegurando que ha de conservar intacto el caudal del comun de los referidos que por su cargo manejare. Si pareciere que con fiadores no está bastante garantido hipoteque predios á arbitrio del mismo, quien admita de ellos los fiadores sin dolo malo, á fin de que la caucion sea tan segura como se requiere. Si alguno de aquellos á quienes corresponda ser votado como Duunviros ó como Cuestores en los comicios no prestare caucion bastante no sea propuesto por el que reuna los referidos comicios.

TITULO 61.

De la eleccion de patrono.

Ninguno elija públicamente patrono de entre los ciudadanos del municipio flavio malacitano, ni se entregue á su patrocinio sino por decreto de la mayor parte de los Decuriones, cuyo decreto sea dictado con presencia lo menos de las dos terceras partes que, prévio el juramento den la sentencia por medio de tablas. El que de otro modo y contra lo que se acaba de disponer eligiere públicamente patrono de entre los ciudadanos del municipio flavio malacitano ó se antregase al patrocinio de alguno de ellos, sea condenado á dar quince sestercios en el tesoro público á los ciuda-

NICIPUM MUNICIPII. FLAVI. MALACITANI. TANTI ESTO

LXII

R. NE QUIS AEDIFICIA QUAE. RESTITUTURUS NON ERIT. DESTRUAT

NE QUIS. IN OPPIDO MUNICIPII. FLAVI. MALACITANI QUAEQUE EI. OPPIDO CONTINENTIA. AEDIFICIA ERUNT AEDIFICIUM. DETEGITO. DESTRUITO. DEMOLIENDUMVE CURATO. NISI. DECURIONUN CONSCRIPTORUMVE. SENTENTIA CUM MAIOR PARS EORUM. ADFUERIT. QUOD. RESTITURUS INTRA PROXIMUM ANNUM. NON. ERIT QUI. ADVERSUS. EA FECERIT. IS QUANTI. E. R. E. T. P. MUNICIPIBUS MUNICIPI FLAVI. MALACITANI. D. D. E. EIUSQUE PECUNIAE DEQUE EA PECUNIA. MUNICIPI. EIUS MUNICIPII QUI VOLET CUIQUE PER. H. L. LICEBIT. ACTIO PETITIO PERSECUTIO. ESTO

LXIII

R. DE LOCATIONIBUS LEGIBUSQUE LOCATIONUM PROPONENDIS ET IN TABULAS MUNICIPI. REFERENDIS

QUI IIVIR. I. D. P. VECTIGALIA ULTROQUE TRIBUTA SIVE. QUID. ALIUT. COMMUNI NOMINE MUNICIPUM. EIIUS. MUNICIPI LOCARI. OPORTEBIT LOCATO. QUASQUE. LOCATIONES. FECERIT QUASQUE LEGES DIXERIT. QUANTI QUIT. LOCATUM SIT. ET PRAEDES ACCEPTI. SINT QUAEQUE PRAEDIA. SUBDITA SUBSIGNATA OBLIGATAVE. SINT. QUIQUE. PRAEDIORUM COGNITORES. ACCEPTI SINT. IN TABULAS COMMUNES MUNICIPUM EIUS MUNICIPI. REFERANTUR. FACITO. ET. PROPOSITA. HABETO PER OMNE RELIQUOM. TEMPUS. HONORIS. SUI. ITA UT D. P. R. L. P. QUO. LOCO. DECURIONES. CONSCRIPTIVE PROPONENDA ESSE. CENSUERINT

danos del municipio flavio malacitano: y el que contra esta ley fuere elejido por patrono, ó á cuyo patrocinio se defiriese, no sea por esta causa mas patrono de ninguno de los ciudadanos del municipio flavio malacitano.

TITULO 62.

Que ninguno destruya edificios que no haya de reedificar.

Ninguno desteche, destruya ni disponga que se demuela edificio alguno que no hubiere de reedificar dentro del año próximo en la ciudad del municipio flavio malacitano, ni los que estuvieren cercanos á esta ciudad sino previa sentencia de los Decuriones ó Conscriptos, dada con asistencia de la mayor parte de ellos. El que obre contra lo dispuesto sea condenado á dar de sus bienes á los ciudadanos del municipio flavio malacitano tanto cuanto valiese el edificio, y sobre este dinero á el ciudadano de este municipio que quiera y á quien corresponda por esta ley se dá accion, peticion y persecucion.

TILULO 63.

De los arrendamientos, de la determinacion de las condiciones de los arrendamientos y de su inclusion en las tablas del municipio.

El Duunviro que tiene á su cargo la dicion del derecho, arriende los vectigales, los tributos que se destinan para las obras públicas y cualquier otro, en nombre comun de los ciudadanos de este municipio que corresponda arrendar y haga que se incluyan en las tablas comunes de los ciudadanos de este municipio los arriendos que hiciere, las condiciones que prescribiere, la cantidad en que se hayan verificado los arriendos, los fiadores admitidos, las heredades sujetas, hipotecadas y obligadas, los cognitores de los predios, quienes se hayan aceptados; y semejantes determinaciones subsistan por todo el demas tiempo que continúe el Duunviro en su dignidad, de modo que clara y sencillamente puedan leerse en el sitio en que los Decuriones ó Conscriptos acostumbraren á fijarlas.

LXIIII

R DE OBLIGATIONE PRAEDUM. PRAEDIORUM COGNITORUMQUE.

QUI. CUMQUE IN MUNICIPIO. FLAVIO MALACITANO IN COMMUNE MUNICIPUM. EIIUS MUNICIPI PRAEDES FACTI SUNT. ERUNT. QUAEQUE. PRAEDIA ACCEPTA SUNT. ERUNT QUIQUE EORUM PRAEDIORUM COGNITORES FACTI. SUNT ERUNT. II OMNES. ET QUAE. CUIIUSQUE EORUM TUM. ERUNT CUM PRAEES COGNITORVE. FACTUS EST. ERIT. QUAEQUE POSTEA. ESSE. CUM. II OBLIGATI ESSE COEPERIINT CEPERINT QUI EORUM. SOLUTI. LIBERATIQUE NON SUNT NON ERUNT AUT. NON. SINE D M SUNT. ERUNT EAQUE. OMNIA. QUAEQUE. EORUM. SOLUTA. LIBERATAQUE. NON SUNT NON. ERUNT AUT NON. SINE D M SUNT. ERUNT IN COMMUNE MUNICIPUM EIIUS MUNICIPII ITEM. OBLIGATI. OBLIGATAEQUE SUNTO. UTI. II. EAEVE. P. R. OBLIGATI OBLIGATAVE. ESSENT SI APUT EOS QUI ROMAE AERARIO PRAESSENT II. PRAEDES. INQUE COGNITORES. FACTI EAQUE PRAEDIA SUBDITA SUBSIGNATA OBLIGATAVE. ESSENT. EOSQUE. PRAEDES EAQUE PRAEDIA. EOSQUE COGNITORES. SI QUIT EORUM IN QUAE. COGNITORES. FACTI ERUNT. ITA NON. ERIT QUI QUAEVE SOLUTI LIBERATI SOLUTA LIBERATAQUE NON SUNT NON ERUNT. AUT NON SINE D M SUNT. ERUNT. IIVIRIS. QUI IBI I. D. PRAERUNT. AMBOBUS. ALTERIUSVE EORUM EX DECURIONUM CONSCRIPTORUMQUE DECRETO QUOD. DECRETUM. CUM EORUM PARTES. TERTIAE NON. MINUS QUAM. DUAE. ADESSENT. FACTUM ERIT. VENDERE LEGEMQUE HIS VENDUNDIS. DICERE IUS POTESTASQUE ESTO DUM EA. LEGEM. IS. REBUS VENDUNDIS DICANT QUAM LEGEM EOS QUI ROMAE AERARIO PRAEERUNT E LEGE PRAEDIATORIA PRAEDIBUS. PRAEDISQUE VENDUNDIS DICERE. OPORTERET AUT. SI LEGE. PRAEDIATORIA EMPTOREM. NON. INVENIET QUAM LEGEM IN VACUOM VENDENDIS DICERE OPORTERET ET DUM ITA. LEGEM. DICANT UTI. PECUNIAM IN FORE MUNICIPI FLAVI. MALACITANI RÉFERATUR. LUATUR. SOLVATUR QUAEQUE. LEX ITA. DICTARIT IUSTA. RATAQUE ESTO

TITULO 64.

De la obligacion de los fiadores de los predios y de los cognitores.

Cualquiera que en el municipio flavio malacitano se haya constituido ó constituyere fiador al comun de los ciudadanos de este municipio, las heredades que hayan sido aceptadas ó se aceptaren, y los congnitores que se hubieren nombrado ó se nombrasen á dichas heredades, todos estos y las heredades respectivas á cada uno de ellos que fueren aceptadas cuando sean ó fueren constituidos fiadores ó cognitores, y las qne se aceptaren despues de haber empezado á estar obligados, los que de ellos comenzaren su obligacion y no hayan sido ó fueren declarados libres y sin responsabilidad, ó bien lo hayan sido ó fueren por dolo malo, y todas las heredades y cada una de ellas que no hayan sido ó fueren declaradas libres y sin responsabilidad ó bien lo hayan sido ó fueren por dolo malo, permanezcan obligados y obligadas á el comun de los ciudadanos de este municipio, como si estos ó estas estuviesen obligados ú obligadas á el pueblo romano, y como si estos fiadores y estos cognitores lo fuesen tales, y estas heredades se hubiesen sujetado, hipotecado ú obligado ante aquellos que en Roma tienen á su cargo el Erario. Ambos ó uno solo de los Duunviros á quienes corresponde la dicion del derecho, previo decreto de los Decuriones ó Conscriptos dictado con presencia lo menos de las dos terceras partes de ellos, tengan tambien facultad y poder de vender y fijar las condiciones para la enajenacion de los derechos sobre estos fiadores, estas heredades y estos cognitores (aunque alguno de ellos no sea cognitor en lo que fue designado) los que ó las que no hayan sido ó no fueren declarados ó declaradas libres, y sin responsabilidad, ó lo hayan sido ó lo fueren por dolo malo. Mientras fijan las dichas condiciones para la enagenacion de estas cosas (cuyas condiciones será oportuno establecer con arreglo á las condiciones prediatorias para la venta de las heredades y fianzas dictadas por los que en Roma tienen á su cargo el Erario) ó si no se

LXV

R UT. IUS. DICATUR. E LEGE. DICTA. PRAEDIBUS ET PRAEDIS VENDUNDIS

QUOS PRAEDES QUAEQUE PRAEDIA. QUOSQUE COGNITORES. IIVIRI. MUNICIPII. FLAVI MALACITANI. H. L. VENDIDERINT. DE IIS QUICUMQUE I D P AD QUEM. DE EA RE IN IUS ADITUM ERIT ITA. IUS. DICITO. IUDICIAQUE DATO UT EI QUI EOS PRAEDES. COGNITORES. EA PRAEDIA MERCATI ERUNT. PRAEDES. SOCII HEREDESQUE. EORUM ISQUE AD QUOS EA RES. PERTINEBIT. DE IS REBUS AGERE. EASQUE RES. PETERE PERSEQUI. RECTE POSSIT

LXVI

R DE MULTA QUAE DICTA ERIT

MULTAS. IN EO MUNICIPIO AB. IIVIRIS PRAEFECTOVE DICTAS. ITEM AB AEDILIBUS QUAS AEDILES DIXISSE SE APUT IIVIROS. AMBO ALTERVE. EX. IS PROFESSI. ERUNT IIVIR. QUI I. D. P. IN TABULAS COMMUNES. MUNICIPUM EIIUS MUNICIPI REFERRI IUBETO SI CUI. EA MULTA DICTA ERIT. AUT NOMINE. EIIUS ALIUS POSTULABIT UT DE EA AD DECURIONES CONSCRIPTOSVE REFERATUR. DE EA. DECURIONUM CONSCRIPTORUMVE IUDICIUM ESTO. QUAEQUE MULTAE NON ERUNT INIUSTAE A. DECURIONIBUS CONSCRIPTISVE IUDICATAE. EAS MULTAS IIVIRI IN PUBLICUM MUNICIPIUM. EIIUS MUNICIPII. REDIGUNTO.

encontrara comprador que se sujetase á dichas condiciones prediatorias (cuyas condiciones en este caso convendrá declarar sin aplicacion á estas ventas) y entre tanto que se vuelven á prescribir las disposiciones necesarias para que se pague, satisfaga y solvente el dinero en el mismo municipio flavio malacitano, sean legítimas y valederas cualquiera otras que se dictaren con el mismo fin.

TITULO 65.

Que la dicion del derecho sea conforme á las condiciones fijadas para la venta de las hipotecas y heredades.

Vendidos los derechos sobre los fiadores las heredades y los cognitores con arreglo á esta ley por los Duunviros del municipio flavio malacitano, cualquiera de estos Duunviros quienes tienen á su cargo la dicion del derecho, verifique dicha dicion y juzgue, cuando alguno comparezca en juicio sobre estos asuntos, de modo que los que hubieren comprado estos derechos sobre los fiadores, sobre los cognitores y sobre las heredades, sus coadquirentes, sus herederos y todos aquellos á quienes corresponda el referido negocio, puedan con seguridad obrar contra unas cosas, pedir y perseguir otras.

TITULO 66.

De las multas que se impongan.

El Duunviro que tenga á su cargo la dicion del derecho mande inscribir en las tablas comunes de los ciudadanos de este municipio, las multas impuestas por los Duunviros ó por el Prefecto, y ademas las impuestas por los Ediles, siempre que uno ú otro Duunviro manifieste que los Ediles las impusieron á su presencia. Si aquel á quien se hubiese impuesto dicha multa ú otro en su nombre pidiera que este asunto se elevase á conocimiento de los Decuriones ó Conscriptos, los Decuriones ó Conscriptos sigan juicio sobre ello, y las multas que los Decuriones ó Conscriptos no hubiesen juzgado injustas hagan los Duunviros que se lleven á el Tesoro público de los ciudadanos de este municipio.

LXVII.

R. DE PECUNIA COMMUNI. MUNICIPUM DEQUE RATIONIBUS. EORUNDEM.

AD QUEM PECUNIA COMMUNIS. MUNICIPUM EIIUS. MUNICIPI. PERVENERIT. HERESVE EIIUS. ISVE AD. QUEM. EA. RES PERTINEBIT IN DIEBUS XXX PROXIMIS. QUIBUS. EA. PECUNIA AD. EUM. PERVENERIT. IN. PUBLICUM MUNICIPUM EIIUS. MUNICIPI. EAM REFERTO. QUIQUE. RATIONES. COMMUNES NEGOTIUMVE QUOD COMMUNI. MUNICIPUM. EIUS MUNICIPI CESSERIT. TRACTAVERIT. IS. HERESVE. EIIUS AD QUEM. EA RES PERTINEBIT IN DIEBUS. XXX PROXIMIS. QUIBUS. EA NEGOTIA EASVE. RATIONES GERERE TRACTARE. DESIERIT QUIBUSQUE DECURIONES. CONSCRIPTIQUE. HABEBUNTUR RATIONES. EDITO REDDITOQUE DECURIONIBUS CONSCRIPTISVE CUIVE DE HIS ACCIPIENDIS COGNOSCENDIS EX DECRETO DECURIONUM CONSCRIPTORUMVE. QUOD DECRETUM FACTUM. ERIT CUM EORUM PARTES NON MINUS. QUAM DUAE. TERTIAE ADESSENT NEGOTIUM DATUM. ERIT. PER QUEM STETERIT. Q. M. ITA. PECUNIA. REDIGERETUR REFERRETUR. QUOVE. MINUS ITA RATIONES REDDERENTUR IS. PERQUEM STETERIT. Q. M. RATIONES REDDENRENTUR QUOVE MINUS PECUNIA REDIGERETUR REFERRET HERESQUE EIUS ISQUE AD QUEM EA RES QUA DE AGITUR. PERTINEBIT Q E R ERIT TANTUM ET ALTERUM TANTUM MUNICIPIBUS EIIUS MUNICIPI D. D. E. EIUSQUE PECUNIAE DEQUE EA. PECUNIA MUNICIPUM MUNICIPII. FLAVI MALACITANI EIUS. EA PECUNIA MUNICIPUM MUNICIPII FLAVI. MALACITANI QUI VOLET CUIQUE PER H. L. LICEBIT ACTIO PETITIO. PERSECUTIO ESTO

LXVIII

R DE CONSTITUENDIS PATRONIS CAUSAE CUM RATIONES REDDENTUR

CUM ITA RATIONES REDDENTUR IIVIR QUI DECURIONES CONSCRIPTOSVE HABEBIT AD DECURIONES CONSCRIPTOSVE EEFERTO QUOS PLA-

TITULO 67.

Del caudal comun de los ciudadanos municipales, y de las cuentas de ellos.

Aquel á cuyo poder haya llegado el caudal comun de este municipio, ó su heredero, ó aquel en cuyas manos estuviese en los treinta dias inmediatos á él en que dicho caudal hubiese llegado á su poder, llévelo á el Tesoro público de los ciudadanos de este municipio, y los que hubiesen administrado ó manejado las cuentas ó negocios pertenecientes á el caudal de los ciudadanos de este municipio, ó su heredero, á cuyas manos llegase dicho caudal en los treinta dias próximos á el en que haya dejado de obrar y manejar estos asuntos ó cuentas, y en los que se hayan reunido los Decuriones y Conscriptos, restituya y rinda cuentas á los Decuriones y Conscriptos, ó al que de ellos se haya encomendado el encargo de recibirlas y examinarlas por decreto de los Decuriones y Conscriptos, cuyo decreto se haya hecho con presencia lo menos de las dos terceras partes. Aquel por cuya causa se persistiese en no devolver y entregar el caudal, ni en presentar las cuentas, aquel por cuyo motivo se demorase la dacion de cuentas ó la devolucion y entrega del caudal, su heredero, y todo aquel á quien corresponda el asunto de que se trata, sea condenado á dar de su dinero tanto cuanto valiere la cosa y otro tanto mas; y sobre este caudal comun de los ciudadanos de este municipio flavio malacitano, y por este dinero de los ciudadanos del municipio flavio malacitano se dá accion, peticion y persecucion á el que quiera y á quien por esta ley corresponda.

TITULO 68.

De la constitucion de los defensores de la causa en la dacion de cuentas.

Cuando se entreguen las cuentas del modo dicho, el Duunvir que convoque los Decuriones ó Conscriptos preséntelas á los dichos

CEAT PUBLICAM CAUSAM AGERE IIQUE DECURIONES CONSCRIPTIVE. PER TABELLAM IURATI D. E. R. DECERNUNTO. TUM CUM EORUM PARTES NON MINUS QUAM DUAE TERTIAE ADERUNT ITA UT TRES QUOS. PLURIMI PER TABELLAM. LEGEBINT CAUSAM PUBLICAM AGANT IIQUE QUI. ITA LECTI ERUNT TEMPUS. A DECURIONIBUS CONSCRIPTISVE QUO CAUSAM COGNOSCANT ACTIONEMQUE SUAM ORDINENT POSTULANTO EOQUE TEMPORE QUOD IS DATUM ERIT TRANSACTO EAM CAUSAM UTI. QUOD RECTE FACTUM ESSE VOLET AGUNTO

Decuriones ó Conscriptos los cuales ordenen se abra sobre ellas juicio público. Los referidos Decuriones ó Conscriptos juramentados decidan por tablas de este asunto, con presencia lo menos de las dos terceras partes de ellos, eligiendo por mayoria y por tablas tambien tres, quienes defiendan públicamente la causa. Los que asi hubieren sido designados pidan á los Decuriones ó Conscriptos tiempo en que puedan examinar el negocio y ordenar la accion; y pasado el que se les hubiese concedido, aboguen por esta causa con tanta rectitud como se requiere.

LXIX

R DE IUDICIO PECUNIAE COMMUNIS

QUOD M. M. FLAVI MALACITANI. NOMINE PETETUR. AB EO. QUI EIUS MUNICIPI MUNICIPES INCOLAVE ERIT QUODVE CUM EO AGETUR QUOD PLURIS HS. ∞ SIT NEQUE TANTI SIT UT

TITULO 69.

Del juicio del caudal comun.

Lo que se pida en nombre de los ciudadanos del municipio flavio malacitano por aquel que sea ciudadano de este municipio, ó domiciliado, ó lo que con este se trate que suba á mayor cantidad que la de mil sestercios, y no pase de

BRONCE SEGUNDO.

Texto.

ABIERINT. CUM PARENTIBUS. CONIUGIBUSQUE HAC LIBERI QUI LEGITUMIS. NUPTIS QUAESITI. IN POTESTATEM. PARENTIUM. FUERUNT. ITEM NEPOTIBUS. AC NEPTIBUS FILIO. NATALIS QUI QUAEQUE IN POTESTATE PARENTIUM FUERINT. DUMNE PLÚRES C. R SINT. QUA QUOD EX H. L. MAGISTRATUS CREARE OPORTET

XXII

R UT QUI CIVITAT. ROMAN CONSEQUANTUR MANEANT. IN EORUNDEM MO M POTESTATE.

QUI QUAEVE EX. H L. EXVE. EX EDICTO. IMP. CAESARIS. AUG. VESPASIANI IMPVE TITI CAESARIS. AUG AUT IMP. CAESARIS AUG. DOMITIANI. P P. CIVITATEM ROMAN. CONSE-

Version.

Por esto, cuando falten los hijos que nacidos de legítimas nupcias estuvieron bajo la patria potestad, á los padres y cónyuges, como tambien á los nietos y nietas, y á el hijo natural, los que y las que hayan estado bajo el poder paterno; en el caso que no haya tantos ciudadanos romanos cuantos sea necesario crear como magistrados por esta ley.

TITULO 22.

Que los que consigan la ciudadania romana permanezcan en el Mancipio, en la Mano y en la Potestad de los mismos.

El que ó la que por esta ley ó por edicto del Emperador César Augusto Vespasiano, ó del Emperador Tito César Augusto, ó del Emperador César Augusto Domiciano, Padres de

CUTUS CONSECUTA. ERIT. IS EA. IN EIUS. QUI. C R. H. L. FACTUS. ERIT. POTESTATE MANU. MANCIPIO. CUIUS. ESSE. DEBERET. SI CIVITATE ROMANA. MUTATUS MUTATA NON ESSET. ESTO. IDQUE. IUS TUTORIS OPTANDI. HABETO QUOD HABERET. SI. A CIVE ROMANO. ORTUS. ORTA. NEQ. CIVITATE MUTATUS MUTATA. ESSET.

la Patria, hubiese conseguido la ciudadania romana, éste ó ésta permanezca en la Potestad, en la Mano, ó en el Mancipio de aquel que hubiese sido hecho ciudadano romano por esta ley, y en el que debiera estar si no se hubiese cambiado la condicion de él ó de ella con la ciudadanía, y tenga el derecho de elegir tutor que tendria si él ó ella hubiese nacido de ciudadano romano, y no hubiese mudado de ciudad.

XXIII

R UT QUI C R CONSEQUENTUR IURA LIBERTORUM. RETINEANT

QUI QUAEVE. H. L. EXVE EDICTO. IMP CAES. VESP. AUG. IMPVE. TITI. CAES. VESPASIAN AU AUT. IMP. CAES. DOMITIANI. AUG. C R CONSECUTUS. CONSECUTA. ERIT. IS IN LIBERTOS LIBERTASVE SUOS SUAS PATERNOS. PATERNAS QUI. QUAE IN C R CONVENERIT. DEQUE BONIS. EORUM EARUM ET IS QUAE LIBERTATIS CAUSA INPOSITA SUNT IDEM IUS EADEMQUE CONDICIO. ESTO. QUAE ESSET SI CIVITATE MUTATIS MUTATAE NON ESSET.

TITULO 23.

Que los que consigan la ciudadanía romana retengan el derecho sobre los libertos.

El que ó la que, por esta ley ó por edicto del Emperador César Vespasiano Augusto, ó del Emperador Tito Vespasiano Augusto, ó del Emperador César Domiciano Augusto, hubiese conseguido la ciudadanía romana, tenga el mismo derecho sobre los libertos ó libertas suyos ó suyas, paternos ó paternas, y sobre los bienes de estos ó de estas, y subsista con las mismas condiciones que se le hubiesen impuesto por causa de la libertad, las que subsistirian si no hubiese mudado de ciudad, con tal que este derecho y estas condiciones estén conformes con la ciudadanía romana.

XXIIII

R DE PRAEFECTO IMP CAESARIS DOMITIANI. AUG.

SI EIUS MUNICIPI. DECURIONES. CONSCRIPTIVE MUNICIPESVE. IMP CAESARIS DOMITIANI AUG PP IIVIRATUM COMMUNI NOMINE. MUNICIPUM EIUS. MUNICIPI DETULERANT. IMP VE DOMITIANI. CAESARIS AUG. P. P. EUM IIVIRATUM RECEPERIT ET LOCO SUO PRAEFECTUM. QUEM. ESSE IUSSERIT. IS PRAEFECTUS. EO V E ESTO QUO ESSET. SI EUM IIVIR I. D. EX H. L. SOLUM. CREARI OPORTUISSET. ISQUE. EX H L SOLUS IIVIR. I D CREATUS ESSET.

TITULO 24.

Del Prefecto del Emperador César Domiciano Augusto.

Si los Decuriones ó Conscriptos, ó los ciudadanos de este municipio hubiesen ofrecido en nombre comun de los ciudadanos de este municipio el duunvirato á el Presidente de la Provincia del Emperador César Domiciano Augusto, y el Presidente de la Provincia del Emperador César Domiciano Augusto aceptare el duunvirato, y mandase en su lugar el Prefecto que debiera serlo, este Prefecto ocupe en realidad de verdad el mismo lugar que tendria si hubiera convenido crear solo un Duunvir con la dicion del derecho conforme á esta ley, y hubiese sido creado por dicha ley este solo Duunvir con la dicion del derecho.

XXV

R DE IURE. PRAEF. QUI A IIVIR RELICTUS SIT

EX IIVIRIS QUI IN EO MUNICIPIO. I. D. P UTER POSTEA. EX EO MUNICIPIO PROFICISCETUR NEQUE EO DIE. IN. ID MUNICIPUM. ESSE SE RÊDITURUM. ARBITRABITUR QUEM PRAEFECTUM. MUNICIPI NON MINOREM. QUAM. ANNORUM. XXXV. EX DECURIONIBUS CONSCRIPTISQUE. RELINQUERE. VOLET. FACITO. UT IS. IURET PER IOVEM. ET DIVOM. AUG. ET DIUM CLAUDIUM. ET. DIVOM VESP. AUG. ET DIVOM TITUM. AUG. ET GENIUM. IMP. CAESARIS. DOMITIANI. AUG. DEOSQUE PENATES QUAE IIVIRI. QUI. I. D. P. H. L. FACERE OPORTEAT. SE DUM PRAEFECTUS ERIT DE QUAE EO TEMPORE FIERI POSSINT FACTURUM. NEQUE ADVERSUS EA ACTURUM SCIENTEM D. M. ET CUM ITA IURAVERIT PRAEFECTUM EUM EIUS MUNICIPI. RELINQUITO ET QUI ITA PRAEFECTUS. RELICTUS ERIT. DONEC IN ID MUNICIPIUM ALTERUTER EX IIVIRIS ADIERIT. IN OMNIBUS REBUS. ID IUS. EAQUE POTESTAS ESTO PRAETERQUAM DE PRAEFECTO RELINQUENDO ET DE C R CONSEQUENDA QUOD IUS QUAEQUE POTESTAS. H. L. IIVIRI IN IURE DICUNDO PRAEERUNT DATURISQUE DUM PRAEFECTUS ERIT QUOTIENSQUE MUNICIPIUM EGRESSUS ERIT NE PLUS QUAM SINGULIS DIEBUS ABESTO

XXVI

R DE IUREIURANDO IIVIR. ET AEDIL ET Q

DUOVIR QUI IN EO MUNICIPIO I. D. P. ITEM AEDILES IN EO MUNICIPIO SUNT. ITEM QUAESTORES QUI IN EO MUNICIPIO SUNT. EORUM QUISQUE. IN DIEBUS QUINQ. PROXUMIS POST. H. L. DATAM QUIQUE IIVIR. AEDILES QUAESTORESVE POSTEA. EX H. L. CREATI ERUNT EORUM QUISQUE IN DIEBUS QUINQUE PROXUMIS EX QUO IIVIR. AEDILIS QUAESTOR. ESSE COEPERIT PRIUSQUAM DECURIONES CONSCRIPTIVE HABEANTUR. IURANTO PRO CON-

TITULO 25.

Del derecho del Prefecto que se haya dejado por el Duunvir.

Cualquiera de los Duunviros, que tenga á su cargo la dicion del derecho, que haya de ausentarse de este municipio, y no calculare el dia en que hubiese de volver á el municipio, deje en su lugar el Prefecto del municipio que quiera, no menor de treinta y cinco años y de entre los Decuriones y Conscriptos. Hágase que jure por Júpiter, por el divino Augusto, por el divino Claudio, por el divino Vespasiano Augusto, por el divino Tito Augusto, por el Genio del Emperador Cesar Domiciano Augusto y por los dioses Penatos, que ha de obrar mientras fuere Prefecto, en todo lo que pueda hacer en este tiempo, lo mismo que correspondiera proceder á el Duunviro que tiene á su cargo la dicion del derecho por esta ley, y que no ha de obrar en contra de esto á ciencia cierta y con dolo malo. Cuando haya prestado este juramento quede como Prefecto de este municipio, y el que asi hubiere quedado de Prefecto mientras ambos á dos Duunviros estuviesen ausentes de este municipio, tenga en todos los asuntos el mismo derecho y la misma potestad, cuyo derecho y cuya potestad esten concedidas al Duunvir á cuyo cargo esté la dicion del derecho, excepto la dejacion en su lugar de un Prefecto y la consecucion de la ciudadanía romana, debiéndosele conceder mientras que sea Prefecto, y cuantas veces saliere del municipio no esté ausente mas que un dia.

TITULO 26.

Del juramento de los Duunviros Ediles y Cuestores.

Los Duunviros que tengan á su cargo la dicion del derecho en este municipio, los Ediles que existen en este municipio y los Cuestores que existen en este municipio, cada uno de ellos en los cinco dias inmediatos á la dacion de esta ley, y los Duunviros, los Ediles ó los Cuestores que despues se crearen por esta ley, cada uno de ellos, en los cinco dias inmediatos á aquel en que comenzaren á ser Duunvir, Edil ó

TIONE PER IOVEM. ET DIUM AUG ET DIVOM CLAUDIUM ET DIVOM VESPASIANUM AUG. ET DIVOM. TITUM. AUG ET GENIUM DOMITIANI. AUG. DEOSQUE PENATES SE QUOD QUEMQUE EX. H L EX QUOD RE COMMUNI. M. M. FLAVI. SALPENSANI. CENSEAT. RECTE ESSE FACTURUM NECVE. ADVERSUS. H L. REMVE COMMUNEM MUNICIPUM. EIUS MUNICIPI. FACTURUM. SCIENTEM. D. M. QUOSQUE PROHIBERE POSSIT. PROHIBITURUM. NEQUE SE ALITER. CONSILIUM. HABITURUM. NEQ. ALITER DATURUM. NEQUE. SENTENTIAM DICTURUM. QUAMVE. H L. EX QUA RE COMMUNI MUNICIPUM. EIUS MUNICIPI. CENSEAT. FORE QUI ITA NON IURAVERIT. IS HS. X. MUNICIPIBUS. EIUS MUNICIPI. D. D. ESTO. EIUSQUE PECUNIAE. DEQUE EA PECUNIA. MUNICIPUM. EIUS MUNICIPI CUI VOLET. CUIQUE PER. HANC LEGEM LICEBIT. ACTIO PETITIO PERSECUTIO ESTO.

XXVII

R DE INTERCESSIONE IIVIR ET AEDIL Q.

QUI. IIVIR AUT AEDILES AUT QUAESTORES EIUS MUNICIPI ERUNT HIS. IIVIR. INTER SE. I. T. CUM ALIQUIS ALTERUTRUM EORUM. AUT. UTRUMQUE AB AEDILE. AEDILIBUS AUT QUAESTORES QUAESTORIBUS APPELLABIT ITEM. AEDILIBUS INTER SE. INTERCEDENDI. INTRI DUO PROXUMO QUAM. APPELLATIO FACTA ERIT. POTERIT QUI INTERCEDI. QUOD EIUS ADVERSUS H L. NON FIAT. ET DUMNE. AMPLIUS QUAM SEMET QUISQUE EORUM IN EADEM RE. APPELLETUR. IUS POTESTASQUE ESTO NEVE QUIS ADVERSUS. EA QUICQUAM INTERCESSUM ERIT. FACITO.

XXVIII

R DE SERVIS APUD IIVIR. MANUMITTENDIS

SI QUIS MUNICEPS MUNICIPI FLAVI SALPENSANI. QUI LATINUS ERIT APUT. IIVIR QUI IURE DI-

Cuestor, antes que se reunan los Decuriones ó Conscriptos juren ante el pueblo convocado, por Júpiter, por el divino Augusto, por el divino Claudio, por el divino Vespasiano Augusto, por el divino Tito Augusto, por el Genio de Domiciano Augusto, y por los dioses Penates, que han de hacer lo que crean justo, conforme á esta ley y á los interèses comunes de los ciudadanos del municipio flavio salpensano, y que no han de obrar contra esta ley, ó contra los intereses comunes de los ciudadanos de este municipio á sabiendas y con dolo malo; que han de prohibir á quien puedan prohibir que siga ó haga seguir parecer, y que dicte sentencia que crean contraria á esta ley y á los intereses comunes de los ciudadanos de este municipio. El que asi no jurare sea condenado á dar de sus bienes diez sestercios á los ciudadanos de este municipio, y sobre este dinero de los ciudadanos de este municipio se da accion, peticion y persecucion, á el que quiera y á quien corresponda por esta ley.

TITULO 27.

De la oposicion de los Duunviros, Ediles y Cuestores.

Cuando alguno apele dentro del tiempo legal, ya á el uno ya á el otro de entre los Duunviros, ó bien de el Edil á los Ediles, ó de los Cuestores á los Cuestores, cuyos Duunviros, Ediles ó Cuestores lo fueren de este municipio; siempre que cada cual de estos no sea apelado con mas latitud que la que tuviese en sí el negocio, haya derecho y potestad entre los Ediles de oponerse á sus respectivas disposiciones, como tambien entre los dos mas próximos entre quienes se hubiese interpuesto la apelacion. El que pueda opóngase, para que no se haga cosa alguna en disonancia con esta ley, y nadie obre en contrario cuando se hubiese verificado dicha oposicion.

TITULO 28.

De la manumision de los siervos ante los Duunviros.

Si algun ciudadano del municipio flavio salpensano, que sea latino, manumitiese ante

CUNDO. PRAEERUNT. EIUS MUNICIPI SERVOM SUOM SERVAMVE SUAM EX SERVITUTE IN LIBERTATE. MANUMISERIT LIBERUM LIBERAMVE ESSE IUSSERIT DUM NE QUIS PUPILLUS NEVE QUAE VIRGO. MULIERVE. SINE TUTORE. AUCTORE QUEM QUAMVE MANUMITTAT. LIBERUM LIBERAMVE ESSE IUBEAT. QUI ITA MANUMISSUS LIBERVE ESSE. IUSSUS ERIT. LIBER ESTO QUAEQUE ITA. MANUMISSA LIBERAVE IUSSA ERIT LIBERA ESTO UTI QUI OPTUME IURE LATINE. LIBERTINI. LIBERI SUNT. ERUNT. TUM IS QUI MINOR XX ANNORUM ERIT ITA MANUMITTAT. SI CAUSAM MANUMITTENDI. IUSTA. ESSE IS NUMERUS DECURIONUM. PER QUEM. DECRETA H. L. FACTA RATA SUNT CENSUERIT.

XXIX

R DE TUTORUM DATIONE

CUI TUTOR NON ERIT. INCERTUSVE ERIT. SI IS. E REVE MUNICEPS. MUNICIPI FLAVI SALPENSANI ERIT. ET. PUPILLI. PUPILLAEVE. NON ERUNT. ET AB IIVIRIS QUI I. D P EIUS MUNICIPI. POSTULAVERIT UTI SIBI TUTOREM DET. EUM QUEM DARE VOLET NOMINAVERIT DUM IS A QUO POSTULATUM ERIT SIVE UNUM SIVE PLURES COLLEGAS HABEBIT ET OMNIUM COLLEGARUM SENTENTIA. QUI TUM IN EO. MUNICIPIO. INTRAVE FINES MUNICIPI EIUS ERIT CAUSA COGNITA. SI EI UT. DEBETUR. EUM QUI NOMINATUS ERIT. TUTOREM DATO SIVE IS EAVE CUIUS NOMINE. ITA POSTULATUM ERIT. PUPIL PUPILLAVE. ERIT SIVE IS A QUO POSTULATUM. ERIT. NON HABEBIT COLLEGAMQUE. EIUS IN EO MUNICIPIO. INTRAVE FINES. EIUS MUNICIPI. NEMO ERIT. CUM. IS A QUO ITA POSTULATUM ERIT CAUSA COGNITA. IN DIEBUS. X. PROXUMIS EX DECRETO DECURIONUM. QUODCUM DUAE PARTES DECURIONUM NON MINUS ADFUERINT. FACTUM ERIT. EUM QUI NOMINATUS ERIT. QUO NE AB IUSTO. TUTORE. TUTELA. HABEAT. ET TUTOREM DATO. QUI TUTOR H L. DATUS ERIT. IS ET CUI DATUS ERIT. QUO NE AB IUSTO TUTORE TUTELA. HABEAT. TAM IUSTUS TUTOR ESTO QUAM SI IS C. R. ET. ADGNATUS PROXUMUS C. R. TUTOR ESSET.

los Duunviros que tengan á su cargo la dicion del derecho en este municipio á su siervo ó á su sierva, y ordenare que fuere él ó ella libre; si no es pupilo, doncella, ó muger sin autoridad del tutor, él ó la que manumita ú ordene que él ó ella sean libres; quede en libertad el que asi fuese manumitido y dado por libre, y sea libre la que asi fuese manumitida y dada por libre, como los libertinos que son ó fueren libres por el óptimo derecho latino. El que fuere menor de veinte años manumita, si la causa de la manumision fuese habida como justa por aquel número de Decuriones que con arreglo á esta ley pronuncia los decretos válidos y en justicia.

TITULO 29.

De la dacion de tutor.

El que no tenga tutor ó lo tenga incierto, si fuere por su estado ciudadano del municipio flavio salpensano, con tal que no fuere pupilo ò pupila, y pidiese al Duunvir que tiene á su cargo la dicion del derecho en este municipio, que le dé el tutor que quiera darle, éste, entonces, á quien se haya pedido que lo nombre, si tiene uno ó muchos cólegas, previa la sentencia con conocimiento de causa de todos los cólegas que á la sazon estén en este municipio, ó dentro de los límites del municipio, dé como es debido el tutor que fuese nombrado. Si aquel ó aquella en cuyo nombre se hubiere hecho esta peticion fuere pupilo ó pupila, ó si aquel á quien se hubiese pedido no tuviese cólega en este municipio, ó dentro de los límites de este municipio, entonces, aquel á quien se haya hecho semejante peticion, conocida la causa, dentro de los diez dias inmediatos, por decreto de los Decuriones, pronunciado con presencia lo menos de las dos terceras partes de dichos Decuriones, dé por tutor á aquel que fuese nombrado, que recibirá la tutela como verdadero tutor, cuyo tutor dado con arreglo á esta ley, á quien fuere dado, y que obtenga la tutela como verdadero tutor, sea tutor tan conforme á derecho como si fuese tutor ciudadano romano y agnado próximo de ciudadano romano.

EXPOSICION DEL BRONCE PRIMERO.

FRAGMENTO DEL TITULO LI.

Para aclarar el sentido, tanto de este fragmento cuanto de los títulos que se siguen, á la vez tambien que para hacer mas notable la total semejanza que existia entre las *leyes municipales*, y la *jurisprudencia civil*, no será fuera de propósito poner como de manifiesto la parte que de esta tiene relacion con los estremos á que se hace referencia en los primeros renglones de la tabla que hemos puesto al principio.

Comicio en el sentido de reunion era la que celebraba todo el pueblo convocado, *calatus*, para ocuparse de los negocios públicos (1), cuya palabra se deriva, como quiere Varron, *ab eo quod coibant* (2).

Hemos dicho en otro lugar, que Rómulo dividió el pueblo en tribus, y las tribus en curias, y de aqui los *comicios curiados* que fueron los mas antiguos. Despues, como quiera que este sistema diese igual participacion en las determinaciones á el capitalista y al proletario, quiso Servio Tulio arrebatar semejante influencia á la parte menesterosa de la poblacion, y dividiola en *seis clases*; la primera compuesta de los propietarios de mayor caudal y subdividida en *noventa y ocho centurias*, la segunda, tercera, cuarta y quinta, por gradacion de riqueza en *noventa y cuatro*, y la última con *una sola*, que era en la que estaban los que carecian absolutamente de bienes (3). De aqui resultó, que cuando se celebraban los *comicios centuriados* introducidos por este Rey, como quiera que las centurias de la clase primera formaban mayoria, la voluntad de los poderosos era la suprema ley, y de aqui tambien las vejaciones que sufria la plebe, vejaciones que concluyeron por tenerla en continua agitacion. A mediados del siglo tres de la *Ciudad*, *Q. Marcio Coriolano*, cansado de oir las solicitudes, algo exigentes en realidad de aquella, se permitió decir, que *se la dejara morir de hambre para que callase*, y entonces fue cuando llena de furor se reune convocada por los Tribunos, y vota el destierro del vencedor de *Corioles*, inaugurando de este modo los *Comicios tributos*. Y estas son los tres especies de comicios celebrados por los romanos (1); en ellos el pueblo se dictaba leyes, *leges etiam quæ lectæ et ad populum latæ quas absorvet* (2) imponia penas, *pena á puniendo vel á pœnitendo quod post peccatum sequitur* (3), y se daba los magistrados que debian gobernarlo. De lo último es precisamente de lo que debemos ocuparnos.

Estos eran creados en los comicios, que siendo curiados los convocaba el que debia presidirlos, por medio de un lictor, *per lictorem, curiatim calari* (4), y si centuriados por un corneta, *centuriata per cornicium* (5). Desde el llamamiento hasta la celebracion, *dies comitiales, quibus cum populo agi licet* (6): *comitiales dicti quod tum esset populus constitutus ad suffragium ferendum* (7), mediaba un espacio de tiempo de veinte y siete dias, llamado *trinundinum* ó tres *nundinæ*. Los romanos establecieron estas *nundinas*, porque nada tan natural como que aquellos que cultivaban el campo, despues de un trabajo continuado de ocho dias, viniesen á la ciudad el noveno, tanto para asistir al mercado (8) cuanto para enterarse de los asuntos de la república, y fijaron el plazo de *tres* de estas *ferias*, para que durante su trascurso tomasen la deliberacion que creyesen mas útil en el caso que fuere necesario recurrir á sus sufragios (9). Una vez hecha la convocacion, el que se creia en

(1) Jan. Vicentius Gravina. De Ortu et Progressu Juris civilis. Lib. 1. Cap. 28.
(2) Varro. De lingua latina. Lib. 4.
(3) Dionis. Halicar. Ant. Rom. Lib. 4.

(1) Dionis. Halicar. Lib. 9.
(2) Varro. De Lingua latina Lib. 5.
(3) Varro. De Lingua latina Lib. 4.
(4) Aulus Gellius. Noct. Att. Lib. 15. Cap. 26.
(5) Teophil. Paraphras. Inst. Lib. 2. Tit. 10.— Aulus Gellius. Lib. 15. Cap. 26.
(6) Macrobius. Saturnales Lib. 1. Cap. 16.
(7) Varro. De Lingua latina Lib. 5.
(8) D. 50. 11. Fr. 2. Callistrat.
(9) Macrobius, Saturnales Lib. 1. Cap. 16.— Dionis. Halicar. Lib. 7.

aptitud de desempeñar los cargos que iban á elegirse, se presentaba como aspirante ante el pueblo, vistiendo desde aquel momento una túnica blanca, *cándida toga*, por lo que se denominó *candidatus* (1); túnica que usaba mientras no desistia de su empeño, y con ella cada *nundina* (2) se presentaba en el lugar del *Foro*, llamado *Comicio* por verificarse en su recinto estas reuniones populares. Llegado el dia y presente el pueblo se celebraban los auspicios; siendo faustos se daba cuenta del objeto de la convocacion, y se procedia á sortear las curias ó centurias echando sus nombres en una urna. La primera que salia se llamaba *prærogativa* porque votaba antes, la que le seguia *primo vocata* (3), y las demas *jure vocatæ* (4).

Despues tenia lugar la *rogacion*, que era la fórmula por la cual el Magistrado que presidia indicaba se procediese con arreglo á sus deseos.—*Os ruego, ciudadanos romanos, querais y mandeis esto asi como os lo he dicho;* y concluia: *Si os parece, dividios.* Entonces cada cual iba á ocupar el lugar de su curia ó centuria y se empezaban á dar los votos de viva voz. En los años 614 de Roma, el Tribuno *A. Gabinio* fue el primero que propuso la *Ley tabelaria*, llamada asi por que en ella se disponia que el pueblo votase por *tablas* (5), cuya disposicion fue despues estendida á los juicios en otras tres leyes, *tabelarias* tambien, que se dieron en diversas épocas. Introducida la predicha modificacion por aquella, se hizo necesaria la creacion de los repartidores de las tablas, *deribitores*, que eran tantas cuantos los candidatos presentados (6) y en las que segun la opinion de *Nicolas Gruch* solo iba marcada la inicial del nombre del aspirante (7); y ademas los guardas (8), *custodes*, de las urnas ó cestillas, *cistas*, que equivalian á los modernos escrutadores. Un heraldo llamaba á la curia ó centuria que le correspondia para que llegase á votar, y entonces sus individuos pasaban por unos *puentes* construidos á propósito y á cuya entrada estaban los *deribitores* repartiendo las tablas de que se acaba de hacer mencion. El precioso fragmento de Festo en que nos dice: *primum per pontem cœperunt comitiis suffragium ferre*, prueba sobradamente la existencia de esos *puentes*, que se formaban en el momento de la celebracion de los comicios, y consistian en unos estrechos pasadizos de madera por el que no cabia mas que una persona, y á cuyo estremo estaba la urna en que se depositaba la tabla del voto. Concluida la eleccion se procedia á contar los sufragios, y el resultado del escrutinio se publicaba como establecido por el pueblo.

Creemos que bastará esta ligerísima reseña para conocer la similitud de las votaciones de la *Urbs* con la de los Municipios, y mas particularmente con el *malacitanum*. Ahora daremos las razones de nuestra version.

Professio. Esta palabra la hallamos usada con variedad de significaciones en los diversos textos que han llegado hasta nosotros. En la magnífica tabla de bronce encontrada cerca de Parma por los años de mil setecientos cuarenta y siete, que data del año ochocientos cincuenta y seis de Roma y que empieza: OBLIGATIO. PRAEDIORVM. OB. HS. DECIENS. QVADRAGINTA QVATVOR. MILIA. VT. EX INDVLGENTIA. OPTIMI. MAXIMIQVE PRINCIPIS IMP. CAES. NERVAE. TRAIANI. AVG. GERMANICI. DACICI. PVERI. P VELLAEQVE. ALIMENTA. ACCIPIANT (1), vemos el *professus est* tomado al principio de cada uno de los diversos párrafos de que consta en el sentido de *presentar* ú *ofrecer por via de caucion;* pero en verdad que no debe traducirse en el caso presente el derivado *professio* como el ofrecimiento en fianza, tanto porque en el título cincuenta y nueve que lleva por epígrafe *ut de pecunia communi municipum caveatur ad is qui duumviratum quaesturamve petet*, es donde se consigna la caucion, cuanto porque hablando de votaciones debió tener y tuvo otra acepcion distinta. Y en efecto *Nicolas Gruch*, apoyado en los textos de

(1) Macrobius, Saturnales. Lib. 1. Cap. 6.
(2) Macrobius, Saturnales Lib. 1. Cap. 16.
(3) Dionis. Halicar. Ant. Roman. Lib. 10.
(4) Fragmentum Legis Thoriæ.
(5) Cicer. De Leg. 3. 16.
(6) Nicol. Gruchius, De comitiis roman. Lib. 1 Cap. 4.
(7) Ibidem.
(8) C. Plinius Hist. Nat. Lib. 33. Cap. 2.

(1) Pietro di Lama. Tabola alimentaria Vellejata detta Trajana, restituta á la sua vera lezione.

Livio y *Appiano*, entre otros, define dicha *professio* diciendo que no era otra cosa sino la *pública ac solemnis voluntatis suæ declaratio, de magistratu, si populus ita vellet, obtinendo* (1), y por ello, fundados en tan respetables autoridades la hemos traducido *manifestacion de aspirar á las dignidades.*

H. L. Estas siglas que vemos repetidas en el presente fragmento y en muchos de los demas títulos, tanto de una tabla como de la otra, las hemos interpretado por *Hac Lege*, como se encuentran usadas en los bronces de la ley *Thoria* y de la *Servilia*, cuyas copias tenemos á la vista.

V. D. P. R. L. P. Mas complicacion presentan estas cifras que vertimos por *Unde De Plano Recte Legi Possit*; interpretacion que aclara sobradamente el texto, pues debiendo ser conocidos por el pueblo los nombres de los candidatos, debian los Magistrados fijarlos *en sitio desde donde clara y sencillamente pudieran leerse.*

Singuli singulos eiiusdem conditionis nominato. Como quiera que el desempeño de las dignidades era bastante oneroso en los municipios, nada tan natural como el que no se presentaran los candidatos necesarios, y de aqui el recurso tomado de que los que asi lo hicieren señalasen á los que aun faltaran. En Roma aunque fueron igualmente voluntarios dichos puestos hubo sin embargo épocas en los primeros tiempos en que la excesiva austeridad de los ciudadanos hacia que no se creyeran dignos de aspirar á los cargos públicos y dejaran de presentarse á pedirlos; razon por la que tambien fue necesario señalar los que debieran ocuparlos mal de su grado (2).

TITULO LII.

Ex IIviris. En infinitas medallas y mármoles se encuentra la sigla *II* antepuesta al *viris*, que se ha interpretado siempre por *Duumviris.* A la manera que en Roma habia dos *Cónsules* se nombraban en los municipios dos duunviros, que venian á tener la misma representacion, y como ellos el derecho de convocar y presidir al pueblo. A veces se dieron tambien el dictado de cónsules; *est et L. Fluvius inter insignia exempla, Tusculanorum rebellantium consul* (1).

Ædiles. Eran *qui ædes sacras et privatas procurarent* (2). *Quæstores á quærendo, qui conquirerent publicas pecunias et maleficia* (3).

Q. M. Siglas que equivalen á *Quo Minus*, conjuncion repetida con todas sus letras en el epígrafe y contesto del cincuenta y ocho.

R. Esta cifra que va al frente de cada division la hemos tomado en el sentido de *Rúbrica* y traducido por *Título*, significado que le es peculiar tratando de derecho, en razon á que llamaban los Romanos *rúbrica* á la púrpura como se vé en el *Naturalista* (4), cuando enumera las cualidades de esta sustancia, y como quiera que con ella se marcaron los epígrafes de los títulos de derecho, de aqui porqué á dichos títulos se llamaban tambien *rúbrica*, como lo comprueba *Paulo*, cuando al hablar de los *interdictos* escribe: *Recuperandæ possesionis causa proponuntur* (interdicta) *sub* rúbrica *Unde vi* (5).

Rogandis subrogandis. El *rogandis* trae su origen de que cuando se trataba de crear un magistrado se *rogaba* al pueblo con la fórmula que dejamos trascrita (6), y el *subrogandis* tenia lugar cuando faltaba alguno, muriendo dentro del año de su cargo, pues entonces se reunia el pueblo otra vez para elegir al que debiera sustituirle, que se denominaba *suffectus*, y se *subrogaba* ó *volvia á rogar* para ello; lo cual se da á entender claramente al final de este mismo título, cuando se dice que el elegido desempeñe su cometido por un año, y los nombrados en sustitucion la parte del año que quedase por correr.

Suffragia ferri debebunt ita per tabellam ferantur facito. Aqui empezamos á ver tam-

(1) Nicol. Gruchius, De comitiis roman. Lib. 1 Cap. 3.
(2) Nicol. Gruchius, De comitiis Roman. Lib. 1. Cap. 4.

(1) C. Plinius, Hist. Nat. Lib. 7. Cap. 43.
(2) Varro, De Lingua latina Lib. 4.
(3) Ibidem.
(4) C. Plinius, Hist. Natur. Lib. 35. Cap. 6.
(5) D. 43. 1 Fr. 2. Paul. §. 3.
(6) Aulus Gellius, Noct. Attic. Lib. 10 Cap. 20.

bien establecido el sufragio por *tablas*, de que se habla en el Título cincuenta y cinco.

TITULO LIII.

Incolæ. Seria necesario detenernos demasiado si hubiésemos de esplanar toda la teoria relativa á los *Incolæ*, con inclusion de sus prerogativas y derechos, por lo que nos contentaremos con citar las páginas del Digesto (1) y del Código (2) en que se trata muy por estenso de la materia. Pero no podremos pasar en silencio, que la version de *domiciliados* la hemos tomado de este último cuerpo de leyes, donde aparece inserta una Constitucion de *Diocleciano* y *Maximiano*, en que, haciendo referencia á el *Edicto perpetuo* se dice (3): *Cives quidem origo, manumissio, electio vel adoptio, incolas vero (sicut et Divus Hadrianus Edicto suo manifestissime declaravit) domicilium facit.*

Sobre la frase *Cives R.* que interpretamos *ciudadanos romanos*, ni sobre la de *cives latini* nos queda nada que añadir despues de lo que sobre su inteligencia tenemos indicado en el estudio tercero.

TITULO LIIII.

En el lenguage jurídico de Roma, *habere rationem alicujus comitiis* significaba proponer á alguno en los comicios, y por ello hemos traducido el epígrafe *Quorum comitis rationem habere oporteat*, *A quienes corresponda el ser propuestos en los comicios.*

Qui iure dicundo praesit. Esta frase necesita una esplicacion peculiar. Sin que por ello entremos á ocuparnos del sistema de procedimientos conocido con el nombre de *legis actiones*, ni menos del formulario, *formulæ*, introducido por la *Ley Ebucia*, y que alcanzó hasta el reinado de *Diocleciano*, en que fue sustituido por los juicios estraordinarios, *extraordinaria judicia*, diremos solo, que el segundo era el que regía en el imperio precisamente á la época de la promulgacion de estas tablas. Conforme á su mecanismo, los litigantes esponian *in jure* sus razones ante el *Magistrado*, y este, despues de haberlos oido, organizaba la instancia, dándoles una especie de instruccion, *formula*, por la cual constituia el juez, *judex*, y precisaba las pretensiones recíprocas de las partes, sobre las que este *juez* debia hacer girar las probanzas, para poderlas apreciar, tanto en el terreno de los hechos como en el meramente jurídico, á cuyo fin el mismo *Magistrado* le trasmitia sus poderes mas ó menos estensos (1). El *judex* entonces presenciaba los debates, en los que tomaba una parte muy activa el patrono, *patronus*, y terminaba el pleito con su sentencia (2). Aqui se descubren, pues, dos misiones distintas, la del *Magistrado* á quien correspondia organizar la instancia y fijar el punto de derecho, *jus dicere;* y la del *Juez* que consistia en sustanciar el litigio y sentenciarlo, *adjudicare;* á el uno la *juris-dictio*, y al otro la *ad-judicatio*. Esta teoria, que era desconocida antes del descubrimiento de *Gayo* (3) es la que hemos tenido presente al traducir *qui iure dicundo praesit* por la frase *que tiene á su cargo la dicion del derecho.*

Ex eo génere ingenuorum hominum. Gayo dice: *Ingenui sunt, qui liberi nati sunt* (4), y añade Teofilo: *Se llama ingénuo el que es libre desde que nace, y jamas ha soportado el yugo de la servidumbre, bien haya nacido del matrimonio de dos ingénuos ó de dos libertinos, ó de una persona ingénua y una libertina* (5).

Annorum XXV. Desde la *Ley Letoria* llamada por Plauto *Quinavicenaria* (6), y cuya data es muy incierta, se fijó la edad de los veinte y cinco años, como aquella en que los varones empezaban á tener representacion por sí propios, toda vez que hubiesen salido de la

(1) D. 50. 1. Ad municipalem et de incolis.
(2) C. 10. 39 De incolis et ubi quis domicilium.
(3) C. 10. 39. Const, 7.—Vease tambien sobre el mismo objeto D. 50. 16. Fr. 228 Paul.—Fr. 239. Pomp. §. 2.

(1) Ortolan. Hist. de la Législat. romain. Deuxieme époq. § 3.—48.
(2) Ferd. Walter. Hist. de la Procéd. civ. chez les Rom. traduite par Edouard Laboulaye. Chap. 6. Pag. 64.
(3) Gaius, Comment. 4. §. 33. et sequent.
(4) Gaius, Comment. 1 §. 11.
(5) Teophil. Paraphras. Lib. 1. Tit. 4.
(6) Plautus, Pseudol. Act. 1 Scen. 3. Vers. 68.

patria potestad. Y Plinio el jóven (1) le escribe á el Emperador Trajano, que por la *Ley Pompeya* se previno que ninguno pudiese ser Magistrado si no tuviera treinta años, debiendo ser ademas del cuerpo del Senado.

C. R. No quiere decir esta *nota* otra cosa sino *Civis Romanus.*

In número Decurionum Conscriptorumve eum esse. En el estudio tercero se ha dicho que la forma del gobierno municipal tenia una completa semejanza con el de Roma, y que á su imitacion habia en ellos un cuerpo de *Decuriones,* que son llamados por los clásicos *conscriptos*, como los *Padres* del Senado á cuya institucion queria asemejarse aquella; y á la manera que en el Digesto se transcribe un fragmento del libro primero de Paulo á la *Ley Julia* y á la *Papia* en que se ven *prohibidas las nupcias de los Senadores, sus hijos, nietos, y tartanietos, con libertinas* (2), tambien se conserva en el *Código de Teodosio* una *Constitucion* de *Constantino* á *Patroclo*, por la que se fulminan severas penas *contra el Decurion, que sin tener en cuenta su dignidad descendiere á contraer matrimonio con las siervas;* nupcias que denomina *sórdida connubia* (3).

Por otra parte, remitimos á las ciento cuarenta y dos *Constituciones* que encierra este Código en el lugar citado, bajo el epígrafe *De Decurionibus,* á los que quieran estudiar mas detenidamente tan alta institucion política.

TITULO LV.

Aqui vemos aparecer mas circunstanciadamente las urnas ó cestillas, *cistæ*, el *suffragium per tabellam*, acaso reminiscencia helénica, las curias reunidas en sus respectivos lugares, *in singulis consaeptis*, los repartidores, *qui suffragia diribeant*, y los custodios, *qui custodiant*, los cuales dice el Historiador natural que en sus tiempos ascendian en Roma hasta el número de novecientos: *Nongenti vocabantur ex omnibus selectis, ad custodiendas cistas suffragiorum in comitiis* (4).

(1) C. Plinius, Epist. Lib. 10. Epist. 50.
(2) D. 23. 2. §. 44. Paul.
(3) Cod. Teod. Lib. 12. Tit. 1. Const. 6.
(4) C. Plinius, Hist. natur. Lib. 33. Cap. 2.

No creemos necesario detenernos mas tiempo en este título, despues de lo que se deja espuesto comentando el fragmento del cincuenta y uno, toda vez tambien que las *notas* H. L., *Hac Lege,* y Q. M., *Quo Minus,* quedan interpretadas mas arriba.

En adelante no volveremos á ocuparnos de las siglas de que háyamos hablado con anterioridad, por evitar repeticiones.

TITULO LVI.

En la época de Augusto, la relajacion de las *Matronas* y de los *Quirites*, entre otras causas, concluyó por disminuir de tal modo las nupcias, que el *Emperador* se vió en la necesidad de tomar disposiciones contra los célibes, y de ellas la mas notable es la *Ley Papia Popea*, dada en setecientos sesenta y tres, U. R., siendo cónsules *suffecti* M. Papio Mutilo y Q. Popeo Secundo. De las varias prerogativas y ventajas que por ellas se concedieron á los casados, la que mas hace á nuestro propósito, como análoga, si no ya igual de todo punto al texto de este título, es la que disponia se diese la preferencia entre los candidatos á una misma dignidad, á aquel de entre ellos que tuviese mas hijos, como lo comprueba *Tácito* (1), y mas aun *Plinio el jóven* (2) cuando dice que *le fue antepuesto y preferido Calestrum en el Tribunado por razon de los hijos*, jure liberorum.

Liberi post nomen impositum. Los romanos se dividian en *razas*, cada raza en *familias* (3), y cada familia en *estirpes*; asi es, que todo ciudadano tenia su nombre peculiar, *prænomen*, el comun de la raza, *nomen*, el de la familia, *cognomen*, y por último el de la estirpe, *agnomen* (4). Respecto á la imposicion del *nomen*, bastará que se cite á *Festo*, segun el cual, se llamaban *dias lustrales* aquellos en que se daba nombre á el párvulo; nueve despues de nacido si era varon, y ocho si hembra, sugetándolo á una lustracion. *Lustrici dies infantium adpellantur puellarum oc-*

(1) C. Tacitus, Annal. Lib. 15. §. 19.
(2) C. Plinius, Epist. Lib. 7. Epist. 16.
(3) Festus, V.° Gentes.
(4) Viglius Zuichemius, Comment. in decem Tit. Inst. jur. civ. Tit. 13. de exhæred. liberorum, §§. 1. 2. et. 3.

tavus, puerorum nonus, quia his lustrantur, atque eis nomina imponuntur (1). *Viglio* apoyado en *Plutarco*, da la razon de esta diferencia, suponiendo que consistia en la mayor precocidad de un sexo respecto del otro, (2) y *Gravina* al indicar la doctrina de *Cujas*, conforme á la cual se asegura que antes de la imposicion del nombre se tenia al reciennacido como aun no engendrado, *ac si suscepti minime fuissent*, añade que los *dias nominales* eran entre los griegos el séptimo y octavo respectivamente (3), segun deduce del texto de *Scalijero*.

TITULO LVII.

En cuanto al sorteo de las Curias damos por repetido lo expuesto en el fragmento del Título cincuenta y uno; y por lo que hace al juramento, con el objeto de no adelantar ideas, aplazamos el estendernos cuando nos ocupemos del Título cincuenta y nueve.

TITULO LVIII.

El politeismo trajo consigo esas ideas fanáticas y exageradas que llevaron á los romanos hasta la creacion de un *Colegio de Augures*. Bastaba que los auspicios examinados fuesen contrarios, para que se suspendiesen las *asambleas populares* hasta que se presentaran mas favorables, y una vez reunidas estas no podian prolongarse mas allá del ocaso del sol, como dice elegantísimamente el Código decemviral: *Sol occasus, suprema tempestas esto* (4). Si bien los tribunos tenian derecho de suspenderlas, *interdicere* (5). Análogo á dicha teoria es el contexto de este título, que castiga con una multa al que vaya contra sus estremos.

D. M. Equivale á *Dolo Malo*, frase que se encuentra con frecuencia en los textos legales, existiendo ademas un título especial con este epígrafe en el Código (1) y en el Digesto (2).

HS. El preciosísimo escrito de *Volusio Meciano* sobre la *distribucion del As*, ha venido á esclarecernos en esta *cifra*, que tanto representa como *Sestercio*, en el pasage que dice: *Sestertius, cujus nota est HS.* (3). Mas adelante nos hace ver su valor, añadiendo, que el *As* venia á constituir como la unidad de medida, tanto en los *sólidos* cuanto en las *herencias*, y despues en las *monedas*, de las cuales el *sestercio* equivalia á *dos ases y medio*. Aunque la hubo de *cobre*, la de que habla este Título debió ser de *plata*, puesto que el *autor* citado la numera al señalar su marca de HS. *inter argénteos nummos*, á la vez tambien que *Varron* á este propósito nos dice (4): *In argénteo nummi, sestertius, quod semis tertius*. El valor del *sestercio* no fue, sin embargo, siempre igual, y varió con notables diferencias (5).

D. D. E. Equivale á *Dare Damnas Esto, Sea condenado á dar*, y era como el símbolo de la pena pecuniaria, que se encuentra repetido en bastantes pasages de la vieja jurisprudencia.

Actio, petitio et persecutio esto. Debemos retrotraernos otra vez á la época del *sistema formulario*, como en el Título cincuenta y cuatro, para esponer la significacion de estas tres palabras.

Bajo el régimen de las fórmulas, *accion* no era otra cosa, como dice *Celso*, sino el derecho de perseguir en juicio lo que se nos debia (6), de suerte que solo se aplicaba á las consecuencias de las obligaciones, siendo verdaderamente *acciones personales*. Las *reales*, ó contra las propiedades, se denominaban peticiones, *petitio*, y las mixtas persecuciones, *persecutio*. Por eso dice Papiniano: *Ac-*

(1) Festus, V.° Lustrici.
(2) Viglius Zuichemius, Comment. in decem Tit. Inst. jur. c v. Tit. 12. Quibus non est permi. facer. testam.
(3) Jan. Vincentius Gravina, Originum juris civilis. Cap. 52.
(4) Aulus Gellius, Noct. Attic. Lib. 17. Cap. 2.—Macrobius, Saturn. Lib. 1. Cap. 3.—Varro, De Ling. latin. Lib. 5. et 6.
(5) Nicol. Gruchius, De Comitiis Roman. Lib. 1. Cap. 4.

(1) C. 2. 21. De dolo malo.
(2) D. 4. 3. De dolo malo.
(3) Volisius Metianus, Distributio Assis.
(4) Varro, De lingua. latin. Lib. 4.
(5) Tanto para mayor esplanacion de este punto, cuanto para conocer la equivalencia de dicha moneda romana con las modernas, puede registrarse á *Danet* en sus Antigüedades griegas y romanas.
(6) D. 44. 7. Fr. 51. Cels.

tio, in personam infertur; petitio, in rem; persecutio, in rem vel in personam (1), y tambien se denominaba *persecutio*, cuando el *Magistrado* resolvia un caso por sí propio sin pasarlo al *judex*, como se desprende de Ulpiano que escribe (2): *Persecutionis verbo extraordinarias persecutiones puto contineri*. Sobre cuyo particular nos habla el mismo *Gayo* en sus Comentarios (3), *Justiniano en la* Instituta (4), á la que da alguna luz el Profesor *Teofilo* (5), y por último *Ulpiano* y *Juliano* en otros varios pasages del *Digesto* (6).

TITULO LIX

Ningun Magistrado Romano entraba á desempeñar sus funciones sin haber antes prestado el juramento que exigian las leyes, como se colige de Livio: *Magistratum autem plus quinque dies, nisi qui jurasset in leges non licebat gerere* (7). La fórmula mas antigua, segun refiere Gelio, era *per Jovem lápidem* (8), la cual se lee tambien en el *Amphitruon* (9).

J..... Mane, arbitratu tuo jusjurandum dabo,
Me meam púdicam esse uxorem arbitrarier:
Id ego, si fallo, tum te, summe Júpiter,
Quæso, Amphitruoni ut semper iratus sies.
A..... Ah propitius sit potius. J. confido fore:
Nam jusjurandum verum te adversum dedi.

Pero el mismo *Plauto* nos presenta en otra comedia la elegantísima forma del juramento en que se invoca no solo á *Júpiter* sino á otras muchas *divinidades* paganas (10).

Chrysalus... Ita me, Júpiter, Juno, Ceres,
Minerva, Latona, Spes, Ops, Virtus, Venus,
Castor, Polluces, Mars, Mercurius, Hércules,
Summanus, Sol, Saturnus, diique omnes ament:
Ut ille cum illa neque cubat, neque ambulat,
Neque osculatur, neque illud quod dici solet.
Nicobolus... Ut jurat? Servat me ille suis perjuriis.

Ademas de los dioses acostumbróse hacer la invocacion del *Genio del príncipe*, como lo testifica *Ulpiano* en el libro veinte y dos al Edicto: *Si quis juraverit in re pecuniaria per genium Principis* (1).

Las citas aducidas prueban sobradamente la identidad del *jusjurandum* romano con el espresado en este Título.

Divom. No nos creemos dispensados de transcribir el orígen filológico que señala Varron á la palabra Divus. *Pater quod patefaciat omnia, et ipsum semen, nam tum est conceptum, et idem tum exit cum oritur. Hoc idem magis ostendit antiquum Jovis nomen; nam olim Diovis et Diespiter dictus, hoc est, Diei pater á quo Dei dicti qui inde, et Dies, et Dius, et Divus.*

La terminacion en *on* que se aplica á esta palabra en el texto es un verdadero helenismo, pues no viene á ser otra cosa que el acusativo de singular de los masculinos en *os*, de la segunda declinacion que termina en *omicron* y *nu* (2).

TITULO LX.

Praedes. Nos reservamos hablar de estos *fiadores* para cuando nos ocupemos del Título sesenta y tres y siguientes.

D. E. R. corresponde á *De Ea Re*.

TITULO LXI.

Escribiendo Dionisio de Halicarnaso del propósito del derecho de patronato, significa que el primer Rey de Roma, como quiera que destinó los *Patricios* á los altos puestos y á la Administracion de la República, y los *Plebeyos* á la labranza de las tierras y á el cuido de los ganados, quiso que cada uno de estos eligiese de entre aquellos la persona que debiera defenderlos y ampararlos en todos sus negocios, tanto públicos como particulares, á la que por esta razon se dió el nombre de *Patronus*, es decir, á la manera de Padres (3); los asi patrocinados se llamaron *Clientes*, de *Colentes*, porque debian respeto y veneracion

(1) D. 44. 7. Fr. 28. Pap.
(2) D. 50. 16. Fr. 178. Ulp. §. 2.
(3) Gaius, Comment. 4. §. 5.
(4) Inst. Lib. 3. Tit. 29. §. 2.
(5) Teophil. Paraphras. Lib. 3. Tit. 29. §. 2.
(6) D. 50. 16. Fr. 49. Ulp.—D. 46. 8. Fr. 23. Julian.
(7) Titus Livius, Dec. 4. Lib. 2.
(8) Aulus Gellius, Noct. Attic. Lib. 1 Cap. 21.
(9) Plautus, Amphit. Act. 3. Scen. 2.
(10) Plautus, Bacchid. Act. 4. Scen. 8.

(1) D. 12. 2. Fr. 13 Ulp. §. 6.
(2) J. L. Burnouf. Methode pour étudier la langue grecque, quarante—huitieme édition. Pag. 15.
(3) Dionis. Halicar. Ant. roman. Lib. 2.

á los dichos *Patronos*. Y no eran estos los únicos oficios que la gratitud les forzaba á prestar, tenian tambien que sostenerlos, aun con sus fortunas propias, en caso de necesidad, pagar sus rescates si estuviesen prisioneros, y muchos otros cargos análogos.

Este es el noble principio de los *jurisconsultos*, mision entonces tan grande como desinteresada, que fue adulterándose cuando se introdujeron las remuneraciones, *Munus*. La *Ley Cincia* en quinientos cuarenta y nueve U. R. volvió á restablecerlos en su antiguo esplendor, y las edades presentes los admiran sin imitarlos, porque tan magnánimas instituciones solo pudieron conservarse en aquel pueblo, mientras el hálito de la corrupcion no vino á empañar el brillo de su grandeza (1).

Per tabellam sententiam tulerint. Es preciso no confundir esta *tabla* con la de que hemos hablado al tratar de las votaciones del pueblo en la eleccion de *Magistrados*, pues en los juicios fueron introducidas dos años mas tarde por la *Ley Tabelaria*, dada en seiscientos diez y seis U. R. por el Tribuno de la plebe *L. Casio*, siendo cónsules á la sazon *M. Emilio Lepido Porcino, y C. Hostilio Manciano*, y en ella se mandó, que ni los jueces ni el pueblo sentenciasen de viva voz, sino por *tablas*, en todos los juicios, excepto los dirigidos contra reos de Estado (2).

TITULO LXII.

Aqui aparece que el *municipium* habia tomado de Roma el principio de que no se afease la ciudad con ruinas; principio llevado tan adelante por esta que se lee en el Digesto, haciendo referencia á las leyes decemvirales (3):

Lex XII Tabularum neque sólvere permittit tignum furtivum ædibus vel vineis junctum, neque vindicare: quod providenter Lex *effecit:* ne vel ædificia sub hoc prætextu diruantur, *vel vinearum cultura turbetur; sed in eum qui convictus est junxisse, in duplum dat actionem.*

Es decir, que ni aun en el caso en que se hubiese construido un edificio con materiales agenos podria el dueño de estos destruirlo para reivindicarlos, sino pedir el duplo por la accion de *tigno juncto*; *ne vel ædificia sub hoc prætextu diruantur*. Estas y otras disposiciones análogas llevaron la arquitectura en aquel pueblo hasta una altura sorprendente, y tanto, que bien pudieran repetirse las palabras que *Marco Vitruvio* dirigia á el *Imperator Cæsar* al empezar su obra; que no solo habian venido las provincias conquistadas por aquel guerrero á acrecentar el poder de la ciudad, sino que tambien concurria á ello la singular magnificencia de los edificios públicos, análoga á la magestad de aquel imperio. *Ut civitas per te non solum provinciis esset aucta, verum etiam ut majestas imperii publicorum ædificiorum egregias haberet auctoritates* (1).

Oppido. Nos limitaremos á anunciar la doctrina de *Varron*, que hablando del lugar llamado *Cárcer*, en que estaban encerrados los caballos que debian correr en el Circo, asegura, que *Nævius* lo denominaba tambien *Oppidum*, y continua: *Cárceres dicti, quod coërcentur equi, ne inde exeant antequam magistratus misit: Oppidum quod á muri parte prinnis túrribusque cárceres olim fuerunt* (2). Pero antes habia fijado tambien la etimología de *oppidum* con estas palabras: *Maximum ædificium est oppidum, ab ope dictum: quod munitur opis caussa ubi sint, et quod opus est ad vitam gerendam ubi habitent tuto; vel oppida, quod opere munibant mœnia, quo munitius essent* (3).

El mismo filólogo en la obra citada marca la razon porque el *Oppidum* podia llamarse *Urbs*, y no era otra sino la de que se habian fundado las que tenian semejante denominacion con arreglo al *rito etrusco*, conforme al cual se uncian á el arado un toro y una vaca, y se trazaba de este modo un surco en redondo, y de este círculo, *orbis*, nació la palabra *Urbs* (4).

(1) Dionis. Halicar. Ant roman. Lib. 2.
(2) Cicer. De amicit. XXII.—De leg. 3. 16.
(3) D. 47. 3. Fr. 1. Ulp.

(1) M. Vitruvius, De Architectura Lib. 1. Præf.—Registrese por mas estenso el Cod. al Tit. 10. del Lib. 8. que lleva por epígrafe De Ædificiis privatis.
(2) Varro. De Ling. latin. Lib. 4.
(3) Ibidem.
(4) Ibidem.=Dionis. Halic. Ant. Rom. Lib. 1.

Tambien el Digesto en la *significacion de las palabras* hace derivar *Urbs* ad *urbo*, *sive á curvatura aratri*, y *oppidum* de *ope* (1). De aqui, siguiendo esa exactitud tecnológica de lenguage, tan admirable entre los romanos, el porqué no denominaban *urbes* las ciudades en cuyo origen no se hubiera seguido la ceremonia del *arado*, y solo las nombraban *oppidum* (2):

La preponderancia excesiva de aquel pueblo glorioso hizo que se entendiese como por excelencia bajo la palabra *Urbs*, Roma solamente, tan grande, tan magnífica y tan portentosa un tiempo, que hacia exclamar á *Titiro* con aquella cándida sencillez que supo arrebatar Virgilio á los pastores, y con aquellos versos, no menos fluidos que dulces, del tierno imitador de Teócrito, que nunca pueden recordarse sin emocion (3):

Urbem, quam dicunt Romam, Melibœe, putavi
Stultus ego huic nostræ similem, quò sæpe solemus
Pastores ovium teneros depellere fœtus.
Sic canibus catulos similes, sic matribus hœdos
Noram; sic parvis componere magna solebam.
Verum hæc tantum alias inter caput extulit urbes,
Quantum lenta solent inter viburna cupressi.

E. R. E. T. P. corresponde á *Ea Res Erit Tantam Pecuniam;* fórmula que se encuentra muy repetida en las del Comentario cuarto de Gayo (4) y en el Digesto (5).

TITULO LXIII

Et in tabulas municipi referendis. Aqui volvemos á encontrar de nuevo la voz *tabulas*, que ciertamente tiene un significado en este caso distinto del que hemos señalado en los anteriores.

Segun un pasage de *Anconio* en sus comentos á la *in Verrem* de Ciceron, se ve que desde muy antiguo llevó cada gefe de familia, *paterfamilia*, una especie de registro doméstico, en que se iban sentando todas las entradas, salidas, pérdidas y ganancias de la casa. El espíritu de buena fe que reynó entre los primeros hijos de aquel pueblo, hizo que estos registros que en el mismo pasage citado se denominan tablas, *tabulæ*, tuviesen fuerza legal. Los créditos, tanto en favor como en contra, ya procediesen de compra, de venta, de arrendamiento ó de otro cualquier contrato, se sentaban en estas *tablas*, inscribiendo los *nombres* de las personas obligadas, y de aquí el que se llamasen dichos créditos *nómina* (1), y despues por último las personas jurídicas ó corporaciones abrieron tambien sus registros, que como los particulares se denominaron *tabulæ*.

Vectigalia. Se entendia por *tributo* el dinero que se demandaba á cada ciudadano por tribus, con arreglo á el censo, y por *vectigal* toda otra exaccion que se hacia por distinto concepto que no fuese el indicado (2). No habiendo encontrado palabra que corresponda á la de *vectigal*, hemos preferido dejarla tal cual se presenta en su idioma primitivo.

Ultroque tributa. Se denominó de este modo lo que se destinaba á las obras públicas, *sumptus óperum publicorum* (3) y de aqui la razon del modo como lo hemos vertido en la traduccion.

Sive quid aliut. Los tributos segun *Festo* eran de tres clases; personal, *in cápita;* con arreglo al censo, *census;* y estraordinario, *temerarium* (4); por eso despues de nombrarse en el texto los *ultro tributa* se dice tambien de los demas, *sive quid aliut*, que no eran otros sino los indicados.

Locari oportebit locato. Locator es el que recibe una cosa en arrendamiento; *conductor* el que la entrega; y *locatio et conductio* el contrato de arrendamiento (5). Cuando las locaciones se circunscribian á las cosas de los particulares se denominaban *privadas*, y cuando á las comunes *públicas;* de aqui porqué estos locadores se llamaron *publi-*

(1) D. 50. 16. Fr. 239. Pomp. §§. 6. et. 7.
(2) Sobre el dios tutelar de las ciudades y sobre los votos de estas y del ejército puede examinarse á Macrobio en sus Saturnales Lib. 3. Cap. 9. y respecto á la eufonia entre *urbis* y *urbes* á Aulo Gelio en sus Noct. Attic. Lib. 13. Cap. 19.
(3) P. Virg. Mar. Eclog. 1. Vers. 20. et sequent.
(4) Gaius, Comment. 4. §. 51.
(5) D. 50. 16. Fr. 179. Ulp.

(1) Gaius, Comment. 3. §. 128. et sequent.— Teophil. Paraphras. Lib. 3. Tit. 21.
(2) Varro, De Ling. latin. Lib. 4
(3) Carolus Sigonius, De ant. jur. pop. roman. Lib. 2. Cap. 4.
(4) Festus, V.° Tributum.
(5) Gaius, Comment. 3. §. 142. et sequent.— Teophil. Paraphras. Lib. 3. Cap. 24.

cani, muy estimados en un principio, pero odiados y aborrecidos despues.

Censores. Arrendaban las rentas públicas por quinquenios, lo cual se prueba suficientemente, tanto por un pasage del Digesto (1) y otro del Código (2), cuanto por el de Varron. *Lustrum nominatum tempus quinquennale, á luendo, hoc est, solvendo; quod quinto quoque anno vectigalia et ultro tributa per censores persolvebantur* (3).

Prædes accepti sint. Los publicanos recibian tambien el nombre de *mancipes*, segun *Festo*, porque manifestaban su intento alzando la mano (4); y el mismo escritor denomina *prædes* á los que salian por fiadores de los publicanos; he aqui las palabras textuales (5): *Manceps dicitur, qui quid á pópulo emit conducitve, quia manu sublata significat, se auctorem emtionis esse, qui dicitur quia tam debet præstare pópulo quod promisit, quam is, qui pro eo Præs factus est*, y en otro lugar: *qui pópulo se obligabant, interrogatique á magistratu, si prædes sint? respondebant: Prædes*, con lo cual concuerda *Varron* cuando escribe (6): *Itaque Præs, qui á magistratu interrogatur in públicum ut præstet, á quo et cum respondet, dicit Præs.*

Lo espuesto basta, para no confundir este *fiador* denominado *Præs* con el señalado bajo los nombres de *vindices, vades, subvades* en los juicios, y *fideijussores, sponsores, adprominores* y *fideipromissores* en los contratos privados, todos de índole tan distinta, y de los cuales solo el *fideijussor* se encuentra consignado en el Digesto.

Cognitores. Tambien hemos conservado esta palabra como en el original, porque no hay equivalente en castellano. Ningun texto tan adecuado como el de Gayo para dar á conocer lo que significaba, en el pasage que dice (7): *Congnitor autem certis verbis in litem coram adversario substituitur.*

La fórmula por medio de la que se sustituia este *cognitor* en el pleito ante el colitigante, y las palabras legales eran en las reivindicaciones respecto del actor:

QUOD EGO Á TÉ FUNDUM PETO, IN EAM REM LUCIUM TITIUM TIBI COGNITOREM DO.

Respecto del adversario:

QUANDO TU Á ME FUNDUM PETIS, IN EAM REM PUBLIUM MÆVIUM COGNITOREM DO.

O mas general para el actor:

QUOD EGO TECUM AGERE VOLO, IN EAM REM COGNITOREM DO.

Y para el adversario:

QUANDO TU MECUM AGERE VIS, IN EAM REM COGNITOREM DO (1).

Y no puede decirse por lo espuesto que el *cognitor* significara la misma cosa que *procurador*, porque el citado Gayo en el párrafo siguiente asegura que este se nombraba sin palabras ciertas, solo por el mandato, estando ausente y aun ignorándolo el colitigante (2).

Procurator vero nullis certis verbis in litem constituitur; sed ex solo mandato, et absente et ignorante adversario, constituitur.

Julio Paulo en sus *Sententias* tambien está en armonia con la doctrina del ilustre comentarista cuando se ocupa *De Cognitoribus* (3), y *De Procuratoribus* (4). Lo mismo que el autor desconocido del fragmento del Vaticano que lleva por epígrafe: *De Cognitoribus et Procuratoribus* (5), á cuyos textos remitimos á los que quieran ver mas por estenso tan interesante materia.

D. P. R. L. P. *De Plano Recte Legi Possit.* Como se ve, está suprimida en esta cifra la sigla V, que en el fragmento del cincuenta y uno vimos correspondia á *Unde*, y es la razon porque este adverbio de lugar se encuentra en el título presente sustituido por *quo loco*, lo cual viene á corroborar la certeza de la interpretacion que vamos dando á las *Notas*.

TITULO LXIIII

Qui Romae aerario praessent. El erario

(1) D. 49. 14. Fr. 3. Callistrat. §. 6.
(2) C. 4. 45. Const. 7.
(3) Varro, De Ling. latin. Lib. 5.
(4) Festus, V.° Manceps.
(5) Festus, V.° Præs.
(6) Varro, De Ling. latin. Lib. 5.
(7) Gaius, Comment. 4. §. 83.

(1) Gaius, Comment. 4. §. 83.
(2) Gaius, Comment. 4. §. 84.
(3) Julius Paulus, Recept. Sentent. Lib. 1. Tit. 2.
(4) Julius Paulus, Recept. Sentent. Lib. 1. Tit. 3.
(5) Fragment. Vatican. Tit. 7. De Cognit. et Procurat.

llamado asi de *ære* (1), era el lugar en que ingresaban las recaudaciones de todas las rentas públicas, y significaba un tiempo lo mismo que *Fisco*, como se colige de *Paulo* cuando habla en sus Sentencias de *jure fisci et populi* (2), y en el último fragmento encontrado que se atribuye á el mismo con el título de *jure fisci*, pero despues cuando á los Emperadores se les señaló un caudal propio con las asignaciones de las provincias, *erario* vino á significar el tesoro del pueblo, y *fisco* el de la dignidad imperial, distinto en un todo del que cada soberano tenia como particular, *patrimonium principis*, lo que se colige de Tácito cuando dice (3): *et bona Sejani ablata ærario, ut in fiscum cogerentur*, y de Hermogeniano al hablar de los administradores de los bienes del príncipe *administrantes rem Principum* (4). Ocupándose el ilustre *Analista* de las personas que tenian á su cargo el *Erario*, señala primero dos *Cuestores*, establecidos por los reyes en la *ley curiada*, aceptada y repetida por *L. Bruto*.

Habiendo aumentado los negocios, *gliscéntibus negotiis*, con los estipendios de la Italia y los vectigales de las provincias, se crearon otros dos mas, que por disposicion de Syla se aumentaron hasta el número de veinte. Augusto confió esta mision á los que habian desempeñado la pretura, y Claudio se la devolvió á los Cuestores. *Cura ærari Saturni reddidit collegis quæstorum, quam medio tempore prætores aut utique prætura functi sustinuerant* (5), conociendo Neron por darles el nombre de *Prefectos del Erario* (6).

Vendere legemque his vendundis dicere. Podia enagenarse por el acreedor la prenda ó hipoteca, á falta de pago del deudor á el plazo prefijado, *(jus distrahendi pignus.)*

Quandiu non est integra pecunia creditori numerata, etiamsi pro parte majore eam consecutus sit, distrahendi rem obligatam non amittit facultatem (7). Con cuyo texto está en armonia el del Digesto que dice: *Sed etsi non convenerit de distrahendo pignore, hoc tamen jure utimur ut liceat distrahere* (1).

Pero como quiera que de tales autoridades no se deduce que dicha venta fuese de los fiadores sino de las cosas empeñadas, de aqui porqué hemos vertido el texto diciendo: *enagenacion de los derechos sobre estos fiadores, estas heredades, y estos cognitores.*

(1) Varro, De Ling. latin. Lib. 4.
(2) Julius Paulus, Recept. Sentent. Lib. 5. Tit. 12.
(3) Cornelius Tacitus, Annal Lib. 6. §. 2.
(4) D. 27. 1. Fr. 41. Hermogen.
(5) Suetonius Tranquillus, in vita Claudii.
(6) Cornelius Tacitus, Annal. Lib. 13. §§. 28. 29. et. 30.
(7) C. 8. 28. Const. 6.

TITULO LXV

Socii. Para probar la razon en que nos hemos apoyado en la version de esta palabra, bastará recordar con *Festo*, que los publicanos eran mancipes, *manceps*, los directamente obligados; fiadores, *præs*, los que los garantian; y asociados, *socii*, los llamados por aquellos, y á quienes les daban una parte en las ganancias y en las pérdidas. *Præs est qui pópulo se obligat, interrogatus á magistratus, et manceps etiam præs est, quia tam debet pópulo præstare, quod promisit, quam is, qui pro eo præs factus est. Socii erant, qui in partem quæstus et jacturæ á mancipibus, et prædibus vacabantur* (2).

De is rebus agere easque res petere persequi recte possit. Téngase presente que *actio* nace de *agere*, *petitio* de *petere*, y *persecutio* de *persequi*, y en esta frase se volverá á ver repetida la teoria que con motivo de las referidas tres palabras expusimos en el Título cincuenta y ocho.

TITULO LXVI

Multa. Segun la definicion de *Varron* no era otra cosa sino: *Pecunia quæ á magistratu dicta, ut exigi possit ob peccatum: quod singulæ dicuntur appellatæ esset multæ quod olim unum dicebant multa* (3).

Aulo Gelio hablando á este propósito consigna que la *multa máxima* era de dos ovejas ó de treinta bueyes, por la abundancia de estos y la escasez de aquellas, que despues la *Ley Aterina* quiso se computase cada oveja por diez ases, y cada buey por ciento, siendo

(1) D. 13. 7. Fr. 4 Ulp.
(2) Festus, V.° Praes.
(3) Varro, De Ling. latin. Lib. 4.

esta la *multa media* y que la *mínima* consistia en una sola oveja (1). Nicolas Gruch, apoyado en Dionisio, sienta que todos los Magistrados podian imponer la mencionada pena pecuniaria (2); añadiendo mas adelante (3), que era preciso precedieran tres acusaciones en el espacio de otras tantas ferias, *trinundinum*, y despues de la cuarta, en el último dia, se procediera á la imposicion, si habia lugar para ello, ó á la liberacion si el supuesto reo aparecia inocente; de cuya determinacion parece que pudo aun recurrirse, pues que Tácito hablando de los Tribunos asegura, que el cónsul L. Piso dispuso: *Neve multam ab iis dictam quæstores ærari in públicas tábulas, ante quatuor menses, referrent; medio temporis contradicere liceret; deque eo cónsules statuerunt* (4); texto que tanta analogia tiene con el del Título que vamos examinando.

TITULO LXVII

Deque rationibus eorundem. En derecho se entendia por *rationibus* las cuentas, y de ahi que cuando el tutor ó curador, al entregárselas al pupilo, sustraia algo de ellas, se le daba á este contra aquellos por el duplo (5) la accion de *rationibus distrahendis*, cuyo significado aclara mas el Digesto: *Actione de rationibus distrahendis nemo tenetur, nisi qui in tutela gerenda rem ex bonis pupilli abstulerit* (6).

Deque ea pecunia &c. En estos últimos renglones se habla de dos *pecuniæ*, una la del *comun*, sobre cuya entrega se deja prevenido lo oportuno, y otra la de la *pena pecuniaria*, que por este Título se debe imponer á el que lo infrinja, porque, como enseña el cuerpo del derecho antes citado, en la *significacion de las palabras: Pecuniæ nómine non solum numerata pecunia, sed omnes res, tam soli quam mobiles, et tam córpora quam jura continentur* (1), y por eso en la traduccion hemos llamado á la primera *caudal comun de los ciudadanos*, y á la segunda simplemente *dinero de los ciudadanos*, con el objeto de marcar en lo posible, sin desfigurar el texto, la diferencia antes indicada.

(1) Aulus Gellius, Noct. Attic. Lib. 11. Cap. 1.
(2) Nicol. Gruchius, De comitiis roman. Lib. 2. Cap. 5.
(3) Nicol. Gruchius, De comitiis roman. Lib. 2. Cap. 4.
(4) Cornelius Tacitus, Annal. Lib. 13.
(5) Julius Paulus, Recept. Sentent. Lib. 2. Tit. 30.
(6) D. 27. 3. Fr. 2. Paul.

TITULO LXVIII

La jurisprudencia penal fue en Roma tan incierta como cambiante. En la época de la monarquía perteneció al Rey su aplicacion; pero mas generalmente á el pueblo reunido. Bajo la república á los comicios por centurias, á los por tribus, á el Senado, á los Cónsules, ó al Pretor por delegacion de aquel cuerpo, y luego á los Cuestores, los delitos que se llamaron *quæstiones perpetuæ*. Por último, en el Imperio á el Soberano, á el Prefecto de la Ciudad, y á el Cónsul; una ley especial venia á marcar el procedimiento que debiera seguirse en cada delito, y estos juicios públicos se llamaban tambien *cognitiones extraordinariæ*.

La Júlia de peculatu, atribuida á César ó á Augusto, se ocupaba de la malversacion del caudal comun (2). Teofilo dice de ella, que cuando el Magistrado, durante su administracion, hubiese sustraido cantidades de los fondos públicos, era castigado con la pena capital; asi como que sus cómplices, y toda persona que cayera bajo la misma acusacion, era deportada (3).

El jurisconsulto *Paulo*, en su libro *De receptarum sententiarum* tiene escrito, De lege Julia peculatus: *Si quis fiscalem pecuniam attrectaverit, surripuerit, mutaverit, seu in suos usus converterit, in quadruplum eius pecuniæ, quam sustulit condemnetur* (4), cuya divergencia aclara el *Código Teodosiano* cuando dice, que esta pena pareció muy leve para tal delito, y fue sustituida por aquella (5).

Tambien hay otra ley análoga á la ante-

(1) D. 50. 16. Fr. 222. Hermogen.
(2) Inst. Lib. 4. Tit. 18. §. 9.
(3) Teophil. Paraphras. Lib. 4. Tit. 18. §. 9.
(4) Julius Paulus, Recept. Sentent. Lib. 5. Tit. 27.
(5) Cod. Teod. Lib. 9. Tit. 28. De crimine peculatus. Const. 1.

rior, que es la *Julia de residuis* atribuida á los mismos, represiva de aquellos que administran los fondos públicos y no restituyen el alcance de las cuentas (1), sobre la cual se espresa *Marciano* con estas palabras: *Lege Julia de residuis tenetur is, apud quem ex locatione, emptione, alimentaria ratione, ex pecunia quam accepit, aliave qua causa, pecunia pública resedit* (2); pero mas esplícito es aun este pasaje del Digesto: *Eum quoque, qui pecuniam públicam in usus aliquos retinuerit, nec erogáverit, hac Lege teneri Labeo libro XXXVIII. posteriorum scripsit. Cum eo autem, qui cum provincia abiret, pecuniam, quæ penes se esset, ad ærarium professus retinuerit, non esse residuæ pecuniæ actionem; quia eam privatus fisco debet; et ideo inter debitores eum ferri; eamque ab eo is, qui hoc imperio utitur, exigeret, id est, pignus capiendo, corpus retinendo, multam dicendo; sed eam quoque Lex Julia residuorum post annum residuam esse jussit* (3). Por lo que hace relacion con la forma del juicio, es sabido que habia casos en que el Magistrado decidia de plano á la presentacion del *libellus* (4), y otros en que se exigia un exámen previo, *causæ cognitio*, que tenia lugar *pro tribunali* (1).

Tal es la parte de legislacion *antijustinianea* que hace relacion con este Título, donde se ve delineado á grandes rasgos el juicio público, *causam públicam*, que á la dacion de las cuentas debiera abrirse.

TITULO LXIX

Lástima es en verdad que no se haya conservado todo este Título que por su rúbrica da á conocer contendria detalles de sumo interés.

Las siglas M. M. corresponden á *Municipum Municipii*, porque como dejamos espuesto en el Estudio tercero, *Malaca* que en tiempo de Vespasiano, segun la autoridad de Plinio allí aducida, era *ciudad confederada*, fue despues, conforme nos lo dice esta plancha, erijida en Municipio por su hijo Domiciano (2).

La *nota* ∞ equivale á *mil*, cuya cifra vemos repetida en diversos lugares del *Bronce de Veleya*, conocido por *Tabla alimentaria de Trajano* (3).

EXPOSICION DEL BRONCE SEGUNDO.

FRAGMENTO DEL TITULO XXI.

Mucha oscuridad presenta la version de estos renglones últimos, por la falta de los que les antecedieron, y ciertamente que no nos detendremos haciendo congeturas sobre la materia de que pudo tratar el dicho Título, porque juzgamos cosas aventuradas las que pudieran aducirse. Y no se crea esto una mera exageracion, puesto que deberán recordarse las esquisitas investigaciones que en los tiempos pasados tienen hechas los romanistas para fijar el entonces desconocido capítulo segundo de la *Ley Aquilia*, como *Jacobo Cujas* se esforzaba en probar, que debió ocuparse de la parte de utilidad de que se privaba al dueño de la cosa dejando ilesa su propiedad, cual *Cornelio Van-Bynkershoe* oponiéndose á semejante opinion, fijaba la suya asegurando, que trató sin duda alguna de lo que se arrojaba y derramaba; y á la manera con que el descubrimiento de Gayo ha venido á poner de manifiesto el verdadero sentido de la ley en esta parte, con las palabras: *Cápite secundo in adstipulatorem, qui pecuniam in fraudem stipulatoris acceptam fecerit, quanti ea res esset, tanti actio constituitur* (4).

(1) Teophil. Paraphras. Lib. 4. Tit. 18. §. 11.
(2) D. 48. 13. Fr. 4. Marcian. §. 3.
(3) D. 48. 13. Fr. 9. Paul. §. 6.
(4) D. 1. 16. Fr. 9 Ulp. §. 1

(1) D. 37. 1. Fr. 3. Ulp. §. 8.—D. 14. 5. Fr. 2. Ulp.—D. 42. 8. Fr. 10. Ulp.—D. 43. 18. Fr. 1. Ulp.
(2) Sobre la inteligencia de lo que se comprendia por *Ciudad confederada*, que era la que estaba sujeta á Roma por alguna alianza, sin ser Municipio, Colonia ni Prefectura, nos habla *Cárlos Sigonio* en la obra que llevamos citada al Cap. 1. del Lib. 1.
(3) Pietro de Lama. Tabola alimentaria Vellejata, detta Trajana, restituta alla sua vera lezione. §§ 13. 14. 23. 25. 28. 29. 32. 36. 37. e 46.
(4) Gaius, Comment. 3. §. 215.

TITULO XXII

MO. M. A nuestro modo de ver, las dos primeras notas equivalen á *Mancipio* y la tercera á *Manu*.

La familia romana constituia como una república doméstica, á cuya cabeza estaba el Gefe, *Pater familias*, en quien se reunian los tres poderes de que habla este Título.

Mancipium. Habia una enagenacion eminentemente quiritaria y peculiar del *cives*, llamada *mancipatio*, que se hacia en presencia de cinco testigos, ciudadanos romanos tambien y púberes ademas, y de otra persona de igual condicion, que tenia una balanza y se llamaba *libripens*. El comprador tocando en la dicha balanza con una barra de metal que daba á el vendedor, y pronunciando las palabras: *Digo yo que este hombre es mio por derecho de los quirites, y que lo he comprado por medio de este pedazo de bronce y de esta balanza de metal*, hacia suyo á el individuo libre que de este modo se le enagenaba, y el poder que conseguia sobre su persona, algo semejante á el que tenia sobre el esclavo, se llamaba *Mancipium* (1).

Manus. Era la potestad que el marido adquiria sobre su muger, que en los primeros tiempos pasaba á la condicion de hija de familia, bien hubiese contraido las nupcias por *uso*, por *confarreacion* ó por *coempcion* (2).

Potestas. Fue el derecho de los señores sobre los esclavos, y de los padres sobre sus hijos, tan inmenso, que, como se ha indicado en otra parte, se estendió hasta disponer de la vida de ellos, sin responsabilidad alguna y á su antojo (3). Aunque mas mitigada se conserva, entre las hojas encontradas del Código Gregoriano, una Constitucion del Emperador Antonino bajo el epígrafe *De Patria potestate*, en que se reconoce como un resto de aquella omnímoda potestad que vino á estinguir el Cristianismo (4).

P. P. Título de honor dado á los Emperadores desde Augusto, y que corresponde á *Pater Patriæ* (1).

(1) Gaius, Comment. 1. §. 116. et sequent.
(2) Gaius, Comment 1. §. 109. et sequent.
(3) Gaius, Comment. 1. §. 52 et sequent. §. 56. et sequent.=Teophil. Paraphras. Lib. 1. Tit. 8. et 9.
(4) Codig. Gregorian. De patria potestate.

TITULO XXIII.

Iura liberorum. Los esclavos no tenian derecho ni consideracion alguna mientras estaban en servidumbre, y solo cuando el señor les daba libertad, volvian á la categoria de personas que habian perdido. En reconocimiento de este inmenso beneficio, adquiria sobre ellos el antiguo dueño los derechos de Patronato, que se dividia en *obsequia*, *operæ*, et *jura in bonis*.

Obsequia, era el respeto y consideracion que el liberto y su hijo debian á su Patrono (2).

Operæ, los servicios que le prometia en reconocimiento de la libertad, ya como doméstico, ya como artífice (3).

Jura in bonis, el derecho de suceder en las herencias testadas ó intestadas de los libertos, establecido, tanto en las doce tablas cuanto en el Digesto (4).

TITULO XXIIII.

P. P. Para poder verificar la interpretacion de este Título hemos tenido que dar á las dos siglas antecedentes la significacion de *Præsidem Provinciæ*, recordando tambien que una misma persona podia ejercer un cargo en Roma y otro en un municipio, mandando un delegado, *Præfectus*, como sucedió á *Hadriano*, que siendo ya Emperador aceptó el de *quinquenal* en su patria; y á *Milon*, que investido con la Dictadura de *Lanuvio*, pretendia en Roma el Consulado (5).

V. E. Responden por *Verum Etiam*, y asi se han traducido, teniendo presente, tanto para estas cifras como para las mas de las anteriores las *Notæ juris antiqui, ex Valerio Probo*, y las *Notæ juris á Magone collectæ*.

(1) Ortolan. Hist. de la Legislat. romain. Troisieme époque §. 1. An de R me 727.
(2) D. 37. 14. Fr. 19. Paul.
(3) D. 38. 1. Fr. 1 et 6. Paul.
(4) D. 38. 2. De bonis libertorum.
(5) Cicer. Pro Milone XXXVII.

TITULO XXV.

Praef. qui á IIvir relictus sit. Antigua fue en Roma la creacion de un *Prefecto* llamado *de la Ciudad*, que era el que sustituia á los Cónsules cuando se ausentaban para ir á ponerse al frente de las legiones. Sobre los derechos y obligaciones de estos *Præfecti Urbis*, hay un título especial en el Digesto (1), y á la referida institucion corresponde la del presente.

TITULO XXVI.

Aqui como en el anterior vuelve á aparecer la fórmula del juramento, igual en un todo á la que hemos examinado en el cincuenta y nueve de la primera tabla, donde citando á *Varron* nos ocupamos de la palabra *Dius*, que se presenta de nuevo en este lugar, y que ciertamente la creemos de orígen griego derivada de Dios, genitivo que corresponde á *Jovis* y cuyo nominativo es Zeus por *Júpiter*, del que nace tambien el adjetivo Dios, *divino*, que es la raiz del *dius* latino, como nos lo hace creer el mismo Filólogo, cuando ocupándose de los nombres de los dioses asegura que: *E queis nonnulla nómina in utraque lingua habent radices; ut arbores quæ in confines natæ in utroque agro serpunt* (2). Nos ha movido á fijar la anterior etimologia la semejanza de este juramento con el usado por los griegos, que se ha conservado bajo esta forma *apud Pullucem* (3) TREIS TEOIS OMNUNAI, IKESION, KATARSION, EXAKESTERION. *Por tres dioses se debe jurar, por aquel á quien se suplica, por aquel que nos hace espiar, y por aquel que alivia nuestros males.*

La inicial *Q.* corresponde exactamente á el genitivo de plural *Quæstorum*.

TITULO XXVII.

Se nos presentan en este Título graves dificultades, que no nos vanagloriamos de haber sobrepujado con la traduccion que presentamos, y en la que hemos tenido presente las doctrinas que pasamos á esponer.

Appellabit. En la República, terminado un litigio, y antes de la ejecucion, podia el que se creyera agraviado invocar la intervencion del Pretor, del Cónsul ó del Tribuno, que vista la causa de la queja enmendaban la injuria inferida, por lo que asegura Gelio (1): *Tribuni, antiquitatus creati videntur non juri dicundo, nec causis querelisque de absentibus noscendis; sed intercessionibus faciendis, quibus præsentes fuissent; ut injuria, quæ coram fieret arceretur.* En el Imperio la predicha facultad de recurrir impetrando se repusiesen las sentencias tenidas por gravosas, tomó la forma de la *apelacion*, que instituida con el mismo fin de reparar toda injusticia, se hacia á Magistrados de órden superior, ó de la misma línea (2), estando en último lugar el Príncipe, que era inapelable (3) de todo punto. No hace al caso presente hablar de las variantes introducidas en las apelaciones por *Constantino*, pues que ellas fueron de una época muy posterior á la que nos ocupa. Basta de consiguiente lo espuesto para nuestro propósito, si bien en el caso que se quieran mayores datos sobre la materia podrán evacuarse las citas que ponemos al pie por nota (4).

De intercessione. Para la inteligencia de esta frase bastará el que se citen la palabras de *Cárlos Sigonio* (5): *Nam ordine si Romæ Consul aut vinculis, aut verberibus, aut mulcta coërcuisset, ac civem damnasset, erat appellatio collegæ, qui intercedere poterat.* Nicolas Gruch desde luego acepta esta doctrina, de que el Magistrado á quien se recurria podia oponerse, *intercedere*, á la sentencia apelada (6). Ahora solo nos resta añadir que al interpretar *intercessione* por *oposicion*, hemos tenido presente, tanto el dicho de Ciceron:

(1) D. 1. 12. De officio Præfecti urbis.
(2) Varro, De Ling. latin. Lib. 4.
(3) Samuel Petitus, Leges Atticæ. Lib. 6 Tit. 6. Pág. 26. 349. et sequent.

(1) Aulus Gellius, Noct. Attic. Lib. 15. Cap. 12.
(2) D. 49. 3. Quis á quo appelletur.
(3) D. 49 2. A quibus appellare non licet.
(4) Cod. Teod. Lib. 11. Tit. 30. 31. 34. 35. 36. 37.—Julius Paulus Recept. Sentent. Lib. 5. Tit. 32.—Papinian. Respons. Tit. 33.—D. 49. 2. 3. 4. 5. 6. 7. 8. 9. 10. 11. 12. et. 13.—C. 7. 42. et. 43.
(5) Carolus Sigonius, De ant: jur. pop. roman: Lib. 3. Cap. 10.
(6) Nicol. Gruchius, De comitiis roman. Lib. 1. Cap. 4.

Erat autem intercedere id quod vulgo dicimus se oponere (1), cuanto el parecer del ya citado *Sigonio* en otros varios pasajes de su misma obra (2).

En cuanto á las *notas* I. T. que equivalen á *Intra Tempus*, pueden evacuarse tambien las citas del pie (3).

TITULO XXVIII.

Gayo, el Emperador y *Teofilo* llaman *Manumision* á la dacion de la libertad (4). Los modos de manumitir eran solemnes y menos solemnes, segun las ceremonias que concurrian para ello, y entre los primeros estaba la que se hacia ante los Magistrados llamada por vindicta, *quia vindicabatur mancipium in naturalem libertatem*, cuyas formas no son conocidas del todo, y solo se sabe que presentándose ante el Cónsul el señor y su siervo, fingia un *Lictor* que demandaba la libertad de aquel hombre, á cuyas pretensiones no contestaba el dueño; y entonces recaia la decision declarando libre al esclavo, á quien se entregaba una vara, *festuca*, simbolizando la lanza (5). Los manumitidos fueron en un principio de la misma condicion, pero luego se subdividieron en tres clases. La *Ley Elia Sencia*, 757 U. R., dispuso que se llamasen *ciudadanos* únicamente los mayores de treinta años, manumitidos por los medios solemnes y en virtud de una justa causa declarada tal, y *dedicticios* los que durante su servidumbre habian sido castigados por sus señores. *La Junia Norbana*, 772 U. R., quiso que si el libertino no habia cometido ningun delito cuando siervo, y al ser manumitido le faltaban las tres condiciones exigidas por la *Elia Sencia*, pasase á la condicion de *latino*, y de estos es precisamente de los que habla este Título (6).

Is qui minor XX annorum. Es tan semejante á este texto el de la *Instituta imperial*, que no podemos dispensarnos de transcribirlo por todo comentario (1). *Eadem lege Ælia Sentia domino minori viginti annis non aliter manumittere permittitur, quam si vindicta apud consilium, justa causa manumissionis approbata, fuerint manumissi*. Lo que está en perfecta armonia con el párrafo quince del precioso fragmento Dositheano.

Neve quae virgo mulierve sine tutore auctore. En el mismo lugar hay otro pasage que dice: *Mulier sine tutoris auctoritate non potest manumittere* (2). Y la diferencia entre *virgo* y *mulier*, que la constituia el estado, está marcada entre las reglas de Domicio Ulpiano (3), en las que se halla usado el *tutore auctore* en el sentido de *tutoris auctoritas* como se ha interpretado, es decir, como *autoridad* ó *autorizacion*, segun explica el Profesor de Constantinopla (4).

TITULO XXIX

De tutorum datione. Cuando faltaba tutor testamentario, y el pupilo no tenia parientes que desempeñasen este cargo, se estableció en Roma por la *Ley Atilia*, que á peticion del pupilo ó de otra persona en representacion del que aun no lo fuere, nombrase un tutor dativo, que se llamaba *atiliano*, el Pretor urbano asistido de la mayor parte de los Tribunos de la plebe, que ascendian al número de diez. Despues la *Julia y Ticia* concedió la misma facultad en su territorio á los *Presidentes de las provincias* (5). De aqui el porqué en los municipios tambien el Duunvir daba tutor, con arreglo al decreto de los Decuriones, á el pupilo que no lo tuviera y lo pidiese, como lo prueban las letras del Digesto que dicen (6): *Decreto Decurionum et ipsum Magistratum curatorem dari potuisse, respondi*. Por lo que *Cujas*, apo-

(1) Cicer. De Legibus 3.
(2) Carolus Sigonius, De ant. jur. pop. roman. Lib. 3. Cap. 11 et 13.
(3) D. 49. 4. Quando appellandum sit, et intra quæ tempora—C. 7. 43. De temporibus et reparationibus appellationum, seu consultationum.
(4) Gaius, Comment. 1. §. 11 et sequent.—Inst. Lib. 1. Tit. 5.—Teophil. Paraphras Lib. 1. Tit. 5.
(5) Ibidem.
(6) Ibidem.

(1) Inst. Lib. 1 Tit. 6
(2) Fragment. veter. Jcti. De juris spec. et de manumiss. §. 17.
(3) Domitius Ulpianus, Lib. Sing. Regul. Tit 11. §. 20.
(4) Teophil. Paraphras. Lib. 1. Tit. 21.
(5) Gaius, Comment. 1. §. 185. et sequent.—Inst. Lib. 1. Tit. 20—Teophil. Paraphras. Lib. 1. Tit. 20.—Domitius Ulpianus, Lib. Sing. Regul. Tit. 11. §. 18.—D. 26. 5. De tutor. et curat. datis.
(6) D. 26. 6. Fr. 3. Paul.

yado en este y en otro pasaje del mismo cuerpo (1), sienta como principio (2): *Magistratus municipalis dari quidem tutor potest decreto Decurionum.*

Adgnatus proximus. Se llamaban agnados los parientes por línea de varon. *Sunt autem agnati per virilis sexus personas cognatione juncti* (3). *Sunt autem agnati, cognati per virilis sexus cognationem conjuncti* (4). Los textos que se acaban de aducir, tanto en este punto cuanto sobre el anterior, tienen sobrada analogia con el Título que comentamos, que felizmente se ha salvado todo, evitándose asi cualquiera ocasion de duda que pudiera orijinarse (5).

(1) D. 26. 5. Fr. 19. Paul.

(2) Jac. Cujacius, Comment. ad var. tit. Digest. De excusati onibus ad L. 11. in fine.

(3) Gaius, Comment. 1. §. 156.

(4) Inst. Lib. 1. Tit. 15. §. 1. con cuyo pasaje está en armonía Teophil. Paraphras. Lib. 1. Tit. 15. § 1.

(5) Debemos advertir, que hemos procurado hacer la trascripcion de los *Bronces* con toda la exactitud posible, y verificado sobre ellos mismos las diversas pruebas de la impresion, con el objeto de presentar el texto en su mayor pureza respecto de los orijinales. Y lo consignamos asi para que no se atribuya á errata leer escrito CONPREHENSUM LIIII) CAELIBI (LVI) HERESVE (LXVII) MUNICIPUM XXV) INTRI (XXVII); ni menos ver en un mismo lugar RESTITUTURUS y RESTITURUS (LXII) II y INQUE (LXIIII) EIIUS y EIUS (LXVII) con otros muchos defectos que se notan mas especialmente en la tabla de Málaga.

Y ahora solo nos queda por añadir, que dejamos terminado nuestro trabajo sin que abriguemos otra conviccion que la de haber *tocado* materia tan ardua como *con la punta de los dedos;* y séasenos permitido tomar del *Parafraste bizantino* frase tan delicada: AKRO GEUSASTAI TO DAKTULO (1). Pero esa sublime antigüedad nos ha impulsado con fuerza irresistible, llevándonos mas allá de lo que pensábamos, porque los nombres de Grecia y Roma llegan siempre á nuestros oidos con la misteriosa armonia del entusiasmo; surjiendo la primera de entre las nubes de lo pasado, ideal como un símbolo, poética como la Iliada, y apareciendo la segunda sobre las ruinas de la vieja Europa, semejante al Júpiter homérico (2), levantando con su diestra omnipotente las naciones todas de la tierra, sujetas mal de su grado con la cadena de oro de sus centuplicadas victorias.

DR. MANUEL R. DE BERLANGA.

(1) Teophil. Paraphras. Lib. 4. Tit. 18. § 12.

(2) Homero, Iliada. Cant. VIII.

FACSÍMILE DEL TÍTULO LIII. BRONCE 1º

R INQVA·CVRIA·INCOLAE·SVFFRAGIA
FERANT
QVI QVAMQVE·IN EO MVNICIPIO COMITIA TI·VIRIS
LIII ITEM AEDILIBVS ITEMQVAESTORIBVS ROGAN
DIS HABEBIT EX·CVRIIS·SORTE·DVCITO VNAM
INQVA·INCOLAE QVI·CIVES·R LATINIVE CIVES
ERVNT SVFFRAGIO FERANT·E IS QVE·IN EA·CV
RIA SVFFRAGI·LATIO ESTO

FACSÍMILE DEL EPÍGRAFE DEL TÍTULO XXVIII. BRONCE 2º

R DE SERVIS·APVD TI VIR·MANVMITTENDIS·

FACSIMILE DEL TITULO LIII. BRONCE 1.º

R · INOVA · CVRIA · INCOLE · S · V · FRACIA
FERANT

QVI · CAMQVE · IN · TOMAVNICIP · LOCOMITIA · II · VIRIS
IVRISDICIBVS · IVRISQVE · DICENDIS · POTESTOMIBVS · ROGAM
DIS · HABEBIT · EX · CVRIA · SORTE · DVCITO · VNAM
INQVA · INCOLAE · QVI · CIVES · R · LATINI · EGIVES
ERANT · SVFRACIO · FERANT · E · ISQVE · IN · EX · CV
RIA · SVFRACI · LATIO · ESTO

FACSIMILE DEL ENGRAVE DEL TITULO XXVIII. BRONCE 2.º

R · DESTRVIS · APVD · II · VIR · MANIVMAITENDIS ·

MARON.

LEYENDA HISTÓRICA MORISCA.

I.

El astro de los Omeyas
Va para siempre á eclipsarse;
¿Do estan, Córdoba orgullosa,
Tus reyes Abderrahmanes?
Hixêm heredó su trono,
Mas no su esfuerzo pujante,
Y un Almanzor necesita
Que lo defienda y ampare.
Este invencible caudillo
Contra los cristianos parte,
Lo protege la fortuna,
Y entra en Galicia triunfante.
Gobierna el morisco imperio
Sobeiha, la Reyna madre,
Y en brazos de sus esclavas
Hixêm deleitado yace,
Prefiriendo á los arneses
Los purpúreos capellares,
Y al caparazon guerrero
Los bien mullidos divanes.
Como el mal ejemplo arrastra
En pos de sí tantos males,
Y por adular se imitan
Los vicios mas detestables,
La flor de la Andalucia
Precipitóse anhelante,
Al golfo de los placeres
Que cieno en su fondo trae.
Maron aunque adolescente
Hace de su ingenio alarde,
Brillando en la corte mora,
Que el de Hixêm es su linage.
Abderrahman-ben-Maron,
Del precoz poeta padre,
Descendia en línea recta
De otro Abderrahman, del Grande.
Mas no imitaban los nietos
Al Kalifa memorable;
Sin duda enervó su raza
Alguna mestiza sangre.

—

Siempre el corazon del niño
Ilesa guarda la imágen
Que el amor graba en su fondo;
Santuario impenetrable
Donde se estrellan del tiempo
Los destructores embates,
Porque falsear no puede
La constancia que es su llave.
Alegre Maron, dichoso,
Compartia en su alcázares
Con una hermosa doncella
Sus placeres virginales.
Y aquel cariño inocente,
Puro, ardoroso, entrañable,
Se desarrolló con ellos,
Tomó formas de gigante.
En un lago de delicias,
Inmenso cual sus afanes,
Y como su amor, sin límites,
Se sumergen los amantes.
El Sol su dicha ilumina
Desque en el Oriente nace,
Hasta que apaga en Ocaso
Su lumbrera rutilante.
Y aquellas almas sensibles,
Agotando los raudales
Del amor, ávidas siempre,

No llegaron á saciarse,
Como al cruzar del Egipto
Los tostados arenales,
Aunque un manantial apure,
Su sed no mitiga el árabe.
De los fragantes jardines
Cruzan las umbrosas calles,
Bajo el toldo que les brindan
Los sicomoros y sauces.
El pasado y el presente,
La aurora, el dia y la tarde,
Se confunden para ellos
Que piensan solo en amarse.
Y al alegre pajarillo
Que cruza armónico el aire,
Lo separan de su amada
Si incauto en sus redes cae;
Sin prever que llegue un dia
En que sufran como el ave,
Los rigores de la ausencia,
Sus zozobras y ansiedades.
Asi transcurren los años,
Como por mágia, fugaces,
Siendo ignorada la dicha
De seres tan envidiables.

II.

Cuando del amor los lazos
Unen dos almas de fuego,
Se elevan á tal altura
Que el mundo juzgan estrecho.
Y al tratar de separarlas,
Remontan su osado vuelo
A impenetrables regiones
En alas de sus deseos.
Maron y la hermosa jóven
A quien mira en sus ensueños
Como hurí del paraiso,
Sultana del embeleso,
Los rigores de la ausencia
En breve, tristes sufrieron,
Que Abderrahman-ben-Maron
Los separó á su despecho.
Lentas las horas pasaban,
Y entonces ¡ay! comprendieron
Que solo al perder el bien
Conoce el mortal su precio.
Mas al infeliz amante
No arredran los contratiempos,
Y con su fatal destino
A luchar está resuelto,
Como la palma invencible
Que se eleva en el desierto,
Y al Simoun desafia
Con su penacho altanero.
Y como el leon que rompe
De sus prisiones los hierros,
Para volver con su amada
Que sin él no halla consuelo,
Asi Maron vuela ansioso
Buscando el único objeto,
Que dorando su existencia
Torna en eden este suelo.
Con la estrella la compara
Que indica al marino el puerto,
Tras del cual boga afanoso
Cuando oye rugir el trueno.
Pálido está; en su semblante
Su huella el dolor ha impreso,
Y solo que vive indican
Los latidos de su pecho;
Porque en él reconcentrados
Su amor y su sentimiento,
Han causado una borrasca
Y el corazon lucha en medio.

—

Sus negras alas la noche
Fue silenciosa tendiendo,
Y límpido se ostentaba
El azul del firmamento.
Cual tímido y fiel amante
Sigue á la luna un lucero,
Y en breve aquella se oculta
Buscando el otro hemisferio.
Los demas astros lanzaban
Ténues fulgores inciertos,
Dominando las tinieblas
Protectoras del misterio.
—Antes que mengüe esa luna
Realizaré mis proyectos;
Mi resolucion es firme;
Firme, cual mi amor inmenso.
Como en alta mar la nave
Que impelen contrarios vientos,
Entre ansiedad y temores
Fluctúa mi pensamiento.
¡Por Alah!, Maron, no olvides
Que eres de Kalifas nieto,
Y como el rayo, aniquila
Al que se oponga á tu intento.

Dijo: y tocando á un resorte,
Se abrió una puerta en silencio,
Que cerró tras sí, quedando
En un jardin pintoresco.
Baños marmóreos de esencias
Se ostentaban en su centro,
Y fuentes alabastrinas
Formando vistosos juegos.
Bajo el sombrío ramage
De un frondoso limonero,
Esperando á su adorada
Maron se puso en acecho.

III.

Entre mirtos y arrayanes
Leve una sombra cruzó,
Cual nube de primavera
Que arrebata el aquilon.
De un triste seno oprimido,
Hondo suspiro partió;
De esos suspiros que hieren
Las fibras del corazon.
Y como vibran las cuerdas
De un laud, si otro sonó,
Aquel ¡ay! encontró un eco
En el pecho de Maron.
—Ella es; no me engañaba,
El jóven balbuceó,
Y para escúchar contuvo
Su fuerte respiracion.
Entonces rompió el silencio
La flébil y dulce voz
De la bella, que entonaba
Una arábiga cancion,
Cuyas notas descubrian
La intensidad de su amor,
Y es fama que allá en su nido
El *bulbul* (*) las repitió.
Creciendo del agareno
La febril agitacion,
Hácia la hermosa cantora
Trémulo se adelantó.

—

Envuelta en flotantes gasas
Que el viento agita en redor,
Y ora ahueca con su soplo,
Ora pliega jugueton,
Vaga errante la doncella,
De aquellos pensiles flor,
Y mas que humana criatura
Parece ideal vision.
Los encantos y primores
Con que el cielo la dotó,
Describir no puede el vate
Ni retratar el pintor.
De perlas entre corales
Su collar y ajorcas son,
Imitando de su boca
El matiz encantador.
Lleva una rosa en la mano
Que por la tarde cogió,
Porque á otra se hallaba unida
Y asi le hablaban de amor.
Y como todo el que sufre
Cruel es, sin compasion
Aquella dicha envidiando,
A las rosas separó.
Ostenta en su seno un ramo
De mirto y málvas de olor,
Que le enviara aquel dia
Su amante, con precaucion.
—Las vírgenes celestiales
Que Mahomet nos ofreció,
No reunirán de mi amada
La admirable perfeccion.
Dijo el mancebo; en las hojas
Produjo un leve rumor,
Y cual gamuza espantada
La jóven retrocedió.
—Soy yo, mi bien, nada temas,
¿Vas á huir de tu Maron?
—De ti huir? tu me das vida
Como á la azucena el sol.
—Pues no perdamos el tiempo.
—Soy tu esclava, asi dispon.
—Huyamos de estos jardines,
Fatales á nuestro amor.

—

Cuando á la puerta llegaban
Ebrios de gozo los dos,
Vieron alzarse una sombra
Como espectro acusador.
Oscura estaba la noche,
Y á estorbar se preparó
La fuga de los amantes
El fantasma aterrador.
Pero el atrevido jóven

(*) Bulbul. Ruiseñor.

Cual desbocado bridon,
Que á aquel que va á sujetarlo
Derriba, y salta veloz,
El pecho de su adversario
Con su acero atravesó,
Reconociendo á su padre
Horrorizado Maron.

IV.

A las voces que el herido
Lanzó de dolor y cólera,
Presurosos acudieron
Sus esclavos con antorchas.
Turbado Maron vacila,
Quiere huir y se lo estorban,
Su mano esgrime el acero
Y contra un árbol se apoya.
Rabioso como la fiera
A quien encierran y acosan
Los cazadores, luchaba
Con resolucion heroica.
Entretanto sin sentido
Al suelo cayó la mora,
Que al presenciar tal escena
Sufrió letales congojas.
Maron corre á sostenerla,
Sobre él cien negros se arrojan;
Las fuerzas son desiguales,
Y lo vencen y aprisionan.
Cuando asomaba al Oriente
Su faz risueña la Aurora,
Vertiendo desde su trono
Hilos de nítido aljófar,
Encerrado en una torre
Se hallaba Maron á solas,
Viendo en su delirio sangre
Y visiones espantosas.

—

Los Cadies (*) averiguan
El lance que al pueblo asombra,
Y que divulga y comenta
Cual siempre la gente ociosa.
Hixêm y la Reyna madre
La vida á Maron perdonan,
Su amor y edad lo disculpan,
Y su sangre real lo abona.
Pero esta fue su sentencia:
«Preso ha de vivir en Córdoba
El criminal, tantos años
Cual de vida cuenta ahora.”
Como á fuerza de pesares
Nuestro corazon se forma,
Y se aprende en las desgracias
Mucho mas que en las historias,
Maron fue sabio: compuso
En su prision varias obras,
Recibiendo allí del genio
La inspiracion creadora.
Entregado á sus recuerdos
Vió deslizarse las horas;
Lentas para el que padece,
Ligeras para el que goza.
Diez y seis años estuvo
En la torre espiatoria,
Fijando el tiempo en su frente
Su marca indeleble y honda.

—

Una espumante cascada
Que el Bétis de paso forma,
En el sitio mas ameno
Que se halla al salir de Córdoba,
Se conoce vulgarmente
Por el *salto de la mora*,
Corriendo sobre su orígen
Tradiciones muy remotas.
Ancianos hay que aseguran
Que allí se arrojó la hermosa,
Cuando al perder á Maron
Quedó con sus penas sola.
Los árabes nada dicen
De esta infeliz en sus crónicas,
Pues la muger para ellos
Dura un dia cual la rosa.

JUAN TEJON Y RODRIGUEZ

(*) Cadí. Juez.

Enero de 1853.

ISLA DEL TIGRE.

(CHINA)

La isla del Tigre, cuya vista acompaña estas líneas está situada en medio del rio de Canton. Bajo un gobierno mas guerrero, seria suficiente defensa contra una invasion en el canal. Forma un promontorio avanzado, y sobre la orilla opuesta y enfrente de él hay una eminencia que encierra, por decirlo asi el rio, que por este sitio solo tendrá una media milla de ancho; de suerte que unos ingenieros hábiles podrian hacer este paso muy dificil y hasta imposible. Algunas baterias se han construido, pero estan tan mal dispuestas, que son enteramente ridículas como fortificaciones, y no podrian retardar ni por un momento la entrada de un buque armado.

El rio de Canton está por lo comun muy agitado, y por consecuencia de las dificultades de la navegacion, muy á menudo los barcos chinos sufren accidentes funestos. Los chinos están siempre en acecho de estos accidentes por el beneficio que les resultas; asi es que cuando corren á socorrer á algun barco, es con la intencion de sacar el mayor provecho. Antes de salvar á un hombre que se esté ahogando, hacen un trato con él, ó con la persona mas interesada, estipulando sus condiciones en razon del peligro que corre y de los medios que tienen mas á mano. No titubean por escrúpulos de conciencia en abandonar á un desdichado á su triste suerte, si se niega á acceder á su exorbitante demanda. En la opinion de los que han sido testigos de su bárbara rapacidad, hay ciertas circunstancias que envilecen el carácter de los chinos hasta el último punto de la degradacion. Pero seria injusto juzgar una nacion por la conducta de esta ínfima parte de la poblacion que habita los puertos; clase que por lo comun en todo pais procura enriquecerse á espensas de los que vienen á pedirle hospitalidad.

S. C.

ISLA DEL TIGRE (CHINA).

LA ROCA DE NERLING.

LEYENDA ESCANDINAVA.

El sol se pone detrás de los anchos mares de Noruega, despues de haber brillado en el horizonte durante un largo dia de diez y seis horas. Su disco medio sumergido en las aguas, velado por la niebla y desprovisto de rayos, se asemeja no poco á un círculo de cobre enrogecido, y empañado despues en una atmósfera de vapor acuoso. El mar, grande como el espacio, frio como la tumba, mudo como la muerte, é inmóvil como una inmensa masa de plomo, dejaba resbalar sobre su tersa superficie el viento de la tarde sin rizarse con la mas leve onda. El azul del cielo desaparecia bajo un cúmulo de densas nubes, que se cubrian á su vez unas á otras como las tiendas derribadas de un campamento aéreo. Descubriase en lontananza la costa de Noruega, larga y rugosa como una gran vela latina enrollada, y por otro lado la pequeña y desigual isla de Vengen Oe, cuyas asperezas desgarraban la niebla, y en cada uno de cuyos picos se enganchaba una nube cual una parda bandera. En medio del horizonte que con rápidas pinceladas acabamos de bosquejar, se alzaba un peñasco, informe como una berruga de piedra, solitario como un soberbio sin poder, cuya cima empañada por el aliento de los siglos estaba dividida en varias eminencias pequeñas, parecidas á los torejones de una fortaleza feudal. Cada bocanada de viento que cruzaba por los surcos formados por estas desigualdades, producia un sonido tan prolongado y lúgubre, que hubiera hecho erizarse los cabellos de Voltaire si se lo hubiera permitido la gravedad de su peluca.

Corria á la sazon el mes de Marzo de 1827, y á pesar de lo avanzado de la estacion, el frio reynante no le dejaba nada que desear á Enero. Una barquilla se deslizaba sobre las aguas, lenta y trabajosamente como un caracol cansado. Ayudaba á la vela con un par de remos anchos y cortos un robusto pescador noruego, de provecta edad y honrada fisonomía. Acompañábanle en la barquilla dos hombres, cuyos pesados capuchones forrados de pieles no bastaban para encubrir esa afectada sencillez, de que tan estúpidamente hacen alarde algunos estravagantes viageros. Eran sin duda dos entes de aquellos que viajan por capricho, van por escentricidad á donde no hay cosa que merezca la pena de ir, y escriben por moda la historia de su viage; hombres que no olvidarian su corbata para cruzar el desierto de Zahara, ni su reló para visitar la morada de un samoyedo. La pequeña embarcacion volvia de la isla de Vengen Oe, á la cual habia conducido el pescador á los dos viageros para ver no sé qué gruta abundante en cristalizaciones.

Al pasar á poca distancia de la roca solitaria, una ligera bocanada de viento hinchó sumamente la vela de la barquilla. Al

mismo tiempo se oyó sonar en la cima de la roca un gemido triste como la voz del cárabo.

—Qué es eso? ¡Vaya un sonido estraño el del viento en este lugar! dijo uno de los visitadores de la isla.

—Ah! dijo el pescador; esa es la roca de Nerling. El alma de la pobre Elminka viene todos los dias al caer la tarde á gemir en el sitio donde se separó de su cuerpo. Sobre esa roca existe una tradicion célebre en nuestro pais.

—Contádnosla, contádnosla, digeron á la vez los dos viageros, y uno de ellos preparó su enorme cartera de viage para trascribir, traduciéndola á su lengua la relacion del pescador.

Este soltó sus remos y empezó:

—Há muchos siglos dominaba por estas tierras un poderoso señor. Los que á él estaban unidos le respetaban y le querian bien, porque Nerling, que este era su nombre, era fuerte y bueno. Tenia una hija, blanca como la nieve, hermosa como el sol; la tierna Elminka era la delicia de su padre y el júbilo de todos; muchas veces habia enjugado las lágrimas del infeliz, algunas veces habia detenido la lanza de su padre, cuando su brazo armado por la ira iba á traspasar el pecho de alguno de sus siervos; por eso la bendecian todos, y derramaban al verla lágrimas de afecto y de gratitud. Muchos fuertes guerreros, muchos altos señores se habian enamorado de sus prendas; pero ella decia siempre: Si me separo del lado de mi padre, quien cuidará de él cuando la edad cubra su cabeza de canas, cuando sus miembros se entorpezcan y su vista se debilite? ¿Qué mano amiga cerrará sus ojos cuando muera, si la mano de su hija no se puede posar sobre su frente? Nerling adivinaba los pensamientos de su hija, y lágrimas de gozo se desprendian de sus ojos.

Un dia aparecieron tres naves estrañas á la vista de esta costa: venian de allí (el pescador al decir estas palabras estendió su brazo hácia el Sur), y estaban cargadas de guerreros sin fe ni ley, atrevidos piratas, cuyo hogar era el sol, su casa el mar y su existencia el pillage. Capitaneábalos el fuerte y temible Oldhag, terror de nuestras costas, é hijo de uno de los poderosos Reyes de la mar (1).

Los piratas desembarcaron con ademanes hostiles. Nerling golpeó su ancho escudo, y doscientos valientes se reunieron al punto en torno suyo. Trabóse el combate. Los piratas pelearon valerosamente y con ventaja al principio; pero al fin fueron vencidos, porque la destruccion estaba sentada sobre el brazo de Nerling, y el caballo de la muerte galopaba junto á la punta de su lanza. Los estrangeros fugitivos volvieron á sus naves, pero su gefe quedó prisionero y mal herido.

Oldhag era hermoso como el sol de Junio; pero el ángel de las tinieblas habia emponzoñado su corazon. Nerling se interesó por él, tuvo compasion de su desgracia, y no le escaseó ni los cuidados como á enfermo, ni las atenciones como á huésped. La tierna Elminka velaba muchas veces con amable solicitud á la cabecera del lecho del enfermo, y le oia decir en su delirio: Hija de Nerling, yo te amo!..... Entonces Elminka se ponia encendida y despues pálida, murmuraba el nombre de Oldhag junto con el de su padre, y solo los espíritus libres sabian lo que pasaba en su pecho.

Cuando el enfermo pudo andar, Elminka le acompañaba en sus largos paseos, y el brazo débil de Oldhag se apoyaba en el brazo redondo y puro de la vírgen. Cuando el hijo del Rey de la mar le hablaba del hermoso cielo de su pais, y de lo mucho que eran allí queridas y respetadas las mugeres, Elminka sonreia; cuando le hablaba de amores, Elminka pensaba en su padre y lloraba.

Habian aparecido en la estremidad del horizonte tres velas: aquellos tres vageles misteriosos se perdian algunas veces de vista; pero pronto volvian á aparecer delante de la costa. No faltó quien dijo que aquellas eran las naves de Oldhag, que habian vuelto con algun siniestro fin.

Un dia se presentó ante Nerling uno de sus mas adictos servidores y le dijo.—Nerling, mientras tú no ves hay otros que miren por tí. La serpiente del mal ha depositado en los labios del estrangero su engañoso veneno,

(1) Nombre antiguo de los soberanos de Dinamarca.

y tu hija acaba de huir con Oldhag. Yo los he visto; pero la velocidad de su fuga los ha sustraido á mi persecucion.

Nerling, fuera de sí, toma su lanza y corre á la playa. Estaba desierta Tres naves, balanceándose en los límites del horizonte, se alejaban á velas desplegadas. El padre de Elminka exhaló un grito de furor y de pena, y su voz rodó sobre la aguas como el bramido de una tempestad.

—Maldito seas, gritó; maldito seas, hombre pérfido como todos los hijos de la mar, traidor guerrero cuya esclavitud convertí en hospedage, y que me robas en cambio mi prenda mas querida! Maldita seas tú tambien, hija cruel, que así maltratas el corazon de tu padre! Malditos seais!

Su ronca voz se perdió en el espacio; las naves continuaban alejándose. Entonces el triste Nerling, dominado por un arrebato de cólera, estendió el brazo y arrojó su lanza hácia los fugitivos. El arma temida, impulsada sin duda por algun espíritu vengador, corrió mas de lo que hubiera podido hacerla correr ningun brazo humano, y se clavó vibrante y silvadora en la madera de una de las naves. En esta nave se hallaban los dos amantes. Elminka lloraba amargamente, y Oldhag la consolaba con afectuosas palabras. Al ver la lanza de su padre, la jóven aterrorizada redobló sus amargos sollozos; pero el altivo danés la dijo:

—No te aflijan amenazas impotentes: el amor nos consuela y el mar nos tranquiliza.

Y al decir estas palabras, desprendió el asta con robusta mano y la arrojó al mar.

Entonces sucedió una cosa estraña; al penetrar la acerada punta en el agua, esta empezó á agitarse con un movimiento vortiginoso y rápido. Este movimiento se fue estendiendo con un rumor sordo y terrible, y pronto la inmensa voragine cogió la nave por la proa, y la hizo girar como una piedra en una honda. En vano el viento hinchó poderosamente la delgada vela; la vela absorvida por la fuerza de aquel hervidero se sumergió en su centro entre los lamentos de cuarenta hombres, las imprecaciones de Oldhag y las lágrimas de Elminka.

El desgraciado padre vió aquella catástrofe desde la orilla, y cruzó los brazos sin derramar una lágrima; un amargo suspiro se escapó de las cavidades de su pecho. Despues subió lentamente sobre la mas alta roca, y se precipitó desde ella al mar.

El sol se puso.

Al dia siguiente vieron los habitantes de la costa esa roca levantada en el sitio mismo de la catástrofe, como un monumento erigido por la naturaleza en memoria de esta triste escena.....

El pescador concluyó al decir esto, y despues de haber mostrado á los otros la roca ya lejana, volvió á tomar sus remos y empezó á bogar con nuevo vigor.

—Algo de mas interes esperaba yo! ¡Qué imbéciles son estos hombres! dijo uno de los viageros que se habia ocupado en copiar la relacion del noruego, y guardó con despecho su cartera.

Dicha cartera llegó despues á mis manos, y dicha relacion es la que copio.

F. B. Ch.

LÚNES 4 DE ABRIL.

ESTUDIOS MORALES.

EL ARTE DE HACER FORTUNA.

Todo el mundo se acuerda en Madrid todavia de la ruidosa boda de un rico banquero, á quien por respeto al incógnito que se nos ha recomendado llamaremos simplemente don Juan, con la hija única del marqués de V... antiguo embajador de Rusia; boda que se celebró con la mayor pompa en la magnífica casa del banquero; pero no sabe todo el mundo el estraño é interesante episodio que ocurrió en este matrimonio aristocrático, y que ha grangeado al marido para mientras viva una reputacion de originalidad sin ejemplo.

Era la mañana del dia que habian de celebrarse los desposorios; el coche de don Juan aguardaba á la puerta, y él mismo esperaba los convidados en un salon brillantemente adornado, cuando entró el criado á anunciar que estaban allí los sastres. «Diles que entren» contestó el banquero; y al punto se presentaron diez individuos, provisto cada cual de un enorme paquete que depositaron sobre las sillas. Contenia cada paquete dos vestidos nuevos de paño, compuestos de pantalon, chaleco y chaqueta, hechos á la medida de jóvenes de doce á quince años; don Juan examinó los paquetes, y hallándolos conformes á su deseo, mandó que se repartiesen entre los sastres doscientos doblones, con lo cual estos se retiraron haciendo mil cortesías y llenos de curiosidad y de admiracion. Despues de los sastres entraron diez sombrereros con veinte gorras, y luego las costureras con veinte camisas, y por último los zapateros con veinte pares de borseguíes; todos se retiraron perfectamente pagados, y sin saber á qué atribuir la estraña conducta de nuestro don Juan. Este por su parte llamó entonces á su ayuda de cámara, y le previno que buscase por Madrid veinte muchachos asturianos, carboneros, aguadores, ó mozos de cordel, á quienes debia convidar á comer, prometiendo un doblon ademas á cada uno. «En mi cuarto de baño, añadió, hallarás todo lo necesario para jabonarlos de pies á cabeza, y cuando acabes la operacion les harás poner estos vestidos, acomodando uno á cada uno segun su estatura, y despues los llevarás á ese salon, donde comerán, mientras nosotros con los convidados lo haremos en el inmediato.»

Era una mañana de las mas crudas de invierno; el yelo habia reemplazado á la nieve, y el sol hacia inútiles esfuerzos para abrirse paso al través de una espesísima niebla; el buen ayuda de cámara tuvo no poco que hacer para encontrar los huéspedes que buscaba; pero al cabo la voz fue corriendo de unos en

otros, y puede calcularse la alegria de los pobres asturianos, que parados en una esquina ó al rededor de una fuente esperaban con impaciencia poder ganar ocho cuartos para una libreta, al oir que se les regalaba un doblon por tomarse la pena de asistir á una comida de boda en casa de un rico señor; no habia pasado una hora y ya excedia en mas que doble el número de pretendientes. El criado en uso de sus facultades omnímodas eligió los que le parecieron mas á propósito, dando la preferencia á los mas andrajosos y sucios, no sin riesgo de que los deshauciados quisieran acometerle en medio de la Puerta del Sol, donde gracias á la intervencion directa de la guardia del Principal pudo salir ileso de entre los descendientes de Pelayo.

Al entrar en casa del banquero, los novios y los convidados volvian de la iglesia, y á la verdad que el contraste no podia ser mejor; por una parte las brillantes libreas, los vestidos de seda y encage, las joyas, los jóvenes mas elegantes y las mugeres mas lindas de Madrid; por la otra los rostros llenos de mugre y tiznados de carbon, los pelos erizados, los harapos y la miseria.

En tanto que la elegante comitiva se miraba como preguntando el significado de aquella escena, don Juan fijó en los asturianos una mirada melancólica, y pareció preguntarse á sí mismo: ¿Si la dicha no está aquí, donde se halla?

—Bien cerca, respondieron sus labios al apoyar la mano en la de su linda esposa, á quien introdujo en seguida como una Reyna en su palacio, no sin prevenir á los criados que cuidasen de los asturianos.

Una hora despues un arroyo de agua negra como la tinta corria por el patio; era la que habia servido para jabonar á los huéspedes, que al mismo tiempo salian del baño como de la cuba de Eson, tanto mas blancos y frescos, cuanto que puede decirse qne habian estrenado pellejo nuevo; cualquiera al ver la metamorfosis hubiera dicho que eran una legion de espantosos demonios convertidos en querubines ó en amores.

La hora del festin habia llegado, millares de luces en ricos candelabros iluminaban el palacio; despues de atravesar las habitaciones del esposo, enriquecidas con todo cuanto puede imaginar el gusto de un millonario, los convidados se habian sentado á la mesa y ya nadie se acordaba de los asturianos. De repente una gran puerta de dos hojas se abrió, y apareció un salon como el comedor, iluminado, con una gran mesa espléndidamente servida, y ocupada tambien por alegres convidados. A la vista de esta escena, que parecia cosa de mágia ó decoracion de teatro, todo el mundo dió un grito de sorpresa, escepto el banquero y su esposa que se dirigieron una mirada de inteligencia; pero muy pronto fue preciso á los asistentes fijarse en la realidad, y reconocer los asquerosos carboneros y aguadores de por la mañana, convertidos en rozagantes mancebos, con sus vestidos y gorras nuevas, danzando y cantando al rededor de la mesa, y preparándose á cenar por la primera vez de su vida con servicio de plata y de cristal. La sala estaba caprichosamente adornada, y era á la verdad aquello un paisage de Suiza, tal y como lo representan los poetas y pintores; nada mas faltaba que las cabañas humeando, y las montañas coronadas de nieve. Con una mano don Juan apretó la de su esposa, y con la otra se cubrió los ojos llenos de lágrimas.

—Amigos mios, dijo dirigiéndose á los convidados; ruego á W. que me perdonen este capricho; considerándome hoy el mas feliz de los hombres, he querido que participen de mi ventura algunos desdichados.

Esta noble esplicacion fue de todos aplaudida; pero sospechando que no revelaba enteramente el misterio y esperando el desenlace, grandes y pequeños convidados hacian por completo los honores á los ricos platos que les servian: los pequeños principalmente parecia que querian desquitarse de las privaciones de toda su vida, y con igual predileccion acogian la perdiz que el pavo, el pastel que el conejo, los pescados que las frutas y los vinos: vigilados no obstante por los criados, ni uno solo se escedió, y todos conservaban su razon; cuando enmedio del mas profundo silencio, dirigiéndose á ellos don Juan:

—Y bien, hijos mios, les preguntó, ¿he conseguido mi objeto? ¿Sois completamente felices?

Los interrogados respondieron con tales gritos de alegria que desechaban todo género de duda.

—Nos hemos divertido para toda nuestra vida, esclamó con voz atronadora uno de los mas grandes que no creia decir una cosa tan triste.

—No para toda vuestra vida, replicó el banquero; por que vosotros podeis tambien ser dichosos por vosotros mismos, y hacer á vuestra vez la felicidad de otros, si la dicha está en la riqueza. Quiero demostrároslo refiriendo una historia que os probará cómo los mozos de esquina llegan á ser millonarios; una historia que os enseñará el arte de hacer fortuna.

A esta voz eléctrica las cuarenta orejas se erizaron como las de los caballos jóvenes al tiempo de correr al combate.

—Si, amigos mios, prosiguió don Juan; solo depende de vosotros el tener un gran palacio, salones dorados, coches, criados y lacayos; en vuestras manos está el comer cada dia como acabais de hacerlo. Escuchad la historia de un asturiano que yo he conocido mas miserable que vosotros.

«Era un asturiano de vuestra edad á quien por apodo llamaban *Sinrecursos* porque no tenia padre, madre, parientes ni asilo; las gentes de su pueblo le dieron cierto dia una hoz, un pan de maiz y un palo, le mostraron el camino de Castilla y le dijeron: «Marcha y Dios te ayude.» Sinrecursos partió ni triste ni contento; perdió de vista el campanario del lugar, se comió el pan que llevaba de prevencion, y tuvo que acudir á pedir limosna por el camino para no morir de hambre; pero un dia llegó en que no encontró en toda la jornada quien le socorriese; muerto de frio, pues no tenia mas ropa para guarecerse de los rigores de un invierno crudo, que un pantalon de lienzo y una levita vieja del mismo género, que le habian dado en casa del escribano de uno de los pueblos por donde habia pasado mendigando. Estenuado de hambre y de fatiga, se sentó, ó mejor dicho, se dejó caer en un banco de piedra frente á una ermita en un despoblado, y muy pronto el sueño le acometió y se quedó dormido. Eran mas de las cuatro de la tarde del mes de Enero; la nieve empezaba á caer como una lluvia de plata, fina y penetrante al pronto, despues á gruesos copos.

EL DOMINE Y SINRECURSOS.

Sinrecursos iba á quedar sepultado indudablemente, pero Dios que nunca abandona ni aun al mas desdichado, lo habia dispuesto de otro modo. El maestro de escuela de un pueblo no distante de la ermita, iba todas las tardes despues de comer á dar leccion á la hija de un propietario que habitaba una casa de campo en las inmediaciones, y al volver de su tarea, mas temprano que de costumbre por causa del mal tiempo, vió no sin asombro al asturiano dormido sobre el banco; dudó que fuese persona humana y se acercó con precaucion á examinarlo; pero convencido de ello le gritó para que despertase con toda la fuerza de sus pulmones. Sinrecursos abrió los ojos asustado, é hizo un esfuerzo como si quisiese desviar al dómine para que no le importunase; tal era ya el estado de postracion en que se hallaba. El buen preceptor entonces, conociendo el peligro que allí corria el infeliz asturiano, hizo un esfuerzo para arrancarlo de la muerte, y poco menos que arrastrando lo llevó hasta el lugar, que como he dicho estaba á corta distancia. En su casa le prodigó cuantos auxilios pudo, y enterado de la triste suerte de Sinrecursos, le aconsejó que se quedase con él, pues le haria ganar el pan en una fábrica de ladrillos, cuyo dueño era amigo suyo. El asturiano aceptó y pasó dos años ganando una peseta diaria, con lo cual no solo tuvo para no morir de hambre, sino que ahorró para hacerse un vestido; durante este tiempo el dómine le enseñó á leer, escribir y contar; pero le faltó el trabajo porque la fábrica hacia mas ladrillos de los que se consumian en veinte leguas á la redonda, y Sinrecursos se despidió de su amigo y fue por consejo de este á Valladolid que distaba nada mas que dos leguas, á buscar trabajo. El único acomodo que encontró fue con un maestro de albañil á quien conocia de haberlo visto en la fábrica; este lo destinó con otro muchacho de su edad á limpiar tejados y chimeneas, porque era el fin del otoño, y las obras

EN LOS TEJADOS.

de otra especie escaseaban bastante.

—¿Sabes de quién es esta casa? le dijo un dia el compañero estando cada uno en el alero de un tejado.

—No por cierto.

—De un rico comerciante que se acaba de casar con la muger mas pobre de la ciudad.

—Eso está bien hecho; los ricos deben ayudar á los pobres.

—Lo mismo digo, y precisamente por eso pensaba comunicarte un proyecto. ¿Has visto cuanto dinero habia en esa pieza por donde pasamos para subir á estos tejados?

—Si, he visto que habia mucho.

—¿Te atreves á que nos apoderemos de alguno? Hay tanto, que dificilmente se conoceria lo que nosotros pudiéramos cargar.

—¡Cómo! esclamó escandalizado Sinrecursos; me propones robar!

—Eso no es robar; eso es ayudarse los pobres con lo de los ricos, como acabas de decir ahora mismo.

—No prosigas ni cuentes conmigo para semejante picardia; ademas que es una locura, ¿no oiste cerrar todas las puertas conforme fuimos subiendo las escaleras?

—Es que yo no pensaba en que bajásemos por donde hemos subido; mira, esta chimenea da á la pieza del dinero: yo me introduzco por el hueco, que facilmente puede agrandarse; me ato al cuerpo esa soga; tú das la vuelta, y te vienes aquí conmigo y me vas dejando escurrir hasta que llegue abajo; en seguida con la misma soga te envio uno de los esportillos de oro que hay sobre el mostrador, me encaramo por la soga, y bajamos luego cuando nos abran por la escalera con nuestro dinero en los bolsillos; pasamos por delante de todos y nos vamos á la calle, sin que nadie pueda sospechar la sisa ni culparnos á nosotros de ella.

Sinrecursos, se opuso abiertamente á secundar los proyectos de su compañero, y este tuvo que desistir no con poco sentimiento, renunciando, como él decia, á hacer su fortuna en diez minutos por culpa de un imbécil.

Cuando bajaron al escritorio del comerciante, les mandaron esperar para darles de beber, y mientras aguardaban, observó Sinrecursos lo afanado que estaba uno de los dependientes para hacer un cálculo con el cual no podia atinarse; ofrecióse á hacerlo el asturiano, y lo hizo tan bien y tan pronto, con asombro de todos los que estaban allí presentes, que el comerciante enterado del hecho le dijo si queria quedarse en su casa. Sinrecursos aceptó, y se halló desde el dia siguiente bien vestido, perfectamente asistido y con un sueldo mas que regular. De esta manera quiso Dios recompensar su buen proceder del tejado, por medio del mismo á quien no habia consentido que se defraudara. La inteligencia, el celo, la asiduidad de Sinrecursos le captaron de tal modo la voluntad de su principal que á los tres años de estar en su casa, lo asoció á sus especulaciones, lo envió á viajar por cuenta de ambos, y por último le auxilió para que se estableciese por sí en Madrid; desde entonces su fortuna ha ido siempre en aumento, y es hoy uno de los banqueros mas fuertes de la capital; pero nunca ha olvidado su origen ni sus desgracias... la prueba es, hijos mios, que os ha convidado á su boda para referiros su historia. Sinrecursos se llama hoy don Juan y acaba de poner el sello á su dicha tomando por esposa á la hija del marqués de V....»

—La dicha no la debe sino á sí propio, esclamó noblemente la esposa del banquero alargándole la mano.

Esta pública confianza que no era nueva para la esposa y los amigos íntimos de don Juan, se hizo por el banquero con tanta dignidad y buen gusto, que sus mas orgullosos convidados se creyeron en deber de abrazar al antiguo operario de la fábrica de ladrillos, y la voz de los condes y marqueses se confundió con la de los asturianos en unánime y comun aclamacion.

—Ya que sabeis mi historia añadió don Juan, permitid, hijos mios, que os recuerde los únicos auxiliares de que me he servido para conquistar la posicion que ocupo; estos han sido *honradez, perseverancia y economia;* solo con practicarlos aprendereis á hacer fortuna.

En seguida puso una onza de oro en la mano de cada uno de los asturianos, y los despidió. El grito de «Viva don Juan» resonó por todos los ángulos del salon.

Desde este dia los veinte jóvenes favorecidos por el banquero se han mostrado dignos de su protector. Los unos se han dedicado al comercio, los otros son buenos industriales, algunos están de mancebos en las principales tiendas de Madrid, y por último nos han asegurado, que uno de los mas audaces ha ganado seis mil duros en la última subida de la bolsa.=F. DE P. M.

(*Museo de Familias.*)

EPISTOLA

Á MI QUERIDO S. S.

No me pidas jamas que de tu pecho
Consuele la inquietud; no, dulce amigo,
Hallar esperes en mi voz cansada
A tu anhelo infeliz alivio alguno.—
¡Oh si tuviere en su confin la tierra
Salutífera planta que calmase
El continuo anhelar del pecho, nunca
Mis letras ni mi voz bañara el llanto!—
Pero es eterno, eterno vive y crece,
Y ni paz ni sosiego al hombre fia;
Sed que el agua no quita, y mas aumentan
Las ricas fuentes donde llega el labio
Del sediento infeliz.—Y hasta que encuentra
La nada del sepulcro silencioso,
Buscando el hombre por el mundo pasa
Algo que el cielo, en el nacer, contrario,
Con mano avara le robó.—¡Felices
Los que al nacer murieron presurosos,
Quizás la falta y el dolor previendo!—

—

Mas en el mundo en crímenes y llanto
Sembrado, aqui donde virtud es mengua,
Donde de antiguo la impiedad su trono
Inmóvil asentó ¿quién sin anhelo
Osa á los cielos demandar la vida?—
Si amas el bien y la belleza adoras,
Y buscas la virtud severa, y quieres
La invisible verdad ir persiguiendo
¿Cómo tranquila vivirá tu alma?—
¿Como sin sed?—Ay Dios, si tu destino
Triste lo juzgas, y fatal, y estéril,
Piensa en tu hermano, en mí, piensa en tu padre,
Quizas al peso del afan rendido,
Sin risa ya para endulzar sus dias,
Sin ilusiones de esperanza ó gloria.—

—

¡En mí! ¿No sabes tú cuanto de luto
Y de lento penar me dió la suerte?—
Estrecho el mar que nuestra playa undosa
Cariñosa salpica, el campo triste
Donde Mayo al nacer halla mil flores,
Que otro Mayo en riquezas agoviado
Tal vez desperdició, donde la lumbre
Brilla del sol como jamas hermosa,
Estrecho el llano inmenso y la montaña
De enana altura á mi ambicion sedienta,
Un tiempo, amigo, fue no muy lejano.—
Yo quise amar, y quise en lauro y oro
Tejer guirnaldas y ceñir mis sienes
Al son del arpa dulce, y quise á un tiempo
Que en larga lucha á la vejez postrado
«Ese es, dijera la sencilla gente,
Un hijo digno de la noble patria.”—
¡Oh cuanto, cuanto lo anhelé, y aqueja
Aun hoy al alma la memoria inútil!—

—

De mis amores la doliente historia
No quiero repetirte, tú la sabes.—
Dicenla el alma indiferente, y ciegos
A la beldad los ojos, y la fría
Razon, que ya domina los sentidos,
Y en el latir del corazon impera.—

—

Vi la gloria y la odié; fácil ramera
Vendida al malo como al bueno, al necio
Como al que en largo estudio fructuoso
Copiosa fuente de verdades halla.—
Tal vez al eco disonante y rudo
Acude del rabel, tal huye al canto
Del divo vate y de su lira hermosa.—

—

Y la patria, la patria, humilde presa
Del ruin logrero que trocar en oro
Supo el sudor del triste, escarnecida
De la estrangera gente poderosa,
Sin fuerzas ya para blandir el hierro
Ni alientos ya para gritar venganza.—
La patria que al apóstata sonrie
Y al honrado tal vez con mofa humilla,
Madrastra de los buenos, madre dulce
Del hipócrita y vil abyecto y torpe,
Que de pudor desnudo, en ancho espacio,
Fácil audacia á demostrar acierta.—

—

Pues ¿qué, sin gloria y sin amores tiernos,
Ni patria digna por quien dar la vida,
Qué, me preguntas, de su mente el hombre,
Que hará del corazon?—Oye; tan solo
Amar la dicha que le niega el cielo,
Y obrar de suerte que á encontrarla pueda
Volver al cielo cuando Dios lo ordene.—

—

Vivir para morir.—Mas en la tierra
No esperes, no, encontrar consuelo alguno.—
Pídeme llanto que á tu llanto junte,
Y amarga hiel con que amargar tus dias
Si no basta la tuya, esos los dones
Son que en el mundo atesoré hasta ahora.—
Solo un alivio encontrarás impío,
Y es que, si tú padeces, el malvado
Tambien padece en anhelar continuo.—
La gloria alcanza, y el amor, y aplauso
Con que la tierra recompensa el crímen;
Riquezas amontona y lauros y oro
Ciñe, y su nombre en títulos esconde;
La fiesta inunda su gigante alcázar,
Bullen mugeres al baldon vendidas
En sus salones, y rumor enciende
De eterna bacanal; y mientras sueña
Otra dicha mejor, la muerte acude,
Y de silencio y soledad seguida
Cumplir le veda su postrer anhelo.—

ANTONIO CÁNOVAS DEL CASTILLO.

Madrid. Marzo de 1853.

UNA GLORIA PÓSTUMA.

El doctor Molden habia arrendado una preciosa casa de campo en los alrededores de Lóndres, con objeto de restablecer la salud de uno de sus hijos que acababa de salir de una peligrosa enfermedad, y se hallaba todavia sumamente débil. Alli se trasladó su familia, en cuya compañía pasaba el doctor los cortos instantes que sus numerosos enfermos le permitian. Mistress Edward, hermana de la esposa de Molden vino á reunirse á ellos, cuando la muerte de su marido la dejó libre. Esta escelente muger, despues de ayudar á su hermana Ana en los cuidados que exigia el estado del pobre niño que habia disputado á la muerte, ahora que ya se hallaba fuera de peligro, y la tranquilidad y la dicha restablecida en la familia, pasaba los dias enteros recorriendo las cercanias, con objeto de descubrir las desgracias y miserias ocultas, dulcificándolas hasta donde lo permitian sus facultades y los impulsos caritativos de su corazon.

Al declinar la tarde de un bello y caluroso dia, llegó el doctor, lo cual produjo la mayor alegria en toda la familia, que se hallaba reunida en la sala. Ana sentada junto al piano, hacia tocar á su niña Emma una piececita que habia aprendido para obsequiar á su papá; mientras costaba todo el trabajo del mundo hacer guardar silencio á Jorge, el hermoso convaleciente, que estaba medio recostado sobre las rodillas del doctor. De repente el brillo de un relámpago, y el ruido del trueno lejano hicieron estremecer á todos.

—Temo que vamos á tener una espantosa tempestad, dijo Molden, levantándose á cerrar las vidrieras. El viento, como si hubiera querido darle la razon, sopló con fuerza, y remolineando el polvo y la lluvia oscureció repentinamente la atmósfera.

—¡Dios mio! esclamó Ana tocando con fuerza la campanilla, temo que mi hermana aun no haya vuelto. Un criado se presentó.

—¿Mistress Edward ha vuelto de su paseo? preguntaron á un mismo tiempo con la mayor impaciencia Ana y el doctor.

—Todavia no, contestó conmovido el criado, que comprendió la inquietud de sus amos. ¿Quieren W. que vaya á buscarla?

—Me parece inutil, Dick, contestó su ama, puesto que ignoramos el punto á donde se ha dirigido. Pero en cuanto llegue, avísame —Dick saludó á sus amos y se retiró.

Mientras tanto la tempestad se declaró con una violencia terrible; á cada momento el cielo se abria para arrojar torrentes de fuego, y el trueno conmovia la quinta haciéndola temblar hasta los cimientos.

El doctor y Ana, con la vista fija en las ventanas y en la puerta, observaban con mortal sobresalto del que tambien participaban los niños, los cuales al menor ruido interior corrian hácia la escalera, creyendo siempre que anunciarian la vuelta de su querida tia.

Mas de una hora pasaron asi, y ya la

tempestad principiaba á calmarse, cuando un campanillazo que resonó en sus oidos los comovió á todos, que corrieron al encuentro de la persona con tanta impaciencia esperada.

Era efectivamente Mistress Edward; pero en qué estado venia, gran Dios! El vestido calado, el cabello suelto y chorreando, y manifestando en su aspecto una impaciencia y agitacion estremadas.

—Por fin eres tú, Kett, esclamó el doctor que fue el primero que la vió, múdate al momento de ropa, pues podria producirte malas resultas permanecer mojada mucho tiempo.

—No se trata ahora de mí, doctor, respondió Mistress Edward, cogiendo á Molden de la mano, sino de una desgraciada que se muere sin remedio. Oh! venid corriendo á socorrerla.

Nunca el honrado Molden permanecia indiferente á tales llamamientos, asi es que sin cuidarse de la lluvia que todavia caia á torrentes, y olvidando los saludables consejos que un momento antes daba á Kett, se apresuró á seguirla.

Mistress Edward arrastraba al doctor con tal violencia, que ni aun le permitia reflexionar, y asi llegaron en cosa de un cuarto de hora á una casita, medio destruida por el huracan, la cual apenas podia resguardarles de las furiosas ráfagas del viento, y de la lluvia que no cesaba. Entraron en un cuarto, cuyas puertas bamboleándose, y los cristales de las ventanas rotos, permitian al viento penetrar de un modo espantoso.

En el ángulo mas resguardado yacia sobre unas pajas la pobre jóven. Apesar de su mortal palidez, se descubrian en su rostro las huellas de su juventud y hermosura. Tenia los ojos cerrados, las mejillas hundidas, y los labios lívidos y secos. Un perrito faldero estaba acostado en su seno, en estado, al parecer, tan desesperado como el de su ama, y sin embargo el pobre animal lamia, aunque con trabajo, la cara de su desgraciada compañera de dolor, como queriendo darle la última prueba de su adhesion y fidelidad.

El vestido de la jóven, aunque muy viejo, manifestaba pertenecer á una persona decente, y cuando el doctor cogió su blanca y pequeña mano para pulsarla, se convenció de que no podia ser una pobre jornalera, condenada á ganar la vida con el sudor de su rostro.

Las extremidades de la infeliz enferma estaban ya frias, pero su corazon conservaba algun resto de calor, y latia, aunque débilmente, gracias sin duda al contacto de su fiel perrito. Sin embargo, Mistress Edward y el doctor con sus grandes esfuerzos consiguieron volverla á la vida. Los criados, conforme se les habia mandado, llegaron por fin con unas parihuelas, en las cuales colocaron á la jóven y á su perrito, conduciéndolos á la quinta, donde la buena Ana hizo al momento preparar una cama muy caliente, para su nueva huéspeda.

Durante muchos dias se desconfió de su vida; pero su juventud, y la buena asistencia triunfaron por fin. Ana compadecida de la fidelidad del lindo perrito á su ama, se encargó de cuidarle y tambien consiguió salvarle.

Es imposible pintar la tierna escena que ofreció la primera entrevista del fiel animal con la pobre convaleciente. No dudamos que hubiera arrancado una tierna lágrima al ojo del estoico mas frio é indiferente. El doctor y su familia que la presenciaron, se enternecieron hasta el fondo del alma.

—Aqui teneis mi único y verdadero amigo, dijo la enferma con voz débil, los demas me han abandonado; con todo no tengo derecho á quejarme, puesto que les di el ejemplo, añadió con un suspiro.

—Tranquilízate, hija mia, dijo Mistress Edward con dulzura, los recuerdos suelen perjudicarnos; no te cuides ahora mas que de vivir; mira todas esas hermosas plantas que adornan tu ventana, y son el emblema de la juventud; pues como dice un poeta.....

—Oh! por piedad, señora, no me hable V. de poesia, esclamó la enferma, cuyos ojos y mejillas se inflamaron, porque la poesia ha causado todas mis desgracias, y á ella debo el haber caido moribunda sobre la paja donde me encontrásteis. Allí probablemente hubiera muerto de hambre y de miseria sin vuestros cuidados, vuestra generosidad y vuestras bondades, ¡y aun no he cumplido veinte años!

—¡Pobre jóven! esclamó la buena Ana cogiendola la mano con una ternura casi maternal, ¡tan jóven y haber sufrido tanto! Pero has encontrado buenos amigos, y cuando te halles mas restablecida nos contarás tus penas para que te ayudemos á sufrirlas. Ahora lo que importa es que no pienses mas que en tu salud, si no quieres ser ingrata, y afligir á los que te aman y te cuidan.

La enferma llevó la mano de Mistress Molden á sus labios, dirigiéndola al mismo tiempo una mirada tiernísima de agradecimiento; luego tomó una bebida preparada por el doctor, y se durmió dulcemente como un niño en los brazos de su madre.

La convalecencia de la jóven enferma marchó con rapidez, hasta que por fin Molden la encontró bastante fuerte para permitirle echar una dolorosa mirada sobre lo pasado contándoles su historia.

»Soy, les dijo, la hija de un respetable y rico colono del condado de Perth. Pocos años despues de mi nacimiento tuve la desgracia de perder á mi madre, y mi padre que todavia era jóven, no tardó en volverse á casar.

»Los primeros meses de su nuevo matrimonio no fueron demasiado tristes para mí, porque mi madrastra me manifestó algun cariño. Pero en cuanto tuvo un hijo, todo su afecto se convirtió en odio y malos tratamientos, viniendo á ser yo, no solo el juguete de ella, sino tambien de mi hermanito. Mi padre todavia me amaba; pero su caracter era tan débil y bondadoso que su nueva esposa adquirió sobre él un dominio casi absoluto, de suerte que se contentaba con compadecerme, sin tener valor para consolarme.

»A pesar de tan malos tratamientos mi salud era buena, y mi inteligencia y mis gracias juveniles se desarrollaban de dia en dia, de suerte que todos nuestros vecinos me amaban y compadecian.

»Inmediato á la quinta de mi padre habia un hermoso castillo, el de Taymouth en el cual residia Mistress Wilkins, señora viuda y sin hijos. Oyendo hablar de mí, hubo sin duda de interesarla mi triste situacion, pues una mañana envió á llamar á mi padre.

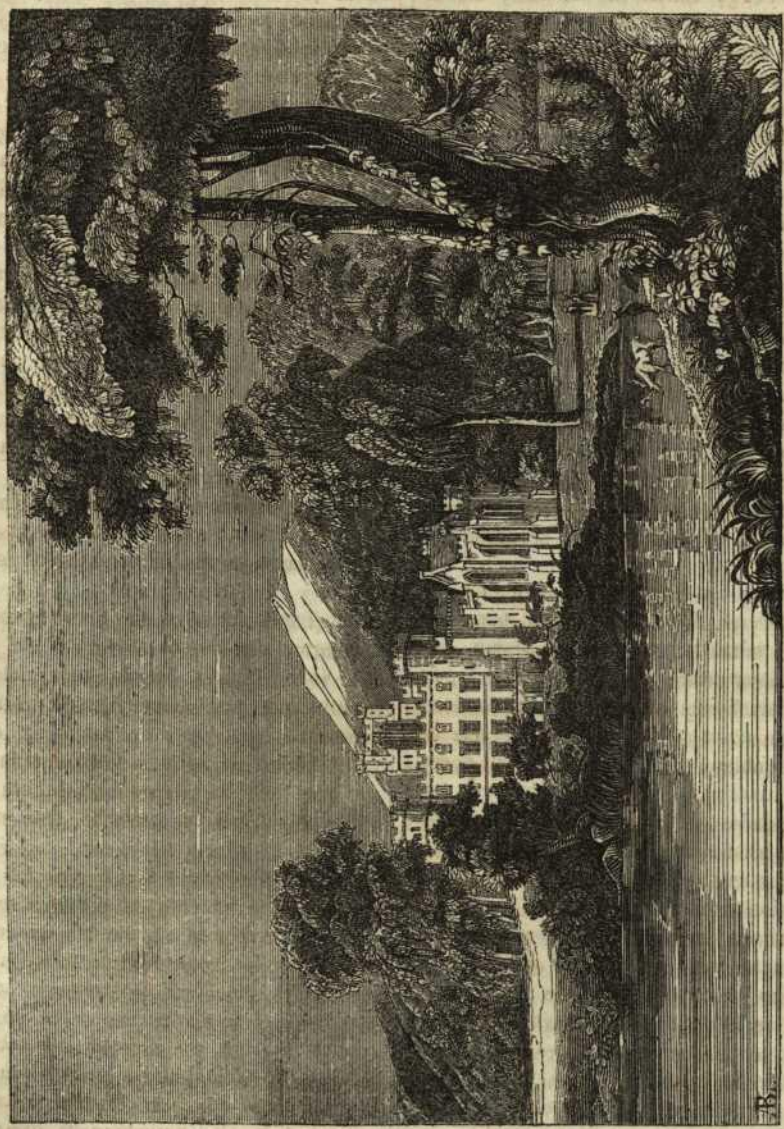
»—Darsie, le dijo, sé que teneis una linda hija, la niña Peggi, que segun dicen, es muy desgraciada en vuestra casa por el mal trato que sufre de vuestra infame esposa. Traedmela, pues quiero encargarme de su educacion.

»Mi padre saludó á la señora y se retiró sumamente confuso, pensando en los medios de que se valdria para participar aquella novedad á su esposa, temiendo, no sin razon, que seria capaz de oponerse á lo que él llamaba *mi buena fortuna*. Lo que habia previsto sucedió efectivamente. Mi madrastra se encolerizó del modo mas violento, y protestó que preferiria arrojarme al mar, á enviarme á Mistress Wilkins. Por fortuna mi padre tuvo un momento de firmeza, no para discutir, sino para obrar, y sin cuidarse de los gritos y exasperacion de su compañera, empaquetó mi ropa, me cogió de la mano y nos encaminamos al palacio.

»No os hablaré de los primeros años de mi juventud; la dicha se prueba y se disfruta, pero no puede referirse.

»Desgraciadamente mi querida bienhechora, no cuidándose de lo venidero, me dió una educacion muy superior á mi rango en el mundo, y cuando la muerte vino á llevársela, tan repentinamente que no tuvo tiempo para asegurarme una suerte independiente y feliz, me vi reducida á la posicion mas triste y desgraciada que puede imaginarse. Durante los alegres dias que pasé en compañía de Mistress Wilkins me apliqué mucho á la poesia, cosa que tenia loca á mi bienhechora, y yo creia complacerla procurando desarrollar mi disposicion natural á versificar, y el éxito por desgracia correspondió á mis esperanzas.

»Mis primeros ensayos poéticos se publicaron en los periódicos de las cercanias, y como los amigos de mi protectora los hacian insertar y los elogiaban, me consideré una moderna Safo. Por eso cuando se calmó un poco el dolor cruel que me causó la muerte de mi bienhechora, levanté con orgullo la cabeza, persuadida de que mi talento me pondria pronto en estado de recobrar la posicion que acababa de perder. Despedime pues tiernamente de mi padre, y partí para Lóndres con el bolsillo vacio; pero el corazon repleto de porvenir y de esperanzas.



CASTILLO DE TAYMOUTH (CONDADO DE PERTH.)

»Lo primero que hice en cuanto llegué á la capital fue presentarme á uno de los principales libreros, persuadido de que bastaria pronunciar mi nombre para que me recibiese con entusiasmo.

»—Miss Peggy Darsie..... os juro, me dijo, mirándome con sorpresa, que ignoro absolutamente quien sea esa señora.

—Soy yo, señor, repliqué avergonzada, y debeis haber visto mis obras en los periódicos del condado de Perth.

»El pobre hombre hasta ignoraba que tales periódicos existiesen.

»Incomodada con lo que llamaba yo su inconcebible estupidez, salí furiosa de su librería; pero no fui mas dichosa en otra, antes por el contrario me recibieron con mas groseria, de suerte que volví á mi modesto hospedage estenuada de cansancio, y con el alma sumamente abatida.

»La necesidad sin embargo me prestó fuerzas, y dirigi una circular á todos los editores de periódicos, acompañando algunas muestras de mi talento, y ofreciéndoles mis servicios como colaboradora; pero ninguno se dignó contestarme.

»El tiempo se pasaba en diligencias infructuosas, y con él desaparecia el poquísimo dinero que habia traido. ¿Qué partido tomar? ¿Qué iba á ser de mí en aquella ciudad inmensa, en la cual no tenia un solo protector ni apoyo alguno? Ah! me encontraba sola enmedio de Lóndres, presa de la mas espantosa miseria.

»Fatigada y enferma de tanto andar, pues habia recorrido las calles llamando á todas las puertas que creia podrian abrirse para mí, tomé la resolucion de no salir mas, y esperar la muerte, única esperanza que me quedaba. Sola entonces, y sin la exaltacion que nos sostiene, meditaba sobre mi suerte en el miserable recinto que me servia de refugio, y en donde todo concurria á representar á mi vista la horrible realidad de mi desgracia y abandono. Ya habia vendido para sostener mi desdichada existencia mi reloj, mi cadena, algunas alhajas y baratijas que habian pertenecido á mi bienhechora, y que conservaba como reliquias, y toda mi ropa, escepto la que llevaba puesta.

»La hambre, la terrible y cruel hambre vino á sacarme de mi apatia y abatimiento. Entonces tuve miedo de morir; la muerte que habia llamado á grandes gritos me pareció espantosa, recorrí las calles de Lóndres implorando la caridad pública, y viví algunos dias de limosna, considerándome dichosa si no recogia, á la vuelta de algunos ochavos, injurias y ultrajes.

»En vano busqué trabajo, pues no sabia hacer nada absolutamente. Por fin, pensé en mi padre, en el pais de mi nacimiento, en mi madrastra, que no me parecia ya tan cruel, pues al menos me daba comida y cama, y me puse en camino para recobrar lo que en aquella afliccion me parecia la suprema felicidad. Pero mis fuerzas no correspondieron á mis deseos, y caí desfallecida de debilidad en la miserable casita en la cual sin mi pobre perrito que me preservó de la muerte permitiendome esperar vuestros generosos auxilios, hubiera concluido á los veinte años una existencia triste y descolorida."

Kett y Ana abrazaron á Peggy Darsie, dándole las gracias por la confianza que les habia dispensado contándoles todos sus infortunios.

—¿Y qué piensas hacer ahora, pobre jóven? le preguntó Mistress Edward.

—Volver á casa de mi padre, señora, y permanecer en el punto que el cielo me ha destinado.

—¿Serás fiel á tu resolucion aun despues de leer esto? le preguntó el bueno de Molden mostrándole un periódico que tenia en la mano.

Peggy lo tomó, y sus mejillas se tiñeron de encarnado al leer un párrafo en el cual se referia del modo mas dramático, *que una jóven poetiza de las mayores esperanzas, Miss Peggy Darsie, acababa de morir de miseria y abandono en una pobre cabaña á orillas de un camino real.* A continuacion insertaban como notables y dignas de un grande ingenio, las composiciones que á su llegada á Lndróes remitió á todos los periódicos, y que niguno se dignó insertar en sus columnas.

Peggy guardó silencio algunos instantes.

—Si, seré fiel á mi resolucion, dijo por fin: me conceden la gloria porque me creen muer-

ta; pues bien, permaneceré muerta para conservarla.--Al dia siguiente la pobre jóven se despidió de sus nuevos amigos del modo mas tierno y afectuoso, y se puso en marcha para el condado de Perth.

Pasados algunos años, se presentó en Lóndres á visitar al doctor y á su familia una hermosa y rica labradora, acompañada de un hombre de buena figura, y de un niño fresco y robusto. Molden, Ana y Kett los miraban con grande curiosidad sin poder atinar quien fuesen.

—¡Como! ¿olvidais á vuestros protegidos? dijo la labradora con voz enternecida. Felizmente mi corazon tiene mas memoria que vosotros; porque os amo siempre, y todas las mañanas ruego al cielo derrame sus bendiciones sobre vosotros. ¿El recuerdo de Peggy Darsie, de la musa loca, se ha borrado de vuestra memoria?

--¡Es Peggy!..... ¡es Peggy!..... esclamaron todos apresurándose á abrazarla. Pero, qué cambiada está! continuó sonriendo Mistress Edward. De seguro que no será el culto de las nueve hermanas lo que te ha puesto tan hermosa, y esparcido sobre tí ese aire de salud y de alegria que brilla en tus facciones.

--Aqui teneis, amigos mios el único culto á que debo mi bienestar, contestó la amable Peggy presentándoles á su marido y á su hijo. Vuestros virtuosos ejemplos me enseñaron, que solo en el cumplimiento de los santos deberes de la familia se encierra la felicidad de la muger en este mundo, y Dios me ha recompensado por haberlos seguido.

UN VIAJE Á VELEZ.

Veritas et solum veritas,
mea estella semper fuit.

Hágame V. el favor de cerrar la ventanilla, amigo mio, porque se cuela un vientecito.....

—Con mucho gusto...

—Falta mucho para Velez?

—No señor, ya estamos cerca; vamos á llegar á tiempo de ver la procesion del Señor de la Humildad.

En estas y otras pláticas con mis amables compañeros de viaje, se pasó la mañana, y llegamos á Velez á las cuatro de la tarde.

Para el que llega por primera vez á una poblacion, hay siempre cierto encanto hijo de la novedad; empero cuando se ha estado algunas horas embutido dentro de la berlina de una diligencia, sufriendo las poco dulces caricias de un vientecillo norte muy picante, la mejor vista es la de la mesa, y la mas bella perspectiva un hogar en que yazca media encina.

Al conducirnos á la casa de pupilos nos encontramos con algunos amigos de Málaga, cuya amistad tenemos en mucho, y cuyo buen humor es muy célebre en algunos círculos malagueños, los que casualmente habitaban bajo el mismo hospitalario techo que iba á cobijarnos.

Comimos, y terminada la comida salimos á ver la procesion. Circulaban por las lindas calles de Velez, multitud de penitentes (en el trage) y de personas que se dirigian hácia los sitios de la carrera en que se podia ver mejor la procesion. Dificilmente se hallará un pais mas entusiasta por las procesiones que la España, y particularmente las Andalucias. «El entusiasmo siempre es bello, dice Bailly; pero el religioso tiene un origen superior á la criatura, y su espresion, ó es muy imponente ó muy bella."

Salió la procesion de la iglesia de San Francisco, y las imágenes de Jesus orando en el Huerto, del Señor de la Humildad y de la Vírgen de la Caridad anduvieron la carrera acompañadas por el Apostolado, vestido con magníficas capas y túnicas de raso, y la Guardia romana, no menos lujosamente vestida; dos bandas de música tocaron marchas muy propias durante la procesion, y esto no pudo menos de traer á mi memoria los siguientes versos de Camoens mi poeta favorito:

Da terra aos ceos elevemse
ñas a as das canzões
á ti nossos espíritos
é nossos cor. zões.

Ciertamente nada hay que exprese mejor los sentimientos de la criatura hácia el Ser Supremo que la música sagrada y los himnos de la Iglesia Católica, cuya belleza es incomparable. La mayor parte de los himnos cantados por la Iglesia en sus diversas solemnidades son de antiquísimo origen, y de algunos es tan remoto que se ignora su autor. El *Te Deum*, fue obra de San Ambrosio y atribuyesele tambien el himno *Primo die quo Trinitas*. El *Lauda, Sion, Salvatorem*, fue compuesto por Santo Tomas de Aquino. La *Salve Regina*, es atribuida por unos á Adhemar de Monteil, Obispo de Puy, en la Auvernia, gefe espiritual de la primera Cruzada, y por otros al Papa Inocencio III: las últimas palabras *O Clemens!, O pia!, O dulcis Virgo Maria*... fueron añadidas por San Bernardo. El himno *Alma Redemptoris Mater*, fue compuesto por Hernan Contractur, fraile benedictino. El *Vexilla Regis*, ignorase su autor, porque se cantaba ya en tiempo de las cruzadas. El cántico *Regina cœli*, que se repite por la Pascua, fue legado á los fieles por el Papa Gregorio el Magno, que lo escribió despues de una vision milagrosa. A diferentes Salmos se le ha escrito música sublime por Mozard y Haydinn, Pergoleso, Gluck, Haendel y otros muchos célebres maestros alemanes é italianos.

Las bandas que tocaban eran la conocida en Málaga por la *Union*, y la de Velez.

Aunque la noche no estaba muy agradable, pues el viento que reinaba era escesivamente frio, la concurrencia en las calles fue numerosa, y la procesion se ostentó con el mayor órden y magestad.

El Miércoles Santo salió tambien la procesion llamada de *Jesus el Pobre*, en la que los congregantes han gastado considerables sumas; los trages de los fariseos y los de la guardia romana, imitados con bastante propiedad, eran nuevos, y se estrenaban este año, contribuyó mucho á que la procesion fuese mas lucida la asistencia de la música del regimiento de Leon; la noche estaba mejor, y la multitud de achas, los ecos de las músicas y el lujo con que estaban vestidas las imágenes, algunas de las cuales son de gran mérito artístico á nuestro pobre entender, todo prestaba á la imaginacion aquel respetuoso encanto que inspiran los misterios que recordaba la procesion, y el mudo entusiasmo religioso espresado con el respeto y la devocion.

El Jueves Santo tuvo lugar la procesion que hace anualmente la real Congregacion del *Dulce Nombre de Jesus;* respecto á ella copiaré íntegras algunas noticias que tuvo la amabilidad de proporcionarme uno de los señores congregantes.

Por privilegio especial celebra la procesion de su instituto el Jueves Santo en la noche.

Al efecto se reunen los congregantes desde las cinco de la tarde en la torre de la iglesia parroquial de San Juan, donde tiene establecida su sala y oratorio ó capilla, y despues de procederse al sorteo de las plazas que ha de sacar cada congregante, y como único que puede desempeñarla ú obtenerla, y prévia eleccion hecha por la junta de señores oficiales de los dos sacerdotes, tambien congregantes, que han de representar á Jesus Nazareno en su tránsito al Calvario, que es lo que la procesion manifiesta, y al Evangelista San Juan, y nombrar tambien á los que han de llevar el pendon y mazas, y al que ha de hacer de Simon Cirineo; sale la procesion y recorre varias calles, entrando en diferentes iglesias.

El rostro de Jesus es una máscara que lleva el sacerdote que lo representa, y segun la opinion general es una obra de mérito.

Los trages son todos de seda y raso, y con la mayor imitacion y semejanza. El órden que reina en la procesion, la compostura de los que la componen, y la devocion y recogimiento del pueblo la hacen sobremanera digna de todo elogio. Esta Congregacion siempre ha sido compuesta por las personas notables de la ciudad, por los eclesiásticos, y por muchas personas de categoría de otras ciudades. El tratamiento que entre sí hay es el de señoría, y este mismo se le da á la Congregacion. Para la entrada de congregantes está prevenido sea por solicitud escrita del aspirante, y despues se vota por bolillas por la Congregacion.

El Sábado de Gloria, á la hora de las doce de la mañana, tiene el privilegio de celebrarse una misa por el sacerdote que representó en la procesion á Jesus, en el altar mayor de San Juan, colocado el rostro que llevó, en una preciosa urna, en que se con-

serva y está puesta en el tabernáculo. Le asisten ó ayudan la misa dos sacerdotes congregantes, y la Congregacion asiste en corporacion á ella, reuniéndose préviamente en su sala de sesiones en la misma parroquia, á la que se retira despues para la eleccion de nuevos oficiales. Al salir á la misa, cada congregante lleva en la mano un ramito de flores, que préviamente se le da, y despues lo regala á la señorita que tiene por oportuno, cuyo obsequio es de mucha estimacion.

La procesion del Viernes Santo llamada de la *Soledad*, iba acompañada, segun es costumbre en todos los puntos en que se hace, del Ayuntamiento; las cajas destempladas, las banderolas arrastrando por el suelo, la multitud de luces, los trages de los santos varones y el misterio que recuerda, hacen, de esta procesion en todas partes una de las primeras solemnidades, cuya magestad inspira á los cristianos una triste y fervorosa devocion.

Concluido el relato de las procesiones, pues estenderse en descripciones difusas seria ocioso y pesado, hablemos algo de las bellas veleñas, y de algunas esperanzas que se nos frustraron en parte. Contábamos para el Domingo de Pascua con un baile de máscaras, pero por algunas disidencias que existieron entre la autoridad local y los músicos, que se habian constituido en empresarios, no tuvo efecto el baile; nuestra buena suerte quiso que nuestro buen amigo D. José Lazo de la Vega, nos condujese á casa de unas bellas señoritas, á quienes tuvimos el gusto de oir cantar diferentes piezas de óperas y de algunas zarzuelas, con tanta perfeccion como amabilidad, buen gusto y estilo.

Bien quisiéramos poder dedicar algunas páginas mas á nuestros buenos recuerdos de Velez; pero el articulejo se ha hecho un poco largo, y por lo tanto tendrán que contentarse á pesar nuestro con las pocas líneas que les hemos dedicado; si bien para espresar nuestra amistad y agradecimiento por las atenciones que se nos dispensaron, nos seria imposible hacerlo jamas con la pluma.

J. Fernandez de Fuentes.

Lúnes 18 de Abril.

PUENTE SOBRE EL DOVREFIELD, NOMBRE QUE SE DA A LA PARTE MAS ELEVADA DE LA CORDILLERA DE LOS DOFRINES.

EL JUDIO SAMUEL EBN'ADIA.

EPISODIO HISTÓRICO.

amuel hijo de *Adia*, es uno de los personages mas célebres que nos presenta la historia de los antiguos árabes del desierto, anteriores á la predicacion del Islam.

Este famoso israelita moraba (1) por los años de 530 de nuestra era, en su castillo de *Aláblac Alfard* (2), situado entre el Higyáz ó Arabia desierta, y el Xam ó Syria, cerca de Teimá, pequeña plaza de la jurisdiccion de la Mecca.

La magnífica y generosa hospitalidad que en su castillo brindaba Samuel á los extrangeros y peregrinos, y sus talentos de poeta, prendas ambas en alto grado apreciadas por aquellos antiguos árabes, le habian alcanzado gran fama y estimacion entre los moradores del pais, y el particular aprecio y proteccion de los príncipes y monarcas.

Nada en verdad mas digno de gratitud é ilustre memoria que la hospitalidad que dispensaba Samuel en aquel oasis, plantado en medio del árido y abrasado desierto, en medio de aquel mar sin límites de ardientes arenas agitado á veces por el *samum* (3), de aquel horizonte vasto y solitario en fin, donde bajo un cielo dorado, y como encendido por los rayos del sol de medio dia y jamás cruzado por las nubes, solo se miraban inmen-

(1) Aunque los historiadores árabes á cuya autoridad ajustamos este relato, no nos dicen terminantemente cuál fue la patria de Samuel, razones, sin embargo, de cierta valía nos inducen á creer que tal honor pertenece á *Jeibar*, ciudad situada á cuatro jornadas de Teimá, donde moró por algun tiempo el ilustre israelita, y que hizo célebre con el recuerdo de su nombre. El castillo de Aláblac, teatro del interesante drama que en estas páginas, aunque rudamente, esponemos, era una de las fortalezas y alquerías dependientes de Jeibar, poseidas y pobladas por judíos, poderosos entonces en aquella tierra, de que los arrojaron finalmente Mahoma y su sucesor el califa Omar. Nuestra presuncion en favor de que la misma ciudad de Jeibar fue la patria de Samuel, fúndase principalmente en las siguientes palabras con que se espresa el ilustre geógrafo *Xerif Aledris*, conocido por el Nubiense, en la V. parte del clima III, texto arábigo de su obra, (antigua edicion de Roma) desde Teimá hasta Jeibar hay cuatro jornadas, y es Jeibar una ciudad pequeña y fortalecida como un castillo; sus términos son amenos en palmares y sembrados..... En ella habitaba *Samuel ebn'Adia*, á quien se alude en el proverbio sobre la fidelidad en el cumplimiento de la palabra empeñada *(filwafá)*.» Ciertamente los árabes, admiradores de la sublime fidelidad de aquel hebreo, conservaron su memoria en el adagio *alwafá assamuel*, la fidelidad de Samuel, que se dice por una fidelidad á toda prueba.

(2) *Aláblac* en arábigo suena el adornado con variedad de colores. Segun Yacút, en su Diccionario Geográfico, dióse este nombre al castillo de Samuel por el color mezclado de blanco y de rojo que mostraba al tiempo de su construccion. El epiteto *Alfard* significa el único ó sin par. Este alcázar era formidable y elevadísimo, y Samuel en sus versos le compara á un monte.

(3) Viento abrasador que sopla por el dia y aun por la noche en la estension del desierto.

sas llanuras desnudas de verdor, de sombra, de aguas y de moradas de hombres.

Pero lo que mas poderosamente contribuyó á inmortalizar el nombre de Samuel, fue un admirable ejemplo de fidelidad que dió á los siglos, y el haber consignado en la historia de los árabes, entre quienes vivió, un hecho grande y heróico, cual el que mas tarde escribió con la sangre de su hijo en las páginas de la nuestra Guzman el Bueno.

Vamos, pues, á narrar cumplida aunque brevemente, este memorable hecho, ajustando nuestro relato al de varios historiadores árabes.

Empero debemos apuntar antes algunos pormenores históricos que mejor ilustren y espliquen nuestra relacion.

Sabido es que por aquellos tiempos los árabes, aunque próximos á su poderío y acrecentándose de dia en dia su número y fuerzas, vagaban todavía por los campos y desiertos de su península, sin conocer otra vida que la pastoril y guerrera, y entretenidos en escursiones y lides contra los propios y los estraños. En parte vivian sujetos á los príncipes y caudillos de sus respectivas tribus, y en parte á pequeñas monarquías, entre las cuales descollaban las de los Reyes Lajmitas de Hira (1) y los Ghassanitas de la Syria, puestos aquellos bajo la dependencia de los Reyes de Persia, y estos bajo la de los Emperadores griegos.

Otra de estas pequeñas monarquías fue la de los Quenditas, cuya primera dinastía comenzó en Hogyr-Aquil-Almorár en el año 460 de nuestra era, y feneció en Hogyr-ebn-Alharetz, muerto por los años de 525. Alharetz padre de Hogyr, habia obtenido del Rey de Persia Cobád, el reyno de Hira, pero arrojado de él y muriendo fugitivo, sucedióle su hijo Hogyr, que fue asesinado un año despues y sucesivamente todos sus hermanos, recogiendo finalmente aquella herencia de desgracias, mas dólorosas todavía con el recuerdo de un trono, el príncipe *Amrulcais* hijo de *Hogyr* que escedió á todos en infortunios. Este príncipe, igualmente célebre por sus desgracias que por su ingenio para la poesía, fue conocido entre los árabes, como testifica el escritor *Alasmai'* (1), con el nombre de *Almálic Adhdhellil* ó el Rey errante (2), por las largas peregrinaciones y viages en que pasó su inquieta y azarosa vida.

Nació por los años de 500 de nuestra era en las tierras de los Benu-Asad en la region de Negyd (3). Cultivó la poesía desde su mas tierna juventud, y esto con tal empeño y ardor, que indignado el Rey su padre, que solo quisiera verle aficionado á las armas, le arrojó de su lado. Pero los sucesos posteriores acreditaron que Amrulcais se hallaba dotado de tanto valor y militares prendas, cuanto de ingenio y númen poético. Ciertamente durante aquel destierro, tomando en su compañía algunos mancebos y hombres aventureros de diversas tribus, hizo el aprendizage de las armas, y se acostumbró á sufrir las fatigas, privaciones y riesgos de la guerra. En tanto las nuevas de la muerte de su padre, que pereció á manos de los Asaditas mientras que él vagaba por el Yémen (4), llenaron su pecho del ardimiento de la venganza, y para llevarla á cabo, puesto á la cabeza de las tribus de Becr y Taghleb, derrotó á sus enemigos en un glorioso encuentro que con ellos tuvo. No satisfecho todavia su ardiente deseo de venganza, quiso proseguir en guerra contra los Asaditas, lo que fue parte para que le abandonasen los de Becr y Taghleb, atrayéndose juntamente la persecusion de Almondzer III, Rey por entonces de Hira (5). Mas tarde logrando reunir algunas tropas, nuestro héroe marchó de nuevo por los años de 527 contra la tribu de los Benu-Asad, mas saliéndole al encuentro un lucido ejército del Rey de Hira, le presentó la batalla, en que Amrulcais llevó la peor parte, viéndose forzado á buscar la salvacion en la fuga. Despues de

(1) Ciudad de la Arabia en el Irác.

(1) Célebre por sus grandes conocimientos en la lengua y antigua literatura arábiga. Murió por los años de la hegira 214 á 217 segun Ebn Jallicán.

(2) Ebn'Bedrun en sus Comentarios á la cassida de Ebn'Abdun, publicados por *M. Dozy* en Leyden, 1846 dice (pág. 117 del texto árabe): «Y fue llamado Amrulcais el Rey errante porque dejó sus señoríos y partió á solicitar del César un ejército para vengar con él la muerte de su padre.»

(3) Parte central de la Arabia.

(4) Arabia Feliz.

(5) Imperó desde el año 513 hasta el 562 de nuestra era.

varios sucesos y alternativas, y de haber morado entre diversas tribus, sin que las persecusiones de Almondzer III le permitiesen fijarse en ninguna, refugióse entre las montañas de Agya y Selma, que era del señorío de los Thaitas. Morando allí por algunos años tomó por muger á la célebre *Umm Gyóndab* (3) hija de aquella tribu, divorciándose de ella despues á causa de un certámen poético que tuvo con Alkáma-ebn-Abda, célebre poeta de aquellos tiempos, y en el cual la esposa de Amrulcais, que hacia el papel de juez, sentenció en favor del rival de su marido.

En tanto, el númen poético de Amrulcais, hallando inspiraciones en las aventuras y viajes, y en los mismos azares é infortunios de vida tan inquieta y agitada, habíase ido perfeccionando y produciendo aquellas inmortales creaciones, aquellos cantos heróicos y magníficos, si bien harto sensuales, y que le hacen considerar por muchos como el príncipe de la poesía entre los árabes del desierto. Amrulcais es autor de uno de los siete poemas llamados *Moállacas*, por mirarse suspendidos un dia en el templo de la Mecca ó Kába, alcanzando el héroe Quendita este supremo honor, que era considerado como el apoteosis del poeta que lo obtenia, contándose tan pocos entre los infinitos que produjo aquella época, cuyas obras se espusiesen á la pública veneracion en aquel templo, el mas famoso y venerado entre los árabes de todos tiempos.

Y puesto que hemos hablado de los honores tributados á la poesía entre los árabes del desierto, haremos notar que jamás otra nacion alguna se dedicó á ella con mas empeño y natural vocacion que la árabe, que aun en la época de su infancia tuvo un templo donde rendia culto y homenage á la gloria del poeta, y una palestra para competir en certámenes de ingenio, siendo aquel la Kába de la Mecca, y esta el célebre foro ó plaza de *Ocátd* (4).

Pero de la poesía entre los árabes del desierto hablaremos de propósito y con mas estension, en un cuadro biográfico que no tardaremos en dar á luz sobre Antara, poeta y guerrero por muchos títulos célebre en la historia de aquella nacion.

No hemos seguido al príncipe Amrulcais en todas las circunstancias y pormenores de su vida, anteriores á su encuentro con el judío Samuel, porque esto no atañe enteramente á nuestro propósito. Mas debiendo desempeñar el príncipe Quendita papel tan importante en el drama cuyo protagonista es Samuel, y tratándose de personage tan famoso, no hemos querido pasar en silencio los sucesos mas notables con que se señala en la historia.

Veamos ahora cómo Amrulcais llegó á encontrarse con el señor de Alablac, y los resultados que produjo este encuentro.

Muertos los tios de Amrulcais, y viéndose este príncipe sin parientes ni amigos, y sin recurso alguno con que hacer valer sus derechos al trono de su padre, solicitó el auxilio del Emperador Justiniano, con cuyos antecesores habian estrechado alianza los Reyes de la dinastía de Quenda. Empero como nada consiguiese por mensages, y por otra parte, no le fuese ya posible el vivir en la Arabia, donde todas las tribus rechazaban al perseguido del Rey Hira, determinó ir en persona á ponerse bajo el amparo del Emperador. Los designios de Amrulcais eran reclamar de este monarca, invocando las antiguas alianzas de sus ascendientes, algun socorro de tropas con que volver á reconquistar sus perdidos estados. La triste esperiencia de tantos reveses no habia desengañado aun al héroe infortunado que iba á esponerse á otros mayores. Pero Amrulcais, antes de emprender esta nueva peregrinacion que debia ser acaso mas larga y llena de peligros que las anteriores, necesitaba poner en salvo algunos bienes que aun conservaba como magnífico resto de su antigua grandeza, y sobre todo su tierna hija Hinda. La hermosura de esta doncella y la magnificencia de cinco soberbias armaduras que poesia Amrulcais, heredadas de sus mayores, y que eran lo mas precioso de sus bienes, habian ya movido á muchos á codicia, intentando apoderarse de

(3) Nombre alegórico que significa la madre de la desgracia.

(4) *Suc* ó mercado de la Arabia en la jurisdiccion de la Mecca, donde todos los años por la luna nueva del mes de Dzulcada, se juntaban los árabes por espacio de un mes para recitar sus poemas en gloriosa competencia. (*Firuzabadi* en el *Cumús*). Mahoma suprimió estos certámenes literarios.

entrambos tesoros (1). El que mas cuidado daba á Amrulcais, aunque mas disfrazaba sus intentos, era el príncipe Ghassanita *Alharetz ebon-Abi-Xammer* (2), que con el deseo de poseer aquellas ricas armaduras habia llegado al estremo de fingirse locamente enamorado de Hinda, pensando hallar en el afecto y confianza de esta jóven un medio para llevar á cabo su perfidia. Vemos, pues, que todo se conjuraba en daño del infortunado príncipe, á quien en su desgracia todos perseguian y procuraban su ruina. Hinda, niña tierna é inocente, era incapaz de sospechar las pérfidas intenciones de Alharetz, y tuvo la debilidad de concederle un amor puro, pero no por ello menos sincero y ardiente. Amrulcais, acosado á un tiempo por tantos males, engañado por sus ánimos y esfuerzo, pensaba hallar remedio á todos.

Una mañana Amrulcais, acompañado de pocos leales servidores que conducian el resto de su fortuna, y á su hermosa hija Hinda, llegó al castillo de Alablac. Habíanle encarecido la fidelidad de Samuel, y el amparo que concedia en su inespugnable fortaleza á cuantos á su proteccion se acogian; asi es que resolvió depositar en sus manos todos sus bienes.

La ruidosa fama del *rey errante* habia llegado al pacífico señor de Alablac, á quien no pudieron menos de conmover tales infortunios. Asi es que al pronunciar Amrulcais su nombre ante Samuel, y rogarle que guardase bajo su amparo á su hija y sus bienes, el israelita le recibió en sus brazos, y le juró por el Dios de Abraham, Isaac y Jacob, que antes dejaria arrancarse la vida que perder el precioso depósito que se le confiaba.

Amrulcais, despues de darle las gracias en hermosos versos, le dijo: ¡Que no me haya sido dado apreciar hasta hoy tus virtudes! ¡Cuán benéfico asilo hubiera hallado contra mis males en el santuario de tu hospitalidad! Pero no lo ha permitido la ley de mis errantes destinos, y el heredero de una corona no debe darse al reposo mientras que la vea colocada sobre frente agena y enemiga. Mas no debo ocultarte el nombre del amigo leal á quien debo la dicha de conocerte. El emir Fezarita Amr-ebn-Gyaber es quien, encareciéndome justamente tu fidelidad y nobles y liberales prendas, me dijo: «Pues buscas un asilo donde abrigar las reliquias de tu fortuna, marcha al castillo de Alablac, cerca de Teima, donde vive su señor el judío Samuel ebn'Adia La corte del monarca mas poderoso no te brindaria abrigo tan favorable y seguro cual te lo concederá sin duda en Alablac ese hombre generoso y fiel, célebre en la comarca y fuera de ella por la proteccion y amparo que otorga á los peregrinos y á todos los perseguidos por la fortuna, con quienes parte su pan y su amor. Amr envió conmigo un guia que me condujese á tu presencia, y es el Fezarita Rabi, á quien ves á mi lado.»

Despues de esto, Amrulcais hizo á Samuel larga relacion de sus infortunios y vicisitudes, concluyendo su razonamiento con estas palabras:

«La esperanza de mejorar mi suerte, que nunca me abandona, y el empeño de reconquistar mis señoríos y corona ó morir en mi demanda, me llevan á la córte del César para solicitar su auxilio. No quiero esponer á una hija que es mi único bien y consuelo, y las alhajas que me han legado los reyes mis antepasados, y son el lustre y honra de mi casa, á los riesgos de estas empresas; todo ello lo encomiendo á tu fidelidad. Conserva ese tesoro hasta que vuelva en persona á reclamártelo; ó si el Arbitro de los dias tiene decretado que muera en la tierra estraña, ausente de lo que mas amo, maten á tu lado á mi hija Hinda, cuya tutela y educacion confio ademas á mi primo Yezid-ebn-Haretz, que aquí está presente, y hazla señora de los pocos bienes que el cielo nos ha dejado.»

Samuel le prometió de nuevo velar y dia

(1) Estas cinco famosas armaduras ó corazas se distinguian con los nombres de *Alfadhfadha*, la espaciosa; *Assafia*, la brillante; *Almohssena*, la defensora; *Aljerric*, la elegante ó libera, y *Ummudzdzoyul*, la adornada de flecos ó franjas (literalmente la madre de los flecos ó franjas). Tales eran las presecas y alhajas que Amrulcais, cual otro Eneas, habia salvado de las tempestades y vicisitudes de su vida. Entrambos héroes se gloriaban de poseer las presecas heredadas de sus mayores, y reliquias de su antiguo poder.

Dona ferens pelago et flammis rostantia rojæ.

(2) Fue el quinto de este nombre entre los Reyes Ghassanitas del Xam ó Siria, é imperó desde 530 hasta 572 de nuestra era.

noche por aquel sagrado é inestimable depósito. Mandó luego aderezar una magnífica tienda cubierta de ricas pieles para morada de Hinda, y preparar otras mansiones para el príncipe, para el tutor de su hija y para el resto de la comitiva. El mismo Amrulcais permaneció por algun tiempo gozando las comodidades y regalo del hospedage verdaderamente régio, con que le obsequiaba Samuel. Mas resuelto á pasar á Constantinopla, sin que le disuadiesen de esta empresa los ruegos y reflexiones de su valedor, éste, cuya reputacion é influencia era tal, recomendóle por cartas al príncipe ó Rey Ghassanita Alharetz, á quien mas arriba nombramos, para que recibido bajo su amparo y proteccion, pudiese marchar con toda seguridad á la corte del Emperador, y fuese conducido á su presencia misma con aquella honra y consideracion que convenia á un príncipe como él. Ya dijimos cómo este Alharetz, á quien Samuel recomendaba á Amrulcais, era el mentido amante de Hinda, y el codicioso de los bienes del príncipe su padre. Desgraciado en cuanto emprendia, Amrulcais vióse en la necesidad de acudir al amparo de aquel enemigo encubierto, asi que, resignado ante la ley de sus destinos, y recibiendo los auxilios de Alharetz, marchó á Constantinopla hácia el año de 535 de nuestra era.

Amrulcais llegó sin contratiempo á la corte de Justiniano, quien le acogió benignamente, le dispensó toda honra, y finalmente, puso á sus órdenes un ejército con que partiese á recobrar sus dominios. El príncipe Quendita vió de nuevo reanimarse sus esperanzas, creyó terminarian pronto las desgracias y azares que hasta aquel dia le persiguieran de continuo, y finalmente, en sus sueños miró ornadas sus sienes con la corona paterna. Pero el destino lo dispuso de otro modo.

En tanto que alcanzaba del Emperador el socorro prometido, Amrulcais, cuya presencia era gallarda y sus palabras llenas de mágica elocuencia, supo inspirar amor á una princesa hija de Justiniano, si ha de darse crédito al testimonio de los historiadores árabes. No era en verdad el carácter del príncipe poeta el mas á propósito para hacer frente á las contrariedades de que le habian rodeado las desgracias de su familia y ruina de su casa, sin contar sus propios infortunios, porque si bien se hallaba dotado de valor y constancia, abandonándose, empero al placer dejaba malograr todas las ventajas que fueran fruto de su anterior esfuerzo. La temeridad de que se hizo culpable en estos amores fue causa de su completa ruina. Porque ya fuese que el Emperador recelase lo sucedido, ó ya que le delatasen, segun se cuenta, sus émulos y enemigos, ello es que ofendido aquel monarca de tamaña ingratitud, resolvió vengar su ofensa con la muerte del príncipe. Con este designio, puesto ya en marcha Amrulcais con las tropas auxiliares que del Emperador habia recibido, envióle este una *holla* ó túnica de honor emponzoñada. Tal hecho en verdad pareceria fingido por los escritores árabes que lo refieren, á imitacion de lo que cuenta de Hércules la mitología, si la historia no nos presentase otros ejemplos semejantes (1). Vistiéndose el príncipe aquella túnica, no tardó el veneno en cubrirle todo de úlceras, y aunque sin poder llegar á su pais natal, vivió todavia algun tiempo en infinitos padecimientos, hasta su muerte que acaeció en Angora, llamada por los árabes *Anquira* (2), por los años de 540 de nuestra era.

Aunque el príncipe Ghassanita Alharetz no habia osado negar su favor á Amrulcais, cuando recomendado por Samuel le habia pedido su auxilio para pasar á Constantinopla, luego que supo su muerte, creyó que nada le impediria el apoderarse de las ricas armaduras por tanto tiempo codiciadas, y de la hermosa Hinda. Despues de la partida de Amrulcais, habia visitado varias veces á su hija en el castillo de Alablac, y propuéstola que le siguiese, abandonando aquella mansion hospitalaria y tra-

(1) De una catástrofe parecida en estremo fue víctima el Rey de Granada, de la familia de los Nassritas, Abu-Abdallah-Yusof, que entró á reinar en el año de nuestra era 1391. Abu-Hanun, Rey de Fez, que le odiaba en secreto, le envió en el año de 1396, entre otros presentes, una marlota muy rica inficionada en ponzoña. Vistiósela el Rey, y fue tal la fuerza del veneno, que murió dentro de treinta dias, cayéndosele las carnes á pedazos. (Mármol, Descrip. gen. de Africa, lib. II, c. 38, pág. 217 del tomo I. edic. de 1573).

(2) La antigua Ancyra, ciudad considerable de la Anatolia. Amrulcais fue enterrado cerca de un monte llamado Asib, inmediato á aquella ciudad, donde por mucho tiempo acudieron los árabes á visitar su sepulcro.

yendo consigo sus bienes. Hinda, criada en el recato y la virtud, por mas que amase al príncipe, rehusó siempre acceder á sus lisonjeras y engañadoras propuestas, jurando que no dejaria sin voluntad de su padre la mansion donde él la habia procurado un asilo seguro y benéfico.

Mas el soberbio y codicioso príncipe, no contando lo bastante con el amor de Hinda para el logro de sus pretenciones, tomando consigo un crecido número de tropas, vino á participar á su amada la infausta nueva de la muerte de su padre. Alharetz dejó sus guerreros, que todos eran bravos ginetes, á la vista del castillo, mandándoles que estuviesen apercibidos para todo y aguardasen sus órdenes. La hermosa hija de Amrulcais, pálida y llorosa como una cándida azucena de los valles bañada por el rocío de la aurora, escuchó de los labios de su amante toda la triste relacion del gran infortunio con que habia querido el cielo probar su virtud é inocencia. La infeliz huérfana comprendió cuánta era su desgracia, y hallóse á punto de buscar consuelo á ella en los brazos del que amaba. Propúsola este de nuevo que dejase aquella mansion hospitalaria, y que siguiéndole para ser feliz con él, tragese consigo todos sus bienes, que en calidad de esposo bien podia confiarle. Pintóla con elocuentes palabras el porvenir de felicidad, el Eden de delicias que iba á brindarle su amor, si accedia á su propuesta. Pero la memoria de su padre que la habia confiado al amparo de Samuel, protegiendo asi su tierna juventud é inocencia, contra las seducciones del mundo y los engaños de su mentido adorador, un presentimiento de la ingratitud con que pagaria tal vez el poderoso príncipe el abandono de la niña pobre y huérfana, y el respeto en fin al judío su benéfico y liberal patrono, y al tutor que la habia nombrado su padre, la detuvieron al borde del precipicio. Hinda, sin negarse enteramente á las instancias de Alharetz por temor de ofenderle, le significó que todavia no era dueña de sí misma ni de sus bienes; que acudiese á las personas á quienes la habia fiado su padre, aunque estaba segura que no permitirian los abandonase su pupila hasta el tiempo de su mayor edad, y que causándole gran dolor negar algo á quien tanto amaba, se sometia, empero, á la voluntad de los que tenian autoridad sobre ella. Alharetz, despechado por tal resistencia, que atribuyó á debilidad y timidez de la tierna jóven, antes que á virtud y respeto á la paterna voluntad, corrió en busca de Samuel, y pensando que con fiereza y alarde de su poder fácilmente le venceria, mandóle con imperio le entregase el sagrado depósito que habia fiado en sus manos el Rey errante. Indignóse Samuel al oir tal propuesta, que hacia ultraje á la fidelidad de que siempre se habia gloriado, y reprendió al príncipe su torpe designio con aquella firmeza y dignidad que dan la virtud y la grandeza de alma. Alharetz le replicó que estaba resuelto á apoyar su pretension con las armas, y que si no de grado, le haria entregar por fuerza los tesoros que codiciaba. «El Dios de mis padres, respondió Samuel con resuelto ademan, me protegerá contra tu tiranía y violencia; antes que acceder á tu injusta demanda y quebrantar los santos deberes de la hospitalidad, estoy decidido á morir entre las ruinas de mi fortaleza. Parte, mal aconsejado príncipe, á desafiarme con tu poder; Dios amparará mi causa, porque es justa.

El príncipe salió de la presencia de Samuel y del castillo lleno de rabia y furor, y mandó al punto á los suyos que sitiasen la fortaleza, y la combatiesen poderosamente hasta que echasen por tierra sus torres y sus muros. Pero el judío, fiado en lo fuerte y defendido de Alablac, en el valor propio y en el de sus pocos pero esforzados guerreros, sostuvo el asedio con gran brio y pujanza, rechazando mas de una vez á los sitiadores y causándoles no poca pérdida y estrago.

Empero un lance inesperado vino á poner en gran conflicto y aprieto al defensor de Alablac. Tenia Samuel un hijo, mancebo ardiente y valeroso, aunque de pocos años, á quien como único que era, báculo de su ancianidad, y heredero de su nombre y su fortuna, amaba con estremo, y procuraba su bien con tierno y solícito cuidado. Este mancebo, como quier que fuese de ánimo varonil y esforzado, irritado con la arrogancia y porfía de los enemigos, sin dar cuenta de ello á su padre, sa-

lióse del castillo con algunos valientes y embistió á los guerreros del príncipe Ghassanita con gran valor y denuedo, pero con tan adversa fortuna, que cayendo sobre él gran golpe de los contrarios, aunque escarmentó á algunos, tomáronle al cabo prisionero. El hijo de Samuel fue conducido á la presencia de Alharetz, quien gozoso sobremanera de tan favorable suceso, envió luego á decir al judio, que si queria rescatar á su hijo le entregase en cambio á la hija de Amrulcais y las famosas armaduras. Negóse Samuel á esta inícua proposicion, jurando que antes dejaria sacrificar á un hijo tan amado que faltar villanamente á su palabra, aunque la tuviese empeñada con un difunto, y violar los sagrados deberes de la hospitalidad. Empero lleno de congoja y sobresalto por la suerte de su hijo, subióse al muro para observar de allí lo que hacian sus contrarios. El despiadado príncipe, que acababa de escuchar la negativa de Samuel, al divisarle en lo alto del muro desnudó su espada, y esgrimiéndola sobre la cabeza inocente del jóven israelita, á quien tenia á su lado, amenazó á su padre con que le quitaria la vida si rehusaba por mas tiempo acceder á su demanda.

En tanto Hinda, que retirada en su tienda lloraba en la soledad sus males, avisada por una de sus esclavas de lo que sucedia, corrió en busca de Samuel para rogarle que no solo con su fortuna, sino aun con su vida misma la dejase satisfacer la codicia del tirano, y evitara que tomase torpe y cruel venganza vertiendo la inocente sangre de su hijo, puesto que ella le absolveria de la fidelidad jurada á su padre y á ella misma. Pero cuando desalada llegó cerca de la muralla, vió bajar de ella á Samuel, cuyo semblante, marcado con las huellas de un inmenso dolor, manifestaba que se habia consumado el sacrificio. Mas la jóven en su emocion no echó de ver en aquel instante el abatimiento que se pintaba en el rostro del anciano, y con voz desfalleciente «¿Se ha salvado?» le preguntó.

Samuel posó con triste dulzura sus estraviados ojos en Hinda, y luego, conteniendo las lágrimas que á ellos se agolpaban, respondió entre sollozos: «Si, ya disfruta el hijo mio de salvacion.» ¡Oh! ¡Cuánto gozo en ello! dijo la tierna jóven, que no habia comprendido las palabras del anciano. «¡Oh, padre mio! añadió; venia á pedirte una gracia que no dudo me concederá tu bondad. Yo amé á ese infame príncipe con locura, engañado mi corazon por las nobles prendas de que le creyó dotado; pero conducta tan execrable ha convertido mi ternura, si no en ódio, en indiferencia y desprecio. Sin embargo, todavia me resigno á ser su esposa cual desea, y á hacerle dueño de mis bienes, absolviéndote de la palabra jurada á mi padre, y de todos los deberes de la hospitalidad, porque se salve el hijo de tu amor; tu fidelidad bien puede permitir que haga dueño á mi esposo de mi mano y mi fortuna.» Agradezco tu bondad, dijo Samuel con acento de profunda resignacion; pero ya es tarde; mi hijo no goza de salvacion sinó en el Eden; el furor bárbaro de ese mal príncipe le ha sacrificado; pero no me pesa de haber guardado fielmente mi palabra, ¡aun al precio de la sangre de un hijo único; las acciones grandes y virtuosas son los hijos mas dignos del hombre; tú regocíjate de no haberte unido á un malvado; en cuanto á mi, la memoria de este sacrificio hecho en aras de la virtud, me consolará de tamaña pérdida; mi dolor y mi consuelo son igualmente grandes.»

Entonces Samuel tomó de la mano á Hinda, conduciéndola á la cima del muro, le mostró el cadáver de su hijo que yacia sobre la ardiente arena, bañado en sangre reciente y humeante todavia. No lejos mirábase al feroz príncipe gozándose en su infame venganza. Samuel é Hinda alzaron á un tiempo su voz para maldecirle. Alharetz debió oir aquellas maldiciones, y temiendo al cielo, de repente mandó levantar el sitio, y huyó despavorido con sus soldados. Samuel, cuyas fuerzas desmayaban, apoyóse en Hinda, y descendiendo ambos del muro, salieron al campo abandonado por los enemigos. Allí, Hinda, postrándose de hinojos ante el cadáver del hijo asesinado, dirigió á Samuel estas palabras llenas de profunda emocion: «Si en pérdida tan irreparable cabe humano remedio, si puedes por ventura reemplazar con otro el hijo que has perdido, dígnate, señor, de adoptarme por hija, como yo te adopto por padre.»

Lúnes 25 de Abril.

Asi la tierna jóven compensó en cuanto pudo á Samuel la grave pérdida de que ella y su padre no habian sido sino causa involuntaria, pues solo á la maldad y codicia de aquel inícuo príncipe pudiera acusarse de catástrofe tan lastimosa.

El hecho memorable que hemos consignado nos hace admirar á Samuel por la gloria de su heroismo; para que pueda admirársele igualmente por la gloria de su ingenio, traduciremos aqui una de las poesías mas notables que compuso (1), y digna de llamar nuestra atencion por los pensamientos morales, heróicos y guerreros que en ella abundan, colocándola entre las mas hermosas de que se gloría la musa épica árabe de aquellos tiempos. Hela aqui:

«Cuando el hombre no mancilla su honra con crímenes, en cualquier trage que vista aparece honrado y magnífico.

«Y quien no arrostra con noble resignacion las injusticias de la suerte, no es acreedor á la hermosura de la alabanza.

«Echannos en cara que somos pocos; mas pocos son en verdad los nobles y distinguidos. . . . . .

. . . . . .

«Y en vano dicen: «Locura es que el linage de *Adia* éntre en contiendas de gloria, siendo escaso en número y humilde.»

«Porque no nos perjudica el ser humildes y pocos, si sabemos dar honra al que amparamos, y cuando no prueba sino deshonor el que amparan esos que se glorían de ser ilustres y muchos.

«Nosotros poseemos un monte inaccesible donde se amparan nuestros patrocinados; monte que por su altura asombra, y fatiga las miradas de quien le contempla.

«Es el castillo de *Aláblac el sin par*, cuyo nombre vuela en alas de la fama: alcázar inexpugnable y altísimo.

«Con hondas raices se afirma bajo la tierra, y levanta hasta los astros su empinada cima, donde nadie puede alcanzar.

»Nosotros en verdad somos de una estirpe que no tiene á mengua el morir, como lo tienen á mengua los de'Amer y Selúl. . . .

. . . . . .

«Ninguno de nuestros príncipes y señores acaba con muerte natural y tranquila, y sin embargo, no dejamos correr sin venganza la sangre del asesinado.

»Nuestras almas se agitan sobre el hierro de nuestras espadas, y solamente sobre él se agitan.

«Jamás empañamos el brillo de nuestra raza, porque de padres nobles y sin mancha, linage claro y noble traemos. . . . . .

. . . . . .

«Somos puros y liberales como el rocío de las nubes: no se encuentra entre nosotros acero embotado ni mano mezquina.

»Podemos culpar á otros por sus palabras, sin que ellos puedan culparnos por las nuestras. . . . . .

. . . . . .

«No se apaga jamás nuestro fuego para el huésped que llega en la noche (2), ni pudo quejarse de nosotros quien recibió nuestra hospitalidad.

«Los dias de nuestras batallas son ilustres y famosos entre nuestros propios enemigos, porque se distinguen con puras señales de gloria y honor sin mancha.

«Nuestras espadas están hendidas y melladas por todas partes, por su continuo golpear sobre los guerreros armados de corazas:

«Nuestras espadas, cuyas hojas no vuelven á la vaina en tanto que los escuadrones no han combatido con mútua carnicería.»

He aqui retratada, amantísimo lector, aunque con pincel torpe y rudo, la noble y grandiosa figura de Samuel, uno de esos genios de la virtud y el heroismo de que tan raros ejemplos nos da la historia. La nuestra, que es la de una nacion entre todas grande y magnánima, nos presenta otro aun mas ilustre y glorioso en la persona del héroe de Tarifa, siete siglos posterior al de Aláblac.

FRANCISCO JAVIER SIMONET.

Madrid, 1852.

(1) Hállase en el *Hamasa de Abu-Temmám.*

(2) Los árabes ricos y liberales solian encender por las noches en los collados el fuego de la hospitalidad, para dar aviso á los extraviados y peregrinos de que se acogiesen á su asilo.

Á UNA FLOR.

Galana flor, que en el valle
Viertes naciente tu aroma,
Cuando en el oriente asoma
El sol su fúlgida faz;
Y en la azulada corriente
Tu puro cáliz inclinas,
Cuyas hojas purpurinas
Mece el céfiro fugaz.

—

Flor la mas lozana y bella
Que brota el florido Mayo,
Con indolente desmayo
Abates tu roja sien;
Y al jugar bajo tus hojas
Las aves en la enramada,
Flor, te juzgan trasplantada
De los campos del Eden.

—

Tus matices de la tierra
Esmaltan la verde alfombra,
Y contra el sol te da sombra
Tu follage de verdor;
Y de frescura te inundan
Las hondas del arroyuelo,
Que puro corre, del cielo
Pintado el azul color.

Flor que brotas al influjo
De un cielo limpio y sereno,
Encuentras un valle ameno
Y un sol brillante al nacer;
Y no turban la pureza
De tu juventud lozana
Los temores de mañana
Ni los recuerdos de ayer.

—

Tu breve vida en el prado
Pasas inocente y sola,
De tu pintada corola
Ostentando el arrebol;
Y al mirar en el espejo
Del agua tu galanura,
No temes que tu frescura
Ardiente marchite el sol.

—

Flor bella cual la memoria
De los dias de mi infancia,
Todo respira fragancia
Y deleites para tí;
Mañana solo el recuerdo
Quedará de tu hermosura,
Cual queda el de la ventura
Que para siempre perdí.

F. Javier Simonet.

Madrid 1850.

ORIGEN DE LA GRAN CARTUJA.

En otoño hasta los dias mas bellos comunican al que viaja cierta tristeza llena de encanto y suavidad, pero que no deja de ser tristeza. Asi como el pájaro aprovecha los últimos rayos de sol haciendo oir sus cantilenas, así tambien el viajero adelanta alegremente en su camino; con todo, para uno y otro hay en ese cielo que se hace por momentos mas sombrío, en esas madrugadas sucesivamente mas tardías, y en ese aire de la noche siempre mas sutil, todo el luto é incomodidades del invierno, y aun las pocas horas suaves que el otoño les presenta pronto solo servirán para recordarles los hermosos dias pasados, haciendo así mas sensibles los rigores del mal tiempo.

En la misma entrada de un camino, que en la primavera me llevaria en pocas horas al monasterio, vense dos conventos; uno á mano derecha y otro á la izquierda, al parecer situados allí á fin de disponer el alma á recibir las religiosas emociones que la aguardan; están allí como dos pilas de agua bendita puestas á la entrada del claustro que guia al santuario.

La milagrosa causa del retiro de S. Bruno, fundador de la Orden Cartuja, ha sido combatida y defendida con igual constancia: bajo el reinado de Luis XIII dábase bastante crédito á la explicacion sobrenatural; y de ello da fe un consejero del Rey, que publicó sobre este asunto un voluminoso libro lleno de candor, que consideramos tanto mas verídico, cuanto que la bula del Pontífice Urbano VIII con que suprime del breviario romano el milagro no amenaza con la excomunion á las almas timoratas que todavía quieran creerlo. Véase pues el caso milagroso sucedido en París el año de 1082, segundo del pontificado de Clemente VIII.

El canónigo Raimond, persona cargada de dignidades, célebre entre los sabios de aquellos tiempos, y tan íntegro y justo á los ojos de las gentes que siempre que se presentaba en público era casi adorado del pueblo, cayó gravemente enfermo, y despues de habérsele dado todos los auxilios de la medicina y de la religion, y á despecho de las rogativas que al cielo se dirigieron por la salud del canónigo, murió. París estaba lleno de luto, y el Clero, la Universidad y la Corte afanáronse en dar la mayor pompa posible á los funerales. El Obispo con todo el cabildo celebraban los oficios divinos en la iglesia de Nuestra Señora, cuando al salir de misa, así que iban á enterrar el cuerpo de Raimond cantándole las preces de los difuntos, y despues de haberle descubierto el rostro y entonado el oficiante con voz firme la leccion que empieza: *Responde mihi*, el muerto, que hasta entonces habia permanecido extendido sobre el féretro, empieza á levantarse con pausa y gravedad llenando de terror y espanto á los presentes, luego en alta voz les dice: «*Justo Dei judicio accusatus sum.*» (Por el alto juicio de Dios soy acusado.) Delibérase, dúdase si está vivo ó muerto, hasta que por fin resuelven

aguardar al dia siguiente. La fama del milagro se esparció por todo el pueblo de París, que acudió entero á Nuestra Señora el dia siguiente. Descubrieron otra vez el féretro, celebróse el oficio, y vinieron á entonar delante del cuerpo y en medio de las fúnebres hachas las preces de difuntos, pero apenas el ministro hubo pronunciado (sin duda con voz menos firme que el dia anterior) el *Responde mihi*, el difunto en presencia de todos los circunstantes se incorpora y responde: *Justo Dei judicio judicatus sum.* (Por el alto juicio de Dios soy juzgado). Deliberan de nuevo: ese juicio puede ser favorable ó contrario, y aun no ha llegado al fin, por lo que remítese el asunto al otro dia. Pero por esta vez respondió el muerto: «*Justo Dei judicio damnatus sum.* (Por el alto juicio de Dios estoy condenado). Entonces no hubo ya deliberacion, sino que cogieron el cuerpo del difunto y dieron con él en un mudalar, como indigno de descansar en tierra sagrada. Desde este suceso empezó S. Bruno á meditar su retiro del mundo, resuelto á todo antes que verse expuesto al terrible destino del canónigo Raimond. ¿Podia acaso nadie vivir mas santamente en París de lo que el canónigo vivia? ¿No fue un modelo de las mas bellas y sencillas virtudes? Condenado! Dios ha condenado su ministro, al que durante sesenta años cantó sus alabanzas noche y dia! al que habia generalizado y hecho amar su doctrina! ¿Quién pues en este mundo puede esperar su salvacion? Tales eran los pensamientos de S. Bruno, quien despues de haber comunicado tales temores á sus compañeros, púsose bajo la proteccion de S. Juan Bautista, ángel del desierto, y de S. Hugo á la sazon Obispo de Grenoble, y los guió á las silvestres gargantas de la Cartuja, donde hoy existe el monasterio que tomó el nombre de la montaña.

Llegué pues á la Cartuja, dice el autor de este artículo; las hayas mezclando sus áridas y melancólicas ramas con las verdes y lozanas de los altivos abetos, formaban un contraste entre dos opuestos caracteres, que para mí era solemne anuncio de lo que debia hallar, atravesado que hubiese el umbral de ese recinto en que todo despierta el recuerdo, asi de la muerte como de la vida.

Los oficios de la noche en la gran Cartuja están llenos de grandeza y magestad, pero no como en nuestra metrópoli á causa de la pompa y magnificencia, sino por la solemne gravedad que los caracteriza; de modo que no es posible pintar el efecto que producen dichos cantos nocturnos en el ánimo. ¡Qué diferencia no existe entre estos sublimes salmos, que voces inspiradas por una profunda conviccion hacen resonar en el templo, y las plegarias, bellas sin embargo, que cantores asalariados entonan delante de nuestros facistoles! Es una religiosidad muy distinta. La parte superior del coro ocúpanla los novicios con hábitos negros, siguen luego los padres con sus blancas ropas, y en esta disposicion parece que colocan entre ellos y el altar á los jóvenes neófitos para que no se desanimen; del mismo modo que se coloca un batallon bisoño entre sus banderas y otras tropas aguerridas.

A la entrada del claustro que conduce al capítulo, y casi en el centro, se ven paredes cuya construccion lleva seiscientos años de antigüedad; á la derecha hay unas bóvedas modernas, y en frente descúbrese la capilla del cementerio, en que celebró misa S. Francisco de Sales. Esta capilla es la parte mas antigua del monasterio, único que perdonó la época destructora de 1793 en sus profanaciones, y en ella se encuentran todavía los huesos (íbamos á decir las reliquias) de los primeros padres muertos en la primitiva capilla de S. Bruno, á la que la iglesia del monasterio reconoce por hermana primogénita. En la inmensidad de esos claustros no se oye mas que el melancólico murmullo de cuatro fuentes esparcidas por entre las indefinidas y solitarias calles; el silencio es profundo, mas aun que en otros sitios del monasterio, sin embargo de ser la parte mas habitada, puesto que contiene sesenta celdas de los monges.

En cada celda hay su inscripcion, escogida ó compuesta por el religioso que la habita; son conceptos expresados con feliz concision y fuerza, alguna vez en versos no muy buenos. Permitióseme entrar en la celda N. pues acababa de morir el cartujo que moraba en ella: sus hábitos de lana pendientes á la cabecera del humilde lecho columpiábanse á impulsos del viento, como los despojos de una cri-

sálida que acaba de tomar el vuelo.

El cementerio es reducido; de un lado se ven las tumbas de los generales de la Orden, adornadas con una cruz de piedra, y el otro sirve para sepultura de los hermanos; existe siempre una huesa abierta, como la boca de un abismo que está aguardando su presa.

La especie de romería que emprendí de esta suerte, solo, enfermizo y á pie en la estacion mas árida é incómoda del año, ofrece un

LOS CARTUJOS.

carácter de indefinible tristeza y suavidad. Contemplo lleno de espíritu religioso todo cuanto se me presenta en este sitio; la tempestad azotando inútilmente los cristales y haciendo penetrar sus agudos silbidos por esos inmensos corredores sin turbar su calma, tan profunda es esta, me obliga naturalmente á comparar la tranquila y confiada existencia de los cartujos con nuestra época escéptica y turbulenta. ¿Deberáse á una ilusion hija de mis conmociones el que considere al monasterio de la gran Cartuja bajo tan diverso aspecto, que los alegres curiosos que van á verle en el verano? ¿que aprecie de tan distinto modo sus creencias, y tan diversamente reciba su sencilla hospitalidad? No; lo cierto es que hallándose mi espíritu mas en armonía con el de esos melancólicos monges, ha sabido mejor comprenderlos. Solo enteramente entre ellos, olvidado despues de largo viaje de la fisonomía de nuestra sociedad, no los he mirado con ojos deslumbrados aun por el brillo del mundo abandonado el dia anterior; así es que en ningun sitio puede hallar esos rostos sombríos, inflexibles y desesperados que creen encontrarse en los claustros: opinion que van difundiendo gentes alucinadas, y que en el dia es tan general como falsa.... Al contrario: qué severidad! que calma! cuánta bondad no hay en sus ojos y frentes! En esos labios, que alienta una suave sonrisa, refléjase la paz del corazon; asi como en las vibraciones de su voz conmovida la felicidad y contento interior.

A. U.

LUIS VAN-BEETHOVEN.

lemania, esa nacion culta donde tienen su asiento las letras, las artes y las ciencias; ese emporio del saber humano que el mundo civilizado mira siempre con emulacion y asombro, es la patria de un sinnúmero de ingenios célebres y distinguidos. Si hacemos justicia á *Luis Van-Beethoven*, debemos contarlo en el número de estos; y si atendemos y juzgamos imparcialmente los escelentes recuerdos que nos ha dejado, reconoceremos que es uno de los hombres grandes que la naturaleza, siempre avara en producirlos, colocó en el mundo para llenarle de entusiasmo.

Envanecido *Bonn* con haber sido el pueblo que en 17 de Diciembre de 1770 le vió nacer, pasaron muchos años sin que sus padres fuesen conocidos, y aun en la actualidad está en duda si *Esfana Howathiyer* lo tuvo del Rey de Prusia Federico II, ó de un corista de la capilla del Elector de Colonia. Sea como fuere, el Elector mismo fue quien cuidó de dar una educacion esmerada á *Luis*, una educacion como no pudo darla mejor á sus propios hijos. Llevóle á Viena en 1792, donde aprovechó tan estraordinariamente en la música y en la retórica, que á los veinte y un años de edad escribió el precioso poema de la *Caseria de Makkeda*, y propuso otras varias piezas para piano, que se publicaron en *Manheim* y *Espira*, á donde se trasladó despues, adquiriendo un nombre que ya miraban con orgullo sus sábios maestros *Haydn* y *Albechtsberger*. La modestia de *Beethoven*, que llegaba al estremo, le hacia mirar con aprecio las críticas que se hacian de sus primeras producciones, y esta virtud, tan escasa en los artistas, le acarreó mucha gloria, y atrajo innumerables aplausos en sus posteriores composiciones.

En tan brillante posicion se encontraba el autor de la música de *Fidelio*, y de la obertura de *Coriolano*, cuando aconteció la muerte de su insigne bienhechor el Elector de Colonia. Falto de proteccion, y sin las consideraciones que hasta entónces se le habian guardado, regresó á Viena donde la música que componia le dió lo suficiente para vivir con desahogo durante algunos años. Estendido ya su nombre, y teniendo ya *Beethoven* una reputacion europea, mereció que la córte de Westfalia, reconociendo su mérito y sus virtudes, le hiciese proposiciones muy ventajosas, que si bien tardó mucho tiempo en admitir, se decidió en 1809 á tomar la pension de 4,000 florines, que le señalaron el archiduque *Rodulfo* y los príncipes *Lobkowitz* y *Kinsky*, con la obligacion de que fijara su residencia en Viena ó en otra ciudad austriaca. Cumpliendo en esta parte su deber, y cultivando con favorable suceso su talento, se hizo un verdadero émulo de la gloria y del saber de *Haydn* y de *Mozart*, adquiriendo igual celebridad que ellos en la composicion instrumental, aunque poco feliz en el género dramático, por lo que nunca pudo competir con el primero.

Las excelentes sinfonías de *Beethoven*, que forman el embeleso de los *dilettanti*, sus sestetos, cuartetos y trios, serán siempre oidos con entusiasmo; sin que las composiciones recientes de otros muchos autores hayan podido jamás oscurecer el mérito de las de aquel gran maestro.

La mayor parte de sus obras, entre las cuales se cuentan como muy superiores las bellas sonatas para piano, se grabaron en Paris.

Elevado este eminente compositor al puesto mas culminante en que el saber puede colocar á un hombre, se vió acometido casi de repente de una sordera que le dejó enteramente inútil para ejerce su profesion favorita. Este accidente trocó su genio jovial y festivo en una melancolía, que fue consumiéndole lentamente hasta hacerle descender al sepulcro en 26 de Marzo de 1827. Viena que recogió el último aliento de su vida, lloró su muerte con el llanto que se derrama en la pérdida del hijo mas ilustre y predilecto, y la Francia que habia admirado su saber y sus virtudes, mandó acuñar una hermosa medalla para hacer eterna su memoria.

A. C.

A C...

SONETO.

Feliz en mi humildad y mi pobreza,
Ni la gloria envidié ni los honores,
Ni pedí á la fortuna sus favores,
Ni doblé la rodilla á la grandeza.
No me uní con hipócrita bajeza
Á la turba falaz de aduladores,
Y presenté del hado á los rigores
Altanera y erguida la cabeza.
Solo á tu corazon, angel querido,
Cuyos encantos por mi mal adoro,
Amor en cambio de mi amor le pido;
Y aunque de hinojos á tus pies le imploro,
Ni te mueve mi fe, ni te han movido
Mis tristes quejas ni mi amargo lloro.

J. A. Viedma.

Madrid.—1853.

ESTUDIOS DE VIAJES.

LOS INDIOS DEL SENEGAL.

Generalmente en Europa se tiene una idea muy equivocada de los indios, sin contar para nada sus antecedentes. Se atribuyen á su caracter cualidades que realmente no son otra cosa que efecto de represalias, y se olvida que la barbarie con que han sido tratados en tiempo de su descubrimiento y despues de este, son la causa de que sus venganzas sean muchas veces terribles y sangrientas. Esto no se esplica ni se comprende mas que por lo que han sufrido, y lo que se mira en ellos como efecto de perfidia y de crueldad, no es en el fondo mas que los recuerdos de las crueldades ejercidas con ellos mismos. Estos recuerdos han acabado por inocular en su sangre cierto caracter de ferocidad.

El indio es naturalmente desconfiado y astuto. Obligado incesantemente á vivir en alarma, y á permanecer dispuesto á la defensa contra los nuevos huéspedes que no cesan de atacarle para reducirle á la esclavitud, tiene precision de oponer la destreza y la astucia á la fuerza, y muchas veces la desesperacion á la violencia. Pero cuando no se ve forzado por circunstancias especiales á salir de los límites de su caracter natural, se halla en el indio, dulzura y buena fe, y es realmente el hijo de la naturaleza, el libre hijo de los bosques. Ahora es menester convenir que ha perdido algo de su primitiva simplicidad. Los europeos le han hecho conocer nuevas necesidades, y le han escitado gustos para él desconocidos. Sus bosques y selvas proveian á sus necesidades, y su riqueza satisfacia sobradamente sus deseos; mas poco á poco lo superfluo se ha convertido en necesidad indispensable. Los vicios de las naciones cultas se han introducido entre los pueblos salvajes, y estos dos elementos de destruccion moral han contribuido casi tanto como la opresion, á bastardear su primitivo natural, franco y generoso. Asi los indios, en otro tiempo tan formidables y numerosos, desaparecerán gradualmente, y formarán un solo cuerpo de nacion con sus colonos. Esta fusion será lenta sin duda, pero parece casi infalible, porque es forzoso efecto de las mismas cosas, es decir, que provendrá poco á poco de la industria, del comercio, y de la civilizacion. Los indios ó caraibes que habitan en Surinam y el pais de sus cercanias, son generalmente de buena presencia, proporcionados, sanos, fuertes y vigorosos; no tienen deformidades corporales, y fuera de casos accidentales, es muy raro hallar uno impedido ó ciego.

El color de su tez, generalmente es moreno, tirando al rojizo del cobre. Cuando nacen son tan blancos como los europeos, pero esta blancura desaparece al cabo de algunos dias,

para tornarse en las tintas cobrizas que es el color natural de su raza.

Los hombres son generalmente de buen caracter, y se obtiene de ellos lo que se quiere, con dulzura, amabilidad, y sobre todo prodigándoles bebidas fuertes, aunque su embriaguez es casi mas terrible que su cólera. Son crueles en sus escesos como en su venganza. Las facciones de sus rostros son bastante agraciadas, aunque especialmente entre los jóvenes se nota un fondo de melancolia que proviene del embrutecimiento, y del esceso de bebidas espirituosas, á las que se entregan con una pasion casi increible.

Tienen la frente chata y aplastada, los ojos negros y generalmente pequeños, y hermosa dentadura, que conservan hasta una edad muy avanzada, porque no padecen jamas los males de boca que son tan comunes en Europa. Sus cabellos negros y cortos solo encanecen en su decrepitud. Adornan su rostro con rayas negras y rojas. Se hacen las primeras con zumo de janípaba, y para las rojas usan del achiote. Su color favorito como el de todos los pueblos salvages es este último, y se frotan sus cabellos, el pecho, la espalda y otras partes del cuerpo, de suerte que al mirarlos muchas veces que se untan hasta la mitad de las piernas, parece que llevan puestos borceguies de su color natural, y á cierta distancia se creeria que habian recibido muchas heridas. La naturaleza no les ha concedido barba, pero por poca que tengan se la arrancan con pinzas que hacen de las conchas.

Las mugeres para adornarse agujerean su labio inferior, por el que pasan un alfiler, un hueso ó un pedacito de madera del que suspenden cuentas ó granitos de piedra con tal que brillen. Otras los hacen en la nariz, en la que colocan una especie de caracolillo que les cuelga hasta la boca. He tenido en mi mano adornos de esta clase que me han parecido de plata, y los naturales me han asegurado que su pais contiene gran cantidad de este metal. Los hombres tambien se agujerean las orejas, introduciendo á lo largo pedacitos de este metal de dos ó tres pulgadas de longitud. Mas ordinariamente se sirven de adornos de madera, ó bien con algun hueso de un enemigo suyo; y la mayor parte lo usan en una sola oreja.

Cubren sus cabezas con plumas de diferentes pájaros; otros con una especie de gorra ó montera, otros se rodean la cabeza con piel de tigre pero los mas llevan la cabeza desnuda.

Su trage es muy sencillo, ó mas propiamente no usan casi ninguno. Cuando se les reprehende su desnudez, contestan que habiendo venido asi al mundo, es una locura cubrirse.

Esto me recuerda la respuesta de un gefe indio hecho prisionero por los españoles, y que iba vestido á la europea. El general le preguntó quien era, y el indio contestó:

—Permitid me quite este vestido, á fin de que me conozca yo mismo.

Los hombres llevan al rededor del cuerpo una cuerda ó cinta, de la que suspenden un cuchillo desnudo. Una faja de tela de algodon roja ó azul, y de poco mas de media vara de ancho por cuatro ó cinco de largo, se rodean al cuerpo, y dejan colgar las dos estremidades. Los hay tambien que llevan una especie de dalmática ó manton de dos ó tres varas en cuadro, que llevan sobre la espalda.

Pero nada es tan cómodo como ver llegar á uno de sus gefes ó capitanes á algun fuerte de los europeos, ó á conferencia con alguna autoridad de la colonia. Para estos actos su trage de ceremonia, es una levita ó casaca encarnada y galoneada, sin mas calzon ni camisa, un sombrero redondo galoneado, y un gran baston en la mano parecido al que usan nuestros tambores mayores. Toda la tribu sigue detras, cerrando la comitiva las mugeres y los niños.

Este gefe es regularmente un anciano, y sin disputa el mas hábil guerrero de entre ellos. Se hace obedecer á la primera señal, y sus mas insignificantes palabras son miradas por todos como las de un oráculo.

Sus armas consisten en arcos que tienen cinco ó seis pies de longitud. Las flechas tienen tres pies ó tres y medio de largo, y son de junco ó de palmera. Por una estremidad las adornan con plumas de papagayo, y las puntas son de hierro ó de espinas de pescado perfecta y artísticamente trabajadas. De otras flechas se sirven para tirar á los mariscos, cuando no se hallan mas que á dos ó tres pies de profundidad del agua. Las que usan para com-

batir á sus enemigos las emponzoñan con el zumo de un árbol que se cria solo en aquellos climas.

Los indios se sirven tambien de picas ó lanzas, que arrojan con una destreza admirable, y construyen de junco cerbatanas de nueve ó diez pies, en las que colocan una flecha muy pequeña y punzante, envuelta en algodon, y con solo el aire que despide su boca, las hacen correr un espacio de ciento treinta pasos, y con suficiente impulso para cazar pájaros y cuadrúpedos pequeños.

Solo despues del arribo de los europeos han conocido los indios el uso del fusil, del sable y del hacha, y se sirven del primero apoyando como los negros el talon de la culata en la cadera derecha.

Las mugeres indias tienen menos estatura que los hombres, pero sus formas son muy regulares y agraciadas. Llevan generalmente al rededor del cuerpo y por mas abajo de la cintura, una especie de faja de la que suspenden otra tela teñida con el zumo de janipaba. En otras tribus vecinas usan unas camisolas cortas adornadas de lazadas de diferentes colores, y otras una especie de sayas sin mangas. Esto usan principalmente las que pueblan el Perú y las riberas del Amazonas.

Los indios no tienen nunca residencia fija ni determinada, y lo mismo habitan en las anconadas ó en las riberas, como se retiran á lo mas profundo de los bosques ó á las orillas del mar. Cuando resuelven cambiar su morada lo primero que hacen es elegir el punto que deben ocupar, y terraplenarlo bien para construir su cabaña. Hecho esto preparan en su inmediacion el terreno necesario para el cultivo, donde siembran yuca para estraer despues el cazabe, que es una harina bastante grosera, plátanos y maiz ó trigo de Turquia, pero nunca siembran mas que lo absolutamente necesario para su subsistencia, pues no conocen otras necesidades que las puramente indispensables para la vida.

Habiendo un dia hecho una espedicion á una aldea con otro viagero amigo, me puse á dibujar, mientras se dedicaba mi camarada á los placeres de la caza. Me llamó la atencion la vista de una jóven india y traté de representarla en mi dibujo. Asi que me vió se acercó, y entonces la ofrecí un collar, que miró con indiferencia y realmente sin aceptarlo, porque en esta nacion ninguna jóven puede admitir presente alguno por insignificante que sea, como no venga de mano del que desea llamar su esposo. Me preguntó si tenia muger é hijos, y habiéndola contestado que no, se admiró mucho de mi respuesta: en seguida fue á llamar á un anciano que se hallaba cerca de donde estábamos, y volvió con él y con otras muchas mugeres y niños que acudieron para ver lo que yo hacia. El anciano me alargó francamente su mano y me abrazó. Le enseñé mis dibujos, pero cuando divisó entre ellos el retrato de un indio de una tribu enemiga, sus facciones tomaron una espresion de enojo y esclamó irritado: *Perverso esclavo.* Yo para calmar su cólera golpeé con mi lapicera el retrato repitiendo: *Perverso esclavo;* entonces su fisonomía volvió á mostrarse risueña. Distribuí algunas dádivas y collares, que fueron recibidos con indiferencia, y continué retratando á la jóven india, que se prestó á permanecer delante de mí con la mayor complacencia. Les dí un poco de aguardiente, que brindaron á mi salud, la jóven india trajo un pedazo de pan de cazabe, y me retiré á otra aldea despues de haberla apretado cordialmente la mano. No obstante la desconfianza natural que se observa en la mayor parte de los naturales, poseen una finura increible de instinto, que les hace adivinar las intenciones de los que acuden á visitarlos. Despues que se persuaden que el estrangero que los visita no lleva ánimos hóstiles ó de espionage, puede estar seguro de hallar la hospitalidad mas franca y la mas fraternal acogida.

La caza y la pesca forman sus ocupaciones habituales, y cuando salen á estas espediciones, sus mugeres están obligadas á seguirles cargadas con las provisiones necesarias, y de recoger las piezas que ha muerto el cazador y llevarlas á la cabaña. He visto un dia á una jóven é interesante india que volvia de cazar con su marido, y mientras que este llevaba simplemente el arco y las flechas, la muger iba encorbada bajo el peso de un saco de bananas, de un niño que llevaba al pecho, de una calabaza llena de chicha, y de una cesta ó canasta con la caza.

Cuando los indios regresan de sus cacerias ó pesquerias, se entregan completamente al reposo y al descanso que es su principal delicia, y se tienden en sus hamacas ó en el suelo, mientras que sus mugeres, que distan mucho de ser tan perezosas, y sobre las que pesan todos los cuidados de la vida, se ocupan del arreglo doméstico.

El principal alimento de estos pueblos, consiste en caza, en pescado fresco ó ahumado, cangrejos, langosta de mar, tortugas, patatas, maiz y cazabe, de que se sirven tambien para hacer sus bebidas.

En la cabaña de un indio no se hallan mas muebles que los estrictamente precisos. La parte principal de su menage consiste en una hamaca de cinco ó seis pies de longitud, por diez ó doce de ancho, fija en sus estremos por mas de cincuenta hilitos de dos pies clavados en el suelo, ó de dos troncos de los que sostienen la cabaña, ó de los árboles en los bosques, teniendo tambien una cuerda gruesa que les sirve para suspenderla.

Las mugeres tienen cuidado sobre todo en los bosques de encender fuego, y mantenerlo continuamente bajo de las hamacas, lo que reune la doble ventaja de espantar las fieras y alejar los mosquitos y otros insectos dañinos que podian molestarles. Sus utensilios de cocina consisten en calabazas, vasijas y platos que fabrican las mugeres.

Estas se ocupan tambien en hacer grandes cestos, que les sirven para guardar los utensilios mas pequeños de su casa, y para trasportarlos cuando varian de residencia. En todas las cabañas se ven suspendidas de los troncos que la sostienen las armas de que se valen para la guerra.

Los instrumentos de música de los indios, consisten principalmente en flautas, una especie de trompetas, y timbales hechos de un tronco hueco de árbol, cubierto con una piel de tigre.

No conocen el uso de las sillas, y cuando se sientan para comer lo hacen sobre un trozo de madera y con mas frecuencia se tienden bocaabajo sobre el vientre, con el plato en el suelo y apoyándose en los codos. Tienen al lado su calabaza, y comen con los dedos. Las cabezas de familia comen solos, y cuando han terminado su refaccion se acuestan en sus hamacas, mientras que sus mugeres é hijos se colocan en rededor suyo para comer lo que les dejan. No guardan en sus comidas horas ni periodos determinados, sino que lo verifican cuando se sienten necesitados.

Todas sus diversiones las cifran en un baile ó danza que llaman *Chaoin*, y que mas bien que baile compasado, ofrece la imagen de la locura y del delirio. Es imposible pueda concebirse una cosa mas salvage y desordenada. Sus movimientos son los mas bruscos, mas vivos, hacen las contorsiones mas furiosas y ridículas que pueden imaginarse. Cualquiera al verlos por primera vez creeria se iban á desnucar ó á dislocarse, y crugen sus músculos por la violencia que emplean en sus forzadas actitudes. Apenas puede seguirles la vista y parar atencion en los precipitados grupos y posturas que presentan. Esta danza infernal reune para los naturales tanto atractivo, que no desperdician ocasion de entregarse á ella; cualquier cosa la mas insignificante les sirve de pretesto para bailar. No se comprende cómo la estructura anatómica del hombre, se preste á sus insensatos movimientos. Muchas veces se cogen de la mano formando un círculo cuyo centro ocupan las mugeres, y dan vueltas al rededor como un torbellino, acompañando sus grotescas evoluciones con canciones y palabras sin sentido y sin medida, siendo comun que se prolonguen estas danzas dias y noches enteras. Alguna vez las interrumpen para escuchar un narrador que refiere la vida y hazañas de los antecesores de la tribu, ó bien su propia historia, relatando los hechos mas notables de su familia y los combates personales que ha sostenido, los enemigos que han sucumbido á sus manos, los sangrientos dramas en que ha figurado, y las mas terribles escenas ocupan su atencion.

Despues que se hallan reunidos asi como en sociedad, y que el historiador ha terminado su relacion, se reviste de humor festivo y refiere todos cuantos desatinos se le ocurren, y que considera pueden contribuir á la diversion de su auditorio; cuando llega este caso todos se creen asistidos del derecho de usar de la palabra, y de lucir sus canciones y los ecos de sus conciertos.

Rara vez terminan estas reuniones tranquilamente, pues es muy comun que sirvan para renovar enemistades y odios, y que finalicen con luchas sangrientas y terribles.

Los mas jóvenes se entregan igualmente á los placeres del baile, pero es de otro género mucho mas tranquilo. Todos se pintan el cuerpo de encarnado, y adornan sus cabezas con una especie de frontales guarnecidos de plumas que escogen de colores muy vivos, y asi llaman á este baile el *baile de los pájaros*. Referiremos cómo proceden en esta danza, que por su originalidad no carece de incidentes estraños. Los hombres acuden con anticipacion á internarse en lo mas espeso de los bosques, y se ocultan tras de los árboles. En seguida acuden las jóvenes muy despacio y como procurando que no las divisen, marchando unas tras de otras en cuclillas, é imitando admirablemente los trinos y los silvidos de diferentes pájaros. A este llamamiento ó provocacion contestan los hombres tambien imitando los mugidos de las fieras. Despues de este juego que puede llamarse de escondite, salen los hombres y aparentan huir las mugeres, corren, saltan y continuan de esta suerte por un determinado espacio de tiempo con una agilidad increible, hasta que cada una de las jóvenes se deja asir solo por el que de antemano profesa alguna inclinacion.

En Surinam, como en la mayor parte de los pueblos salvages, las formalidades y ceremonias que acompañan y preceden á los matrimonios son de una simplicidad casi primitiva. Cuando un indio resuelve escoger una compañera, empieza por obsequiarla con el producto de sus cacerias ó pesquerias, ó bien se presenta á ella revestido con sus arneses de guerra, y la ofrece los despojos ó el cráneo de un enemigo si ha tenido la fortuna de combatir y vencer. Si la jóven admite estos presentes prueba que consiente en que sea su esposo. Al llegar la noche y cuando presume estará de vuelta en su habitacion á descansar de las fatigas de la cacería, lleva la jóven una olla de carne ó de pescado y regresa en seguida á su cabaña.

Al dia siguiente se determina en el que ha de celebrarse el matrimonio, y en este intervalo se procuran las provisiones necesarias de caza y pescados para el festin que es de rigor en semejantes ocasiones, y para el que convidan á los parientes y amigos. Cuando llega el dia prefijado, el jóven entra en la casa de su futura, y la dice:

—Te he escogido por esposa.

Estas palabras bastan, y le sigue. Despues se celebra un convite, al que asiste toda la familia y los amigos, pero en el que los hombres se sientan los primeros, en tanto que les sirven sus mugeres, pues jamas las admiten en sus comidas; y esta costumbre es tan rigorosa, que ni la reciencasada come al lado de su marido.

Es dificil asegurar si estos pueblos profesan ó no religion alguna, pero por lo que hace á los que habitan en las costas, puede decirse que son verdaderos ateos, porque no tienen ningun templo ni vestigio alguno religioso, ni se halla traza que indique ningun género de idolatría, como se hallaron en Chile y en el Perú. Sin embargo hay entre ellos que creen en otra vida, en la metempsícosis ó transmigracion de las almas, y que piensan que el cielo ha existido eternamente, y que solo ha sido creado la tierra y el mar. Otros conservan acerca de un supremo Ser que reconocen, una tradicion singular, segun la cual este Ser mandó descender á su hijo del cielo sobre la tierra para matar una serpiente horrible que devastaba una parte de América; y que despues que el celeste espedicionario venció al mónstruo, se formaron, segun esta misma tradicion, en las entrañas de este animal gusanos que produgeron cada uno un caraibe con su hembra y poblaron asi la Guiana. La guerra cruel que la serpiente habia hecho á las naciones vecinas, la continuaron los caraibes, porque todos les miraban como enemigos.

Los indios del Brasil adoran bajo el nombre de Tupan á un dios que dicen preside al trueno, y cuando se muestra el cielo cubierto y ruge la tempestad, se estremecen y esclaman espantados:

—El dios está encolerizado.

Y procuran calmarlo con ofrendas, segun algunos viageros, que otros aseguran no haber encontrado en estos pueblos señal de ideas religiosas, fundados tambien en que en su idioma no existe palabra que esprese el nombre

de un dios ó de un ser que reconozcan por supremo

El trueno es para los caraibes salvages el poder mas formidable, y le creen origen de la ciencia de la agricultura. Profesan tambien un respeto supersticioso é idólatra á las *tamaracas*, fruto que por su figura se parece mucho á la calabaza, á la que prestan muchos honores. Los sacerdotes cuando visitan sus tribus van provistos de amaracas ó tamaracas que hacen adorar solemnemente, llevándolas á el estremo de un baston, ricamente adornadas de hermosas plumas. Persuaden á sus feligreses á que lleven de comer y de beber á estas tamaracas, porque les hacen creer que se muestran agradecidas en que las obsequien de esa suerte.

Cuando Colon descubrió la isla de santo Domingo, adoraban sus habitantes á unas imágenes que llamaban *Amis*, que miraban como sus dioses tutelares, y á las cuales tributaban culto y ofrecian sacrificios. El rey era el gran pontífice de esta religion, y adoraban tambien como dioses supremos á *Toroataiha Toomoo* y *Tepapa* que segun sus tradiciones habian sido en la antigüedad puntas de roca. Admitian otra especie de dioses de menos categoría, á los que daban el nombre de *Catuas*, y de los que dos habian sido padres de los hombres. *Lano* hijo del dios superior y de *Tepapa*, era el que mas particularmente invocaban, porque creian que se interesaba infinitamente mas en la direccion de los negocios del género humano.

El que considera por primera vez estas regiones, no puede menos de calificarlas de muy miserables; pero reflexionando y observándolas atentamente, es preciso convenir en que son mas felices que los europeos. No conocen el lujo ni las comodidades de la vida, y viven enteramente estraños á todo lo que una nacion civilizada presenta de curioso y de interesante, pero disfrutan en cambio de una libertad, libertad natural y primitiva, que constituye el símbolo de su existencia. No conocen mas dominacion que sus deseos, y nunca encuentran obstáculos para satisfacerlos. La ambicion y las pasiones ruines de la sociedad les son enteramente estrañas.

Las hojas de los árboles de sus bosques, el algodon y las pieles de las fieras les bastan para abrigarse, y con el maiz, las batatas, la banana, el cazabe, la caza y la pesca, les sobra para alimentarse, Algunas veces se sirven de la carne de los monos, que la encuentran delicada.

Sin duda que la ignorancia en que viven les hace muy inferiores á nosotros, pero esto nada influye en su felicidad, y es dificil que fueran mas dichosos si tratásemos de introducirles nuestros conocimientos, nuestras costumbres y nuestras leyes. Numerosos ejemplos de salvajes que han tenido ocasion de vivir entre los europeos y conocer sus usos, prueban evidentemente esta asercion, pues que no cesan de acordarse de su pais natal, y tan pronto como hallan ocasion se restituyen á recobrar su vida errante en medio de sus compatriotas. Ninguna de nuestras ciudades reune para ellos los atractivos que los bosques y las lagunas que les vieron nacer, y desdeñan los frutos de nuestra civilizacion por una palabra que forma el todo de su vida, *su independencia*.

Pero lo que admira en estos hombres, es el increible instinto de que se hallan dotados. Espuestos continuamente á los peligros de la vida errante y salvage, en lucha abierta siempre con las fieras, saben burlar sus astucias, y combatir lo mismo al leopardo, que al boá ó al caiman de las lagunas.

Este continuo egercicio y la lucha incesante que sostienen con los peligros que la naturaleza ha sembrado en torno suyo, desenvuelve sus facultades al mas elevado grado, y combaten encarnizadamente en la guerra. Cuando llegan á encontrarse dos tribus enemigas es para un combate de esterminio, en que ostentan todo lo que el furor y el odio salvage puede inventar de mas cruel y de mas atroz. Sin freno ni ley humana que los contenga, pelean sangrienta y terriblemente, sin que sea bastante para formar una idea aproximada, las luchas de las mismas fieras que se desgarran y devoran entre sí con las uñas y los dientes.

Sus combates son á cuerpo descubierto y en el llano, pues nunca defienden limite alguno de terreno ni hogar determinado, porque destruidas sus chozas se encaminan á descubrir algun otro punto apropósito para establecer-

CASCADA AL OTRO LADO DEL BLAAWE-BERG.

se y construir sus habitaciones. La caza y la pesca les suministra sobradamente para satisfacer las necesidades de la vida, asi como los árboles y la estraordinaria feracidad del pais les convida por todas partes con sus frutos; pais que por sí solo y por su clima hace comprender la inmensa necesidad de libertad, ó mejor dicho de vagancia que esperimentan los habitantes del Senegal.

Despues de haber dado una idea de los hombres, es menester darla del terreno, y para ello acompaña á este articulo el grabado de una cascada al otro lado de Blaawe-Berg. El aspecto salvage del pais pintará mejor el Senegal que todas las descripciones posibles. El esplica las costumbres singulares que se han referido.

M. F.

EL LEPROSO DE LA CIUDAD DE AOSTE.

La parte meridional de la ciudad de Aoste, está casi desierta, y parece no haber sido nunca muy habitada. Se ven terrenos cultivados, y praderas terminadas por un lado con las murallas antiguas que los romanos levantaron para que les sirviesen de recinto, y por el otro con las tapias de algunos jardines. Este sitio solitario puede sin embargo interesar á los viajeros. Cerca de la puerta de la ciudad, se ven las ruinas de un antiguo castillo, en el cual, segun la tradicion popular, el conde René de Chalons, enfurecido por los celos dejó morir de hambre en el siglo XV á su esposa la princesa Maria de Braganza. La gente del pueblo dió á este castillo el nombre de «Grito del hambre.» Distante de este algunos centenares de pasos hay una torre cuadrada, cerca de una antigua muralla construida de mármol. Se llama la torre del Espanto, porque el pueblo la ha creido por mucho tiempo habitada por fantasmas. Las viejas de la ciudad de Aoste, se acuerdan muy bien de haber visto salir en las noches sombrías una muger alta, vestida de blanco con una antorcha en la mano.

Hay cerca de quince años que esta torre fue reparada, y cercada por órden del Gobierno, para que sirviese de morada á un leproso, separándolo de este modo de la sociedad, procurándole todas las comodidades de que su triste situacion era susceptible. El hospital de San Mauricio se encargó de su subsistencia, y se le suministraron algunos muebles, como tambien lo necesario para el cultivo de un jardin.

Allí vivia hacia largo tiempo, entregado á sí mismo, sin ver á nadie, excepto al sacerdote que de cuando en cuando iba á aliviarlo con los consuelos de la religion, y el hombre que todas las semanas le llevaba las provisiones del hospital.

Durante la guerra de los Alpes en el año 1797, un militar que se hallaba en la ciudad de Aoste, pasó un dia casualmente cerca del jardin del leproso, cuya puerta encontró entreabierta, y por curiosidad entró. Vió un hombre sencillamente vestido, apoyado contra un árbol, y sumergido en la mas profunda meditacion. Al ruido que hizo el oficial al entrar, el solitario, sin volverse ni mirar, esclamó con una voz triste:

—Quien anda ahí; para qué se me necesita?

—Perdonad á un estrangero, respondió el militar, á quien el aspecto agradable de vuestro jardin ha hecho tal vez cometer una indiscresion, pero que de ningun modo quiere incomodaros.

—No os adelanteis, respondió el habitante de la torre haciéndole seña con la mano, estais cerca de un desgraciado atacado de la lepra.

—Cualquiera que sea vuestra desgracia, contestó el viagero, no por eso me alejaré; jamás he huido de los desgraciados, sin embargo, si mi presencia os importuna estoy pronto á retirarme.

—Seais bien venido, dijo entonces el leproso, volviéndose de repente, y despues de haberme mirado quedaos si os atreveis.

El militar quedó por algun tiempo inmovil de admiracion y espanto á la vista de este desgraciado, que la lepra habia completamente desfigurado. Me quedaré, le contestó, si os agrada la visita de un hombre que la casualidad conduce aqui, pero que retiene un vivo interes.

—Interes.... Jamás he exitado sino la piedad.

—Me creeria muy dichoso si pudiese ofreceros algun consuelo.

—Me es muy grande el de ver á los hombres, y oir la voz humana que parece huir de mí.

—Permitidme que hablemos algunos momentos, y que recorra vuestra morada.

—Con mucho gusto, si ello puede agradaros. Adelantaos, añadió. Cultivo este pequeño jardin, cuyas flores os gustarán tal vez, pues encontrareis algunas muy raras. Me he hecho de semillas de todas las que crecen sobre los Alpes, y he procurado multiplicarlas y embellecerlas por el cultivo.

—En efecto, veo algunas que me son enteramente nuevas.

—Mirad este rosalito; son rosas sin espinas que solo crecen en los altos Alpes, pero pierden esta propiedad y echan espinas á medida que se cultivan y se multiplican.

—Deberian llamarse el emblema de la ingratitud.

—Si os gustan algunas de estas flores podeis tomarlas, sin que corrais riesgo alguno aunque las lleveis consigo. Yo las he sembrado, tengo el gusto de regarlas y mirarlas, pero jamás las toco.

—Y por qué?

—Temeria contagiarlas, y no me atreveria á ofrecéroslas.

—Para quien las destinais?

—Las personas que me traen las provisiones del hospital no temen hacer ramos de ellas; algunas veces tambien los muchachos de la ciudad se presentan á la puerta de mi jardin, entonces subo á la torre, y desde mi ventana los veo coger algunas; cuando se van dirijen su vista hácia mí y me dicen sonriendo: «Buenos dias, leproso», y eso me alegra un poco.

—Habeis sabido reunir aqui plantas muy distintas, pues veo algunas cepas, y árboles frutales de varias clases.

—Estos árboles tienen muy poco tiempo, yo mismo los he plantado, asi como tambien estas cepas que he hecho subir á lo alto de aquel muro antiguo que veis allí formando una pequeña alameda; es mi sitio favorito. Subid á lo largo de estas piedras; es una escalera de que soy el arquitecto. Agarraos al muro.

—Es un sitio encantador, y parece apropósito para las meditaciones de un solitario.

—Desde aqui descubro mucho terreno, y veo á los trabajadores del campo en sus tareas; veo todo cuanto pasa en la pradera, sin ser visto de nadie.

—Admiro lo tranquilo y solitario de este retiro. Se está en una ciudad, y parece estarlo en un desierto.

—La sociedad no se encuentra siempre en medio de los bosques y de las rocas. El desgraciado está solo en todas partes.

—Que acontecimiento os ha traido á este sitio? Este es vuestro pais?

—He nacido en las orillas del mar, en el principado de Oneille, y solo hace quince años que habito aqui. En cuanto á mi historia es

solo una larga y uniforme calamidad.

—Habeis vivido siempre solo?

—Perdí mis padres en mi infancia y jamás los conocí; una hermana que me quedaba, hace dos años que murió, amigos no he tenido nunca.

—Desgraciado!

—Tales son los designios del Señor.

—Desearia saber vuestro nombre.

—Ah! mi nombre es terrible! me llamo el leproso! El mundo ignora el que tengo por mi familia, y el que la religion me ha dado el dia de mi nacimiento. Me llamo el leproso; ved ahi el solo titulo que tengo de la bondad de los hombres.

—La hermana que habeis perdido vivia con vos?

—Ha vivido conmigo por espacio de cinco años. Tan desgraciada como yo, participaba de mis penas, y yo procuraba dulcificar las suyas.

—Y cuales son vuestras ocupaciones ahora en una soledad tan profunda?

—Los pormenores de las ocupaciones de un solitario tal como yo, serian monotonos para un hombre de mundo que encuentra su dicha en la actividad de la vida social.

—Ah! conoceis poco este mundo, en que jamás he encontrado felicidad, prefiero muy amenudo estar solo, y hay tal vez entre nuestras ideas mas analogia de lo que pensais; sin embargo, os lo confieso, una soledad eterna me horroriza, me cuesta trabajo concebirla.

—El que se resigna con su suerte será feliz. El ejemplo de Jesucristo nos lo enseña. Empiezo á esperimentar la verdad de estas palabras consoladoras. El sentimiento de la soledad se disminuye tambien por el trabajo. El hombre que trabaja no es completamente desgraciado, yo soy la prueba de ello. Durante el verano me ocupo en el cultivo de mi jardin, y en el invierno hago canastas y esteras; trabajo tambien en hacerme mis vestidos, y preparo diariamente mi comida con las provisiones que me traen del hospital; la oracion ocupa las horas de descanso. De este modo me parecen cortos los años.

—Os deberian parecer siglos.

—Los males y los disgustos hacen parecer largas las horas, pero los años pasan siempre con la misma rapidez. Hay por otra parte un último término en el infortunio, un goze que la mayor parte de los hombres no pueden conocer, y que os parecerá muy singular, es el de existir y respirar. En la primavera paso mañanas enteras, inmovil sobre esta muralla, gozando del aire y de la belleza de la naturaleza; todas mis ideas son entonces vagas, indecisas; la tristeza reposa en mi corazon sin oprimirlo, mis miradas andan errantes por esta campiña y sobre las rocas que nos rodean; estos diferentes aspectos están de tal modo fijos en mi memoria, que forman por decirlo asi parte de mí mismo, y cada florecilla es un amigo á quien veo con placer todos los dias.

—He esperimentado muchas veces sensaciones muy parecidas. Cuando el sentimiento se apodera de mí, y no encuentro en el corazon de los hombres lo que el mio desea, el aspecto de la naturaleza y de las cosas inanimadas me consuela, le tomo afecto á las rocas y á los árboles, y me parece que todos los seres de la creacion son amigos que Dios me ha dado.

—Me animais á que os esplique tambien lo que sucede en mí. Amo en verdad los objetos, que por decirlo asi, son mis compañeros de vida y que veo diariamente; tambien todas las tardes al retirarme á la torre, vengo á visitar los hielos de Ruitorts, los bosques sombrios del monte S. Bernardo, y las puntas bizarras que dominan el valle de Rennes. Aunque el poder de Dios sea tan visible en la creacion de una hormiga como en el universo entero, el gran espectáculo de las montañas me admira mas; no puedo ver esas masas enormes cubiertas siempre de hielo, sin experimentar una admiracion religiosa; pero en este vasto cuadro que me rodea tengo vistas favoritas que quiero con preferencia á las demas; á estas pertenece aquella hermita que veis allá en la cima del monte de Charvensod. Sola enmedio de los bosques y cerca de un campo desierto, recibe los últimos rayos del sol. Aunque jamás he estado en ella, siento mucho placer en verla. A la caida de la tarde y sentado en mi jardin, fijo mis miradas en esa hermita solitaria, y mi imaginacion reposa en ella. Ha llegado á ser para mí una especie de propiedad, y me parece tener una idea confusa de haber vivido en ella en tiempos mas fe-

lices, y cuya memoria se ha borrado en mí. Me gusta sobre todo contemplar las lejanas montañas que se confunden con el cielo en el horizonte. Como lo venidero, la distancia hace nacer en mí la esperanza, mi corazon oprimido cree que existe tal vez una tierra lejana, donde en una época venidera podré probar por fin la dicha porque tanto suspiro, y que un instinto secreto me presenta sin cesar como posible.

—Con un alma ardiente como la vuestra, os habrán sido sin duda menester grandes esfuerzos para resignaros con vuestro destino, y para no entregaros á la desesperacion.

—Os engañaria, si os dejase en la creencia de que estoy siempre resignado con mi suerte; no tengo hecha esa abnegacion completa de si mismo á que han llegado algunos anacoretas. Este sacrificio completo de todas las afecciones humanas no está cumplido todavia; mi vida se pasa en combates continuos, y los poderosos consuelos de la religion á veces no pueden reprimir los embates de mi imaginacion. Esta me lleva amenudo y á pesar mio hácia un oceano de deseos quiméricos, que me conducen hácia ese mundo del que no tengo idea alguna, y cuya vista fantástica tengo siempre presente para atormentarme.

—Si pudieseis leer en mi alma, y os pudiese esplicar la idea que tengo del mundo, todos vuestros deseos y sentimientos se desvanecerian al instante.

—Algunos libros me han instruido aunque en vano de la perversidad de los hombres y de las desgracias inseparables de la humanidad; mi corazon se niega á creerlas. Se me representan siempre sociedades de amigos sinceros y virtuosos; esposos, que la salud, la juventud y la fortuna colman de dicha. Me parece verlos unidos pasearse, iluminados por un sol mas brillante que el que á mí me alumbra, y su suerte me parece mas digna de envidia, al paso que la mia es mas miserable. Cuando la primavera empieza, cuando el aire del Piamonte sopla en nuestro valle, me siento penetrado por su calor vivificante, y tiemblo á pesar mio. Experimento un deseo inesplicable, y el sentimiento confuso de una felicidad inmensa, de que podria gozar y que me está vedada. Entonces dejo mi encierro, y corro por el campo para respirar mas libremente. Procuro no ser visto por estos hombres que mi corazon arde por encontrar, y desde lo alto de la colina, oculto entre las ramas como una fiera, dirijo mi vista hácia la ciudad de Aoste. Desde allí con ojos envidiosos, veo á sus dichosos habitantes que apenas me conocen, les tiendo las manos gimiendo, y les pido mi parte de felicidad. En mi delirio, os lo confesare, he estrechado entre mis brazos los árboles de la selva, suplicándole á Dios los animase y me los diese por amigos! Pero los árboles permanecen mudos; su fria corteza me rechaza; no hay semejanza alguna entre ella y mi corazon que palpita y arde. Oprimido por la fatiga y lejos de la vida, me retiro á mi habitacion, expongo á Dios mis tormentos, y la súplica calma un poco mi alma.

—De este modo, pobre desgraciado, sufris á la vez los males del alma y del cuerpo.

—No son estos últimos los mas crueles.

—Os dejan descansar alguna vez?

—Todos los meses se aumentan y disminuyen con el curso de la luna. Cuando esta empieza á aparecer sufro mas por lo regular; despues se disminuye la enfermedad, y parece cambiar de naturaleza, la piel se seca y blanquea, y apenas siento mi mal; pero siempre seria soportable sin los insomnios horrorosos que me causa.

—Qué, os abandona el sueño?

—Ah! señor, los insomnios! los insomnios! No os podeis figurar cuan largas y tristes son las noches para el desgraciado que las pasa sin poder cerrar los ojos, con la imaginacion fija en una situacion horrorosa, y en un porvenir sin esperanzas; no, nadie puede comprenderlo. Mis inquietudes se aumentan á medida que la noche se adelanta, y cuando esta vá á concluir, mi agitacion es tal, que no sé lo que va á ser de mí; mis pensamientos me abruman, experimento un sentimiento extraordinario, que solo siento en estos tristes momentos. Tan pronto me parece que una fuerza irresistible me arrastra hácia un precipicio sin fondo, como veo sombras negras ante mis ojos, que mientras las examino se aumentan con la rapidez del relámpago, y luego me parecen montañas que se aprocsiman á mí y me oprimen con su peso. Otras veces veo nubes, que

saliendo de la tierra me rodean y amenazan tragarme; y cuando quiero levantarme para distraerme de estas ideas, me siento retenido por lazos invisibles que me quitan las fuerzas. Creereis tal vez que son sueños; pero no, estoy bien despierto. Veo sin cesar los mismos objetos, y es una sensacion de horror que sobrepuja todos mis males.

—Es muy probable que durante tan crueles insomnios, sea la calentura la que os cause esa especie de delirio.

—Creeis que eso pueda ser de la calentura? Ah! mucho me alegraría que fuese verdad lo que decis. Hasta aqui he temido que estas visiones fuesen un sintoma de locura, y os confieso que esa idea me inquietaba mucho. Ojalá hayan sido efecto de la calentura!

—Me interesais vivamente. Confieso que jamás me hubiese formado idea de una situacion como la vuestra. Creo sin embargo que seria menos triste cuando vivia vuestra hermana.

—Dios unicamente sabe lo que con la muerte de mi hermana he perdido. Pero no temeis encontraros tan cerca de mí? Sentaos aqui, sobre esta piedra; yo me colocaré detrás de las matas y hablaremos sin vernos.

—Y para que? No, no me dejareis, sentaos á mi lado (diciendo esto el viagero hizo un movimiento involuntario para tomar la mano del leproso, quien la retiró al instante.)

—Imprudente! vais á tomar mi mano!

—Y la hubiese estrechado tambien de buena gana.

—Seria la vez primera que tal felicidad me hubiese sido concedida; mi mano jamás ha sido estrechada por nadie.

—Pues qué! escepto esa hermana de que me habeis hablado, no habeis tenido relaciones, ni habeis sido querido por ninguno de vuestros semejantes?

—Felizmente para la humanidad no tengo semejantes sobre la tierra.

—Me causais horror!

—Perdonad, simpático estrangero, sabeis que á los desgraciados les gusta hablar de sus infortunios.

—Hablad, hablad, hombre interesante! me habeis dicho que vuestra hermana vivia antes con vos, y os ayudaba á soportar los sufrimientos.

—Era el único lazo que me unia al resto de la humanidad! Dios quiso romperlo y dajarme desterrado y solo en medio del mundo. Su alma era digna del cielo que la posee, y su ejemplo me sostenia cuando me faltaba valor, y asi noto tanto su falta desde su muerte. No viviamos sin embargo en esa intimidad deliciosa de que me formo idea, y que deberia unir los amigos desgraciados. El género de nuestros males nos privaba de este consuelo. Cuando nos uniamos para pedir á Dios, evitábamos recíprocamente el mirarnos, temiendo que el espectáculo de nuestra enfermedad turbase nuestras meditaciones, y nuestras miradas no se atrevian á unirse sino en el cielo. Concluidas nuestras oraciones, mi hermana se retiraba á su habitacion ó bajo los nogales que terminan el jardin, y viviamos casi siempre separados.

—Y por qué imponeros tan duras medidas?

—Cuando mi hermana fue atacada por la enfermedad contagiosa de que toda mi familia ha sido víctima, y cuando vino á partir conmigo esta morada, jamas nos habiamos visto, su espanto fue grande cuando me vió por primera vez. El temor de afligirla, el temor todavia mayor de aumentar su mal si me acercaba, me habia obligado á adoptar este género de vida. La lepra solo habia atacado su pecho y conservaba esperanzas de verla sanar. Veis este resto de parra que he olvidado; era entonces una especie de bardo que yo cuidaba con esmero y que dividia el jardin en dos partes. Habia formado por cada lado un pequeño sendero, á lo largo del cual podiamos pasearnos y hablar sin vernos ni aprocsimarnos demasiado.

—Parece que el cielo queria emponzoñar los tristes goces que os dejaba.

—Al menos no estaba entonces solo; la presencia de mi hermana animaba este retiro, oia el ruido de sus pasos en mi soledad. Cuando al romper el dia venia á rogar á Dios bajo estos árboles, oia abrirse suavemente la puerta de la torre, y la voz de mi hermana se mezclaba insensiblemente con la mia. Por las tardes cuando yo regaba mi jardin, ella se paseaba algunas veces por aqui, por este sitio en que estamos, y veia su sombra pasar sobre mis flores. Aun cuando no la veia, encon-

traba por todas partes sus huellas. Ahora jamas encuentro en mi camino una flor deshojada, ni alguna rama de arbusto que ella dejaba caer á su paso, estoy solo; no hay movimiento ni vida al rededor mio, y la senda que conducia á su sitio favorito va desapareciendo bajo la yerba. Sin aparentar ocuparse de mí, cuidaba sin cesar de aquello que me alegraba. Algunas veces al entrar en mi habitacion era sorprendido encontrando allí jarros con flores nuevas, ó algunas hermosas frutas cuidadas por ella misma. Yo no me atrevia á hacer lo mismo con ella, y aun le habia suplicado que no entrase en mi cuarto; pero quién puede poner límites al cariño de una hermana? Un solo rasgo podrá daros una idea de su ternura hácia mí. Una noche atormentado por crueles dolores recorria á grandes pasos mi habitacion. A las altas horas, habiéndome sentado un momento para descansar, oí un ligero ruido á la entrada de mi cuarto, me aproesimo y escucho; juzgad de mi admiracion! Era mi hermana que rogaba á Dios en el umbral de mi puerta. Habia oido mis quejidos, y temiendo turbarme se habia quedado allí para socorrerme en caso de necesidad. La oí recitar en voz baja el Miserere; me puse de rodillas cerca de la misma puerta, y sin interrumpirla seguí mentalmente sus palabras; mis ojos se inundaron de lágrimas. A quién no hubiese conmovido tanto cariño? Cuando creí terminada su oracion, «Adios hermana mia, le dije en voz baja, adios, retírate; me encuentro un poco mejor; que Dios te bendiga y recompense tu piedad.» Se retiró en silencio, y sin duda su súplica fue oida, pues dormí algunas horas con un sueño tranquilo.

—Cuan triste os parecerian los primeros dias que siguieron á la muerte de una hermana tan querida.

—Estuve por mucho tiempo con una especie de estupor, que me dejaba sin facultad para conocer toda la estension de mi infortunio. Cuando me repuse un poco y estuve en estado de conocer mi situacion, creí iba á perder la razon. Aquella época será siempre doblemente triste para mí; me recuerda la mayor de mis desgracias, y el crímen que iba á cometer.

—Un crímen! no puedo creeros capaz de ello.

—Es mucha verdad, y temo perder mucho de vuestra estimacion si os cuento esta época de mi vida; pero no quiero pintarme mejor de lo que soy. Ya en algunos accesos de melancolía, la idea de dejar esta vida se me habia presentado; sin embargo, el temor á Dios me habia hecho siempre rechazarla, cuando la circunstancia mas sencilla y la que pareceria turbarme ménos me decidió á ello; acababa de sufrir un nuevo pesar. Hacia algunos años que teniamos un perro, mi hermana lo habia amado, y os confieso, que desde que esta dejó de existir, era un verdadero consuelo para mí. Debiamos sin duda á su fealdad la eleccion que habia hecho de nuestra morada para refugiarse; habia sido rechazado por todos, y era sin embargo un tesoro para la casa del leproso. En agradecimiento á el favor que Dios nos habia concedido dándonos este amigo, mi hermana le llamaba «Milagro» y su nombre, que contrastaba con su fealdad y su alegria continua, nos habia distraido amenudo de nuestros pesares. No obstante el cuidado que con él tenia, se escapaba algunas veces, sin que yo pensase jamás en que eso podia causar daño á nadie. Sin embargo, algunos habitantes de la ciudad se alarmaron y creyeron que podia llevar entre ellos el gérmen de mi enfermedad. Se determinaron á dar quejas al gobernador, quien mandó que mi perro fuese muerto al instante. Varios soldados acompañados de algunos de la ciudad vinieron al punto á egecutar esta órden cruel. Le ataron una cuerda al cuello, y lo arrastraron en mi presencia. Cuando llegó á la puerta de mi jardin, no pude dejar de mirarlo otra vez; lo vi volver sus ojos hácia mí para pedirme un socorro que no podia prestarle. Querian ahogarlo en el Doira, pero el populacho que lo esperaba fuera, acabó con él á pedradas. Oí sus gritos, y entré en la torre mas muerto que vivo, mis rodillas temblaban y no podia tenerme en pie; me arrojé en mi cama en un estado imposible de describir. Mi dolor no me permitia ver en esta órden justa, pero severa, sino una barbaridad tan atroz como inutil, y aunque me avergüenzo ahora del sentimiento que me animaba entonces, no puedo sin embargo pensar en ello con calma. Pasé toda la mañana en la mayor agitacion. Era el último ser animado el que acababan de quitarme, y este nuevo golpe habia

abierto de nuevo todas las heridas de mi corazon. Tal era mi situacion, cuando el mismo dia y á la caida de la tarde vine á sentarme aqui, en la misma piedra en que lo estais ahora. Reflexionaba hacia largo rato sobre mi triste situacion, cuando allí abajo, hácia aquellos dos troncos que terminan la enramada, vi aparecer dos esposos jóvenes, que hacia poco se habian unido. Se adelantaron á lo largo del sendero, á traves de la pradera, y pasaron cerca de mí. La dulce tranquilidad que inspira una dicha cierta, estaba marcada en sus bellas fisonomías; marchaban con lentitud y con los brazos entrelazados. De repente los vi pararse, la jóven dejó caer la cabeza en el pecho de su esposo, quien la estrechó entre sus brazos con transporte. Sentí oprimirse mi corazon. Os lo confesaré? la envidia se deslizó por primera vez en mi corazon: jamás la imágen de la dicha se me habia presentado con mas fuerza. Los seguí con la vista hasta el final de la pradera, é iba á perderlos de vista con la arboleda, cuando unos gritos de alegria llegaron á mis oidos; era que sus familias reunidas salian á su encuentro. Fueron rodeados por viejos, mugeres y niños; oí el murmullo confuso de la alegria, veia por entre los árboles los colores brillantes de sus vestidos, y este grupo entero parecia rodeado por una nube de felicidad. No pude soportar este espectáculo; los tormentos del infierno habian entrado en mi corazon. Volví la vista y me precipité en mi encierro. Dios mio! cuan sombrio, desierto y espantoso me pareció; es aqui, esclamé, donde mi morada se ha fijado para siempre? es aqui donde arrastrando una vida deplorable, tendré que esperar el fin tardio de mis dias! El Eterno ha repartido la dicha, la ha repartido á manos llenas sobre todo lo que respira, y solo yo! sin ayuda, sin amigos, sin compaña..... Qué destino tan horroroso! Ocupado con estas tristes ideas me olvidé que es un ser consolador, me olvidé de mí mismo. Por qué, me decia, me fue concedida la luz? Por qué la naturaleza no es injusta sino conmigo? Semejante al hijo desheredado, tengo ante mis ojos el patrimonio de la familia humana, y el cielo avaro me niega mi parte. No, no, esclamé al fin en un acceso de rabia, no hay dicha para tí sobre la tierra; muere, desgraciado, muere! bastante tiempo has hollado la tierra, habiendo podido tragarte vivo y no dejar ninguna señal de tu odiosa existencia. Mi furor insensato se aumentaba por grados, y el deseo de destruirme se apoderó de mí, fijándose en él todas mis ideas. Concebí en fin la resolucion de incendiar mi morada, y dejarme consumir con todo lo que pudiese dejar algun recuerdo de mí. Agitado y furioso salí por el campo, vagué algun tiempo en la oscuridad al rededor de mi habitacion; gritos involuntarios salian de mi pecho oprimido, y me asustaba con el silencio de la noche. Entré en mi cuarto enfurecido y gritando: Desgraciado leproso! desgraciado de tí! y como si todo debiese contribuir á mi perdicion, oí que el eco en las ruinas del Castillo de Bramafan repitió muy claramente: Desgraciado! Me detuve sobrecogido de horror en el centro de la torre, y el débil eco de la montaña repitió bastante despues: Desgraciado! Tomé una luz, y resuelto á pegar fuego á mi habitacion fuí á la pieza mas baja, llevando sarmientos y ramas secas. Era el cuarto donde mi hermana habia habitado, y en el que no habia vuelto á entrar despues de su muerte. Su sillon se hallaba colocado del mismo modo que cuando lo retiré por última vez; sentí un frio temblor al ver su velo y algunos de sus vestidos esparcidos por el cuarto. Las últimas palabras que pronunció antes de salir de allí se me vinieron á la imaginacion. «Aunque muera, me decia, no te abandonaré, velaré por tí en tus aflixiones. Al poner la luz sobre la mesa, vi el cordon de la cruz que llevaba al cuello, y que habia colocado entre dos hojas de su Biblia. A la vista de esto retrocedo lleno de un temor santo; la profundidad del abismo en que iba á precipitarme se presentó de repente á mis ojos, me aprocsimé temblando al libro sagrado. Ved ahí esclamé el socorro que me ha prometido; y al sacar la cruz del libro encontré un escrito lacrado, que mi buena hermana habia dejado allí para mí. Mis lágrimas contenidas hasta entonces por el dolor corrian á torrentes; todos mis funestos proyectos se desvanecieron al momento. Estreché por largo tiempo esta carta contra mi corazon antes de poderla leer, y poniéndome de rodillas para implorar la misericordia divina, la abrí y leí estas palabras, que

estarán eternamente grabadas en mi corazon: «Hermano mio, voy á dejarte pronto, pero no «te abandonaré. Desde el cielo donde espero «ir velaré por tí; pediré á Dios te dé valor «para soportar la vida con resignacion, hasta «que tenga á bien reunirnos en el otro mundo; «entonces podré mostrarte todo mi afecto, na«da me impedirá el acercarme á tí, y nada «podrá separarnos. Te dejo la crucecita que «he llevado toda mi vida, ella me ha conso«lado á menudo en mis aflixiones, y mis lá«grimas jamás tuvieron otro testigo sino ella. «Acuérdate cuando la veas que mi último vo«to fue para que vivieses y murieses como buen «cristiano.” Carta querida! nunca me abandonará; la llevaré conmigo á la tumba, ella será la que me abrirá las puertas del cielo, que mi crímen habria cerrado para siempre. Cuando acabé su lectura me sentí desfallecer, sin fuerzas por todo lo que acababa de esperimentar. Una nube cubrió mi vista, y por algun tiempo perdí, á la vez que el recuerdo de mis males, el sentimiento de mi existencia. Era bastante de noche cuando me repuse; á medida que mis ideas se aclaraban, esperimentaba un sentimiento de paz indefinible. Todo lo que me habia sucedido por la tarde me parecia un sueño. Mi primer movimiento fue levantar mis ojos al cielo para darle gracias por haberme preservado de la mayor de las desgracias. Jamas el firmamento me habia parecido tan hermoso y tan sereno; una estrella brillaba delante de mi ventana, la contemplé por largo tiempo con un placer inesplicable, dando gracias á Dios que me concedia todavia el placer de verla, y esperimentaba un consuelo secreto en pensar que uno de sus rayos estaba sin embargo destinado para el triste encierro del leproso. Subí á mi habitacion mas tranquilo, empleé el resto de la noche en leer el libro de Job, y el santo entusiasmo que hizo pasar á mi alma acabó de disipar del todo las negras ideas que me habian asaltado. Yo no habia jamas esperimentado tan horrorosos tormentos cuando mi hermana vivia, y me bastaba saber que estaba cerca de mi para que estuviese mas tranquilo; el solo recuerdo de su cariño bastábame para consolarme y darme valor. Simpático estrangero! Dios os libre de tener que vivir jamas solo! Mi hermana, mi compañera no existe, pero el cielo me dará fuerzas para sobrellevar con valor la vida, me lo concederá, lo espero, pues se lo ruego con la sinceridad de mi corazon.

—Qué edad tenia vuestra hermana cuando murió?

—Apenas tenia 25 años, pero sus sufrimientos la hacian parecer de mas edad, y la enfermedad que la ha arrebatado habia alterado sus facciones.

—La habeis perdido muy jóven.

—Su constitucion débil y delicada no podia resistir tantos males reunidos; hacia algun tiempo que conocia que su pérdida era inevitable; tal era su situacion que llegué á desearla. Viéndola languidecer y destruirse por dias, veia con una alegria siniestra aprocsimarse el fin de sus sufrimientos. Ya hacia un mes que su debilidad se habia aumentado mucho, y frecuentes desmayos amenazaban su vida á todas horas. Una tarde, era á principios de Agosto, la ví tan abatida, que no quise dejarla; estaba en su sillon, pues hacia algunos dias que no podia soportar la cama; me senté á su lado y en la obscuridad mas profunda, tuvimos nuestra última conversacion. Mis lágrimas no podian contenerse, un cruel presentimiento me agitaba. «Porqué lloras? me decia, porqué te afliges de ese modo? Aunque muera no te abandonaré, estaré presente en tus aflixiones.»

Algunos instantes despues me manifestó el deseo de que la llevase fuera de la torre, y de hacer sus oraciones en su bosquecito de nogales; alli era donde pasaba la mayor parte de la primavera. «Quiero morir, me decia, mirando al cielo.» Yo no creia sin embargo su hora tan cercana, La tomé en mis brazos para levantarla. «Sostenme solamente, me dijo, tal vez tendré fuerzas para andar.» La conduje con lentitud hasta los nogales, le formé un lecho con hojas secas que ella misma habia juntado alli, y la cubri con un velo á fin de preservarla de la humedad de la noche, me coloqué á su lado, pero me dijo deseaba estar sola en su última meditacion, por lo que me alejé, pero sin perderla de vista. Veia levantar su velo de cuando en cuando y dirigir sus blancas manos hácia el cielo; cuando me acerqué me pidió agua, la trage en su copa, hu-

medeció en ella los labios, pero no pudo beber. «Mi sed se apagará pronto para siempre, pues conozco llegada mi última hora; sostenme, hermano mio, ayuda á tu hermana á franquear este paso deseado pero terrible. Recita la oracion de los moribundos.» Estas fueron las últimas palabras que me dirigió. Apoyé su cabeza contra mi pecho y recité la oracion de los agonizantes. Pasa á la eternidad, le decia, deja esta vida, deja este despojo en mis brazos. Durante tres horas la sostuve asi en la última lucha con la naturaleza, se apagó por fin dulcemente, y su alma se desprendió sin esfuerzo de la tierra."

Cuando el leproso concluyó esta narracion, se cubrió el rostro con las manos; el dolor impedia hablar al viagero. Despues de un instante de silencio el leproso se levantó. Estrangero, le dijo, cuando el pesar ó la falta de valor se apoderen de vos, acordaos del solitario de la ciudad de Aoste, no será inutil la visita que le habeis hecho.

Se dirigieron juntos hácia la puerta del jardin; al tiempo de salir el militar se puso el guante de la mano derecha. Nunca habeis estrechado la mano de nadie, dijo al leproso, concededme este favor; es la de un amigo que se interesa vivamente por vuestra suerte. El leproso retrocedió algunos pasos llenos de admiracion, y dirijiendo la vista y las manos al cielo esclamó: Dios de bondad, colma de bendiciones á este hombre compasivo.

Concededme otro favor repitió el viagero; voy á partir, y tal vez no nos veremos en mucho tiempo; ¿no podriamos con las precauciones necesarias escribirnos algunas veces? esta correspondencia podria distraeros y á mí me agradaria mucho. El leproso reflecsionó algun tiempo. Para qué, dijo en fin, hacerme ilusiones? Yo no debo tener otra sociedad sino yo mismo, ni otro amigo sino Dios; nos veremos ante él. Adios, generoso estrangero, sed feliz. El leproso cerró la puerta y corrió el cerrojo.

T. POR E. CASTAÑER.

LA ESPERANZA.

AL SEÑOR DON MANUEL RODRIGUEZ DE BERLANGA,

como débil muestra de amistad.

Contigo esté
y á mí no me abandone.

¿Quién eres, ¡oh deidad! que tanto alcanza
Tu mágico poder? Tú de la vida
Alimentas la llama; por tí el hombre
Conserva su vigor, y nuevos brios
A cada golpe del destino rudo
Prestas para luchar, piadosa, al alma.
Las negras nubes que su cielo cubren
Y que el genio del mal sobre él condensa,
A su razon sumiendo en noche oscura;
La tempestad horrible de pasiones
Que amaga al estallar romper su pecho,
Un rayo de tu luz calma y ahuyenta;
Y de tu puro aliento el suave soplo,
Mas dulce que los céfiros de Mayo,
La paz le vuelve que creyó perdida.

—

Antro infernal de horrores y miseria
Fuera el mundo sin tí; el grito agudo
Del acerbo dolor, el alarido
De la rabia y despecho, con los ayes
De la aflixion, en hórrido concierto
El aire poblarian de ecos lúgubres
De muerte y de venganza precursores.
Llanto no habria en los hinchados ojos
Que el insomnio y furor escandecieran;
Ni con el ay! doliente de su pecho
Envuelta la honda pena se exhalara,
Su dolor y desvelo mitigando.
El recuerdo de ayer, de la memoria
Fiero atormentador solo sería;
Y llegar viera el hombre ese mañana,
Que contigo, Esperanza, le sonríe,
Tan preñado de males, tan oscuro,
Que á su vista, confuso, delirante,
De un vértigo infernal mísera presa,
Antes que saludar su triste aurora,
Del cielo y del infierno blasfemando,
Con mano aleve fin diera á sus dias.

—

Esperanza! sin tí qué fuera el hombre?
Un ser débil, pendiente su existencia
Del azár, del capricho y la fortuna:
Los espacios sin fin, y esos de gloria
Horizontes inmensos que se abren
A su ingenio y saber... ¡cuán limitados
Sin tí se quedarian, Esperanza!
Nada de lo pasado el triste pecho
Haria latir con entusiasmo ardiente,
Ni ejemplos que imitar encontraria.
La constancia y la fe que engendran héroes,
Si tu aliento divino les infundes,
Serian á su oido nombres vanos;
E innoble pie sobre la ancha tierra
Plantaria la estúpida ignorancia.

—

Nunca Anibal y César en la historia
Viéranse altivos descollar gigantes;
Jamas Colon las ondas irritadas
De ignotos mares arrostrado hubiera,
Del mundo en pos que vió su fantasía
Tras de la inmensidad del Oceano;
Ni Hernan Cortés con brazo prepotente
Y grande corazon, hiciera trizas
De Motezuma el trono poderoso;
Nunca Newton, Franklin, Fulton, Arago,
Linneo, Buffon, Orfila y otros genios
A las ciencias tesoros mil legaran;
Ni las edades trasmitido habrian,

LÚNES 16 DE MAYO.

En el prestigio envuelto de la gloria,
Tanto nombre inmortal, cuya grandeza
Sus hechos imitar al hombre incita,
Si en sus pechos cual ídolo querido
Albergado no hubieran la Esperanza.

—

Oh virtud descendida de los cielos,
Compañera del hombre, dulce amiga,
En este de miserias triste valle;
Tú pueblas su retiro solitario,
Tú alejas de sus ojos el insomnio,
Y ahuyentas de su mente la tristeza;
Bálsamo de salud del alma eres;
Guia tambien, estrella, faro y norte,
Puerto de salvacion, tabla anhelada
Del que en el mar naufraga de la vida.

—

Desde niño te amé, y tú amorosa
Madre tierna velaste por mi infancia;
Crecí á la sombra de tu amparo augusto,
A tu sombra no mas; y en vano adverso
El hado quiso en mí cebar su encono.
Un dia y otro dia la desgracia
Alzóse tremebunda ante mi vista,
Y conmigo medir quiso sus fuerzas;
Llegó á robar el sueño de mis ojos,
Y la paz á mi espíritu abatido;
Mas un momento fue, solo un momento;
Yo me volví hácia tí, me sonreiste,
Y fueron sus esfuerzos impotentes
Que es el hombre contigo invulnerable.

—

Contigo soy feliz; pueblas mi vida
De mágicos pensiles; siempre, siempre
El ánima vislumbra alborozada
Una aurora magnífica, risueña,
De bienestar y dicha precursora.
Mis sueños son tranquilos; se deslizan
Por verdes prados llenos de perfumes;
Flores mil los esmaltan, y serpean,
De amor sentidas quejas murmurando,
Cien y cien cristalinos arroyuelos.
Canóras avecillas con sus trinos
Regalan mis oidos, y mis ojos
Nunca de contemplar se ven cansados,
Al tierno corderillo que recorre
Del uno al otro estremo el verde valle.
Allí tengo á mi lado la virtuosa
Compañera que Dios diera á mis dias;
Mis hijos allí estan; los inocentes
La rubia cabellera al aura dando,
De la rosa el color en la megilla,
La sonrisa en los labios, la mirada
Pura, tranquila como el almo cielo.....
Todo de gozo celestial me inunda,
Y de gracias á Dios un himno entono.

—

Yo sueño y soy feliz; cuando despierto,
Desvanecida la ilusion dorada
Toco la triste realidad, mas nunca
Al desaliento el corazon se postra.
La Esperanza está en mí; alzo la frente
Y miro el porvenir..... Dios le ha velado,
Conociendo del hombre la flaqueza,
Con un cendal tupido, impenetrable:
Acaso me reserva mil dolores,
Que angosto el pecho á contenerlos sea;
Mas tú, buen Dios, me has dado la Esperanza,
Y con ella lo aguardo sin zozobra.

—

Esperar es vivir..... Espero y vivo.
No quisiera trocar por cuanto oro
Contienen de la tierra las entrañas,
Esa de Dios emanacion sublime,
Que purifica el alma con su fuego...
Cuando víctima alguno de las iras
Del hombre poderoso, del malvado,
De la envidia ruin ó la falacia,
De la inicua ambicion, del necio orgullo,
De la injusticia, en fin, á mí se llega
Y angustiado sus cuitas me refiere,
Y al cielo acusa que permite el crímen:
Esperanza tened! solo le digo.

—

¡O quién brotar del pecho hacer pudiera
Torrentes de Esperanza que inundasen
Al infeliz que la lloró perdida!.....
Esperanza tened..... gozareis sueños
De ventura y de paz..... y los amargos
Instantes de la vida serán breves.
Vosotros que llorais bienes perdidos,
Vosotros que sufris yugo ominoso,
Y lágrimas verteis de sangre, viendo
Hombres sin fe, inicuos y venales
El oro vil esclavos mendigando;
Los que patria no habeis..... tened, os digo,
Esperanza cual yo. Ella es el solo
Remedio en la desgracia soberano.
Esperar es vivir.... Santa Esperanza,
Siempre mi dulce compañera seas!

SANTIAGO CASILARI.

ESTUDIOS DE HISTORIA NATURAL.

LOS DELFINES.

La gran familia de los verdaderos *cetáceos* se distingue por el aparato singular que tienen sobre la cabeza, y por el cual se les ha dado el nombre de *sopladores*. Como al tragar su presa lo hacen igualmente de una gran cantidad de agua, necesitaban un conducto para darle salida; y en efecto, ella pasa á las narices, merced á una disposicion particular del velo del paladar, y se reune en una especie de saco situado en el orificio esterior de la cavidad de la nariz, de donde la arroja con violencia la compresion de fuertes músculos, por medio de una abertura muy estrecha que tienen encima de la cabeza. De esta suerte producen esos saltadores que los dan á conocer desde lejos á los navegantes. No tienen los delfines señal alguna de pelo, pero todo su cuerpo está cubierto de una piel lisa, bajo la cual se halla esa gordura tan abundante en aceite, que es el principal objeto porque se pescan. Tienen las mamilas en la parte inferior del abdomen, y sus aletas son muy cortas. Los que tienen dientes son cónicos é iguales; asi es que no mascan su presa sino que la tragan. Algunos tienen sobre el lomo una aleta vertical de materia tendinosa, pero no sostenida por huesos. Sus ojos aplastados delante, tienen una esclerótica espesa y sólida; no tienen pies detras, ni pescuezo, ni cuenca de la oreja; pero estos defectos no les impiden ver ni oir desde bastante lejos.

Estos animales, cuyo tamaño varia desde seis á ochenta y mas pies, han sido por mucho tiempo clasificados por los naturalistas con los peces; pero al fin los han puesto con los mamíferos, porque tienen una doble circulacion completa, y alimentan á sus pequeñuelos con la leche de sus mamilas. Compónese su cola de una numerosa reunion de músculos, cuyo gran desarrollo no tiene egemplo en los otros mamíferos, y solo á esta particularidad deben la fuerza y la rapidez de su natacion.

El delfin es comun en casi todos los mares de Europa, y á veces se suele encontrar alguno que otro en los grandes rios. Su nombre era muy célebre entre los antiguos, y ha sido objeto de mil fábulas y cuentos entretenidos, inventados por los poetas. Tambien los historiadores y los naturalistas de la antigüedad han referido del delfin cosas maravillosas. Este animal, segun ellos, es muy inteligente y bondadoso, sensible á la benevolencia, y se familiariza con las personas que los tratan bien: las obedece, se muestra adicto á ellas, y es tan imperioso en él este sentimiento afectuoso

DELFIN Y MARSOPLA.

que muere cuando la fatalidad le quita la persona que ama. En la época en que Belon visitó la Grecia, todas estas historias de las relaciones simpáticas y afectuosas de este animal con la especie humana se referian y escuchaban con el mayor interes, y se les daba entero crédito. A los ojos de los griegos, si matar un delfin no era un sacrilegio, era cuando menos un crímen casi tan grande como el homicidio.

Pausanias refiere haber visto á un delfin que habiendo sido herido por unos pescadores vino para morir á la orilla. Violo un muchacho, y corriendo hácia él le libró de la muerte curándole la herida. Todos los dias el delfin y el muchacho acudian puntualmente al mismo sitio para la curacion del primero, y pronto se vió el animal completamente bueno. Para testimoniar su reconocimiento á su jóven Esculapio, acudia obediente á su voz, y hasta le servia de montura cuando al chico se le antojaba dar un paseo por el mar.

Cuenta tambien Plinio que un delfin del lago Lucrin habia cobrado tanto afecto á un niño, que todos los dias lo llevaba sobre su lomo á la escuela que estaba al otro lado del lago. El niño cayó enfermo, y su amigo no viéndolo llegar murió de dolor en la misma orilla. El mismo autor añade, que otro delfin que habitaba por su tiempo cerca de la orilla de Hipona, estaba tan perdidamente enamorado de nuestra especie, que no bien veia á los bañistas cuando corria á mezclarse con ellos para jugar con los que nadaban y llevarlos sobre su lomo. Dice tambien que los pescadores se aprovechaban con habilidad de sus buenos sentimientos para enseñarlo á pescar en beneficio de ellos, por cuyo trabajo le daban una parte de los peces que les traia.

Pero todo esto no eran mas que puras invenciones, pues á decir verdad, ni aun conocian los antiguos á los delfines, á juzgar por la descripcion errónea que hacen de ellos.

Veamos lo que es verdaderamente el delfin.

Este animal, como casi todos los cetáceos, es aficionado á vivir en comunidad. Distínguese por su fuerza y vivacidad, no menos que por su voracidad y ciega glotoneria, que le hace arrojarse ávidamente sobre cualquier cebo que se le echa. Nada de una manera extraordinaria cuando quiere recorrer una distancia con rapidez: al efecto se dobla en semi-círculo, en seguida se endereza, y asi se vuelve alternativamente. Resulta que cuando va por la superficie del agua, á cada una de sus impulsiones, se le ve asomar el lomo y ocultarlo instantáneamente Ocúpase sin cesar en dar caza á los peces de paso como sardinas, arenques, &c; pero todos estos peces, á no ser sorprendidos, se escapan con facilidad, porque el delfin no puede mover la cabeza á ningun lado, porque está fija en la parte anterior de su cuerpo; para cojerlos, pues, cuando los tiene al lado se ve obligado á volver todo el cuerpo, lo que embaraza la prontitud del movimiento, y da á sus víctimas tiempo para escaparse.

Toda su inteligencia, á pesar del gran volumen del cerebro, se limita á satisfacer sus necesidades instintivas, es decir, á alimentarse, descansar y reproducirse. Por lo demas, á estos animales les gusta seguir á los buques y juguetear al rededor de ellos, sin que les intimide la presencia de los marineros ni las velas, ni el ruido que se hace á bordo.

Los *delfinorincos* constituyen un género tan cercano al de los delfines que para distinguirlos los naturalistas han tenido que recurrir á la forma de los huesos de la cabeza.

Las *marsoplas* se diferencian á la simple vista en la forma mas ó menos esférica de su cabeza. Todas tienen una aleta adiposa sobre el lomo.

Las marsoplas viven tambien en familias numerosas, y ordinariamente nadan á la superficie de las olas, esperimentando el mayor placer en luchar con ellas cuando está el mar tempestuoso. En tiempo de calma, se entretienen en perseguirse unas á otras, jugando y saltando por encima del agua hasta dejar en descubierto todo su cuerpo. Hacen un gran consumo de peces y de moluscos, que van á buscar hasta en las redes de los pescadores, destruyéndolas ó cortándolas con los dientes. A veces se ponen en acecho en el desagüe de los rios para cojer al paso los peces que bajan á la mar con la corriente.

S. C.

RELIGION JUDAICA.

CEREMONIAS DE LOS JUDIOS MODERNOS.

espues de la ruina del templo de Jerusalen, han cesado los judíos de ofrecer sacrificios, abandonando tambien varios ritos religiosos. Su dispersion les ha obligado igualmente á renunciar ciertas leyes sobre la jurisprudencia civil y criminal, contenidas en los capitulos 21 y 23 del Exodo. En la actualidad obedecen las leyes de los paises en que habitan, sin que por eso dejen de mostrarse menos fieles observantes de los mandamientos de Moises.

La lectura que hacen en las sinagogas de la ley y de los libros de los profetas, forma la base de la religion judáica. Todos aquellos que no pueden asistir á estas oraciones, deben decirlas en sus casas tres veces al dia, esto es, por la mañana, á medio dia y por la tarde. Asimismo repiten gracias y alabanzas al Señor, no tan solo á las horas de las deprecaciones, sino tambien en circunstancias accidentales y antes de casi todas sus acciones. Para ello es una regla muy respetada no dejar pasar un solo dia sin leer en sus casas igualmente un pasaje de la ley, ni emprender ninguna obra sin implorar antes la asistencia divina. Los juramentos inútiles les están severamente prohibidos, asi como el pronunciar el nombre del Señor sin una absoluta necesidad. Se abstienen del uso de las viandas que veda la ley levítica, debiendo prepararse todo lo que comen de cierta manera y por alguno de su religion.

A la estremidad de cada sinagoga hay un armario ó arca en memoria del Arca de la alianza, que se guardaba en el templo, en la que se deposita el Pentatéuco, escrito con el mayor cuidado, en un volúmen ó rollo de pergamino, metido en una funda de seda ricamente bordada. Los judios, para decir las oraciones de la mañana, se ponen por encima de sus vestidos un velo cuadrado con cordones y borlas á que llaman thaled ó capa; unos se lo colocan al rededor del cuello, otros se cubren con él la cabeza; esta última costumbre es la mas general. Se revisten además con un ropaje talar con franjas y borlitas en forma de bellotas de cuatro costados, á que llaman zizit; luego se ciñen en el tefilem y los filácteros; debiendo vestir, cuando menos, estos últimos todos los judíos por la mañana, escepto el Domingo, al leer el Shema, y para decir las 19 oraciones.

El chazzan ó sacerdote dirige en la sinagoga los santos ejercicios, cantando las deprecaciones; los legos pueden alguna que otra vez leer al pueblo la ley, pero el mismo sacerdote es quien la lee de ordinario. Despues de las oraciones, el rabino pronuncia con frecuencia un sermon, que rara vez es en hebreo, y casi siempre en el idioma del pais, porque hoy dia son muy pocos los judíos que entienden su idioma primitivo, asique cuando el predicador

cita en hebreo los pasajes de la Escritura y las sentencias de los doctores, los traduce en seguida.

Los judios tienen gran respeto al sábado, temiendo sobre todo quebrantar en él el descanso, porque el respeto á ese dia les está recomendado en diferentes lugares de la Escritura, con especialidad en el decálogo. En el sábado, por una espresa prohibicion no les está permitido encender ó apagar fuego, y en su consecuencia preparan la comida el viernes. Asimismo les está prohibido tratar de negocios, llevar peso, montar á caballo ó en carruaje, ni ir por mar ó á pie á mas de una milla de la ciudad ó del sitio en que habiten. La música instrumental les está del mismo modo vedada aun en las sinagogas. En el sábado no se pueden enterrar á los difuntos, vestir luto ni ayunar, y tan solo se permite algunas veces la circuncision, porque esta ceremonia debe verificarse exactamente el octavo dia del nacimiento del niño.

El sábado comienza el viernes una hora antes de ponerse el sol, tanto en invierno como en verano, porque los judíos suponen que el dia debe contarse desde la tarde precedente, segun estas palabras del Génesis: «Y fue la tarde y la mañana un dia.» Entonces se enciende una vela de cuatro mechas, que arde durante una parte de la noche, siendo esta una de las ceremonias que se observan con mas exactitud. El pobre prefiere mendigar el aceite ó privarse del alimento, mas bien que no tener ardiendo una lámpara en su casa. Al mismo tiempo se encienden lámparas semejantes en las sinagogas, á imitacion del antiguo templo, en que los Macabeos instituyeron este uso despues de la persecucion de Antioco, y porque son necesarias para hacer las deprecaciones el viernes por la tarde. Al encender estas lámparas se dice: «Bendito sea el Señor nuestro Dios, Rey del universo, que nos ha santificado con sus mandamientos, y que nos ha ordenado encender la lámpara del sábado.»

Las mugeres son las encargadas de encender estas lámparas, por dos razones; la una natural, porque se hallan ordinariamente en casa y saben la hora fija; la otra mística, por hacérseles por este medio recordar el pecado de Eva, quien despues de haber comido del fruto vedado quiso obligar á su marido á que cometiese el mismo crímen, lo que al ver el sol ocultó su luz. Es pues necesario que las mugeres vuelvan á encender la antorcha que han apagado, y que se comisionen de este trabajo en espiacion de su pecado.

Los hombres abandonan sus tareas, toman sus vestidos de fiesta y van á la sinagoga á hacer sus oraciones.

Al salir de ella se bendicen recíprocamente y se desean un buen sábado. Al volver á sus moradas se encuentran puesta la mesa, debiendo haber sobre ella sal, dos panes que se hayan cocido el viernes, y una copa de vino. El pan se pone entre dos servilletas, para representar el maná que cayó entre dos rocíos. Luego que el padre de familia se ha sentado á la mesa, toma la copa y la bendice, dando gracias á Dios por haber instituido el sábado en memoria de la creacion: se entona el salmo XXIII; en seguida, despues de probado el vino, se corta el pan y se come. Esta es la primera de las tres comidas que se han de hacer en dicho dia.

El sábado por la mañana se vuelve á la sinagoga para oir leer, despues de las oraciones de costumbre, los salmos y las bendiciones en alabanza del sábado y de Dios. La ceremonia mas solemne de este dia es la de sacar el libro de la ley. El chazzan va á buscar este libro, y lo muestra el pueblo diciendo: «Ved aquí la ley que Moisés ha dejado á los hijos de Israel, la del Eterno es perfecta.» Despues de haberla enseñado la coloca en el atril y llama á quien mejor le parece para que lea el capítulo marcado para el dia. El rabino no lee sino cuando la asamblea ó alguna persona de valimiento se lo suplica, en cuyo caso debe seguirse á media voz su lectura. Despues de esto el chazzan esclama: «¡Bendito sea el Eterno, nuestro Dios, que nos ha dado la ley!» y vuelve á guardar el libro en el arca. Pronunciadas nuevas oraciones, sale el pueblo de la asamblea diciendo: «Eterno, condúceme en tu justicia, y allana tus sendas delante de mí á causa de mis enemigos.»

Por la tarde se vuelve á la sinagoga para hacer nuevas oraciones, sacándose segunda vez del arca el libro de la ley. Tres personas en-

tonan el salmo del sábado, y leen la seccion de la semana siguiente; recítase el salmo CXIX, tráense perfumes, dáse por último la bendicion como por la mañana, y el sábado se termina tan luego como se ven aparecer tres estrellas en el firmamento.

Los judíos tienen un año civil y otro eclesiástico. El año civil empieza en el mes de Tisri por Setiembre. Una tradicion admitida entre ellos asegura que el mundo fue creado en este mes. En el año civil se contaban los jubilados, se fechaban los contratos y se marcaba el nacimiento de los reyes. El año eclesiástico comienza hácia el equinoccio de primavera, el mes de Nisan, que corresponde á los meses de Marzo y Abril. Los judíos llaman al séptimo mes del año civil el primero del año eclesiastico, á causa de la salida de Egipto, estando mandado á los hijos de Israel que conceptúen este mes el principio de los meses y el primero del año.

El dia primero de cada mes celebran los judíos la fiesta de la luna nueva, rogando á Dios los vuelva á la ciudad santa, y que otra vez se erija el templo de Jerusalen, para que en él puedan hacer el sacrificio que la ley prescribe para esta fiesta.

El dia 14 del mes de Nisan principia la celebracion de la Pascua y la fiesta de los Acimos, que duran ocho dias. La víspera del primero todos los primogénitos ayunan en memoria de que el ángel destructor los perdonó en Egipto. Mientras dura esta fiesta los judíos deben comer pan sin levadura y abstenerse de toda obra servil. Principian la Pascua por buscar cuidadosamente en la casa todas las viandas que pudieran tomar y las quitan de enmedio. Los dos primeros y últimos dias de la Pascua son feriados tan solemnemente como el sábado, permitiéndose únicamente encender el fuego y preparar los alimentos. Como los judíos en su destierro no pueden hacer el sacrificio del cordero pascual, ponen en la mesa con yerbas amargas las tortas de la Pascua, y comen un poco de pan sin levadura.

La Pentecostés empieza siete semanas despues de la Pascua. Anteriormente se llamaba «la fiesta de las mieses» porque entonces se ofrecian en el templo las primicias de la recoleccion. Las ventanas de las casas se adornan con flores y ramas verdes, para recordar que todo estaba verde al rededor del monte Sinaí.

La «fiesta de las Trompetas» se celebra el primero y segundo de Tisri ó Setiembre, último mes del año eclesiástico y primero del año civil, por lo cual se le llama la fiesta del año nuevo. En la sinagoga se leen los dos primeros capítulos de Samuel hasta el décimo verso.

En seguida el que está encargado de tocar la trompeta se levanta para llenar sus funciones, y tomando el asta pronuncia estas palabras: «Bendito seais, Dios y Señor nuestro, que nos habeis santificado con vuestras leyes, mandándonos escuchar el sonido de la trompeta. Bendito seais, Dios mio, que nos habeis criado, que nos habeis fortalecido y conservado hasta este dia.» La trompeta es de un cuerno de carnero, para recordar que Abrahan vió uno de estos animales prendido por las astas en un zarzal, el que ofreció en sacrificio al Señor en lugar de Isac. Despues de la ceremonia se dice el verso siguiente: «Dichosos los que oyen el son de la trompeta, pues caminarán hácia el Señor con la luz de su presencia.»

El 15 de Tisri ó Setiembre, se celebra la fiesta de los Tabernáculos, que dura nueve dias, siete por órden de Moisés y dos de supererogacion. Al principio de esta solemnidad, cada cual levanta en su patio una cabaña que se cubre con follaje y se reviste con varios adornos para pasar en ella el dia.

En otro tiempo se pasaba tambien la noche; pero esta costumbre ha cesado, al menos en Occidente, donde las noches son mas frias. Si llueve están obligados los judios á enjugar la lluvia bajo estos tabernáculos, á menos que no sea demasiado considerable. Esta fiesta de los Tabernáculos ha sido instituida en memoria del viaje al desierto, y para dar gracias á la Providencia por haber conservado la nacion entera durante 40 años enmedio de llanuras estériles y sin casas.

El primer dia de dicha fiesta se toma una palma, tres ramas de mirto y una de sauce, y se forma un ramo que se lleva en la mano derecha, y en la izquierda una rama de limonero con su fruto, y se da una vuelta al Tabernáculo.

El séptimo dia se levantan al amanecer, se lavan y van á la sinagoga entonando muchas oraciones que se recitan durante toda la fiesta, porque se supone que en el viaje estábase obligado á apresurarse hasta en el servicio de Dios y en las oraciones que se le dirigian.

Los judíos observan un dia destinado á la expiacion, en el cual piden perdon á los que han ofendido, devuelven á cada uno lo que le han quitado, y perdonan los agravios que han recibido. Esta gran festividad llega á 10 del mes Tisri ó Setiembre. La víspera por la tarde, luego que se sale de la sinagoga, deben abstenerse de todo alimento, estando prohibido tomar ni siquiera una gota de agua.

En las ciudades donde residen los judíos, un gran rabino gobierna sus Templos, estándole agregados otros dos rabinos, y los tres forman una especie de tribunal para juzgar los asuntos religiosos y á veces hasta los particulares. Este tribunal se llama *Bethdin* ó la *Casa de Justicia*. Como el pontificado cesó con la ruina del Templo, el título de gran sacerdote no se da ya, porque ningun gran rabino ejerce las funciones de Pontífice, pues que no hay sacrificios. Los levitas, es decir, los que descienden de cantores del templo, no leen la ley sino á falta de los *cohénimes* ó descendientes de los sacerdotes. Las funciones del rabino presidente, elegido por los rabinos de la congregacion, consisten en una direccion espiritual; resuelve las cuestiones que se le presentan sobre la observancia de las fiestas religiosas, predica algunas veces, hace los casamientos, vigila los divorcios, y dirige la ceremonia del calzado, llamada *chalitaz* (*).

Los matrimonios entre los judíos se celebran con mucha pompa y ceremonia. Hé aqui algunos detalles dados por un autor inglés.

«Llegué á una de las principales tabernas de Lóndres y esperé algun tiempo en una antesala, donde los desposados recibian los cumplidos y las demostraciones de aprecio de sus amigos; entre tanto el gran rabino y otros decian oraciones y leian diferentes pasages de la Escritura. Los padres de ambos contrayentes firmaron el contrato matrimonial, y en seguida entramos en una habitacion elegante. En medio de la sala principal habian atado una cuerda encarnada á cuatro pilares; allí estaba el rabino bajo un rico dosel de terciopelo carmesí, que sostenian cuatro personas sujetando los palos á que estaba fijado.

Despues de algunos preliminares, los amigos del novio le condujeron solemnemente bajo el dosel, apoyado sobre su madre, y cubierto con un lujoso velo de muselina desde los pies á la cabeza. La novia se adelantó con paso lento hácia él, y se puso á su lado. Despues de varias fórmulas bastante parecidas á las que en semejantes casos emplean los cristianos, se ofreció un pequeño vaso de vino á cada uno de los desposados, que no hicieron mas que probarlo. Uno de los que oficiaban en esta ceremonia, tomó otro vaso vacío, y luego que hubo pronunciado algunas palabras sobre el voto de fidelidad, lo quebró en diferentes pedazos contra el pavimento, queriendo con esto dar á entender, que si deseaba el casamiento, jamás se disolveria sino cuando aquellos fragmentos pudiesen reunirse.

El rito de la circuncision se practica el octavo dia del nacimiento del niño.

Luego que un judío está moribundo, hace llamar á diez personas y un rabino, en presencia del cual recita la confesion de sus pecados, que está compuesta segun el órden alfabético. Cada letra del alfabeto contiene uno de los pecados que se pueden cometer.

Los amigos del enfermo van á la sinagoga á rogar á Dios por él bajo distinto nombre, para significar que ha cambiado de vida. Los que se quedan en su aposento esperan el instante en que su alma se ha de separar del cuerpo y dejar la tierra. Cuando ha espirado, uno de los que le asisten está obligado á rasgar por alguna parte su vestido. Segun otros acostumbran, debe arrojarse á la calle toda el agua que haya en casa del difunto y en las de los vecinos. Inmediatamente se tiende el cadáver en tierra sobre un paño cubriéndole la cara, porque no es permitido mirarla mas. Se le dobla el dedo pulgar que se ata á la mano con los hilos de su thaled, quedando los demas estendidos. Se lava el cuerpo, se le pone un calzon, una camisa blanca, se cubre

(*) Esta ceremonia se verifica cuando un judío rehusa casarse con la viuda de su hermano, fundada en el Deuteronomio, cap. 25, v. 9.

el féretro de negro y se saca fuera de la habitacion, en el que todo el mundo se reune. Al llegar al cementerio se hace una arenga al difunto, y despues de haber rezado una oracion que se llama «justicia del juicio,» se le dirige la cara hácia el cielo y se le dice en alta voz: Id en paz, poniéndole un saco pequeño de tierra bajo la cabeza. En algunas partes dan diez personas siete veces vuelta al rededor del atahud, y dicen una oracion por el alma del finado, despues de lo cual el pariente mas inmediato rasga un estremo de su vestido y se baja el cadáver á la fosa.

Al entierro sigue una comida.

Una vez salido el difunto de la casa, se dobla por la mitad el colchon, se lian sus coberteras que se dejan sobre el jergon, y en seguida se enciende una lámpara á la cabecera de la cama, la que arde por siete dias consecutivos.

Los rabinos cuentan 30 dias de afliccion por cada muerto.

L. E.

Estudios biográficos.

EL ABATE L'EPEE.

De cuantos hombres se han dedicado á la enseñanza de sordo-mudos, ninguno fue tan célebre y popular como el abate L'Epée, y un drama interesante cuyo protagonista es nuestro abate, ha contribuido á perpetuar su nombre y la memoria de la santa mision que desempeñó con tal constancia. Asi es que entre los franceses hay muchísimos que le creen inventor del arte que ejerció. Sin embargo, la primera escuela de sordo-mudos la estableció en Cádiz un español llamado Rodriguez Pereira, quien halló los rudimentos de su enseñanza en otro español llamado Felloso, bien que para dar todo el necesario desarrollo á tales rudimentos fuéle preciso entregarse á un largo estudio con una admirable perseverancia. La escuela de Pereira no logró aceptacion en España, con que el maestro y su método fueron á probar fortuna en Francia, y á los primeros ensayos ya todos aclamaron el milagro. Mr. d'Azi d'Etavigny director de unas granjas de Burdeos confió su hijo á Pereira, y esta educacion fue tan satisfactoria, que la Academia le concedió su voto, y el rey le dió una pension y título de intérprete.

Pereira hacia un misterio de su método, que era muy diverso del que se sigue en el dia. Sus discípulos pronunciaban y conversaban clara y distintamente, y los mas ade-

lantados llegaban á entender el sentido de las expresiones por el simple movimiento de los lábios. Para enseñarles el cálculo valíase de cierta máquina aritmética de su invencion, que decia ser superior á la de Pascal. Pereira podia terminar en el espacio de tres ó cuatro años la educacion de tres discípulos á la vez.

El buen éxito que obtuvo Pereira exitó la concurrencia de otras personas al mismo fin, entre las cuales debe contarse al buen abate L'Epée, no por efecto de vanidad, sino de una particular vocacion. El abate propuso los *signos metódicos* posteriormente adoptados; aunque Pereira exclamaba de continuo que era impracticable semejante sistema, y hasta escribió una refutacion; pero como la razon estaba de parte del abate, este consiguió el triunfo.

El abate L'Epée era canónigo en la ciudad de Troyes y poseia unas 7000 libras de renta, suma que bastaba apenas para los primeros gastos de su establecimiento; pero los grandes en aquel tiempo eran muy generosos, particularmente en prestar estímulo á las ciencias, artes ó grandes inventos; así que, el abate halló en la alta sociedad corazones sensibles. El duque de Penthievre abrióle su bolsillo, y otros señores siguieron su ejemplo,

EL ABATE L'EPEE.

con que la escuela se llenó de discípulos, hallándose el buen abate en el colmo de su satisfaccion.

Vivia entre los desgraciados sordo-mudos como un padre entre sus hijos: y muchas veces llevaba el vestido viejo y remendado, en tanto que iban los discípulos muy lucidos, y estaban muy bien alimentados, y cuidados con toda clase de esmero. Es claro que esto se hacia á costa de las rentas del buen abate, y era eterno motivo de descontento para su familia; pero él como verdadero apóstol solo pensaba en la existencia y educacion de su rebaño.

La gran Catalina le envió regalos como una prueba del inmenso aprecio con que miraba sus trabajos; pero él volvió á remitírselos diciendo que los agradecia, pero que le hubiera sido mas satisfactorio que la Emperatriz de todas las Rusias le hubiese enviado un sordo-mudo de su pais.

¿Podrá creerse que el abate nunca pudo lo-

grar que el gobierno frances adoptase su institucion? Otro debia mas tarde extender el descubrimiento y tener la gloria de verlo prosperar bajo la proteccion del gobierno. El abate Sicard, nombre que va siempre unido con el de L'Epée en el agradecimiento del pueblo, tuvo por mucho tiempo la direccion de la escuela de sordo-mudos de Paris, y á él se deben la mayor parte de los adelantos y perfeccionamiento de tan ingenioso arte. Uno de los discípulos del abate Sicard, heredero de su caritativo celo y de sus principios, trató de fundar en Bélgica y en varias ciudades de Francia escuelas de sordo-mudos, y sobre este asunto ha publicado diferentes escritos, notables por su ardiente caridad y por los principios de enseñanza que contienen. Quiera Dios que recoja abundante fruto el abate Pinin Sicard de su cristiana mision.

A. U.

SENEFELDER,

O LA LEYENDA DE LA LITOGRAFIA.

A últimos del pasado siglo fue bautizado en Munich, ciudad de gran renombre tanto por las bellas artes como por la mucha cerveza que consume, un niño hijo de humilde cuna, á quien se puso el nombre de Aloysius. Cuando jóven era conocido entre sus compañeros de escuela con el de Aloys Senefelder, y es muy regular que mis lectores hayan oido hablar de él como el inventor de la litografía.

Aloys Senefelder tuvo la desgracia de pertenecer á esa escuela de gente de valer, destinada á morir en las boardillas. Su vida fue un perpetuo combate, y aun cuando ha vivido bastante tiempo para ser universalmente adoptada su invencion, su reputacion no se acreció por eso, y ha muerto casi miserable y sin tener que comer. Hoy dia los inventores comprenden algo mejor sus propios intereses; buen cuidado tienen por eso de bautizar con su nombre los descubrimientos que hacen. Cierto es que no podemos vestir un gaban impermeable sin recordar al momento á Monsieur Macintosh, ni que se nos haga un retrato fotográfico sin que nos venga á la memoria el malogrado Mr. Daguerre (*), ni medimos la profundidad de una mina de carbon de piedra, ó se nos presenta una lámpara de minero, que no nos ofrezca á la memoria el nombre de sir Humphry Davy.

(*). Mr. Daguerre, aun cuando dió su nombre al *Daguerreotipo*, no hizo mas que completar ó perfeccionar los procedimientos de Mr. Niepce, su consocio, y el verdadero inventor de la fotografía.

Si pues el pobre Aloys Senefelder, muerto en su pueblo natal, que no le ha levantado monumento ni estátua alguna, hubiese denominado su invento la *Senefeldografía* ó el *Aloysotipo*, tal vez pasara á la posteridad de este modo; mientras que la generacion actual le conoce mucho menos que al primer charlatan advenedizo que llena los periódicos y embadurna las esquinas con anuncios y elogios desmesurados.

Me complace sobremanera el leer las leyendas curiosas, ú oir las anécdotas que tienen relacion con los inventos ó descubrimientos cuyo origen se ignora. Me gusta mucho la historia de la manzana cayendo á los pies de Isaac Newton; la de Franklin y su cometa; la de Benjamin West, cuando convaleciente inventó la cámara oscura, sin pensar el ingenioso jóven que al otro lado del Atlántico, y á 4000 millas de distancia, otro la habia inventado dos años antes que él (*). Empero lo que mas me divierte son esas anécdotas tradicionales que tienen relacion con la historia de la pintura y el grabado. En cuanto á este último, sorprende en gran manera que todas las leyendas que tratan de él hablen de un humilde mueble de economía doméstica, quiero decir, de la cuba de lavar.

Una porcion de lienzo mojado, puesto por casualidad sobre una coraza de acero adamasquinado en que se reprodujo aunque débilmente el dibujo, fue el principio del grabado al buril, que debian perfeccionar mas tarde Woollet, Landseer, y Cousins. El mal humor de la muger de Alberto Durero, que para libertarse de sus reprimendas se encerró en su cuarto solo con sus herramientas, le sugirió la idea de mejorar el grabado en madera, arte entonces casi enteramente perdido como la pintura sobre vidrio. En fin, para concluir, referiremos la leyenda de la invencion de la litografia por Aloys Senefelder, que es como sigue.

Era nuestro héroe de esos que ciertas gentes llaman un genio universal, y que otros menos acomodaticios tachan de entenderlo todo. De todo sabia un poco el pobre Senefelder, sin brillar por eso en nada. Pintaba algo, grababa, tocaba el violin, copiaba música, componia discursos y hacia versos. Y sin embargo, con tantos y tan variados talentos no salia nunca de la pobreza. Por mas que ansiaba ver publicadas sus obras, nunca encontró un editor que quisiese encargarse de ello; los directores de escena y empresarios de teatros no querian admitir sus trabajos dramáticos; los aficionados no gustaban de sus pinturas, los cantantes rehusaron siempre el cantar sus composiciones, y pocos ó ninguno se paraban á oirle tocar el violin. Ademas, el pobre diablo veia que las planchas de cobre costaban caras, que no le querian vender al fiado, que es preciso dinero para imprimir las obras, y que el papel costaba mucho. Cuando estuvo convencido de que ningun impresor consentiria, solo por amor al arte ó por complacencia, en prestarle su imprenta, trató de grabar sus manuscritos sobre cobre é imprimirlos por un procedimiento nuevo. Al revés del método que se emplea con el buril, con el cual se escribe ahondo en la plancha, concibió la idea de hacerlo sobre el cobre con una composicion particular de cera y recina que resistiese á la accion del ácido, y luego limpiar con la ayuda de este mismo ácido la parte de la plancha que quedase sin escribir, dejando enteramente en relieve los caracteres escritos. Empero tropezó con la gran dificultad de escribir al revés como era indispensable, y mucho mayor al tener que corregir las pruebas: quemóse en consecuencia los dedos con el agua fuerte que empleó, la cual, en vez de atacar el cobre, atacaba igualmente la escritura, formando muchos borrones. Para colmo de desdichas, el calderero que le proveia de planchas se negó á prestarle mas, y esto, como es fácil de imaginar, fue un golpe terrible para el pobre Aloys. Es de creer, que Frau Senefelder, su madre, no aprobaria mucho su conducta; aun es probable que la buena muger le gustarian muy poco «todos aquellos enredos y sucièdades;» y aun que perderia la paciencia al ver todas sus cubiertas de cama quemadas con el agua ras; los limpios ladrillos llenos de manchas de cera y de resina; sus manteles impregnados de humo de impren-

(*) Al físico Porta, nacido en Nápoles en 1540 y muerto en 1615, es á quien se atribuye generalmente á invencion de la cámara oscura.

ta, y sus mejores calcetas empleadas en frotar las planchas.

Pero como nuestro Aloys no podia procurarse otras nuevas, trató de limpiar y pulir de nuevo algunas para servirse de ellas; mas pronto se apercibió de que la tierra quemada y el esmeril que empleaba no eran bastante finos en general, porque en vez de pulir la plancha, la rayaban enteramente. En esta confusion se encontraba, cuando recordó que en las orillas del Iser habia visto una piedra calcárea muy fina que acaso podria llenar su objeto. Procuróse, pues, algunas de ellas, pequeñas al pronto y luego mas grandes; pero su provision de cobre iba disminuyendo á medida que la de las piedras aumentaban. Bueno era sin duda poseer unos polvos que sirvieran para pulir el cobre; pero sin planchas, los polvos le eran tan inútiles, como los puños de camisa á quien no tuviera ninguna, ó un asador sin carne que asar.

Trató pues de grabar sobre la piedra misma; pero el agua ras producia una especie de efervescencia sobre la piedra, y no mordia bastante para retener la tinta de imprenta.

Aloys estaba desesperado; momentos hubo en los que resolvió abandonar todas sus ideas de grabar é imprimir, y volver á seguir el estudio de las leyes que su padre le habia hecho emprender antes de morir. Empero para entrar en la universidad de Ingolstadt era preciso pagar ciertos derechos, y no poseyendo ese vil metal que tanto papel hace en todas las cosas de este pícaro mundo, se veia perplejo, sin saber qué partido tomar.

Aburrido y desesperado, perdió enteramente el juicio; y la prueba es que le pareció que escribiendo comedias podria, si no hacer fortuna, al menos ganar su vida honradamente. Escribió, pues, una comedia; y despues de pasar muchas semanas frecuentando las antesalas de los directores de los teatros de Munich, solicitando el favor de los actores y actrices, de recibir no pocos insultos de los porteros, y las insolencias de la gente menuda de bastidores, se convenció al fin de que la carrera de autor dramático no produce generalmente mas que desengaños y crispaciones de nervios. Descorazonado ya, regresó nuestro héroe al hogar paterno, donde vivió algun tiempo, ignoro de qué manera, y aun creo que él mismo lo ignoraba tambien; en fin, el caso es que vivió. Hay en Lóndres individuos á millares que viven lo mismo, que no se les conoce profesion ni estado, ni rentas; que no quieren trabajar, que se avergonzarian de pedir limosna, que no roban, y que no obstante esto tienen necesidad de comer, beber y dormir.

Sin embargo, las esperanzas de Aloys, aunque algo abatidas, no habian desaparecido completamente, cuando al través de los pensamientos sombríos que entristecian su alma, un rayo de luz vino de repente á vivificar su existencia. Pero dejémosle hablar y contarnos lo que pasó.

«Acababa, escribia en 1819, de pulir una piedra, sobre la cual me proponia escribir algunas líneas con objeto de perfeccionarme en escribir al revés, cuando mi madre entró en mi cuarto y me mandó escribir la nota de la ropa que iba á entregar á la lavandera. Quiso la casualidad ó mi fortuna, que no tuviese yo á mano el menor pedazo de papel para el caso, porque habia empleado todo el que tenia en sacar pruebas, y ademas en el tintero no habia ni una sola gota de tinta. Como la lavandera no podia esperar, y como tampoco teniamos ningun criado para enviar á buscar los adminículos necesarios, me resolví á escribir la nota en cuestion con mi tinta preparada con cera, jabon y humo de imprenta, sobre la piedra que acababa de pulir, de la cual sacaria mas tarde una copia. Algun tiempo despues, al tratar de borrar dicha nota, me ocurrió la idea de ver el efecto que producia lo que habia escrito con mi tinta especial, mojando la piedra con agua ras. Habiendo ahondado esta piedra como la centésima parte de una pulgada, ví que podia impregnar con tinta de imprimir lo que yo habia escrito y sacar varias pruebas. Asi encontré el secreto del nuevo arte.»

Continuando sus esperimentos descubrió Senefelder que no era necesario que las letras formasen relieve sobre la piedra, y que los principios químicos que impiden se amalgame el agua con las sustancias crasas, bastaban para conseguir su objeto. En efecto, la litografía se funda sobre las bases siguientes: las sustancias crasas aborrecen el agua; la anti-

patia que tienen á este líquido es como si dijéramos un odio mortal. El agua por su parte las paga en la misma moneda. Ahora bien; la piedra calcárea granítica que sirve para la litografía, absorve el agua y no repele las sustancias crasas, antes bien las recibe con una avidez tal, que solo puede compararse con el placer que tienen las sanguijuelas en sacar sangre. Se escribe pues, ó se dibuja sobre la piedra con tinta ó lápiz craso, y se lava despues la superficie con agua, que penetra por todos los poros que no están impregnados de otra sustancia, ó protejidos por el dibujo. Pásase despues sobre ella un cilindro con tinta de impresion, cuya tinta se adhiere perfectamente á los contornos del dibujo, por la razon que ambos tienen igual sustancia, mientras que el agua preserva las de la piedra. Hé aqui el A. B. C. de la litografía. La grasa y el agua se aborrecen mútuamente; pero la piedra las recibe á ambas. Un pintor de teatros decia que con un poco de albayalde, una onza de almaciga, un puchero de cola y dos cuartos de cobalto se atrevia á pintar una vista de la bahía de Nápoles; tambien puede decir cualquier artista, y acaso con mas verdad, que sobre un piso cualquiera de piedra podrá litografiar lo que se le ocurra, con tal que tenga á mano una vela de sebo, un cubo de agua, y un poco de humo.

Dotado de una perseverancia y un valor á toda prueba, Senefelder venció todos los obstáculos que se le presentaron, pero tambien fueron innumerables los desengaños que recibió. No obstante, continuó con infatigable ardor los esperimentos, hasta que hubo inventado sucesivamente la tinta y el lápiz litográfico, regularizando el método y la manera de imprimir. Tambien hizo varios ensayos en la litografía de colores, ó lo que hoy dia se llama el policromo Inventó igualmente el arte de imprimir el oro y plata, litografiando sobre papel de piedra, imitando los dibujos hechos con la tinta de China. A todos estos procedimientos é inventos dió el nombre de alta ó superior litografía. En cuanto á la impresion, no hizo mas que imitar la manera que se usa generalmente en los diferentes géneros del grabado.

Todos estos trabajos fueron concluidos en 1819, y el mismo año publicó, con la sencillez que caracterizaba su corazon, una relacion circunstanciada de cada uno de sus descubrimientos, especificando la manera ó modo de ejecutarlos, descubriendo enteramente su secreto, y en una palabra poniendo á todo el mundo al corriente de su saber.

Senefelder fue cruelmente vilipendiado, calumniado y puesto en ridículo por sus descubrimientos, no tan solo en el estranjero, sino en su propia patria; pero él, mas noble y digno que sus adversarios, despreció los insultos é injurias, y la única frase dura que se encuentra en su voluminosa obra es decir, «que si Mr. Rapp de Stuttgardt se imagina haber inventado la litografía, se engaña.» Despues de indicar al concluir su escrito la posibilidad de aplicar la litografía á las impresiones sobre algodon, concluye de este modo: «Aqui terminan mis instrucciones, y deseo con toda mi alma que mi libro encuentre muchos lectores, y produzca muchos y muy buenos litógrafos. ¡Que Dios escuche y favorezca mis deseos!»

¡Descansa en paz, buen Aloys Senefelder!

Las primeras impresiones litográficas que se publicaron fueron varias piezas de música, compuestas en 1796. Este nuevo arte fue introducido en Inglaterra en 1800, con el nombre de *poliantografía*. Lo artistas y grabadores le hicieron una fuerte oposicion; y como los que le defendian eran meros aficionados, pronto cayó en el olvido. Empero en 1819, Mr. Rodulfo Ackermann, que ya habia prestado otros servicios á las ciencias y artes, tomó por su cuenta la causa de la litografía; publicó una traduccion de una obra de Senefelder; mandó construir algunas prensas, compró en Alemania una cantera de piedras litográficas, y se dedicó en cuerpo y alma á perfeccionar el nuevo arte. Los grabadores en cobre, los pintores y varios torys, aferrados á los principios y para quien cualquiera innovacion era un sacrilegio, se coligaron contra la litografía, y el admitirla les pareció que era un sacrilegio, una abominacion, y la destruccion completa de las buenas ideas. Hasta la misma *Quartely Review*, ese inexorable Radamante literario, sentado magistralmente en su silla curul, con su magnífica peluca empolvada y sus zapatos de tacon alto, fulminó

una de sus mas terribles sentencias contra esta invencion moderna; y en un artículo sobre la espedicion al polo del capitan Franklin, hizo notar con despreciativo enojo: «esos borrones litográficos, que nunca servirán para nada mientras no salgan de los estrechos límites que los encierran.»

Es verdad que la litografía no ha hecho mas que participar del anatema fulminado contra los caminos de hierro, y como estos tambien se ha mantenido tan poco tiempo dentro de los estrechos límites que la encerraban, que la litografía y los caminos de hierro se han hecho conocer desde Lóndres hasta Seringapatan, de París á la Nueva Zelanda, y desde Dublin á Sidney. Respecto al gobierno inglés, únicamente al segundo año de su introduccion en la Gran Bretaña es cuando se dignó notar su existencia y protejerla; pero esta bondad y esta proteccion se redujeron á imponer un derecho casi prohibitivo á la importacion de las piedras litográficas, esto es, sobre las primeras materias, sin la cual es imposible la litografía. Para compensar esta carga, lo único que imaginó fue suprimir los derechos protectores que pagaban los grabados estranjeros, cuya medida produjo el mal de franquear al estranjero una industria que daba de comer á millares de ingleses. Es preciso notar que esto sucedia en la misma época en la que la Francia, el Austria y la Rusia enviaban varios agentes á Munich para examinar los procedimientos litográficos, y dar cuenta á los gobiernos respectivos de los resultados que obtuvieron sus observaciones.

Si me he estendido tanto sobre el orígen de la litografía y las dificultades que tuvo que vencer al principio, no es ciertamente porque nada tenga que decir acerca de su estado actual. Rogaré al contrario á mis lectores se sirvan acompañarme á Great-Queen-Street, Lincoln's Inn Fields para que inspeccionemos un vasto establecimiento litográfico.

En el fondo de un patio silencioso y retirado, en uno de cuyos ángulos está una cabra recostada y pensativa sobre un tapiz viejo y medio destrozado, se encuentra la puerta que conduce á los talleres que buscamos. Adelántase á nuestro encuentro, cojeando levemente, un individuo alto y fornido, cargado con una enorme piedra, cuyo peso bastaria á aplastar tres hombres ordinarios, pero que á él tan solo le hace encorvarse un poco al volver las esquinas. Otra puerta nos franquea la entrada de un gran vestíbulo, donde se ven hacinadas muchas piedras, de todas dimensiones, grandes y pequeñas. Dichas piedras, destinadas al dibujo y escritura litográficas, proceden de las orillas del Danubio, de Turquía y de la India, porque hay gran abundancia de ellas en el Deccan. Siguiendo á nuestro Hércules cargado con su enorme piedra, penetramos tras él en el taller de pulir. Allí, debajo de vastos cubos llenos de agua, se colocan las piedras para recibir la arena y el pulimento que conviene á las diferentes especies de litografía. Antes de enviarlas á Inglaterra, las piedras han sido cortadas segun las dimensiones pedidas, ensayándolas despues con el nivel para asegurarse que estan enteramente planas. Para pulirlas se colocan dos piedras frente á frente, echando en medio agua mezclada con arena finísima, frotando una con otra por medio de un movimiento circular, hasta que esten convenientemente graneadas. Con anticipacion se examina la igualdad de la arena, porque un solo grano mas grueso que los demas bastaria para rayar la piedra y se perderia todo el trabajo anterior. Para los dibujos con tinta, las piedras, despues de frotadas del modo que acabamos de decir, se lavan perfectamente para quitar la arena que pueda quedar pegada, y despues se pulen con piedra pómez.

Este pulimento debe ser tan perfecto, que al acercar la cara á cierta distancia debe reflejarse como en un espejo. Las piedras que han servido ya y se quieren utilizar para nuevos trabajos, se frotan con otra piedra y agua hasta que haya desaparecido completamente el dibujo; luego se las pule de nuevo.—Es preciso, nos dijo un robusto aleman encargado de esta faena, mucho cuidado para impedir que quede el mejor vestigio de las partes crasas del primer dibujo.—La piedra tiene tal afinidad con ellas, y las conserva con tal empeño, que las señales del lápiz ó de la tinta litográfica permanecen aun por mucho tiempo despues de desaparecer el color.—Hace poco tiempo nos dijo el mismo aleman, se empleó para dibujar

una fiesta de vendedores de comestibles, compuesta de pequeñas figuras, una piedra que al parecer no se habia usado nunca, pero en realidad habia servido ya para otro dibujo, que habian borrado. Mas apenas se habian sacado las doce primeras pruebas con general aprobacion, cuando con asombro de los presentes, apareció al través de las figuras lilliputienses de los mercaderes de comestibles, un gran retrato de madamoiselle Taglioni, en uno de los mas encantadores pasos del baile *La Bayadera*. La piedra habia servido anteriormente para reproducir un retrato casi al natural de la célebre bailarina, que el rodillo del impresor habia resucitado sin querer.

Dejaremos á nuestro operario ocupado en borrar el retrato del mariscal Blucher, y subiremos, despues de atravesar varias salas donde están las prensas. Causa efectivamente asombro ver el considerable número de piedras que allí se encuentran, no tan solo las que están actualmente en uso, sino las que vemos por todas partes amontonadas ó arregladas en varios estantes colocados desde el piso al techo del salon. La grande masa calcárea que allí se observa, bastaria para desplomar un piso cualquiera; empero nos aseguraron que los cimientos del edificio son tan sólidos, que no hay ejemplo de que se haya notado nunca la mas ligera grieta. El único peligro que podria existir, por lo demas poco probable, seria que se quitasen de allí todas las piedras de repente, puesto que no seria imposible que las paredes, privadas de aquel contrapeso, perdiesen el equilibrio y se desplomasen. Tal es al parecer la opinion del arquitecto veedor; por lo tanto dejaremos las piedras en su lugar, y si se trata de quitarlas, rogaremos se prevenga de antemano á los vecinos para que tengan tiempo de mudarse.

El taller propiamente dicho es un gran salon alto de techo y alumbrado por muchas ventanas rasgadas, porque no se necesita en él que la luz esté reconcentrada como en los talleres de los pintores, sino que haya mucha y esparcida.

Hállase dicha pieza rodeada de fuertes mesas de madera generalmente en declive, sobre las que se colocan las piedras. Junto á las mesas se ven unos veinte artistas ocupados en dibujar, ora estudios de cabezas y de figuras, como las que Julien de Paris sabia hacer con tanta perfeccion, ora paisajes, copiados de los de Stanfield, de Roberts, de Haghe, de Leitch ó de Harding, reproducciones de la fotografía, y los objetos mas notables de la esposicion universal; ya caricaturas políticas y sociales, planos y mapas geográficos y topográficos, trazados de ferro-carriles, diseños de puentes y máquinas, plantas y animales para el estudio de la anatomía, figuras y adornos en oro y colores varios para piezas de canto, tarjetas de aviso para los mercaderes, facturas de comercio, estampas para adornar los libros mas en boga, copias de varios grabados en cobre ó acero, imitaciones del grabado al agua fuerte ó en madera, billetes de los Bancos provinciales, pasaportes y tablas estadísticas, facsímiles de cartas y firmas autógrafas, imitaciones de los misales de la edad media, caractéres góticos, reproducciones de manuscritos orientales, dibujos chinos, etc., etc., etc.

Hé aquí un artista con su blusa y su gorro turco que se apresta á comenzar un retrato... Supongamos, por ejemplo, que sea del doctor Cruck, profesor de lengua siria en el colegio de San Alfredo el Grande. El dibujante tiene colocado en frente el cuadro al óleo, y delante un espejo situado de cierta manera que forme un ángulo oportuno. Copiará pues la imágen que se refleja en el espejo, y no el retrato principal; de manera, que cuando se litográfia la copia, la media naranja que el profesor tiene en la mano derecha aparecerá en la misma mano, al revés de lo que hubiera sucedido si el dibujo se hubiera copiado directamente del cuadro. Lo primero que hace el trabajador es inclinar la piedra para que forme un ángulo de 45°, y examinarla cuidadosamente con el lente para cerciorarse de que el grano es perfectamente igual, y la superficie no presenta raya ni hueco alguno. En seguida pasa por encima una bruza suave y fina, para quitar todo el polvo y cualquiera materia estraña que haya. Luego, por medio de un bruñidor de marfil, saca el perfil reducido con gran esmero de la fisonomía del doctor. Dispuesta de este modo la piedra, nuestro artista empieza su trabajo, teniendo á

mano siempre gran cantidad de lápices mas ó menos perfilados, segun las sombras que deben reproducirse.

Se calcula que un dibujante litográfico, pierde por lo menos una tercera parte de su tiempo en preparar el lápiz, y otra en dibujar los fondos; de manera, que para salvar este inconveniente, los buenos dibujantes tienen á sus órdenes varios aprendices y auxiliares, encargados de preparar el lápiz, y dibujar los árboles, las colgaduras, los rios etc., reservándose tan solo el retocarlos despues. Empero el artista encargado del retrato del doctor Cruck tiene que hacer él solo todo el trabajo. ¿Y por qué? Esto es precisamente lo que ignoro.

Cada uno debe tener, sin duda, su manera particular de trabajar, y el pretender describir los procedimientos litográficos ó establecer reglas, seria tan ocioso como señalar á un pintor los colores que debe emplear para las carnes ó cortinajes, ó enseñar á un poeta de qué manera ha de describir la tempestad. El litógrafo, sin embargo, ha de tener buen cuidado de no estornudar ni hablar con mucha animacion mientras trabaja. Tampoco debe exhalar el aliento sobre la piedra, porque siendo este un humor acuoso y mucilaginoso, produce al condensarse el efecto de agua de goma; ni tampoco apoyar los dedos sobre la piedra, ni tocarla con la mano en tiempo de calor, ni aun nunca, porque la mano, como el dedo, tienen siempre cierta grasa, que saldria indefectiblemente en las pruebas. El que no observe estas reglas elementales, nunca será buen litógrafo.

Terminado ya el dibujo, se baja la piedra á otra sala por medio de un ingenioso mecanismo para hacer la operacion del grabado. Se la deposita en una ancha tina, dejando caer sobre ella una parte de ácido nítrico mezclado con agua. Despues se lava el dibujo con agua destilada, y luego se envia á la prensa.

Tres pisos del establecimiento que hacemos visitar á nuestros lectores, están destinados á las prensas, conteniendo cada uno de ellos unas 20. Se diferencian estas de las prensas tipográficas ordinarias en que una plancha de madera, dispuesta á modo de cuchilla sin corte, recorre toda la piedra cuando tiene esta ya colocado el papel, lo cual produce una doble presion.

Colocada ya la piedra en la prensa, el prensista que ha de sacar la primera prueba empieza por borrar todo el dibujo con una esponja llena de agua clara, hasta que queda la piedra como si nada absolutamente se hubiese dibujado en ella. Al verla, diríase que la efigie del venerable doctor Cruck ha desaparecido para siempre. Pero el prensista, despues de estender sobre la piedra una capa de goma que llena los poros que no han sido tocados por el lápiz, toma un rodillo y lo pasa por toda la superficie hasta que aparece el dibujo gradualmente, y se presenta con todo el vigor y entonacion necesarios. Creemos inútil observar que la materia colorante de que se compone la tinta ó el lápiz litográficos solo sirve para que el dibujante pueda seguir con mas comodidad los progresos del dibujo, porque sin ella llenarian igualmente su objeto los lápices incoloros.

Un dibujo al lápiz puede dar de dos á cinco mil pruebas, segun sea el mayor ó menor cuidado que se ponga en la tirada. Sin embargo, cuando esta es muy grande desaparecen fácilmente los perfiles y contornos delicados, y las copias salen emborronadas ó confusas. Puédese para evitar este defecto retocar con tinta las partes borradas, pero nunca corregirlas con el lápiz. Cuando el dibujo ha de volver á servir, despues de tirar el número de ejemplares que se necesitan, se estiende con el rodillo una tinta conservadora, cuyo ingrediente principal es la cera, porque la tinta ordinaria de imprimir endureceria y empastaria el dibujo, y lo estropearia sin remedio.

Existen ademas otros dos ó tres procedimientos litográficos. Nuestros lectores y lectoras sobre todo, habrán visto sin duda espuestos en los almacenes de música esos magníficos *albums* tan perfectamente impresos en oro y en colores. Esto se hace por medio del procedimiento cromo-litográfico, para el cual se emplean diferentes piedras, puesto que cada color tiene necesidad de una y de un dibujo. Cuando se emplean muchos colores es preciso gran cuidado para que el papel se conserve fijo, porque de otro modo los ojos de una figura podrian verse colocados en la frente, y

los pies de Jenny Lind dentro de un tambor.

Tambien fue Aloys Senefelder el que concibió la idea del procedimiento cromo-litográfico, y demas de este moderno arte; pero es preciso confesar que despues ha hecho grandes progresos en manos de los señores Day y Haghe, Hanhart y Hollmandel. Puede decirse que Luis Haghe ha sido el segundo padre de la litografía; su magnífica estampa cromo-litográfica de la *Destruccion de Jerusalen por Tito* nos revela todo el partido que se puede sacar de la impresion de los colores.

Tales son en resúmen algunos de los métodos litográficos, cuyas producciones, aun cuando no ocupan sino un puesto secundario en el arte, sirven no obstante para fomentar el buen gusto entre las masas populares, porque juntamente con el grabado en madera, divierten, entretienen é instruyen á millares de individuos esparcidos por todo el globo.

CARLOS DIKENS.

VIAJES.

EL GRAND-FOND.

El valle del Grand-Fond es uno de los mas pintorescos de la isla de Haiti; está como encajonado entre dos picos de montaña, de los cuales el uno tiene el nombre de la *Silla*, á causa de su figura, y forma el punto mas elevado de la isla, siendo su altura de cerca de 1200 toesas sobre el nivel del mar.

Deseosos de examinar el pais, salimos de Puerto-Príncipe el 26 de Marzo de 1838 á las dos de la mañana; éramos diez. Luego que salimos de la ciudad, hallamos que el camino iba haciéndose cada vez mas estrecho y pendiente. Dos guias nos precedian con luces, que en algunas ocasiones, principalmente cuando nos veiamos obligados á seguir alguna estrecha vereda al borde de un precipicio, no servian mas que para alumbrar á los que caminaban inmediatos á los guias. La rojiza claridad que proyectaba sobre los grandes árboles, cuya cima estaba casi al nivel del suelo que pisábamos, servia solamente para dar á conocer á los demas el peligro á que podrian verse expuestos por el menor capricho de sus cabalgaduras. Nos veiamos por tanto obligados á confiarnos en su instinto, que rara vez les engaña. Montábamos caballos del pais, de corta talla pero de extraordinario vigor. No los hierran nunca, lo cual les hace marchar por aquellos senderos difíciles con tanta seguridad como por las llanuras.

Era todavia de noche cuando llegamos á Petion Ville.

Petion Ville, á 200 toesas sobre el nivel del mar, está menos expuesta que las ciudades del litoral á las tentativas del extranjero. Se fundó

para que sirviese de refugio á los habitantes de Puerto-Príncipe en el caso eventual de una invasion. Su temperatura es deliciosa, ventaja que debe á la accion de los vientos de O y de E, que reinan por el dia, y á las brisas de la noche, cuya frescura proviene de la proximidad de las montañas. Los muchos y abundantes manantiales que atraviesan la ciudad en todos sentidos la hacen todavía mas salúbre. Las casas hasta ahora son de mezquina apariencia, excepto los dos edificios, que son de rigor en las poblaciones donde ha penetrado la civilizacion, á saber, la cárcel y la iglesia.

Cuando salimos de Petion-Ville comenzaba á rayar el dia; pero apenas habiamos llegado á las alturas que dominan la poblacion, cuando vimos brillar el sol en todo su esplendor, porque la claridad dudosa del crepúsculo es casi instantánea en aquellos climas. Pero entramos despues en un bosque en que los rayos del sol no podian penetrar; tan sombrío era que parecia que la noche nos habia cogido de improviso. Conforme nos ibamos adelantando, solia pasar de tiempo en tiempo por algun hueco que dejaba descubierto el follage algun rayo de sol que nos deslumbraba. Nuestros caballos trepaban como gatos, y muchas veces nos veiamos obligados á agarrarnos al arzon de la silla para no caer de espaldas. El camino, además de ser muy estrecho, subia formando continuas vueltas en distintas direcciones, de tal modo, que los últimos de nosotros veian desfilar sus compañeros de viaje por cima de sus cabezas. Muchas veces el primer caballo se detenia fatigado é interrumpia la marcha de todos; despues continuaba subiendo para volver á descansar al cabo de un rato. Causábanos una inquietud permanente el peligro de que pudiese resbalar y caer alguno de los caballos que nos precedian, en cuyo caso sin duda alguna nos hubiera hecho rodar á todos como un castillo de naipes. En fin, el camino se fue ensanchando y disminuyéndose la pendiente; entonces fue cuando verdaderamente pudimos gozar de nuestra expedicion.

Era maravillosa para mí aquella escursion por la campiña de América, en una hermosa mañana de Marzo, mes que equivale al de Junio en España. Experimentaba un placer que no habia probado en los cinco meses que me hallaba bajo el sol abrasador de las Antillas. Con el astro del dia los pajarillos se habian despertado y cantaban el himno de la mañana; el mirlo gorgeaba y volaba delante de nosotros de árbol en árbol; huesped constante de aquellas soledades, única parte de la isla que habita, ensayaba la música de su garganta, y nosotros nos deteniamos muchas veces para escuchar sus silbidos dulces y melancólicos; con frecuencia dudábamos si algun jóven flautista andaría por aquellos contornos haciendo resonar su instrumento, pero sacábannos de la duda las mismas notas lastimeras del pajarillo que se oian con igual monotonía. Los colibris ostentaban á nuestra vista su plumaje de púrpura y azul; todos los insectos del aire desplegaban sus alas de oro; todos los de la tierra se escondian entre la yerba; los naranjos embalsamaban el aire; los limoneros, los nópalos de negro follaje, los campeches nos cubrian con su espeso ramaje.

A las once nos detuvimos en un pequeño valle para almorzar y dar un descanso á nuestros caballos, que bien lo necesitaban. Las pamplemusas y los naranjos extendian por cima de nuestras cabezas su ramas cargadas de frutas de oro, y de un latigazo podiamos hacer llover sobre nosotros mas naranjas que las que se comen en un año en cualquier pais del Norte. A orillas de un manantial que se dividia en mil arroyuelos, habia hecho alto una familia de pobres negros, que llevaba á la ciudad plátanos y palmitos. Su desayuno era poco suculento; solo se componia de algunas patatas; aceptaron con gran júbilo los manjares que les regalamos. Despues se dió la señal de partida. No contaban sin duda nuestros caballos con marchar tan pronto, porque tres de ellos se resistieron obstinadamente á dar un paso; por fortuna se habia previsto su resistencia, y los cambiamos con los que nuestros guias llevaban de la mano.

Cuanto mas nos adelantábamos mas pintoresco era el camino, y mas obstruido se hallaba por piedras movedizas y ruinas de toda especie. Pasamos caminando dos mortales horas, que parecian no deber concluirse jamas. Los rayos del sol caian á plomo sobre nosotros; el calor era insufrible, y teníamos que luchar

á cada paso con nuestros caballos, que se detenian á cada minuto en aquella especie de escalera por donde subiamos. Ni los látigos ni las espuelas bastaban; yo me vi obligado á marchar delante y tirar de la rienda de mi bucéfalo, temiendo justamente que si el camino continuaba del mismo modo por espacio de media hora mas, me veria precisado á llevar yo á mi caballo en vez de llevarme él á mí. Felizmente á la vuelta de un recodo nos hallamos en la pequeña plataforma que domina la sima llamada el Grand-Fond; si hubiéramos dado tres pasos mas habríamos caido en el abismo.

Entonces se presentó á nosotros un espectáculo sorprendente. Estábamos á 200 toesas sobre el nivel del mar. A nuestros pies habia, en direccion casi perpendicular, bosques de abetos que se perdian en la profundidad del valle, donde se hallaban mezclados con otros árboles, que desde la altura en que nos hallábamos nos parecian yerbas. Las nubes parecian dormir entre los árboles, y las inmensas copas de estos se elevaban hasta la roca opuesta, como un ejército de titanes en marcha para escalar el cielo. Enfrente de nosotros estaba la roca llamada la Silla, gigante de 200 toesas, que elevaba magestuosamente su cabeza entre las

VISTA DEL PUERTO DE HAITI.

nubes blancas que la rodeaban como collares de plata; despues, en el fondo del valle, una neblina azulada daba á todo aquel conjunto cierta vaguedad, que dejaba el campo libre á la imaginacion mas ó menos poética del espectador. El viento silbaba por entre los pinos, orquesta imponente y digna del espectáculo que teniamos á la vista.

Todos estábamos maravillados y permaneciamos silenciosos, como si una sola palabra hubiese podido desvanecer aquel prodigio, que hubiéramos querido contemplar con los cien ojos de Argos. Era aquella una de esas creaciones sublimes, ante las cuales se queda el hombre con la boca abierta y sin hallar palabras con que expresar sus impresiones; una decoracion suntuosa, ante la cual el espectador quisiera morir antes de haber salido de su éxtasis; una de aquellas maravillas que enternecen y espantan á la vez, que arrancan lágrimas de admi-

racion, y que hacen que penetre en el alma un terror inesplicable. Quedamos como clavados en aquel sitio por espacio de una hora. Todos habiamos visitado la Suiza; pero la Suiza no tiene aquel lujo de vejetacion que ha dado á Haiti el nombre de la Reyna de las Antillas.

Sin embargo, era preciso separarnos de aquel sitio. Bajamos, y á una legua de allí el termómetro estaba á doce grados sobre cero á las cuatro de la tarde; el dia anterior á la misma hora habíamos tenido treinta grados sobre cero. Nos alegramos por tanto de haber llevado nuestros vestidos de invierno.

Hasta la noche estuvimos visitando la campiña del senador Ardouin, que reune todos los géneros de perspectiva pintoresca. A las diez uno de nuestros compañeros nos propuso visitar á la claridad de la luna el pequeño cementerio del Grand-Fond, á corta distancia de donde nos hallábamos; su proposicion fue aceptada, y nos preparábamos para seguirle, pero apenas se abrió la puerta, el frio nos hizo cambiar de idea; el termómetro marcaba diez grados; decidimos por tanto acostarnos.

A las cinco de la mañana salimos para continuar la esploracion del Grand-Fond. Es imposible formarse una idea de la riqueza y de la fertilidad de aquel paraje. El verde claro de los plátanos, entremezclado acá y allá con el verde oscuro de los abetos y de las palmeras; las plantaciones del tabaco y del café, las rocas, la tierra, la yerba, todo tenia un color resplandeciente, que pintado en un cuadro pareceria exagerado en Europa.

Al dia siguiente, despues de haber almorzado, salimos para volver á Puerto-Príncipe. El sol nos dió todo el dia en el rostro, y nos hizo sufrir de tal modo, que cuando entramos en la ciudad todos llevábamos la cara hinchada y dolor de cabeza, lo cual no era muy satisfactorio en una época en que reynaba la fiebre amarilla, cebándose particularmente en los europeos. Al anochecer entramos en Puerto-Principe.

E. G.

PABLO MARAT.

Asi como toda revolucion al desplegar su vuelo necesita sus apóstoles que pregonen las bellas teorias que la agitan, asi tambien necesita sus profetas que en el momento de su ecsaltacion decanten su fanatismo y hagan frente á los horrores que difunde su sangriento paso.

La revolucion de Francia del siglo pasado, necesitó por consiguiente los suyos, y asi como halló sus ángeles, encontró tambien sus monstruos.

Entre estos vemos alzarse aun sobre las ruinas de la degastada Francia, la sombra del terrorista Pablo Marat, la desalentada furia instalada con derecho de ciudadano en el órden social para insultar y envilecer principios venerandos.

Bosquejemos su historia.

Nacido en un pueblo cerca de Neufchatel, en Suiza, se dedicó al estudio de la medicina; escaso en un principio su prestijio y fortuna, se vió reducido á vender drogas en las calles de Paris, pero no tardó mucho en que el destino ó la casualidad, proporcionase mejor suerte al futuro tribuno con el apoyo y proteccion que llegó á dispensarle el conde de Artois, á quien conoció en los dias en que la revolucion de Francia amagaba á los tronos de Europa con su terrible sacudimiento.

Bien sea porque Marat era negado en su arte, como dicen, ó porque en su pecho ardia el deseo de engrandecerse en una época en que abundaban hombres de genio, quiso erigirse en legislador, despues de haber investigado con loca ineptitud las ciencias de la física y la fisiolojia; y despreciando las mofas humillantes que de él hizo Voltaire, se atrevió á trazar con flaca impotencia un plan de legislacion criminal.

Esta misma osadía, aborto de una cabeza ardiente en que fermentaba la indigesta amalgama de todos los conocimientos humanos; su carácter enérgico y ambicioso, y la proteccion que le concedia el conde de Artois, llegaron á distinguirlo de entre la multitud; pero indudablemente de nada le hubiera valido un prestigio á tanta costa adquirido, para engrandecerse altivo y vencedor, y tendria que haber sucumbido su ambicion y osadia, si la era de la revolucion no hubiese aparecido, y con ella los brillantes destinos que habian de lanzar enmedio de la gran escena á hombres oscuros.

Mientras no pudo alzar su voz para alcanzar el puesto distinguido que ansiaba, guardó en los sombríos escondrijos de su alma su devorante ambicion, y permaneció en paz fingida; pero en el momento en que vió podia abrirse paso y realizar sus atrevidos proyectos, se lanzó á la palestra despreciando rivalidades para hacerse superior á todos.

La aurora de la libertad anuncia una nueva era; hay que desmoronar los cimientos de una sociedad caduca, y rejuvenecerla con nuevas y vigorosas instituciones; el pueblo frances se apresta para llevar á cima tan portentosa reforma, y prepara la revolucion, que estalla en seguida.

Entonces Marat esperimentando un esceso de alegria satánica, atiza el fuego de la discordia, arroja al pueblo sus chispas, publicando un periódico con el título de Amigo

del Pueblo, que es acogido con frenesí, porque en él, con la máscara de la hipocresía, escita las pasiones de un pueblo que delira. Pero no obstante, en esta nueva senda tropieza con nuevos escollos, y no puede escalar la cima que en su ambicion vislumbra.

Es acusado de haber provocado al pueblo con sus folletos al asesinato, al robo, al envilecimiento, á la disolucion de la Convension nacional y al establecimiento de un poder destructor de la libertad; es motejado y vilipendiado y se le persigue de muerte, por lo que tuvo que ocultarse en cuevas y subterráneos para salvarse de la tempestad que le amenazaba; pero esta nueva desgracia no hizo mas que engrandecerlo á los ojos del pueblo como mártir de la libertad, y suministrarle ocasion para obtener una ovacion completa y hacerle triunfar.

El fuerte corazon de Marat, en su osadía humillada, desea el momento en que poder tomar la revancha de tamaña ofensa, de ultrajes tan humillantes. Llegan los dias 31 de Mayo y 2 del Junio, y el mismo que ha sido perseguido y vilipendiado sube á las torres y toca sus campanas á rebato contra aquellos que estando en el poder le hicieron sufrir; y el corazon de Marat queda satisfecho.

Toma en sus manos el hacha revolucionaria, aniquila á sus enemigos, y el pueblo lo proclama por su libertador; se erije en tribuno y predica la guerra y la mortandad.

Llega en fin al apojeo de su fortuna; el aura popular le sonrie, y es el alma del pueblo á quien sustenta en su fanatismo; en la tribuna sus discursos son el móvil de la vida revolucionaria.

Pero no parece sino que el destino se reia de su torpe ambicion, y lo hacia juguete de sus caprichos; en los mejores dias de su fortuna, cuando soñaba tal vez trepar á la cumbre del poder. Es atacado mortalmente de una enfermedad; mas no por esto se entibia su abrasadora actividad; en el lecho del dolor, tascando el freno de su desesperacion, pasaba el tiempo escribiendo su periódico, que no confiaba á nadie, y numerosas cartas á las sociedades que rejentaba y á la Convencion, para alimentar la ecsaltacion, tanto en las masas como en la tribuna, y de este modo, apesar de su enfermedad, continuaba siendo Marat el ídolo del pueblo y el terror del órden; y por medio de sus secuaces y satélites su poder se sustentaba tremendo.

En esta ocasion, presa la Francia de monstruos que la cubrian de cadalsos y arroyos de sangre, y que intentaban engañar al pueblo para usurparle su soberania, á tanta costa arrancada á sus reyes, ninguno causaba mas espanto que el terrible Marat; pero el pueblo mordia gustoso el hierro de su opresion, por que estaba embriagado en las glorias de su cruel venganza.

El eco de su nombre, rodeado de la ecsajerada preponderancia de un poder colosal, indestructible, vuela de pueblo en pueblo en alas de la desalentada discordia, y llegando al oscuro retrete de la virtuosa ciudadana de Caen, Carlota Corday, su aparicion satánica irrita y conmueve su corazon de heroina, y maldice al tirano; y conceptuándose nueva Judit corre á librar su patria del sangriento Holofernes que la amenaza.

Llega precipitadamente á Paris, y despues de infinitos pretestos consigue penetrar en la casa de Marat, á quien halla en el baño; sola ante él, cual la presencia del ángel ante el mundano crímen, le acusa de sus anarquistas intenciones, y sacando un puñal del pecho lo clava en el corazon del monstruo. Su muerte es la gloria del ángel.

Sabe el pueblo que Marat ha sido asesinado, é impelido por sus frenéticas y ecsajeradas pasiones, y fascinado aun con el veneno de sus escritos, lo juzga inmolado por la causa santa de la libertad, y alza á su memoria soberbios monumentos, y su busto es adorado como un dios; al mismo tiempo que es conducida á la guillotina Carlota Corday, verdadera mártir de la libertad.

Pero fanatismo tan ridículo y miserable no duró mas que mientras necesitó la Francia sustentar su ecsaltacion. Cesa su prolongado vértigo, y bajo el imperio de la razon conoce el pueblo su delirio, y los ídolos forjados al monstruo, al terrorista Marat, son pisoteados. Solo le falta completar su obra; sobre las ruinas de aquellos ídolos debe perpetuar la memoria de Carlota Corday.

FEDERICO FERREDON.

CIRCULOS ESPIRITUALES.—TOQUES ESPIRITUALES.

Hay ciertos hechos en la historia moral de los pueblos que difícilmente podrian esplicarse por ninguna de las reglas fisiológicas que se han reconocido hasta ahora como características de la índole humana. Todos los pueblos tienen, por decirlo asi, una fisonomía que les es peculiar, y que sirve como de criterio para esplicar sus actos; unos son fanáticos, otros incrédulos; aquellos nobles y generosos, estos egoistas y mezquinos; y despues de establecido su caracter, su historia no es mas que el corolario de las cualidades que los distinguen.

Los Estados-Unidos ofrecen al observador el contraste mas singular del caracter utilitario, material y desengañado de las edades provecta y decrépita, y las ilusiones mas caprichosas y vagas de la infancia; á tal punto, que puede decirse que son al mismo tiempo el pueblo mas incrédulo, y el mas sencillamente crédulo y preocupado de la tierra. Los absurdos que allí se admiten, aun por la parte elevada de la sociedad, provocarian la risa mas cordial entre los pueblos menos cultos de la América española, tan llenos de supersticiones, como pródigos é indolentes ante las riquezas, cuya necesidad desconocen.

Vamos á hablar de un hecho que ha llamado y llama la atencion en la actualidad, á causa del proselitismo que está desarrollando, no obstante la burla y el desprecio con que la prensa lo ha perseguido desde su obscuro nacimiento. Nos referimos á los *círculos espirituales*.

Estos círculos los constituye una ó mas personas, generalmente de una clase inferior de la sociedad, que se dan el nombre de *Medios* (medium), porque se atribuyen la facultad de evocar los espíritus de los que fueron, traerlos y formar un cónclave, á donde concurren todos los que quieren ponerse en comunicacion con ellos por la intervencion de los iniciados, constituyéndose de este modo el círculo espiritualista. Esta absurda preocupacion tuvo su orígen hará como dos años en el Estado de Nueva York, en la ciudad de Rochester, en donde vivian unas pobres mugeres, que dijeron haber sido inspiradas, y haber recibido la mision de poner en comunicacion directa á este mundo con el otro. Como prueba de su mision señalaban ciertos golpes que se oian en las paredes y en los muebles de la casa en que se albergaban, sin que nadie pudiese darse cuenta de la causa que los producia. Pero las iniciadas sostenian que era el medio de que se valian los espíritus para comunicarles sus respuestas negándose á golpear cuando no querian responder á la persona que iba á interrogarlos. De aquí es que tambien se da á esta nueva secta, que ya podemos calificar con tal nombre, el de *espiritual knockings* (los toques espirituales).

Estos círculos se encuentran hoy establecidos en todas las ciudades de la Union, y es ya muy considerable el número de las personas que creen en su origen espiritual, y que van á ellos á conversar con sus antepasados, con sus hijos y amigos, á turbar el reposo del venerable Washington, y aun á evocar las sombras de Aristóteles y Platon, para re-

cibir contestaciones ridículas, casi siempre destituidas de sentido racional; á pesar de lo cual corren y se aceptan como manifestaciones de aquellas almas privilegiadas, que al fin de tantos siglos han obtenido permiso de intervenir otra vez en los asuntos de esta vida.

Al principio solo se vió en esta invencion una especulacion ingeniosa para esplotar á los tontos, á quienes se cobraba un duro por cada rato de conversacion con los habitantes de las tumbas. Mas pronto comenzaron á conocerse sus funestos efectos sobre los cerebros débiles, que incapaces de esplicarse la razon de un fenómeno que no conocen, pierden la poca ó mucha que les ha cabido en suerte, y van á pasar el resto de sus dias en la casa de locos y recogidos, cuando no quedan reducidos á la imbecilidad con sus familias. El aumento de recogidos que ha habido en estos tiempos en aquellos asilos por esta causa, ha sido objeto de discusion pública en todos los Estados de la Confederacion, y ya se cree indispensable abandonar las armas del ridículo con que se habia combatido la necia credulidad de los nuevos sectarios, y apelar á las autoridades para que se persiga y castigue á los llamados *medios*, como vagos y malentretenidos.

Entre tanto el número de estos sigue aumentándose. Los hay ya en California, en Inglaterra y en los Estados-Unidos; se encuentran recorriendo las poblaciones y especulando en todas partes, hasta á bordo de los vapores, con sus toques espirituales. Pero al mismo tiempo, otros de la cofradia, mas audaces, no satisfechos con las escasas propinas de los curiosos y crédulos, trataron de aplicar la ridícula invencion á mas altas empresas, demostrando hasta la última evidencia la mala fé y la corrupcion de los que la practican.

Hace algunos meses, una muger vulgar logró persuadir á un habitante rico de Rochester de que debia establecer un banco de depósito y descuento bajo la direccion de los espíritus de los generales Washington y Hamilton, que serian por su medio consultados para todas las operaciones. La muger estaba en combinacion con otros *medios*, los cuales fueron nombrados por consiguiente dependientes del banco espiritualista. Abrióse este, pusiéronse en circulacion los billetes, se dió principio á los negocios, y no obstante que Washington y Hamilton eran consultados antes de celebrarse las transacciones mas sencillas, á los pocos dias se notó algun desfalco, y habiendo avisado los directores espirituales por medio de la muger, que iban á ser robadas las cajas del banco, los empleados en él, que eran sus confabulados, resolvieron esconder el dinero. Quebró por consiguiente el establecimiento, habiendo alcanzado apenas los bienes del crédulo banquero para pagar una parte de los compromisos contraidos bajo su firma. Quedó pues en la miseria, y lo que es peor, perdió con sus bienes la razon, y hoy se encuentra en una casa de locos, habiendo dejado sumida en la desesperacion á una familia respetable. Algunos de sus verdugos fueron presos; mas hasta ahora no se ha probado legalmente su crímen.

Este suceso fue discutido entonces y registrado en todos los periódicos, para ilustrar á la opinion é impedir la repeticion de otros semejantes; y sin embargo, en estos últimos dias, en la inmediacion de Nueva-York, en Brooklyn ciudad de cerca de 100,000 almas, acaba de perpetrarse otro crímen semejante, cuyas consecuencias no han sido menos dolorosas.

Mr. George Doughty, agricultor de Flushíng, casado, con tres hijos y nietos, dueño de una fortuna de 30,000 duros en propiedades, entró en el círculo de una tal M. French, y á poco comenzó á manifestar síntomas alarmantes de enagenacion mental. Aquella muger y sus confabulados lograron persuadirle de que estaba en comunicacion con el alma de un hermano suyo, que habia muerto diez años antes, á quien él habia querido tiernamente. Su deleite era pasar largas horas en conversacion con él por medio de M. French, la cual escribia á veces las contestaciones del espíritu en presencia de M. Doughty, persuadiéndole de que el alma del difunto dirigia su mano. La fascinacion del crédulo agricultor llegó hasta el punto de sostener que aunque él veia escribir á M. French, la forma de la letra era la de su hermano, bien diferente de la de aquella cuando escribia por su mano. En una de estas comunicaciones espirituales, el espíritu de su hermano le ordenó que prestase

5,000 duros á la misma M. French, lo cual cumplió en el acto Mr. Doughty hipotecando varias de sus propiedades para conseguir el dinero. Poco tiempo despues, recibió otra comunicacion, en la que su hermano le ordenó por medio de M. French, que comprase una patente de invencion para dorar el hierro, la cual se ofrecia en venta por 8,000 duros. El poseedor de esta patente era uno de los cómplices de Mr. French, que queria deshacerse de ella porque no valia nada, como despues se demostró, y Mr. Doughty hizo otro nuevo sacrificio para entregar los 8,000 duros. Ultimamente trató hasta de adoptar á M. French, muger de 35 á 40 años, que habia adquirido un completo ascendiente sobre el ya lelo Mr. Doughty.

La familia de este y sus amigos habian descubierto la trama infernal de que era víctima; mas, cosa estraña, no encontraban en la legislacion del pais ningun recurso legal para salvarlo. Fue preciso aguardar hasta que Mr. Doughty perdiese enteramente la razon, viéndose obligados entonces á mandarlo á la casa de locos. En seguida se presentaron pidiendo una declaratoria legal de su estado y una investigacion de los hechos referidos, con cuyo fin se constituyó el tribunal con 24 jurados en el asilo de locos, y abrió una inquisicion formal, de la cual resultó plenamente comprobada la infame espoliacion, y el estado de completa locura en que se encontraba la víctima.

El jurado mandó en consecuencia dividir sus propiedades entre su muger y sus descendientes, los cuales alcanzarán bien poca cosa despues de la liquidacion que debe practicarse para pagar las cantidades entregadas á M. French. Esta, luego que supo que el asunto habia caido en manos de la justicia, desapareció del Estado, y se sabe que se ha dirigido al Sur con sus compañeros. Hasta ahora no ha sido posible aprehenderlos.

Hace pocas semanas que un impresor, honrado padre de familia de Nueva-York, habiendo entrado en un círculo espiritualista, principió á tener conferencias con una hija que se le habia muerto hacia algunos meses, y muy luego comenzó á perder la razon. Tales eran las descripciones que los espíritus le hacian de la felicidad que gozaban en la otra vida; pues es preciso advertir que hasta ahora no se ha oido de ninguno que se queje de haber salido de este valle de lágrimas, que tomó la resolucion de irse cuanto antes á participar de las celestes delicias, y con este fin se suicidó, dejándolo asi declarado en una carta de despedida á su esposa y sus tiernos hijos.

Por último, en este momento llega á nuestras manos un periódico de Illinois, en el cual, despues de referirse un suceso semejante al de Mr. Doughty, que acababa de ocurrir en el condado de Macoupin, dice que con él se completan cinco casos de locura acaecidos en solo aquel condado en el espacio de cuatro ó cinco meses, pagando caramente las víctimas del sacrílego espiritualismo su credulidad, en la casa de locos del Estado.

Hasta ahora, sin embargo, ninguna medida se habia dictado contra secta tan perniciosa, la cual sigue esplotando á los crédulos, profanando la memoria de los que fueron, y enviando á las casas de locos un número alarmante de desgraciados. Se ve además por lo narrado, que no solo la clase ignorante está espuesta á la enfermedad espiritualista, sino que ha alcanzado á clases mas altas, contándose entre sus víctimas hasta el juez Edmond, uno de los jurisconsultos mas respetables del estado de Nueva-York, que fue separado hace poco tiempo del alto destino que ocupaba en el tribunal superior, y poco despues conducido á la casa de dementes por esta misma causa.

¿Es creible que tales cosas sucedan en los Estados-Unidos, pais en que mas que en otro alguno está generalizada la ilustracion?

Si sucesos semejantes ocurriesen en paises españoles, ellos solos bastarian para que se les calificase de fanáticos, ignorantes y sacrílegos; mas como acontecen en los Estados-Unidos, sin dejar de tener su origen en la ignorancia, el fanatismo y la profanacion, apenas se dirá de ellos que son el pais de las paradojas.

E. H.

Á MÁLAGA.

SONETO.

Cuán dulce y grato al corazon sería,
Málaga hermosa, recordar tu suelo,
Tu ardiente sol y tu risueño cielo,
Y de tu vega la arboleda umbria;
De tu sereno mar el honda fria,
El que te cruza tímido arroyuelo,
Y tus noches de amor, que en blanco velo
Escondida la luna protegia:
Si olvidar fuese dado á la memoria,
Con las horas de plácida ventura,
De mi pasion la desdichada historia;
Si al olvido pudiese dar el alma,
A la ingrata muger, cuya hermosura
Alli en tu suelo me robó la calma.

RAFAEL DE MEDINA.

Cádiz.—1853.

ESTUDIOS FISIOLÓGICOS.

DEL VERDADERO ORIGEN DE LOS GESTOS.

Cual es el verdadero origen de los gestos, es una cuestion que se han propuesto todos los que han tratado del lenguage de accion, ora bajo el punto de vista filosófico, ora bajo el punto de vista artístico. Sin embargo, no han podido resolverla completamente, y encontrar la causa del enlace íntimo é inmediato que existe entre las funciones interiores y los signos esteriores.

Hay en nosotros, dice Engel en su excelente tratado sobre la mímica, un cierto no sé qué, que preside al juego de nuestros miembros y que arregla los gestos convenientes á cada situacion del alma. Segun que un objeto nos agrada ó nos repugna, segun las ideas placenteras ó desagradables que nos hace concebir, asi procuramos acercarnos á él ó rechazarlo; jamas los movimientos dejan de ser convenientes y espresivos.

Gall por su parte ha tratado de investigar si su sistema era capaz de dar alguna luz sobre la causa de los fenómenos mímicos. En efecto, siendo el cerebro el origen de todos los sentimientos, de todas las afecciones y de todas las pasiones, su manifestacion debe depender únicamente de este órgano y modificarse por su medio.

El cerebro está ademas en relacion con los instrumentos de todos los sentidos, y con los de los movimientos voluntarios.

Dominando, pues, los sentidos, los músculos, y por consecuencia las estremidades, pone en accion cada una de las partes, y les señala los movimientos que deben hacer y la posicion que deben adoptar.

Los diferentes órganos cerebrales estan situados en regiones diferentes.

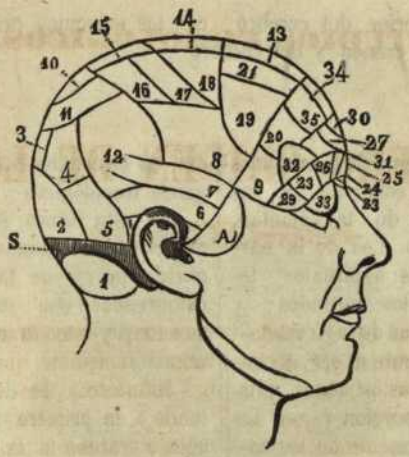
La accion del cerebro, segun que tal ó cual órgano es activo, debe, pues, partir tambien de diferentes regiones.

Cada uno de los órganos cerebrales se adapta de una manera que le es mas peculiar, y conforme á su situacion, los instrumentos de los sentidos, los músculos y las estremidades.

Cada órgano espresa su accion por un juego de pantomima particular.

Luego este juego de pantomima es el lenguage propio del órgano que obra, y revela no solamente la naturaleza del sentimiento, de la idea, de la afeccion, de la pasion, sino tambien el lugar que ocupa el órgano que dirige aquellos movimientos. Para no complicar demasiado el problema, y para que puedan nuestros lectores seguirnos con mas facilidad, no daremos los principios generales de la manifestacion exterior de la accion de los órganos que Gall ha llegado á reconocer. Nos limitaremos á estudiar las señales por las cuales el predominio de las diferentes facultades se revela en el porte y en el aspecto de cada individuo. Sus interesantes observaciones deben formar la base de la teoria sobre el arte de la pantomima.

La siguiente figura representa la topografia de la cabeza, segun el sistema frenológico del doctor Spurzheim.

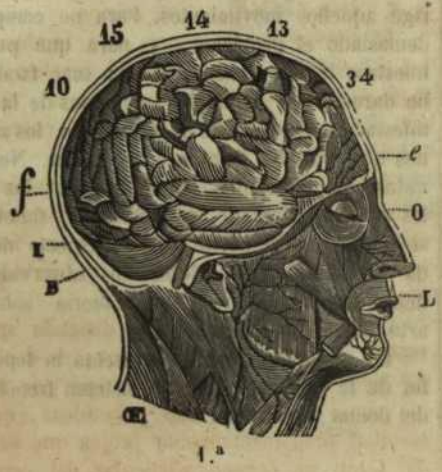


Topografía de la cabeza segun Spurzheim.

INCLINACIONES. 1 Amatividad; 2 Filogenitura; 3 Habitatividad; 4 Afeccionividad; 5 Combatividad; 6 Drestructividad; 7 Secretividad; 8 Adquisividad; 9 Constructividad.—SENTIMIENTOS. 10 Estima de sí mismo; 11 Aprobatividad; 12 Circunspeccion; 13 Benevolencia; 14 Veneracion; 15 Firmeza; 16 Justicia; 17 Esperanza; 18 Maravillosidad; 19 Idealidad; 20 Causticidad; 21 Imitacion.—FACULTADES INTELECTUALES PERCEPTIVAS. 22 Individualidad; 23 Configuracion; 24 Estension; 25 Perantez; 26 Colorido; 27 Localidad; 28 Cálculo; 29 Orden; 30 Eventualidad; 31 Tiempo; 32 Tonos; 33 Lenguage; 34 Comparacion; 35 Casualidad.

La localizacion de las facultades difiere de la de Gall. Bastante generalmente se ignora que el estudio topográfico de las circonvoluciones del cerebro, es el que ha inducido al doctor Spurzheim á circunscribir de otra manera que Gall, los órganos que el fundador de la ciencia ha descubierto.

A continuacion ponemos el diseño que representa un corte vertical de la cabeza, á fin de hacer ver la direccion de estas circonvoluciones, como tambien las relaciones del cerebro y del cerebelo *b* con el cráneo *i* y la piel cabelluda que lo cubre *f*.



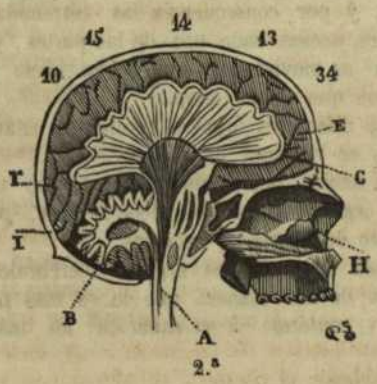


Figura 1.ª=Parte esterior del cerebro, con los músculos principales del rostro.
Figura 2.ª=Corte del cráneo y del cerebro.

La primera figura presenta los músculos del rostro. Estos músculos como los de los miembros, son los servidores de la voluntad, cuyo principio es el cerebro. Los de la parte superior en sus funciones habituales, levantan las pestañas, abren los párpados, y arrugan transversalmente la piel de la frente. El orbicular *o* protege especialmente el ojo, y contribuye á la espresion de las pasiones profundas; los músculos de la porcion *l* son los que participan mas particularmente de los movimientos de la boca; los músculos de la parte inferior *æ* se relacionan particularmente al cuello.

La segunda figura representa un corte del cráneo y del cerebro.

Vese en ella distintamente la disposicion en forma de radios de las fibras cerebrales; estas fibras, llegadas á la periferie, se extienden en circonvoluciones que constituyen los órganos frenológicos.

En esta figura solo se han señalado con números los órganos que tienen asiento en la parte superior de la cabeza, á fin de hacer comprender con mas facilidad la conexion que existe entre la mímica y el asiento de los órganos.

Respecto á los demas órganos nos remitimos á la primera figura, que segun Spurzheim, representa la topografia de todas las facultades.

El cerebro, asiento de todas las percepciones de que tenemos la conciencia, se encuentra con la ayuda de hilos nerviosos, representados en el rostro, en comunicacion con los órganos distintos y los músculos sometidos á la influencia de la voluntad. Otros nervios los ponen tambien en relacion con las víscе-

ras la de vida orgánica.

De esta disposicion resulta que en el instante en que una facultad entra en accion, la acompañan señales esternas si la voluntad no viene á reprimirlas. Tan pronto es una contraccion de los músculos, como una actitud particular.

El órgano cuya enérgica actividad determina la benevolencia está en la parte anterior de la cabeza; debe, pues, dirigirse hácia el objeto de su accion é imprimir á la cabeza un movimiento adelante.

El órgano de la veneracion está en la cúspide de la cabeza; su accion lleva al cuerpo y á la cabeza adelante y á lo alto.

Hallándose el órgano de la altivez, del amor propio, en la parte posterior y superior de la cabeza, en su accion enérgica hace levantar esta y echarla algo atras.

La firmeza se asienta inmediata á la cúspide de la cabeza; asi, pues, cuando obra enérgicamente debe tener la cabeza y el cuerpo elevados en una actitud perpendicular; en efecto, desde el momento en que se toma la firme resolucion de no ceder, se endereza verticalmente el cuerpo, se afirma uno sobre las piernas, y con el cuello se dispone á arrostrar todos los obstáculos.

Pero si en lugar de un acto de firmeza obedecemos á una incitacion de corage, como este órgano tiene su sitio en la parte inferior del cerebro por detras de la oreja, entonces la cabeza se inclina hácia atras, y como que se oculta entre los hombros. Al contrario el poltron se rasca detras de la oreja para excitar el órgano del corage.

El órgano de la astucia está tambien situado en la parte inferior del cerebro, pero delante y algo encima de la oreja; cuando está en actividad, la cabeza y el cuerpo se inclinan algo adelante.

Se conoce la mímica de la meditacion por complexa que sea; siempre los movimientos tanto de la cabeza como de la mano indican que la aplicacion, que la atencion fuerte tienen lugar en la region frontal.

Concluiremos estas líneas diciendo que el talento de imitacion, la mímica, es decir, la facultad de traducir con exactitud por medio de gestos los sentimientos y las ideas, es una facultad fundamentalmente propia que se funda sobre un órgano particular del cerebro.

S. C.

LA ABADIA DE BATTLE.

(**Fragmento de un libro de viajes.**)

Ya habia gozado en Lóndres de todos los placeres que la alta sociedad inglesa proporciona á sus adeptos. Empezaba á desear la continuacion de mi viaje, cuando mi obsequioso amigo me brindó con una fiesta campestre, con una especialidad nacional, nada menos que con una corrida de zorras. Aunque soy tan buen ginete como el mejor *Sportman* del *Jockey club*, pues me he educado sobre el caballo, á la manera de los tártaros, cabalgando por las inmensas sábanas de la isla de Cuba, sin embargo, la perspectiva de una diversion, en que iba á correr peligros y lances desconocidos, no me era muy agradable. Siempre me ha gustado tomar parte en los ejercicios que entiendo, y he creido asimismo que hacer reir á las damas en el espectáculo de la torpeza de un estrangero, no es el papel mas envidiable. Con todo, mi amigo dejó escapar una palabra que resolvió todas mis indecisiones. La partida debia tener lugar en el condado de Sussex, donde poseía magníficas fincas, y yo le habia oido decir con frecuencia que inmediato á ellas estaba el sitio en que se habia dado la batalla de Hastings, entre el Rey Haroldo y Guillermo de Normandía. Este último habia mandado edificar allí una abadía, cuyas ruinas aun permanecen.

He cifrado uno de mis mayores placeres en visitar los lugares en que han pasado célebres acontecimientos. Allí, á la vista del terreno, y con la historia del suceso en la mano, me formo las mas estrañas ilusiones; me figuro estar presenciando aquellas muertas escenas, todo cobra para mí nueva vida, y aun creo que se me aparecen las sombras de los que ya no existen. Así fue que me precipité á aceptar el convite, y poseido por la idea que me dominaba, en lugar de ir á las cuadras y armerias á proveerme de caballos y utensilios de caza, corrí á las bibliotecas, y surtido de buen número de crónicas apolilladas y flamantes historias, me puse en camino, junto con varios compañeros.

Muchos y muy divertidos nos estaban aguardando ya en el castillo; los mas apuestos caballeros, las mas hermosas señoras de un pais donde hay tantas hermosuras perfectas, los trenes mas soberbios, los manjares mas suculentos, los mas esquisitos vinos, y una música escogida, se habian reunido bajo aquellos artesones, para dar á un salvaje de los bosques americanos una idea de la magnificencia inglesa y del esplendor de aquellos campos, donde, sin embargo, yo buscaba la mano de Dios y solo hallaba la del hombre.

No es mi ánimo consignar en este artículo todas las peripecias y particularidades de la batida; en otro de mis apuntes las he descrito con toda minuciosidad. Baste decir que

el mismo dia que llegamos, estando ya examinando todos los sotos y paranzas; nos lanzamos á caballo por aquellos montes con calles, saltamos cercas y fosos, se perniquebraron algunos corceles, cayeron algunas señoras, proporcionando á sus escuderos la gloria de recibirlas en sus brazos, y yo tuve la satisfaccion, gracias á mis recuerdos cubanos, gracias á los *Santiagos y vaquerias*, de adelantarme á todos los cazadores y rendir á latigazos la primera zorra que se me presentó. Chasco soberano se llevaron los que me tenian preparados sus bromazos para la comida y baile con que finalizó aquella jornada.

Al amanecer del siguiente dia no era ya dueño de mi impaciencia; toda la noche me la habia pasado en delirios fantásticos: habia soñado que corria una zorra junto con el buen Rey Haroldo, y que este habia caido de cabeza al saltar un foso. Por último, antes de que despertasen los dormidos compañeros, dejé el mullido lecho, y apoderándome de mis mamotretos y de un cuchillo de monte, me resolví á salir, á la ventura y sin guia, á buscar el teatro de aquella sangrienta tragedia. En iguales casos siempre he preferido la soledad; ningun importuno puede distraerme de mis meditaciones, y cuando por mis propios esfuerzos he logrado encontrar el objeto de mis investigaciones, la aventura toma á mis ojos un aspecto romancesco.

Dirijíme hácia la costa del mar, y despues de varias correrías en todas direcciones, subí por último á un cerro, y allí, de repente, me encontré con una grandiosa ruina á corta distancia de una aldea. Ya había salido el sol, y sus rayos ilúminaban un paisage sumamente pintoresco. Por un lado, los bosques frondosos que acababa de atravesar, donde las aves saludaban con sus cantos la luz del nuevo dia; al otro, el espacio azul del mar que reverberaba tranquilamente como un inmenso lago de zafiros y brillantes; por todas partes un semillero de colinas perfectamente cultivadas, cuyas vagas humaredas se confundian con las de la aldea, ya mas perceptibles por la cercania, y en medio de todo, dominando aquella escena, como un gigante moribundo, la inmensa y deforme ruina que tenia á la vista.

Bajo de un árbol estaba sentado un pastor que apacentaba unas vacas y ovejas en la pradera que servía de plazuela al edificio. Me acerqué á él y le pregunté dónde me hallaba, y qué significaba aquella ruina.—«Esa ruina, señor, me contestó, es un convento viejo, cuyo nombre ignoro, y la aldea que usted vé allá abajo es la aldea de Battle.» Esta palabra me puso en el camino de mis investigaciones; efectivamente, «Battle» quiere decir «batalla,» y el lugar donde se habia dado una de las mas célebres, era el que yo iba buscando. ¡Estraña inconsecuencia de las cosas humanas! Un conquistador ambicioso invade sin motivo un pais tranquilo, y hace sucumbir á un rey noble y valiente que defendia su patria y su corona; el vencedor orgulloso erige un monumento á su victoria, accion de gracias para con un Dios que tambien invocaban los vencidos, y el tiempo, paseando despues su huella destructora sobre aquel trofeo impio y sangriento, confunde en el polvo su vanidad, y muestra la nada de las glorias del mundo; porque de ella no deja mas restos que una palabra fugaz y un monton de piedras amarillentas. Un pastor las muestra al viagero con su agrado, y dice estúpidamente: «No sé lo que significan; pero aquella aldea se llama Battle.» ¡Que elocuencia en estas palabras tan sencillas y casuales! [illegible] reció el recuerdo de la gloria; [illegible] espresion de la barbarie, el [illegible] ror y del crímen!

Como el pastor no po[illegible] datos sobre aquellos lu[illegible] me de las descripcione[illegible] res, le volví á pregun[illegible] bria alguna persona que [illegible] destino é historia de aq[illegible] ces me aseguró que la ruina es[illegible] da, que podia entrar con toda franqueza, y que hallaria todo lo que deseaba. No me engañó. Atravesé un vasto cuadrángulo y en uno de sus lados ví una casa, á cuyas puertas llamé. Introdujéronme con un venerable anciano, que me recibió atentamente, y no bien le espuse el objeto de mi demanda, cuando levantándose con cierta solemnidad me dijo: «No se equivoca usted, caballero. Esta es la abadía de Battle. Está usted pisando la sangre mezclada de los normandos y sajo-

nes. Aquí se dió la batalla de Hastings. Tomó en seguida su sombrero, y se ofreció con mucha amabilidad á servirme de *cicerone* por aquellas ruinas.

Poco menos de una milla ocupan en circunferencia, y no obstante, solo existe un fragmento de la iglesia, siendo imposible trazar su forma ni su estension; pero aun se ven en pie algunos arcos de los cláustros, y un salon de cerca de ciento cincuenta pies de largo, al cual se ha dado el nombre de Refectorio. Tambien quedan los restos de otro edificio separado del anterior. Parece una espaciosa sala de mas de ciento sesenta pies de largo y todavia adornan sus muros diez y ocho ventanas. Generalmente se cree que estaba destinada para las solemnes sesiones ó capítulos de la órden. La cocina se distingue perfectamente, y como es muy grande, nos hizo suponer que los buenos monges no se descuidaban en los medios de sostener la vida, pues contamos nada menos que los escombros de cinco enormes fogones. Pero la parte de ruinas que atrajo mas mi atencion y me sorprendió mas, fue la gran puerta de entrada del cuadrángulo ó patio, que atravesé por otro lado, al internarme por primera vez en las ruinas. Su arquitectura maciza y gigantesca se [illegible]buye al reinado de Enrique VI, y con sus [illegible]rallas almenadas ofrece un aspecto [illegible]

[illegible] hacía notar y me lo es- [illegible]mpañero. Jamás he ha- [illegible] mis escursiones. Aquel [illegible]cho talento y de una [illegible], poseía al mismo tiem- [illegible]iento del mundo. Respe- [illegible]o me arrancaba á mis [illegible], y cuando mis preguntas exigian de él una respuesta, daba siempre la mas adecuada, y me presentaba las cosas bajo un aspecto de vista tan claro, que no me era forzoso pedirle nuevas esplicaciones. No moralizaba jamás, y aunque el lugar, los escombros, su edad, todo, contribuia á sumir el pensamiento en la contemplacion de profundas máximas, no adelantaba una siquiera, dejaba hablar á las ruinas.

El me hacía la historia de aquella derruida y en otro tiempo espléndida fundacion religiosa. «Esta es, me decía, la Abadía de Battle (Abbatia de Bello), que empezó á edificar Guillermo el Conquistador al año siguiente de la batalla de Hastings, en cumplimiento de un voto que hizo durante el calor de la pelea. Empero, no le cupo el placer de verla concluida, pues murió á poco tiempo, y hasta veinte y siete años despues no logró darle fin y remate su inmediato sucesor Guillermo el Rojo. Está situada en el mismo lugar que presenció aquel memorable hecho de armas, tanto, que se asegura que el altar mayor se hallaba colocado en el mismo sitio en que cayó el cadáver de Haroldo, aunque parece mas probable que el sitio fuese aquel en que, al principio de la batalla se levantó el estandarte real de los sajones. Ademas de los ricos feudos con que se dotó la abadía para el sostenimiento de sus numerosos monges, se le concedieron todos los mas amplios privilegios. Puede formarse una idea de ellos al saber que el abad tenia la singular prerogativa de perdonar cualquier reo que encontrase á su paso. Llevaba tambien la mitra, y asistia á las sesiones del Parlamento, mientras duró la religion apostólica. Estas riquezas, privilegios y prerogativas, fueron aumentándose con el transcurso del tiempo, desde el Conquistador hasta Enrique IV, por las innumerables cartas que se conservan en favor de este monasterio. El último abad fue Juan Hamond, que elegido en 1529, entregó la corona en 1538, retirándose con una pension de sesenta y seis libras esterlinas. Desde entonces el edificio ha pasado á diversos propietarios, que lo han derribado y variado á su capricho; pero el tiempo, mas poderoso que ellos, los ha ido sumiendo á todos, á dueños y á propietarios, en una misma tumba, y quien sabe la suerte que le espera á esa misma reforma que se ha entronizado sobre tantos escombros?»

Asi habló aquel anciano. Yo entretanto, olvidado de su presencia sin admirarme de su vasta erudicion y tenaz memoria, habia dejado vagar mi imaginacion por el campo de los recuerdos. Como de ordinario me acontece, me habia indentificado con aquellas remotas épocas. Las ruinas habian recobrado su primitivo esplendor; las molduras, las ojivas con sus vidrios de cien colores, se luminaban

á los rayos del sol. Volvia la vida á animar aquellos desiertos cláustros; monges venerables y pensativos los recorrían silenciosamente, atraidos por el sonido quejumbroso de la campana. Se oian sus voces en el coro elevarse á la bóveda del cielo; el órgano despedia sus melancólicas notas al través de los valles y colinas, y los reyes victoriosos venian de rodillas á depositar sus ofrendas en el altar. Cuando las palabras de mi guia me sacaron de mi abstraccion, se refirió él á los cambios de la reforma, y aquella profecía que se desprendió de sus labios, me hizo recordar que la religion que habia proscrito aquel monumento, era la misma del Crucificado, la misma bajo cuyo lábaro combatía en Hastings su fundador. ¡Qué desengaño tan amargo para las sinceras creencias! ¡Qué leccion para la vana gloria! ¿Por qué han de querer los hombres penetrar los misterios del cielo?

Me despedí de mi compañero, tributándole afectuosas gracias, y al salir de la abadia, antes de retirarme, quise volver á contemplar despacio la escena que se desplegaba á mis ojos. ¿Y es cierto, dije para mí, que en estas alturas, ahora tan tranquilas y solitarias, se desplegó un dia un ejército de mas de cien mil hombres, resonó el crugir de las armas mezclado con los alaridos de los combatientes y el relincho de los caballos, atronaron el aire los bélicos clarines, levantándose en nubes el polvo de debajo de las plantas, robando la claridad del sol y la vista del irritado cielo? ¿Es cierto que aquí se decidió la suerte de un pueblo en uno de los períodos mas interesantes de su historia? ¡Ah! Yo debí haber venido á visitar estos sitios en la noche silenciosa, á la luz incierta de la primera luna. La demasiada luz impide al alma volar por los espacios de la fantasía, las sombras son el dominio de la imaginacion. Para suplir el defecto de esta, para recobrar las impresiones que me robaba el fulgoroso rayo del dia, me senté debajo de un copudo fresno, y abriendo la historia biográfica de Inglaterra, por Jorge Gofredo Cunningham, leí en tono elevado y solemne este pasage, tratando de empapar mi vista en el color opaco de las letras, y de apagar con mi voz los apacibles ruidos de la naturaleza, opuestos al caracter sombrío y turbulento de mis sensaciones. Entonces pudieron revelárseme las gigantescas figuras de la antigüedad.

«El dia 28 de Setiembre de 1066 desembarcó Guillermo de Normandía en Pevensey á la cabeza de un poderoso ejército con que aspiraba á apoderarse del trono de la Gran Bretaña. No encontró obstáculos al principio; porque Haroldo se hallaba en la costa del norte, donde acababa de alcanzar una gran victoria contra otros invasores estrangeros, los noruegos, capitaneados por su mismo Rey, que pereció en la batalla. El conquistador apenas echó en tierra sus tropas; principió á levantar un fuerte en la ribera, y quemó sus bajeles, que eran mas de novecientos, capaces de conducir cincuenta ó sesenta hombres cada uno. Presentóse á poco Haroldo dispuesto á rechazar la invasion de sus dominios, y los dos ejércitos se encontraron por fin el 14 de Octubre, dia natalicio del Rey de Inglaterra. Haroldo se apoderó con presteza de la eminencia ocupada ahora por la aldea de Battle, y su adversario tomó posesion en otro punto elevado que á corta distancia se divisaba hácia el Sur.

«Como á las nueve de la mañana empezó á moverse el ejército normando, atravesó el intervalo que separa las dos alturas, y pretendió subir poco á poco la colina en que estaban apostados los ingleses. La bandera de San Pedro, cual un presajio de victoria, marchaba á la vanguardia llevada por Tons[illegible] el Hermoso, que habia disputado [illegible] rones aquel peligroso ho[illegible] avanzar lentamente, [illegible] cera division, prorum[illegible] ciones de una cólera de[illegible] go, como tenia la ventaja [illegible] guró sus flancos por medio [illegible] solvió permanecer á la defensiva [illegible] do choque con la caballería en que se reconocía inferior. Las tropas del condado de Kent se colocaron al frente de la batalla; era este un privilegio que no dejaban de reclamar en todas las ocasiones. Las de Lóndres gozaban del honor de custodiar la persona real, y se estacionaron al rededor del estandarte. El mismo Rey á pie se puso á la cabeza de la infanteria, resuelto á vencer ó morir en la pelea. Los normandos corrieron á la carga, lanzando su grito de guerra: «¡Dios es nuestro amparo!»

á que contestaron los sajones con los alaridos de: «La Cruz de Cristo! ¡La Santa Cruz!»

«Pronto se hizo general el combate, y encarnizóse con la mayor furia. Adelantándose los arqueros normandos, dispararon sus dardos con buen éxito; pero fueron recibidos con igual valor por los ingleses, que conservaron sus posiciones. Despues de la primera lluvia de flechas, volvieron los invasores al ataque con picas y lanzas, y de nuevo se vieron obligados á retirarse, sin haber podido imponer á sus adversarios. Continuaba la batalla con desesperada obstinacion, y desde las nueve de la mañana hasta las tres de la tarde, el éxito era igualmente dudoso. Turbado y perplejo al ver sus tropas rechazadas por todas partes por una muralla inespugnable de valerosos soldados, recurrió el general normando á una estratagema. Se resolvió á arriesgar una retirada fingida, y un cuerpo de mil caballos tuvo la órden de tomar la fuga. Los crédulos ingleses, en el calor de la accion, abandonaron sus trincheras para perseguirlos, pero su temeridad recibió inmediatamente un sangriento castigo. El cuerpo principal del ejército seguia, sin embargo, defendiéndose en sus posiciones, y combatiendo Haroldo á su frente, parecia invencible en medio de los enemigos. Una flecha le traspasó un ojo poco antes de la caida del sol, y le derribó del caballo agonizando. La noticia de esta desgracia debilitó los esfuerzos de sus [illegible] furiosa carga dada por los [illegible] de aumentar la confusion [illegible] bia ocasionado. En va- [illegible] y los sajones del Es- [illegible] un corto espacio de [illegible] ndera inglesa cayó por tier- [illegible] papales levantados en su lugar, [illegible] ron que Guillermo de Normandia era el vencedor.

«Ya el dia iba tocando á su término, pero era tal la obstinacion de los vencidos que continuaron la lucha mucho despues de entrada la noche. La matanza fue horrorosa. Por parte de los vencedores entraron en batalla cerca de sesenta mil hombres, y quedaron en el campo mas de quince mil cadáveres. El número de los ingleses y su pérdida no han podido fijarse. La vanidad de los normandos ha ecsagerado el ejército enemigo mas allá de los límites de la verosimilitud; pero los escritores nacionales lo reducen á un puñado de bizarros guerreros. Los historiadores de ambos partidos convienen en que con Haroldo y sus hermanos pereció toda la nobleza del sur de Inglaterra.»

Cuando llegué á esta frase, me levanté involuntariamente, y cerrando el libro, dirigi una mirada de compasion y horror sobre aquellos funestos lugares. Todo contrastaba con la tenebrosidad y amargura de mis pensamientos. El sol en la mitad de su carrera derramaba torrentes de luz sobre un espléndido paisage. Los bosques parecian mas verdes y mas frescos, y las aves abrigadas en las ramas de los árboles ensayaban nuevos y mas melodiosos gorgeos al rumor de las límpidas corrientes; el mar siempre tranquilo mecia muellemente en sus olas las barquillas de los pescadores, y millones de insectos cruzando ligeros por el aire lo poblaban de los mas brillantes colores, y adormecian los sentidos con un zumbido armónico y misterioso.... Entonces pensé que las locuras de los hombres no alteran á la naturaleza en su eterno curso, que ella se apresura á borrar las huellas de sus furores, y que la memoria no es un funesto don del cielo, si sabemos aprovecharnos de las lecciones del pasado. Abismado en mis reflecciones, me volví lentamente al castillo.

C. M. de Céspedes.

FANTASIA LITERARIA.

LA CAMA NEGRA.

Por los años de 1296 y bajo el episcopado de Guillermo de Hainaut habia en los alrededores de Cambray una castellanía que se llamaba el condado de Esnes. Toda la noble familia á que pertenecia habia acompañado á la cruzada al Rey Luis de Francia. El viejo conde no habia pues dudado llevar consigo á su hijo mayor Buridan y al segundo Guillermo, dejando bajo la sola proteccion de Dios á sus dos nueras, madre cada una de un niño; el digno caballero solo sentia que los jóvenes señores no tuviesen la fuerza necesaria para sostener una espada, pues en este caso tambien los hubiera llevado á la Tierra Santa para que ayudasen á conquistar el sepulcro del Redentor del Mundo.

El hijo de Buridan se llamaba Juan, y el hijo de Guillermo René. Al cabo de dos años murió este último.

Ya tengo dos hijos, dijo con su dulce voz la muger de Buridan tomando en sus brazos al huerfanito.

Muchos otros años transcurrieron antes que la castellana oyese hablar de su suegro el conde, de su hijo el vizconde, y de su cuñado Guillermo. Los unos decian que habian perdido la vida, los otros que los infieles los retenian esclavos. Mas sea de esto lo que se quiera, la digna y virtuosa señora vivia en el retiro, y defendia sus dominios contra las agresiones de los felones, que no sabian cuan animosa era aquella muger que conceptuaban como una viuda débil y sin defensa. Finalmente, pasaba su vida en educar á su hijo Juan y á su sobrino René en los deberes de un cristiano y en el temor de Dios.

Al cabo de ocho años oyó un dia tocar en una corneta la sonata de la casa de Esnes; mas ay! no reconoció en aquellos sonidos la espresion que sabia darles su marido el vizconde Buridan; la alegria que habia experimentado en un principio se cambió pronto en un fatal presentimiento.

Pero el mas profundo pesar se apoderó de su alma, cuando en efecto vió que volvia solo su cuñado Guillermo, y cayó desmayada.

Al volver en sí, su cuñado la sostenia en sus brazos y procuraba reanimarla. Ella abrió los ojos, y al ver que Guillermo llevaba en la cimera de su casco la corona de conde no dudó ya de su desgracia.

—Soy viuda, esclamó! y mi hijo ha quedado huérfano.

—No, dijo Guillermo; porque la voluntad de mi señor padre en el lecho de muerte, y la súplica de mi hermano cuando le recibí en mis brazos todo ensangrentado en el campo

de batalla, os ordenan que seais mi esposa, á fin que tengais en mí un protector y vuestro hijo un padre.

La castellana miró á Guillermo con indignacion.

—Mentís, le dijo, mentís! Os habeis dado demasiada prisa en robar á vuestro sobrino la corona de conde con la que tan imprudentemente adornais vuestro casco. Desgraciado! Yo he servido de madre á vuestro hijo René, mientras que vos alimentábais el desleal proyecto de perder el mio. Atras, traidor y feroz!

Guillermo repuso con sangre fria:

—Iba á pedir al santo Padre la dispensa necesaria para cumplir la voluntad de dos moribundos; pero puesto que dais tal interpretacion á mi obediencia á sus órdenes, no hablemos mas de ello! Yo mismo pondré sobre la corona de vuestro hijo Juan esta corona de conde que me echais en cara haber tomado.

Pronto se cundió el rumor de que Guillermo habia vuelto, y no tardó mucho en decirse en voz baja y con cautela que la viuda del conde Buridan habia muerto, sin que se hubiese sabido se hallase enferma, y que su hijo Juan la habia precedido algunos dias en la tumba. No dejó de notarse la estraña coincidencia de que esta doble desgracia hubiese sucedido á poco de la venida de Guillermo, coincidencia tanto mas de notar cuanto que servia maravillosamente á la fortuna de este. Sin embargo, el nuevo conde manifestó un pesar tan vivo por la muerte de su sobrino y de su cuñada, y se mantuvo tan triste durante toda su vida, que pronto se desvanecieron las sospechas, dando lugar al respeto y á la compasion; en una palabra, no se le volvió á ver la sonrisa en los labios. El aniversario de la muerte de Juan era ademas para él un dia de dolor misterioso, durante el cual se le veia vagar como un insensato y se le oia proferir palabras sin sentido.

En breve se alteró su salud, y murió cuatro años despues de su sobrino. René quedó único heredero de los grandes bienes de su familia. Solo, sin un pariente, sin una afeccion sobre la tierra, resolvió casarse, y pedir la mano de la jóven y linda condesa de Quiévy. Todos elogiaban la bondad, la piedad y la lealtad del jóven conde. Por otra parte, mas de una vez la encantadora Giselle, se habia ruborizado cuando la tocata de Esnes anunciaba á su padre la visita del conde René. En breve quedó concluido el matrimonio, para cuya celebracion se reunió toda la nobleza del pais, y en seguida una brillante cavalgata condujo á la desposada el castillo de Esnes, despidiéndose en seguida de ella.

No bien el capellan vió aproximarse á los reciendesposados cuando hizo todos los preparativos necesarios para bendecir la cámara nupcial. Pero con gran sorpresa suya vió que los cirios despedian una luz verdosa, un soplo invisible hacia vacilar la llama, y aunque estaba sereno el cielo, de repente estalló una furiosa tormenta cuando pronunció algunas oraciones y roció con agua bendita el lecho nupcial.

LA CAMA NEGRA.

Entretanto los dos jóvenes esposos arrodillados ante un Crucifijo, no prestaron atencion á aquellos presagios siniestros. Continuaron pidiendo al cielo sus bendiciones, hasta que el

silencio profundo que reynaba en torno de ellos les dió á conocer que el sacerdote y los criados se habian retirado. Levantáronse entonces; pero cuál no seria su sorpresa y su espanto al ver dos espectros que estaban en pie junto á la cama nupcial. En el primero René reconoció á su tia la condesa Buridan; el segundo era un niño que hacia esfuerzos inútiles por desembarazarse de un enorme casco de hierro con corona de conde y cuya visera lo ahogaba. En vano sus dedos ensangrentados se desgarraban contra la máscara de hierro; en vano sus pies golpeaban convulsivamente el suelo, nada podia librarlo del pesado fardo. Veiase como sus venas se hinchaban, como su cuello se ponia morado; comprendiase que se ahogaba y que agonizaba. En vez de socorrerlo, una mano armada con un guantelete daba golpes sobre el casco, y acababa de matar á la víctima. Mientras tanto, la condesa arrodillada se esforzaba en vano por socorrer al moribundo, dos malvados la detenian riéndose de su desesperacion.

Al dia siguiente cuando acudió el capellan al sonido del silvato de oro de René, halló á los esposos orando en el mismo sitio en que los habia dejado.

—Padre mio, le dijo el jóven conde, voy á conducir á mi esposa al castillo de su padre; ni ella ni yo volveremos mas al castillo de Esnes. Participad á Monseñor el Obispo de Cambray que doy en propiedad esta capellania á la Catedral de Nuestra Señora de Gracia, con la condicion de que todos los dias y perpetuamente se celebren tres misas; una por el alma de mi noble tia la condesa Buridan; la segunda por mi primo Juan su hijo, y la tercera para pedir á Dios su misericordia por el alma de mi padre.

De los bienes que cedo al cabildo de Nuestra Señora de Gracia, se apartará lo necesario para fundar y sostener una cama en el hospital de S. Julian de Cambray. Esta cama negra será trasladada á dicho hospital, y servirá á obras piadosas, con la condicion de que el enfermo que la ocupe, reze todas las noches tres veces el *De profundis*.

Mi esposa la condesa Gisella va á retirarse á la abadia de Preaux, para consagrar allí el resto de su vida al culto de Dios. Por lo que hace á mí, parto al instante para hacer una peregrinacion al Santo Sepulcro. Hago voto de ir descalzo, de desandar cada tres pasos uno, de no acercar á mis labios un bocado de carne, y de recitar de legua en legua los siete salmos Penitenciales. Ojalá que por esta penitencia pueda yo obtener el perdon de mis pecados y el de los de mi familia!

Desde entonces no se volvió á hablar del conde René de Esnes, sino para referir que cuando al cabo de quince años regresó de la Tierra Santa, se retiró á una hermita del bosque de Mormal, donde pasó el resto de sus dias entregado á la mas ruda penitencia.

Muy grandes fueron sin duda los crímenes cometidos por Guillermo de Esnes en aquella cama negra, cuando el sacrificio de su hijo y de su nuera y las penitencias que hicieron, no alcanzaron, al parecer, el perdon de Dios. Ninguna persona, pudo durante la noche acostarse en aquella cama maldita que habia visto perecer á la madre y al hijo; jamas pudo nadie descansar en ella, que al momento no fuese acometido de fantasmas y visiones infernales; y cuando se determinó arrojarla al fuego, no obstante ser uno de los mas preciosos monumentos del arte del siglo XIV, la llama se elevó como una montaña, el viento sopló terriblemente, la tierra tembló, y hasta vino á tierra con un estrépito horrible el campanario de la vieja Catedral, amenazando sepultar en sus ruinas el hospital de S. Julian.

J. C.

CIENCIAS.

DE LA COMBUSTION HUMANA ESPONTANEA.

Poco dignos de fe debieron parecer los primeros observadores de la combustion humana espontánea, cuando á pesar de tantos casos publicados, hay todavía quien dude de ella. Es de suponer que en el atraso en que han estado las ciencias hasta fines del siglo anterior, ha debido atribuirse este fenómeno á una causa sobrenatural, porque asi sucede casi siempre con todo aquello que el espíritu humano no puede comprender.

Son tan numerosas las observaciones de combustion humana, y tan distinguidos los hombres que nos las han trasmitido, que ya no es posible la duda. Basta citar entre ellos á Lecat, Vicq-d'Azir, Lair, Kopp de Hanau, Dupuytren y Marc. Pero todos no han tenido la misma opinion sobre el modo de verificarse este fenómeno. Lair, Vicq-d'Azir y Dupuytren creen que ademas de ciertas circunstancias favorables de la organizacion, es necesario el contacto del cuerpo con una materia ignea. Lecat, Kopp y Marc opinan que no es necesaria la presencia del fuego, y que la combustion puede ser producida por causas internas propias del individuo.

Hay un punto sobre el que están todos acordes, y es el de las causas predisponentes de estos incendios, las cuales dependen del estado de los sólidos y líquidos de las personas que han sido víctima de aquellos.

Segun el exámen de los casos publicados, se sabe que las personas consumidas mas ó menos completamente en estas combustiones, eran ébrias desde larga fecha, y que su cuerpo contenia mucha grasa.

Nunca el cuerpo ha llegado á incinerarse totalmente en estas combustiones; siempre han quedado algunas partes á medio quemar, ó tostadas, mientras que otras estaban consumidas ó en ceniza, y no dejando cerca de ellas por residuo sino un poco de materia grasienta, fétida, un hollin asqueroso y de olor penetrante, y un carbon lijero, untuoso y odorífero. Las partes conservadas eran unas veces los dedos, otras los pies ó manos, y algunas piezas de la columna vertebral ó porciones del cráneo.

Por lo comun el fuego del cuerpo no se trasmite á los muebles de la habitacion, ó si se quema alguno, es parcial é incompletamente. Los vestidos que cubren la víctima, son los que se prenden y llenan de ollin y grasa negra, fétida y abundante.

Cuando se ha llegado á tiempo para en-

nia un cuartito en el piso cuarto compuesto de una salita, una cocina y un gabinete. No podia encontrarse un nido mas encantador ni dispuesto con mas gusto. Habia en él una especie de elegancia, llena de franqueza y sencillez. Dos armarios de nogal, una cama, una mesa, una cómoda, algunas sillas y un gran sillon componian todo el ajuar. Unos cuantos grabados de mérito colocados en cuadros de box realzaban el color gris del papel que adornaba las paredes. No faltaban mas que unas colgaduras en la ventana, y para esto se veia preparada ya la tela sobre la cama, esperando solamente las tigeras y aguja de la costura. Paulina se quitó el sombrerillo, se sentó junto á la chimenea, adonde cocia suavemente un puchero, que ella miraba de cuando en cuando, y empezó á cortar y coser las colgaduras.

Su marido la miraba con sorpresa; ella se sonrió y le dijo presentando su frente para que la besase:

—Estamos en nuestra casa, Jorge.

—¿En nuestra casa, Paulina?

—Sí, amigo mio. Este es el resultado de mis espediciones y ausencias. Descubrí este lindo rincon, no nos cuesta mas que 200 francos de alquiler al año; en seguida he ido á comprar muebles, utensilios de cocina, todo lo que nos es necesario; he hecho transportar aqui nuestro equipage y hétenos ya instalados. ¿Estás contento?

Jorge no pudo contener sus lágrimas.

—La esperanza, dijo al fin, renace en mí; ya no dudo de tu valor; porque lo confieso Paulina, dudaba de tí; hallándome yo sin fuerza. En adelante no quiero entregarme mas á una indigna debilidad. Quiero imitarte, quiero hacerme digno de mi esposa. Yo trabajaré para volver á adquirir fortuna y comodidades para nuestro hijo, querida Paulina.

Se sentó á los pies de su muger; esta pasó el brazo alrededor de su cuello estrechándole suavemente, y separándo los cabellos que le caian sobre la frente le besó en ella con ternura

En estos momentos se olvidaron de Amberes, de su desgracia, de su pobreza para entregarse libremente á su felicidad. Paulina en naguas y corsé sirvió por sí misma la esquisita comida que habia preparado con sus manos, y que es menester confesar era digna de la mas hábil cocinera, flamenca. Al levantarse de la mesa, quitó todo el servicio y lavó la loza en su cocina, acomodándose á todas estas humildes operaciones con una facilidad tal, que sus delicados dedos apenas se mojaron al fregar.

Volvió en seguida con su marido, que la consideraba con admiracion, encendió luz y se puso á coser sus colgaduras, rogando á su esposo que leyera algo en voz alta.

El ajuar del cuartito no habia costado mas que 600 francos; el viaje de Amberes á París y la estancia en la posada habian consumido casi la cuarta parte de esta cantidad; era, pues, preciso pensar en reservar el resto de los 4,000 francos que constituian toda su fortuna. Se hacia por consiguiente necesario que Jorge buscara en que ocuparse. Paulina resolvió ahorrar tambien á su marido la incomodidad de las pesquisas para hallar colocacion, y marchó á casa de uno de los corresponsales de M. Van-Eyckens. La muger de este banquero era una de las amigas de infancia de Paulina, y la amistad habia unido hasta entonces á los maridos de ambas.

Paulina, que se habia creido dichosa siempre que se presentaba un desgraciado, esperaba encontrar una acogida agradable en casa del banquero. Su sorpresa fue grande, cuando la muger de este la manifestó por medio de un criado el sentimiento que la causaba el no poder recibir á madama Van-Eyckens; el banquero no pudo ocultar su desagrado cuando vió entrar á la jóven en su gabinete. El primer movimiento de Paulina fue el de retirarse, pero la idea de su esposo é hijo la hicieron reprimir su indignacion, y declaró con candidez al banquero lo que esperaba de él.

—Mr. Van-Eyckens, le dijo, ha cedido á sus acreedores toda su fortuna y la mia. Necesita una colocacion inmediatamente por humilde que sea, hasta que se le presente una ocasion favorable de volver á entablar sus negocios; admitidlo señor, en vuestro escritorio.

—Madama, replicó el banquero con fria sonrisa, Mr. Van-Eyckens ha sido mi corresponsal en Amberes. Hemos mantenido nuestras re-

laciones hasta el dia de su quiebra, en la que felizmente no me interesó sino en una pequeña suma; hasta aquí todo va bien. Pero respecto á lo que me pedis, señora, encuentro mil obstáculos que no me permiten consentir, á no ser que quiera meterme en compromisos desagradables. Un hombre como Van-Eyckens acostumbrado á dirirgir una fuerte casa de comercio haria un dependiente muy malo; y yo tampoco me atreveria á mandarle y reprenderle.

Paulina hizo un movimiento de disgusto y se levantó para irse.

—No os enfadeis, señora, añadió el banquero con embarazo; pero los negocios son negocios, se manejan con guarismos y no por medio de sentimentalismo y protestas de amistad. Sin embargo, si Mr. Van-Eyckens necesita dinero, estoy dispuesto á favorecerle; yo le descontaré todos los billetes que me presente con su firma y la de otra persona conocida.

Paulina salió de la casa de este hombre con el corazon traspasado y vencida por el desaliento. Anduvo á la ventura por algun tiempo antes de volver á su habitacion, para dar lugar á que se enjugaran sus lágrimas. Consideraba con espanto la suerte que iba á caberles á ella, á su esposo y á su hijo. No veia á su alrededor sino miseria y abandono. Cuando entró en su casa, halló á Mr. Van-Eyckens, sentado junto á la mesita, escribiendo con empeño en unos libros de comercio.

—He querido mostrarme digno de tí, dijo á su muger; he ido á preguntar al droguero de la esquina si conocia á alguno del barrio, que necesitara un dependiente esperto en la teneduria de los libros de comercio. El me propuso si queria poner los suyos al corriente y nos hemos convenido mediante la suma de 30 francos al mes. Si está satisfecho de mí, me encargará nuevos trabajos y tratará de colocarme de cajero en casa de su cuñado. Ya por hoy he concluido, añadió levantándose; y espero que el droguero quedará contento porque he puesto todo mi cuidado y he escrito lo mejor que sabia.

Paulina levantó los ojos al cielo, y pidió á Dios perdon por haber podido dudar un instantante de su misericordia.

Mientras que Mr. y madama Van-Eyckens se resignaban á la pobreza y al trabajo, la noticia de la quiebra del negociante se esparcia con consternacion por toda la ciudad de Amberes; porque á pesar de la cesion del patrimonio de Paulina, debian perder los acreedores una tercera parte de sus créditos y esta tercera parte ascendia á cerca de un millon. La generosa abnegacion de la jóven esposa hubiera pasado en París como un acto de locura, y se hubiera mirado como heróico á lo menos el sacrificio que ella hacia de su fortuna y la de su hijo en favor de unos estraños, que no tenian derecho ninguno legalmente. Pero en Amberes, adonde duraban las costumbres sencillas y leales del Brabante, nadie encontró motivo de admiracion en la conducta de madama Van-Eyckens, que no habia, segun ellos, sino cumplido lisa y llanamente su deber. Con dificultad atenuaba su sacrificio el golpe que habia recibido el honor de su esposo por el éxito fatal de sus empresas comerciales. Los acreedores se repartieron tranquilamente los despojos de su deudor sin inquietarse por la miseria que acarreaban á su muger é hijo. Sin embargo, merced á las gestiones é inteligencia de algunos amigos del banquero, y especialmente del dependiente principal, el honor de Mr. Eyckens se salvó, y la quiebra no se declaró de un modo público y legal. Tales fueron las nuevas que recibieron los dos esposos en París y debemos decir quien fue el portador de ellas

Una mañana temprano, Paulina, con su cesta al brazo, volvia del mercado de S. José, adonde habia hecho el surtido para su alimento diario, sin que ni la distancia ni el cansancio la impidieran esta larga caminata con tal de comprar los géneros mas baratos que á los revendedores del barrio; vestida de un modesto trage y doblada bajo el peso de su carga, andaba lo mas aprisa que podia, cuando oyó una esclamacion. Levantó la cabeza y encontró delante de sí á Bella, á la fiel criada Bella.

III.

El Trage de Terciopelo.

Al ver á su ama reducida á tal estremo

de pobreza la buena muger no pudo reprimir sus lágrimas y sollozos.

—¿Tú en París, Bella? esclamó Paulina.

—Llegué esta mañana, respondió la criada, y veo que he hecho bien porque de aquí en adelante tendreis á lo menos quien os sirva. ¡Dios mio! ¡Dios mio! cuanto me va ha hacer llorar el recuerdo del espectáculo que he visto hoy!

—¿Luego por mí, por mí solamente has venido á Paris, mi querida Bella?

—¿Y por quién habia yo de venir? ¿No soy criada vuestra desde que nacísteis? ¿No he sido yo quien os ha educado? ¿Vuestra madre, aquella angelical señora, no ha muerto en mis brazos? En Amberes yo lloraba de dia y de noche, tenia el corazon traspasado. Por fin, no pudiendo aguantar mas, fuí á preguntar al dependiente del amo las señas de donde os hallaria y el camino que deberia tomar para venir á Paris. El me dió dinero para pagar un carruage, yo le tomé, pero he venido á pie. El viage ha sido largo y un poco cansado; hacia jornadas largas para reunirme mas pronto con vos. Todo fue bien hasta mi llegada á París, pero ¡Vírgen Santísima! luego que puse el pie en esta ciudad, no se lo que ha sido de mí. Me embrollaba con tanta calle y no sabia hácia que lado debia ir. Por fin, á fuerza de preguntar y de perderme, heme aqui junto á vos. Os vuelvo á ver, veré tambien al amo, y á mi pequeño Adriano. ¡Jesus, Jesus, estoy por bailar aqui enmedio de la calle!

—Bailarás si quieres allá arriba porque ya hemos llegado á nuestra casa.

—Y yo ¡que tonta! Pues no os he dejado venir con el cesto! He perdido sin duda la cabeza. Ya se ve; la alegria de volveros á ver...!

Bella cogió la cesta á pesar de la resistencia de su ama. Al llegar al primer piso se detuvo.

—No, aun no hemos llegado, dijo Paulina sonriéndose; todavia nos faltan tres pisos que subir.

—¿Son campanarios las casas de Paris? preguntó Bella volviendo á cargar con el cesto, y subiendo alegremente los escalones.

La presencia de Bella en la familia de Van-Eyckens acarreó una persona mas á quien alimentar, pero alivió á Paulina de los trabajos mas penosos de la casa, y la permitió dedicarse á bordar y aumentar de este modo la escasa renta, que constituia toda su fortuna. Jorge ganaba 130 francos mensuales, sin contar las copias que le encargaba por las tardes un portero de la vecindad. El producto del trabajo de Paulina ascendia á 25 francos poco mas ó menos: por último cuando el mes era bueno, los ingresos subian hasta cerca de 200 francos. Gracias á la severa economia de la ama de la casa, y al feroz ahorramiento de Bella, no se gastaban sino las dos terceras partes de esta suma. Bella, se echaba en cara por decirlo asi, cada pedazo de pan que comia, y por las noches cuando se subia á una especie de desvan que habia alquilado para ella en 25 francos al año, jamas encendia lumbre. Pronto tomó á su cargo la asistencia de dos viejos solterones, que habitaban en la misma casa, y de cuando en cuando deslizaba en la gabeta de su ama una ó dos piezas de 5 francos, conservando su frente serena é imperturbable cuando aquella, á pesar de sus cálculos y asientos en su libro de gastos, se admiraba de hallarse mas rica de lo que debia. Bella no era pródiga sino con Adriano; rara vez iba á pasear con el niño á las Tullerias, que no le comprara alguna friolera ó algun juguete; Adriano era su alegria, su orgullo, su adoracion. Cuando Bella enjuta y huesosa con su papalina, tenia de la mano á Adriano, bien vestido, lindo y encantador se sentia la buena muger con mas alegria y orgullo que un monarca. Miraba con desprecio á los demas niños, y cuando volvia á casa no dejaba de contar á madama Van-Eyekens la superioridad en trage y belleza de su hijo sobre todos. Un dia que estaba sentada en un banco en el jardin real, oyó á dos señoras que hablando entre sí decian que los niños no estaban bien vestidos sino con un trage de terciopelo. Desde entonces Bella concibió la idea exorbitante de ponerle un vestido de terciopelo á su niño, como ella le llamaba. Para este fin, trabajó dia y noche en remendar ropas, hizo mil bajezas con los viejos á quienes asistia para que le dieran algunas gratificaciones y

acabó finalmente por reunir la suma necesaria para comprar el objeto de sus ardientes deseos.

Sin embargo faltaba lo mas difícil, era preciso hacer aceptar el regalo á Madama Van-Eyckens.

Una mañana, despues de haber servido el almuerzo Bella empezó á marchar y contarmarchar, cambiando á veces el mismo plato y sin acabar nunca de limpiar la mesa. Por último encendida, llena de vergüenza y palpitándola el corazon profirió este exordio.

—Bien necesita un trage de terciopelo el niño Adriano.

Paulina alzó los ojos sobre Bella y la miró con sorpresa.

—Digo que bien necesita Adriano un traje de terciopelo, repuso la flamenca que parecia estar muy ocupada en quitar de un vaso un poco de polvo que realmente no tenia.

—Pero un vestido de terciopelo cuesta caro y sobrepuja con mucho lo que nosotros podemos gastar en vestir á mi hijo. Acaso no soy aun bastante prudente en este asunto, y debia ser mas modesta y económica en sus adornos.

—Todos los niños tienen en las Tullerias trajes de terciopelo, continuó Bella con ciega intrepidez; y echando sobre la mesa el corte del vestido, echó á correr.

Madama Van-Eyckens la llamó.

—¿Qué haces tú, loca? le dijo con el tono de una dulce reprimenda ¿qué haces tú?

Y alargó la mano con emocion á Bella.

Esta avergonzada se refugió de nuevo en la cocina, y no se atrevió en todo el dia á mirar cara á cara á su señora.

El dia siguiente, á cosa de la una, cuando Bella acabó sus quehaceres, se encontró á Adriano vestido con el trage de terciopelo; Paulina habia estado trabajando la víspera hasta media noche para concluirlo.

Bella salió llevando de la mano al niño, ufano con su nuevo vestido. Este dia ni aun el Rey era digno, segun decia la flamenca, de llamarla *mi querida prima*, como acostumbra con los demas soberanos.

IV.

El Cachete.

Paulina se hubiera creido completamente feliz si los padeceres y sufrimientos no minaran claramente la existencia de su esposo. En vano le daba ella el ejemplo de resignacion, serenidad y trabajo, nada podia impedir la lúgubre consuncion de Jorge. Salia por la mañana temprano para ir á su escritorio, adonde desempeñaba sus trabajos con una habilidad y exactitud que le habian atraido la voluntad de sus favorecedores, pero vuelto á su casa todos los esfuerzos de su muger para procurarle alguna distraccion y hacerle sonreir eran inútiles. Bajo la calma que aparentaba Mr. Van-Eycken para complacerla, ella leia su desesperacion. Paulina, no obstante, no se inquietaba demasiado por estos síntomas melancólicos; conocia que una caida desde tan alto debia dejar en el corazon de su esposo largos dolores y sufrimientes duraderos; pero confiaba en el tiempo, en la costumbre y en sus propios esfuerzos para quitar á sus recuerdos toda su tristeza y amargura.

Levantada desde el amanecer y libre de los quehaceres materiales por Bella, Paulina ocupaba todas sus horas en el trabajo y educacion de su hijo. Parecia que Adriano no ignoraba la posicion en que le colocó la suerte, y correspondia á los cuidados de su madre con una inteligencia superior á su edad; en pocos meses aprendió á leer y empezó á escribir bastante regularmente para que su padre le confiara algunas copias. La primera vez que tuvo este honor, su alegria fue estrema y redobló su aplicacion. Su madre se sentia conmovida viéndole empezar los preludios, digámoslo asi, de la vida de pruebas que la fortuna le reservaba.

Entretanto los asuntos de Mr. Van-Eyckens se habian concluido del todo en Amberes; debia á sus acreedores la suma de doscientos cincuenta mil francos para cuyo pago no habian fijado época ninguna; conocian la actual pobreza del negociante y se habian contentado con el acta que marcaba su crédito, que ninguno de ellos pensaba cobrar nunca.

Esta mancha sobre el armiño de su blason comercial afligia á Jorge mas que la pobreza á que se hallaba reducido. Presente sin cesar á su imaginacion, se la aparecia en sueños y por el dia se cruzaba entre él y su trabajo. Los consuelos de Paulina se estrellaban contra esta idea fatal y fija. Veíase deshonrado para siempre, espuesto á la vergüenza de que cualquiera le pudiera echar en cara impunemente este borron. No trasmitia á su hijo el nombre intacto que él habia recibido de su padre. Estas ideas asesinan. Asi era que la palidez de Jorge se aumentaba visiblemente; una vejez anticipada encanecia sus cabellos y arrugaba su frente.

Una tarde volvió á su casa con una alegria desacostumbrada que casi asustó á Paulina porque habia en ella un no se qué de raro y febril....

—Vámonos al teatro esta noche, mi querida amiga, dijo al entrar.

—¿Al teatro? preguntó su esposa con sorpresa. ¿Pues quién te ha regalado billetes?

—Acabo de tomar un palco para la ópera, contestó él enseñando el billete.

—Y has gastado tanto dinero? repuso ella con una dulce reconvencion ¡50 francos!

—Que importan cincuenta francos, mil francos, diez mil francos! esclamó Jorge con entusiasmo.—Nada ya de pobreza! Nada de privaciones. Paulina, ya somos otra vez ricos y felices. Voy á pagar las deudas que he contraido en Amberes, pero fijaremos nuestra residencia en Paris. Compraré una casa en el barrio de Mártires, porque no quiero alejarme de los sitios en que tu has sufrido con tanto valor unas pruebas tan difíciles. Quiero tambien que esta casa me pertenezca; el propietario tendrá tal vez alguna dificultad en vendérmela, pero yo le ofreceré tanto oro que no pueda menos de ceder.

—Amigo mio, qué dices? ¿Qué significan esa alegria y esos transportes que me causan miedo?

El la tomó misteriosamente de la mano y la llevó hácia la ventana.

—Figúrate que el mercader, en cuyo escritorio trabajaba, acaba de despedirme.

—¿Despedirte? y ¿es esa la causa de tu alegria, Jorge?

—Si; esta mañana tuvo necesidad de registrar sus libros de comercio; me los pidió, se los dí y advierte entonces sobre la última página escrita una figura mística que representa á una muger llorando bajo un árbol en cuyas ramas está ahorcado su hijo. El comerciante se enfada, me pregunta qué significa un abuso tal de su confianza, que quita el valor y fuerza que sus libros pueden hacer ante la justicia..... ¡Pobre loco! le dije ¿no veis que este dibujo representa un árbol bajo el cual las lágrimas de la hechicera han hecho nacer un tesoro? Hace algunos dias, que un ángel que está siempre á mi derecha, me señala ese árbol y bosqueja con el dedo el dibujo que yo he reproducido en vuestros libros, para que no se me borre de la memoria. Os asocio, si quereis, á mi buena fortuna; os daré la mitad de mi tesoro, porque os habeis portado bien conmigo cuando yo era pobre. El imbecil léjos de aceptar, me ha despedido y tomado otro dependiente.

Júzguese cual seria el terror de Paulina al oir estas insensatas palabras. No queria dar crédito á sus oidos y á sus ojos, miraba á su marido con la mayor angustia.

—Vámonos á la ópera. Te prometo que no estaremos hasta la conclusion; nos saldremos á las once y media, es menester que yo me encuentre á media noche en los jardines del claustro de San Lorenzo, allí es donde me ha citado el ángel, al pie del árbol de la hechicera para entregarme el tesoro. Vamos, ven.

—No, amigo mio; te suplico que no salgamos. Estoy padeciendo mucho, replicaba Paulina disimulando su espanto. Renuncia á tu proyecto de ir al teatro esta noche; quédate aqui conmigo.

—No tengo inconveniente; al fin y al cabo mañana puedo muy bien tomar otro palco. Dime de qué color quieres que sean los tiros de tu coche, bayos ó tordos?

Mientras pasaba esta triste escena, Bella con el tacto é inteligencia que le prestaba su adhesion á sus amos, habia salido furtivamente en busca del médico Mr. Destrées.

El doctor Destrées era un anciano, que

por una ligera indisposicion de Paulina habia empezado á relacionarse con la familia Van-Eyckens, á la que tomó cariño y amistad por su desgracias y laboriosidad interesante. Al ver el delirio de Jorge, no fue dueño de contener su inquietud y compasion.

--La enfermedad de vuestro esposo, dijo á Paulina se presenta, señora, con los síntomas mas alarmantes; era necesario aislarlo, separarlo de todo inmediatamente, llevarlo á un hospital y administrarle remedios enérgicos, aunque á mi pesar digo, que su locura me parece incurable.

--¿Separarme de mi esposo? ¿confiarle á manos mercenarias? ¡ah señor! ¡qué es lo que me aconsejais!

--Temo, señora, que el enfermo se vea arrastrado á actos de violencia, de los que fácilmente podreis ser víctima.

--¿Qué importa eso, caballero? ¿qué significo yo comparándome con la horrible desgracia que pesa sobre mi esposo? acaso mis cuidados podrán llegar á conjurar su enfermedad.

--¡Dios lo quiera! contestó el médico meneando la cabeza, Dios lo quiera! pero sin un milagro eso no puede tener efecto.

Inmediatamente sangró á Jorge, prescribió algunos calmantes y se fue ofreciendo volver al dia siguiente.

--Bella, dijo madama Van-Eyckens cuando el doctor se habia alejado, llévate á mi hijo á tu desvan; asi tendrás cuidado de él durante esta noche.

--Y volveré aquí luego que se duerma.

--No quédate con él.

--¡Qué! ¿quereis que os deje sola con el amo? esclamó la criada señalando á Jorge, que se paseaba á largos pasos con una agitacion frenética.

--Sí, mi querida Bella.

--Velaré aquí con vos.

--La enfermedad de mi marido será demasiado larga y demasiado tendrás que velar, pobre Bella.

Esta obedeció y se llevó consigo al niño. Paulina, hallándose sola con el enfermo se arrodilló para orar.

--No reces, dijo Jorge, se acerca la media noche, tus oraciones espantarán á la hechira y entonces no podré conseguir mi tesoro.

De repente arrojó un grito que partia el corazon.

--Jamás, decia, jamás. A este precio ya puedes guardarte tu tesoro, Satanás. Nunca lo compraré con la sangre de mi hijo.

Poniéndose á escuchar como si le hablara una voz infernal, hizo seña á su muger para que se acercára.

--Has oido lo que Satanás me aconseja? Bien mirado, ¿qué importa un niño? pronto tendremos otro. Adriano no tiene mas que cuatro años; asi se irá derecho al cielo y se colocará entre los santos inocentes, y al mismo tiempo le liberto de las pruebas terribles de este mundo. Le hacemos feliz por toda la eternidad y al mismo tiempo nosotros adquirimos inmensas riquezas. ¿Lloras? ¿vacilas? ¡Dios mio! ¡cuan débiles y llenas de preocupaciones son las mugeres! Vamos, dejadme; yo me encargo de todo; vuelve tú la cabeza.

--Se levantó, alzó la cortina de la camita del niño y dió repetidas veces con un cuchillo que habia cogido sin que lo viesen durante la visita del médico.

Paulina dió un grito de espanto. Si el niño hubiera estado allí, el loco se habia arrojado sobre la cama con tanta precipitacion que hubiera sido imposible el impedirlo.

—Muger ¿tú gritas? tú te conmueves? Mira, ya el diablo se asusta y quiere huir. No; quieto, Satanás. Ya que esa muger se ha hecho culpable voy á castigarla, su sangre te será agradable, estoy bien seguro, voy á hacerla correr.

Y se adelantó hácia ella blandiendo el cuchillo.

—Es preciso morir, te digo; el ángel caido me pide tu sangre.

--En nombre de nuestro hijo! gritó Paulina, en nombre de nuestro hijo perdóname Jorge; vuelve á la razon!

--He aqui una loca que me acusa de locura. Resígnate y muere.....

Corrió hácia ella; Paulina se hizo atras; con el movimiento repentino é involuntario que hizo para escapar tiró al suelo la lámpara, y quedó el aposento en una profunda obs-

curidad. El loco bramaba, golpeaba las paredes con el cuchillo, rompia los muebles y esparcia por todas partes los pedazos. Paulina desatentada, halló medio de refugiarse en la cocina y atrancar la puerta con una mesa y otros muebles. Jorge continuó toda la noche en sus violencias y arrebatos. Al despuntar el dia, vencido por el cansancio, cayó sobre el pavimento y se durmió profundamente.

Cuando bajó Bella al cuarto de su señora, se quedó espantada; los muebles rotos y hechos pedazos, todo estaba desordenado en aquella habitacion tan arreglada y linda poco antes. Paulina, con la cara ensangrentada, la espalda llena de contusiones y esparcido el cabello corrió á ella medio muerta y casi sin poderse sostener.

Se buscó al médico á toda prisa. A vista del triste espectáculo que se ofreció á sus miradas, el anciano suspiró tristemente.

—Ya lo veis, señora; mis funestas previsiones se han realizado demasiado á la letra. No solamente vuestra vida sino tambien la de vuestro hijo están espuestas á los furores de un loco. Es preciso separarse de él.

—Nunca tendré valor para ello.

—Y sin embargo es necesario. En calidad y con mi autoridad de médico lo exijo.

Mandó buscar un coche de alquiler é hizo seña á Paulina de que se alejára.

—No presencieis esta triste escena, señora, retiraos; la violencia del mal hace indispensables ciertas precauciones penosas.

—Despues de la noche que he pasado, contestó ella, hay valor en mi, caballero, para todo lo que sea padecer.

Tres hombres entraron en el aposento para atar y sujetar al loco. El ruido de sus pasos despertó á Jorge; levantó la cabeza, miró sorprendido á su rededor y parecia admirado al ver el desórden que reinaba en el aposento. Se tapó con las manos su frente desgreñada, reunió sus ideas y acabó por comprenderlo todo.

—Entonces dejó caer tristemente la cabeza sobre el pecho.

—He aquí en lo que he venido á parar, dijo; Paulina! ¡Adriano! ¡mi esposa! ¡mi hijo! ¿No los he asesinado en mi delirio? Quiero verlos, quiero estrecharlos contra mi corazon.

Paulina se precipitó en los brazos de su esposo.

¿Y qué, dijo Jorge separando los cabellos de Paulina, he sido yo, pobre muger, ha sido mi mano la que ha herido tu frente? ¿soy yo el que te ha maltratado, el que te ha hecho tan desgraciada? ¡Ah! tu debes maldecirme

—Dejemos esos tristes recuerdos, Jorge. No hablemos mas de los accesos de una ardiente fiebre, de unos trasportes que ya pasaron y no se renovarán nunca. Jorge, ya estás bueno, gracias á Dios.

—¡Bueno! oh! si, si, contestó él. He estado muy malo. Rodeado de visiones, un demonio me perseguia señalándome un monton de oro; en cambio pedia sagre; todo ha sido un sueño, un sueño horrible. Pero ahora no siento nada. Respiro con facilidad, mi corazon late libremente y aun me parece que mis ojos nunca han percibido una claridad tan dulce como en este momento. Paulina, ve á buscar á nuestro hijo, quiero abrazarle despues de tanto padecer.

—¡Bendito sea Dios! dijo ella entre dientes; ¡se ha salvado!

—¡Está perdido! esclamó el doctor en voz baja. Los síntomas que él mismo acaba de describir son los precursores de otra nueva crisis. Guardoos bien de traerle á vuestro hijo; subios á donde él está, y quedaos alli hasta que yo mismo vaya á buscaros. Todas estas emociones os matan y vuestra salud es demasiada preciosa á vuestro hijo para que la espongais sin necesidad.

La pobre jóven aturdida obedeció al médico y subió á la buardilla adonde dormia Adriano con un sueño pacífico y profundo. Quiso ella sentarse junto á su hijo, pero el desasosiego y angustias que esperimentaba la obligaron á levantarse; abrió la ventana maquinalmente y por una especie de vértigo se vió precisada á acechar lo que pasaba á su alrededor, y espiar el fatal momento en que debia partir el carruage.

Al pronto no oyó nada, luego distinguió voces; poco despues gritos y el ruido de una lucha. De repente la ventana de su aposento saltó hecha pedazos; los cascos de vidrio cayeron produciendo un sonido metálico. Un ruido

sordo, siniestro, espantoso se hizo oir unos momentos y despues un golpe contra el pavimento.

—¡Ha muerto! gritaron muchas personas, inclinándose hácia el suelo para levantar un cadaver.

ENRIQUE BERTHOUD

HIGIENE.

DEL REGIMEN QUE DEBE OBSERVARSE DURANTE EL ESTIO.

Cada una de las estaciones del año influye en el hombre de un modo diferente. Los fenómenos de la economía se alteran, se modifican de mil maneras, y dan lugar á predisposiciones morbosas, ó á enfermedades cuyas causas es necesario conocer para precaverlas, ó para combatir sus efectos si llegan á desarrollarse.

La estacion del estío es muy importante, y debe llamar la atencion del médico, y aun de los que son estraños á la ciencia, si estiman en algo su salud y los medios de conservarla.

Está demostrado que las estaciones son causadas por la oblicuidad del eje de la tierra con respecto al plano de la eclíptica; que la órbita de la tierra es una elipse, y que en el estío se encuentra este planeta á su mayor distancia del sol, ó sea en su afelio, esto es, á mas de un millon de leguas mas distante que en la estacion opuesta, ó en su perihelio, la cual corresponde á nuestro invierno.

Sin embargo de esta enorme diferencia, los rayos solares producen en nuestra temperatura la subida que todos esperimentamos. La causa de ellos es que en el estío se desvian menos de la direccion vertical que en las otras estaciones, y atraviesan en línea mas corta los espacios de la atmósfera. En el invierno su direccion es mas oblícua y pierden parte de su accion, al través de las espesas capas aéreas que tiene que pasar para llegar hasta nosotros.

Este alto grado de calor imprime en la economía humana fenómenos análogos á su intensidad, á la funcion especial de cada órgano, y al estado particular de cada individuo. En general puede decirse que la accion de la vida se dirige en esta estacion del centro á la circunferencia, produciendo este estado espansivo ó de dilatacion, que trae graves inconvenientes, cuando traspasa los límites que fijó la naturaleza para la regularidad de las funciones.

Cada una de las cuatro principales épocas de la vida humana está sujeta en esta estacion á enfermedades diferentes. En la niñez y adolescencia son mas comunes las fiebres eruptivas; en la juventud las disposiciones inflamatorias; en la edad viril los desórdenes del tubo intestinal; y la vejez por último se halla mas espuestas á congestiones viscerales, á los numerosos desórdenes del sistema de la vena porta, y en general á las consecuen-

cias del estado de languidez con que cada órgano ejerce su funcion propia, disminuyéndose por consiguiente la energía de su ser, que no es otra cosa que la suma de la vitalidad de todas sus funciones.

A pesar de estas diferencias, pueden establecerse ciertas reglas comunes, con las modificaciones que exija la prudencia en su aplicacion especial á cada individuo.

Hablando en general, todos esperimentamos la falta de apetito en los grandes calores del estío, lo que se esplica fácilmente. La accion de la vida se dirige entonces del centro á la periferia, como queda dicho; los jugos digestivos pierden parte de su actividad, y los sólidos de su energía. De aquí resulta que miramos con cierta repugnancia los alimentos muy nutritivos y de digestion muy laboriosa. La naturaleza en esto, como en todo, viene á nuestro socorro y nos ofrece con próvida mano las frutas acídulas, las hortalizas humeantes y las legumbres suculentas. Esto es lo que comemos con delicia, imitando en parte á los sectarios de Zoroastro en los climas ecuatoriales. En cierto modo cada estacion puede considerarse como un clima transitorio y de una duracion determinada.

El estado en que se halla el aparato digestivo, nos hace gustar con cierto deleite los helados y el agua fria. Esta bebida está recomendada por los autores, y sobre todo por la esperiencia; pero se requieren varias precauciones, como son; que el trabajo de la digestion estomacal esté concluido, que no se interrumpa la transpiracion cutánea, tomándola tambien despues de un ejercicio violento, y otras, de cuyo exámen no nos ocuparemos, por estar al alcance de todo el mundo.

Los vestidos que han de usarse en el estío merecen la mayor atencion. Se cree vulgarmente que con poca ó ninguna ropa es el calor mas soportable; precisamente sucede lo contrario. Cuando la piel no está suficientemente garantida de la accion de la atmósfera, se suprime la exhalacion cutánea, y entonces la sensacion del calor es mas incómoda y notable. La piel sudorosa siempre está fresca, y no puede dejar de ser asi, porque entonces el calórico de su tejido se combina con la materia traspirada y la evapora, ó la convierte en sudor, si esta materia es mas abundante.

De aquí se infiere cuán perjudicial debe ser á la salud interrumpir repentinamente esta excrecion, por ser una de las funciones mas importantes. En efecto, cuando esto se verifica, bien por esponerse á una corriente de aire, por dormir al sereno, ó cerca de una ventana abierta etc., todas las funciones de la economía se resienten y alteran. Las afecciones pulmonares, las reumáticas y un séquito fatal de enfermedades de esta clase, vienen á advertirnos de nuestro error, cuando es ya por desgracia demasiado tarde.

En la estacion de que hablamos, parece que la naturaleza nos convida al reposo, como sucede en los paises ecuatoriales. No convienen por cierto ejercicios violentos y continuados, que aumenten la traspiracion y la relajacion de las fuerzas que es el resultado consiguiente, pero tampoco es útil permanecer en una quietud absoluta. De aqui se seguiria necesariamente la atonia y la dificultad de todas las funciones.

Aconsejamos un ejercicio moderado al aire libre y en aquellas horas en que el sol no puede ofendernos en demasía. Mas cuando hay árboles frondosos, nada es tan conveniente como el ejercicio á su sombra sobre todo para las personas débiles ó valetudinarias. Cuando el sol está en toda su fuerza, la vejetacion es mas activa y exhala una fragancia vivificadora. Parece que nuestro ser se trasforma. La vitalidad de ciertos aparatos se exalta. El movimiento del corazon es mas regular y vigoroso, la circulacion mas fácil, la respiracion mas libre, las funciones del cerebro mas vivas, los sentidos mas perspicaces; en una palabra, dejamos de ser el hombre inerte y entorpecido que éramos antes. Estos fenómenos están al alcance de todos, y pocos habrá que no hayan tenido ocasion de esperimentarlos por sí mismos.

Pero guardémonos bien de esperarlos durante la noche. Entonces sucede todo lo contrario. La accion vejetal cambia de tal modo, que en vez de los principios vivificadores, de que se carga la atmósfera durante el dia, se desprenden gases dañosos y contrarios todos

á la regularidad de sus funciones (1). Parece que la vejetacion, arrepentida de su obra, nos tiende un lazo para hacernos sentir despues sus halagos insidiosos. Asi es que el paseo nocturno por entre árboles frondosos, nos causa una especie de beatitud que encanta. Esta mentida felicidad no es otra cosa que la relajacion de la fibra muscular y la languidez que á ella es consiguiente. La accion del encefalo y de los sentidos, se entorpece y de aqui la somnolencia y estupor que viene al instante. El resultado de esta imprudencia es funesto siempre. A ella se sigue el coriza, la cefalalgia, los dolores artríticos, las fiebres intermitentes y otras enfermedades relativas al estado particular de cada individuo y á la duracion de la causa determinante.

Las reglas que acabamos de establecer, son comunes á todas las clases de la sociedad, pero hay una que debe añadir otras precauciones de régimen. Hablamos de los hombres de letras y de aquellos que por su condicion, su gusto ó su estado, hacen uso habitual de sus facultades intelectuales.

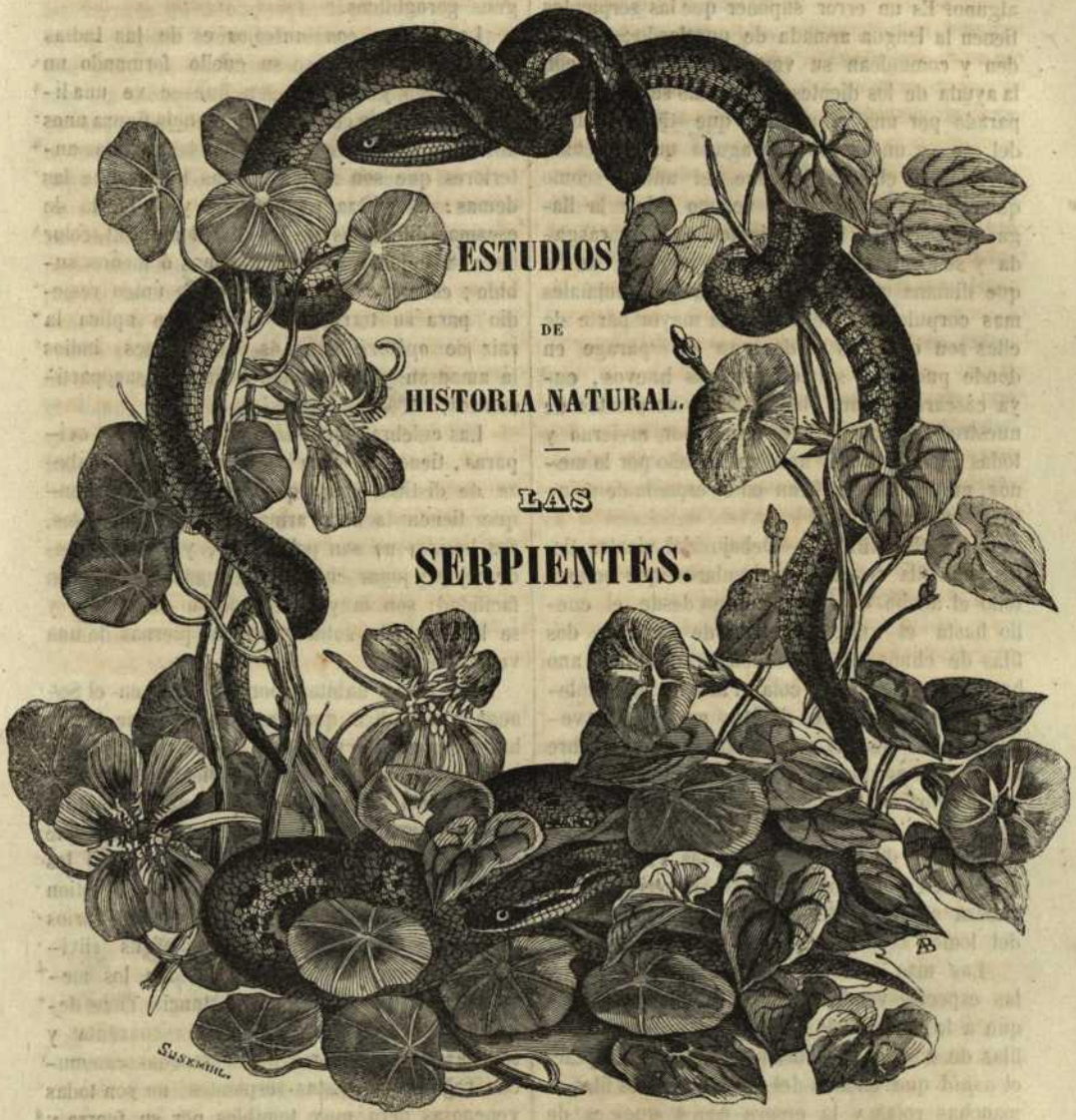
Es sabido que el cerebro tiene sus horas de actividad y de reposo. El movimiento diurno de la tierra y la accion de la luz solar, han de tener gran parte en este fenómeno; pero de todos modos la esperiencia demuestra que al amanecer estamos mas dispuestos para los trabajos del espíritu (2).

Debe ademas tenerse gran cuidado en alejar todas las causas que puedan considerarse como perturbadoras de las funciones de este órgano. La digestion es acaso la principal de todas, en este periodo, la vida de relacion parece que se suspende. El sensorio percibe apenas algunas impresiones oscuras ó equívocas, y venimos á quedar en un estado de colapsus, que nos obliga al sueño, ó á la inaccion por lo menos. Si entonces nos empeñamos en que le es propia, se niega; y si insistimos aun, obedece mal, las ideas se resienten de esta violencia, y nuestras concepciones son lánguidas, confusas, tal vez viciosas y algunas veces estravagantes. ¡Quién sabe si en psicologia los errores elevados á axiomas en las ciencias morales y políticas, han debido su orígen á una digestion laboriosa, ó al trabajo forzado del cerebro en horas importunas!

B. M.

(1) La luz solar ejerce en la vejetacion una influencia enérgica. Los estomas situados principalmente en la superficie inferior de las hojas, descomponen el gas ácido carbónico que recibe de las raices, ó que separa de la atmósfera, retiene su carbono y exhala el gas oxígeno. Por la noche, el ácido carbónico, absorvido por las raices, pasa al tallo, llega á las hojas y se evapora.

(2) La invocacion de los poetas á la aurora, cuando con sus dedos de rosa abre las doradas puertas del Oriente... es una alegoria fisiológica que prueba el conocimiento de los antiguos en el mecanismo de las funciones intelectuales.



A pesar de que la naturaleza ha negado á las serpientes pies, alas y aletas ó nadaderas, no por eso avanzan con menos rapidez, ni dejan de subir á las alturas, ni de nadar en el agua: al efecto, se deslizan por medio de undulaciones, y replegándose y estendiéndose alternativamente ganan terreno con una rapidez que asombra Por eso las muchísimas vértebras de que consta su espinazo tienen su articulacion muy movible en todas direcciones.

Estos animales son muy numerosos y habitan en los climas ardientes y templados.

Hay especies sumamente dañinas cuya mordedura es mortal, y otras que no causan mal alguno. Es un error suponer que las serpientes tienen la lengua armada de un dardo; muerden y comunican su veneno á la herida con la ayuda de los dientes. El veneno se halla preparado por una glaudulita que tienen debajo del ojo, y un diente muy agudo que es como un tubito, el cual mueve el animal como quiere para derramar el veneno sobre la llaga. La boca de las serpientes es muy rasgada y susceptible de dilatarse mucho, de lo que dimana que á veces se tragan animales mas corpulentos que ellas. La mayor parte de ellas son ovíparas y desovan en parage en donde pueda el sol empollar sus huevos, cuya cáscara es muy blanda. Las serpientes de nuestros climas se entorpecen por invierno y todas mudan la piel una vez al año por lo menos, muda que verifican en el espacio de veinte y cuatro horas.

LAS CULEBRAS.—Debajo del vientre tienen una fila de chapas circulares que ocupan todo el ancho de él, y cubren desde el cuello hasta el ano, y debajo de la cola dos filas de chapas mas pequeñas, desde el ano hasta la punta de la cola. Parte de las culebras está provista de dientes movibles y venenosos. Se les da particularmente el nombre de vívoras porque las mas son vivíparas, pues sus huevos se empollan dentro de su propio cuerpo.

Muchas de las especies de las VIVORAS se distinguen por tener la parte superior de la cabeza cubierta de escamas parecidas á las del lomo.

Las mas comunes de nuestro clima entre las especies venenosas son: la *vívora comun* que á lo largo del lomo color gris tiene dos filas de manchas oscuras en forma de zigzac, el *aspid* que encima del lomo tiene tres filas de manchas rojas y la *vívora negra* que es de color negruzco, con manchas aun mas oscuras.

Entre las de otros paises se notan como principales:

El cerasto que tiente ciento cuarenta y siete chapas ventrales: un cuernecito movil encima de cada ojo: color amarillento, con manchas oscuras formando fagitas transversales: esta culebra cornuda habita en Egipto, muchas veces ha sido representada en los antiguos geroglíficos.

La *culebra con anteojos* es de las Indias orientales: ensánchase su cuello formando un disco plano y ovalado, en que se ve una línea oscura que con corta diferencia figura unos anteojos. Dicho disco le forman las costillas anteriores que son rectas y mas largas que las demas: la cabeza es pequeña y cubierta de escamas diferentes de las del lomo. El color de esta culebra es amarillo mas ó menos subido; es muy venenosa, y como único remedio para su terrible mordedura se aplica la raiz de *ophiorhiza*. Los charlatanes indios la amansan y la enseñan á hacer cosas particulares.

Las culebras que no son venenosas, ovíparas, tienen siempre las escamas de la cabeza de distinta figura que las del lomo: aunque tienen la boca armada de dientes agudos, sus heridas no son peligrosas, y se las puede cojer y jugar con ellas, domesticándose con facilidad: son muy aficionadas á la leche, y se las ha visto subirse por las piernas de una vaca á mamar.

Las BOAS habitan por lo comun en el Senegal, y se dice que hay algunas que tienen hasta cuarenta y mas pies de longitud, el *boa constrictor*, que es la mayor, llega con mucha frecuencia á tener de diez y siete á veinte y cuatro. Come cuadrúpedos grandes á los que se enrosca, les rompe los huesos, y se los engulle poco á poco, y durante la digestion está entorpecida de un modo singular. Varios pueblos le han erigido altares, y sus silvidos mas ó menos fuertes, los tenian los megicanos por presagios de importancia. Tiene debajo del vientre hasta doscientas cuarenta y seis chapas: en el lomo tiene manchas con mucha regularidad. Estas serpientes no son todas venenosas pero muy temibles por su fuerza y tamaño.

Las SERPIENTES DE CASCABEL, tienen como las *boas*, chapas semicirculares debajo del vientre y de la cola, la que termina por una fila de piezas cónicas, de sustancia escamosa, metidas unas en otras pero movibles, las cuales cuando el animal se arrastra, mueven un ruido que se oye aun á larga distan-

cia y previene á todos del peligro que corren. Este reptil haria enteramente inhabitables los lugares en donde vive, si pudiera deslizarse en silencio como las otras serpientes, por que todas las especies son en estremo venenosas. La Boaquira es la mas terrible de todas, de modo que no bien muerde, el paciente muere pasados pocos minutos enmedio de dolores imponderables y el cadáver se corrompe al instante. Dícese que los salvages se curan de esta mordedura con la raiz de una especie de poligala. Este terrible animal es propio de la América y la desola. Tiene ciento ochenta y dos chapas debajo del vientre, y veinte y siete debajo de la cola. Su cuerpo es de color amarillo con manchas oscuras sobre el lomo, y su aliento aturde á los animales que quiere cazar, quitándoles la accion de huir.

LOS ORBETOS tienen tanto por encima del cuerpo como por debajo escamitas colocadas como las tejas. Su cola es muchas veces tan gruesa como lo restante del cuerpo, y el no tener chapas grandes debajo del vientre le proporciona moverse con igual facilidad hácia adelante que hácia atrás.

El *orveto comun* es rojizo con el vientre negro; vive de insectos y lombrises, y no es venenoso.

Hay otros géneros de serpientes, de especies poco numerosas como son:

La *Amfisbena*, cuyo cuerpo es igualmente grueso en toda su longitud, y revestido de anillos escamosos completos: anda lo mismo adelante que atrás, lo cual unido á tener la cola muy gruesa hizo creer que tenia dos cabezas.

Las *Cecilias* cuyo cuerpo no tiene escamas.

El *Acrocorde* que está revestido de una piel tuberculosa, y finalmente la *Angaha* cuyo vientre está guarnecido de fajas escamosas que se alargan á medida que distan mas de la cabeza y concluyen formando anillos completos; el estremo de la cola lo tiene revestido de escamitas como los orvetos.

H. N. de C.

LOS POLLOS.

EPISTOLA Á FABIO.

¡Los pollos! con tomates, esclamando,
Fábio, imagino verte, en tu memoria
de cocinas el arte repasando,
Y dorados, en salsa y pepitoria
revolverá tu culinaria mente,
mas sin dar con los pollos de mi historia.
Párate pues, y observa atentamente,
en bosquejo no mas, varios retratos,
por mi pluma trazados de repente;
Mas perdona si pinto garabatos,
en lugar de su exótica figura,
ó emborrono el papel con negros patos.
Que el recuerdo me llena de pavura
del pollo espadachin, y no quisiera
que abriera un espolon mi sepultura.
Mas dejar de escribir, indigno fuera
por temor nada mas al cacareo
de esa turba pelada y vocinglera,
Que en el café reunida, ya la veo
llamarme en su furor, anti-elegante,
y vate insulso, desgreñado y feo.
Yo, Fábio, que me precio de galante,
sin temores te escribo lo ofrecido
siguiendo con mi epístola adelante.
Mira en primer lugar, muy presumido,
rizaditas las plumas, un polluelo

que apenas ha del cascaron salido.
Y á un ángel ama ya, ¡ángel del cielo!
que vuela sobre el cieno de la gente,
y á quien llama su vida y su consuelo.
Nosotros, los que amamos vulgarmente,
nunca vimos las álas y llamamos
á la muger, muger sencillamente.
Culpa nuestra no es, si no encontramos
en el sexo que han dado en llamar bello,
lo que en nuestra niñez nos figuramos.
Pasan los años, y el terrible sello...
mas dejemos cansadas digresiones;
el mundo rueda asi, ¡bueno va ello!
Mira otro pollo allí, diez corazones
ha gastado en su vida, y ha perdido
sus mas bellas y dulces ilusiones;
Hastiado está del mundo y consumido,
no le gustan casadas ni solteras,
y cien amores relegó al olvido.
Gastó sus diez y siete primaveras
en aprender latin y humanidades,
y en orgias, tabaco y borracheras.
Tenorio le dirán en las edades
que á el siglo diez y nueve le sucedan,
y aprendiz de latin y liviandades.
Mas qué importa? los pollos que se entregan
á apurar los deleites de la vida,
de amarga hiel el corazon anegan.
La existencia no es mas que una partida
que gana solamente el que ha apurado
los goces con que el mundo nos convida.
¿Mas qué dirás del pollo engalanado
de la moda de Albion con los matices,
y en dos foques enormes sepultado?
Se contempla feliz entre felices,
porque viste á lo inglés y porque lleva
un lente cabalgando en las narices?
En su afan de seguir la moda nueva,
luce galan sombrero ali-cortado
y arrastran los faldones de su leva.
Este pollo elegante, su calzado
compró en la Esposicion, y su vestido
es obra de un inglés, sastre afamado.
El cuello, de London lo ha recibido,
y los guantes, y el frac y la levita,
y el gaban, que es de un corte distinguido.
De todo lo español la vista evita,
y á tanto llega ya su fanatismo
que su afan de inglesar, lo precipita
Por producto á tener su cuerpo mismo
de la orilla del Támesis criado,
y que á España arrojóle un cataclismo.
Pasemos con el pollo almivarado,
que un suspiro de lánguidos amores
lanza del corazon enamorado.
Este tal á su dama manda flores,
emblemas del amor que lo devora,
atadas con lazitos de colores.
En su pura pasion, cándido adora
de su ninfa la blonda cabellera,
y la sonrisa alegre y seductora.
Todo se encuentra bello en la primera
impresion del amor; mas ¡ay! que pasa
cual nube de verano pasagera.
De noche, oculto por la luz escasa,
verás siempre á este pollo andar rondando
los cerrados balcones de una casa.
Si vas á un baile, le veras saltando
lucir en la redowa su figura,
nunca en el rigodon, siempre walsando.
Admira en el teatro la hermosura
y á todas les dirige una mirada,
que las glorias de amor son su ventura.
Mi epístola no quiero hacer cansada,
y voy, Fábio, á pintarte de ligero,
y en un grupo no mas á la pollada.
Acaso me dirás que soy severo,
y al hacer de los pollos el retrato
con mi pincel las tintas exagero.
Mas si vienes conmigo un breve rato
juntos los hallarás en cierta parte
de la que son el delicioso ornato.
Y podrás á tu gusto recrearte
mirándolos bullir, y ya imagino,
que por débil, mi copia ha de admirarte.
Allí cacarear oirás sin tino,
sobre toda cuestion, y á mis tercetos
los llamarán terrible desatino.
Algunos que se precian de discretos,
solo dirán, «el Bachiller» no es malo,
mas quién le mete á embadurnar bocetos?"
Si entras en el café, que es su regalo,
verás cual beben rom, y como fieros
se fuman de virginia amargo palo.
Todos son elegantes caballeros,
bailarines que pueden de un apuro
sacar á los danzates y boleros.
Toman solo el café, fumando puro,
y muy pronto saldrá de esta manada
fumadores en pipa, de seguro.

Antes de concluir, una plumada
voy, Fabio, á dedicar á pollanclones,
que aunque tienen la cresta colorada
Polluelos son no mas en sus acciones,
y echándola de grandes calaveras
se olvidan de sus duros espolones.
Detrás de las muchachas casaderas
esta clase de gallos, van piando
por amores de ricas herederas.
Por último á los pollos, revolando
verás en los salones y en paseos
sus plumas ostentar, cacareando.
Algunos son bonitos, otros feos,
diferentes en génio y en figura,
de gallear, iguales en deseos.
Fundan toda su dicha y su ventura
en imitar franceses figurines,
mas su copia es atroz caricatura.
Llevan cintas en vez de corbatines,
Y son prendas del pollo verdadero,
el lente y el junquillo con borlines.
Y por último, Fábio, el mundo entero
los pollos llenarán con su osadía,
si pronto no se forma un gallinero,
Do vivan enjaulados, hasta el dia
que á fuerza de razones y de caña,
se cure su rídicula mania.
Mas si la jaula rompen y en su saña,
prosiguen con su bulla y cacareo,
el remedio mejor, á lo que veo,
es otro Herodes que nos limpie á España.

El Bachiller Tenaza.

HISTORIA DEL NIÑO.

Habia hace algunos años un viajero, y este viajero emprendió un viaje. Era por mi fé un viaje mágico que pareció al pronto debia ser muy largo, y muy corto cuando estaba ya á la mitad del camino.

Durante algun tiempo fue caminando por una senda asaz sombría, sin tropezar con nada, hasta que al fin encontró á un niño muy pequeño. Preguntóle entonces:—¿Qué haces aquí?—Y el niño respondió:—Estoy jugando; ven á jugar conmigo.

El viajero jugó todo el dia con el niño, y ambos lo pasaron alegremente. El cielo estaba sereno, tan cristalina el agua, y tan fresca la pradera; eran tantos y tan variados los trinos y gorjeos de las avecillas, y tan abundantes y galanas las mariposas, que permanecieron largos ratos estasiados. Era primavera. Cuando llovia se complacian mucho en mirar cómo caian las gotas de las nubes, y en respirar el perfume de las flores; y si sumbaba el viento prestaban atento oido á sus murmullos, creyendo poder comprender algo de la conversacion que ellos se imaginaban tenian consigo mismos.—¿De dónde vendrá tan alborotado? se preguntaban el viajero y el niño, mientras que él continuaba su marcha precipitada silbando, mugiendo, empujando las nubes delante de él, tronchando los árboles que pretendian resistirle, desmoronando las chimeneas, conmoviendo los edificios, y levantando las olas del mar.—¿Nevaba? mucho me-

jor todavia, porque nada les entretenia tanto como ver caer los blancos copos de nieve, parecidos á la finísima pelusilla que se desprendia de mil pajarillos blancos, y verla despues condensarse y no dejar oir rumor alguno ni en los caminos ni en las sendas de los bosques.

Tenian en abundancia cuantos juguetes podian desear; bellísimos libros con grabados, llenos de cimitarras, babuchas, turbantes, gigantes, enanos, genios y hadas, de hadas maravillosas, de tesoros, cavernas y selvas aterradoras, en fin, de todo cuando se podia desear.

Un dia, empero, el viajero perdió al niño. Llamóle repetidas veces, pero en vano. Desconfiando de encontrarle, volvió á emprender el camino, andando mucho tiempo sin encontrar á nadie, hasta que al fin tropezó con un jóven á quien preguntó: ¿Qué haces ahí? —Y el jóven respondió: Estudio, ven á estudiar conmigo.

Por esto supo el viajero quiénes eran Júpiter y Juno, los griegos y los romanos, y muchas otras cosas mas que no recuerdo y que él olvidó tambien. Pero no estudiaban siempre, porque tambien jugaban y se distraian alguna vez, en verano bañándose en el rio, y en el invierno patinando sobre el terso hielo de la pradera. Unas veces paseaban á pie y otras á caballo: jugaban á la pelota, á los bolos, á la barra, á salta-cabrilla y á otros muchos juegos que no tengo ahora presentes. Tambien disfrutaban de sus correspondientes vacaciones, de algunos bailes hasta media noche; del teatro, donde veian palacios de oro y plata, y donde en pocas horas miraban efectuarse sus grandes y sorprendentes prodigios. En cuanto á amigos, tenian tantos y tan verdaderos, que no es posible enumerarlos. Todos eran jóvenes como el niño, y ofrecian quererse y apreciarse toda la vida.

Sin embargo, en medio de tantos placeres el viajero perdió al jóven como habia visto desaparecer al niño, y despues de llamarle en vano varias veces, prosiguió su camino. Solo anduvo durante mucho tiempo sin encontrar á nadie, hasta que al fin vió otro jóven de mas edad. Preguntóle:

—¿Qué haceis aqui?

Y el adulto contestó:

—Estoy amando. Venid á enamorar conmigo.

Fuese el viajero con el jóven, y pronto se encontraron junto á una linda jóven que no habian visto jamás, tan bella como Fanny que veo en aquel rincon, con unos ojos tan espresivos como ella, y con unos cabellos y dos hoyuelos en las mejillas como Fanny, y que se sonreia y ruborizaba lo mismo que Fanny, ahora que nota que me ocupo de ella. El jóven quedó prendado de repente de tal conjunto de gracias y de modestia, lo mismo que se enamoró de Fanny uno que yo conozco y que no quiero nombrar. Alguna vez empero, reñian y se amostazaban lo mismo que sucede á Fanny y á su adorado, otras disputaban, como ellos; y como ellos tambien volvian á hacer las pazes y á quererse mas que antes, y á contarse sus penas en secreto, y á escribirse á cada momento, y á creerse muy desgraciados cuando se separaban, y á buscarse de continuo haciendo como se evitaban y huian, hasta que llegó Navidad, y como los padres acordaron su enlace para coronar tanto amor, se sentaran junto al hogar paterno, como dos futuros esposos que eran.... justamente lo mismo que hacen el que no quiero nombrar, y Fanny.

Pero un dia el viajero les perdió de vista, lo mismo que antes perdió al niño y al muchacho; llamóles en alta voz, pero como no le contestaban prosiguió su camino. Solo caminó durante un largo trecho hasta que vió un hombre de edad madura á quien preguntó:—¿Qué haceis aqui?—Y la respuesta fue:—Estoy siempre ocupado; venid á trabajar conmigo.

Marchóse con el hombre y ambos se dirigieron al bosque próximo. Era este muy grande; los árboles de la entrada estaban verdes como los de un prado; las hojas de los que les seguian tomaban cierta tintura oscura que precavia mejor de los ardientes rayos del sol; y otros mas pequeños que habia junto á estos, ansiosos al parecer de crecer, se agostaban, se iban agostando antes. El hombre no estaba solo, pues tenia en su compañia una muger de su misma edad y varios niños juguetones. Todos en amor y compañia prosiguieron su camino, arrancando la maleza que encontraban al paso, y abriéndose ca-

mino entre las ramas y hojas caidas de los árboles, formando haces de leña y trabajando sin cesar.

A veces llegaban á un ancho camino que conducia á otra parte mas enmarañada del bosque, y entonces oian una voz que gritaba: —«Padre mio, padre mio, soy otro hijo, esperadme»—Y de pronto aparecia un niño, que crecia á medida que iban avanzando y que corria para no perderlos. Al momento que se les reunia, todos le rodeaban, le acariciaban, le besaban, y despues proseguian juntos el camino.

Otras veces se paraban todos en cierto sitio del bosque, de donde partian diferentes caminos, y uno de los jóvenes esclamaba:— «Padre mio, me voy á embarcar» otro: «Yo voy á la India» y otro: «Yo voy á buscar fortuna donde pueda,» y otro en fin: «Padre mio, decia: yo subo al cielo.» Asi, despues de derramar lágrimas abundantes por tan repetidas separaciones, cada uno de los jóvenes tomaba el camino que mejor le acomodaba, solo y entregado á sí mismo; escepto el que decia que subia al cielo, que se elevaba por el aire y desaparecia.

Cada vez que ocurria una de aquellas separaciones, el viajero miraba al padre que alzaba los ojos para contemplar la luz del dia que empezaba rápidamente á declinar. Notaba tambien que sus cabellos se emblanquecian; pero no por eso se detenian un solo momento, pues el viaje era largo, y era preciso trabajar sin descanso.

Pero al fin fueron tantas las separaciones, que no quedando ya hijo alguno, solo prosiguieron su marcha el padre, la madre y el viajero. Las hojas de los árboles se habian tornado amarillentas, apenas quedaba alguna que otra agarrada á las ramas.

En esto llegaron á una senda mucho mas sombria que las anteriores; y apenas habian entrado, sin mirarla siquiera, cuando la muger se detuvo y esclamó:

—Esposo mio, me llaman.

Paráronse á escuchar, y en efecto, oyeron una voz que decia: «¡madre mia, madre mia!»

Era la voz del niño que habia dicho: «me voy al cielo.»

El padre le respondió arrasados en lágrimas los ojos: «Todavia no, hijo mio; espera un momento, te lo suplico: deja que antes se oculte el sol.»

Pero la voz continuaba diciendo: «Madre mia, madre mia,» sin escuchar lo que el padre la respondia, ni parar mientes en sus lágrimas.

Entonces la madre, que aunque medio envuelta por las sombras del bosque estrechaba afectuosamente á su marido contra su pecho, le dijo: «Amigo mio, es preciso que me vaya, porque me llaman.» Y dicho esto se marchó, quedando solos el padre y el viajero.

Asi prosiguieron su camino hasta que, al llegar al límite del bosque, el viajero perdió al anciano. Llamole una, dos y tres veces... pero en vano, hasta que al abandonar enteramente el bosque, y cuando el astro del dia solo dejaba entreveer los últimos destellos de sus fulgores moribundos, divisó á un anciano sentado junto á un tronco de un árbol caido en el suelo.—¿Qué haceis aqui? le preguntó Y el anciano le contestó:—Estoy recordando: venid á recordar conmigo.

El viajero se sentó junto al anciano, y al momento empezaron á presentarse á su memoria todos sus antiguos compañeros de viaje: el hermoso niño, el robusto muchacho, el jóven enamorado, el padre, la madre y todos sus hijos; todos se le presentaron, sin que faltase ninguno. Amólos á todos siendo para todos bueno é indulgente, y ellos en cambio le amaban y respetaban.

Creo, abuelito mio, que vos sois aquel viajero, porque eso mismo haceis con nosotros, y nosotros tambien hacemos para con vos lo mismo que ellos tambien hacian.

Cárlos Dickens.

Lúnes 11 de Julio.

EL GOBERNADOR DE LA SAMARITANA.

Recuerdo muy bien, no obstante de haber transcurrido muchos años, haber visto sobre el *Puente nuevo* de París, un singular edificio cuadrado, que tenia en la fachada una fuente que apenas echaba algunas gotas de agua, un relox que andaba siempre atrasado, y en lo alto, un grupo de campanas ya cascadas: tal era el edificio que llamaban *la Samaritana*. Este monumento comenzado bajo el reynado de Enrique III y concluido en el de Enrique IV, en 1608, tenia el pomposo título de gobierno, y el Rey dotaba espléndidamente al gobernador: en su tiempo habia sido un monumento notable, porque su fuente-bomba obra del célebre mecánico flamenco Juan Linthaër, servia para elevar las aguas al jardin de las Tullerias; pero posteriormente, destrozado por las injurias del tiempo, el Emperador Napoleon mandó derribarlo en 1813. Hizo bien? Quién sabe; ni es cosa tampoco que me ocupe de ella, cuando mi idea es hablar no tanto del edificio, cuanto de uno de sus gobernadores, cuya historia voy á narrar.

Hácia al fin del reynado de Luis XV, el gobernador de la *Samaritana* se llamaba el caballero de Rancé, antiguo mayor en el regimiento de los dragones de la Reyna. Poseia hasta la exaltacion el sentimiento del honor, tenia una hija adorable, y un brazo de menos; pero apesar de su sesenta y cuatro años y de toda sus pasadas desgracias, tenia el mismo corazon y espíritu que un jóven de 20 años.

Antes de ser gobernador de la *Samaritana* habia pasado grandes vicisitudes. Su primera desgracia habia sido la de no conocer á su madre, que murió al darlo á luz. Por lo demas, su padre que era un antiguo señor de la Turena lo habia educado en los mas elevados principios. Muy jóven todavia, sus ocupaciones preferidas eran el estudio de las lenguas y de las ciencias naturales. Por las mañanas temprano se iba á las praderas á ver abrir las flores, y por la noche se complacia en mirar las estrellas. Sus placeres eran la poesia y las artes; aunque sin descuidar los egercicios del cuerpo, porque siendo un caballero debia sobresalir en la equitacion y en el manejo de las armas; pero no fundaba en esto su pasion ni su orgullo. No era aficionado á carreras ni á la caza, tampoco le llamaba la atencion el juego, y todo esto en aquellos tiempos, hacia que los otros jóvenes se mofasen de él, llamándole el nuevo *Amadís*, el caballero de los suspiros, el poeta.... Pablo Rancé los dejaba decir, y continuaba obrando á su antojo.

Sin embargo, llegó un dia en que las bromas fueron tan pesadas que creyó deber tomarlas por lo serio. Al efecto tuvo tal esplicacion con el bromista, que en adelante nadie cayó en la tentacion de reir á su costa. Asi llegó á los veinte años: el dia que los cumplió le dijo su padre: Amigo mio, toma este despacho

de subteniente; vas á partir al campamento del Rey, á pelear por él como yo lo he hecho, y como es deber de toda familia noble el hacerlo: Que Dios te proteja y ayude..... En todo caso, viva el Rey!

El jóven caballero de Rancé partió despues de haber pedido la bendicion á su padre, y un talisman á la señorita Ester de G.... Ambos jóvenes se amaban mas que lo que se lo habian dicho, mas que cuanto puede decirse; las dos familias eran gustosas, y el matrimonio debia celebrarse cuando Rancé regresase de su primera campaña. Permitióse á Ester que diese á su prometido una tumbaga hecha de sus cabellos. Algun tiempo despues el pobre jóven perdió en la batalla de Fontenoy su brazo derecho, y por consiguiente la tumbaga ó anillo; pero sin inquietarse por el primero tanto como por la segunda, hizo vivas diligencias por recuperarla, y habiéndolo conseguido se la puso en la otra mano y continuó la campaña. Terminada ésta volvió á la Turena, donde esperaba hallar toda clase de consuelos. Llega al castillo de su padre, entra, y le sale al encuentro un sacerdote: «Vuestro padre, le dice, murió repentinamente antes de ayer: hoy son sus funerales." El desgraciado hijo, medio muerto tambien, asiste á ellos. Al dia siguiente se informa de Ester. «Hace una semana que tomó el velo en el convento de las Ursulinas de Tours, le dice su anciana tia. A la noticia de vuestra fatal herida sus padres han mudado de opinion. Quisiéronla obligar á contraer otro matrimonio..... y ella se ha refugiado en las brazos de Dios. Vuestro padre ha sucumbido de pena al pensar en la que vos tendriais."

El caballero volvió al punto al egército; buscó en la guerra los peligros, pero no hay peligros para el que es muy desgraciado. Un año tras otro llegó al grado de mayor, y á ser condecorado con la cruz de S. Luis. En esta época la Francia estaba en paz; Rancé pidió su retiro, y no queriendo volver á pisar los sitios que encerraban tan dolorosos recuerdos, vendió todas sus propiedades, y se retiró á París, que es el gran refugio, la ciudad de la inteligencia, de la hospitalidad y de la libertad. Las artes y el mundo le embriagaron con su prestigio. Conoció todos esos pasatiempos delicados, todas esas elegantes conferencias, toda esa política esquisita, que suplen á muchas cosas, y que nada puede reemplazar..... hasta que llegó un dia en que lo desposaron, justamente cuando la edad iba haciendo que la soledad le fuese pesada. Madama de Rancé era una persona de verdadero mérito, una compañera adicta y necesaria. Desgraciadamente murió á poco, y hete aqui de nuevo al pobre caballero con una nueva pérdida que lamentar, con un nuevo dolor que sentir. Sin embargo, al morir su esposa le dejó una hija en la cuna: se llamaba Ester, y fácil es adivinar por qué.

Aqui comienza otra existencia para el caballero de Rancé. Su corazon tan tierno, pero poco acostumbrado á amar, halló para su hija todos sus tesoros de ternura, y se reanimó maravillosamente. Hasta le parecia que á medida que su Ester iba creciendo, adquiria una semejanza estraordinaria con la que habia sido el sueño de su primera juventud, que hubiera debido ser la felicidad real de toda su vida, y que se habia supultado en el claustro, tumba terrible, adonde ni aun pueden ir á llorar los que sobreviven. Durante la infancia de su hija, el caballero fue una madre para ella, siendo despues el padre mas cuidadoso que podia darse para su educacion. Y no fueron sus trabajos perdidos, porque Ester á todas las bellas cualidades de su alma, á su belleza y talento, reunia todas las que pueden hacer brillar á una jóven en la sociedad. Era afable, dulce, modesta, caritativa, y amaba entrañablemente á su padre. En todas partes se hacian elogios de ella, y el caballero de Rancé, ébrio de felicidad, creia haber vencido su mala estrella. Pero no era asi: un dia recibió un correo de la Suiza con la triste noticia de que un banquero de Ginebra, en cuyas manos habia depositado toda su fortuna, acababa de hacer una espantosa quiebra.

El caballero Rancé quedó aterrado; y no por él sino por su hija cuyo porvenir lo veia ya perdido. Asi es que nada podia consolarle, no obstante las caricias de Ester, que enterada del caso, y viendo que solo se trataba de la pérdida de su fortuna, se mostró cada vez mas risueña y contenta El pobre caballero empezó desde aquel dia á hacer diligen-

cias para encontrar una colocacion, pero todo fue en vano: los amigos le olvidaron, los que le debian favores se mostraron ingratos, y últimamente, al cabo de cuatro meses habia perdido del todo la esperanza, y se habia tenido que retirar con su hija, y una antigua sirvienta, que no habia querido abandonarlos, á una modesta habitacion. Alli, Ester cambiando de nombres y dándose á conocer con el de Laura Pigal, pudo proporcionarse algunas alumnas de canto y música, hallar en su trabajo los medios necesarios para sostener á su padre; pero éste no podia acostumbrarse á la vida que pasaba su querida Ester, y cada dia estaba mas triste. Ester lo notaba, lloraba á escondidas y el desaliento se apoderaba de ella.

Un domingo al pasar con su criada por el Puente Nuevo, notó que las campanas de la *Samaritana* tañian lúgubremente. Se informó y supo que el gobernador acababa de morir: la frente de Ester se iluminó con una idea repentina, y en seguida se dirigió apresuradamente y en secreto á un convento de religiosas, donde hacia tres semanas que daba lecciones, y arrojándose á los pies de la superiora, le dijo:

—Señora, vengo á implorar vuestra proteccion para mi infeliz padre.

—Qué le pasa, querida Laura?

—Señora..... en primer lugar yo no me llamo Laura Pigal..... mi padre es de una de las primeras familias de Turena, un antiguo oficial que ha perdido un brazo.

—¿Qué está manco; decis?..... y es de la Turena?

—Si señora.

—Y cómo se llama?

—El caballero de Rancé.

—El caballero de Rancé!

—Qué teneis, señora?..... Acaso ese nombre?...

—Nada, no es nada, hija mia. Y bien? deciais. ...

—Que está enteramente arruinado, y que veo que se muere de sentimiento por mí... ¡Ah! señora, yo se que teneis un sobrino de mucho valimiento con el Rey..... y si una pobre jóven pudiese algo con vos.....

—Hablad, hablad, hija mia, qué es menester hacer?

Ester refirió en pocas palabras lo que acababa de saber por una casualidad.

—Todavia se ignora esto en la corte, añadió; y si vos solicitais ese destino para mi padre!..... Pero en verdad soy una insensata; perdonadme y bendecidme.

—Idos, hija mia, y confiad en Dios, le contestó la abadesa con una voz que le infundió esperanza.

A los cuatro dias de haber tenido lugar esta entrevista, el caballero de Rancé recibió su nombramiento de gobernador de *la Samaritana*. El pobre caballero creyó estar soñando.

—Padre mio, le dijo Ester, yo os esplicaré este milagro; pero ante todo, venid conmigo á bendecir al ángel á quien debemos tanto bien.

Y durante el camino le refirió su conferencia con la superiora.

Llegados al convento, Ester mandó á decir á la Abadesa que dos personas necesitaban precisamente hablar con ella: no quiso dar su nombre temiendo que su bienhechora se negase por un sentimiento de humildad. La Abadesa se presentó.

—Ah, señora! le dijo la jóven, recibid mis bendiciones y la de mi padre.

La religiosa sin levantar los ojos balbuceó algunas palabras.

—Ester!..... gritó el caballero.

Su corazon habia reconocido á traves de la verja y despues de tantos años, á aquella cuya imagen jamas se habia borrado de él.

—Señora, contestó recobrándose; bien sabia yo que este talisman habia de hacer mi felicidad.

Y adelantó la única mano que tenia para enseñarle la tumbaga..... y dos gruesas lágrimas corrieron de sus ojos. Dos lágrimas rodaron tambien al mismo tiempo de los de la Abadesa..... Ambos hicieron en seguida la señal de la cruz. La jóven Ester, asombrada de lo que creia adivinar, bajaba su frente cubierta de rubor. La superiora rompió al fin aquel largo silencio.

—Adios, le dijo, y sed feliz .... Voy á rogar por vos; rogad vosotros por mí.

Y se alejó bajo las oscuras arcadas del claustro.

INSTALACION DEL GOBERNADOR DE LA SAMARITANA.

Al dia siguiente la pequeña guarnicion de *la Samaritana* estaba de gala formada delante de la fachada del edificio: el mariscal de Soubise instalaba al nuevo gobernador: las campanas tocaban todo su repertorio. Algunas horas despues, todos los amigos que en la desgracia se habian eclipsado, se presentaron de nuevo á felicitar al caballero de Rancé, y algunos dieron á entender que no eran estraños á aquel acto de justicia. El caballero y su hija se sonreian lo menos maliciosamente que les fue posible.

Desde aquel momento el caballero de Rancé recobró la tranquilidad de su espíritu, que tan bien se hermana con la dulce melancolía del corazon. La estension de sus conocimientos, y las gracias y brillantes talentos de su hija, atrajeron á su casa todas las personas mas distinguidas de París. El lujo y el orgullo no habian inventado aun los *raout* y el *spleen*, y todos recibian á favor el ser presentados á las fiestas intelectuales del *gobernador de la Samaritana*.....

No sabemos lo que fue despues del padre y de la hija, y como acabarian. Desgraciadamente, no hay mas que una manera de acabar; y en verdad que es muy triste.

S. C.

ADIOS A LA PATRIA.

ROMANCE MORISCO.

Tendida la vela al viento,
con veinte remos por banda,
y el pabellon argelino
en el tope de mesana;
Una africana galera
sale del puerto de Málaga,
apenas el sol sus rayos
por el oriente derrama.
Bajo su cortante proa
en rizados copos salta
la blanca espuma, y sumisas
doblan las olas su espalda.
Deslizándose velera
sobre las azules aguas,
cual la blanca paviota
al impulso de sus alas.
«Voga, voga, mis remeros,
avante, avante, canalla,
con voz de trueno decia
el Arraez que la manda:
Que antes que llegue la noche
debemos echar las anclas,
en las queridas orillas
de mis playas africanas.»
Y la galera obediente
por los remos impulsada,
é hinchada la blanca lona
al soplo de brisa mansa,
Dobla veloz su carrera,
y en medio las ondas bravas
abre su tajante quilla
brillante surco de plata.

—

De la popa en el castillo,
de pie sobre el alto alcazar
gallardo mancebo mozo
dirije triste mirada
A la ciudad cuyas torres
divisa, á larga distancia,
envueltas entre las nieblas
que acompañan la alborada.
En ella fija sus ojos,
dó brillan amargas lágrimas,
y de dolor un suspiro
al hondo del pecho arranca.
De sus lábios se desprende,
en mal cortadas palabras,
tristísima despedida
último adios á la patria.
Adios, mi ciudad hermosa,
de Andalucia sultana,
orgullo de la Ajarquía,
la que Gualmedina baña.
La tan querida del moro,
cual del cristiano envidiada,
ayer señora, hoy cautiva,
esclava serás mañana.
Adios, la perla preciosa
de la corona arrancada
que en las sienes se deshace
del granadino monarca.
Ya no se oirá en tu mezquita
del muetszelin la llamada,
ni ondearán sobre tus muros
las enseñas musulmanas.
¿Qué te sirvió Gibralfaro?
¿Que te sirvió la Alcazaba?
si fuiste, en hora maldita,
vendida, mas que ganada.
La maldicion del Profeta

sobre la cabeza caiga
del traidor, que vendió al oro
padres, religion y patria.
Sea su infame descendencia
del vencedor ultrajada,
y de la traicion el sello
grabado quede en su raza.
Adios, mi ciudad hermosa,
cuanto hermosa desgraciada,
ya no te verán mis ojos;
Adios Málaga, adios Málaga.

—

Ligera en tanto la brisa
á la galera empujaba,
que meciéndose en las olas
iba siguiendo su marcha.
Y solo la voz se oia
del Arraez que gritaba,
animando á los remeros,
avante, avante, hácia el Africa.

Cádiz 1853.—RAFAÉL DE MEDINA.

FERRO-CARRILES.

VIAJE POR LA LÍNEA DE LIVERPOOL.

Algunos meses hace que viajaba por Inglaterra, y no quise dejar este pais sin haber antes recorrido el camino que conduce de Manchester á Liverpool. Partí, pues, para esta última poblacion en la que desde luego pude visitar la prision construida por el filósofo Howard, (la cual ha servido de alojamiento á los prisioneros franceses,) la Bolsa, la moderna aduana, la casa de dementes y el teatro. En dicha ciudad tuve la fortuna de encontrar un inglés que se proponia hacer el mismo viaje y que se ofreció á servirme de *Cicerone*. Nos separamos despues de convenir en que nos volveriamos á ver al dia siguiente, antes de la siete, en los *Doks de la Reyne*, cerca de los cuales está el principio del camino de hierro, junto al sitio llamado Wapping. Nos reunimos en dicho parage con alguna anticipacion, y como vimos que teníamos todavia que aguardar mas de media hora, la empleamos visitando las diez soberbias ensenadas que pueden contener mas de 1,000 buques. En seguida subimos á un carruage, despues de ver los almacenes de la Compañia, construidos del lado arriba del ferro-carril, que en esta parte se ha tenido que construir rebajando el terreno hasta una profundidad de veinte y dos pies. Dichos almacenes facilitan la carga de los wagones que se conducen bajo escotilles, destinados á este objeto.

Os he hecho venir aqui, me dijo mi Cicerone, aunque os hubiera sido mas conveniente esperar el *Auxilium* (especie de ómnibus que va gratis á recoger los viageros para llevarlos al espacioso patio de la Compañia) porque de otro modo no hubierais recorrido el gran *Tunnel*, galeria subterránea que atraviesa una parte de la ciudad de Liverpool, y en el cual vamos ahora mismo á entrar.

Al contemplar esta inmensa caverna alumbrada por los brillantes resplandores del gas, no pude menos de esperimentar un sentimiento de admiracion y asombro, principalmente cuando mi guia me esplicó las innumerables dificultades que habia presentado su ejecucion. En algunos parages, me dijo, los mineros se aprocsimaron de tal modo á los cimientos de las casas bajo las cuales trabajaban, que algunas de ellas se estremecieron.

Bajo esta dilatada bóveda, ví diferentes inscripciones que me hicieron conocer pasába-

mos bajo las principales calles de la poblacion, pudiéndome así esplicar de donde provenia el ruido sordo que sentia encima de mi cabeza. Despues de haber atravesado un espacio de cerca de 800 pies, llegamos á la parte baja del plano inclinado que conduce al camino descubierto. Alli se remolcan los carruages con cables que se enroscan en el tambor de las máquinas fijas de vapor, colocadas sobre la meseta de *Edge-Hill*, y donde las chimeneas en forma de columnas dan á este sitio un aspecto monumental. A un lado se vé el pequeño Tunnel que conduce á los edificios de la Compañia en Crown-Street (calle de la Corona) y sobre cuyos rails, abandonados los carruages al impulso que le presta su propia pesantez, bajan por una suave pendiente á la estacion en que son unidos á las máquinas locomotoras: al otro lado hay una galería sin fondo, que completa la simetria y que sirve para ir á los talleres.

Partiendo de Edge-Hill, los carruages, rodando sobre un terreno que declina insensiblemente, llegan á la escavacion del monte *Olive*, donde la ruta ha sido abierta en un terreno muy sólido á una profundidad considerable y á cielo descubierto; encontrándose por consiguiente, entre dos taludes que se prolongan cerca de media legua, y hallándose de distancia en distancia cortada por puentes que sirven para continuar los diferentes caminos que atraviesan la línea. Saliendo de este abismo se viaja sobre una calzada, de altura por algunos sitios de mas de 30 pies, la que está igualmente ocupada en algunos puntos por puentes que dan paso á los caminos que cortan la llanura, ó los arroyos que alli serpentean. Recorrimos dos planos inclinados, uno en *Wiston* y el otro en *Sulton*; luego llegamos al hermoso valle de *Sankey* que atraviesa el camino sobre una calzada que va á parar á un puente de nueve arcos, de los cuales cada uno tiene cincuenta pies de anchura y mas de setenta de elevacion. Esta maravillosa construccion, que hace recordar las mas atrevidas de los romanos, da paso al canal practicado en el valle.

Un poco mas lejos comienza otra calzada que conduce á un puente de cuatro arcos, bajo los cuales pasa un riachuelo que mas adelante da impulso á un molino de trigo, y bajo la otra pasa el camino de *Warington* á *Balton*. Desde lo alto del puente me hizo observar mi amigo un paisage delicioso, y me enseñó la antigua ciudad de Newton, que ahora solo es un pueblecillo, y un castillo gótico cuyo nombre he olvidado.

Hemos llegado, me dijo en seguida, al sitio en que pereció Mr. Huskisson, en el primer viaje que se hizo por la línea que recorremos. Habiánse dispuesto varios coches magníficos, en uno de los cuales iba el duque Sir Roberto Peel y Mr. Huskisson. El convoy conducido por la máquina el *Northumberland*, llegó en 56 minutos á *Bark-side* que dista 17 millas de Liverpool. Paróse allí para tomar agua: Mr. Huskisson que padecia de una pierna, se habia bajado del coche y hablaba con el duque, cuando al divisar una máquina que venia avanzando rápidamente por la misma línea en que él estaba, quiso volverse á subir, pero no se apresuró lo suficiente y fue atropellado en el momento en que pasaba entre la locomotora y la portezuela abierta de su carruage, de cuyas resultas salió con una pierna rota, y murió á las pocas horas.

Despues de haber atravesado una grande escavacion en *Kenyon*, *Chat-moor* ó pantano del gato, que divide la ruta, y donde ha sido necesario establecer un arrecife en terreno movedizo y en tales términos esponjosos, que ni siquiera era posible zampear, el cual, sin embargo, ha quedado bastante sólido, por mas que haya sido preciso invertir una inmensa cantidad de materiales.

Saliendo de este sitio sombrio y desierto, se asciende insensiblemente hasta la calzada de Barton, desde donde se descubre una rica comarca; despues se entra todavia en una escavacion á cuya salida distinguimos en lontananza á Manchester, que se anuncia por el campanario de la iglesia de San Miguel. Muy en breve estuvimos á las puertas de esta poblacion que cuenta en el dia mas de 30,000 artesanos, y que en 1814 no tenia siquiera uno. Esta prosperidad es debida á las numerosas comunicaciones que se le han abierto. El ferro-carril de Liverpool y los que despues se han concluido, convertirán á Manchester en el depósito de todos los productos de Irlanda.

E. N.

NUMISMÁTICA.

ESTUDIO DE UNA MEDALLA DE NERON

que fue encontrada en la union de la cabeza con el cuello de una estátua colosal de Cártama; y se halla en poder del Sr. D. Felix Rando y Soulé (*).

Es una medalla romana de la clase de los medallones de cobre, que apartados de la comunidad de la moneda corriente, eran de sobresaliente hechura y esquisito relieve. Sabemos por la autoridad de Suetonio que el Emperador Augusto gustaba de regalarlos á sus privados y amigos durante los saturnales, ó sean las fiestas de Saturno. *Nummos omnis notæ, etiam veteres, regios et peregrino*. Y de esta especialidad proviene que semejantes signos no sirviesen en el comercio, se hallasen mejor conservados que las monedas de comun uso, y fuesen, por el motivo que originó sus acuñaciones, páginas monumentales.

De este favor especial que bastó á crear la voz *Missillia Missillium* (dones del príncipe al pueblo) va á surgir la aplicacion que vamos á dar á este bronce en el objeto en que fue encontrado, pues nos parece tan plausible, que la creemos singular y á toda prueba luminosa.

No faltan espositores que afirmen que estos medallones no fue posible fabricarlos desde Augusto hasta Adriano sin el permiso del Senado, como sucedia con la moneda, pues en este último César, tan patrocinador de las artes y del esplendor del imperio, queriendo fuesen mas preciosos, se abrogó la facultad de mandarlos acuñar, la que continuó en sus sucesores hasta el Emperador Decio, que durante su reynado restituyó á los padres conscriptos esta facultad omnimoda sobre los numos de cobre. Tampoco falta quien sostenga, con el baron de la Bastie, que luego que los medallones habian llenado el objeto de su primer destino, se les daba libre curso en el comercio, arreglando su valor en proporcion de su ley y peso, y que por esta razon se les ponian las contramarcas, que se advierten en muchos de ellos, como una especie de *exsequatur* para su circulacion.

Sea de esto lo que se quiera, pues que no incumbe á nuestro objeto, es asercion indubitable entre todos los anticuarios, que estos

(*) Estas noticias que aqui damos, y que tal vez anticipemos, ocuparán un competente lugar en la Revista Arqueológica que tenemos destinada para la historia de Málaga y su provincia.

bronces de gran modulo, y de un relieve tan perfecto, son aquellos que mas se aprecian por su peculiar rareza y por las luces históricas que de su composicion se desprenden, como parece confirmarlo el que tenemos á la vista, que, en la humildad de nuestro juicio, es de un precio muy subido, toda vez que se encontrase dentro de una estátua de la antigua Cartima. Y aun mas se aumenta este valor, que podremos llamar histórico, cuando el bronce que analizamos tiene un riquísimo reverso, rarísimo y poco comun por su conmemoracion y emblemas.

Comenzando por su anverso, ó sea la parte mas noble de esta medalla conmemorativa, vemos el busto de Neron en la época de su advenimiento y en el principio de su reinado; y decimos al principio, porque en esta gloriosa época se hallaba incólume su nombre de los horrores que inspirára el asesino de Agripina, el matador de Británico, y el que destruyó á Roma por un incendio. Por manera que juzgamos, como lo acredita la lozania del busto, que comenzando á imperar el dia 3, antes de los idus de Octubre del año 54 del primer siglo de nuestra era, que corresponde al 12 del dicho mes y año, fue en esta misma ocasion cuando se acuñó la medalla en conmemoracion de su advenimiento, ora fuese por el pueblo, ora fuese por la armada, ú ora fuese por el egército.

Continuando en el estudio del anverso, vemos que el busto del jóven Neron ocupa su superficie, sin que tengamos que decir que las efigies de los Emperadores habian venido ocupándolo desde el tiempo de Julio César, quien no siendo mas que un ciudadano, ya propendia á significarse, adoptando en su familia y en sus particulares denarios un *Elefante* con la palabra César, voz equívoca que tanto significaba el nombre de aquel animal en lengua púnica, cuanto el apellido que tenia Julio.

La corona de laurel que aqui ciñe la cabeza de Neron, era el noble distintivo concedido por el Senado para orlar la frente de los Emperadores desde los tiempos del mismo César; y por lo tocante al letrero, que es la inscripcion de las medallas, ó mejor dicho *su alma*, pues que dan todo conocimiento de las desconocidas imágenes que ni son signos ni emblemas, hallamos que dice la presente:

IMP. NERO. CAESAR. AVG. P. MAX. TRIB. POT. P.P.

ó sea, el Emperador Neron, Augusto César, el mayor de los pontífices, sacerdote revestido perpetuamente de la potestad tribunicia, y padre de la patria. Concisa y elocuente denominacion, que envuelve en su redaccion todo el poder de los hombres, todo lo supremo del sacerdocio, todo la soberania del pueblo, y toda la adopcion de los súbditos de tan vasto imperio.

El precio de tan altos timbres escede al encarecimiento, y aceptados por los Reyes despues de la época de los romanos, han venido significando sus virtudes y sus hechos.

La dignidad de *Imperator*, la de *Dictator perpetuo*, y la de *Pater Patriæ*, fueron tomadas por el mismo Julio César por que no quiso aceptar el título de Rey ni el de Señor; y sus sucesores, despues, reunieron poco á poco á su dignidad los demas títulos y ministerios. Asi pues, vióseles supremos pontífices, tribunos, cónsules, proconsules, censores, augures y hasta con el de las divinidades de sus templos. Prueba de esto dieron, Cómmodo titulándose *Hércules Romano*, y Aureliano *Sol Dominus Imperii Romani*; pero la sucesion del nombre de César vino perpetuándose desde Augusto, quien en el dia de su advenimiento se llamó *Caesar Divi Filius*, despues *Imperator*, luego *Triunviri Reipublicae constituende*, á continuacion *Augustus*, y al final poder de tribuno que le hacia soberano absoluto.

Sin embargo, la palabra *Caesar* que pasó en el alto imperio como nombre de familia mas bien que como dignidad, y que verdaderamente correspondia á todos los que fueron Césares por nacimiento y adopcion hasta los tiempos de Neron, fue una afectacion en los demas, tal vez para atraerse de este modo el amor y respeto de los pueblos.

Sobre el título de *Augusto* es necesario tener presente, que cuando se pensó en escoger un nombre á César el Jóven, se prefirió el de Augusto, que significaba *como una cosa consagrada digna de veneracion y culto, santa, solemne, magnífica*, perpetuándose despues, no

solo en los Emperadores romanos, sino en los soberanos de Europa ya en dictados muy distintos. Por eso vemos en Neron la ostentacion de este título como cuarto Emperador entre los doce del alto imperio, constituyéndose biznieto del primero de este nombre Octaviano Augusto.

Con el dictado de *Pontífice Máximo* fueron los Emperadores dueños de todo lo concerniente á la religion del Estado, y esta facultad omnímoda, que tan al caso venia para alcanzar la apoteosis bajo el dictado de *Divus* tan luego como fallecia el príncipe, se vino perpetuando desde Augusto hasta Graciano, que fue en este último caso cuando quedó abolida la religion pagana, por la conversion de Constantino, porque contando desde este César, no se halla en medalla alguna el título de *Pontifex Máximus,* ni aun en la de Juliano el Apóstata, que parecia congruente volviese al antiguo dictado. Trasmitida al mismo tiempo á los Pontífices cristianos cuando mudó la faz y sede del imperio, acredita su leyenda que este supremo sacerdocio es adjetivo inherente al nombre del Vicario de Jesucristo.

La potestad tribunicia que determina la medalla sin señalar el tiempo ó épocas en que estuvo en ejercicio, demuestra completamente que obtenia el mando absoluto. Procedente tal poder de los tribunos del pueblo desde el año 257 de la fundacion de Roma, fue aquella magistratura que sostenia sus derechos contra las asechanzas de los nobles, de los cónsules y del Senado. Servida en un principio por plebeyos y amovible todos los años, llegó al número de diez, y su autoridad era tan grande que podian juntar al pueblo, proponerle lo que querian, hacer reglamentos y leyes, oponerse á los decretos del Senado, anularlos, citar á los demas magistrados ante el pueblo, prender á los cónsules y hasta imponer multas al dictador. La casa en que residian estos tribunos, estaba abierta de dia y de noche para que el pueblo pudiese entrar á cada instante y á toda hora para producir sus quejas, por lo cual no se les permitia faltar de Roma. Cuando aprobaban los decretos y sentencias del Senado los signaban con la letra T, y cuando á ellos se oponian usaban de la voz *Veto;* palabra de tanta fuerza, que si algun magistrado no la aceptaba, era inmediatamente preso como transgresor de una voluntad inviolable. Respetados del Dictador y sin respeto al Senado, cuando arengaban á las masas, hasta volvian la espalda al palacio de sus sesiones; se codiciaba su dignidad por los nobles, por los patricios, por los senadores y por los príncipes. Augusto fue el primero que se hizo nombrar Tribuno; y los Emperadores que le sucedieron tomaron este carácter haciendo esculpir en sus medallas los años de su tribunado. Pero en los tiempos de Neron, cuya autoridad no tuvo límites, fue esta potestad perpetua como lo fue su despotismo, y hasta lo grande de sus crímenes, neutralizando su abrogacion con el dictado de *Pater Patriae* que venia usándose desde Augusto.

Por último, añadiremos para el estudio del anverso, que el órden natural del letrero con que se entallan estos títulos es por dentro de la *grafila*, ó de ese cordoncillo circular y concéntrico al campo del busto y en relieve de izquierda á derecha como vemos en este bronce, no obstante que promiscuaban en órden inverso en todas las acuñaciones de los doce césares.

El reverso de esta medalla se compone de un escudo de frente que presenta su parte cóncava. Todos los hombres entendidos en la historia de los romanos, saben que el broquel redondo era el que estos denominaban *clipeum*, y que el que aqui examinamos puede ajustarse al *clipei votivi*, que significaba los votos públicos hechos á los dioses por la conservacion de los príncipes, ó determinaba que el César era el asilo y proteccion de los subditos. Colgábanse en los altares ó en las columnas de los templos como hacemos con nuestras banderas, y llevábanse en los juegos y en las procesiones públicas que se hacian por las necesidades del estado. Existe una medalla de Antonino Pio, en que se ven dos broqueles de una hechura extraordinaria con la palabra *Ancilia* para espresar su redondez, y por alusion al broquel fatal enviado del cielo era en este caso señal de que un príncipe tan bueno era mirado como dueño de los hados del imperio.

En la parte superior del círculo, donde resulta este interrumpido, se ve la estatua de

Neron sobre una silla curul que es como se las colocaba, segun nos afirma Tácito, con emblemas que no se distinguen y que pudieron ser el *hasta ó cetro antiguo*, la *patera*, el *parazonium*, la *palma*, el *laurel* y la *oliva*, en señal del supremo poder los primeros, y de virtud y de sucesos memorables los últimos, puesto que el *hasta ó cetro de forma antigua* y *sin hierro* convenia á todas las deidades; que la *patera* era el vaso para los sacrificios, y que el *parazonium* era un cetro redondo por ambos lados ó una espada corta sin *capilus* ó empuñadura, y que en otra medalla de Antonino Pio se llamó *scipio* ó báculo; que la *oliva* y el *laurel* determinaban sus victorias y sus conquistas, por lo que podemos juzgar en este bronce, que lo que en él se ostenta es el *hasta ó cetro antiguo*.

La *cabeza de un perro* á la izquierda, aun cuando pudiera simbolizar á *Anubis*, segun todos los mitólogos, nosotros pensamos que es mas alusiva á la fidelidad de la armada romana para con su príncipe en el dia de su exaltacion, pues la otra figura que está á la derecha no nos representa otra cosa que una *Akakia* ó saquillo lleno de ceniza ó polvo que se presentaba al Emperador en el acto de su consagracion, que era lo mismo que si se dijera, un medio de conservarse en la inocencia con la memoria de la muerte que simbolizaban aquella ceniza y polvo.

Hemos dicho *por la fidelidad de la armada*, en razon de que lo que mas sobresale en el reverso de esta medalla, son cinco bajeles de varios portes ó sean galeras romanas, ocupando el centro la mayor. Por los Anales de Cornelio Tácito sabemos terminantemente, que en el reinado de Neron anclaba la escuadra romana en el puerto de *Miseno ó Misenum*, del que tan solo resta hoy alguno que otro vestigio con las ruinas de un teatro, el cual situaba á unas tres leguas del puerto de Nápoles, y en la entrada norte de su golfo, contigua al actual promontorio de Miseno que demora algo mas cerca. Y si á lo dicho añadimos que los espositores de la ciencia de las medallas, declaran que toda ciudad marítima se simboliza con muchos buques á los pies de una estatua sobre la silla curul cubierta de un paño de púrpura, no vacilaremos mucho en hacer su aplicacion á la ensenada de Miseno, donde siempre estaba surta la armada de Neron, y que su estátua descollaba sobre el puerto. En este caso, este símbolo, sin apartamos de la idea de la exaltacion del César, venia como á perpetuar la fidelidad de su escuadra por tan fausto acontecimiento, y que colocada alli su estatua se habia erigido adredemente para las decoraciones y adornos de aquel puerto.

Pero aun se evidencia mas esta fundada congetura con la efigie de Neptuuo armado con el Tridente, y el Delfin, que conducia á simbolizar que en la física de los antiguos era la tercera region la que se destinaba al agua en el mundo, despues del fuego y el aire sus elementos esclusivos. La mano derecha del dios marino se apoya sobre una *M*, que parece la inicial de *Misenum*, y aunque sea bastardo su trazo, no deja de parecerse á la forma Pelasgia ó Etrusca. Sabido es que el carácter latino, asi como el de los griegos, simplificado en tiempo de Augusto adquirió su mayor grado de perfeccion, y que despues por la decadencia que esperimentaron las artes y ciencias, se adoptaron diversas formas en las letras mayúsculas y minúsculas, que no se guardaron las reglas, y que cada uno las hizo á su manera, degenerando progresivamente hasta el estremo del alfabeto gótico (✱).

Continuando en el reverso, hallamos sobre la parte superior las dos iniciales S. C., la primera al lado de la cabeza del perro, y la segunda en el derecho del taleguillo, determinando que para su acuñacion precedió el *Senatus Consulto* ó permiso del Senado como indicamos al principio; cuya acuñacion se hizo en Roma ó vino de Roma como dádiva, si atendemos al exergo debajo de la figura de Neptuno, donde todavia se distingue ROMAE, no-

(✱) Despues de escrito este artículo, ha llegado á nuestra noticia la existencia de otro gran bronce de Neron, idéntico al de nuestro estudio, menos en la inscripcion del *exergo*, en la que se lee en vez de ROMAE, PORT AUG. (Puerto Augusto ó Puerto de Augusto,) cuya variante corrobora mas y mas, que la acuñacion de estos medallones se hizo á peticion de la Armada Romana surta en el puerto de Miseno, denominado tambien *Puerto del Cesar ó Puerto de Augusto*. Existe en poder del jóven aficionado á colectar medallas señor Don Manuel Manzanares, quien ha tenido la atencion de pasarnos una copia.

minacion de genitivo, sin embargo del deterioro de la A y casi completa desaparicion de la E, lugar que solo se colige por la exactitud y hueco del espacio de las cinco letras mayúsculas.

Teniendo ya comprobado que el gran bronce que analizamos fue acuñado en la ciudad de Roma, ó que de ella procedia como histórico monumento á solicitud de la armada de Miseno, para perpetuar el gran suceso de la exaltacion de Neron al imperio, y que este género de bronces eran frecuentes en aquel tiempo, aun en la vida de este César que conmemoró por otros medallones las obras que hizo en el puerto de Ostia *(Portus Ostiensis)* las carnecerias de Roma *(Macellum Augustae)* y la *Basílica de Ulpia*, nos falta solo espresar el fundamento de nuestro juicio para concordar su hallazgo, por lo que toca á esta medalla, dentro del tronco superior y junto á la hendidura del cuello para asentar la cabeza de una estátua colosal del Municipio Romano de *Cartima* que es hoy la villa de Cártama.

Entre sus restos arqueológicos que hubieran figurado bien en un museo de antigüedades, y que fueron producidos de resultas de las escavaciones que acometió á su propia costa el ingeniero Don Cárlos Lujan hará unos ciento y cuatro años, halláronse varias estátuas colosales especialmente de matronas, no destituidas de mérito artístico, sobre pedestales, con inscripciones inteligibles y claras de que quedan preciosos restos, no obstante nuestras revoluciones, nuestra ignorancia y nuestra incuria, y que el curioso podrá ver en la callada mansion de los muertos. Por estas páginas de piedra, únicos datos históricos del ignorado Municipio, sabemos que, entre sus mas ilustres patricios, eran sin duda los mas notables los *Fabios*, los *Rusticanos*, los *Victorias*, los *Porcias*, los *Decimios*, los *Turrinos*, los *Saturninos*, los *Colmelinas*, los *Vivias* y los *Cayas*, pero muy nobilísimos y egregios los *Rusticos* y los *Proculos*.

En esta docena de nombres que bastaban á llenar las dos terceras partes de todas las familias romanas, pues que no escedian de diez y ocho los nombres de tan estenso pueblo, distinguíanse por su munificencia las *Rústicos* y las *Proculos*, íntimamente en relaciones con sus espléndidos abuelos. La primera de estas familias produjo á la opulenta *Junia Rústica*, sacerdotisa primera y perpetua en el patrio Municipio, que fue la que renovó á sus espensas las puertas de sus murallas, ya deshechas por su vetustez, la que pagó los impuestos que adeudaban los cartamitanos, la que adornó la plaza pública, levantando en ella sobre una columna una estatua de bronce al dios Marte; y en fin, la que tambien hizo á su propia costa y en terreno suyo unos baños para el público, adornándolos con una estatua de Cupido, á cuyo númen se dedicaron, con inaugurales y espléndidos banquetes.

Reconocida la curia de Cartima á tanto desprendimiento, ordenó se erigiesen dos estátuas, la una á tan digna matrona, y la otra á su hijo *Cayo Fabiano Juniano*; pero al aceptar *Junia Rústica* este honor público, encargóse de su dispendio, asi como del costo de otras dos estatuas para su abuela y para su marido *Cayo Fabio Fabiano*.

La magnífica señora que conmemora esta inscripcion, era nieta de *Decimia Decimiae* é hija de *Proculo*, y acaso hermana de *Marco Decimio Proculo*, Pontífice perpetuo de aquel Municipio, que tambien mereció el honor de otra estátua, y de cuya inscripcion consta fue de la *Tribu Quirina* ó sea de la tribu tercera de los cuatro cuarteles ó barrios en que se dividió en lo antiguo la ciudad de Roma. Pero no debe entenderse que estos ilustres cartamitanos fundaban tal descendencia con relacion á su ascendencia con los primeros romanos vecinos del monte Quirinal, sino es por hallarse inscriptos, no obstante ser hijos de Cártama, en el solar de sus padres por el adquirido derecho de ciudadanos romanos, pues que en idéntico caso se hallaron en aquella antigüedad *Lucio Memmio Severo* edil de *Escua* ó Archidona, *Lucio Junio Juniano* de *Acinipo* ó Ronda la vieja, *Lucio Sempronio Verano* qualorvir de la curia de *Laucidulemio* ó Grazalema, *Lucio Calpurnio Maurino y Cayo Mario* de *Nescania* ó el valle de Abdalagis, y *Lucio Porcio Victor* y *Lucio Calpurnio Victor*, igualmente nobles ciudadanos de Cartima.

Hechas estas esplicaciones para fijar la concordancia geográfica histórica de este gran bronce, hallamos que *Volusiano Proculo* era

tribuno de la escuadra romana en el reinado de Neron, uno de sus mas íntimos privados, y de sus mas fieles amigos. La elevacion de esta dignidad, que Rossino en sus antigüedades romanas hace subir hasta á la de mariscal de campo, y que parece fue creada el año 313 de la fundacion de Roma, segun *Vegecio*, y que para optar á ella era como indispensable haber servido cinco años en la caballeria y diez en la infanteria romana, parece como que realzaba la posicion de este magnate, cuyas facultades fueron establecer los centinelas, dar el nombre ó santo entre los romanos, cuidar de las fortificaciones y mandar los egércitos. Distinguidos con un género de puñal que recibian del príncipe, con el anillo de oro y con un trage especial, iban siempre acompañados de cuatro soldados. Los Anales de Cornelio Tácito, que tenemos á la vista, añaden que este *Volusiano Proculo* se halló en la muerte de *Agripina*, madre de Neron, y que adicto constantemente á la familia del César, fue el leal amigo que le descubrió la conjura de *Epicharis*, cuyo secreto penetró bajo el pretesto de entrar en ella con el auxilio de la escuadra.

De todo lo espuesto deducimos, que las estátuas colosales de *Junia Rústica* y la de su abuela *Procula*, se erigieron en los primeros años del advenimiento de Neron al imperio, ó lo que es lo mismo, en el *quinquenium Neronis*, época en la que, segun opina *Mr. Naudet*, en un notable artículo que se insertó en la *Enciclopedie des Gens du Monde*, fue la de los grandes dotes que distinguieron á este príncipe. En este feliz quinquenio del discípulo de *Séneca*, decia el que despues originó tantos funerales, que »sentia saber escribir para firmar una sentencia de muerte." Hizo independiente al Senado; limitó las prerogativas de los tribunos y de los ediles plebeyos; dictó severas leyes contra los libertos y esclavos; juzgó á los dilapidadores de las provincias; se opuso á la supresion de las aduanas; ocultó su rencor contra los partidos y facciones; se reservó el mando de los egércitos; devolvió á los cónsules su jurisdiccion sobre la Italia y sobre las provincias senatoriales, y separó la administracion de su palacio de la del Imperio.

Sediento entonces de la gloria de los grandes príncipes, mandó que las leyes que arreglaban los impuestos, secretas hasta su advenimiento, fuesen públicas para todos, que la prescripcion se estableciese para todos los derechos que no se reclamasen en el espacio de un año; que el Pretor en Roma y en las provincias el Propretor ó el proconsul, conociesen en primera instancia de todas las quejas contra los publicanos, y que los soldados conservasen su inmunidad á escepcion para aquellos objetos en que comerciaban; separó á los cuestores de la custodia del tesoro público, á la sazon acusados de agravar sin compasion el derecho de detencion contra los pobres; suprimió la cuarentena y cincuentena sobre la importacion y esportacion de las mercancias, y quitó ciertos derechos onerosos á las galeras que trasportaban los granos de Italia; y seria ageno de nuestro propósito estendernos todavia mas sobre las buenas disposiciones de Neron en este dichoso quinquenio en que fue su constante propósito tener al Emperador Augusto por modelo. Entonces fue cuando *Séneca* le dedicó su *Tratado de la Clemencia* apostrofándolo de este modo: »Tú puedes contemplar con satisfaccion ¡oh César! tu conciencia. Tú has ambicionado un honor del cual ninguno de tus antecesores ha podido todavia vanagloriarse, que es el de no haber causado daño á nadie. Los votos de los romanos se han asegurado para siempre, y no temen que difieras de tí mismo. La bondad que en ti les hechiza es verdadera, es natural, y no se sostiene mucho tiempo en un personage falso."

La Grecia que le agradecia su emancipacion como provincia, que sabia que á aquellas bondades era justicia añadir la moderacion de los aranceles de procedimientos y los honorarios de los abogados, la constitucion de ciertas formalidades para garantir la verdad de los testamentos, y que hasta las ciencias mismas hallaron en él su patrono cuando envió dos centuriones á indagar las fuentes del Nilo; la Grecia que lo admiró dentro de su propio suelo aparecer como artista en todos los espectáculos, arrastrando tras de sí la flor de la juventud romana, fundando la poesia imitativa y ganando 1800 coronas en los liceos y los teatros, dice por boca de *Plutarco* en su *Tratado de las dilaciones de la Divina Jus-*

ticia, que Neron en los infiernos por castigo de sus grandes crímenes, y cuando su alma se disponia á entrar en el cuerpo de una víbora, una voz que partia de un rayo de luz se lo impidió por estas palabras: »Dale una metamorfosis mas dulce; múdale en un ave acuática que lance sus canoros trinos por los estanques y los lagos. Ya ha sufrido el castigo de sus crímenes, y los dioses tambien le deben algunos favores por la libertad que dió á la Grecia, tierra para ellos querida entre todas las del universo."

Hemos hecho esta digresion no tan solo para mitigar la triste idea de este príncipe por sus inauditos crímenes, sino para hacer compatible que su efigie numismática conmemorase hace 1800 años la ereccion de las estátuas de ciudadanos tan ilustres, y á aquel tribuno de la Armada estacionada en Miseno *Volusiano Proculo*, que era favorito del César desde su advenimiento hasta su muerte, acaecida en el año 68 de la era de Jesucristo, sacando de ello la inferencia, que no juzgamos sea violenta, que fueron repartidas estas medallas ó gitones entre los deudos de *Volusiano* en Cártama, ó remitidas exprofeso para la inauguracion de estas estátuas como gitones conmemorativos.

Y toda vez que este gran bronce se encontró, como se nos agura, en el cuello de la matrona cuyos restos colosales cubre el silencio de la muerte con vergüenza de nuestro siglo, debemos considerarla como la cronologia única del ignorado Municipio dando gracias á su poseedor el Sr. D. Felix Rando y Soulé, por habernos permitido el estudio de este bronce y la saca de su *fac-simile*, como nota interesante de la historia del pais.

Alhaurin el Grande 17 de Mayo de 1853.

ILDEFONSO MARZO.

EL GRAN TEATRO DEL MUNDO.

El palco escénico del mundo, uno de los mas ventilados que existen, tiene en nuestra época la construccion acústica mas escelente que es dado imaginar. Los triunfos y derrotas de los primeros actores, se comunican instantáneamente á todo público espectador, merced á los hilos eléctricos que la grande empresa ha distribuido por todas las localidades. La escena se viste en nuestros dias con suma propiedad. Los trages de los actores de nuestro gran coliseo se ajustan escrupulosamente al último figurin. El cuadro ó personal de sus primeros galanes es variado y completo como nunca. Tenemos escelentes conservatorios que sirven como los mejores planteles que el arte de la declamacion ha podido inventar. Nos hemos civilizado estraordinariamente. El desden con que eran mirados por nuestros padres los comediantes háse convertido en sentimiento de admiracion por los artistas actores. Existe sin embargo una pequeña diferencia.

Antiguamente eran necesarios muchos servicios para desempeñar un papel principal. Hoy un jóven imberbe, que solo ha declamado en algun teatro casero (vulgo periódico) sale á la escena á desempeñar el principal papel, vestido perfectamente de duque ó de ministro.

Cierto es que á veces el patio le recibe con

silvidos, pero no lo es menos que él continúa su papel con admirable calma, adornado de relumbrante vestido, y recibiendo coronas y ovaciones que el palco-periódico ministerial le arroja á la escena. Tambien hemos hecho otro adelanto magnífico.

El gran director de escena organiza una numerosa y sumisa claque, que aplaude y grita y ahoga los silvidos del público, que siempre es alquilado y sirve de comparsa para dar sombra al cuadro, adornar la escena, y cubrir los gastos de representacion. La generacion es fecunda en gentes de primo cartello. Tan luego como un actor principal comete la torpeza de resbalar, los grandes escotillones del escenario vomitan nuevos artistas. El repertorio del teatro-mundo se compone siempre de piezas festivas que pertenecen al género cómico. Todo actor que hace su primera salida presenta un manifiesto que tiene por objeto demostrar cual será su futura conducta dramática. Deslumbra á los espectadores con su ropage y sus promesas, y despues, al cruzar los bastidores se desnuda y olvida su papel. Las comedias son bien desempeñadas, pero nunca á satisfaccion del autor, que tímido y descontento entretiene á la compañia (que es como si dijéramos á la troupe) y paga sin cobrar.

El público de las galerias y del patio se queja del engaño, y al momento suena la orquesta y se redoblan los aplausos..... y la comedia sigue su representacion. Hay muchos aficionados al arte de la declamacion, pero solo los hábiles y entendidos ascienden á primeros galanes.

El género humano es una comparsa decente para llenar la escena en casos dados, cuando por ejemplo la comedia es de mágica ó figuron. Las localidades son muy caras. Dentro de bastidores hay apreturas, intrigas y confusiones legales; esto es, previstas en el reglamento de teatros. La orquesta es desacorde y numerosa. Distinguese por lo sobrecargada que está de metal, y por el escesivo número de individuos que tocan el violon y el contrabajo. Los coros..... Seguiremos otro dia.

ARQUIMEDES.

SONETO.

Huyó la primavera con sus flores;
El ave enmudeció; seca la fuente
Ya no hace su linfa transparente
Ni el cielo sus fantásticos colores.
El bosque que antes pregonaba amores,
Hoy lamenta sus penas tristemente,
Al verse despojado de repente
De su mágica pompa y sus primores.
Todo pasa fugaz en esta vida,
No hay bien estable que disfrute el alma,
Ayer perdimos la ilusion querida,
Hoy perderemos la tranquila calma;
Y mañana tal vez una memoria
Quedará de nosotros transitoria.

EDUARDO DE LUQUE.

LA ROSA DE TE.

I

Sobre un pequeño velador de ébano, en un gracioso pórtico verde, casi enfrente de la ventana de un elegante salon, hay una rosa de Té que luce la blancura de sus hojas, tan puras y encantadoras á los reflejos de la luz brillante del sol. Vedla cómo su cáliz cubierto de rocio exhala dulces aromas, y cómo encorva su tallo fatigada de su propio peso. ¡Qué creacion tan hechicera! Que hará en medio de su inteligencia, el hombre que pueda aproximarse á esa flor donde se respira la vida?

Sin embargo, deslizando la vista á traves de los cortinages, los rayos del sol nos muestran una cosa aun mas bella que la flor. Medio reclinada en un camapé y absorta en su lectura descansa una bella, la rival, la hermana de la rosa. Tiene el color pálido, y en su frente brilla la inteligencia; la costumbre de pensar presta á sus encantos un tinte melancólico, y sus ojos bajos con la sonrisa de sus labios forman un contraste de aspecto triste y dulce, como la creacion de un sueño ó la figura de una fantasia.

Mas una voz se escucha jóven, robusta y clara, símbolo de la vida, emblema de la realidad.

—¡Florencia! ¡Florencia! dijo la voz, dejad por un instante ese respetable libro, y dignaos descender de vuestros elevados ensueños, para venir con vuestra amiga, simple mortal de 16 años. Un solo momento, para preguntaros qué pensais hacer de vuestro querido rosal, cuando partais para Nueva-York ¡triste viage que tanto me desconsuela! Yo no lo reclamo, añadió, tengo demasiado ligera la cabeza para darle los cuidados que merece. No gusto de las flores, sino cuando reunidas en un elegante ramillete contribuyen á hacerme bella para una fiesta. Pero cuidar los rosales, regarlos.... eso de ninguna manera.

—Está tranquila, mi pequeña amiga, dijo Florencia sonriéndose, he encontrado un refugio para mi favorito.

—Yo os lo digo porque habiendo venido Mad. Marshal á haceros visita, le pinté en los términos mas espresivos el abandono en el que iba á caer vuestro amado, y en fin, todo lo que se podia decir sobre este asunto, y me ha asegurado que seria muy dichosa en guardarlo en su parque, tan lleno de bellas flores. Le contesté que seguramente se lo entregariais, y.....

—Pues siento mucho no poder hacerlo, Kate, mi rosal está ya dado.

—¡Dado! y á quien? pues si apenas teneis una amiga!

—Oh! he satisfecho una de mis fantasias.

—Decidme la fantasia, Florencia.

—Tú conocerás á esa jóven pálida; la que nos cose los vestidos.

—¡La pequeña Mary Stephens! qué locura,

Florencia! es una de vuestras manias el echarla de madre y protectora..... Mania que os hace coser vestidos para los hijos de las pobres, fabricar sombreros y tejer medias para los aldeanos de la parroquia. Mas nunca me hubiera podido figurar que mandariais esta pequeña maravilla á una pobre costurera. ¿Qué pensais harán con las flores gentes tan desdichadas?

—Lo mismo exactamente que yo he hecho. ¿No has reparado qué miradas le lanza cada vez que viene? y con qué dulzura contempla sus botones entreabiertos? ¿No recuerdas que el otro dia me suplicó le permitiera viniese su madre á admirar mi rosal? has olvidado el acento con que añadia: ¡Oh cuanto ama las flores mi madre!

—Mas, Florencia; figuraos ese delicado rosal puesto en una tabla y rodeado de tocino, de huevos, de verdura, de harina, privado del aire puro en el estrecho cuarto donde la señora Stephens, ayudada de su hija, lava, guisa, duerme, y qué sé yo...

—Es justo, Kate, mas si como la señora Stephens estuviese yo reducida á lavar, coser y cuidar de mi cocina; si desde mi ventana no se viera mas que un muro de ladrillo y una calle fangosa, entonces ¡qué inestimable no seria para mí una flor como esta!

—Vuelta con el sentimentalismo, Florencia. ¿Los pobres, decidme, tienen lugar de pensar en tales cosas? Por ventura, pueden desenvolverse estas ideas en su corazon? La delicadeza es una flor de muy abrigado invernadero, y necesita para abrirse una atmósfera siempre suave y pura.

—En cuanto á esto, las flores (y creeme, prima mia) no molestan para abrirse la fortuna de su poseedor. La pobreza de Mary es saludada por un rayo de sol tan dulce como el que esclarece el lujo que nos rodea. Si, porque Dios ha criado para todos esa bella naturaleza, y verás que las flores esparcen perfumes tan suaves en el cuarto de Mary como en nuestro salon.

—Y cuan mas agradecida hubiera sido vuestra accion, si en vez de un rosal le hubierais dado objetos de primera necesidad, como una carga de patatas, un jamon, ó en fin cosas de esta naturaleza?

—Ciertamente, estos socorros de primera necesidad es muy necesario dárselos ¿mas por qué motivo hemos de privar á los pobres de algun placer? Sé que hay desgraciados en quien el gusto de lo bello se estingue por falta de poder egercitarlo. ¿Qué sentimiento coloca en la vieja vasija del pobre, el geráneo y la rosa tan piadosamente cuidados? Este solo ejemplo te probará que por todas las clases se estiende el gusto de lo bello.

Kate, no podrás olvidar que nuestra lavandera despues de un dia del mas duro trabajo, pasa la noche velando, ocupada en arreglar un vestido á su hija, á fin de que vaya muy bella el dia de su bautismo.

Si, mucho me acuerdo..... de que estoy casi picada con vos por haberle hecho tan magnifico presente.

—La alegria que esperimenta la madre viendo tan adornada á su hija tiene algo de celestial. ¡Y bien! si, Kate, lo creo firmemente, mi fineza ha causado hoy mas placer que si le hubiera regalado un artículo de primera necesidad.

—Bueno, yo me sostengo en mis costumbres caritativas, no dar á los pobres mas que aquello que sea esencialmente necesario.

—Querida prima, el Todopoderoso no ha pensado asi; no solamente cuida de las necesidades materiales del hombre llenando el mundo de un cúmulo de provisiones, sino que las ha repartido con gracia y variedad admirable en todos los árboles, en todas las plantas, y para alegrar nuestros corazones nos ha dado las flores.

—Muy bien, prima mia, mas esas ideas no las comprende mi cerebro; seguid, seguid vuestro propósito; y Kate colocándose delante de un espejo, ejecutó con la graciosa petulancia de una niña una figura de mazurca.

II.

El lugar de la escena ha cambiado completamente, ahora estamos en una reducida habitacion alumbrada por una sola ventana. No hay ningun mueble de lujo, solamente un lecho bien simple, pero blanco y hecho con esmero, y en el otro un armario con platos y botellas, á la derecha una cómoda, y

delante de la ventana un nuevo y bonito velador de cerezo, que estaba como asombrado junto á los otros muebles que contaban largos dias de servicio.

Una muger de figura pálida por el pesar y el trabajo ocupaba este aposento. Medio acostada en un sillon, tiene cerrados los ojos y apretados los dientes, como un ser que luchando contra un sufrimiento durante algunos minutos se balancea procurando calmar los dolores que sufre, mas á poco abre los ojos y toma un trabajo delicado sobre el que su aguja corre desde el amanecer. En este intervalo la puerta se abre dando paso á una jóven fina, delicada, que con unos hermosos ojos azules donde se refleja la alegria, acerca á su madre un magnifico rosal.

—Oh! míralas, madre mia! esta rosa está en flor, con dos capullos prontos á abrirse, y despues mira otros como esperando desembarazarse de estas hojas verdes que los cubren.

El rostro de la madre se dilató al mirar la bella planta, y despues levantando su vista hácia su hija, vió con alegria en su rostro una animacion y una vida que en largos meses la miseria habia hecho desaparecer.

—¡Dios la bendiga, murmuró!

—¡Oh! si, si, que el buen Dios bendiga á la señorita Florencia; bien sabia, querida madre, cuanto placer os habia de causar este regalo. Ved, ved cuanto capullo, qué de hojas, contadlas, mas..... por el pronto, donde lo colocaremos? y Mary se puso á correr en todas direcciones colocándolo ya en un costado ya en otro, y retirándose despues para juzgar el efecto. La madre seguia con la vista todos los movimientos de su hija, y llamando á su dichosa compañera le hizo observar cuan indispensables eran los rayos del sol para la belleza de las flores, y por consecuencia el rosal debia estar colocado de una manera conveniente á recibirlos.

—Es verdad, dijo Mary. Y bien, mamá, vamos á colocarlo sobre nuestro bonito velador? Oh cuanto me alegro de haberlo comprado; nuestro rosal va á parecer aun todavia el mas magnífico. Dejando á un lado su trabajo la señora Stephens, tomó un viejo diario y estendiéndolo sobre el velador púsole al elegante arbusto cubriendo con el papel sus primeras ramas.

—Eso, gritó Mary que habia seguido con sumo interes todos los movimientos del rosal, eso es, mas los capullos no se ven bien; un poco despacio; mas todavia; ahora.

Mary dió la vuelta al velador contemplando al rosal de todos modos, y agarrando á su madre la llevó alguna distancia para que gozase mejor de su vista.

—Cuan buena es la señorita Florencia, dijo la niña con una alegria infantil, cuan buena es en haberme dado tan bello rosal. ¡Ella! que tanto nos tiene dado; pero lo mas estimable de este regalo es que es una muestra de la bondad de la señora Florencia para nosotros, ¡sabia que nos habia de causar tan gran placer! ¿no es verdad, mamá, que hay pocas personas capaces de tal delicadeza de sentimientos?

Mas este don del alma no debia quedar invisible y perdido sin lugar entre el ayer y el mañana, debia al contrario mostrarse como dotado de una virtud misteriosa.

En el mes de Abril de aquel mismo año, un jóven de elevada estatura y formas elegantes se presentó en casa de la señora Stephens para sacar una cuenta de objetos que anteriormente habia mandado hacer. Este jóven era un estrangero, y habia sido recomendado á casa de la señora Stephens por personas que se interesaban en su suerte. Despues de haber pagado lo que debia, el jóven viagero iba á salir, cuando reparó en el encantador arbusto.

—¡Qué bello rosal, esclamó?

—Si, respondió Mary, nos ha sido regalado por una señora tan bella y pura como él.

—Ah! y por qué motivo os hicieron tal regalo, mi querida niña?

—Porque estábamos pobres, y enferma mi madre, y jamas hubiera podido comprar uno semejante. Mas sin duda ella recordó que habiamos tenido un bonito jardin, y que amábamos mucho las flores. Y la señora Florencia ha querido en su bondad hacernos un tan bello presente.

—¡Florencia!

—Si, la señora Florencia de l'Estrange; una encantadora persona.... y aunque habla tan

bien el ingles como las otras señoras y con un acento tan dulce, nos ha confesado que era estrangera.....

--Y donde está? habita en esta ciudad?

--Ha partido hace algunos meses, respondió la madre; parecia triste al apartarse de estos lugares.

Si quereis saber su paradero, casa de su tia la señora Carlisle, calle. . . . . .

. . . . . .

Algun tiempo despues, Florencia recibió una carta. La vista solo del sobre le hizo suspirar.

En efecto en los años de su juventud educada en Francia, habia aprendido á conocer esta querida letra.

Prometida esposa, habia visto desvanecer sus risueñas esperanzas por consideraciones de familia, y obligada á poner el oceano entre ella y sus antiguas y dulces esperanzas.....

Ved el motivo de la tristeza de Florencia.

Mas esta carta decia que la fortuna era favorable al que siempre la amaba, y que los padres de ella consentian en la union que rechazaban hace algunos meses..... y que venia á encontrarla.....

El arroyo oculto en la verdura revela la existencia por el florido cesped que la entapiza, y la buena accion que oculta se miraba hace encontrar la huella de la bienhechora..... Florencia elevó su alma á Dios, y su corazon se llenó de esperanza.

Este tiernísimo cuento
que se titula Una rosa,
es de un alma generosa
dulcísimo sentimiento.
Y en ella si bien se piensa
se demuestra claramente
que el socorro al indigente
no queda sin recompensa.

T. POR ANTONIO AFAN DE RIVERA.

NAPOLEON EN SANTA ELENA.

El 2 de Abril de 1814 se convoca al Senado en sesion estraordinaria bajo la presidencia del príncipe de Benevento (Talleyrand). Organízase un gobierno provisional y se decreta la caida de Napoleon Bonaparte, relevando al pueblo frances del juramento de obediencia y de fidelidad prestado á este príncipe. Por entonces estaba Napoleon en su palacio de Fontainebleau, donde habia entrado tantas veces cargado con los laureles de la victoria, y donde debia, para cumplir los destinos de la Providencia, recibir el acta de su caida de un trono que habia hecho mas fuerte y glorioso que todos los otros del mundo. Hijo de la victoria, cree, desde el dia que sabe por primera vez lo que es una derrota, que no debe resistir mas. Sin embargo, tres veces le abandona el valor sublime que necesita para consumar este sacrificio, tres veces arroja lejos de sí la pluma que debe firmar el acta de su abdicacion; despues se despierta en él el sentimiento de lo verdadero, el amor de la patria; en fin, se declara vencido, firma el acta fatal, haciendo sus reservas en favor de su hijo, y cambia su título de Emperador de los franceses por el de soberano de la isla de Elba. Al momento se dispone la

marcha; aun les asusta su presencia, y no obstante se encuentra rodeado tan solo de algunas centenas de ancianos guerreros sumamente afectos á su persona, nobles restos de su guardia inmortal. Baja Napoleon al patio del castillo, donde estaban reunidas las tropas, dirige individualmente las palabras mas afectuosas á los oficiales y sargentos, y adelantándose en seguida al frente de los soldados, les dice con voz visiblemente conmovida:

«Me despido de vosotros. Durante veinte «años que hemos marchado juntos, os he vis«to siempre en el camino de la gloria; es«toy satisfecho de vuestra conducta. Todas las «potencias de Europa se han armado contra «mi—Algunos de mis generales han hecho trai«cion á sus deberes.—La Francia misma me «ha faltado! Con vosotros y los valientes que «me quedan, hubiera podido aun sostener la «guerra civil en Francia tres años. A Dios; «sed fieles á vuestro nuevo Rey, obedientes «á vuestros gefes, y no abandoneis á vuestra «patria. No sentid mi suerte, seré dichoso «cuando sepa que vosotros lo sois. No pelearé «mas en vuestra compañia, pero escribiré lo «que hemos hecho reunidos. No puedo abra«zar á todos vosotros, pero abrazo á vuestro «general. Venid, general, á que os estreche «contra mi corazon."

En este momento, sucumbiendo Napoleon al peso de estas impresiones, se volvió de repente para poner fin á esta tierna escena; despues, retrocediendo precipitadamente al mismo sitio:

«Y el águila, dijo; que me traigan el águi«la, quiero abrazarla tambien.»

El general le presentó su vieja bandera, hecha pedazos por las balas del enemigo, y al verla Napoleon se descubrió con respeto.

«Querida águila, esclamó, ojalá que los be«sos que te doy resuenen en la posteri«dad!»

Al llegar aqui la emocion de Napoleon era extraordinaria; se interrumpe algunos instantes; despues con un sentimiento y una accion que arrancaron las lágrimas á todos:

«A Dios, hijos mios, á Dios, mis valien«tes! rodeadme por última vez.»

Y en medio de un cortejo de lágrimas y sollozos entró en el castillo, del que salió aquella misma noche.

Han pasado diez meses, y el gigante, que se ahoga en su estrecha prision, ha derribado bien pronto las barreras que le sugetaban. Mucho tiempo antes de su llegada se estiende un gran rumor por la Francia. Napoleon viene, Napoleon ha llegado! El águila tiene una causa justa para volver á tomar su vuelo. Esta vez no es ya la ardiente ambicion que se despierta, ni los atractivos del poder quien la atraen, sino el respeto debido á lo tratado y á la religion del juramento. No se ejecutaba ninguna de las obligaciones contraidas por la Francia bajo la garantia de los aliados; las quejas del desterrado quedaron sin respuesta, supo tambien que la diplomacia ideaba que Santa Elena fuese su tumba. A tantas injusticias y traiciones, el leon, que no estaba mas que adormecido, despertó; este hecho fue terrible. El 29 de Febrero de 1815 está en el golfo Juan, á las dos desembarca, y al momento aparece aquella famosa proclama, cuyos resultados desconcertaron todas las medidas tomadas para oponerse á su invasion, y en la cual se encuentran estas palabras proféticas de un hombre, á quien sus desgracias no habian quitado nada de su talento ni de su esforzado valor.

«Soldados:

«Venid á poneros bajo las banderas de «vuestro gefe; su existencia se compone de «la vuestra; su honor y su gloria no son «otros sino vuestro interes; vuestro honor, es «vuestra gloria. La victoria marchará á paso «de carga. El águila con los colores nacional«es volverá de torre en torre, entonces po«dreis jactaros de lo que háyais hecho; sereis «los libertadores de la patria.»

La marcha de Napoleon hasta Paris fue un verdadero triunfo. El 20 de Marzo, á las cuatro de la mañana, estaba en Fontainebleau, el mismo dia por la tarde, hacia su entrada en Paris, abandonado precipitadamente por los Borbones pocos momentos antes.

Pasemos rápidamente sobre estas escenas de triunfos, que no parecen conseguidos sino para mostrar el desenlace mas terrible aun. Hénos ya en Waterloo, en esta jornada de eterna y lamentable memoria, donde la ca-

sualidad, la traicion, el número de los enemigos, todo en fin conspiró á la caida de Napoleon, á la ruina y afrenta de la Francia; en este dia fue cuando resonó aquel grito tan gloriosamente frances, y que el bronce trasmitirá á las mas remotas generaciones.

«La guardia muere y no se rinde!»

Napoleon y su fortuna concluyó; y apesar de que despues de esta fatal jornada podia aun emprender una guerra civil en la que hubiera obtenido ventajosas condiciones personales, no podia resultar ningun bien para la patria; él se sacrificó por ella. Si se hubiese embarcado en uno de los buques americanos que bloqueaban nuestros puertos, se hubiera libertado de los suplicios de Santa Elena, pero la Francia podia necesitarlo aun; su partido fue estremo, como su situacion, y lo tomó sin vacilar. El 22 de Junio, despues de una reunion presidida por él, hizo publicar la siguiente declaracion:

«Franceses:

«Al empezar la guerra para sostener la in«dependencia nacional, contaba con la reu«nion de todos los esfuerzos, de todas las vo«luntades y con el concurso de todos los po«deres. Me parece que las circunstancias han «cambiado. Me ofrezco en sacrificio al odio «de los enemigos de la Francia; ojalá que hu«biesen sido sincéros y no hubieran deseado «nunca mas que mi persona! Mi vida política «ha terminado, y proclamo á mi hijo Emperador de los franceses, con el título de Napo«leon II. Los ministros actuales formarán pro«visionalmente el consejo del gobierno. El in«teres que tengo por mi hijo me obliga á in«vitar á las cámaras para que organicen sin «demora la regencia por una ley. Unios todos «para la salud publica y para conservar una «nacion independiente.

«Firmado: NAPOLEON.»

En la noche del 29 de Junio, dejó Napoleon su capital y se dirigió hácia Rochefort, donde habia proyectado embarcarse para los Estados-Unidos. Encontrando muchas dificultades para conseguir su objeto, quiere pasar á Inglaterra, ó ir, decia, como Temístocles, á sentarse en el hogar del pueblo británico. Mas apenas puso el pie en el Belerofonte cuando todo tomó á su alrededor un aire amenazador y siniestro.

Entonces fue cuando se le anunció que debia ser conducido á Santa Elena.

Santa Elena! esclamó Napoleon, jamás consentiré en pasar mi vida en ella; su clima me es perjudicial, pereceria antes de tres meses, y entonces Inglaterra será responsable de mi asesinato.

Permaneció Napoleon algunos minutos sobre el puente y se retiró á su cámara para estender una protesta contra la odiosa violacion de la desgracia y de la hospitalidad; porque no se habia entregado como prisionero ó á discrecion, en tal caso hubiera propuesto condiciones, hubiera podido proponerlas, se le hubiesen aceptado ó por lo menos debatido.

A pesar de estas nobles y enérgicas protestas, la escuadra se hizo á la vela para Santa Elena. En el momento en que atravesaba la Mancha, estaba Napoleon sobre el puente con todos los que le acompañaban, y al divisar la punta del cabo de Hoque, estendió la mano hácia las costas de Francia y esclamó con voz alterada:

—A Dios, tierra de los valientes; algunos traidores menos y la gran nacion será la dueña del mundo!

A esta esclamacion, cuya grandeza es imposible no admirar, todos los que rodeaban al Emperador, que habia vuelto á ser simplemente el general Bonaparte se deshicieron en lágrimas, y Napoleon, cubriéndose el rostro, se retiró á su gabinete, de donde no salió hasta que estuvieron en alta mar. Dos meses despues, el 15 de Octubre de 1815, al salir el sol, el vigia del Monte-de-la-Escala, hizo señas de que la escuadra que conducia á Napoleon se encontraba al norte de Santa Elena.

Los que enviaron á Napoleon á Santa Elena, sabian de cierto que lo bajaban vivo á su sepulcro. El aspecto de esta isla, que no es otra cosa que un volcan apagado, no inspira sino horror y espanto. La vista no descubre de continuo mas que montones de lava apagada, y rocas ennegrecidas que rasgan un cielo nebuloso, ó amenazan sepultarse en la profundidad de los abismos cavados á sus pies. En aquellos lugares no hay ni vegetacion, ni árboles, ni verdura; la naturaleza se presenta en ellos desnuda, descarnada, muerta. Alguna vez se ven, encerrados en un valle húmedo,

algunos bueyes, ó caballos éticos que rumian una yerba rara en el fondo de un precipicio. Nunca hay tempestades, ni nieve, pero las lluvias son continuas, los vientos impetuosos, la temperatura está siempre cambiando. Aqui se vé una hondonada donde no se puede respirar, alli una garganta donde os helais, mas allá una niebla espesa que os penetra y os pasma. Casi doscientos dias del año se pasan lloviendo, y esto hace este clima funesto y casi siempre mortal. No hay mas que decir que en el mes de Abril de 1816 no hizo mas que dos dias y medio de buen tiempo, y en Junio del mismo año uno solo.

Al llegar á esta maldita isla, no ocupó Napoleon desde aquel momento la parte de pais que le vió morir, sino que pasó dos meses en el sitio llamado Espinos, antes de tomar posesion de la residencia que se le habia señalado en Longwood.

Esta casa que originariamente era una hacienda de la Compañia de las Indias, ofrecia una habitacion, tanto mas malsana cuanto que el edificio se habia levantado con una precipitacion tal que habia excluido todo cuidado, y hecho necesario el habitarla en el momento en que los obreros abandonaron el trabajo no terminado aun. Fácilmente pudieran haber dado á Napoleon una residencia mas conveniente; muchas mejores se encontraban en la isla. Pero el asesinato se fue ejecutando poco á poco; fuele necesario habitar esta miserable cabaña, y el que habia tenido por morada los palacios de mármol de los reyes de la tierra, no tuvo en los últimos dias de su vida por abrigo el modesto techo de que goza en seguridad el mas pobre de cualquiera de los que fueran sus súbditos. En los primeros dias de su estancia en Santa Elena daba largos y frecuentes paseos; pero irritado despues, á causa de la odiosa vigilancia que se ejercia á su alrededor, renunció á los beneficios de este saludable ejercicio, y desde 1819 habia tomado la resolucion de no salir de su habitacion. Todo en su vida era precipitado é irregular, como los pensamientos que debian encontrarse en su cerebro. Dormia, comia y trabajaba segun el tiempo, las circunstancias y la situacion en que se encontraba. Por lo regular su sueño era dulce y tranquilo, pero ligero. Si el dolor ó algun otro accidente lo desvelaba, se echaba al suelo, pedia luz, andaba, ó leia; algunas veces permanecia en medio de las tinieblas, cambiaba de cuarto, se pasaba á otro lecho, ó se tendia en un sofá. Muchas veces estaba de pie á las dos, á las tres ó las cuatro de la mañana, llamaba á alguno para que le acompañase, y se entretenia hablando de sus recuerdos, de sus negocios, y de este modo aguardaba el dia. Al amanecer daba un paseo corto por el jardin y en seguida volvia á acostarse, permaneciendo asi mas ó menos tiempo segun se presentaba la mañana. Entre nueve y diez, le servian el desayuno, algunas veces en el baño, pero mas comunmente en el jardin. Bertrand ó Montholon y á veces los dos, le hacian compañia entonces, porque siempre comia solo y en particular.

Nadie se hubiera atrevido á cubrirse ni sentarse en su presencia, sin haber antes obtenido el permiso.—Tengo un hijo, decia, es menester que sepa que su padre no ha olvidado, ni aun en las cosas mas pequeñas cuales eran sus títulos y su rango.—

El servicio de su mesa era de los mas modestos. Se componia de una sopa, dos platos de carne, uno de legumbres, y enzalada cuando la habia. Media botella de vineta disuelta en gran cantidad de agua le servia de bebida. Cuando estaba cansado solia sustituir la vineta por Champaña. Era un medio seguro de exitar el estómago. Queria que su cocina fuese sencilla.

—No me gustan, decia, los cocineros que no hacen mas que chucherias.

En los primeros meses de su cruel destierro daba todos los dias grandes paseos á pie, y mas frecuentemente á caballo.

Llevaba por lo regular alguno de sus libros favoritos, y estos ejercicios entretenian un momento la actividad devoradora de su organizacion.

Pero una especie de instinto atractivo é invisible le dirigia sin saberlo hácia una elevada roca desde donde la mirada podia abarcar la inmensidad de los mares.

¡Cuantas horas pasó sobre este trono la magestad vencida y cautiva, fija la vista fatalmente en el horizonte indeciso, envidiando á

NAPOLEON Y SIR HUDSON LOWE.

las nubes que volaban sobre su cabeza, y que, mas dichosas que él, habian podido ver en su aereo viage el suelo de su patria!

Tal fue la vida, si puede darse este nombre al largo suplicio de Napoleon, en un clima tan perjudicial para su salud, donde todas las afecciones eran tan prontas y terribles, que en un instante se alteraba la economia animal, y se destruian sus fuerzas.

En vista de estas circunstancias no se admire el que haya sucumbido á la enfermedad endémica que lo ha corroido lenta y cruelmente por espacio de casi seis años.

Una conviccion ha seguido á Napoleon hasta su sepulcro, que hacia mas cruel su suplicio, y precipitó sin duda alguna los progresos de su enfermedad, la de que la archiduquesa Maria Luisa, su esposa, no habia procurado jamas ejecutar lo que sus títulos de esposa y madre le obligaban hacer para con él. Nunca confió este secreto á nadie; pero se deja traslucir en la respuesta que da á la condesa de Saint-Leu que le aconseja haga intervenir á Maria Luisa:

«No, Mad., la archiduquesa me ha visto «en la cumbre del poder, no me conviene que «se le diga que estoy caido, y menos aun que «me sostenga con su crédito.»

¿Hubiera podido Josefina vivir en Francia mientras se crucificaba á Napoleon en Santa Elena? y sin embargo aun amaba á Maria Luisa, y el recuerdo de la cruel injusticia que se vió en la necesidad de cometer para tenerla cerca de sí no se le aparecia como un remordimiento vengador. Le debia su hijo, y este habia llegado á ser su ídolo. Las pasiones en Napoleon habian sido mas exaltadas que en todos los demas hombres, y asi debia ser naturalmente en el que diferia de una manera tan estraordinaria de lo general de la especie humana. No debe, pues, causarnos admiracion el que llevase hasta el entusiasmo el amor que profesaba á su hijo.

«Solo por él, decia, salí de la isla de «Elba, y si formo algunos votos en mi des«tierro los hago tambien por él.»

Al desembarcar algunos cajones procedentes de Europa, que le mandaba su familia, era tal la confianza que tenia de encontrar alguna cosa de su hijo, que hizo que fuesen conducidos á su habitacion porque queria verlos abrir. Se le obedece, ábrense los cajones, y se sacan algunos libros que Aly se preparaba á leer á Napoleon.

«No es eso! gritó con cólera. Buscad, regis«trad, pronto, un fardo que debe contener al«guna otra cosa. No es con libros con lo que «se dá noticias á un padre.»

En efecto, pronto se encontró un retrato que le mandaba el príncipe Eugenio. Lo recibió con enagenacion, lo abrazó, lo contempló con los ojos arrasados de lágrimas.

«Hijo querido, dijo, si no es víctima de «alguna infamia política, no será indigno del «que le ha dado el ser.

Desde entonces este retrato fue su compañero, su consolador; quiso que lo colocasen en las cortinas de su cama, para poder fijar la vista en él, cuando la apartaba con desesperacion de la inmensidad de los mares, ó con disgusto de sus carceleros. Escribió, sin duda para colocarlos debajo, algunos versos, que tuvo ocultos toda su vida, y que habia compuesto en dos trozos con notables variantes.

Hemos dado á conocer las lágrimas y la desesperacion del padre, los mudos y dignos dolores del Emperador; ¿nos atreveremos nunca á contar los odiosos y bárbaros tratamientos impuestos al prisionero? ¿Podremos jamas describir el feroz aborrecimiento y la indigna barbarie de ese Hudson Lowe, deshonra de su nacion?

Leamos la carta del noble y sabio médico del Emperador, ella sola basta para darnos á conocer esta infamativa historia.

A Sir Hudson Lowe, gobernador de la isla de Santa Elena.

LONGWOOD 22 DE DICIEMBRE DE 1819.

«Excelencia:

«Perdonad si os importuno interrumpiendo «vuestras ocupaciones para entreteneros con «asuntos puramente personales. Ayer noche, á «eso de las 7, al volver de mi paseo por el «parque, fui detenido por el centinela colo«cado cerca de la verja del jardin. Mas de «media hora pasó sin que pudiera entrar «en mi habitacion, que solo dista de alli unas «cinco toesas, y despues recobré mi libertad «en virtud de la súplica que hice al sargento

«del cuerpo de guardia de Longwood, á quien «mandé llamar, porque el capitan de orde«nanza estaba ausente. Ya el domingo 19 del «corriente por la noche, al volver de mi pa«seo acostumbrado, fui tambien detenido por «un centinela colocado en el mismo lugar; pe«ro este, mucho menos severo que el de ayer, «me permitió, despues de algunas instancias «entrar en mi casa. Asi en el corto espacio de «tres meses, que hace que estoy desterrado, «he sido detenido tres veces. Me parece que «tales procedimientos son diametralmente opues«tos á los testimonios de benevolencia y rei«teradas seguridades que vuestra Excelencia «tuvo á bien darme. Esta misma conducta se «habia trazado, sin duda al gobernador de «Santa Elena; conducta que se me comunicó «oficialmente antes de salir de Europa, á la «que no he dudado de prestar entera fé, su«puesto que no son criminales los que estan «encerrados aqui. Sin embargo estoy confinado «en mi habitacion como en un claustro; y á «menos de ir acompañado por alguno de vues«tros dependientes, no puedo ver ni hablar «con alguien fuera de los limites que vos mis«mo me habeis trazado. Por otra parte, mis «compañeros me acojen perfectamente en parti«cular, y en público se apartan de mí y me «rechazan. (Quiero creer que esta especie de «reputacion sea debida á el profundo terror «que se ha infundido en el ánimo de los ha«bitantes de esta isla.) Pero es dificil el po«der sufrir la situacion en que me encuentro; «y sin el motivo que me ha hecho venir «aqui, sin el tratamiento que he empleado «con éxito contra la endemia hepática crónica «que, á consecuencia de lo variable y dañino «del clima de esta isla, ataca la salud del «Emperador Napoleon, os confieso que hu«biera tomado la determinacion de solicitar de «vuestra Excelencia la libertad de volver á mi «patria. Vuestra Excelencia no desconoce, sin «duda, los prontos y funestos efectos que pro«ducen el calor de la estacion, y la fuerza del «sol, que dirige sus rayos casi perpendicular«mente sobre nuestras cabezas. Me atreveré «á rogaros el que reflexioneis en el clima in«saluble en que vivimos, y evitar el dis«gusto de verme detenido, durante las horas «que en esta estacion son las únicas para po«der pasearse por lo menos en el parque y res«pirar un aire puro, ó mejor dicho menos «malsano, supuesto que ya en dos distintas «ocasiones me he visto atacado de cólicos vio«lentos que me han obligado á estar en ca«ma muchos dias y quebrantado mi salud.

«Me atrevo aun á suplicar á vuestra Exce«lencia el que nos conceda la libertad debida «á todos los hombres honrados, á todos los «que no tienen que echarle en cara ni aun la «sombra de un delito, si es posible el que «haya alguna libertad en esta isla.

«Disimulad, señor gobernador, el que os «haya interrumpido por tanto tiempo para in«formaros del estado penoso en que me en«cuentro con motivo de mi profesion.

«Tengo el honor de ser de vuestra Exce«lencia, señor gobernador, vuestro humilde y «muy obediente servidor.—F. Antommarchi."

«A su Excelencia lord Hamilton.

«Longwood, 13 de Diciembre de 1819.

«Muy señor mio.

«Tres meses hace que estoy en esta isla, «segun he tenido el honor de manifestaros en «una de mis anteriores. Permitid me aprove«che de los testimonios de benevolencia que «habeis querido dispensarme para informaros «de mi situacion en un lugar al que he veni«do por mi propia voluntad.

«Empiezo por confesaros francamente que no «concibo por qué se me quiere obligar á con«siderar mi condicion como la de un monge, «la de un anacoreta ó la de un esclavo, cuan«do las costumbres largo tiempo adquiridas «me hacen poco apropósito para llenar los de«beres que podria imponerme tal estado.

«Me encuentro enmedio del Océano, co«locado en una isla casi inhabitable, y priva«do de toda especie de libertad. Qué mas pue«do temer? Tal es sin embargo mi situacion. «No basta consagrar todo mi tiempo en el es«tudio y al alivio de la humanidad doliente «en esta isla, á la que parece que la natu«raleza ha marcado con una señal profunda «de tristeza y reprobacion; aun hay mas, veo «á sus habitantes apartarse de las inmediacio«nes de Longwood con tanto temor como en «la eternidad podrian huir de las cercanias «del infierno. Parece que este terror se ha «apoderado de sus espíritus de una manera

«tal que ha borrado en ellos cualquier otro «sentimiento. Mis compañeros participan del «espanto general, y se diria que tiemblan á «mi presencia, de suerte que en vez de la «cortesania que tengo la costumbre de usar «con ellos, me responden con dureza y des«precio; ni aun me es permitido reprehender«les, porque no podrian aproximarse ni ha«blarme una palabra sin que las autoridades «locales fuesen informadas al momento. An«teojos de larga vista encarados contra nues«tras habitaciones penetran hasta nuestros «cuartos, y telégrafos perfectamente organi«zados dan cuenta al momento de lo que pasa «en ellos. Por poco que quiera apartarme de los «límites que se nos han fijado, me veo en «la necesidad de aceptar la compañia de un «agente del gobernador, encargado de dar «cuenta de lo que pueda decir ó hacer en su «presencia, de modo que, para sustraerme, al «peligro de sus revelaciones, me veo obligado á «renunciar á toda clase de relaciones y de trato «social. Aun hay mas, despues de las seis y media «de la tarde, no se me permite pasear ni aun «en el parque cercano á mi habitacion, y lo «que es peor, los habitantes de Longwood «que despues de estas horas estan fuera de su «casa no pueden entrar en ella, como me ha «sucedido á mi tres veces. ¿Se ha oido hablar «nunca de una medida á la vez tan absurda «y tiránica, sobre todo en el clima abrasador «en que vivimos?

«Desde las seis y media de la tarde el «recinto de Longwood, comprendido en un «círculo de cerca de treinta toesas de radio, «está rodeado de un gran número de centinelas «que tienen la consigna espresa de no dejar «entrar ni salir á nadie y detener á todo el «que se presente. A las nueve estrechan tan«to el cordon y se aproximan tan cerca de «las habitaciones que me es imposible salir «de mi cuarto para ir á mi oficina de Farma«cia, casa del conde Bertrand, y aun á las «caballerizas. La noche en que el cumplimien«to de mis deberes me llama cerca del Em«perador, como las disposiciones locales de «Longwood no me permiten atravesar sus de«partamentos, me veo obligado á pasar entre «las manos de no sé cuantos centinelas, que me «espian, me acechan, y no me pierden de vis«ta hasta que llego á mi destino.

«Tal es el relato fiel de la situacion hor«rible en que me encuentro, y si vuestra be«névola mediacion cerca de lord Bathurst no «consigue el que se me dé bastante libertad «para que pueda al menos adquirir algunas «nociones científicas relativas á esta triste ro«ca, no sé si mi resignacion podrá resistir «por mas tiempo el exceso de violencia, á que «está expuesta; pero tengo entera confianza «en vuestra poderosa proteccion, y me atre«vo á esperar que vuestros generosos cuidados «conseguirán hacerme este lugar menos triste «y penoso.

«Recibid la sincera seguridad del profundo «respeto con el que tengo el honor de ser, de «vuestra Excelencia, humilde y obediente «servidor.=F. Antommarchi."

Inútil es añadir que todas las quejas y reclamaciones fueron desatendidas, y que el verdugo Hudson Lowe llevó adelante fria é impasiblemente su cobarde y detestable asesinato!

Hacia largo tiempo que el Emperador sufria cruelmente, y sin quejarse del mal que causó su muerte. Su mas grande preocupacion, desde el momento en que no pudo equivocarse sobre la naturaleza de su enfermedad, era el que fuese hereditaria.

—Mi padre, decia frecuentemente al médico, murió á los treinta y ocho años; tenia un cirro en el piloro; ojalá que al recibir de él este gérmen mortal, no lo haya legado á mi hijo.

Y apesar de las consoladoras seguridades que recibia de las personas entendidas, se afirmaba cada dia mas en sus inquietudes, que fueron, ay! demasiado justificadas.

Hácia fines del año de 1820, la enfermedad hizo rápidos progresos, y al empezar el siguiente, tomó un carácter tan alarmante que desde entonces desapareció toda esperanza. El mismo Napoleon conoció su verdadera posicion, y muchas veces se manifestó herido. El 2 de Abril los criados fueron á contarle que habian observado un cometa hácia el oriente.

—Un cometa! esclamó el Emperador con emocion, esta fue la señal precursora de la muerte de César.

Y como el honorable doctor Antommarchi

procurase apartarlo de este lúgubre pensamiento asegurándole que no era cierto, que él no habia visto nada:

—Trabajo perdido, dijo, toco á mi fin, todo me lo anuncia, vos solo os obstinais en ocultármelo; qué aprovechais con eso? Por qué abusar de mi? Pero no llevo razon, replicó con tono mas dulce, me estimais, quereis cubrir con un velo el horror de la agonia; os doy gracias por vuestra intencion. Desde este dia su situacion se fue empeorando hasta el último momento. Un dia que le rodeaban llenos de gozo por un alivio momentáneo:

—No os engañais, amigos mios, dijo, estoy hoy mejor; pero conozco que llega mi última hora. Cuando muera yo, cada uno de vosotros tendrá el dulce consuelo de volver á Europa; volvereis á ver, los unos á vuestros parientes, los otros á vuestros amigos, y yo á mis valientes en la celeste mansion. Si, continuó alzando la voz, Kléber, Desaix, Bessières, Duroc, Ney, Murat, Massena, Berthier saldrán á mi encuentro. Me hablarán de lo que hemos hecho reunidos; les contaré los últimos sucesos de mi vida. Al verme se volverán locos de entusiasmo y de gloria. Hablaremos de nuestras guerras con los Scipiones, los Annibales, los Césares, los Federicos; á menos, añadió sonriendo, que no tengan miedo allá abajo de ver reunidos tantos guerreros.

En este memorable dia, fue cuando al visitarlo el doctor Arnott, enviado de órden del gobernador, pronunció estas palabras, bien dignas de un infortunio tan grande, y seguidas de la última protesta que hizo desde su lecho de muerte:

—Doctor, no hay remedio, la hora ha llegado, toco á mi fin. Voy á entregar mi cadáver á la tierra. Aproximaos, Bertrand, y traducídle lo que vais á oir, es una serie de ultrajes dignos de la mano que me los prodigó; decidselo todo, no omitais ni una palabra.

«Habia venido á sentarme al hogar del «pueblo británico; pedia una hospitalidad leal, «y contra todo lo que hay de justo en la «tierra, se me respondió con el cautiverio. «Otro acogimiento me hubiera dado Alejandro; «el Emperador Francisco me hubiera tratado «como su igual, aun el Rey de Prusia hu«biese sido mas generoso. Pero pertenecia á la «Inglaterra el sorprender, arrastrar los Reyes, y «dar al mundo el espectáculo inaudito de cua«tro grandes potencias encarnizándose contra «un solo hombre. Vuestro ministerio ha sido «el que ha escojido esta espantosa roca don«de en menos de tres años se consume la vi«da de los europeos, para acabar la mia por «un asesinato. ¿Y cómo me habeis tratado des«de que estoy desterrado en este escollo? No «ha habido una indignidad, un horror que no os «háyais complacido en hacerme padecer. No me «habeis permitido las mas sencillas relaciones «de familia, de que nunca se ha privado á «nadie. No habeis dejado llegar á mis manos «ninguna noticia, ningun papel de Europa, «mi esposa, mi mismo hijo no han vivido «para mí. Me habeis tenido seis años en la «tortura del secreto. En esta isla inhospitala«ria, me habeis dado por morada el lugar me«nos apropósito para vivir, aquel donde se «hace sentir mas el clima mortífero del trópi«co. Me he visto obligado á encerrarme entre «cuatro paredes en un aire malsano, yo, que «recorria á caballo toda la Europa! Me habeis «asesinado largo tiempo y poco á poco, con «premeditacion, y el infame Hudson ha sido «el ejecutor de los planes de vuestros minis«tros.»

Continuó el Emperador algun tiempo con el mismo calor, y concluyó con estas palabras:

«Acabareis como la soberbia república de Venecia, y yo, al morir en esta espantosa roca, privado de los mios y careciendo de todo, lego el oprobio y el horror de mi muerte á la familia reinante de Inglaterra.»

Algunos dias despues, conoció Napoleon que se aproximaba su última hora. Estaba sereno y resignado, y daba con perfecta tranquilidad las instrucciones que debian ejecutarse despues de su muerte, y que no se pueden leer sin emocion.

Cuando muera, decia á su médico, porque este momento no está lejos, quiero que hagais la autopsia de mi cadáver. Quiero tambien y exijo que me lo prometais que ningun médico inglés ponga la mano sobre mí. Deseo que tomeis mi corazon, que lo conserveis y lo lleveis á Parma á mi querida Maria Luisa; le direis que la he amado tiernamen-

te, que nunca he dejado de amarla; le contareis todo lo que habeis visto, todo lo que se refiere á mi situacion y á mi muerte, os recomiendo sobre todo de examinar bien mi estómago, hacer una relacion detallada que entregareis á mi hijo... Despues pasareis á Roma, á buscar á mi madre; le contareis tambien todo lo que habeis observado relativamente á mi posicion, á mi enfermedad y á mi muerte sobre esta desgraciada roca. Le direis que Napoleon ha muerto en el estado mas deplorable, faltándole todo, abandonado á él mismo y á su gloria. Le direis que al espirar lega á todas las familias reinantes el horror y oprobio de sus últimos momentos.

El 5 de Mayo, despues de muchas horas de un delirio cruel, durante el cual no pronunció mas que palabras inconexas, pareció recobrar un instante el conocimiento, quiso que se le colocase en su cama de campaña, que se le levantase la cabeza y se le pusiese frente á una ventana que se acababa de abrir, y miraba hácia Francia. En este momento, eran las 6 de la tarde, el sol descendia hácia el occidente, enrojeciendo con sus últimos rayos las olas del mar. Detuvo su ojos humedecidos por las lágrimas, sobre el retrato de su hijo. Despues, volviéndose del lado de la patria, volvió á caer pronunciando las dos palabras Dios!!! Francia!!! Los que le rodeaban creyeron en este terrible momento, que todo habia acabado; entonces fue cuando pasó la escena mas desgarradora acaso de todas las que fue acompañada su larga agonia. Mad. Bertrand, que apesar de sus sufrimientos no habia querido apartarse un instante del lecho del augusto enfermo, hizo llamar á su hija y á sus tres hijos para que viesen por última vez al que habia sido su bienhechor. Imposible seria pintar la emocion que se apoderó de estos pobres niños ante este espectáculo de muerte; se abalanzan hácia él, se apoderan de sus manos, las besan sollozando. El jóven Napoleon Bertrand no puede sufrir por mas tiempo esta prueba cruel y cae desmayado. Se ven obligados á arrancarle del lecho mortuorio que abrazaba estrechamente.

Algunos momentos despues Napoleon, que no existia ya para el mundo, entregaba su gran alma á Dios que lo llamaba cerca de sí! En torno de su cadáver, no hay mas que llantos y sollozos, lágrimas y dolores amargos. Todos sus amigos sumerjidos en la aflixion, no saben lo que pasa en su alrededor. Pero pronto vuelven en sí por una grosera profanacion, que debia coronar la obra británica. Dos ingleses se han deslizado hasta el lecho del Emperador, han descubierto su cuerpo y lo han palpado, para asegurarse de que su muerte no era una mentira!

Terminada la autopsia, fueron colocados en un vaso de plata lleno de alcohol el corazon y el estómago de Napoleon, despues lo vistieron como tenia costumbre de estar durante su vida; pantalon de casimir blanco, chaleco blanco, corbata del mismo color, sobrepuesta con una negra atada por detras; gran cordon de la Legion de honor, uniforme de coronel de cazadores de la guardia (era verde y tenia las vueltas encarnadas) decorado con las órdenes de la Legion de honor y de la Corona de hierro, grandes botas á lo escudero con pequeñas espuelas, en fin sombrero de tres picos. Vestido asi, sacaron á Napoleon á las seis menos cuarto de esta sala, en la que al momento penetró la multitud. La sábana, el lienzo que habia servido para la autopsia, todo fue arrebatado, desgarrado, distribuido. Estaban teñidos con su sangre, cada uno queria poseer un pedazo.

Napoleon fue espuesto en la pequeña alcoba, que se habia transformado en capilla ardiente. Su cuerpo, que no habia podido ser embalsamado por falta de las sustancias necesarias, y cuya blancura era verdaderamente estraordinaria, fue depositado en una cama de campaña, que servia de sarcófago. El capote de paño azul que habia llevado en la batalla de Marengo servia de cubierta; los pies y las manos los tenia sueltos; la espada al lado izquierdo, un crucifijo sobre el pecho. Detras de la cabeza se colocó un altar donde el sacerdote recitaba las oraciones, y desde este momento hasta el del entierro la multitud no dejó de llenar el cuarto, entrando sin confusion, sin tumulto, y con un silencio religioso á contemplar sus restos inanimados.

El 8 de Mayo se verificó la ceremonia del entierro. El dia era magnífico, el pueblo cu-

bria las avenidas, la música coronaba las alturas; jamás se habia hecho ostentacion en estos lugares de un espectáculo tan triste y solemne. En el momento de dar las doce, el fúnebre cortejo se puso en marcha en el órden siguiente:

Marchaba á la cabeza revestido con ornamentos sacerdotales el abate Vignole, que habia tenido la dicha de ver morir á Napoleon como cristiano.

Los doctores Arnott y Antommarchi; las personas encargadas de vigilar el carro fúnebre, tirado por cuatro caballos conducidos por palafreneros, y escoltado por doce granaderos sin armas á cada lado, que llevaban á hombros el ataud, cuando el mal estado del camino no permitia que el carro tirase de él.

El jóven Napoleon, y Marchand, los dos á pie al lado del carro.

Los condes Bertrand y Montholon á caballo, detras.

Una parte de la comitiva del Emperador.

La condesa Bertrand y su hija Hortensia en un coche.

El caballo del Emperador conducido por su picador Archambaud.

Los oficiales de marina á pie y á caballo.

Los oficiales de estado mayor á caballo.

Los miembros del consejo de la isla, el general Coffin, y el marques de Montchenu.

El contra-almirante y gobernador de la isla.

Los habitantes de Santa Elena.

El cortejo salió en este órden de Longwood, y despues de una marcha de mas de una hora, se detuvo en el sitio donde Napoleon mismo habia deseado se le depositase despues de su muerte.

Se deposita el féretro al borde del sepulcro, que se habia revestido de negro.

Recita el sacerdote las últimas oraciones, y en seguida recibe la tierra el depósito precioso que se le confia.

No creemos inutil hacer la descripcion del sepulcro; ningun pormenor que pertenezca á un hombre tal debe considerarse indiferente.

Se abrió un gran hoyo, de suficiente extension para poder construir á su alrededor una pared de mampostería de dos pies de espesor, formando un oblongo exacto. El espacio vacio en el interior tenia una profundidad de doce pies, una longitud de cerca de ocho, y una latitud de cinco.

Una cubierta de mampostería formaba el fondo. Encima, sobre ocho piedras cuadradas que tenian un pie de alto, estaba colocada una gran baldosa de piedra blanca de cinco pulgadas de espesor. Cuatro baldosas del mismo espesor cerraban los codos y las estremidades, y unidas en los ángulos por cimiento romano formaban una especie de sepulcro ó sarcófago de piedras. Tenia exactamente la profundidad necesaria para poder colocar el féretro en él. Despues que se colocó el ataud se puso encima otra gran losa de piedra blanca, sostenida por dos poleas, y los espacios intermedios se llenaron de piedras y cimientos.

Sobre la losa que servia de cubierta al sepulcro se colocaron dos capas de mampostería muy fuertes, selladas y unidas al muro que apuntalaba el terreno; el espacio vacio entre esta obra de mampostería y la superficie de la tierra, que era de cerca de un metro sesenta y seis centímetros de profundidad, se llenó de tierra. El todo se recubrió un poco sobre el nivel del terreno de otra capa de piedras planas, cuya superficie estendiéndose hasta la estremidad del muro construido en el interior, cubria un espacio de cuatro metros de longitud y tres de latitud. Colocóse un centinela en el sepulcro; esta guardia, se decia, debia estar allí perpetuamente.

El lugar escojido no carecia de las bellezas de la naturaleza. La fuente que corre cerca de él es la que proporcionaba diariamente á Napoleon el agua para su uso particular, un criado chino de la casa se la llevaba todas las mañanas en dos garrafas que pertenecian al Emperador. El nacimiento es uno de los mas puros de la isla. Dos grandes sauces hacian sombra á su sepulcro, y no lejos de allí habia un bosquecillo de los mismos árboles. Se colocó al rededor una verja qne encerraba en su interior la tumba que guardaba la gloria mas grande de los tiempos modernos. Despues se dió á los amigos del cautivo la órden de abandonar la isla, donde nada tenian ya que hacer, y Napoleon quedó solo en la roca.

Allí permaneció muchos años, y el ruido

SEPULCRO DE NAPOLEON EN SANTA ELENA.

de las olas que se estrellaban contra la roca impia impedian el que su sombra oyese los votos y suspiros de pesar y amor que le llevaban los vientos que soplaban de la Francia.

Mas la hora de reparacion llegó, está vacio el sepulcro de Santa Elena; cumpliose al fin el último voto del Emperador; el águila ha reaparecido en los cielos, y se cierne sobre un sepulcro frances. Napoleon reposa en su gloria en las orillas del Sena, su rio amado.

T. por Miguel Vazquez.

UNA ROSA COLORADA.

Nace en el alba la aurora
de entre nubes azuladas,
y con brillantes luceros
la luna en el cielo vaga,
ocultándose al lucir
del sol la luz de escarlata.
La tierra eleva gozosa
sus perfumes y fragancia,
y la natura sonrie
á el albor de la mañana.
Mas ni la luz de la luna
reflejada por el alba,
ni del sol rayos ardientes
con que la tierra restaura,
pueden ser, ni son mas bellos
que mi *rosa colorada.*

—

El prado muestra en su seno
de su riqueza las galas,
y convida con sus flores
á encantar la triste alma.
Muestra ufano del jazmin
la blancura plateada,
de la azucena el color,
el lirio que tierno ama,
y á la violeta sencilla
que oculta su color pálida.
Mas ni la tierna azucena,
ni el jazmin, ni la esmeralda
alegran mi corazon
cual la *rosa colorada.*

Va el ave y en verde toldo
con tierno murmullo canta,
ya un amor que le consume
ya un desvio que le mata.
Y la tórtola hechicera
que sus penas escuchara,
recuerda que tuvo un nido
do suspiró enamorada,
al tiempo que una paloma
su dulce arrullo levanta,
y mezclan tiernos quejidos
á perdidas esperanzas.
Todo es hermoso en el bosque,
todo revela que aman,
y á el lenguage de las flores
se une el murmullo del agua.
Mas ni amorosa paloma
ni la tórtola preciada,
ni el ruiseñor ni el jilguero
al trinar en la enramada,
alegran mi corazon
cual la *rosa colorada.*

—

Ella revela mi dicha,
ella me da una esperanza,
ella consuela mi pecho,
ella mi vida entusiasma,
ella es prenda de quien amo,
ella dice que me aman,
ella es por fin... una rosa,
y una *rosa colorada.*

A. Afan de Rivera.

BIOGRAFÍA

DEL CONTRA-ALMIRANTE LA-RAY.

La vida del célebre marino de quien nos vamos á ocupar, fue escrita por él mismo pocos dias antes de que la violencia de la fiebre amarilla, tan general entonces en su pais, le hubiera conducido al sepulcro en el año de 1848.

Esta descripcion únicamente carece del sentimiento de adhesion que todos en general le mostraban, por no serle dado á el autor hacer mencion de ella; pero los numerosos discursos que se han pronunciado á la pérdida de este grande hombre, todos en elogio de sus buenas dotes y de su heróico carácter, manifiestan evidentemente la afliccion que ha causado, tanto á sus cólegas y amigos, como á toda la armada francesa, la muerte de un ciudadano que cuenta asi su vida.

—Mi pais natal es Brest. Nací el 13 de Noviembre de 1795. Tengo cincuenta y dos años. Soy contra-almirante desde Diciembre del 1841. Tenia entonces cuarenta y seis años, á cuya edad pocos han obtenido el grado de capitan de buque en la marina.

—Empezé á ser útil al Estado en clase de grumete en 1804 en una embarcacion de remo y vela (prame) la cual formaba parte de la pequeña flota de Boulogne. El siguiente año entré en el colegio de Rennes, en donde continué mis estudios, y salí aspirante de marina de 2.ª clase el 28 de Enero de 1812 despues de haber sufrido un rigoroso exámen público.

—Embarcado con este grado abordo de la fragata Rubé el 14 de Noviembre de 1812, naufragué en las islas de Los el 9 de Febrero de 1813, estando en crucero con los ingleses.

—Cuando hubo terminado el segundo exámen público, me nombraron aspirante de marina de 1ª. clase el 29 de Enero de 1813, y alferez de buque por antigüedad el 8 de Enero de 1817.

—Pocos meses despues me concedieron el mando de la gabarra «la Infatigable" en cuyo tiempo la fiebre amarilla diezmó horriblemente todo el estado mayor de la tripulacion de este buque.

—Habiendo sido nombrado alferez de fragata en la eleccion de 25 de Agosto 1823, me embarqué en calidad de gefe de estado mayor de la escuadra de Levante, abordo de la fragata «la Serena" el 3 de Febrero de 1825.

—En 1.º de Agosto de 1827 fui condecorado con la cruz de la Legion de Honor, por la sangre fria y los deseos de vencer que demostré en la rendicion de la ciudadela de

Atenas, en donde se hallaban encerrados hasta 2,700 griegos entre soldados, mugeres, ancianos y niños, que sin la intervencion del almirante frances Bigny todos hubieran sido pasados á cuchillo por los turcos.

—Asistí á la sangrienta batalla de Navarino en calidad de gefe de estado mayor de la escuadra francesa; y en recompensa de la conducta que observé en esta accion tan memorable, me dieron el grado de capitan de fragata. Esta batalla tuvo por resultado el salvar á toda la Grecia de la esclavitud que le amenazaba hacia tantos siglos, y ponerla al nivel de las demas naciones libres de Europa.

—Durante los años de 1829, 30 y 31 en que estuve encargado del mando del brik de 29 cañones «el Granadero", me concedieron la vigilancia de estos mares.

—En 1832 me confirieron el mando de la corbeta «la Ariadne" con la que hice toda la campaña del Norte, bloqueando los puertos de Bélgica y Holanda durante el sitio de Anveres.

—Poco despues de haberse apoderado el egército frances de esta plaza recibí la órden de hacerme á la vela hácia el Mediterráneo en Septiembre de 1832, formando parte de la division encargada en apoderarse de la plaza de Bugía en las costas de la Argelia.

—Recibi el nombramiento de oficial de la Legion de Honor, en recompensa de mi buena conducta en el desembarco que efectué á la cabeza de mi tripulacion, para socorrer las tropas francesas atacadas por los árabes, quienes querian tomar de nuevo la ciudad de Bugía, de la que nos habiamos apoderado pocos dias antes.

—A mi regreso á Francia en Mayo de 1834 me nombraron capitan del buque que comandaba, en recompensa de mis servicios.

—El 4 de Mayo de 1838 pasé á encargarme del mando de la fragata «Medéa», y del de una division naval en la parte occidental de España.

—En Septiembre del mismo año formé parte de la division naval mandada por el contra-almirante Baudin, y destinada á operar contra Mégico.

—No bien hube llegado á la rada de Sacrificios á últimos de Octubre, cuando fuí enviado á Méjico con plenos poderes de Mr. el almirante Baudin, á fin de participar al Gobierno megicano los resentimientos del Gobierno frances y exigirle una satisfaccion.

—El 5 de Noviembre de 1838 salté en tierra á la cabeza de mi tripulacion, y tomé parte en el asalto de la ciudad de Vera-Cruz, siendo uno de los primeros en escalar sus muros. Fui agraciado por este glorioso combate con la cruz de comendador de la Legion de Honor.

—En Mayo de 1839 regresé á Francia con la mision de presentar al Gobierno el tratado de paz ya concluido con Mégico por Mr. el almirante Baudin, por lo que obtuve el grado de comandante.

—Pocos dias despues de mi partida de Brest para Tolon (8 de Octubre de 1839) me confirieron el cargo de la conduccion de las tropas de Francia á la Argelia, para oponerse á los nuevos levantamientos de Abd-el-Kader; reuniéndome despues á la escuadra del almirante Lalande en los mares de Levante en la primavera de 1840.

—La escuadra fondeó en Tellos en Noviembre, y continué formando parte de ella hasta Junio del 41, época en que fui enviado delante de Túnez, teniendo á mis órdenes una division naval compuesta de los buques siguientes: El Montebelo de 120 cañones, el Neptuno de 86 y la fragata Alcmen de 52. El objeto de mi mision era el hacer frente en caso necesario á otra escuadra enviada contra Túnez por la Puerta Otomana. Poco despues nos abordaron los buques Hércules de 100 cañones, la Diadema de 86, y el Tridente de 82.

—La presencia imponente de esta fuerza naval hizo que desistiera la Puerta Otomana de su designio contra la regencia de Túnez, y fondeé en Tolon á fines de Octubre con la division á mis órdenes.

—El 10 de Diciembre del siguiente año ascendí al grado de contra-almirante, recompensa de toda mi carrera militar, y particularmente de los servicios que habia prestado á mi patria en mi último mando.

—El 24 de Marzo de 1842 entré en el consejo de Almirantazgo; y en el mes de Agosto del mismo año fui elegido para el mando del apostadero de Levante, pais en donde permanecí durante los diez años de lucha que habian trai-

do la regeneracion de la Grecia.

—En el mes de Noviembre del mismo año el ministro de Marina me ofició: Que habiendo sido acogida unánimemente su proposicion por el consejo de Ministros, estos habian decidido que en adelante los agentes diplomáticos tendrian mando, á causa de la política, sobre los comandantes de los apostaderos navales en el estrangero, y que por consiguiente me hallaba bajo la autoridad del embajador de Constantinopla y bajo la del ministro de Francia en Grecia.

—Hice presente con todo el debido respeto al ministro de Marina, que una resolucion semejante contra la libertad de accion y mando de un almirante, era muy peligrosa con respecto á los intereses del pais, y enojosa en cuanto á la disciplina. Ademas añadí, que en caso de que una decision tal tuviera lugar, le suplicaba me designase un sucesor.

—Dos meses despues fuí elegido diputado, y me ví en la precisa necesidad de partir para Francia; aqui conocí que las funciones de comandante eran en un todo incompatibles con las de legislador; y con sentimiento permanecí en los bancos de la sala, siendo pocos momentos despues reemplazado en mi mando.

—Ved aqui todos mis servicios, desde que entré en la marina en clase de grumete á la edad de 9 años, hasta el grado de contra-almirante, el cual lo obtuve á los cuarenta y seis; espero si Dios lo permite hacer aun mucho mas por mi querida patria.

T. por Francisco Torres de Navarro.

EL POBRE DIABLO.

IMITACION DEL INGLES.

Me gusta divertirme en cualquiera sociedad que esté, ya cultivando el espíritu, ya con una agradable conversacion. En su consecuencia iba hace algunos dias dando un paseo por el parque de Saint-James, casi á la misma hora que todos acostumbran á comer. Por eso la poca gente que habia, mas bien semejaban en su esterior querer olvidar el hambre que no buscar el apetito. Cansado de tanto andar me senté en un banco, en cuya estremidad habia un hombre todo cubierto de andrajos.

Contemplámosnos en silencio, y ambos á dos nos pusimos á toser, fumar &c. sin proferir una palabra, mas mirándonos de cuando en cuando como sucede de ordinario al querer entablar conversacion.

—Perdon, amigo, le dije, mas me parece haberos visto en otra parte; vuestra fisonomia no me es desconocida.

—Si señor, me respondió, tengo una figura placentera, mis amigos me lo han asegurado. Soy tan conocido en toda la Inglaterra, como un dromedario ó un cocodrilo vivo. Mas es forzoso deciros que he estado como Polichinela ajustado en una compañia de titiriteros; pero que en la última feria de San Bartolomé teniendo una querella con mi amo, nos separamos, él para vender sus muñecos, y yo para morir de hambre en el parque de Saint-James.

—Siento mucho, caballero, le respondí, que una persona de tan buena presencia se vea reducido á tal necesidad.

—Ah! señor, esclamó, en cuanto á mi persona está á vuestra disposicion, mas sabed, sin que esto sea alabarme, que apostaria, no habia de encontrar hombres de un humor mas alegre que el mio. Si tuviera 200 libras de renta, oh que dichoso seria! mas qué diantre; sin tener siquiera un óbolo no me hallo el mas pequeño átomo de tristeza. Tres sueldos en el bolsillo, y los partiria por encontrar un compañero de mesa, mas sin ellos, solo deseo ser tan afortunado que encuentre á mi vez, quien quiera pagar mi escote. ¿Qué me diriais á un guisado de ternera y á unas chuletas fritas? Vamos, caballero, convidadme por hoy, yo os regalaré á mi turno cuando os encuentre en el parque muerto de hambre y sin un sueldo.

Como jamás he dudado en hacer un pequeño gasto para gozar de la sociedad de un hombre alegre, nos encaminamos hácia la próxima hostería, y en el instante fue traido lo que pidió. Esplicar la sensacion que le causára la vista de los manjares es imposible.—Caballero, me dijo, me gusta esta comida por tres razones. La primera porque le buf steak es mi plato favorito; la segunda porque tengo hambre, y la tercera porque no cuesta el dinero. ¿Sabeis á lo que es comparable una comida que no cuesta nada?

Haciendo y diciendo llenó su plato de una manera que no desmentia su apetito, y se puso á comer á dos carrillos. Satisfecha su necesidad díjome que el bistek lo habia encontrado un poco duro.

—¡Como! le repliqué admirado, mas me interrumpió diciendo: De cualquier modo que estuviera, caballero, lo he comido como un manjar delicioso. Vivan los recocijos de la pobreza y de un buen apetito. Nosotros sí que somos los verdaderos favoritos de la naturaleza, al contrario del rico á quien trata como madrastra. Nada le contenta, el mas tierno manjar le parece duro, y aunque tuviera gloria, nada podria despertar su apetito. Mas el mundo entero está lleno de delicias para el pobre. Para él, la barrica de Calvert sobrepuja á la Champagne, y la de Jegdeley al gusto del Tokay. Viva, viva la alegria; aunque nuestros bienes no pertenecen á ningun pais, tenemos fortuna en todas partes. Una inundacion sumerje parte del Condado de Corunailles, me es igual, no tengo tierras; bajan los fondos, lo mismo, no tengo ni un solo billete.

La viveza del jóven junto con su miseria escitó en mí tal curiosidad, que para satisfacerla le rogué me contara su historia.

—Con mucho gusto, caballero, dijo; mas comencemos por beber, y asi evitaremos el sueño, mandad traer otro tarro de cerveza, nada es mas encantador á la vista que un tarro de cerveza espumante. Hícelo asi, y principió de esta manera.

«Sabreis, amigo mio, como desciendo de una ilustre familia. Mis antepasados han hecho algun ruido en el mundo, puesto que mi madre criaba y mi padre tocaba el tambor, y tambien he oido decir que ha habido algunos trompetas en mi familia. Seguramente gentes de calidad no podrian producir una generacion tan respetable. Mas no importa, como hijo único, mi padre quiso hacerme partícipe de sus habilidades, para que tomando su estado pudiera agregarme como él á alguna compañia de titiriteros. Por consecuencia fuíme con él, y pasé el tiempo de mi juventud en interpretar las palabras del Polichinela y las jocosidades del payaso. Mas aunque mi padre me hacia batir sobre el tambor las diferentes marchas de guerra, mis progresos no eran por eso mas rápidos, pues mi oido no era musical. Evadime de su lado y senté plaza en el egército. Sin embargo, allí tenia que obedecer á mis gefes; ellos tenian sus caprichos, yo los mios, y bien pronto conocí que mi inclinacion no era la de soldado; habia nacido para duque, pero por desgracia se habian vuelto las tornas. La vida de soldado me causaba un spleen horroroso, quise retirarme del servicio y supliqué en una carta muy respetuosa á mi padre me mandára el precio de la libertad. Mas ay de mi! el buen señor tenia demasiada aficion á las botellas, como su hijo, (bebo á vuestra salud, caballero) y asi fue que aún no he tenido contestacion. ¿Qué hacer? me dije, si no tengo dinero será menester un medio equivalente, ¿y cual es? huir.

Deserté y cumplí con mi intencion sin gastar un solo sueldo. Hice dinero de mi uniforme, y para evitar ser preso marcheme por las sendas mas escusadas. Una tarde á la entrada de una aldea, me encontré con un hombre, que caido del caballo en un espeso fangal no podia salir de él. Pidiome ausilio, y á fuerza de fuerzas consegui sacarlo del aprieto. Era el cura de la aldea; agradecido á mi beneficio enredamos conversacion, contestándole á sus preguntas con que tenia las cualidades de sobrio (á vuestra salud) de discreto y de fiel; tanto le agradé que me tomó de criado. Mas apenas habian pasado dos meses, conocí que tenia vivas ganas de comer, y el cura confiado en mi sobriedad me daba una modesta pitanza; que me gustaba retozar con las muchachas, y la criada era una vieja fea y asquerosa. Como preveia que querian hacerme morir de hambre, quise impedir á estas buenas gentes cometiesen un homicidio; por lo tanto recogia los huevos apenas puestos, vaciaba las botellas sin destapar, y hurtaba una lonja de tocino como pudiera hacerlo el mas sabio

EL POBRE DIABLO.

Marramaquiz. Mas, oh desgracia! pronto conocieron que no era el hombre que les convenia, y una mañana me pusieron de patitas en la calle, dándome tres shellings y medio por dos meses de servicio. Mientras que el bueno del cura se ocupaba en contar mi dinero, yo tambien hacia mis preparativos de marcha. Apercibí en el corral dos enormes cluecas, y las zampé en mi saco de camino, y dándome compasion de sus hijuelos (porque yo soy muy compasivo) los uní con sus madres. Despues de esta accion de fidelidad, me despedí de mi bienhechor con las lágrimas en los ojos; mas apenas habria andado cuatro pasos, oigo decir: «Al ladron, detener al ladron;" yo que siempre me han asustado esas voces, doblé el paso y me encontré fuera de la aldea. A los tres dias de camino hallé un tropel de cómi-

cos ambulantes; jamás he esperimentado tal sensacion de placer, un movimiento de simpatia me arrastraba hácia ellos, por que deliro por la vida vagabunda. Estos señores estaban ocupados en componer unos carros rotos en el camino; ofrecime á ayudarles, y me recibieron con placer; en fin, baste deciros que quedé ajustado de fámulo, y marchéme en su compañia. ¿Puede compararse nada á una vida ambulante? Frios, calores, hoy bien, mañana mal, comiendo cuando se encuentra la ocasion, bebiendo (á vuestra salud) cuando hay que.....

Por la tarde llegamos á Teuterden y nos alojamos en el Leon de Oro, alquilando un espacioso salon que debia servirnos de teatro, La compañia queria poner en escena *Romeo* y *Julieta*, con la *procesion fúnebre* y la *escena del jardin*. El papel de Romeo debia ser desempeñado por un actor del teatro real de Druy-Lane, y Julieta por una actriz que aun no habia aparecido en ningun teatro, yo tenia el encargo de despavilador, y cada uno como veis era perfecto en su género. Aunque teniamos bastantes actores, la dificultad estaba en el vestido, el de Romeo era con una pequeña diferencia como el de su amigo Mercurio, y el velo de Julieta servia tambien de paño mortuorio; en defecto de una campana estaba el almirez del boticario vecino, y en fin, para servir de procesion los moradores del Hotel, envueltos en sábanas blancas. La comedia salió á las mil maravillas, quedando satisfecho el público de nuestro mérito. La primera salida nos grangeó gran reputacion, y como es natural yo me atribui gran parte de la gloria, porque bien sabreis que sin un despavilador la ejecucion no hubiera tenido la mitad de su brillo. Asi estuvimos 15 dias, y la víspera del de nuestra marcha nos propusimos representar la pieza mas escogida del repertorio. Esta representacion debia atraernos, una suma considerable con la que se contaba como segura. Los precios habian sido alterados, el anuncio hecho con énfasis; cuando ¡oh colmo de infortunio! el primer galan fue atacado de una fiebre violenta, y peligraba su vida. ¿Qué hacer, en tan crítico momento? quien lo supliria?... yo aprovechando la ocasion ofrecíme en su lugar. El caso era apuradillo, era menester remediar el accidente y fuí aceptado.

Al punto me dirigí á mi cuarto y me senté en una mesa teniendo un tarro de cerveza delante, (caballero, á vuestra salud) y en la mano la pieza que íbamos á ejecutar. En verdad que causaba admiracion lo que el licor ayudaba mi memoria. Aprendí mi relacion en un momento, y dejé el oficio de despavilador por otro primer papel. Nos juntamos para tratar de la ejecucion. No temais, dije á mis camaradas, la ausencia del enfermo, yo me comprometo á llenar su papel á satisfaccion de todo el mundo, y sin mas decir me puse á declamar delante de ellos como un desesperado, y tanto gesticulé y tanto me retorcí, que concluyeron por decir que era maravilloso.

Al momento hizo anunciar la compañia que un nuevo actor de grande talento debia *debutar* aquel dia. Todos se apresuraron á tomar localidades, y por la tarde la afluencia fue prodigiosa. Sin embargo, antes de salir á las tablas me hize la siguiente refleccion: Siendo yo quien proporciona tan soberbia entrada ¿por qué no he de tomar tambien la mejor parte? Esta refleccion como veis estaba en su lugar, y asi dije á mis compañeros: «Señores, al hacer parte de vuestra compañía, jamas intentaré poneros la ley, mas habeis anunciado mi nombre, y por lo tanto os pido parte entera por mi trabajo; si no aceptais, volveré á despavilar luces y punto concluido.” La proposicion les pareció dura, mas ¿qué hacer?; mis razones eran terminantes y tuvieron que consentir. Una vez quitados los inconvenientes se levantó el telon y aparecí haciendo el papel de Bayazeto, con las cejas fruncidas, el aire fiero y la mirada terrible. Una tohalla liada sobre mi cabeza me servia de turbante, y dos enormes cadenas, sugetaban mis brazos y resonaban á lo lejos. La naturaleza parecia haberme criado para este papel; tenia gran voz, y asi fue que solo mi entrada me valia infinitos aplausos. Recorrí con la vista el teatro, é hice un profundo saludo como se acostumbra entre nosotros. Como tenia un papel de dificil ejecucion me habia bebido antes de salir tres grandes vasos de aguardiente, y voto á... de cuanta utilidad no me fue esto! Tamerlan era

un niño de pecho á mi lado, gritaba como un loco, y tenia una variedad de gestos, un físico, una voz..... Era menester verme. Despues de acabada la pieza todos vinieron á felicitarme; el uno hacia elogio de mi voz, el otro de mi persona. Mi ojo era admirable, mi pie soberbio, y mis manos, aunque todavia no purificadas de las candilejas, eran sobresalientes. La alabanza agrada nuestro amor propio, y la recibimos con reconocimiento, mas demasiado prodigada entonces la miramos como un tributo rendido á nuestro mérito. En lugar de dar gracias á las personas que me lisonjeaban, tenia un aire triunfante y me celebraba yo mismo. Nos comprometieron á repetirla, y mi éxito fue mas grande que en la primera representacion. Al fin dejamos la ciudad para asistir á unas carreras de caballos que se daban á algunas leguas de allí. Jamas me acordaré de Teuterden sin verter lágrimas de reconocimiento. ¡Ah señor, si supiérais qué tacto, qué fineza de gusto, qué conocimiento para juzgar del mérito de un actor. (Vamos, caballero, bebamos á la salud de los habitantes de Teuterden)... decia, que dejamos la ciudad; mas yo salí bien diferente de lo que entré; de despavilador me habia convertido en héroe! asi va el mundo, hoy en el polvo, mañana sobre el trono... Las carreras de caballos se habian acabado antes de llegar, y fue un contratiempo para la compañia, mas resueltos á sacar el partido posible nos dirigimos á Harry Wildair, despues de haber encantado por el camino todas las damas de provincia.

Mas ay! que en esta ciudad me sucedió un lance que dió al traste con mi reputacion. Habia allí por casualidad una señora que habiendo estado nueve meses en Lóndres tenia grandes pretensiones de buen gusto, daba las modas, y sus decisiones eran consultadas como un oráculo. Varias veces le habian celebrado mi talento, mas ella habia rehusado el verme trabajar. Cómo, decia, ¿querrá un actor de provincia compararse con Garrick? Nada, siempre será menos que mediano. Sin embargo, fue tan instada, que al fin se decidió. Ya sabia que tenia aquella noche un juez severo, mas poco intimidado por la presencia de una dama, aparecí con la tranquilidad ordinaria, una mano sobre el calzon, y la otra en el bolsillo de mi levita, volviendo de cuando en cuando la cara como los actores de Druy-Lane. Mas pronto apercibí que el público, en vez de mirarme, estaba vuelto hácia la dama que habia pasado nueve meses en Lóndres; de ella esperaban el aplauso que debia ponerme en la mano el cetro de Talia, ó relegarme á la clase de ínfimos barrenderos.

Abrí mi bolsa, saqué tabaco, la dama mantúvose seria, el público hizo lo mismo; una pirueta, el mismo silencio espantoso, la dama hizo un gesto de piedad y alzó las espaldas.

Probé riyéndome hacerla al menos sonreir; mas ni un solo músculo simpatizaba con el mio.

Conocí no iba bien; toda mi alegria era forzada, y al parecer contento los ojos demostraban la tristeza de mi alma. Verdaderamente, la dama habia venido con la intencion de fastidiarme y lo consiguió. Toda mi celebridad se habia desvanecido; y aqui me teneis &c... (el tarro de cerveza tambien se habia acabado).

T. DE A. Á. DE R.

LILIPUTIENSES AZTECAS.

El siguiente curioso artículo que leemos en el *Times* de Lóndres, parece convertir en una realidad palpable una de esas fábulas á que el descubrimiento y conquista de América dió orígen, y que hasta ahora habíamos considerado como parto de una brillante imaginacion. Hé aquí lo que dice nuestro cólega inglés:

«Mucho interés ha escitado en nuestro público científico la llegada de dos niños, pertenecientes á una raza desconocida hasta hoy en Lóndres; y que salen de una region misteriosa de la América central. El profesor Anderson, que los acompaña, ha creido descubrir que el muchacho tiene 17 años y la niña 11; pero la singularidad de estos *liliputienses* no depende de la exactitud de este cálculo. Otras particularidades mas raras que la pequeñez de la estatura son las que recomiendan á estos niños al estudio de los etnólogos.

El muchacho es el tipo del par. Su frente es aplastada, y esto con el tamaño de la nariz que es aguileña muy pronunciada, da á la fisonomía la espresion de la cabeza de un pájaro. La mandíbula superior es saliente y la inferior corta, de manera que cuando la boca está cerrada, los dientes inferiores no tocan á los superiores, sino al centro del paladar. La fisonomía, producto de esta estraña combinacion de facciones, es á primera vista de idiota, pero la impresion del idiotismo se disipa por la brillante inteligencia que centellea en sus grandes ojos, y por la curiosidad ardiente que se descubre en todos los movimientos de estas pequeñas criaturas. En cuanto entra una persona en la habitacion, el muchacho se le acerca y le presenta con afan un papel para que le dibuje algo; y se dice que manifiestan el mismo interés por todo lo tocante á la música. El pelo es negro y luciente, y cae en rizos pequeños. La muchacha tiene los mismos rasgos característicos, aunque menos marcados, y su aspecto se acerca mas al de la raza judía que el de su compañero.

Un nuevo tipo de la especie humana, que solo tiene tres pies de estatura sin la deformidad de los enanos, es por lo mismo bastante curioso; pero lo que hace mas notables á estos muchachos, es una teoría histórica que tiene relacion con ellos. La region de donde se les ha traido fue, segun se dice, el punto á donde se refugiaron los aztecas cuando los arrojó de Méjico la espada conquistadora de Hernan Cortés, y se supone que son las últimas reliquias existentes de aquella raza desdichada con la cual nos han familiarizado M. Prescotte y M. Stevens. Esta suposicion se funda en parte en lo que diremos despues, y en ciertos indicios muy notables. Estos muchachos se parecen estraordinariamente á las esculturas de indudable orígen azteca, y en una ocasion, cuando se les presentó un ídolo mejicano, lo reconocieron y lo abrazaron en el acto. Parece que cuando se hallaban en Nueva-York, donde produjeron una sensacion inmensa, el ídolo se rompió por casualidad, y el muchacho dió muestras de deplorar esta calamidad con el dolor mas intenso. Se esplica la pequeñez de la estatura de estos muchachos por una regla de degenera-

cion muy conocida, á saber, la prohibicion de casarse con estraños ó con individuos de clase inferior en su sociedad. Estos muchachos pertenecen á la raza sacerdotal, y tan escasos han llegado á ser los individuos de esta raza, que se asegura se les ha ascendido de la posicion de sacerdotes á la de dioses; ascenso que se concibe perfectamente en una constitucion social teocrática. El hecho de que estos muchachos, cuando se sientan, se colocan en una postura que es general en los ídolos mejícanos, y que seria muy difícil si no se adquiriese su hábito desde la infancia, favorece esta suposicion.

Habiendo dado estas pruebas de que los muchachos son en efecto aztecas, vamos ahora á dar una relacion de otra especie comunicada por los que van á enseñarlos al público.

En 1848 Mr. Huertis, de Baltimore, y Mr. Hammond, del Canadá, trataron de esplorar la América Central. Habian leido en los viajes de Stevers que cuando estuvo en Santa-Cruz del Quiche, tuvo con el cura una conversacion sobre una ciudad no conocida que se hallaba al otro lado de la Sierra, y cuyas resplandecientes cúpulas y minaretes, aseguraba el cura haber visto desde la cúspide de las montañas. Se suponia que los habitantes de esta ciudad misteriosa, sus costumbres y hábitos eran precisamente los mismos que en la época de Motezuma. Los señores Huertis y Hammond llegaron á Belige en el otoño de 1848, y dirigiéndose al Sud Oeste llegaron á Coban á fines de Diciembre. Allí se les unió un español avecindado en San Salvador, llamado Pedro Velazquez. De Coban partieron unidos en busca de la ciudad misteriosa. Solo Velazquez puede contar lo que pasó en este viaje. Huertis y Hammond no han vuelto jamás para referirlo. Segun la relacion de Velazquez, el 19 de Mayo llegaron á la cumbre de la Sierra, á una altura de 9,600 pies, en la latitud 15° 48' N., y vieron á lo lejos las cúpulas y torres de una gran ciudad, de aspecto egipcio al parecer, y como á unas 25 leguas de Ocosingo, en la misma latitud, y por la corriente directa del rio Lagartos. A esta ciudad llegaron despues de algun tiempo Velazquez la describe diciendo que es de vastas dimensiones, con grandes muros y baluartes, llena de templos, estátuas gigantescas, y toda la pompa del paganismo. El pueblo tiene costumbres peruanas unidas á una magnificencia asiria; le está mandado no salir de los muros de la ciudad, y no quiere tener relaciones con los de fuera. El nombre de la ciudad es Iximaya. Los viajeros supieron que algunos hombres blancos habian penetrado en su seno otras veces, pero que ninguno habia salido jamás. Hammond y Huertis fueron ambos asesinados, el primero al entrar en la ciudad, el segundo al intentar escaparse de ella.

Velazquez, que era mas precavido, logró inspirar confianza á sus carceleros, y no solo se escapó sino que se trajo consigo dos niños pertenecientes á los sacerdotes, que son los dos que hoy se hallan en Inglaterra.»

E. E.

LÚNES 15 DE AGOSTO.

LA ROSA DE HARNESTEIM.

I.

Hay situado en una de las mas elevadas montañas de la Alemania, cuyos torrentes van á perderse en el Rhin, un castillo, que mas bien parece un coloso de granito que fortaleza de los hombres. Altísimas almenas lo guarnecen, una cascada horrorosa baña sus cimientos y llena los fosos, y el viento azota magestuosamente el pendon señoril que flota entre pardas nubes. Jamás la inocente paloma se posara errante en sus torres, ni el tierno ruiseñor cantara la alborada entre sus bosques, solo el águila altanera y el buitre de descarnada cabeza buscaban allí un asilo contra la tempestad. De un lado se elevaba una selva inmensa cubierta de pinares, que agitados por el viento daban quejidos dolorosos al desgajarse sus ramas. Del otro una enorme roca partida casi perpendicularmente sin la mas pequeña señal de vegetacion, y tan profunda que al asomarse á ella los habitantes del castillo creian ver una mano misteriosa que los impulsaba á arrojarse en busca de las cenizas de sus abuelos, pues que aquel horroroso precipicio era llamado el cementerio de Harnesteim. Tal era la morada feudal; una rápida pendiente era el único camino para la principal entrada, y en ella se veia el enorme puente levadizo, que con dobles cadenas sostenido hacia imposible el tránsito, á menos de salvar el foso de doce pies de anchura, y arrostrar la cólera de los ballesteros que guarnecian los dos torreones de entrada.

Todo ostentaba fuerza y poder; hasta la agreste naturaleza daba su magestad á aquel sitio, y las diferentes chozas que esparcidas en las faldas de las montañas se veian, estaban como reconociendo por señor al gigantesco castillo.

Asi era en efecto; súbditos del baron de Harnesteim que era dueño de la fortaleza, se agrupaban en su derredor como los hijuelos al seno de su madre.

Nuestro protagonista, ó por mejor decir el baron, era un jóven como de unos 25 á 26 años, pero su blanquísima tez y sus rubicundos cabellos, que le caian graciosamente en bucles por la espalda, en union de unos ojos azules, le hacian parecer un niño enteramente. Era de estatura regular, pero su cuerpo tan bien formado y con una cintura tan elegante, que todos hubieran dicho al verlo manejar un ligero cuan pequeño caballo, que era una de esas damas amazonas que gustaban de los ejercicios de la guerra.

Huérfano hacia 4 años, de inocente rapazuelo que jugaba con los alcones, habia tenido que convertirse en temido castellano. Bien quisieron los admiradores de la fuerza corporal y de la alta estatura de su padre burlarse de un señor tan raquítico, pero sus nervios eran de acero, y sus músculos de hierro, y al par que tenia una dulce sonrisa, tam-

bien lanzaba unas miradas que hacian enmudecer hasta al anciano Martin su ayo, gigante de seis pies y fuerte como un roble. Todo reposaba en silencio en el castillo velado por las tinieblas, y solo en las caballerizas se oia en voz baja este diálogo.

—Fortun, tienes listos los podencos? porque mañana como siempre salimos de cacería.

—Si, hijo, contestó el asi interpelado; pero por el alma de mi abuelo, que tanto trabajan los perros en esa cacería como el dogo de la cocinera, que es el animal mas poltron que conozco.

—Lo que sé es, Nuño, replicó Fortun, que ningun caballo aparece mas cansado ni cubierto de espuma que el del señor baron, y eso que es el mejor de las caballerizas, averígüele el diablo donde va; el caso es...

—El caso es, Fortun, que el amo está enamorado, y que á mí como perro viejo no se me engaña con eso de estraviarse persiguiendo la caceria. Martin está en el secreto, y quizás por temor de disgustar al bailio, cuya hija es su prometida segun dejó encomendado su padre, no nos haya ya traido alguna aldeana para baronesa. Mas, hijo, basta de plática y durmámonos que hay que madrugar.

Como se vé, este diálogo pasaba en el departamento de los caballos, entre el picador Fortun y el anciano cazador Nuño, gefe de la perrera desde tiempo inmemorial. Si tuvieron ó no razon al hablar asi de su dueño, es cosa que demostrarán los venideros sucesos.

II.

A el amanecer el dia que siguió á aquella conversacion de los criados todo era bulla y carreras en el castillo.

El sol que principiaba á dorar la cima de las montañas alumbraba una escena dificil de describir.

En el inmenso patio veianse multitud de criados que sugetaban las traillas de perros de finísimo olfato y piernas de acero, mientras que otros contenian fogosos bridones que tascaban impacientes el freno.

Los venablos, los arcabuces, los dardos estaban mezclados y puestos en pilas revueltos con las cornetas de los cazadores, y flanqueados de cuchillos de monte. Todo era animacion y alegria, hombres, perros y caballos parecian no esperar mas que una señal para lanzarse en busca de los moradores de las selvas. Asi era en efecto; no tardó en presentarse el baron con su sonrisa de niño y su cuerpo de doncella. Vestia una levita verde ceñida por un ancho cinturon de búfalo, unos ajustados calzones de punto iban á perderse en las larguísimas botas charoladas, y finalmente una graciosa capilla oscura sujeta al hombro donde descansaban las plumas de su negro sombrero, completaban todo su atavio. Al momento dirigiose hácia un hermoso caballo de raza árabe que Fortun le sugetaba á duras penas, y montó de un leve salto en el animal, que conociendo su ginete relinchaba de alegria. Compañeros, dijo aplicando los labios á una pequeña corneta, pronto el sol alumbrará las encrucijadas de la selva para que veamos bien los corzos y jabalíes, y por mi fe os juro, que sereis indignos del nombre de ballesteros de Harnesteim, si dejais un momento ocioso al cocinero. Repártanse en tres grupos, añadió; tú, Fortun, ojearás á caballo la caza; tú Nuño, la esperarás en los puertos, y los mejores ginetes seguirán conmigo y con Martin la pista de los ciervos.

Un agudo sonido siguió á esta arenga, y hombres, perros y caballos se precipitaron á escape por la agria pendiente del castillo, perdiéndose en seguida en la selva. En el instante el pesado puente levadizo se alzó rechinando las cadenas, y solo el ruido del torrente turbó el sosiego de aquella morada antes tan bulliciosa.

III.

Dejemos á nuestros cazadores sudar en buen hora persiguiendo la caza, y trasladémonos á un ignorado valle, que escondido á la vuelta de un precipicio vegetaba como una flor silvestre ignorante é ignorado. Un débil arroyuelo serpeaba entre juncos acuáticos, sirviendo de compañia á algunos árboles frutales esparcidos en su orilla. Mas allá veiase un torreon medio arruinado y cubierto de musgo sus paredes, que parecia ser el señor absoluto de aquel solitario yermo. La vista perdiase

en lo infinito de las elevadas montañas, y el pequeño valle aparecia á la vuelta del precipicio, como una vision fantástica á los ojos del dormido caminante.

Mas no por eso se crea que tal Tebaida estaba habitada por fieras ni tampoco por severos monges, todo lo contrario, allí vegetaba una flor mas pura y olorosa que las de los encendidos granados que adornaban el paisage. Hermosísima era la pastora; negros bucles de suavísimo cabello ondulaban en su espalda, un gracioso corpiño ceñia su esbelto talle, y á su garganta se anudaba un gracioso pañuelo del mismo color que el delantal que adornaba su cintura. Tímida y ruborosa dirigia sus miradas hácia lo largo del arroyuelo, y sus oidos se fijaban queriendo percibir en la brisa un sonido que esperaba su corazon. Al cabo de pocos minutos el ruido fue creciendo cada vez mas, hasta llegarse á oir distintamente el sonoro galopar de un caballo que se aproximaba hácia el vallecillo.

—Buenos dias, Rosa, le dijo el caballero, que no era otro que nuestro conocido el baron, ¿me esperabas ya?

—Si, Arturo, creí no podrias hoy separarte de tu señor, pues que parece está la caceria bien empeñada; no se oye mas que relinchos y toques de avanzar.

—Es cierto, vida mia, pero sigo mi antigua costumbre, figuro que me estravio persiguiendo alguna pieza, y mi señor es tan amable que todo me lo dispensa. Mas, voy á bajar, quiero ver como está tu buena madre. Y sugetando al animal que piafaba impaciente, nuestro baron disfrazado echó pie á tierra siguiendo el camino del torreon, donde penetró con la hermosísima aldeana.

Mientras esto sucedia en el encantado vallecillo, una escena muy diferente se representaba en la fortaleza feudal. Un anciano, cubierto el rostro de cicatrices y severa mirada, conversaba con una muger de la misma edad, que reclinada en un maciso sillon donde se veian grabados dos escudos en campo de plata, parecia esos retratos de la antigüedad en cuyas fisonomías se deja entrever la firmeza y el orgullo. Ambos hablaban acaloradamente, y al parecer sus miradas se dirigian hácia una jóven rubia, flaca y amarillenta que se entretenia en desgarrar con sus dedos los cordones de su cinturon.

—Os lo repito, señora, decia el anciano (que era nada menos que el bailio de Horenfort) vuestro hijo cuida cada vez menos de su prometida (señalando á la jóven); antes iba á nuestro castillo tres veces por semana, y hoy es solamente tres veces al mes. Si,

añadió con voz terrible, no me trateis de convencer que se distrae con la caza, hay otros motivos mas poderosos, y yo los conozco. Vuestro hijo está enamorado.

—Nuestro santo patron nos valga, replicó la baronesa, ¿y de quién podeis figuraros que sea, señor bailio, sino de nuestra muy amada Adelaida de Horenfort?

—Todo lo contrario, señora baronesa, dijo la jóven, demasiado conozco cuanto le molesta mi presencia; bien pudiera perdonarle su desvio, pero posponerme á una aldeana, á una miserable montañesa, eso jamás.

—Pero ¿por donde sabeis?..

—Señora, dijo el baron cada vez mas irritado, le han seguido los pasos, le han visto que despues de salir de los bosques toma un sendero casi impracticable, y seguido de su escudero Martin que Dios confunda se pierde sin saber donde se mete. Pero basta, hoy espero que todo se arreglará.

Dejemos nosotros disputen en buen hora á esos señorones un matrimonio forzado, y trasladémonos al torreon donde dejamos á Arturo con su amada. Pero alto, que llegamos en mal hora, pues que el jóven sale de él y ya se está despidiendo de su amada.

—Adios, vida mia, le dice, que pienses en mí.

—¿Vendrás mañana, Arturo? mira que no puedo vivir sino á tu lado.

—Si, te lo aseguro, á menos que mi señor...

—Pues bien, para que recuerdes, toma; y quitándose una bella rosa que tenia puesta en el seno la alargó al jóven, que palpitante de amor no pudo menos de estampar un beso en la mano que la alargaba. Despues partió rápidamente, dejando inmóvil á la pastora, que seguia con la vista los obstáculos que salvaba su amado en tan peligroso camino. En fin cuando el eco no trajo los rumores de las pisadas del caballo, entonces Rosa se volvió lentamente al torreon, donde una muger de sonrisa dulce y cariñosa la esperaba con los brazos abiertos.

—Madre mia, dijo ella lanzándose á su seno ¡cuan feliz soy!

—Feliz! dijo la madre, otro porvenir te esperaba hace diez años; tú, la hija de un noble, esposa cuando mas de un escudero, ah! Mas no quiero aflijirte, yo lo sufriré; mas cuéntame ¿le amas mucho? Ojalá pudiéramos alcanzar á nuestro Arturo para contarle lo que respondió su enamorada pastorcilla.

IV.

¡Qué hermoso es volver despues de una larga caceria al sitio del descanso, y qué vanidad no se esperimenta cuando se traen pruebas irrecusables de haber empleado bien el tiempo!

Una larga cabalgata se dirigia hácia el castillo, no con la precipitacion que salió sino con la magestad del vencedor. Dos enormes ciervos dejaban ver sus ya no cubiertas cabezas puestas en dos acémilas, que cubiertas con ramas de álamo y encina semejaban troféos de guerra ó banderas cogidas al enemigo. Al frente de la tropa marchaba con la sonrisa en los labios el jóven Arturo, dirigiendo miradas de ternura á la rosa que se balanceaba en el ojal de su verde levita. Apenas divisaron los cazadores los muros del castillo, cuando las cornetas lanzaron una alegre tocata como para avisar la alegria que á todos animaba. En el momento el puente levadizo se bajó rápidamente, y las torres, las almenas, las plataformas se vieron coronadas de arcabuceros, criados, y cuantos sirvientes encerraba el castillo, prontos á celebrar las hazañas de los monteros. Solo en una ventana de las que pertenecian á la sala de honor se veian tres cabezas, en cuyos semblantes se marcaba un sentimiento distinto del que animaba á los demas espectadores.

Algunos instantes despues llegaban los cazadores á la entrada, y nuestro jóven señor feudal á la sala, do le esperaba su madre, el bailio y su prometida.

—Jóven, vais á ser con el tiempo un nuevo Nemrod, dijo el bailio, no pasa dia sin que uno ó dos ciervos sean testigos de vuestras proezas; de ese modo dejareis á las selvas pronto sin moradores.

—Seguramente, padre mio, dijo la jóven; mas advertid, que no es eso solo lo que caza Arturo, á menos que no esten las rosas, (y

señaló á la flor) perdidas en las selvas...

—Es lo contrario, señorita; esta rosa es un recuerdo, y los recuerdos son para mi...

—Os comprendo, pero tened presente que es Adelaida de Horenfort á quien hablais.

—Y yo, caballero, gritó el bailio poniéndose de pie, os emplazo á cumplir la palabra dada á vuestro padre, ó faltando á ella devolvedme la que á él le dí.

—Calmaos, señor bailio; mi padre exigió cosas que alguna vez quizá podré cumplir.

—Es inútil, Arturo, todo se sabe, añadió Adelaida, y es indigno de vos mentir de esa manera.

—Señorita...

—Bien, continuó, una prueba, decis que esa rosa es un recuerdo; pues bien, me agrada, dádmela y lo tendré por uno vuestro; ¿qué os parece? ¡á qué altura nos encontramos! yo pidiendoos flores y recuerdos!

—Comprendo, Adelaida, quereis ponerme á prueba, pero os aseguro...

—Hijo mio, le dijo su madre, una cosa tan sencilla...

—Ah!, es Arturo muy galante, esclamó el bailio con altaneria.

—Señor de Horenfort, basta de disimulos; no tengo que dar á nadie cuenta de mis acciones, sois libre de disponer de vuestra hija, y si desobedezco la voluntad de mi padre, Dios es el Ser Supremo, y ese me juzgará.

—Qué os dije, padre? ¿no es verdad que á mas de poco galante es ya grosero?

—Hijo mio, y todo por una rosa.

—Madre, dijo Arturo solemnemente, esta rosa será la rosa de Harnesteim.

—Y yo os digo, baron, añadió el bailio, ya que asi tratais á vuestros huéspedes, ya que desobedeceis á vuestro padre y faltais á la fe de caballero, que sois un miserable. Apenas pronunció estas palabras, arrancó violentamente la rosa del pecho de Arturo, que frenético, delirante de corage, echó mano á su puñal, y seguramente lo hubiera hundido en el pecho del bailio, á no reparar á este colocado bajo el retrato de su padre, cuyos ojos parecian despedir vivísimos destellos. Entonces reponiéndose llamó á sus criados, y les dijo hicieran los honores á su huesped que se alejaba, quien al salir con su hija por la puerta de la sala de honor, le dijo:

—Jóven, si quereis conquistarla estará desde manaña puesta en una pica en la torre mas alta de mi castillo.

—No os haré esperar mucho, respondió Arturo; el cielo os guarde.

V.

Bien pudiera decir á mis lectores todos los pormenores que siguieron á aquel acontecimiento. Si durmió mucho ó poco el tal baron; si agradó ó no á sus vasallos el ir de pelea por conquistar una flor; si el bailio se arrepintió de su mal genio, y si fueron cuarenta los muertos y cincuenta los heridos; todo esto podia decir; mas como quiero preciarme de ligero, solo os cuento, que el baron salió á conquistar el castillo de su enemigo, que los dos pelearon con valor, pero que uno triunfó como es preciso que suceda; que la niña sabedora del tal combate, fue á buscar á su escudero y se encontró con el señor; que este se la llevó al castillo donde la madre fue á buscarla; que esta salió ser conocida y aun parienta del ama de la casa; que no hubo inconveniente en su matrimonio, y que el señor de Harnesteim mandó añadir á los infinitos geroglificos de su escudo de armas una rosa, mientras que el bailio que quedó tan mal parado por haberse quedado sin ella, las tiene odio mortal, entreteniéndose con su hija en dar cuchilladas á cuantos rosales ve.

Esta es toda la tradicion de la *rosa de Harnesteim*, y ya ves, lector benévolo, de cuanto fárrago te he ahorrado; creo me darás las gracias; yo las recibo, y dejemos amarse muy apriesa á Arturo y Rosa; rezar juntas sus ambas madres, y maldecir los rosales el bailio y su hija.

ANTONIO AFAN DE RIVERA.

CRONICAS HISTORICAS

DE LOS

PRINCIPALES MONUMENTOS Y EDIFICIOS DE SALAMANCA.

Nuestros lectores verán con gusto las siguientes curiosas crónicas que insertan los periódicos de la corte, debidas al jóven arquitecto don José Picon, uno de los mas distinguidos de la escuela especial, y que con otros de sus compañeros formó parte de la espedicion artística verificada á Salamanca hace poco. He aquí como se espresa el señor Picon.

«Estas crónicas no prueban talento, sino buena intencion. Su lectura, curiosa en todas y amena en las mas, aumenta el interés que espontáneamente inspira la vista de un dibujo. Mis compañeros han trasladado al papel los monumentos que encierra Salamanca, pero mi propósito ha sido reasumir en breves palabras las noticias históricas, los episodios tradicionales, las anécdotas antiguas, que repetidas de boca en boca llegaron á mis oidos, obligándome á fijar los ojos en edificios vulgares en apariencia. Al hacer su descripcion he aventurado un ligerísimo juicio crítico de ellos, persuadido de que la copia de cualquier edificio antiguo no es un trabajo perfecto si no va acompañada de una memoria histórico-artística.

Si estas crónicas fueran mas largas, nadie probablemente se tomaria la molestia de leerlas. El espíritu del siglo no solo condena al que habla mucho para decir poco, sino que rara vez aplaude al que es avaro de palabras y pródigo de ideas. Por eso me limito á la simple narracion de los hechos, fiando los comentarios al buen juicio del lector.

En la biblioteca de la Universidad de Salamanca están los libros y manuscritos que me han suministrado curiosos datos. Pons, el P. Dorado y Gil Gonzalez Dávila, son los autores que trataron de aquella ciudad. Las principales noticias, muchas ineditas y reunidas con no escaso trabajo, se las debo al señor don Vicente de Lafuente, catedrático de cánones de la misma Universidad.

En Francia, donde abundan los novelistas y los poetas dramáticos, bien pronto servirian de asunto algunas de estas crónicas para llenar la escena, ó interesar la atencion pública en los folletines de un periódico. En España apenas estarán destinadas para ser leidas por una docena de curiosos.

SALAMANCA.

Segun Justino, esta ciudad fue fundada despues de la guerra de Troya por Teucro, capitan griego, hijo de Telamon Rey de la isla Salamina en el mar Eubeo. Su forma general es circular, y está fundada sobre tres montes en las márgenes del Tormes. Tiene trece puertas; la principal es la de Zamora. Por ella hizo su entrada triunfal en la poblacion el Emperador Cárlos V.

En la época de su mayor esplendor llegó á contar, segun dicen, cuarenta y seis parro-

quias, veinte y cinco conventos de frailes, veinte y cinco de mònjas, otros tantos seminarios y colegios, dos catedrales y multitud de edificios suntuosos y magníficos. Aseguran tambien que en su famosa Universidad llegaron á reunirse quince mil estudiantes. Solo asi se comprende que una poblacion tan triste y solitaria, encierre todavía dentro de sus antiquísimas murallas inapreciables tesoros del arte monumental.

Sus bellezas artísticas de primer órden, son casi desconocidas, no solo de estranjeros sino tambien de nacionales. En Salamanca existen monumentos de mérito estraordinario, que ni aun han merecido los honores de ser trasladados al papel. Antes de ahora, apenas estaria grabado su recuerdo en el album de algun curioso ó escéntrico viajero.

En aquella ciudad insigne reposan olvidadas las cenizas de Fr. Luis de Leon, honra y prez de los escritores españoles. Alli estuvo encerrado dos años por órden del Santo Oficio, para sentarse despues en la cátedra donde pronunció las celebradas palabras: «Como deciamos ayer.» En Salamanca están los restos de Juan de la Encina, nuestro primer poeta dramático. Alli predicaron ó escribieron San Vicente Ferrer, San Juan de Sahagun y Santa Teresa de Jesus. En sus cátedras tomaron asiento el Cardenal Pedro de Luna, que llegó al pontificado con el nombre de Benedicto XIII, el P. Maestro Alonso de Madrigal (el Tostado), don Diego Hurtado de Mendoza, el marqués de Villena y otra multitud de hombres que honraron á su patria.

Cada calle es en Salamanca un museo de arquitectura, cada casa evoca un recuerdo histórico. Casi desierta en la actualidad, sin industria, sin comercio, sin pobladores que la den vida y animacion, parece una ciudad de sepulcros. Perdido el viagero en el complicado dédalo de sus callejuelas tortuosas, estrechas y trazadas sin plan ni concierto, concentra el pensamiento para contemplar las puertas sombrias tachonadas de escudos nobiliarios, las ventanas partidas de la edad media, y las misteriosas imágenes colocadas detrás de las encrucijadas, como la que nos pinta Espronceda en la calle del Ataud. Es aquella una ciudad de verdadera inspiracion para los trovadores y romanceros.

El que recorra por primera vez aquellos lugares, siente á su pesar trasportada la imaginacion á otros tiempos. Piensa ver agitarse una toca blanca detrás de las espesas celosias de un convento; cree descubrir sobre la alfombra de yerba por donde pasa, la huella del estudiante que nos traza el autor de *El Diablo Mundo*.

Pocas ciudades contarán en su recinto tantos edificios y monumentos notables. Pero al mismo tiempo que la vista se deleita admirando incomparables modelos, siente el corazon un sentimiento doloroso por el completo abandono, por la indiferencia glacial con que se miran aquellas colosales páginas de nuestra grandeza pasada. Se ve caer la clave de una bóveda y nadie trata de sustituirla. A los pocos años desaparece el edificio que cubria. No hay cuartel para la tropa y se echa mano del primer monumento de la ciudad. Los soldados se entretienen en pintar bigotes á las estátuas de un claustro, cuando no toman por distraccion amputarlas las orejas y narices. Para construir una carretera se cree necesario demoler anticipadamente una parroquia gótica del siglo XII. Véndese un convento de valor inapreciable en 30,000 rs.; á los pocos meses es derribado por el dueño para aprovechar los materiales de construccion. Es preciso restaurar un cuadro original de Rivera; cierto aficionado, oficial de sillero, se encarga de esta obra benemérita, y embadurna con betun de botas el precioso lienzo.

Estas escasas líneas darán idea del aprecio que tienen entre nosotros las glorias nacionales. Formen los lectores los comentarios, porque la indignacion y la vergüenza impiden hacerlos al que escribe estos renglones.

Como consecuencia natural de este vandalismo, no se ven por Salamanca mas que iglesias destruidas, murallas ruinosas, escombros, y tumbas profanadas. Con los despojos de los grandes edificios constrúyense casas mezquinas de raquítico esterior.

Lord Wellington, despues de la batalla de Arapiles sitió el convento de San Vicente donde se habia fortificado un destacamento de franceses. Aquel accidente produjo la ruina de cuatro conventos magníficos.

Los edificios notables de Salamanca pertenecen en general á tres épocas. Los bizantinos del siglo XI al XII, los de la transicion del gótico al plateresco de 1500 en adelante, y los greco-romanos de Vignola, desde el siglo XVII hasta nuestros dias. Estos últimos tienen por lo comun escaso mérito. Además hay algunos restos de construcciones romanas y muy leves vestigios del árabe.

Inútil es clamar por la restauracion de tantos edificios ruinosos. El presupuesto español tan solo consagra la suma de 30,000 rs. para conservar los monumentos históricos de nuestro suelo.

CASA DE DOÑA MARÍA LA BRAVA.

Orígen de los bandos.

Cuenta la tradicion que hácia el año de 1440 vivia en Salamanca una noble señora llamada doña María Rodriguez de Monroy, viuda del bueno y honrado caballero don Enrique Enriquez de Sevilla, señor de Villalba y descendiente del infante don Enrique. Tenia dos hijos que sobresalian entre la nobleza del pais por su hidalguía y escelentes prendas personales. Hallándose un dia el mas jóven jugando un partido de pelota con otros dos caballeros de su edad llamados los Manzanos, sobrevino una disputa acalorada, de la cual resultó asesinado á cuchilladas el jóven Monroy. Temiendo los Manzanos la llegada del hermano mayor, que gozaba gran reputacion de valiente y diestro en las armas, se apostaron detrás de la puerta del juego de pelota, y al penetrar el segundo hijo de doña María, arremetieron con él y le mataron alevosamente. Los asesinos huyeron por las calles, y no encontrando otro asilo mas á mano, por perseguirles de cerca la justicia, entraron en casa de doña María, que, ignorante del suceso, no titubeó en ocultar á los matadores de sus hijos. Despues de salir los alguaciles del edificio, llegaron mensajeros á contar á la madre la horrible desgracia. Doña María de Monroy lejos de inmutarse ni dar la menor señal de desconsuelo, mandó ensillar sus dos mejores caballos, y dándoselos á los hermanos Manzanos les dijo: «*Os he librado de la justicia; procurad libraros de mí.*» Aquella misma noche salió de la poblacion doña María sin querer dar sepultura á sus hijos, aparentando que se retiraba á Villalba, pueblo de su pertenencia. Reunida fuera de las murallas con 20 hombres armados, escuderos y servidores de su casa que tenia dispuestos á prevencion, tomó la ruta de Portugal, donde se habian refugiado los Manzanos. Hallólos al cabo una noche cerca de Viseo en el pueblo llamado Iglesias, y echando abajo la puerta de su refugio, cortó á entrambos las cabezas, é hizo su entrada triunfal en Salamanca con aquellos terribles despojos colocados en la punta de dos picas. Al pie de las sepulturas de sus hijos, que suponen enterrados en Santo Tomé ó en San Francisco, depositó las cabezas de los asesinos. Desde entonces se conoció á la madre por el nombre de doña María la Brava.

Este trágico episodio dió orígen á los bandos de Salamanca, que duraron mas de 20 años y produgeron infinitos desastres. En la discordia de Manzanos y Monroys tomaron parte las principales familias de la ciudad, teatro de una guerra intestina sin tregua ni descanso. En último resultado se dividieron las parroquias. Un bando se llamaba de San Benito, otro de Santo Tomé. Nadie traspasaba los límites de su distrito sin peligro de la vida. Hoy moria un Monroy y mañana asesinaban un Manzano. Construyéronse baluartes, torreones y aspilleras en los sitios mas comprometidos. Salamanca era entonces un compamento permanente.

Dícese que la casa de los Enriquez estaba frente á Santo Tomé, con un solo balcon en su fachada. Doña María era feligresa de esta parroquia, y por escrituras antiguas consta que estaba junto á esta iglesia la casa de los Enriquez de Monroy, condes de Cannilias.—El marqués de Alventos cuenta (Historia del colegio de San Bartolomé, t. I, pág. 147), que en 1766 pertenecia aquella á don Baltasar Rodriguez de Sotomayor, caballero de la órden de Santiago.

Este edificio, si no es un monumento de gran mérito, tiene alta importancia histórica, y debe estudiarse como tipo de las antiguas casas nobles de Salamanca. Está tachonado de escudos de armas. Su estilo es el gótico de la tercera época, algo degenerado.

TORRE DEL CLAVEL.

Fue construida en la época de los bandos

de Salamanca, como otros varios torrones que se encuentran en algunos edificios principales de la ciudad. El nombre de *Torre del Clavel* es corrompido; se llamaba *Torre del Clavero*, por haberla construido don Francisco Sotomayor, clavero de la órden de Alcántara. Este torreon formaba parte de la casa de los Sotomayores, señores de Baños, que estaba en la calle del Consuelo, parroquia de San Justo.

Dicen que allí estuvieron presos los asesinos de la célebre doña Inés de Castro.

Además del torreon que hay junto al palacio de Abrantes, frente al del Clavel, existen otros varios de la misma época. En la parroquia de Santa Eulalia está la casa solariega de los Castillos, señores de Fermosella, llamada de las *Cuatro Torres*, las cuales fueron demolidas á mediados del siglo pasado. En la calle de Herreros construyó tambien un torreon durante los bandos el licenciado Anton Nuñez, de Ciudad-Rodrigo, señor de Terrados, con arcos y puente levadizo, y en comunicacion con sus casas, que se incluyeron en el convento de San Antonio el Real.

De todos estos edificios el que mejor aspecto presenta y se halla en buen estado, es el del Clavel, medido y copiado durante la espedicion. Su esterior recuerda los tiempos del feudalismo. Es un prisma octógono, coronado por ocho tambores adheridos en la parte superior de las caras.

CASA DE LAS CONCHAS.

Escasas y confusas son las noticias que se han podido reunir acerca de este edificio. La *Casa de las conchas* era solariega de los Maldonados, señores de Barbalos. En la actualidad pertenece á los marqueses de las Amaynelas, por el título de Balcarzana. Ignórase la época de su construccion. Respecto de las conchas esparcidas por la fachada, las cuales dan nombre á la casa, tampoco se sabe nada cierto, pero es de presumir que fuera distintivo de sus dueños. En la parroquia inmediata de San Benito, donde hay enterrados varios individuos de la familia, la puerta de la iglesia está adornada con conchas. En la capilla de Talavera, fundacion de don Gonzalo Arias Maldonado, se ve el escudo con varias conchas.

Algunos de los cruzados á su regreso de Palestina tomaron las conchas como distintivo de su peregrinacion belicosa, y las añadieron á sus escudos. En España las tomaron algunas casas por devocion á Santiago. Los Maldonados de Salamanca tenian cinco lises de oro en campo azul; quizá los de Barbalos añadieron las conchas por distintivo peculiar de su rama.

Este edificio ha sido estudiado en detalles y conjunto durante la espedicion. Las galerías, antepechos y cresteria del patio son muy originales. Hay en la *Casa de las conchas* recursos decorativos del mejor gusto. La fachada es en estremo graciosa. Ha sido preciso respetarla en la parte superior, donde existen tres ventanas, cuyos adornos fueron destruidos. Para conseguir el objeto con acierto, se ha procurado conservar el mismo carácter de lo existente en la parte restaurada. En este edificio se ve muy bien tallado el escudo de los Reyes católicos.

Año 1500.

CASA DE LAS MUERTES.

La calle donde está situado este edificio, llamábase en otro tiempo de *Tapiceros*, y segun dicen, en ella se fabricaban los mejores tapices de Castilla. Despues tomó el fatídico nombre que ahora tiene, desde que se construyó la *Casa de las Muertes*, llamada así porque estaba adornada de cuatro calaveras que, desfiguradas en la actualidad, hacen el oficio de ménsulas para sostener los pedestales de los antepechos de las ventanas. En un medallon colocado sobre el hueco del centro hay una inscripcion que dice: *El severísimo Fonseca, Patriarca Alejandrino.*» Sobre ella se ve bastante bien conservado un relieve, que representa el busto de este personage. Ignórase con qué objeto se construyó este edificio, y lo único que con fundamento se presume por aquella inscripcion es que debe ser coetáneo de la *Casa de la Salina*.

Su título tomado en un principio de las cuatro calaveras de la fachada, ha llegado á ser horriblemente justificado por hechos posteriores. A principios del presente siglo habitaba la casa una familia compuesta de cuatro individuos. Una mañana aparecieron todos asesinados. Comenzaba á olvidarse el recuerdo de aquel drama sangriento, cuando la noticia de otro crímen llegó á consternar la ciudad. Por el mes de Mayo de 1851 habitaba la ca-

sa una señora sola. Habia despedido algunos meses antes á todos sus criados, y vivia en su retiro con sobrada decencia por los bienes heredados á un canónigo de quien habia sido ama de llaves. Cierta mañana se encontró abierta la puerta falsa, penetraron los vecinos, recorrieron toda la casa, y siguiendo algunos vestigios de sangre reciente, hallaron á la desventurada señora muerta violentamente dentro del pozo, con un hermoso gato, única compañía suya. En otra habitacion hácia una escalera oculta por un cuadro, y por la cual bajaron el asesino y su víctima. El delito yace todavía envuelto en el velo del misterio.

La *Casa de las Muertes* no tiene nada notable á escepcion de su fachada, gracioso ejemplar del buen renacimiento. La cornisa superior está compuesta de un talon de hojas de acanto, un rosario y una escocia de cabezas de ángeles, tallados en estilo barroco. Tiene toda la fachada cuatro huecos, que debieron ser ventanas antepechadas y ahora son balcones. La guarnicion de la puerta está picada y destruida. En el dibujo ha sido restaurada con la mayor conciencia, procurando conservar el mismo carácter del adorno. La ornamentacion de este edificio está bien entendida, dibujada correctamente y distribuida con acierto.

Despues de las horribles escenas que se han referido, nadie queria habitar este edificio lúgubre, habiendo quien se abstenia hasta de pisar sus umbrales y pasar por delante de su fachada. Un militar despreocupado le habita en la actualidad.

PUENTE DE SALAMANCA.

Pretenden algunos que este puente fue construido por Hércules, lo cual equivale á decir que su orígen se pierde en la noche de los siglos. Es cierto que en Salamanca se dió culto á Hércules, y que la puerta inmediata llevó su nombre en algun tiempo. En sus inmediaciones habia un corral con el nombre de este semidios, y sobre la puerta de la casa se ve ahora una mano groseramente labrada empuñando una maza. En cierta ocasion se encontró una cara de mármol blanco y una cabeza adornada con tiara.

Trajano recompuso este puente cuando hizo construir el *Camino de la Plata*, que iba de Salamanca á Mérida. La mitad del puente antiguo, que es la que se conserva, tiene un zócalo almohadillado, muy parecido en su fábrica al acueducto de Segovia. A la entrada habia un toro ó jabalí de piedra informe, por el estilo de los *toros de Guisando* y de los que se ven por Segovia, Avila, y otros puntos de Castilla. Por alusion á este toro tomó la ciudad por armas un toro sobre un puente; en el siglo XII usó las barras de Aragon por algun tiempo. Este toro ha llegado á tener gran nombradía. Contra él dió un porrazo al *Lazarillo de Tormes* el pícaro ciego á quien nos pinta en su novela con tan vivos colores el erudito Hurtado de Mendoza, que estudió en esta Universidad.

Al principio de la última guerra civil antojósele á un majadero decir que aquel toro era signo de feudalismo, y los hijos de la *nueva Atenas* y de *Roma la chica* lo creyeron como un Evangelio y tiraron abajo el toro sin mas averiguacion. Sus fragmentos se ven aun inmediatos al primer arco.

Del puente romano solo queda la mitad; el resto es construido en tiempo de Felipe IV. En 1797 se recompuso el puente y en especial el pavimento. Debajo de una losa encontróse una caja con una medalla de plata y cobre que representaba á Hércules con la clava en la mano izquierda y la diestra apoyada en un pilar. Otra igual de cobre halló un tal don Mariano Tejerizo, lo cual hace creer que Trajano dedicase el puente á Hércules, á quien tenia en gran veneracion.

Este puente es uno de los mayores de España. Tiene 27 arcos y 423 varas de longitud por 8 $^3/_4$ de latitud. Todo el antiguo en la parte romana estaba defendido con almenas como de la edad media, las cuales han sido destruidas á principio de este año 1853 por el ingeniero que dirige la carretera de Vigo, habiendo sustituido tambien el pavimento de losas con el moderno *Mack-Adam* de la carrera. Del mismo modo se ha demolido el baluarte que habia á la mitad del puente, donde existia una sala tradicional para reunirse en ciertos actos el consejo de la ciudad. Dícese que estaba ruinoso. En mi opinion podia haberse compuesto este monumento antiquísi-

mo y respetable, con el dinero que costó destruirlo.

PLAZA MAYOR.

Era la plaza mas grande que habia en España, pues comprendia no solamente la actual y todos los edificios modernos construidos en ella, sino tambien la *Plaza de la verdura* y los corrillos accesorios *de la yerba, cárcel real* y *de la pesca.* Asi es que á un mismo tiempo se lidiaban toros, se corrian cañas y sortijas, y se traficaba en ella sin que las diversiones embarazacen al comercio.

Comenzóse la nueva plaza en 1720 quedando todavia fuera de ella la gran plaza de la verdura y los corrillos ó plazoletas accesorias.

En el archivo de las casas consistoriales se conserva el modelo de estas. El edificio debia estar flanqueado por dos torreones, pero no habiéndose llevado ácabo el proyecto, se terminó en la forma que se ve el año pasado de 1852. Las estátuas y ornato del ático sobre el relój, han sido egecutadas por don Isidoro Celava.

Esta plaza es algo menor que la de Madrid, pero sus soportales son mas espaciosos y desahogados. Algunos ociosos han calculado que diez y seis vueltas de la plaza de Salamanca equivalen á una legua.

Año 1500.

CASA DE LA SALINA.

A falta de historia mas auténtica, cuenta la tradicion que el severísimo Fonseca, Patriarca de Alejandria, acostumbrado á pasar su vida lejos de la Iglesia, y yendo siempre en seguimiento de la córte, llegó á Salamanca trayendo á su servicio un pagecillo de estraordinaria hermosura. El vulgo que nada respeta, comenzó á referir anécdotas y episodios algun tanto escandalosos acerca del lindo page, cuyos atractivos personales dieron pábulo á que se dudara de su sexo. Se ignora el fundamento de tales hipótesis, pero lo cierto fue que el consejo de Salamanca negóse á dar alojamiento al page, y el severo Arzobispo, indignado de tan ruidosa repulsa, construyó á sus espensas una casa con honores de palacio para alojar dignamente á su afortunado protegido. Este edificio tomó el nombre de *La Salina*, ignorándose el orígen de su título. En los ángulos se vé repetido el escudo de Fonseca, que consiste en cinco estrellas azules en campo de oro. En una de las enjutas hay una Cleopatra, alusiva segun dicen al misterioso page, que, como es público en Salamanca, dió á luz un hermoso niño al cabo de algun tiempo. El consejo de la ciudad ya reconciliado con Fonseca, por las grandes mercedes que este habia hecho á la poblacion, le cumplimentó y festejó sobremanera en celebridad de aquel natalicio. Trascurridos pocos años, llegó el niño á ser un personage de alta importancia histórica, y entonces su padre resignó en él su arzobispado de Santiago, quedándose con el título de Patriarca Alejandrino.

Fonseca padre, está enterrado en el *convento de de las Ursulas* que fundó. Su hijo edificó el *Colegio del Arzobispo*, ahora *Seminario de Irlandeses*, donde reposan sus cenizas. Uno y otro dispensaron grandes beneficios á Salamanca, y construyeron ó reedificaron multitud de edificios, en los cuales campea el escudo con las cinco estrellas. El célebre Cardenal Cisneros, de hábitos muy rígidos y vida austera, se mostró siempre poco propicio con esta familia de costumbres relajadas.

La *casa de la Salina* estudiada durante la espedicion es un modelo precioso del renacimiento en todo su esplendor. La fachada se distingue por la buena aplicacion del adorno, por sus bellas proporciones, y por la escelencia de los bajos relieves y ornamentos. Un magnifico arco de piedra da entrada al palacio. El frente de este es de arcos, que recuerdan el gótico corrompido. Su mérito es escaso. Ocupa el costado derecho una galeria alta sostenida por diez ó doce ménsulas de gran tamaño. En ellas hay esculturas de mucho mérito. Todas son desiguales, y talladas con inimitable libertad y maestria. Se ha sacado copia de una de ellas. El costado izquierdo del patio es de buen renacimiento y delicadas proporciones. Su dibujo forma parte de la coleccion. La escalera, ruinosa en la actualidad, es mezquina y poco notable. Conserva aun algunos trozos de artesonado de madera. La *casa de la Salina* se encuentra en mal estado y condenada á un abandono lamentable.

CASA DEL MARQUES DE VILLENA.

Se da impropiamente este nombre á la casa de los Albendeas que está al estremo de la calle de San Pablo, y que ahora está destinada á fábrica de cerveza. Allí existe la entrada de la cueva Clementina, donde dicen que daba lecciones de mágia el sacristan de San Cebrian, y á las cuales asistia el marques de Villena en calidad de discípulo. Refiérese un célebre chasco que este famoso alumno dió al sacristan su maestro en la misma cueva que servia de cátedra.—Era costumbre entre los discípulos matriculados someterse á la suerte para decidir á principio de cada curso quien habia de pagar los honorarios de todos al sacristan de San Cebrian, hombre codicioso, segun cuenta la crónica. La primera vez que el marques de Villena entró en juego, le hicieron trampa sus condiscípulos, suponiéndole mas rico que los demas, y se vió obligado á pagar á fin de curso. Al año siguiente repitieron la misma operacion con idéntico resultado, aunque el marques, no hallándose del mismo parecer que el curso anterior, desertó de la cátedra, y aun llegó á ocultarse por algunos dias. El sacristan que no renunciaba fácilmente á su dinero, le buscó por toda Salamanca aunque sus pesquisas fueron inútiles, sorprendióle al fin un dia, y le encerró á viva fuerza en la cueva Clementina, donde prometió retenerle prisionero hasta recobrar sus honorarios. Cierto dia que el sacristan hizo versar la esplicacion sobre las *desapariciones*, en lo cual se conceptuaba muy inteligente, ocultóse el marques de Villena en una tinaja, dejando sobre la tapa el libro que servia de texto, abierto por el capítulo de las apariciones. Sorprendióse el sacristan notando su falta, y suponiéndole en precipitada fuga, salió en su seguimiento mientras desaparecia el travieso alumno, consiguiendo dar lecciones prácticas á su maestro. Contigua á la casa del marques de Villena está la *Casa de las batallas* por donde pasaba la muralla vieja de la ciudad. Allí supone Gil Gonzalez Dávila que existieron las siguientes inscripciones romanas:

«Lucius, Accius, Rebur, Ruster, ann XVI.
H. S. E. F. T. T. Y.
Accius, Rebur, Rusci, Atila, Clara, Priviquo.
Pio F. C.

CASA DE SANTA TERESA.

Se da este nombre á la casa que fue de los Ovalles, señores de la Puebla de Escalonilla. A ella vino Santa Teresa de Jesus en 1571 con el objeto de hacer algunas fundaciones. La Santa padeció en este edificio grandes trabajos, como refiere ella misma en el capítulo 18 y 19 de sus obras.

Todavía se enseña la alcoba donde dormia.

Posteriormente se trasladaron las monjas allí reclusas, á una casa que les vendió un tal Pedro de la Vanda.

La casa de Santa Teresa nada tiene notable bajo el aspecto artístico, mas que las enormes dobelas del arco de entrada, características de los edificios caballerescos y nobiliarios que pueblan la ciudad.

CASA DE MALDONADO EL COMUNERO.

Entre la multitud de Maldonados que habia en Salamanca es muy difícil averiguar á cual de las ramas pertenecia Francisco Maldonado, jefe de los comuneros de Salamanca, decapitado en Villalar.—Diez familias de Maldonados existieron en la ciudad, que se distinguian por los pueblos de sus respectivos señoríos, á saber: el *Maderal*, *Barbalos*, *Espino de Arcillo*, *Alden Tejada*, *Barregas*, *Carrascalino*, *Porquerizos*, *Castellanos*, *Linejo y Amatas*. Si constara de cual de estas familias era el comunero, seria muy fácil averiguar su casa solariega. Parece probable que se demoliera despues de la derrota de Villalar, tanto mas, cuanto que los comuneros habian destruido varias casas de nobles. Casi todas las casas de los Maldonados estaban en la parroquia de San Benito ó sus inmediaciones, y es fácil conocerlas por las cinco lises.

Desígnase como de Maldonado el comunero una casa que está actualmente frente á las ruinas del convento de San Agustin. En su fachada no existen las cinco lises, y tampoco hay noticia alguna de que hubiera por allí casa solariega de aquella familia, mas que la de los Abarcas Maldonados, señores de Villarguardo.—El edificio de que se trata pertenece al tránsito del gótico al renacimiento, y no deja de ser notable por la gracia del conjunto.—Es parecido á la casa de doña María la Brava.

CASA DE LOS BANDOS.

Las fervorosas y elocuentes exhortaciones del virtuoso San Juan de Sahagun, hijo de esta ciudad, donde reposan sus cenizas, consiguieron por fin poner término á los terribles bandos de Salamanca, que duraron mas de veinte años. Efectuose una gran reunion para firmar las capitulaciones en una casa situada al final de la calle de San Pablo, comprometiéndose en ella los principales gefes y fautores, á no levantar gente ni fortificar sus casas.

En memoria de este grato suceso se puso una inscripcion que aun se lee en las grandes dovelas que forman el arco de la puerta principal. Dice así:

«*Ira odium generat; concordia nutrit amorem.*»

El aspecto del edificio es vulgar, no tiene mas importancia que la histórica.

PALACIO DE MONTEREY.

Este hermoso edificio parece haber sido construido á fines del siglo XIV por el Excmo. señor don Manuel de Zúñiga y Fonseca, conde de Monterey, virey de Napoles y general en jefe de las tropas españolas en Italia. El mismo edificó el convento de las Agustinas recoletas situado enfrente de Monterey, por haberse anegado el que tenian antiguamente en la Vega aquellas religiosas, á consecuencia de una gran avenida del Tormes en Enero de 1626. En el convento de Agustinas existen algunos buenos cuadros de Pablo Veronés, del caballero Máximo y del Españoleto, aunque bastante abandonados y rotos. La arquitectura de este convento es del género Vignola muy poco notable. En la fachada del palacio del Monterey se ven los escudos de Fonseca con los demas blasones de su familia. Este edificio fue á parar al mayorazgo de Alburquerque, y en el dia pertenece á la casa de Alba. Despues fue vendido á don José Ojesto, y vuelto á recuperar en mayor cantidad por el actual duque de Alba, que impidió la demolicion.

El palacio de Monterey es uno de los edificios mas notables de Salamanca. La mitad de su conjunto, que es del mejor renacimiento, la gracia y delicadeza de los detalles ejecutados con arte y buen gusto, y la feliz combinacion de sus molduras y cornisas, le elevan á la altura de los buenos modelos. La fachada principal consta de una prolongadísima línea de huecos, interrumpida por dos cuerpos mas elevados que el resto del edificio. En la actualidad se halla casi abandonado. Una cresteria de piedra y dos chimeneas decoradas con bajos relieves coronan la parte superior.

Este palacio debió ser en proyecto mucho mayor de lo que aparece, como lo demuestran los sillares salientes de su fachada lateral, puestos para los arranques de la continuacion.

La premura del tiempo ha impedido concluir el dibujo general con la restauracion de las líneas inferiores de ventanas, que en la fachada del costado se conservan bastante bien.

COLEGIO DEL ARZOBISPO, HOY SEMINARIO DE IRLANDESES.

Fue fundado en 1522 por el Arzobispo de Toledo don Alonso de Fonseca, natural de esta ciudad segun el padre Dorado, aunque el marques de Albentos le hace de Santiago por ocultar su nacimiento.

Fundó veinte y dos becas para colegiales y cuatro para capellanes, y le dejó 5,000 ducados de renta sobre beneficios de Toledo, Sevilla, Santiago y Salamanca.—Los colegiales usaban manto de paño pardo oscuro, y beca ancha de grana.

La capilla servia de parroquia al colegio, tenia reservado el Sacramento, y para el culto diez y ocho capellanes, de modo que se hacian los oficios divinos con la mayor ostentacion.—El retablo, asi como el patio y escaleras, consta ser obras de Alonso Berruguete.

Entre los varios derechos muy raros que tenia este colegio, era uno de ellos que el dia de Pascua de Espíritu Santo se corrieran en el magnífico patio dos toros, que tenia obligacion de regalar el Ayuntamiento. Este y otros derechos del mismo género, eran en agradecimiento de los favores que hizo Fonseca á la ciudad, libertándola del pago de tributos.

En una escritura que existe todavia en el mismo edificio, celebrada entre Fonseca y Berruguete, se obliga este á concluir la obra en el corto espacio de año y medio, siendo todo hecho de su misma mano. Esto es prueba clara de que Berruguete era incansable pintor escultor y arquitecto.

Una ventana de la fachada principal ha sido restaurada en el dibujo.—Lo mas notable del Seminario de irlandeses es el gran patio, que se conserva en muy buen estado. Se compone de dos órdenes de arcos ligeros, volteados sobre columnas muy esbeltas y graciosas. En las enjutas se ven medallones circulares con bajos relieves, cuya maestría de dibujo y facilidad en la ejecucion revelan la incomparable mano de Berruguete.

Ocupan el edificio varios seminaristas irlandeses, dirigidos por una persona respetable, á quien deben atenciones y deferencias los individuos de la espedicion.

CAPILLA DE SAN BARTOLOMÉ.

Entre las varias capillas célebres y curiosas que circundadan el claustro de la catedral vieja, merece singular atencion la de San Bartolomé, fundada por el Arzobispo de Sevilla don Diego de Anaya cuando era Obispo de Salamanca; es decir, de 1394 á 1408. Don Diego era natural de esta ciudad, y en ella fundó el colegio viejo de San Bartolomé. La capilla, segun dicen, la fundó en 1422, pero es probable que la comenzase siendo Obispo de Salamanca, y se concluyera en este año. Habiendo muerto en Cantillana, se trasladó su cuerpo á Sevilla, y de allí á Salamanca con gran aparato. Se le enterró en el centro de la capilla, en un magnífico sepulcro de alabastro, que se encuentra ahora muy deteriorado. Al rededor hay sepultados varios parientes suyos de aquel tiempo, y algunos colegiales de San Bartolomé. Entre los primeros se cuenta el arcediano Juan Gomez, hijo del prelado, que con varios foragidos á quienes acaudillaba, se fortificó en las torres de la catedral vieja, y desafió la cólera de don Juan II, á quien arrojó de la ciudad. Esta capilla está profanada, y en un abandono completo.

En ella se graduaban los colegiales de San Bartolomé, que tenian acerca de esto privilegios muy curiosos. La ceremonia se alumbraba con velas amarillas, y en vez de cenar los doctores, hacian colacion sin manteles.

El sepulcro de don Diego de Anaya y la verja que le guarda, han sido dibujados durante la espedicion.

COLEGIO DE CUENCA.

Fue fundado por don Diego Ramirez Villaescusa, Obispo de Cuenca, de donde tomó el nombre el colegio que data de 1500. Gastó en su construccion 150,000 ducados, dejándole sin concluir; su renta era de unos 3,000 ducados. Dedicóle al Apóstol Santiago. Puso en él veinte becas de colegiales y dos para capellanes. Los alumnos usaban manto morado.

Dejó la fábrica sin concluir, pero lo que hizo era de lo mejor en Salamanca. En la fachada que daba á la calle de los Milagros, gastó 5,000 ducados, y en el patio 120,000. El marques de Albentos llama á la fachada *una de las maravillas de la arquitectura.* La escalera principal era tambien de una magnificencia régia.

Este colegio estaba situado á espaldas del convento de San Agustin, donde reposan las cenizas de Fr. Luis de Leon, y solamente quedan de él unos paredones aislados que indican la solidéz de su gran fábrica. Dicen que la fachada era semigótica, pero por la época de su construccion se infiere que seria gótico dejenerado ó mas bien de transicion al plateresco.—Un aleman que vino poco antes de demolerla, tomó un buen dibujo y se lamentó mucho de su mal estado.—Los que alcanzaron á verla hacen grandes elogios.—Fue demolido el edificio por las bombas arrojadas sobre él por los franceses, despues de la batalla de Arapiles. La fachada quedó en pie en su mayor parte y fue arruinada completamente hácia el año 1842, á pretesto de hallarse ruinosa, siendo asi que no han tenido inconveniente en dejar unos elevadísimos muros aislados de ladrillo, que se sostienen por un fenómeno de equilibrio.

COLEGIO DEL REY.

Este colegio, que era para la educacion de los caballeros jóvenes de la órden de Santiago, fue fundado por Felipe II hácia el año 1534. Hizo la obra el célebre arquitecto Juan Gomez de Mora, y era uno de los edificios mas notables de Salamanca.

Edificóse en el sitio donde estuvo la sinagoga principal de los judíos, y donde predicando San Vicente Ferrer sucedió el milagro de la conversion de aquellos, que vieron de improviso cruces rojas en sus vestidos. Gil Gonzalez Dávila dice que era de los mejores edificios de la ciudad, y que tenia dos tor-

res hácia el Mediodia, adornadas de rejas con los escudos de la religion.

Durante la guerra de la independencia, los franceses le fortificaron, no solo como obra avanzada del convento de San Vicente, sino porque desde su hermosa posicion se dominaba una de las entradas de la ciudad. Durante el sitio padeció mucho, especialmente por parte de los franceses. Despues se reedificó en gran parte. Aun quedan dos trozos de galería sostenidos por columnas. El edificio está ruinoso y abandonado. Ha servido para cuartel, y su posicion es muy adecuada para este objeto.

COLEGIO DE SAN BARTOLOMÉ.

Fue fundado por don Diego de Anaya siendo Obispo de esta ciudad, de 1400 á 1415. Adquirió en poco tiempo grande importancia, de modo que en tiempo de los Reyes católicos gozaba ya de mucha celebridad, como se justifica por los favores que le dispensaron aquellos.

La fachada del colegio debia ser de aquella época, pues contenia en varios medallones los bustos de sus colegiales mas célebres del siglo XV, entre ellos el Tostado y San Juan de Sahagun. Al renovar en el siglo pasado la capilla de San Sebastian, de estilo barroco, y la hospedería, actualmente escuela normal, se demolió la fachada del colegio que estaba entre ambas fábricas nuevas, para sustituirla de estilo greco-romano. Dícese que la biblioteca estaba en una pieza casi lóbrega y húmeda, con honores de bodega. Esto lo único que probará es que los colegios mayores miraban mas por su comodidad que por la buena colocacion de los libros, pues en la inmensa área del edificio donde en el dia caben con holgura todas las oficinas de la provincia, bien podia haber sitio para biblioteca, sin necesidad de demoler la antigua fábrica. Procedióse á la construccion de la actual fachada, siendo rector don José Cabeza y Enriquez. Segun Pons, dió los dibujos don José Hermosilla, pero consta que los planos fueron ejecutados por don Juan Sagariznaga, arquitecto de la ciudad. Costó la obra 1.800,000 rs., de los cuales se tomaron 80,000 ducados á censo de la marquesa de Almarza. Este censo, segun parece, no se ha redimido todavia.

PARROQUIAS DE SALAMANCA.

La mayor parte de ellas datan del siglo XII, y segun los diferentes pobladores se titulaban de franceses, gallegos, portugueses, bragancianos, castellanos, tireses, serranos y mozárabes. En un tiempo llegaron á contarse hasta 46 parroquias, quedando reducidas despues á 25, de las cuales subsisten aun 22, inclusas las de los arrabales.—Las que se conoce su origen son las siguientes:

San Marcos.—Capilla real de don Ramon de Borgoña.—Es quizá la fábrica mas antigua de Salamanca y de principios del siglo XII.—Su forma es una rotonda sostenida por cuatro enormes pilares bizantinos turcos.

Santo Tomé.—Se dice que la edificó el conde don Vela, y que se consagró en 1136.

San Adrian.—Consta que existia en 1136. Se está derribando para dar paso á la carretera. Debió ser reedificada. Su género es gótico de la tercera época. Contenia sepulcros muy notables de los antepasados del duque de Abrantes, que se han trasladado á la catedral. La puerta posterior y el abside son bizantinos.

San Cristóbal.—Corresponde á los caballeros de la órden de San Juan.—Existia en 1150.

Santo Tomás Cantuariense.—Existia en 1179.

Santa Maria de los Caballeros.—Consta que existia en 1173.—Es bizantina y tiene un plajon árabe en la cúpula.

San Martin y San Isidro.—Son bizantinas.

San Juan de Barbalos.—Es de la órden de San Juan. Tiene un púlpito donde predicó San Vicente.

Sti. Spiritus y la Magdalena.—Son tambien exentas.—Aquella corresponde á la órden de Santiago, esta á la de Calatrava. La primera tiene una linda fachada de buen renacimiento, y un artesonado árabe en el coro, bastante notable.

Hay ademas en Salamanca las parroquias de *San Julian*, *Santa Eulalia*, *San Boal*, *San Benito*, *San Blas*, *San Millan*, *San Mateo*, *San Bartolomé*, *San Justo*, *San Roman*, y todo el martirologio romano.

UNIVERSIDAD DE SALAMANCA.

A pesar de lo mucho que se ha escrito acerca de la Universidad de Salamanca, apenas se ha ocupado nadie de la construccion del edificio

y de su parte artística. En las varias memorias que tratan de la Universidad, ni una sola noticia existe acerca de este punto.

Con respecto á la fundacion se ha discutido mucho, y lo único que se ha conseguido apurar es que la pretendida traslacion de los estudios de Palencia á Salamanca es falsa, á pesar de los muchos escritos que la aseguran. En el dia se tiene por lo mas cierto que la Universidad se fundó á principios del siglo XIII por don Alonso IX, hácia el año 1200. Confirmola San Fernando por cédula de 16 de Abril de 1243, y don Alonso el Sábio se valió mucho de sus profesores para varias de las publicaciones que hizo.

El Concilio I de Leon (1245) hizo ya honorífica mencion de la Universidad de Salamanca. A fines de aquel siglo (1298), Bonifacio VIII la sujetó á su jurisdiccion pontificia, y mandó que se esplicara en ella el IV de Decretales que acababa de compilar. Antes de esto (el 1255) el Papa Alejandro IV la habia declarado uno de los cuatro estudios generales del Orbe, que eran:

París, Salamanca, Oxford y Bolonia.

Entre los hombres célebres que por entonces salieron de sus aulas, se contaba el Papa Benedicto XIII (Pedro de Luna), que siendo Cardenal visitó y reformó la Universidad. En el claustro de escuelas mayores se ven todavia sus armas con una inscripcion algo exajerada y gongorina puesta en época posterior. Tambien están sobre la puerta de la Universidad que mira á la catedral.

Por la construccion de esta puerta se infiere que debe ser contemporánea del mismo Papa, asi como el resto del cláustro, mucho mas si se atiende á los antiguos y maltratados arabescos que aun se conservan en toda aquella parte. Entre ellos descuella el artesonado de la entrada, al cual le faltan ya casi todo los florones y colgantes que debió tener en otros tiempos.

A mediado del siglo XV se trató de ensanchar la Universidad. Para ello el maestro Alonso de Madrigal (*El Tostado*) siendo maestrescuela, compró en 31 de Diciembre de 1449, las casas que estaban á espaldas del edificio á fin de darle por ellas amplitud y entrada. Construyóse la fachada en tiempos ya de los Reyes Católicos, como lo demuestran sus bustos colocados en un hermoso medallon sobre la archivolta, con una inscripcion griega que dice.

«Los Reyes á la Universidad,
y la Universidad á los Reyes»

Entre los muchos adornos de la fachada se ve el mote de los Reyes Católicos y varios emblemas relativos á ellos, como igualmente las armas de la Universidad, que son un doctor colocado sobre una cátedra con insignias magistrales y en aptitud de esplicar á varios oyentes con bonetes y sombreros. Sobre la cátedra se ve la Tiara Pontificia, y á uno y á otro lado castillos y leones. Al rededor hay una orla con la leyenda que dice: «Omnium scientiarum Princeps Salmantica docet.»

La escalera que da subida á la biblioteca y su puerta de entrada, son de la misma época; es decir, de fines del siglo XV. En la ante-biblioteca hay un magnífico artesonado de madera. La biblioteca, que debió construirse al mismo tiempo que la fachada principal, se hundió y volvió á levantarse en el siglo pasado. Contiene unos 20,000 volúmenes, pero hay mas de otros tantos almacenados por falta de sitio para colocarlos. El retablo de la capilla de San Gerónimo se hizo de mármoles y jaspes en el siglo pasado. En ella oyen á veces misa los catedráticos y estudiantes. Tambien sirve para las grandes solemnidades de la Universidad. Ahora está consagrada al culto público.

ESCUELAS MENORES.

El patio de Libreros, el de escuelas menores, y el hospital de estudiantes están contiguos á la fachada principal de la Universidad y forman parte de ella. El hospital de estudiantes, donde ahora están las oficinas de la Universidad, es un lindo edificio construido en el siglo XVI con el objeto que indica su nombre. Tenia fundaciones bastante pingües y habia siempre en él preparadas trece camas para escolares enfermos. El artesonado de la capilla es bastante curioso. Dícese que en el sitio donde se ve el hospital antiguo, estuvo en el siglo XII el palacio de don Ramon de Borgoña, y que allí nació don Alfonso XI.

El patio de Libreros es un rectángulo situado frente á la fachada principal de la Uni-

versidad, que forma uno de sus lienzos. El hospital de los estudiantes constituye otro costado, y los demas pertenecen á las casas que habitan los dependientes. En la planta baja tenian sus almacenes los libreros é impresores, que eran muchos en los siglos XVI y XVII. —El patio de las escuelas menores y su entrada contigua al hospital de estudiantes, se construyeron á principios del siglo XVII.

La fachada principal de la célebre Universidad de Salamanca, corresponde al renacimiento mas rico y ostentoso que puede verse. Su conjunto es un verdadero tipo en este género. No hay palabras bastantes para ponderar dignamente este monumento inmortal, cuyo dintel traspasaron tantos esclarecidos ingenios. Ahora no es la sombra siquiera de lo que fue en época mas dichosa para las letras españolas.

CATEDRAL VIEJA.

Dícese que este magnífico edificio, uno de los mas antiguos de la ciudad, fue construido á principios del siglo XII, cuando el conde don Ramon de Borgoña, esposo de doña Urraca, repobló á Salamanca. Se añade que fue consagrado en 1100 por el Obispo don Gerónimo Vichio, consejero inseparable y capellan del Cid, Rodrigo Diaz de Vivar. Habiendo comenzado don Ramon á repoblar la ciudad que estaba desierta, en 1098, no es probable que en tres años se levantase tan suntuosa fábrica en aquella época de penuria y atraso.—Despues de la batalla de Uclés los moros destruyeron á Salamanca, por lo cual será mas oportuno reducir la construccion de la catedral vieja á mediados del siglo XII, de cuya época datan la mayor parte de las parroquias mas antiguas.

En uno de sus claustros se ven varios enterramientos de fines del siglo XII, lo cual indica que ya para entonces debia ser obra terminada el claustro, y con mas razon la catedral. Hé aquí, pues, fijados los límites de su fundacion. El epitafio mas antiguo que encierra dice así: «Aquí yace don Gomez de Anaya que finó á XXIV dias de Decembrio en la Era de Met cc et XXVIII.» (Año 1190)

Esta catedral tenia el coro en el centro de la nave principal hace pocos años. Para evitar ciertos escesos que se cometian en él, lo mandó quitar el señor Varela, siendo Obispo de esta diócesis. Tambien se colocaron asientos en la capilla mayor al rededor del altar, ocultando varios epitafios de personas reales enterradas allí. Uno de ellos que está á la derecha, oculto por los asientos del coro, dice así:

«Aquí yace don Fernando Alonso, Dean de Santiago y Arcediano de Salamanca, hijo del Rey don Alonso IX de Leon y de doña Maura, y hermano del Santo Rey don Fernando de Castilla. Finó en Salamanca el año 1285.»

El estilo de esta inscripcion y de las demás del presbiterio, y la forma de las lápidas y letras, indican que se colocaron allí al construir la catedral nueva los restos de todas las personas reales que habian sido enterradas en distintos puntos de la catedral vieja.

En el claustro se ven, aunque mal conservados, algunos sepulcros antiguos y lápidas mortuorias colocadas en lo alto de las paredes. Contienen epitafios en versos leoninos bastante curiosos. Es notable entre otros el siguiente dístico:

...Giraldus ego, sed cœli culmine dego,
fit caro nostra cinis, animam non terret herinnis.

Falta la sílaba inicial del primer verso que probablemente seria *sum*.

La catedral vieja de Salamanca era célebre en la antigüedad por su fortaleza, debida al espesor de sus muros. Al calificar las catedrales antiguas se decia:

«*Sancta Ovetensis,*
Dives Toletina.
Pulcra Legionensis,
Fortis Salmantina.»

Merced á esta circunstancia, el arcediano don Gomez Anaya, hijo del Obispo don Diego, desafió la cólera del Rey don Juan II, encastillándose en ella con sus parciales y varios foragidos que acaudillaba.

Segun Gil Gonzalez Dávila, fue fundada esta catedral por el conde don Ramon y doña Urraca, celebrándose en ella la primera misa en 1100. No tiene el edificio enmaderamiento alguno ni armadura, por estar todo cubierto de un escamado de piedra bien labrada. Tenia antiguamente dos torres, una para las campanas y otra que servia de habitacion al

alcaide. Contiguo á la misma catedral se edificó un hermoso claustro que contiene diferentes capillas como la de los señores Anayas, la de Santa Catalina, donde se celebraban los sínodos diocesanos y provinciales; la célebre de Santa Bárbara, en donde recibian la investidura los licenciados y doctores de esta famosa Universidad; la de San Salvador para celebrar las misas del rito gótico y muzárabe; la de Talavera y otras muchas que contienen multitud de sepulcros venerables. Dotaron á esta santa Iglesia con muchas rentas y riquezas sus fundadores los príncipes don Ramon y doña Urraca, su padre don Alfonso VI y su hijo don Alfonso VII, don Fernando su nieto, don Alfonso IX y don Alfonso XI, además de otros muchos Monarcas y Sumos Pontífices.

En el segundo arco de la nave lateral derecha existe un retablo dedicado á San Gerónimo, donde estuvieron las cenizas del confesor del Cid. Allí se veia tambien la imágen del Cristo de las batallas, la espada y el estandarte con que el referido Obispo peleaba, animando á los soldados que el famoso Rodrigo conducia á la victoria. Posteriormente han sido trasladados estos objetos y las cenizas de Vichio al trascoro de la catedral nueva.

Consta la catedral vieja de tres naves, una de las cuales se halla cortada por los muros y escalera de la catedral nueva. La Iglesia tiene, comprendida la capilla mayor, 52,5 metros de longitud, y 20,5 metros de latitud. La cúpula hasta el rosenton 30,83 metros, y la altura total de la torre llamada del gallo es de 36,8 metros.

El bizantino domina en el conjunto, pero se halla la huella de la transicion al gótico en todos los detalles, dibujados con delicadeza y esmero. El roseton de la cúpula y las molduras de las cornisas combinadas con gracia, indican ya la infancia del estilo gótico. Los pilares compuestos de varios haces de columnas agrupadas, lejos de tener las enanas proporciones de la escuela de Bizanzio, ostentan una esbeltéz agradable. Los arcos son ligeramente apuntados. El aspecto esterior de las torres es idéntico al de una fortaleza. En el centro se eleva la cúpula. Los frentes coinciden con los puntos cardinales, y están coronados por cuatro pequeños frontones. Los ángulos están robustecidos por cuatro baluartes ó tambores.

Inútil es detenernos á describir detalladamente la catedral vieja, cuando ha sido estudiada durante la espedicion. La fachada y puerta principal son muy posteriores á la fundacion del edificio. Por esta razon se ha preferido dibujar los ábsides.

En la actualidad se mantiene el culto en la catedral vieja, que se halla en buen estado de conservacion.

CATEDRAL NUEVA.

Los Reyes Católicos, que favorecieron mucho á Salamanca, trataron ya desde fines del siglo XV (1491) de proporcionar recursos para construir una catedral mas grandiosa; pero nada se hizo hasta que el Obispo don Francisco de Bobadilla tomó posesion de su diócesis en 1511. Además de dar 10,000 ducados, escitó al cabildo, Ayuntamiento y otras corporaciones, para que contribuyeran con grandes limosnas. Así logró reunir en poco tiempo un millon de ducados, con lo que dió principio á la obra. La primera piedra se puso en 12 de Mayo de 1513 como lo declara la inscripcion puesta en un ángulo de la fachada.

«Hoc templum inceptum est anno Domini MDXIII die Iovis XII Maii.»

Trazó la planta el famoso arquitecto de aquella época Gil de Ontañon, que construyó tambien por entonces edificios muy notables en Valladolid, Alcalá y otras poblaciones de Castilla. El contrato consta en los libros capitulares, y se hizo con gran minuciosidad. Aprobaron el plan los cuatro arquitectos mas célebres de las iglesias de España, á saber: Alonso de Covarrubias arquitecto de la catedral de Toledo; Filipo, autor de la de Sevilla; Juan de Badajoz, arquitecto de la de Leon, y Juan Vallejo de la de Búrgos. La construccion fue encomendada al hijo de Ontañon, Rodrigo Gil.

Se trasladó el Santísimo Sacramento de la catedral vieja á la nueva en 25 de Marzo de 1560, siendo Obispo don Francisco Manrique de Lara, segun se lee en la lápida colocada en una esquina de la fábrica. Despues suspendióse la obra hasta 1589 en que se pudo

llevar á cabo la primera mitad con las rentas de las vacantes del Obispado, que concedió con este objeto el Papa Sisto V. Para continuarla hubo mucha variedad en los planes, hasta que Felipe II mandó se ejecutara el de Juan de Rivero. La obra se concluyó en 1733 sin el altar mayor, como existe en la actualidad. La conclusion de la cúpula, todo el coro y algunas otras partes esenciales de esta magnífica catedral, fueron encomendadas al famoso escultor y arquitecto don José de Churriguera, quien agotó todos los recursos de su mal gusto para manchar con torpes estravagancias uno de los primeros monumentos de España.

Encargóse de edificar la cúpula, á causa de haberla roto un rayo que produjo su ruina. En el terremoto del año de 1755 se resintió la torre de tal modo, que quedó ladeada como ahora está. Un estranjero que habia en Salamanca á la sazon, se encargó de revestirla esteriormente con grandes cinchos de hierro y un inmenso zócalo de piedra de seis pies de espesor que sube á la mitad de la altura. Este recurso es el peor que se podia haber elegido; las hiladas esteriores de sillería, además de cargar la bóveda con un peso enorme, no podrán nunca impedir una verdadera ruina. Don Ventura Rodriguez propuso su demolicion para sustituirla con dos torres pequeñas que hicieran juego con el disparatado cimborrio. Por fortuna no se adoptó tan descabellado pensamiento. Tampoco se llevó á efecto el altar mayor, cuyo modelo se conserva en el archivo del cabildo. Su estilo es greco-romano y por consiguiente impropio de aquel magnífico templo.

En el mismo año de comenzarse esta catedral, subió al pontificado Leon X. La iglesia consta de tres naves y otras dos divididas en capillas. Su largo es de 378 pies; el ancho de 181 sin el grueso de los muros, á saber: la nave mayor 50 pies, y cada una de las colaterales 37 1|2. Desde el ingreso principal del templo hasta el crucero, hay 187 1|2 pies. El crucero tiene 50 pies en cuadro. La capilla mayor 75 de largo. La altura de la nave mayor es de 130 pies; la de las colaterales de 80. Las vidrieras del templo representan historias de la sagrada Escritura. La mayor parte han sido sustituidas y recompuestas con vidrios blancos. Los pilares formados de haces de columnas esbeltísimas, son de planta circular de 10 pies de diámetro. Los del crucero tienen doce. La portada tiene tres ingresos. El del centro está dividido por un pilar, donde está colocada la estátua de la Vírgen; encima hay dos bajos relieves, uno representa la Adoracion de los Reyes y otro el Nacimiento del Señor. Mas arriba están las estátuas de San Pedro y San Pablo entre millares de follages, animalillos, repisas, doseletes, figuras y medallas. En el remate aparece el Calvario. La profusion de adornos es tal, que marea la vista y alucina la imaginacion. Por el mismo estilo hay adornadas otras dos puertas de la catedral. La llamada de *Las Palmas* tiene en bajo relieve la entrada de Jesucristo en Jerusalen. Tanto el esterior como el interior de la inmensa catedral está acompañado de anditos con balaustres, antepechos, pirámides y cresterias.

El edificio está rodeado de un ancho y espacioso átrio, por los lados de Poniente y Norte. Ocho inmensos pilares dividen en cada lado la nave principal de las adyacentes. Sobre los arcos de la nave del centro y sobre los de las capillas hay anditos con sus antepechos, que corren al rededor de la iglesia. En lo alto de los muros hay muchos medallones que representan santos, varones ilustres y heroinas; en las intersecciones de los aristones de la bóveda hay flores y cabezas de serafines.

Los tres lados del trascoro, colocado en medio de la nave principal, esceden en estravagancia y mal gusto á toda ponderacion. Columnas salomónicas, hojarascas, frutas, angelotes monstruosos, y esculturas fenomenales, forman un conjunto grotesco que contrasta lastimosamente con el aspecto grandioso y sublime de la iglesia. Parece que Churriguera se escedió á si mismo, y agotó los recursos de su imaginacion estraviada en aquel trascoro, verdadero padron de ignominia. Los tablados de la sillería, aunque no tan infames como el trascoro, son de muy escaso mérito. Casi todos los retablos de la catedral de Salamanca son de gusto detestable y dignos de figurar al lado del coro.

Entre la multitud de sepulcros de esta catedral no debe omitirse el de don Gerónimo Vichio, natural de Perigueux en Francia, fundador de la catedral vieja, Obispo de Valencia y confesor del Cid. Está sepultado en la capilla del Cristo de las Batallas. En ella se conserva con gran veneracion un Crucifijo que llevaba siempre consigo. El relicario de la catedral era muy rico antes de la exclaustracion, en el año 1834.—Alli existen, entre otras cosas, varias cartas autógrafas de la erudita Santa Teresa de Jesus, el corazon de San Sebastian, y un pequeño Crucifijo que llevaba siempre oculto en el pecho el Cid Campeador para que le sacara ileso de entre las huestes sarracenas.

CONVENTO DE SAN ESTEVAN Ó SANTO DOMINGO ACTUAL.

La iglesia de este notabilísimo y precioso edificio comenzó á construirse en 1524 á espensas del Obispo de Córdoba don Juan Alvarez de Toledo, fraile domínico, hijo del gran duque de Alva. El fundador profesó en este convento. La obra duró hasta 1610, segun la inscripcion que se lee en el trasdós de la clave que cierra la cúpula. Delineó el proyecto y le principió á egecutar Juan de Alva, natural de Vitoria, y por su muerte le continuaron Juan de Rivero Rada, Pedro Gutierrez y Diego de Salcedo. Los adornos de la fachada y del claustro principal fueron ejecutados por el escultor Alonso Sardiña, escepto el bajo relieve del martirio de San Sebastian que está sobre la puerta principal, y algunas otras esculturas de la fachada, que se deben al milanés Juan Antonio Geroni.

Las pinturas al fresco de las bóvedas, del coro y otros parajes del templo, son de don Antonio Palomino. El cuadro del martirio de San Sebastian en el altar mayor se atribuye á Claudio Coello.

La sacristia y sala capitular se comenzaron á construir en 1627. Las diseñó y ejecutó un maestro llamado Juan Moreno. La escultura de ambas es de Francisco y Antonio de Paz.

En el panteon que hay debajo del altar mayor, estaban enterrados el gran duque de Alva y varios parientes suyos.

Ahora están los restos de aquel personaje guardados en una urna portatil de caoba, que se conserva en el relicario.

Hay quien dice que el capítulo fue hecho por el célebre maestro Brizuela, docto religioso que renunció el episcopado y obtuvo grandes dignidades en el consejo de Flandes, durante el reinado de los Felipes. Segun cuentan, encontróse pocos años ha incorrupto su cadaver, añadiendo algunos que despedia *un hedor agradable.*

La sacristia parece que se hizo á espensas del escritor y catedrático P. Maestro Pedro Herrera, Obispo de Canarias, que floreció en el siglo XVII. Alli hay un epitafio cubriendo sus cenizas, que dice: *Hic jacet Petrus Herrera, theologus hujus sæculi primus nulli secundus.*

El noviciado es obra del maestro religioso en aquel convento P. Sotomayor, quien obtuvo tambien en tiempos de Felipe IV y Cárlos II grandes dignidades en el Estado.

Las fachadas de Santo Domingo y de la Universidad de Salamanca, son dos preciosos modelos del renacimiento, cuyo mérito de conjunto y detalles en vano se buscarán en otros edificios de su género. Es imposible describir la riqueza de los ornatos, la gracia de los perfiles, la buena combinacion de las molduras, la escelencia de los tallados y relieves, y la incomparable unidad y armonía de las partes con el todo.

El magnífico templo de Santo Domingo tiene una sola puerta, en el testero debajo del coro. La nave principal es de 50 pies de ancho, sin contar las capillas laterales, por 272 de largo total. La iglesia pertenece á la transicion del gótico al renacimiento. Las formas son góticas: los detalles del renacimiento. Los nervios de la bóveda formados de gruesos aristones entrelazados con simetría y profusion, indican la tercera época del gótico. Los pilares formados de elevadísimos junquillos, ostentan capiteles plateresos, y las basas y molduras interrumpidas propias del gótico aleman.

Los retablos de los altares son churriguerescos de gusto detestable. Columnas salomónicas, hojarascas, angelotes y cornisas de vuelo desmesurado, forman un aspecto estravagante y grotesco.—Las bóvedas de la iglesia,

examinadas con el mayor cuidado por el que escribe estas líneas, están construidas con admirable precision y valentía. Apenas tienen un pie de grueso en la parte superior. En el trasdós de la clave que cierra la bóveda de la capilla mayor, se leen todavia estas palabras: «A 17 de Mayo de 1607.» Sin duda será la fecha en que se colocó aquella piedra. En la clave de la cúpula mas elevada, dice: «Acabose año de 1603.»—Los cuatro arcos que forman el crucero sobre los cuales se eleva la cúpula y el cimborrio, están formados por cuatro órdenes de dovelas cada uno. Vienen á ser cuatro arcos colocados unos sobre otros con las juntas encontradas, que constituyen la archivolta del arco toral. Las capillas laterales son muy espaciosas, y están separadas por muros de gran resistencia.

El patio principal de Santo Domingo es digno de estudiarse por su originalidad y belleza. Su género, como el resto del edificio, es de transicion. Le forman cuatro lados iguales rodeados de dos galerías, baja y principal. El color amarillo de la piedra, ennegrecida por el tiempo en algunos sitios, le da un aspecto venerable y poético.

Los arcos están subdivididos por delgadísimos pilares que sostienen arcos esbeltos y graciosos. Los pilares principales están robustecidos al esterior con gruesos botareles.

Los medallones de las galerias, las repisas ó consolas que sustentan el arranque de los aristones y los capiteles de todo el patio, son enteramente variados y distintos. En los ángulos de los claustros ó galerias existen aun algunas estátuas muy deterioradas. La ornamentacion del patio de Santo Domingo es muy notable por la profusion de relieves y la caprichosa variedad del dibujo. No existen dos capiteles iguales.

La escalera principal está sostenida por una bóveda de piedra bastante atrevida y bien ejecutada.

Hay tambien en este gran convento varios patios interiores bastante notables. Estos y aquel han sido estudiados durante la espedicion.

La sala capitular es de arquitectura jesuítica de mal gusto. La construccion sin embargo, merece sinceros elogios.

Los monges de este convento tenian un corredor donde iban á orar por las tardes y mañanas. Desde él se descubre un punto de vista tan bien combinado, que inclina al alma desde luego á la meditacion y al retiro. Es un pequeño promontorio con una cruz aislada de piedra. Desde la balaustrada del corredor no se divisa mas horizonte que la cruz, deteniéndose en el azul del firmamento. Llámase este lugar *Monte Olivete*.

El magnifico convento de Santo Domingo, que tuvo dentro de sus muros al descubridor del Nuevo Mundo antes de presentarse al consejo de los doctores, está destinado á cuartel. En su hermoso patio se ven montones de escombros y basura. Ahora no seria digno de tener en su recinto á Cristobal Colon, cuando caminaba errante de puerta en puerta, ofreciendo un mundo desconocido al compas de las estúpidas esclamaciones de los fanáticos, y los apóstrofes de los ignorantes ó incrédulos.

Espedicion de 1853.

La espedicion duró todo el mes de Mayo, y se compuso de tres alumnos de la escuela de arquitectura, un director, un fotografo, un escultor y un cronista.

Mas de sesenta dibujos de gran tamaño, treinta y dos fotografías y cuarenta vaciados en yeso, prueban la aplicacion de los espedicionarios.

En la actual esposicion pública de la escuela de arquitectura, hay tambien multitud de antigüedades y ornamentos tallados en piedra y madera, que han sido regalados en Salamanca al director de la espedicion.

Entre las personas que mas se han distinguido por la benévola acogida dispensada á sus individuos, merece particular mencion el señor don Tomás Cafranga, arquitecto del Ayuntamiento de aquella ciudad, quien no ha perdonado gastos ni molestias, para proporcionar auxilios de todo género en los diferentes trabajos emprendidos durante la espedicion. A su generoso celo y amor al arte se deben adquisiciones importantes. Debo rendir este público testimonio de gratitud, en nombre de todos mis compañeros.

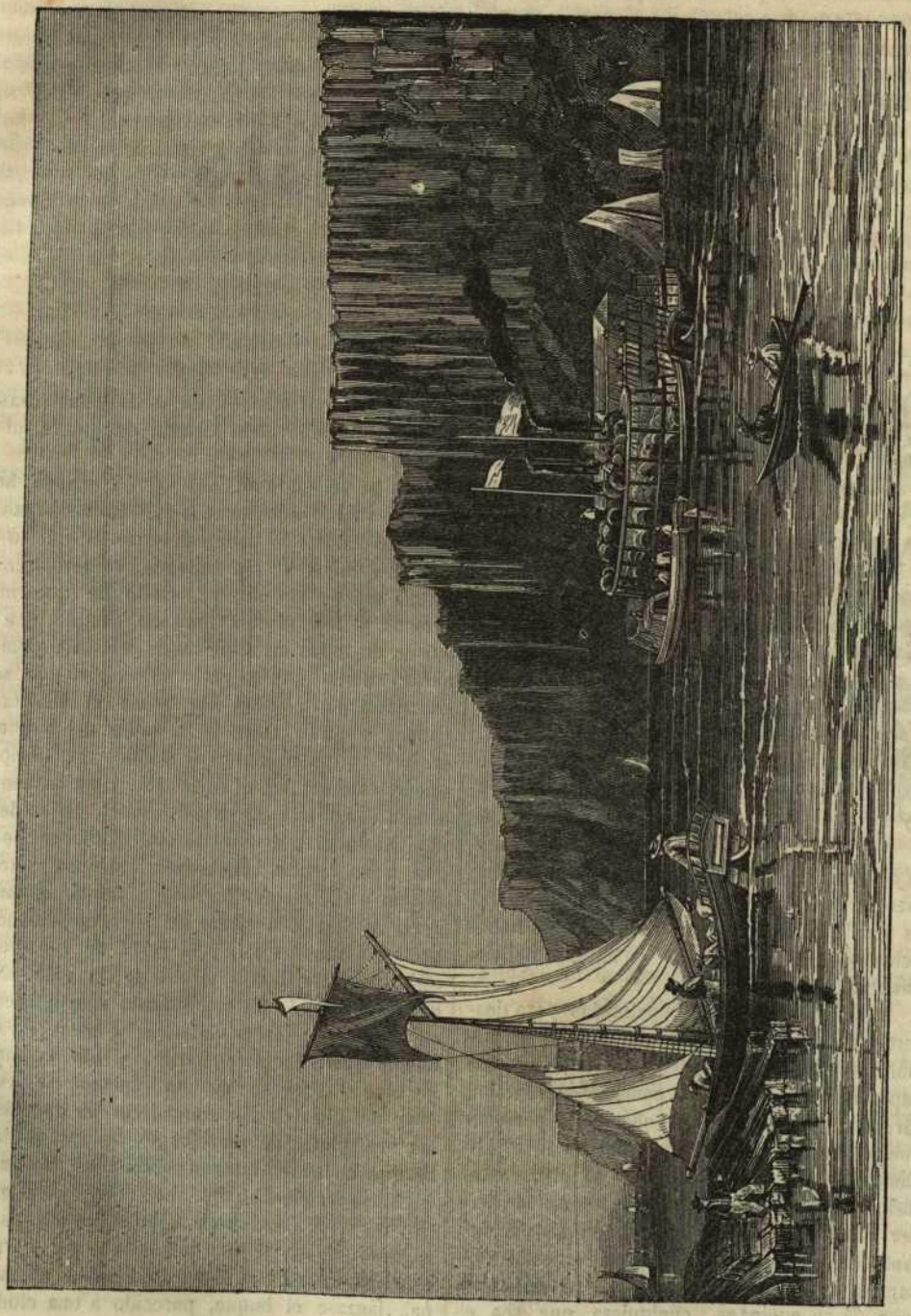
D. la N.

VIAJES.

El objeto principal que atrae las miradas del viajero hácia las célebres márgenes del Hudson, desde que sale de New-York, es esa singular muralla de rocas que se prolonga hasta perderse de vista, y que por la parte de New-Jersey opone á las aguas del rio un dique insuperable. Este muro natural varia de altura desde cincuenta á doscientos pies, y no presenta mas que una masa árida y perpendicular que debe su nombre á su forma casi simétrica. Algunas gondolillas que se divisan á lo largo de la rivera, cargadas enteramente de piedras de construccion; una choza que aparece tan pequeña como la de un perro, tales son las únicas huellas de vida y de habitacion que se presentan á las miradas del estrangero.

Basta hablar de las Empalizadas para despertar en muchas personas el recuerdo del tumulto que reina en el puente de un buque de vapor en el momento de ponerse en marcha, cargado con setecientas ó ochocientas personas que se disponen para ir á tomar el té á Albany. La escena presenta aqui la misma confusion, que no cesa hasta que despues de haber caminado una veintena de millas por delante de las Empalizadas, adquiere cada pasagero la confianza de que su muger, su niño, ó su equipage, cualquiera que sea el objeto de sus afecciones, de todas estas cosas no se ha quedado atrás á razon de quince millas por hora.

Me ha sucedido muchas veces, cuando he viajado solo, reflexionando y con los brazos cruzados, como lo hace comunmente un jóven sin hijos y sin bagages, el arrojar mi maleta en un rincon, y, cierto de que mi persona y mis efectos iban de camino, ocuparme de todas las especies de confusion y embarazo de la que es presa el viagero que se encuentra por primera vez sobre el Hudson. Quince minutos antes de la salida del buque, no hay ni un pasagero á bordo; el tiempo puede cambiar, y el americano, que lo considera como una parte del gasto, no se decide hasta el último momento. Entonces llegan á un muelle sumamente estrecho setecientas ú ochocientas personas, hombres, mugeres y niños, sin contar los perrillos, las novelas no abiertas aun, la cesta de las provisiones y los demas efectos de la vida. No hay en el mundo un comisionista que quisiera encargarse de hacer embarcar á todos en el tiempo que falta para partir, y sin embargo el embarque se ejecuta rápidamente con gran asombro de los mercaderes de gacetas, las vendedoras de naranjas, y los que cuidan de que no ocurra ningun accidente. Retirase á dentro la plancha que ha servido de puente, las ruedas empiezan á batir las olas, semejantes al corcel que impaciente por correr cubre de espuma su freno; suena la campana, lánzase el buque, parecido á una ciudad



LAS EMPALIZADAS.

que se deslizara y vogase sobre las aguas.

Los marineros que están en sus maniobras, y que en este momento, no tienen ni ojos ni entrañas, dejan caer al rodar los cables sobre el puente á los muchachos que se encuentran descuidados; el primer mozo que es un negro, agita una campanilla capaz de aturdir á todo el mundo, obligando á los pasageros á ir á pagar á la cámara del capitan, y los que están de mal humor, y no saben aun donde estan sus maletas, y los egoistas que no quieren separarse para permitir al jóven gentleman el que vea si su trompeta de un sueldo no está debajo de ellos, todo esto forma un espectáculo de la vida humana mucho mas curioso y divertido que los de Kleeley ó Liston. Un aviso impreso y una gruesa negra advierten al marido, que no ha visto á su muger desde que el buque se puso en camino y que aun no está seguro de si va á bordo, que ningun hombre puede entrar en la cámara de las señoras; de tal suerte, que el pobre esposo apesar de su horrorosa incertidumbre se ve obligado á confiarse á esta negra. Debe para poder encontrar á su muger enmedio de otras trescientas, hacerle una descripcion detallada, muy divertida para todos los que la escuchan, de su trage, su figura, y en fin de todo su esterior. La negra desaparece; la llaman veinte veces en veinte segundos; y una hora despues, el paciente marido ve pasar á la infiel mensagera con un vaso de limonada, habiendo olvidado enteramente á la señora de sombrerillo negro y ojos grises, que quizás, porque nadie puede asegurar lo contrario, se desespera en el muelle de New-Yorck. Entretanto, cansadas las jóvenes de tener fija la vista en la empalizada, toman sus novelas; los hombres de edad no pierden ni una línea de sus periódicos humedos aun; y el capitan que ha recibido de mil cincuenta á dos mil dollars, cierra su oficina y va á fumar su pipa con el ingeniero. La vasta cascada de Tappan-Kea se abre entonces ante la proa que rompe la ola en su rápida carrera. Los que no han visto aun el rio se acuerdan, del pobre mayo André, cuando pasan por Tappan y Parrytown, y los aficionados á la dulce amabilidad del mismo modo que al verdadero genio, dirigen sus miradas sobre Sleepy-Hollow, y sobre la casa de Washington-Irving. Ojalá que al declinar sus dias, encuentre aqui el reposo y la consideracion que tan merecidos tiene!

T. POR MIGUEL VAZQUEZ.

LÚNES 5 DE SETIEMBRE.

A TULI.

ENDECHAS.

. . . . . .

«Porque aun me queda aquella choza que veis, y en la cual nací: ved allí todavía un viejo olmo, que ha crecido conmigo..... y, casi me avergüenzo de confesarlo, tambien tengo mi viejo y querido Leal.

FRANZ, *(sonriéndose)*. ¡Un perro!

TOBIAS. Sí señor, un perro. Ríase usted cuanto quiera. Mad. Miller, esa muger que es la misma bondad, vino un dia á mi choza; mi viejo Leal se puso á ladrarla luego que la vió entrar: «¿Por qué, «me dijo, conserva usted este animal, cuan«do apenas tiene pan que comer.'' ¡Buen Dios! le respondí, ¿quien me amará, si me deshago de él?''..

. . . . . .

(Kotz-büe: Misantropia y Arrepentimiento.)

Pobre animal...inocente!
Leal amigo fallecido...
¡Cuan veloz tu paso ha sido
Sobre la tierra inclemente!
Naciste desventurado
Sin hallar materno abrigo,
Siendo un establo testigo
De tu signo despiadado.
Entre inmundicia y laceria,
Sin el consuelo de un padre,
Tuviste postiza madre
En prueba de tu miseria.
En tan alta desventura
Pasastes á poder mio,
Temblando de intenso frio
Para escitar mi ternura.
¿Quien al verte tan cuitado
Rehusara abrirte la mano.. ?
¿Quien, á no ser un tirano,
Te dejara abandonado...?
Ese noble sentimiento
Que nos sublima en el mundo,
Fue en mi pecho tan profundo
Como puro mi contento,
Al aceptar tu asistencia
Bajo tierna vigilancia,
Al procurar tu lactancia
Con afanosa impaciencia;
Tú, débil y perseguido
Del mas bárbaro destino,
Me encontraste en tu camino
De compasion poseido.
Te transporté al lado mio
Como objeto de consuelo,
Inspirado por el cielo
De que te amparase pio.
Te serví de providencia
Lastimado de tu suerte,
Deteniendo de tu muerte
La inexorable sentencia.
Cual si en el funesto arcano
De todas las cosas mias,

Las mas puras alegrias,
Fuesen pesares insanos.
Y cual si mi hálito ardiente
Calentándote, aterido,
Fuera un veneno escupido
Por silvadora serpiente.
Desde esta tristeza suma
Con que exhalo mis endechas;
Tristeza de agudas flechas
En que el corazon se abruma;
Sale envuelta la memoria
De tu condicion hermosa,
De tu afeccion cariñosa,
De tu lamentable historia...
¡Qué de veces recostado
Cabe mi amistoso seno,
Fue tu sueño tan sereno
Como mi sueño turbado!
¡Con qué afan te deshacias
Por colocarte en mis brazos;
Estrechando mas los lazos
De cándidas simpatias!
Del instinto arrebatado
De tu condicion suprema,
Con gratitud tan estrema
Dichoso fuiste á mi lado.
Cariñoso relamias
Creyendo acaso tu madre,
Al que no pudo ser padre
Sino en muy contados dias.
Y en tu gracia sin igual,
Y en tu blancura de armiño,
Parodiastes *aquel niño*
Que segó parca fatal.
Y como mi corazon
No tuvo puertas de hierro,
No vió en el amor de un perro,
Vituperio ni baldon.
Vió en el animal creado
Que humilla á la humanidad,
La innata fidelidad
Que á nosotros se ha negado:
Vió un animal inocente,
Cuya dicha discurria;
Desde una mirada mia
Hasta un gesto indiferente.
Y al producir tal ventura
En el feble animalito,
Lucieron á lo infinito
Las galas de mi ternura.
Soñaba con la esperanza
De hallar en un ser tan bueno,
Un amigo sin veneno,
Sin hiel y sin asechanza.
Y hasta ese fiel compañero
De que hablan las Escrituras;
El que á nuestras amarguras
Dió consuelo verdadero.
Hallaba en su pequeñez
Y en su beso candoroso,
El desconocido gozo
Que no goza la altivez.
Y mi exaltacion de fuego,
Con el harpa del poeta,
Vió en él la imágen completa
Del fiel perrillo del ciego;
Que me sirviese de guia
Por los campos solitarios,
Contra los hados contrarios
De la triste vida mia.
En fin, esas ilusiones,
Que son cerrados arcanos
De los míseros humanos
En el mar de sus pasiones.
Arcanos que no se esplican,
Pero que sentimos todos,
De tantos diversos modos
Y los goces multiplican.
Súbito pálida estrella
Del leve ser que yo canto,
Precedida del espanto,
Sobre su zenith descuella.
Y la inerme criatura,
Que tanto me complacia,
Entraba en su ultimo dia,
Sin prever su desventura.
Pues en esa ley funesta,
De tanto ser procreado
Ninguno ha determinado
Que su hora postrera es esta.
El corazon se resiste
Al bosquejar esa escena
De tu angustia, de tu pena
Cuando en mis brazos moriste.
De un vertigo acometido,
Sin síntomas precursores,
Iniciaste tus dolores
Con un lastimero ahullido.
Y corriendo en tu quebranto
Por la hospitalaria pieza

Los golpes de tu cabeza
Resonaron con espanto.
Y otro dolor se exhalaba
De tu ahullido lastimero,
Terrible... acaso mas fiero
Que el que ya te destrozaba.
Y en el alma que te oia,
Sin darte socorro alguno,
Se escapaban uno á uno
Mil ayes de simpatia.
E ignorante de los medios
De aliviar tu pena aguda,
Inútil te fue mi ayuda
y *aun contrarios* mis remedios.
Que á tal torpeza mi pena
Y tu implacable destino,
Hicieron cumplido el sino
De criatura tan buena.
Presto tus males cesaron
Y tu tremenda agonia;...
Cual copo de nieve fria
Tus perfecciones quedaron.
Como azucena tronchada
Al furor de vendabales,
Tus leves signos vitales
Cubrió la muerte y la nada...!
Y para la angustia insana
Que mi corazon sufria,
Vanamente le oponia
Una vedija de lana.
Que asi te viera caido
Enmedio del sueño eterno...
...Aquel perrito tan tierno
Que tanto me habia querido...!!
Tú, cuya memoria hermosa
Como cáncer martiriza,
Cuanto tuvo de concisa
Tu existencia cariñosa;
Tú, cuya linda cabeza
Sobre mi pecho adormida,
Era balsamo de vida
Y fragancia de pureza.
Tú, cuyos ojos mas bellos
Rebozando inteligencia,
Los juzgaba en mi vehemencia
Cual del diamante destellos.
Tú, cuyas manos preciadas
Alzadas hasta las mias,
Demandaban simpatias
Con dulcísimas miradas.
Y tú cuyo amor innato
A la bondad de tu dueño,
Fue la fragancia de un sueño
Tan rápido como grato;
Recibe en la pena mia
Las pruebas de mi ternura,
Los ayes de mi tristura,
El himno de simpatia...
Sobre la pequeña tumba
Que con mis lágrimas riego,
Do flores brotarán luego,
Donde el huracan no zumba,
Vendrá tu infeliz amigo
A contemplar tu memoria,
Y la esperanza ilusoria
Que pudo soñar contigo.
Vendrá á la fúlgida luna
Y á las horas silenciosas,
A deshojar frescas rosas
Sobre tu fúnebre cuna.
Y el modesto mauseolo
Do un lirio triste se ostenta,
Donde tu amigo lamenta,
Jamás se quedará solo;
Que el sentimiento profundo,
Y mis conceptos diversos,
Indelebles en mis versos,
Correrán por todo el mundo.

ILDEFONSO MARZO.

Alhaurin el Grande 24 de Junio de 1853.

VIAJES

FUTTYPORE SICRI.

Futtypore Sicri ha sido llamado con razon el Versalles del Emperador del Mogol. Está situado á unas veinte millas de la ciudad de Agra, y era el retiro favorito de Akbar y de sus descendientes. Aunque al presente no se ven mas que cabañas y ruinas, lo que queda del edificio es todavia tan bello y elegante, que acaso sobrepuje á todos los de las restantes provincias de la India.

La entrada á la mezquita que hacia parte del palacio de Akbar, puede reputarse como un modelo. Conduce á un edificio cuadrado, cuyas proporciones son magníficas, que está rodeado en sus tres lados por un hermoso pórtico, formando el cuarto la mezquita, que es de arquitectura sencilla y sólida, y que no corresponde enteramente á lo que la magnificencia de la entrada parece anunciar. Una plaza de unos 500 pies rodea el edificio; el tamaño de este le presta algo de imponente. El gobierno británico procura conservarlo con sumo cuidado.

Antes de entrar en este vasto recinto el estrangero no puede menos que admirar la imponente apariencia del conjunto: absorto, fija su vista en el todo, y solo pasado algun tiempo puede quitarla para ocuparse de los pormenores, muchos de los cuales son de una belleza esquisita. Enfrente de la entrada hay dos mausoleos trabajados con todo el esmero que distingue las obras del Mogol; en el de la derecha están enterrados varios miembros de la familia imperial; la otra tumba que es la del Sheik Soliman que fue ministro y amigo del gran Akbar es una obra maestra del arte, hecha de mármol de una gran blancura, y con esculturas en estremo delicadas.

La grandeza llena de sencillez de la mezquita que tiene tres cúpulas de mármol blanco, y que tanto en el interior como en el esterior ha conservado ese mismo caracter de sencillez, es acaso mas agradable á la vista que la suntuosidad que ofrecen los templos musulmanes.

Los demas edificios coronados de torres, con sus galerías y arcadas, la magnífica entrada y las tumbas aisladas nada dejan que desear; y los estranjeros se separan de allí con sentimiento, volviéndose mas de una vez para contemplar aquella hermosa perspectiva. A la derecha de la mezquita se ven las ruinas del palacio de Akbar, en medio de patios y de terrasas, y presentando diferentes grados de destruccion. Las partes que permanecen intactas son interesantes, y merecen citarse las caballerizas del Emperador, que consisten en una calle espaciosa, con un pórtico á cada lado de quince pies de ancho.

La residencia del Sheik Soliman, aunque de poca estension, ofrece una magnífica muestra del lujo oriental, realizando la idea de esos

FUTTYPORE SICRI.

pabellones y palacios en miniatura que nos forjamos en la imaginacion al leer los cuentos árabes.

En la corte del Zenana se enseña un aposento de un trabajo esquisito que algunos creen haber sido el dormitorio de una de las mugeres de Akbar, hija del sultan de Constantinopla, pero que otros consideran como el gabinete del Emperador, reservado para su uso privado.

El salon de audiencia de Akbar, aunque mas curioso que bello, es una de las cosas que mas llevan á los estrangeros á Futtypore. Es un pabellon de piedra, rodeado de una galeria tambien de piedra. El musnud ó trono, bastante parecido á una silla, se eleva en el centro, y de cada uno de los cuatro lados de la galeria, un puente estrecho con balaustradas da paso al sitio en que el Emperador solo y sin fausto recibia á sus cortesanos. Como los Emperadores del Mogol no acostumbraban á tener sus audiencias en tales lugares, no hay duda que esta singular construccion es debida á un capricho del poderoso Akbar.

M. F.

CONSEJOS HIGIENICOS

PARA LAS MUGERES DURANTE SU EMBARAZO.

apreñéz, funcion indispensable para la conservacion de la especie, es un estado normal que por las notables mortificaciones que produce, ora en la sensibilidad, ora en las diferentes funciones de la muger, la preparan á ciertos padecimientos que son particulares, por cuya razon vamos á indicar las precauciones que deben tomarse para evitarlos.

1.° El mejor medio de precaver muchas enfermedades es llevar un género de vida regular, y el precepto mas importante *observar si es posible el género de vida á que estaba habituada la muger antes de su embarazo, y con el que su salud se conservaba en buen estado, no cometer escesos, y adoptar toda suerte de precauciones aunque parezcan minuciosas:* un cambio notable y repentino en el género de vida habitual puede influir fatalmente en el embarazo y en el parto, aunque este cambio parezca conveniente y la muger se encuentre mejor con él.

2.° Las embarazadas no deben abandonarse á *vivas pasiones de ánimo*, como *cólera*, *despecho*, *miedo*, *sustos*, y es para ellas un sagrado deber evitar las causas que pudieran determinarlas. Estos estremecimientos morales producen con frecuencia *convulsiones*, *hemorragias*, *el aborto* y otros accidentes. La *alegría escesiva*, y los *placeres muy vivos é inmoderados* determinan los mismos efectos. No deben referirse delante de mugeres embarazadas

casos de partos difíciles y desgraciados, y si procurar disipar los varios temores (demasiado comunes aun hoy dia) que las mugeres han concebido sobre las deformidades del niño que va á nacer por la influencia de un objeto horroroso, ó de una funesta impresion moral. Apenas hay muger que durante su embarazo no se haya asustado por la vista de un objeto repugnante, ó no haya tenido algun deseo muy vivo no satisfecho, y á pesar de ello, el número de niños que nace con manchas ó con alguna deformidad es muy escaso.

3.° El *aire puro y fresco* es tan útil á las embarazadas como perjudicialísimo el aire viciado. Por ello se las ve acometidas de *náuseas*, *opresion* y *sincopes*, en los lugares en que el aire está alterado por grandes reuniones, como las *iglesias*, *teatros*, *salones de baile*, &c.

4.° El *egercicio* al *aire libre* es muy ventajoso, siempre que no sea tan escesivo que cause fatiga. Se deben evitar los movimientos violentos, y esfuerzos físicos, como el baile, el salto, el paseo en carruaje si marcha con mucha rapidéz ó por terreno desigual, las fatigas corporales, el levantar objetos muy pesados, &c. Estas causas pueden producir hemorragias y abortos. La vida esclusivamente sedentaria es muy perjudicial, á no ser en circunstancias especiales.

5.° Respecto á los *alimentos* y *bebidas* se debe observar la mayor moderacion: se evitarán los alimentos picantes, los de difícil digestion y que den lugar á desarrollo de gases, las bebidas estimulantes, vino, licores, café y te concentrados. Hácia el fin del embarazo se evitará todo esceso en los alimentos, sobre todo por la noche, porque pudiera influir de un modo muy fatal en el embarazo, parto y sobre-parto. Se dejará á las embarazadas en libertad de comer lo que les acomode, siempre que no merezcan su preferencia sustancias indigestas y nocivas.

6.° La embarazada procurará *hacer* una *deposicion* al dia, sobre todo al fin de la preñéz: si la necesidad lo exije se favorecerá con una lavativa de agua tibia ó de agua de salvado. Evacuará la orina apenas haya sido advertida por esta necesidad. La falta á este importantísimo precepto espone á la muger á consecuencias fatales y aun mortales.

7.° Los *vestidos* deben preservar convenientemente del frio el vientre, los pechos y pies; deben ademas no oponerse al libre crecimiento del vientre y pechos. El jubon y demas vestidos no deben ser pesados, ni sujetarse á las caderas, su peso debe sostenerse por medio de tirantes. El uso de los pantalones holgados es muy útil en invierno. Los corsés y los cinturones deben proscribirse; los inconvenientes de su uso son tan fatales para la madre como para el feto, tales son los abortos, las enfermedades de la matriz, del corazon, de los pulmones y cerebro, la hidropesía del cerebro en el feto, y su presentacion mas ó menos viciosa en el parto, &c. Todos estos desórdenes pueden ser producidos por la dificultad en la circulacion, resultado de la compresion habitual de los vestidos. Si el vientre cuelga mucho, es preciso sostenerlo con un bendaje bastante ancho que le contenga sin comprimirlo.

8.° Si los *pechos* son *delicados*, *blancos* y de *piel muy fina* se lavarán mañana y tarde con aguardiente, para evitar las grietas y otras incomodidades que ocasiona los sueños del recien-nacido. Si el pezon es poco preminente se desarrollará con pesoneras de ébano ó de marfil del espesor del dedo meñique, y bastante anchas para adaptarse á aquel.

9.° La *limpieza*, medio eficaz para conservar la salud, es absolutamente indispensable á las embarazadas, debiendo dar la preferencia á las abluciones con agua tibia. Los *baños generales templados* son tambien muy útiles como práctica de aseo. Los *pediluvios* deben proscribirse.

Tales son en resúmen los preceptos que deben observar las que aspiran al dulce nombre de madres; en otro articulito procuraremos trazar el régimen que las recien-paridas deben guardar, si no quieren comprometer su vida y la del tierno infante á quien acaban de dar á luz; reservando para mas tarde otro no menos importante sobre la higiene de los niños de pecho.

Francisco Orenga.

Valencia 4 de Agosto de 1853.

POR UN BÚFALO.

En 1328 triscaban jugando alegremente varios niños en la plaza de la aldea de la Monte-Breon, cuando se vieron interrumpidos por un grito:

—¡Cuidado, paso al malo! lanzado por uno de ellos, que echó á correr con toda la ligereza de que eran susceptibles sus piernas. Sus camaradas le imitaron, y en un instante desocuparon la plaza, quedando por dueño de ella un muchacho de catorce años que llegaba á este tiempo.

Al considerar el miedo que inspiraba á aquellos niños su presencia, entreabrió sus lábios una sonrisa de satisfaccion, y lanzó el palo que llevaba en la mano con una destreza poco comun á las piernas de los mas perezosos en huir.

—¡Cómo me temen! esclamó sentándose sobre la yerba de que estaba alfombrado el suelo; pero pasado un rato sin hacer nada, fuese apoderando de su ánimo el aburrimiento que á tan pocos años produce la soledad, y comenzó á bostezar de una manera desusada; menester es decir que sus esperezamientos y bostezos aumentaban su ya considerable fealdad; porque era pequeño de estatura, espaldas anchas, cabeza monstruosa, y tenia los ojos pequeños y unidos, aunque vivos y centellantes. El desórden de sus vestidos no prevenia tampoco mucho en su favor, porque en lo destrozados y en las manchas de sangre y lodo que los cubrian, probaban los gustos y costumbres de su dueño, poco pacíficas ni dignas de alabanza.

Despues de estirarse tres ó cuatro veces, se levantó bruscamente y echó una mirada en su derredor, como buscando un objeto que poder hacer blanco de sus depravadas intenciones; no vió nada, pero oyó un rugido estraordinario que le produjo al pronto un estremecimiento. Arrepentido de aquel instintivo movimiento de temor se incorporó, y dando algunos pasos hácia donde habia partido aquel ruido, descubrió al través de las yerbas altas la cabeza enorme de un búfalo que fijaba sus imponentes miradas en su persona.

No obstante sus naturales agresivos impulsos, sintió esta vez en el fondo de su corazon el deseo de pasar de largo y dejar reposar tranquilamente al gigantesco animal, que estaba echado frente de él; pero apenas hubo andado algunos pasos, cuando avergonzado de su debilidad, volvió repentinamente, y cogiendo del suelo una piedra la lanzó al búfalo.

El animal oyó silbar el proyectil por muy cerca de sus orejas; pero se contentó con sacudir perezosamente la cabeza.

Su apatía envalentonó al muchacho.

—¡Ah! ¡ah! ¡parece que no te gustan mucho las piedras de Beltran, que te hacen sacudir las orejas! ahora verás cómo las sacudes de veras, añadió haciendo provision de piedras con que llenaba sus bolsillos. En seguida comenzó á apedrearle con tan buen tino, que ninguna desperdició el golpe. El po-

deroso animal se levantó con trabajo, y miraba fijamente á su enemigo, cuando vino á darle una en un ojo; entonces, estirando su cabeza y lanzando un rugido de dolor, embistió al muchacho, que por su parte echó á correr cuanto podia, mas no tanto que dejase el búfalo de alcanzarlo y darle una cornada, que lo hirió y estropeó gravemente.

Sin duda esta hubiera sido la última de sus hazañas, porque hubiera perecido pateado por el furioso animal, sin el ausilio de un jóven arrendatario testigo de esta escena, y que acudió en su socorro, hiriendo por detrás á la fiera con una horquilla que tenia en la mano. El búfalo se revolvió, y abandonó á Beltran para acometer á su nuevo enemigo; pero aquel, intrépido é irritado con los dolores de su herida, apenas de pie, corrió en ayuda del que tan valerosa y oportunamente le habia socorrido, cogió una cuerda que casualmente halló cerca de sí, y echándola diestramente á las patas del búfalo, consiguió turbarlo y hacerse dueño de él, con ausilio de otras gentes que llegaron, atraidas por el peligro en que habian contemplado á los dos jóvenes.

Cubierto de sangre y polvo se dirigió Beltran hácia el jóven arrendador que le habia salvado del furor de la fiera, y tomándole la mano, le dijo:

—Gracias, Santiago Plugastec, gracias; mi reconocimiento hácia tí es hoy tanto mas grande, cuanto que yo nunca te he hecho sino mal. Tú has castigado mis maldades con un beneficio; pero yo te juro por lo mas sagrado, que deseo probarte que sea quien quiera, como quiera y donde quiera, me encontrarás dispuesto á emprender por tí todo lo hacedero, bien entendido sea justo y leal.

II.

Cinco años pasaron de este suceso. ¡Cinco años! ¡Cuántos acontecimientos pueden en este espacio de tiempo, á la vez tan largo y corto, ocurrir en la existencia de un hombre! Cinco años habian pasado, y la Bretaña, de rica y tranquila que era, se habia convertido en teatro de guerra civil; Juan de Monforte y Cárlos de Blois se disputaban este desventurado pais, y sus habitantes, ó mas bien sus señores, tomando partido por uno ó por otro de los pretendientes, se entregaban á los azares de los combates y desolaban todo, porque la guerra que se hacian era guerra de esterminio. Las tierras quedaban incultas, porque decian los labradores: «¿A qué labrar las tierras si los soldados con los pies de sus caballos han de inutilizar el esfuerzo de nuestros brazos? ¿A qué sembrar para que las espigas sean pasto de los caballos?» Nunca se habia conocido en la Bretaña una miseria tan espantosa como la que le afligió en aquella época. La mayor calamidad que puede abrumar á un pais, dice un historiador, es tener á un tiempo dos Reyes, y esto precisamente sucedia á la Bretaña.

A este tiempo Santiago Plugastec, casado hacia tres años, habitaba en la castellanía Fugeray, y era uno de los colonos mas laboriosos, aunque tambien de los mas perjudicados por la guerra; y Beltran, aquel muchacho pendenciero y temido, se habia convertido en un caballero, aunque jóven, distinguido ya por su valor, y que, como él de sí mismo decia: «Soy harto feo y brusco para granjearme el afecto y las atenciones de las damas, pero en cambio infundo pavura á mis enemigos.»

Encargado Beltran de acompañar á Inglaterra á los dos hijos de Cárlos de Blois, que debian quedar en rehenes de su padre mientras venia á Francia y Bretaña á convenir en los ajustes de una transaccion, se adquirió en el desempeño de sus importantes funciones los elogios y la estimacion de la córte de Inglaterra. No fue su porte menos brillante en los torneos, y cuando regresó á Bretaña, ya estaba considerado como un cabal y renombrado caballero.

Apenas llegó á los sitios de la contienda, supo que las tropas de Cárlos se habian apoderado del castillo de Fugeray.

—Tres dias hace que son dueños de él, dijo; dejémosles por hoy tranquilos, hagan su sopa mañana, que nosotros iremos á comérnosla. ¿Hay aqui de entre vosotros cuatro hombres decididos y resueltos á emprender conmigo una sorpresa arriesgada?

Todos los que le escuchaban se levanta-

ron á un tiempo.

—¡Bien! dijo, por nuestra Señora os prometo que iremos todos. En seguida dió á cada uno sus instrucciones, y tres horas despues de anochecido se hallaban cuatro hombres disfrazados de leñadores al pie de los muros de Fugeray.

—¡Hola! ¡eh! gritaban al centinela, bajad el rastrillo, que están aqui dos carretas de leña muy buena para calentarse en el invierno, y que deben haceros falta, porque el señor de Craon, que os manda, nos ha enviado un escudero con órden de cortarla y conducirla sobre la marcha.

El centinela llamó á otro de los hombres de armas para que le ayudase á echar el rastrillo.

Entonces los leñadores avanzaron con sus carros; mas apenas habian llegado á la mitad del puente, cuando se rompió la rueda de uno de los carros.

—El diablo se lleve las que te gruñen, condenado; buenos estamos ahora; en un cuarto de hora á lo menos no podremos cerrar este boquete.

—Y aun cuando alguno lo cerrara, no serias tú por vida mia el que tal cuidado te quitara el sueño, replicó uno de los leñadores hundiendo su daga en el seno del hombre de armas, que cayó sin proferir un ¡ay!

Uno de sus compañeros lanzó un agudo silbido, que era la señal convenida para que acudiesen doscientos hombres que estaban emboscados en un monte inmediato, y un cuarto de hora despues, segun habia prometido el caballero Beltran, comian sus soldados la sopa que estaba preparada en el castillo de Fugeray para los hombres de armas del conde de Monforte.

Despues de cenar quiso Beltran revistar los prisioneros para despachar á las gentes de mas condicion, y no guardar mas que los que pudieran pagarle rescate. Entre los prisioneros que se presentaron estaba Santiago Plugastec, y apenas lo hubo divisado le llamó el primero.

Santiago obedeció temblando y con la vista fija en el caballero, á quien el trascurso de cinco años, la barba, su armadura, y mas que todo el miedo, no le permitieron reconocer.

—Escucha, le dijo, voy á pronunciar la suerte que te espera.

Santiago creyó que iba á pronunciar su sentencia de muerte.

—Escucha. Te regalo la mas bella posesion de la castellanía de Fugeray, y con ella cincuenta bueyes y vacas que escogerás á tu gusto, y cien fanegas de tierra de labor; esto aparte de que haré grabar sobre la puerta de tu casa en letras gordas, ademas de mi escudo, la siguiente inscripcion:

BAJO EL AMPARO Y PROTECCION
DEL CABALLERO
BELTRAN DUGUESCLIN.

Y cuenta con el que se atreva á molestarte, porque juro por nuestra santa patrona, que se ha de arrepentir.

Santiago miraba al caballero con un asombro que participaba ya de estupidez; creia estar soñando.

—¿No te acuerdas ya, continuó el caballero, de un chiquillo mal criado, que mataba tus gallinas, te robaba las frutas de los árboles y maltrataba tus búfalos? ¿No te acuerdas que en vez de ir á quejarte á su madre, te limitabas á decir: Estas son niñadas que le curará el tiempo? ¿No te acuerdas tampoco del que sin tu arrojo hubiera perecido entre las patas del búfalo mas enorme que se ha visto jamás? Pues aquel te prometió ser el amparo de tus necesidades, y la ocasion de cumplir su promesa ha llegado; sé pues rico y feliz, y si alguno te molestase ó atenta á tus propiedades, dile: «Cuenta con el caballero Beltran Duguesclin,» y acude á buscarme.

III.

En 1359 Duguesclin defendia á Dinan, sitiado por el duque de Lancastre. Segun las costumbres de la época, se habian convenido sitiados y sitiadores en suspender las hostilidades, acordando una tregua que tenia por objeto descansar para reparar los combatientes sus mas importantes negocios. Los solda-

dos de los dos campos se adiestraban en los ratos de ocio en el manejo de sus armas, mientras llegaba la hora de esgrimirlas en propia defensa y no como distraccion. Duguesclin no era el último que gustaba participar de estos belicosos recreos.

Un dia que salió á dar un paseo á caballo acompañado de sus escuderos y hombres de armas, vino á arrojarse á sus pies un prisionero, pálido, cargado de cadenas, y gritando: Gracia, socorro. El caballero reconoció en la voz de este hombre la de su protegido Santiago Plugastec.

—Monseñor, esclamó, compadeceos de mí; han asesinado á mi muger, á mis hijos, han quemado mi casa y me han dicho: Nosotros te haremos sufrir tanto, cuanto que ademas de ser nuestro enemigo, eres el protegido de Beltran Duguesclin.

—¿Y quién te ha tratado de esa manera?

—Sir Tomás Cantorbery y sus gentes.

—¡Ah! sir Tomás Cantorbery, replicó el caballero sin conmoverse aparentemente, ya tengo que ajustarte tambien una cuenta por haber intentado coger prisionero á mi hermano el mas pequeño, á pesar de la tregua acordada; ahora veremos si es hombre que sostiene lo que dice.

Hablando asi volvió el caballo hácia la tienda del duque de Lancastre, en la que estaba tambien el jóven que lo es de Monforte.

—Monseñor, dijo; dispuesto teniamos distraernos con los juegos de un torneo; pero yo vengo á proponeros un duelo, un combate á muerte por dos insultos que he recibido de sir Tomás Cantorbery.

Hace ocho dias que hizo prisionero á mi hermano con mengua de la fe convenida en la suspension de armas; pero me hicisteis justicia y accedí á vuestro deseo de que no se verificara el combate. Hoy he sabido que un honrado labrador que guardaba mi proteccion, ha sido á despecho de la tregua, robado, incendiada su casa, sacrificados sus hijos y encadenado como prisionero. Este ruin proceder es el de Tomás Cantorbery, yo le arrojo el guante, y que sea Dios en ayuda del mejor derecho.

El duque de Monforte y el de Lancastre accedieron á la solicitud de Duguesclin, y designaron aquel instante para el combate.

Se dirigieron todos, pues, al palenque preparado para el torneo, donde se hallaba reunida la nobleza de ambos partidos. Un heraldo publicó que Monseñor Beltran Duguesclin retaba sin escusa á muerte á sir Tomás Cantorbery, y un momento despues pareció este en la arena, y los padrinos y el señor del campo gritaron: *Partid.*

El primer encuentro fue violento y rompieron mútuamente sus lanzas en sus petos; en seguida ambos caballeros, con la velocidad del rayo, echaron pie á tierra, y con el hacha en una mano y la daga en la otra, comenzaron un combate prolongado y terrible; porque los dos paladines mostraban la misma destreza y ardor.

Tomás Cantorbery sacudió en la cabeza de su rival un hachazo tan profundo, que derribó su casco hecho pedazos, dejándole desnuda la frente.

En tanto Santiago Plugastec, que impetraba el ausilio de la Providencia para su protector, pensó desfallecer por creerle con aquel golpe mal parado; pronto recobró aliento al ver que Duguesclin irritado con el golpe que habia recibido, se lanzó sobre su adversario, y clavando el filo de su hacha en la visera del casco de Cantorbery, la derribó al suelo, y le pone el pie en el pecho, esclamando:

—¡Ah! sir Tomás Cantorbery, habeis atentado á lo mas sagrado, á lo que se recomendaba á la lealtad misma de sus enemigos, y ahora ya os doy á conocer á todos como un traidor, malsin y cobarde, dispuesto á combatir contra los niños y vasallos indefensos.

Mientras tanto Cantorbery iba á perecer ahogado bajo la aplastada visera de su celada, y los heraldos se dirigieron en su ayuda, para desembarazarle de ella; pero Duguesclin gritó con voz de trueno:

—Fuera todos; nadie se acerque; solo el ultrajado puede hacer merced de la vida.

—Hola, mi buen Santiago, acércate para disponer de la vida de este caballero que ha menospreciado la tregua, y durante ella ha matado á tu muger y tus hijos, incendiado tu cabaña y traídote prisionero y cargado de

cadenas. Toma mi daga y dale el golpe de gracia, ó imponle el rescate que te acomodare, que te juro por nuestra santa patrona te lo ha de satisfacer.

—Solo su sangre podria satisfacer la que ha vertido de mi muger y mis hijos; pero puesto que la suya no puede restituir el aliento de los que la perdieron por su mano, le hago merced de la vida para que los manes de sus víctimas le sigan por do quiera que se oculte, respondió Santiago Plugastec con acento esforzado.

Levantaron en seguida al referido caballero; y entre los gritos y los insultos de los espectadores, se alzó una voz, la del duque de Lancastre, que le intimó órden de salir al punto de la liza y tomar el camino de Inglaterra. En seguida mandó reconstruir la casa de Santiago á costa de sir Tomás, y ordenó á sus tropas le respetasen siempre, fueran los que quisieran los sucesos de la guerra.

La casa del honrado Plugastec subsistió hasta dos siglos despues de la muerte del caballero Duguesclin, con esta inscripcion en inglés, francés y breton:

BAJO EL AMPARO Y PROTECCION
DEL CABALLERO
BELTRAN DUGUESCLIN.

CONSTRUCCIONES NAVALES.

El que no tiene idea del aspecto que presenta en su astillero un navio en construccion, necesita una rápida reseña de las disposiciones preliminares que preceden á el acto de botarlo al agua.

Construido sobre un plano inclinado que se dirige al mar ó hácia la parte del puerto inmediato al astillero, el navio á medida que se eleva sobre su quilla, la que es en cierto modo su espina dorsal, se encuentra apoyado á derecha é izquierda por albitanas y puntales que, parecidas á muletas, lo conservan en un equilibrio que sin este requisito perderia su masa al crecer sobre la base estrecha en que descansa.

Apuntalado de este modo, el buque está seguro en medio del astillero, y aguarda el dia en que, recibiendo sobre su carena el último martillazo del obrero, irá á entregar á los besos de las olas sus vírgenes costados que el sol no debe volver á ver jamas.

Cuando llega la época de flotarlo, está casi concluido el casco del navio; y podrá hacerse sin que penetre en su cala el agua que le rodea, y el forro que pronto empezará á ponerse, envolverá de hojas de cobre toda la parte sumerjida, y el vientre del navio se armará de una coraza inatacable para todos los pequeños accidentes que puedan comprometer su conservacion. Llega entonces el dia de botarlo al agua; esperase á que suba la marea, para que el Oceano pueda enviar sus olas á buscar mas lejos á su nuevo huesped, Hermoso dia para el navio, va á conquistar su patria; un bautismo le espera á las puer-

tas de su nueva vida. Lo adornan con flotantes pabellones y flores; el sacerdote lo bendice; tiene un padrino y una madrina que le dan un nombre que es siempre la expresion de una esperanza.

Desde el amanecer del gran dia se retiran de los costados del buque en que se apoyaban los puntales que no son absolutamente indispensables para la conservacion del equilibrio. Una larga corredera, sobre la cual descansa la quilla, se prolonga hasta el mar que, subiendo siempre, debe venir delante del viagero para el que va á abrirse su agitado seno. Pero entre todas las piezas de la armadura que mantienen aun al navio sobre la playa que lo ha visto crecer, una sobre todo adquiere una importancia extraordinaria en este dia; esta pieza colocada al estremo de la quilla, por la parte del mar, hace por su posicion una vigorosa resistencia á la masa que, colocada sobre el plano inclinado y privada poco despues de la mayor parte de sus apoyos, tiende continuamente á deslizarse sobre la corredera, untada de antemano con gran cantidad de sebo, para la próxima partida del edificio que permanece inmóvil aun. Esta pieza se llama la *llave*.

Pero derribar la *llave* es una operacion dificil; es necesario dar grandes mazazos para derribarla apartándola del paso inmediato del fogoso navio. Bastantes infelices, á los que el incentivo de una buena recompensa comprometia en esta peligrosa comision, han sido aplastados bajo los gigantescos pasos del buque al que acababan de abrir el camino; se han empleado tambien como medio de detener el navio grandes cuerdas con las que se le sugetaba por detras. Otras veces se ha visto, como sucede aun en Inglaterra, confiar la dificil operacion de derribar la *llave* á un criminal que obtenia su perdon y su libertad en cambio de los peligros á los cuales consentía esponer su existencia por un premio tal.

Esta debia ser una posicion de terribles sensaciones de terror y esperanza. Hay peligros que se sufren en la inaccion de cuerpo y trabajando tan solo el pensamiento; para estos, el que le falta valor puede aturdirse y refugiarse en alguna preocupacion absorvente, y esto, lo confesamos con franqueza, nos ha sucedido á nosotros en nuestra carrera marítima. Era en un horroroso naufragio. Estábamos en una espantosa alternativa de vida y de muerte, y todos los recursos de nuestra voluntad se estrellarán contra la arriesgada peripecia de esta crísis. Pero aguardar sintiendo la muerte, una muerte espantosa, que se presenta amenazadora é inevitable, como el condenado oye sobre el cadalso rechinar en sus ranuras la cuchilla que va á caer sobre su cabeza, lo que hay de horroroso entonces, son los inhumanos pensamientos que hacen aparecer el trabajo del cerebro; descubrese la familia en estos vértigos de la mirada, y las seducciones de la dicha que dan tormento y deslumbran la vista.

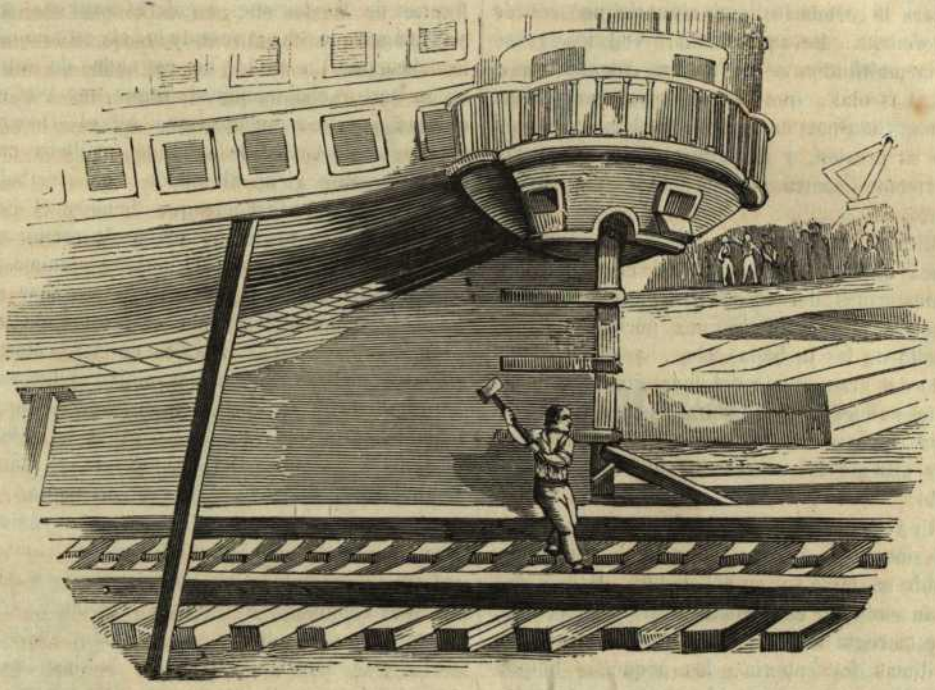
Hemos sentido esto, y para escapar como á una doble muerte en la muerte prometida, nos hemos convencido que lo mejor que puede hacerse es combatir este odioso sufrimiento moral con uno físico.

Entonces hemos clavado los dientes en nuestras carnes, nos hemos hecho una herida cruel y profunda, hemos empapado nuestros labios en la sangre de nuestras desgarradas venas, y los vértigos del cerebro han desaparecido bajo estos nuevos é inexplicables dolores.....

Mientras duraba este sufrimiento sin nombre, el gran peligro se serenaba sobre nuestra cabeza sin que lo sintiesemos. Pasó la muerte por tiempo amenazadora, llevóse algunos de nuestros hermanos, y nos dejó vivos sobre algunos restos que el desdeñoso mar arrojó pronto á la orilla; esta ansiedad en la que se espera la vida, en que se teme la muerte, es tan cruel que se entregaria uno con gusto á esta muerte incierta aun como á un beneficio cierto.

Lo repetimos, el peligro contra el cual se puede luchar algo, por muy débil que sea el socorro al que se agarre la esperanza, libra al alma de mil muertes anticipadas.

El desgraciado que consiente, por amor á una recompensa ó en cambio de una libertad prometida, á derribar la llave que tiene el navio, no pasa por todas estas alternativas; necesita otro valor, el de la sangre fria, que deja al hombre sus fuerzas físicas y los medios de servirse de ellas. El trabajo que se



CONDENADO CORTANDO LA LLAVE DE UN NAVIO.

emplea en derribar esta pieza de la armadura es violento; el último golpe de la pesada maza marca el primer tañido del peligro. El buque no encuentra ya obstáculos á la tendencia que tiene á seguir esta pendiente que lo arrastra, y apoyado por los costados tan solo por algunas muletillas, se desliza bamboleando sobre el rápido camino que se le ha trazado. Como un hombre que va á pasar un peligro, parte, despues tropieza y parece que duda seguir su carrera; pero pronto aumentando el contacto de la pulida quilla con la ranura untada de grasa en la que frota, marcha resuelta y rápidamente; apenas el choque del agua que se ahonda hirviendo bajo la presion de su poderoso conquistador, opone á su marcha una débil barrera. Algunos buques no dudan como otros, y parece que no ensayan el camino que van á seguir; rota la llave, arrojan á derecha é izquierda sus muletillas, y bamboleándose en un principio, marchan despues con la rapidez del rayo. Entonces es cuando se ve la terrible crisis en que se encuentra el que se ha entregado á esta peligrosa operacion; desnudo hasta la cintura espera la señal á la cual responderán los repetidos golpes del mazo.

La llave pierde el equilibrio..... rechina y cae; el condenado se arroja precipitadamente boca abajo, porque en aquel instante se ha puesto en marcha el coloso! El resplandor del dia desaparece, se eclipsa á los ojos del paciente por el paso de la enorme masa que rechinando en toda su estension, tropieza en el camino cuya rápida pendiente lo arrastra hácia el mar.

El hombre permanece boca abajo; la carena pasa y en sus vaivenes lo roza, desgarrando su piel; quisiera sepultarse en la tierra para librarse de esta presion mortal; porque por poco que se ladee, el desgraciado será aplastado por el navio.....

Pero queda con vida aunque con algunas sangrientas quemaduras. En la rapidez de su carrera la carena le lleva algunos pedazos de epidermis..... he aqui el fin! Ved los gritos de la multitud, el navio ha entrado en el mar. Las olas, que sorprende y levanta de su lecho medido por una marejada floja, se abren bajo su presion, y lo salpican trepando cariñosamente contra sus costados que acarician.

El mar azul y unido, rodea el buque de blanca espuma; brilla al sol como las ardientes crines del corcel que parece arrastrar al coloso! Cálmase despues poco á poco el tumulto de las turbadas olas, y reaparece el brillo del gran espejo del mar como si nada hubiese sucedido. El pueblo entero baja á la playa como una franja viva que ondease un tapis azul de los mares. El puerto espera al navio.

Una vez lanzado, el buque, que no es aun sino una carcaza ó un baul, tiene que recibir su forro y su arboladura. Hanse visto sin embargo escepciones, raras en verdad, de esta regla tradicional. Durante las guerras marítimas del imperio, los pequeños buques corsarios se han construido, lastrado, forrado, arbolado, aparejado, abastecido de todas las provisiones, de su artilleria, de la tripulacion y las velas palpitantes, todo esto en tierra firme! en medio del arsenal, en la orilla, á la vista del mar!..... aparece el enemigo en el horizonte, dase una señal, y el pequeño buque se lanza en persecucion de los ingleses, y esto de una vez, sin detenerse desde la tierra al mar; parte sin decir adios, de golpe, y como un fogoso caballo que sale con su ginete, ensillado, embridado de su cuadra para atravesar la llanura.

Sin el viage á París de la especie de caja prolongada y plantada de palos, sin proporcion, que ha traido el obelisco de Luxor á la capital, muchas personas considerarian aun como un navio los baños flotantes del Sena, ó el buque de plata que brilla en el campo azul de las armas de la ciudad de París.

Sin embargo, cuanto dista este simulacro de la máquina inteligente cuya forma aparenta! Que conserven su ignorancia primitiva los que creen que aquello es un navio; que queden bajo la impresion que les han dejado las figuras de las triremes ó galeras antiguas cuya imágen les ha presentado el estudio de los clásicos. Un navio no es nada de esto; es un ser ó una máquina, segun que esté en quietud ó en movimiento, que son el Oceano ó el puerto. Acaba de salir del astillero como el hombre viene al mundo; ha recibido el bautismo del sacerdote que bendice el camino que va á recorrer; acaba de recibir un nombre con el que vivirá fuerte y animoso, yendo como un activo viagero á enseñar en todos los puntos del globo el nombre de su gran familia nacional inscrito en los colores de su pabellon. Cuanto mas activa y llena de accidentes sea su vida, tendrá menos probabilidades de longevidad; para él la enfermedad es la tempestad, la agonia el naufragio; tiene un alma, que es su capitan.

Qué existencia de hombre es mas aventurera que la de un navio? No tienen ambos sus descubrimientos, su crecimiento, sus fardos que conducir, su mision que llenar? No tienen ambos sus duelos, sus heridas, sus dias de sol y de alegria, sus noches de tempestad, de sufrimiento y de infortunio? Donde va el navio desde el momento en que emprende su devoradora carrera? Conseguirá su objeto? El viento del mar no ajará su brillante adorno? Cada paso que da, no le aproxima á la muerte, el naufragio? ¡Pobre navio que vogas en el azul del aire, sobre el azul del mar, hácia un punto, quizás próximo, quizás lejano, cuyo horizonte brillante ó siniestro te oculta perpetuamente tu destino!

El horizonte del navio es el dia siguiente para el hombre; el hombre es como tú, pobre navio! traqueado por las olas de la vida, espera tambien conseguir su objeto; su dicha como la tuya es el puerto, si alguna roca no se interpone en vuestro camino, si algun dia de duelo ó una negra nube que cubre el cielo, no viene á obscurecerlo.

El navio, es la materializacion de estos dos datos matemáticos, el poder y la resistencia. Es tambien la actividad y la indolencia, la fuerza y la inercia; un soplo la anima como la estátua de Momnou, que habla con la brisa. Su gefe pone el pie á bordo, el buque se

dispone á obedecer; todo va á estremecerse en él, la impaciencia se apodera de sus cuerdas como los nervios de un gran cuerpo. Cuando salga á la mar, lo vereis cómo devolverá amorosamente á las olas, sumergiéndose en ellas, las caricias con que acudirán á estrechar sus redondos costados. Lo vereis cómo sacudirá alegremente sus banderas y gallardetes; cómo palpitarán sus velas, impacientes, bajo los primeros suspiros de la brisa. Pero sigámoslo, y al poco tiempo lo veremos, cual viajante aventurero, ir á surcar desiertos sin camino trazado, cerniéndose sobre abismos sin fondo, durante dias sin sol, noches sin estrellas.

Tr. por Miguel Vazquez.

LOS CATORCE DIAS FELICES

DE ABDERRAHMAN EL MAGNANIMO (*).

Reinaba en Córdoba por los años 912 de nuestra era el Kalifa Abderrahman III, apellidado el Magnánimo, nieto del célebre Abderrahman I el Grande, del que vamos á ocuparnos ligeramente. Salvado este de un modo prodigioso cuando todos los varones de su raza fueron víctimas de la mas nefanda alevosía en Damasco, halló medios para burlar la vigilancia de sus tenaces perseguidores, descendiendo del rango de príncipe de un rico imperio, al de pastor entre las tribus nómadas del Atlas. Conduciendo su rebaño aprendió el jóven Abderrahman á gobernar los hombres, y de pastor desconocido que era, llegó con los únicos esfuerzos de su valor y de su genio, á reinar en las provincias mas encantadoras de España.

El fundador del brillante imperio cordobés, el vencedor de Carlomagno, y el que fue lumbrera de la civilizacion en aquella época sangrienta, conociendo que se acercaba su última hora, llamó á su hijo Hixém, que debia sucederle, y viéndolo deshecho en lágrimas en tan supremo instante, le dijo estas palabras, que Enrique IV repitió á su jóven sucesor:

«Recuerda, hijo mio, que los reinos pertenecen á Dios, quien los da y quita á quien le place. Demos gracias á su divina bondad porque ha colocado en nuestras manos el poder supremo, y hagamos su santa voluntad; es decir, hagamos el bien de todos los hombres, y particularmente de los que nos han sido confiados.

Sé justo igualmente con los pobres y ricos, porque la injusticia es el camino de la perdicion; y trata con clemencia á los que dependen de tí, pues todos los hombres son hechuras de Dios.

Confia el gobierno de las provincias á

(*) «En una conversacion con este buen muslin (Suleiman-ben-Abdelgafir-el-Fiexi) dijo el Rey Abderrahman, que ajustada bien la cuenta de los momentos de perfecta y pura tranquilidad de ánimo en los cincuenta años de su reinado, apenas contaba catorce dias de sincera felicidad.»

Conde. Historia de la dominacion de los árabes en España.

N. del T.

hombres sabios y de esperiencia.

Castiga sin piedad á los ministros que oprimen al pueblo. Trata á los soldados con dulzura y severidad á la vez, para que sean los defensores del Estado y no sus devastadores, fomenta la agricultura, que es la que nos da la subsistencia.

Procura siempre merecer el amor de tus pueblos; haz que estos te bendigan, y que vivan felices y tranquilos bajo tu proteccion; he aquí la gloria y la felicidad de un Soberano."

Este gran príncipe se espresaba asi, hace mil años, lo que nos prueba que la sabiduría y la virtud son de todos los tiempos.

Volvamos ahora á Abderrahman III, Rey digno de ser distinguido por su valor, por su amor á las letras y por el lujo de que rodeó su persona, hasta el punto de levantar una ciudad junto á su corte, semejante á las mansiones encantadoras de las hadas (*).

Esta ciudad se llamó Azahra y ya no existe; el mármol de sus columnas, el oro y el acero de sus artesonados, y el alabastro de sus fuentes públicas, todo desapareció, y reducido á polvo se halla mezclado con el de los caminos.

La muerte sorprendió á Abderrahman III al cumplir setenta y dos años, y su reynado pudiera llamarse el medio siglo feliz por lo fecundo en gloriosas empresas. Sin embargo, cuando se abrió su testamento, se encontraron estas palabras escritas por él, momentos antes de su última hora:

«Cincuenta años han trascurrido desde que soy Kalifa. Riquezas, honores y placeres he gozado; los reyes mis rivales me admiran, temen y envidian. El cielo me ha concedido

(*) No podemos resistir al deseo de trasladar aquí la descripcion que de aquella famosa ciudad, se encuentra en la citada *Historia de la dominacion de los árabes*, que está sacada de manuscritos y memorias arábigas.

'El Rey Abderahman Anasir solia pasar las temporadas de primavera y otoño en un apacible sitio á cinco millas de Córdoba, Guadalquivir abajo; y por la frescura y amenidad del lugar, por sus alamedas y espeso bosque, mandó edificar alli un alcázar con muchos edificios magníficos y muy hermosos jardines contiguos, y lo que antes habia sido una casa de campo se transformó en una ciudad. En medio de ella estaba el real alcázar, obra grande y de elegante fábrica. Mandó poner en él 4,700 columnas de preciosos mármoles, todas de maravillosa labor. Entraban cada dia en la obra 6,000 piedras labradas, sin las de mamposteria, que eran infinitas. Todos los pavimentos de sus tarbeas ó cuadras estaban enlosados de mármol con diferentes alicatados ó artificiosos cortes: las paredes asimismo cubiertas de mármol con varios alizares ó fajas de maravillosos colores; los techos pintados de oro y azul con elegantes atauxias y enlazadas labores; sus vigas, traves y artesonados de madera de alerze de prolijo y delicado trabajo. En algunas de las grandes cuadras habia hermosas fuentes de agua dulce y cristalina, en pilas, conchas y tazones de mármol de elegantes y varias formas. En medio de la sala que llamaban del Kalifa, habia una fuente de jaspe que tenia un cisne de oro en medio, de maravillosa labor, que se habia trabajado en Constantina, y sobre la fuente del Cisne pendia del techo la insigne perla que habia regalado á Anasir el Emperador griego. Contiguos al alcázar estaban los grandes jardines con diversidad de árboles frutales, y bosquecillos partidos de laureles, mirtos y arrayanes, ceñidos de algunos curvos y claros largos, que ofrecian á la vista pintados los hermosos árboles, el cielo y sus arreboladas nubes. En medio de los jardines, en una altura que los dominaba y descubria, estaba el pabellon del Rey donde descansaba cuando venia de caza; estaba sostenido de columnas de mármol blanco con muy bellos capiteles dorados; cuentan que en medio del pabellon habia una gran concha de pórfido llena de azogue vivo, que fluia y refluia artificiosamente como si fuera de agua, y daba con los rayos del sol y de la luna un resplandor que deslumbraba. Tenia en los jardines diferentes baños en pilas de mármol de mucha comodidad y hermosura: las alcatifas, cortinas y velos tejidos de oro y seda con figuras de flores, selvas y animales eran de maravillosa labor, que parecian vivas y naturales á los que las miraban. En suma dentro y fuera del alcázar estaban abreviadas las riquezas y delicias del mundo que puede gozar un poderoso Rey. Se llamó esta ciudad Medina Azahra, del nombre de una hermosa esclava del Rey, á la cual amaba y distinguia entre todas las de su harem. Edificó en Medina Azahra un mezquita, que en preciosidad y elegancia aventajaba á la grande de Córdoba, y construyó tambien en ella la Seca ó casa de moneda, y otros grandes edificios para estancias de sus guardias y caballeria. Acabóse la obra principal el año 325 de la Hegira, (936 de nuestra era) y dice el Xaquiqui que costó sumas inmensas. Era la guardia del Rey Abderahman Anasir, muy numerosa; la formaban 12,000 hombres, 4.000 esclavos que era la guardia interior y de á pie, 4,000 africanos zenetes, y 4,000 andaluces; estos 8,000 eran de á caballo, los capitanes de esta gente eran de la familia real, y jeques principales de Andalucia y de Tahart, y repartian por taifas ó compañias la guardia, estacion y tiempo que les correspondia: solo en ocasion de salir el Rey á la guerra servian todos. Ademas de la parte de su guardia que seguia al Rey en las dos jornadas de verano y otoño, escogia el Rey Abderahman, las esclavas y siervos que debian acompañarle, los wazires, y alcatibes, y los hombres doctos y de ingenio que queria llevar consigo, y sus cazadores y halconeros, porque como sus padres se entretenia mucho en la caza de aves.''

N. DEL T.

cuanto el hombre puede desear, y en tan dilatado periodo de una felicidad aparente, he contado los dias que me he juzgado dichoso y han llegado á catorce. Mortales, apreciad la grandeza, el mundo y la vida.»

Alhakem hijo y sucesor de Abderrahman queria continuar el reinado glorioso de su padre. Grande y feliz como aquel, interrogó á todos los sabios que se habian encargado en escribir sus hechos mas memorables; reunió á los secretarios privados del monarca difunto, para recopilar sus pensamientos, y cuando sus inmensos trabajos se hallaron reunidos en una obra, llamó Alhakem á su corte todos los sabios y filósofos de su imperio, rogándoles que estractasen catorce dias felices de la larga y afortunada existencia de su antecesor. Hubo grandes debates, polémicas acaloradas, y sabias disertaciones sobre esta importante cuestion. Los que buscaban sus goces en la gloria militar encontraban un número escesivo; los que los atribuian á los placeres del lujo, encontraban tambien muchos mas; otros buscándolos en el reposo, no hallaban tantos en el trascurso de una vida tan ocupada por los cuidados del gobierno. Aquellos pretendian que únicamente la salud hace al hombre feliz, y solo se hallaron tres dias de enfermedad en los setenta y dos años de Abderrahman. Como se esperaban grandes riquezas y mayor gloria descubriendo aquel problema, no se dejaron de hacer minuciosas pesquisas que duraron diez años; en este espacio de tiempo la voluminosa biblioteca de los Kalifas de Córdoba se enriqueció con millares de manuscritos españoles, árabes y latinos. Estos libros aclaraban algunos puntos de moral y legislacion, pero su divergencia respecto al motivo importante de la reunion de los sabios, dejó sin resolver la cuestion de la dicha de Abderrahman.

Habia tambien quien opinaba que los dias felices del Kalifa fueran mas numerosos, y miraban su última declaracion como una blasfemia contra la Providencia, que le colmó de bienes. Otros tal vez mas filósofos, no hallaban tantos que mereciesen aquel título. La discusion seguia aun despues de los diez años y Alhakem fatigado con tan inútiles tareas despidió á la asamblea científica.

A fin de encontrar solo la felicidad de que inútilmente habia buscado el ejemplo en la vida de su padre, se aplicó Alhakem á hacer florecer la justicia en sus estados. Siguiendo la costumbre de algunos príncipes del Oriente, descendia con frecuencia hasta el hogar de las familias mas pobres, cuidando de ocultar su clase bajo toscas vestiduras, y confiando únicamente á un oficial de palacio el secreto de sus misteriosas escursiones á la ciudad.

Disfrazado Alhakem, surcaba las aguas del Guadalquivir acompañado por su confidente Abu-Hanifé; el barquero que remaba en la popa, ignorando la categoria del noble personage á quien llevaba en su barca, se sintió de repente como inspirado, y entonó con una voz segura el romance morisco de los barqueros cordobeses. Indignado Abu-Hanifé al oir á aquel miserable faltar tan groseramente al respeto debido á la persona del Kalifa, hizo un gesto amenazante al cantor para que callase; pero Alhakem á quien su hermosa voz habia gustado, contuvo á su compañero de incógnito, rogando á su conductor que continuase el romance sin tener en cuenta las amenazas del desconocido —Ya que á vuestra grandeza, replicó Mansu, le agradan mis canciones, le cantaré una que pudiera haberme valido el oro suficiente para llenar mi barca, y aun para comprar un serrallo tan grande como el de visir, si la pobreza de mi trage no me hubiera impedido hacer oir mi voz enmedio de una venerable asamblea.—¿De cuál? le preguntó Alhakem, admirado al oir que sabia canciones que pudieran pagarse tan caras.—De la de esos sabios que han ganado tan mal el oro de nuestro divino Kalifa, el poderoso Alhakem á quien Dios conserve. Esta contestacion interesaba demasiado al sucesor de Abderrahman para que dejase de hacer nuevas preguntas al cantor. —Efectivamente, continuó, desearia saber lo que hubieras dicho en la asamblea de los filósofos.—¡Oh! ninguna de esas graves y ampulosas palabras, que han concluido por hacer en diez años bastantes volúmenes para cargar cien camellos; yo hubiera hablado peor probablemente por que no soy doctor, pero estoy en la seguridad de que habiendo dicho la cancion de mi padre Adjaïd, unánimemente la hubieran aprobado.—Pues bien, cántanos la cancion

del poeta Adjaïd, dijo Alhakem, y si en efecto vale ella sola mas que todos los tesoros con que los sabios de España y de la Arabia han enriquecido en diez años la biblioteca del Kalifa, te doy palabra de que tendrás oro para llenar tu barca y aun para comprar el serrallo del visir.

Mansu se quedó estupefacto al oir semejante proposicion, pero como hombre de juicio, conoció que las deslumbrantes promesas de su interlocutor, armonizaban mal con la pobreza de su trage y añadió:—Gloria á Mahoma, compasion á los locos y respeto á los pobres. Indudablemente me habeis creido loco y os burlais de mí, pero yo que os creo mas capaces de pedirme *gratis* el paso en mi barca que de recompensar mi buena voluntad con tesoros, quiero probaros que el barquero Mansu no se incomoda por una broma, al contrario como el dia se presenta tan hermoso, y este paseo no me aleja de mi camino, os conduciré hasta Azahra sin ecsijir el precio de mi trabajo. Si consentís en escuchar mi cancion hasta el fin, me pagareis en paciencia.—Tan larga es tu cancion? preguntó Abu-Hanifé.—Tan larga que duermo á mis siete hijos uno despues de otro solo con la mitad del romance, y no he encontrado á quien cantar el resto.—Y cuantas coplas te quedan por cantar cuando los has dormido?—Otras siete, señor pasagero; son precisamente catorce, pues con trece quedaria incompleta la historia.—Catorce coplas, repitió Alhakem reflecsivo, y por qué son catorce?—Porque el gran Kalifa Abderrahman contaba ese número de dias felices cuando visitó por última vez á mi padre Adjaïd. Al nombre de Abderrahman, profundamente conmovido su hijo, mandó cantar al barquero, y Abu-Hanifé que hasta entonces mirara á Mansu con un gesto insultante y despreciativo, le dirigió una amable sonrisa. Entonces reflecsionó un momento, y despues principió á cantar al compas de sus remos.

«Ha venido á la mansion del pobre el que manda á los reyes de la tierra, no como un señor temible, sino como un hermano que busca á sus hermanos, como un amigo que se acerca á los suyos.

El ha dicho al barquero:

Escucha con atencion lo que voy á decirte, y revela al pueblo el secreto de una felicidad que no se comprenderia en mi corte.

Adjaïd se ha prosternado ante el gran Kalifa, y este le ha hecho alzar, tendiéndole su mano poderosa. Adjaïd cantó:

I.

LA FELICIDAD NO SE ENCUENTRA EN LA VICTORIA.

Era un dia en que la ciudad de Zamora, rebelada contra su soberano, acababa de sufrir el castigo digno de su enorme crímen. Arroyos de sangre corrian por las calles; el incendio de las casas, iluminaba á las víctimas; los caballos pasaban sobre los moribundos, y aquellos á quienes respetaba el fuego, caian aturdidos en su fuga, al recibir el golpe de los tejados que se desplomaban.

Coronada la cabeza de llamas y con los pies bañados en su sangre, solo hacia oir Zamora un prolongado gemido ó esta palabra: ¡Perdon! ¡perdon!; pero mil y mil veces repetida, solo obtenia por respuesta el grito de venganza de los vencedores.

¿Que hacia el gran Kalifa cuando todos sus soldados, embriagándose en su victoria, recorrian las calles al galope precipitado de sus impetuosos corceles?

Abderrahman habia envainado su cimitarra, y ocultando bajo su manto de púrpura á un niño, seguia lentamente el camino que conduce al campo, buscando á la pobre madre de aquel infeliz que esperaba encontrar entre los fugitivos.

El Kalifa anduvo largo rato; despues aprocsimándose á un grupo que corria precipitadamente, apartó el niño los pliegues que lo ocultaban y estendió sus manecitas hácia una muger que el cansancio habia hecho caer á la orilla de una zanja.

—¿Es este el hijo que buscas? le preguntó Abderrahman preséntandole el niño que le tendia los brazos.

La muger no le contestó una palabra, pero abrazó tan estrechamente al niño, que no quedó duda alguna al Kalifa de que fuese su madre.

El vencedor de Zamora le devolvió su hi-

jo sin decirle: «Yo soy Abderrahman el gran Kalifa!" porque temia que esta revelacion disipase la alegria de la pobre muger. Abderrahman fue dichoso aquel dia, y hasta el siguiente no volvió á la ciudad vencida.»

—Esta es la primera copla, dijo Mansu, á sus dos oyentes, que envueltos en anchos alquiceles de lana blanca parecian como petrificados.

—Si quereis, continuó el barquero, que deje aqui la cancion, os obedeceré á pesar mio.

Por toda respuesta, echó Alhakem una moneda de oro al cantor, y Abu-Hanifé le dijo: «Continúa."

Mientras Mansu, sorprendido de la generosidad del pasagero, volvia de su asombro, y afirmaba su voz, escribió Alhakem estos apuntes en un librito de memorias: Ofrecer el perdon á los sublevados, y fundar un asilo para los niños perdidos."

El barquero prosiguió:

II.

LA FELICIDAD NO SE ENCUENTRA EN EL PODER.

Los embajadores de los reyes tributarios de Abderrahman, arrodillándose ante las gradas de su trono, lo aguardaban para ofrecerle oro, piedras preciosas, y armas del mejor temple en señal de sumision.

Toda la corte del Kalifa se hallaba reunida en la sala del trono, esperando con impaciencia su llegada, porque al amanecer habia salido misteriosamente de su pabellon de Azahra, y ningun empleado de palacio sabia el objeto de su escursion matutina.

¿Qué hacia el gran Kalifa Abderrahman mientras los enviados de sus grandes vasallos se mantenian respetuosamente arrodillados delante de la mampara de tela de oro de su morada del estio?

A las márgenes del Guadalquivir, se hallaba curando la herida de un perro, mientras este le lamia las manos demostrándole su gratitud.

El animal herido tenia sed, pero la vega estaba desierta, y el Kalifa no sabiendo donde buscar un vaso, formó uno con sus manos juntas, tomando en ellas agua del rio, hasta diez veces seguidas, y consiguió de este modo dar de beber al perro.

Cuando Abderrahman volvió al palacio, el agradecido animal lo siguió con pasos vacilantes. ¿Qué importaba al Kalifa el tributo de veinte reyes, cuando acababa de ganar un amigo? ¿Encerróse en su pabellon para disfrutar de las caricias de aquel á quien acababa de salvar la vida, y encargó á los visires que recibiesen el homenage de los embajadores." Al terminar Mansu la segunda copla, cayeron á sus pies otras dos monedas de oro, y despues de haberlas recogido, se preparó á continuar su cancion, sin preguntar como lo habia hecho antes, si era del gusjo de los pasageros la poesía de su padre Adjaïd. Alhakem se aprovechó de aquel momento de pausa para escribir en su librito de marfil: «Erigir la fuente del perro para los pobres sedientos."

Abu-Hanifé le hizo una señal al barquero para que continuase, y este obedeció.

III.

LA FELICIDAD NO SE ENCUENTRA EN LO QUE HALAGA NUESTRO ORGULLO.

En la ciudad de Córdoba y en el palacio de Azahra, celebraban el pueblo y la corte el aniversario del advenimiento al trono de España, de Abderrahman III.

Las calles estaban tapizadas de flores y de arbustos odoríferos; en las ventanas de las casas flotaban banderolas y colgaduras, y todos los monumentos se hallaban adornados con magnificencia. Los poetas rodeaban el pabellon imperial cantando al compás de músicas guerreras las empresas gloriosas de aquel reinado inmortal, y el pueblo prorumpia en aclamaciones entusiastas, manifestando de esta suerte su regocijo.

¿Qué hacia el gran Kalifa Abderrahman en tanto que sus vasallos ensalzaban sus triunfos y su felicidad?

Retirado en el interior de su aposento, se vestia enternecido el trage de pastor, que un montañés del Atlas le trajo espresamente para este dia, en un cofrecillo toscamente la-

brado. El Kalifa habia depuesto sus vestiduras imperiales sembradas de diamantes, y envolviéndose en una piel de cordero mal preparada, olvidaba las pompas de la grandeza, recordando los dias de paz y de miseria de su abuelo Abderrahman I, cuya prudente vigilancia salvára mas de una vez el rebaño que guardaba, de las garras del leon y de la pantera.

Tanto placer halló en esto el soberano, que conservó hasta la noche su trage de pastor de la montaña debajo de las vestiduras reales.»

Cuatro monedas de oro pasaron de la mano de Alhakem á las del cantor, cuya sorpresa aumentaba en proporcion de la recompensa. Trató de hablar, pero una mirada severa de Abu-Hanifé lo redujo al silencio, pues no queria este que interrumpiese al Kalifa mientras escribia: «Instituir la fiesta de los pastores; distribuirles todos los años un trage nuevo; dar un premio al que guarde mejor los ganados, y presidir dicha fiesta con los sencillos y preciosos vestidos de mi padre.»

—Oigamos tu cuarta copla, dijo Alhakem.

Mansu prosiguió con voz clara:

IV.

LA FELICIDAD NO SE ENCUENTRA EN LA ABUNDANCIA DE BIENES.

El Kalifa y su corte preparados para la caza, salieron con estrépito de Córdoba y llegaron al bosque de los naranjos. De repente se cubrió de nubes el cielo, y la oscuridad reinó en aquellos contornos, como si un negro y tupido velo se hubiese estendido sobre el cielo, poco antes celeste y diáfano.

Los relámpagos, al cruzar sus lenguas de fuego, iluminaban rápidamente el tenebroso camino; el agua caia á torrentes, y los caballos espantados de los truenos, conducian á los ginetes sin direccion fija y por caminos donde solamente los pájaros habian penetrado hasta entonces.

¿Qué hacia el Kalifa Abderrahman mientras su séquito disperso, lo buscaba inutilmente para rodearlo?

Acompañado por un pobre campesino que le brindó con la mitad de su manto para que se preservase de la lluvia, caminaba á su lado á pie, pues su caballo habia caido al suelo herido en la frente por un tronco secular y destrozado por los zarzales y malezas.

—El Kalifa es dichoso, decia el labriego, porque tiene pabellones de terciopelo, de acero y de ricas maderas doradas para resguardarse del agua, mientras nosotros solo tenemos para cubrirnos este pedazo de tela de lana que divido contigo; pero el manto del pobre es siempre bastante grande, cuando puede, sin despojarse de él completamente, dar una parte á su hermano.

—Si, repuso Abderrahman, como la mesa del pobre es tambien bastante grande, cuando puede sentar á ella un amigo.

—Sélo hoy el mio, dijo el labrador, y comeremos juntos.

Abderrahman siguió á su compañero de camino á la choza donde lo esperaban sus tres hijas, las que recibieron al desconocido con agrado.

—El Kalifa es feliz, repitió el campesino, porque tiene mil esclavas para que lo sirvan.

—No, repuso Abderrahman; el Kalifa es feliz, porque ve que la hospitalidad se ejerce cumplidamente en sus estados, y se cree aun mas dichoso cuando contempla el bello espectáculo del amor filial. Es verdad que sus esclavas lo sirven de rodillas en su alcázar, pero no es menos cierto, que aqui se le convida con una dulce sonrisa, nacida del corazon, que le satisface infinitamente mas. De este modo supo el honrado labriego quien era su huesped, el cual reputó aquel dia el cuarto de su felicidad »

Al llegar aqui, hizo Mansu una nueva pausa, dando tiempo para que Alhakem sacase de su bolso ocho monedas de oro, pero esta vez en lugar de tirarlas como una limosna, mandó á su secretario que se las entregase al cantor. Mientras se ejecutaba su órden escribió:

«Hacer levantar tiendas en los caminos, para que sirvan de refugio á los viageros sorprendidos por la tempestad.»

Abu-Hanifé volvió á sentarse y Mansu continuó:

V.

LA FELICIDAD NO EXISTE EN LA VENGANZA.

El cadalso se elevaba para el suplicio de un criminal de estado; el pueblo se agitaba en torno del instrumento de muerte, y los grandes del imperio ocupando el estrado para ellos dispuesto, se preparaban en silencio á ver morir al insolente que se revelara contra el poder de su soberano.

¿Qué hacia el gran Kalifa Abderrahman mientras los verdugos concluian los preparativos del suplicio, y los concurrentes esperaban con impaciencia la hora fatal que el reo veia acercarse velozmente?

Triste y cabizbajo paseabase en la estensa galeria de mármol, donde se exhibian tigres y leones, tras los barrotes dorados de sus sólidas jaulas.

El Kalifa se detuvo delante de Zaul, su leon favorito del Atlas, llamando su atencion una escena curiosa. Zaul tenia entre sus garras un gazapillo que penetrara imprudentemente en su vivienda, gozando al parecer en inspirarle serios y fundados temores; los ojos de la fiera brillaron de un modo siniestro, lo cual indicaba que su juego iba á tener un fin sangriento, y compadeciéndose el Kalifa del pobre animalillo que temblaba de miedo le gritó:

—¡Zaul! no te compadeces de tu víctima?... La fuerza, mas bien que un derecho, es una virtud que nos obliga á proteger al débil.

Zaul no entendió el discurso de su amo; sin embargo, ya fuese por capricho, ó bien por generosidad, lo cierto es que retiró suavemente una de sus terribles manos, que pesaban sobre el cuerpo del gazapo, y despues de titubear un momento, alzó la otra, volvió la cabeza con desden, y dejó huir al indefenso animal, que atravesó como una flecha por entre los hierros de la jaula. En seguida se acostó con aire de triunfo, y se quedó dormido.

Entonces se acordó Abderrahman que tenia en manos de la justicia, otra criatura, cuya última hora se acercaba.

El perdon que habia solicitado para un animal, podia él concederlo á un hombre. El gazapo habia interrumpido el sueño del leon, como el rebelde habia turbado el sosiego del Kalifa. Zaul se mostró generoso y Abderrahman clemente; á su voz cayó el patíbulo, y el culpable obtuvo su perdon. Satisfecho de sí mismo volvió el Kalifa á acariciar á Zau que aun no habia despertado.

—Imitémosle, dijo; y nunca se durmió con un sueño mas dulce, que el que pesó aquel dia sobre sus párpados.»

Despues de esta copla se levantó Alhakem.

—«Toma; dijo al barquero presentándole diez y seis monedas de oro, últimas que le quedaban, bendita sea la memoria de tu padre Adjaïd!»

Mansu sorprendido de aquella liberalidad, echó una ojeada sobre sus riquezas, y contó treinta y una monedas de oro en su bolsa de cuero.

Alhakem sacó de nuevo su librito y escribió:

«Perdonar á Maladjanis, el hijo de los enemigos de mi raza.»

Mansu continuó su cancion: Abu-Hanifé se quedó dormido.

VI.

LA FELICIDAD NO ESTRIBA EN UN VANO RENOMBRE.

Reunieronse en el palacio del Kalifa los mas célebres poetas y legisladores de aquel tiempo, para celebrar un certámen, en el cual seria coronado el autor de la obra mas perfecta que se presentase El vencedor debia ser conducido en triunfo por toda la ciudad, sobre un carro de plata, obra maestra del arte, entre las entusiastas aclamaciones del pueblo, y era condicion indispensable que todos los opositores presentasen sus escritos envueltos en el impenetrable velo del anónimo. La única gloria que faltaba al soberano de Córdoba, era esta, y asi esperaba con impaciencia el momento en que el sabio presidente del consejo, llegase á ceñirle la corona del genio, pues en los cortos instantes que lo dejaban libre los asuntos del imperio, habia compuesto un tratado poético de moral y de le-

gislacion, y su manuscrito, que en nada se distinguia de los de sus competidores, fue presentado con la mayor reserva.

Los jueces reunidos para dar la inmortalidad al poeta, iban á cumplir tan sublime mision.

¿Qué hacia Abderrahman el gran Kalifa mientras una legion de escritores rodeaba la tribuna en que debia pronunciarse el juicio crítico de los censores, y la multitud de curiosos que no podia penetrar en aquel recinto, admiraba en la puerta el magnífico carro cuajado de pedreria, y los doce caballos blancos ricamente enjaezados que tiraban de él?

Inquieto por ignorar la suerte que cabria á su poema, se dirigió á un estremo de la ciudad, donde habitaba un Alfaqui, respetable por su profundo saber y por la vida ejemplar que hacia.

—Salud al Kalifa! esclamó el anciano al verlo.

—Respeto al sabio! contestó Abderrahman, añadiendo en seguida: No soy el soberano que te honra con su presencia, soy ahora el discípulo que quiere consultarte.

Al esponer Abderrahman los motivos de su visita al dervis, se olvidó este del Kalifa de las Españas, viendo tan solo en él á un poeta sin nombre, que iba á pedirle consejos y esperanzas. Abderrahman le recitó sus versos, y el anciano lo escuchó en silencio; despues que concluyó el monarca, le dijo aquel: «Descuida, tú obtendrás el premio.»

Abderrahman se levantó; sus ojos brillaban con un noble orgullo.

—Espera un instante, hijo mio, prosiguió el Alfaqui; dime ¿donde vas?

—A recibir la corona, para que diga mi pueblo que no solamente está gobernado por un gran capitan, sino tambien por un gran poeta.

—Kalifa Abderrahman, esclamó el dervis, yo te creo dotado de un alma demasiado noble, para figurarme que tan solo un vano sentimiento de orgullo, te pudiera haber inspirado las sublimes máximas de tu poema: tú has querido ilustrar á los hombres, contribuir á la felicidad del género humano, y dotar á tus súbditos con nuevas verdades. Qué te importa ostentar sobre tu frente una corona mas, y ser proclamado poeta, cuando yo te llamo bienhechor de la humanidad? Ves tú ninguna corona en esta pobre vivienda?... No; no la verás, y sin embargo hace veinte años que la merezco y que la he ganado, pero siempre he ocultado mi nombre, y los jueces no han sabido á quien darla; mis obras han sido proclamadas buenas, mis máximas útiles, las leyes que yo he hecho tú las has adoptado, y en el silencio de mi oscuro retiro, he gozado doblemente del bien que he hecho y de una gloria que la envidia me hubiera disputado. Preséntate hoy á recibir el premio, y se dirá de tu poema que es una obra imperfecta del entendimiento humano; oculta tu nombre, y tus mismos rivales dirán tal vez que es la obra sublime de un dios!

Cuando Abderrahman volvió al palacio, acababan de premiar su poema; el presidente de la junta habia llamado al vencedor tres veces, para ceñirle la corona del poeta. Su triunfo no ofendió á sus émulos, ni le hizo faltar á la modestia y por esta misma razon se creyó doblemente dichoso. Una estátua cubierta con un velo, que representaba al autor desconocido, fue paseada en el carro triunfal por las calles de Córdoba.

—Pronto llegaremos á la mitad de la historia, dijo Mansu al terminar la sesta copla, y abandonó los remos para enjugarse la frente cubierta de sudor.

—Te encargo, le contestó Abderrahman levantándose precipitadamente, qne apuntes en tus memorias que el tesorero del Kalifa te debe ya treinta y dos monedas de oro.

—Esa es la cuenta doblando, repuso el cantor; pero quien le mandará que me pague tan caro una cosa que yo iba á hacer sin exigir recompensa alguna?

—¿Quien?... replicó Abderrahman estrechando conmovido la mano del barquero, yo, que debo ser obedecido, porque soy su señor y el tuyo.

Al escuchar Mansu estas palabras, estuvo á punto de caer á los pies del Kalifa, pero este le mandó que volviese á ocupar su puesto, y dejándole el tiempo suficiente para reponerse de su sorpresa, añadió en su libro de apuntes:

«Levantar una mezquita en nombre de los

bienhechores ignorados de la humanidad: en ella se ha de orar diariamente por mi padre.»

A una indicacion de Abderrahman principió el barquero la séptima copla.

VII.

LA FELICIDAD NO SE ENCUENTRA ARROLLANDO AL DEBIL.

La nobleza de Córdoba se hallaba reunida frente al palacio imperial en trage de ceremonia, para asistir á la colocacion de la primera piedra de una gigantesca columna, destinada á perpetuar la memoria del glorioso príncipe reinante.

Para dejar aislado tan soberbio monumento, fue preciso ensanchar la plaza de un arrabal, y sin tener en cuenta los sagrados derechos de la propiedad, hizo el arquitecto derribar veinte cabañas habitadas por pobres pescadores.

Estos infelices, con la cabeza baja y los ojos arrasados de lágrimas, sacando sus hijos y sus redes, se alejaron del hogar paterno para buscar un asilo en tierra estraña, viendo caer el techo que los cubriera en su niñez.

Infinidad de palaciegos, de artistas y de sabios rodeaban al gran Kalifa. Las poblaciones inmediatas á Córdoba, se quedaron desiertas, aproximándose sus habitantes á la ciudad, para asistir á tan magnífica ceremonia, y producian desde lejos un rumor, semejante al zumbido de una inmensa colmena. Los guardias armados con sus lanzas, formaban una barrera, contra la cual se estrellaba la apiñada multitud.

¿Qué hacia el gran Kalifa Abderrahman en tanto que le presentaban, cuatro esclavos negros y su primer visir, la mezcla para principiar los cimientos, y la plana de oro con mango de ágata oriental?

Veía con sorpresa dirigirse hácia él, atravesando por medio de la concurrencia á veinte hombres con los pies desnudos y un cordel al cuello, los cuales conducian otros tantos mulos con sacos de una tela muy recia. A la cabeza de esta singular caravana iba un anciano de blanca y luenga barba, con una varilla en la mano, distintivo del gefe de la justicia, y un cordon de seda y plata atado al cuello. La desesperacion se pintaba en las facciones de los veinte jóvenes que seguian al anciano, cuyo semblante aunque triste parecia tranquilo.

Al llegar cerca del Kalifa, que los miraba con asombro, se detuvieron todos. Entonces el anciano se adelantó solo, y dirigiéndose á Abderrahman le dijo con una voz segura enseñándole el cordon que oprimia su garganta:

—En breve moriré, ya lo estás viendo, por lo tanto te suplico ¡oh mi señor! que me permitas hablar dos palabras, y siempre estarás en tiempo de mandar que se me lleve al suplicio.

Abderrahman le hizo una señal afirmativa, y levantando el anciano las manos al cielo, como para darle gracias, continuó:

—Los infelices que están arrodillados en tu presencia, tenian aqui la herencia de sus mayores; habiendo rehusado venderlas, se les lanzó de ellas, y sus moradas vinieron á tierra para hacer una plaza digna del monumento de tu orgullo. Teme que al levantarlo hoy, perpetúe el recuerdo de sus desgracias, mas bien que el de tu gloria. Está escrito: «La única gloria que no perece, es la que se halla fundada sobre la virtud.» Tambien está escrito: «No fabricarás sobre la injusticia; porque la tierra usurpada, semejante á la arena movediza, tiembla bajo los monumentos del usurpador, y en breve los destruye.» Respóndeme pues, oh Kalifa de las Españas! Crees gozar en paz de tu renombre, cuando cada partícula de esta tierra va á caer sobre tu conciencia con el peso de una montaña?

A cada palabra del anciano, se aumentaba la sorpresa de Abderrahman; pero su mirada no era colérica, y su voz tenia cierta espresion de dulzura, cuando dijo al gefe de justicia:

—Continua; pero habla mas de recio, porque no quiero perder ninguna de tus palabras. El anciano prosiguió:

—Para disminuir el terrible peso que debe oprimirte en el dia del grande juicio, es para lo que venimos. Yo te he condenado, en mi

justicia, á que por espacio de diez años, cada uno de estos pobres desposeidos, venga todos los dias á escarbar la tierra, y á llevarse un saco de la que le fue robada en tu nombre, á fin de que tu parte de usurpacion se aleje de toda la que se lleven, y que en el destierro puedan aun mezclarse sus huesos con el polvo de sus abuelos.»

Abderrahman miró un momento en silencio al respetable octogenario; los veinte infelices que lo seguian esperaban con la mayor ansiedad la sentencia del Kalifa. Pero éste tendió sus manos al gefe, y cubriéndolo con su purpúreo capellar, anunció en voz alta que no se levantaria en aquella plaza la columna triunfal, porque preferia reemplazar las veinte cabañas destruidas en su nombre, con otras tantas viviendas sólidamente construidas bajo su direccion.

Mansu hizo aqui la séptima pausa, y Alhakem que no habia guardado su librito, escribió: «Abolir la confiscacion de bienes en mis estados.»

—¿Cuantas monedas te debo por esta copla? preguntó en seguida al barquero.

—Segun la cuenta sesenta y cuatro, pero no me atrevo á creer. ...

—Sigue tu cancion, interrumpió el sucesor de Abderrahman; el tesoro de la corona te debe sesenta y cuatro monedas mas.

Mansu creia estar soñando, pero volvió á cantar, mientras dormia Abu-Hanifé.

VIII.

LA FELICIDAD NO SE HALLA EN LA MOLICIE.

Era un dia de un calor sofocante. En el palacio y en toda la ciudad, se hallaban herméticamente cerradas las ventanas, y las cortinas mas tupidas protegian el interior de las habitaciones contra el ardor de los rayos solares; en cuanto á las calles, caldeadas como un horno, abrasaban los pies de los animales errantes, y absorvian los claros arroyuelos que de ordinario corren por ellas. Al ver las casas cerradas y las plazas desiertas, y al notar el silencio imponente que reinaba en Córdoba, hubiérase creido que el ángel de la muerte, cerniéndose sobre ella, sepultara en el último sueño á aquel pueblo ruidoso y alegre, que gozaba de una envidiable prosperidad, bajo las leyes del mas justo de los príncipes.

¿Qué hacia el gran Kalifa Abderrahman mientras los potentados del imperio se rodeaban de todas las comodidades ingeniosas que inventa el lujo, para resguardarse del astro abrasador que tostaba la tierra y secaba las fuentes?

Sorprendido por el calor, al regresar de una de sus escursiones matinales, se acostó á la sombra de un olivo, que formaba con sus entrelazadas y frondosas ramas un toldo de verdor. Quedose dormido, pero á poco lo despertó la cántiga monotona de un pobre esclavo que se ocupaba en cavar una ancha zanja; el copioso sudor que corria por todo su cuerpo, medio desnudo y encorvado, caia gota á gota en la tierra. El Kalifa se levantó, y en la seguridad de que su trage ordinario no le haria traicion, se aproximó al esclavo.

—¿Cómo puedes trabajar alegre en un dia como este? le preguntó admirado.

—La verdadera alegria, respondióle el esclavo, nace de la conviccion de haber obrado el bien; yo tengo el derecho de estar alegre, porque estoy satisfecho de mi mismo.

—Pero no de tu amo, que te espone de ese modo sin compasion á que te quemes vivo. ¿No sabe que á esta hora el mas inhumano de los arrieros, busca un abrigo para sus bestias de carga? Sin duda debe ser el mas cruel de los hombres.

—El amo, replicó el interrogado hundiendo su azadon en la tierra, no me ha dicho: «Trabaja» porque soy su esclavo favorito, y me cuida y me quiere tanto como á su perro de Granada; pero mandó al viejo Hadji que hiciera esta zanja, y como ya no tiene fuerzas el pobre, caeria estenuado antes de llegar á la cuarta parte. Hadji es mi padre; nadie sabe que yo lo hago por él, y esta tarde, cuando venga el amo á visitar su hacienda, encontrará la zanja abierta, y no le pegará al pobre anciano.» Despues de este sencillo relato, enjugó su frente el vigoroso jóven, y volvió á entonar la cancion que interrumpiera el sueño de Abderrahman. Mientras seguia alegre-

mente su penosa tarea, lo contemplaba el Kalifa en silencio; pero viendo éste á la orilla de la zanja otro azadon, lo tomó, levantándolo con trabajo porque pesaba diez veces mas que su espada imperial, y despues de algunos esfuerzos logró acostumbrarse á su enorme peso. Entonces se puso á trabajar como si el sol no le incomodase, y la suerte lo hubiera hecho hijo del esclavo Hadji.

—¡Valor! le decia su compañero de trabajo.

—¡Valor! repetia el Kalifa, contento por haber tomado parte en tan buena accion, mientras se limpiaba el sudor que brotaba en su frente.

Dos horas despues se hallaba concluida la zanja.

—Gracias, hermano, dijo el esclavo al Emperador; que Dios te dé hijos que te se parezcan.

—Adios, hermano, contestó el Emperador al esclavo, estrechándole la mano; que Dios te oiga, y dé la libertad á tu padre!

Aquella misma tarde, Hadji no temia ya ser castigado por su amo; un empleado del palacio de Azahra, habia rescatado al viejo esclavo y á su hijo en nombre del grande Abderrahman.»

—Esta octava copla, dijo Mansu, no he podido cantársela á nadie, porque todos mis oyentes se han dormido antes de llegar á la mitad de mi cancion.

Alhakem no atendia al barquero porque estaba escribiendo: «Consagrar todos los años una suma para el rescate de esclavos ancianos.»

—Ciento veinte y ocho monedas, murmuró el barquero.

—Y ademas, me hago cargo de tu séptimo hijo, para que sea rico y feliz, respondió el Kalifa.

Admirado Mansu se inclinó respetuosamente, manifestando de esta suerte su agradecimiento. Entretanto roncaba Abu-Hanifé.

IX.

LA FELICIDAD NO SE HALLA INSPIRANDO TEMOR.

Despues de una famosa victoria conseguida en Navarra, volvian á Córdoba Abderrahman y su egército, para descansar de sus fatigas sobre los laureles del triunfo.

Un arco de flores y yerbas odoríferas se alzaba en las puertas de la ciudad, y el pueblo en masa formando una ancha calle, se agitaba para ver la entrada de las tropas victoriosas. Al pasar el Kalifa debian todos arrodillarse é inclinar la cabeza.

Quinientos músicos, vestidos con libreas azules sembradas de estrellas de oro lucian sus blancas garzotas, agitadas por el aire y por el movimiento acompasado de sus palafrenes, lanzando torrentes de armonia que se mezclaban á las aclamaciones y vítores de la multitud.

¿Qué hacia el gran Kalifa Abderrahman, mientras su pueblo prosternado gritaba ¡Viva! ¡Viva! cada vez que pasaba un escuadron de ginetes árabes, mandado por un gefe ricamente vestido de brocado y damasco de diversos y brillantes colores?

Abderrahman á favor de un sencillo trage de guerrero, se abrió paso por entre aquel inmenso gentio, y colocándose detrás de la línea formada por los curiosos, pasó á caballo la revista de sus gloriosas falanges. Una niña que lloraba porque no la dejaban ver nada las gentes que tenia delante, llamó la atencion del Kalifa; entonces se inclinó sobre su caballo, y tendiéndole los brazos, la dirigió esta pregunta:

—Niña, ¿qué es lo que buscas con tanto afan?

—Al que quiero ver, le respondió ésta, es al Kalifa nuestro señor; porque mi padre me ha dicho que no se le puede mirar cara á cara, en razon á que el brillo de sus pupilas deslumbra tanto como un relámpago.

—Y si tu padre te ha dicho la verdad, ¿te atreverias á aventurar tan terrible prueba?

—Si, contestó la niña; aunque tuviera que perder un ojo, con tal de verlo, lo daria por bien empleado.

Entonces Abderrahman la tomó en brazos, y sentándola sobre el arzon de su caballo, la dejó contemplar á su gusto las magníficas columnas de caballeria, que pasaban alternativamente formadas en buen órden.

—Pero yo no veo al Kalifa, decia la niña,

porque sus ojos no me han deslumbrado todavia.

Abderrahman la volvió hacia él, preguntándole: ¿Y si yo fuese el Kalifa á quien buscas inútilmente entre las filas del egército?

—Entonces diria solamente: Mi padre me ha engañado; mi oracion era la que no mentia.

—Y cual es tu oracion?

—Que Dios proteja á los buenos y los eleve sobre los demas hombres, para que los malos no sean felices en este mundo ni en el otro. Si el Kalifa es el príncipe mas afortunado de la tierra, será porque es el mejor, y puesto que os habeis tomado interés por mí, cuando soy pequeña y débil, valeis mas que todos los demas que no me han hecho caso, y por lo tanto mereceis ser Kalifa. Este razonamiento sencillo, conmovió el corazon de Abderrahman, el cual compadeciéndose del pueblo que lo esperaba arrodillado, besó á su inocente protegida, que le manifestaba su agradecimiento por medio de graciosas sonrisas.

—Con que tú me miras sin temblar? la preguntó.

—El pájaro que huye asustado del cazador, canta bajo el ala de su padre. Al darle esta respuesta apoyó su rubia cabeza sobre el pecho del Kalifa.

Entonces espoleó al caballo, abriéndose paso por entre la apiñada muchedumbre, que se volvió á estrechar al punto. Abderrahman volvió á ocupar su puesto delante de la flor de su egército, y con la niña en sus brazos, le dirigió al pueblo estas palabras:

—Alzaos y aprended de esta inocente, cómo se debe amar á los príncipes.»

Alhakem añadió á sus apuntes: «En adelante mi pueblo me hablará de pie.»

—Acreedor del Tesoro, dijo al barquero, De cuantas monedas te soy deudor?

Mansu titubeó un instante.

—No me atrevo á decir á vuestra grandeza, respondió en seguida, que esta copla solamente debe valerme doscientas cincuenta y seis monedas de oro, porque seria demasiado.

—Esa es la cuenta, interrumpió el Kalifa.

Mansu principió la décima copla con mas vigor que las anteriores.

X.

LA FELICIDAD NO SE ENCUENTRA HACIÉNDOSE ENVIDIAR.

Segun una antigua costumbre, observada todos los años, los ministros del imperio y los gobernadores de las provincias, hacian publicar á son de trompeta el padron de los pueblos sujetos al Kalifa, y el aumento considerable de sus riquezas. Los pregoneros, precedidos de añafiles y otros instrumentos bélicos, y seguidos de cerca por el populacho, recorrian las calles de Córdoba, haciendo saber á sus habitantes, que eran vasallos del monarca mas poderoso de Europa.

¡Qué feliz debe ser el que manda tantos millares de hombres, y puede disponer de tan inmensas riquezas! Asi discurria el pueblo, siempre curioso y siempre ignorante, que solo cree felices á los que disfrutan bienes de fortuna, y que no tiene en nada estos solos bienes verdaderos: la moderacion en los deseos, y el amor á la justicia—¿Qué hacia el gran Kalifa Abderrahman mientras todos sus súbditos envidiaban su poder y sus riquezas, repitiendo sin cesar: Qué dichoso es!

En un lugar oculto de sus jardines de Azhara, habia fabricado su nido una golondrina, y el viento al mover el ramaje protector, dejó caer los huevecillos, que se rompieron todos, escepto uno que quedó, cual suele una esperanza despues de haberse perdido los bienes de la tierra. Las mugeres del harem, al pasearse agitadas por mil diversas emociones, en las discretas alamedas del jardin, habian fijado, sin advertirlo, la punta de sus chapines sembrados de perlas, junto al frágil cascaron, que tambien se vió amenazado por los desnudos pies de los esclavos; y ninguna de las hermosas odaliscas ni de los servidores de palacio, se habia bajado para colocarlo en el nido de musgo, sobre el cual batia sus alas la pobre madre. Abderrahman se compadeció de ella, y subiéndose al árbol, afirmó el nido, devolviendo á la inquieta y cuidadosa ave el hijo único que se salvara. Todos los dias iba

Abderrahman al jardin, para presenciar los cuidados maternales de la golondrina, hasta que oyó una tarde confusamente, débiles gritos que contestaban á los de la madre. Jamás victoria alguna conseguida sobre sus enemigos, le causara tan viva impresion de júbilo; el pájaro habia roto su estrecha prision y vivia.

Abderrahman vencedor en una batalla, podria creerse el príncipe mas guerrero del mundo, pero en aquella ocasion se elevaba sobre todos sus semejantes, porque habia vencido á la suerte, y dado la vida.»

Mansu al terminar su canto miró al Kalifa como diciéndole: Esta copla no puede valer quinientas doce monedas de oro; pero Alhakem no se apercibió de su mirada, porque se hallaba distraido escribiendo: «En adelante habrá en todas las grandes poblaciones un asilo, titulado el Nido de la Providencia, donde las mugeres pobres podrán dar á luz sus hijos.»

—Con que ahora te debo doscientas cincuenta y seis monedas duplicadas? dijo al barquero.

—Si esa es la cuenta de vuestra grandeza, tambien será la mia, le contestó, prosiguiendo en seguida:

XI.

LA FELICIDAD NO SE ENCUENTRA HACIENDOSE TEMER.

Por un nuevo edicto proclamado á nombre de los ministros del imperio, se hizo saber al pueblo sus deberes hácia la persona del Kalifa. La baja adulacion de los cortesanos, transformaba en culto religioso el respeto que se debe á un príncipe, y se imponian las penas mas severas al que no humillase su frente, doblando las rodillas al paso de Abderrahman.

Publicada con el mayor aparato tan arbitraria órden en todos los arrabales y plazas de Córdoba, fue pasando de boca en boca, hasta penetrar en la suntuosa morada del rico, y en el reducido albergue del pobre artesano, esparciendo el terror por todas partes, pues se sabian las escursiones misteriosas del Kalifa, y era de temer el hallarse cara á cara con él, sin conocerlo. En este caso la ignorancia podia interpretarse como desobediencia maliciosa.

¿Qué hacia el gran Kalifa Abderrahman, en tanto que sus vasallos temblaban, preparándose á adorarlo al escuchar el decreto publicado por los pregoneros de la ciudad?

Caminaba lentamente por la estensa calle de un arrabal, sirviendo de apoyo á una pobre anciana, que falta de fuerzas para continuar su camino, cayó estenuada en el umbral de una puerta.

—¡Oh! balbuceaba en el momento de pasar el Kalifa, si estuviera aqui mi querido Hixém, el menor de mis doce hijos, me sostendria en su vigoroso brazo, hasta llegar á casa.

Abderrahman la oyó, y acercándose la dijo:

—Buena anciana, yo no soy tu hijo Hixém, pero podré competir con él en paciencia y en fuerzas; á falta de su brazo, toma el mio y marchemos.

Conmovida la octogenaria, aceptó el ofrecimiento de Abderrahman, presentando ambos un tierno espectáculo, un cuadro lleno de interés, y digno de admiracion; el poder y la fuerza, protegiendo á esa edad delicada de la vida que tanto se asemeja á la niñez. Al paso de Abderrahman no habia heraldos de armas que gritasen al pueblo: «Postraos y saludad á nuestro glorioso príncipe,» ni empleados de justicia que ordenasen el castigo de los inobedientes; solo se encontraban admiradores de su buena accion, que creyéndolo hijo de la anciana, se detenian para contemplarlo, acabando por bendecirlo en alta voz. De este modo logró recibir el homenaje espontáneo debido á la virtud, siéndole mas satisfactorio, que el que su pueblo pudiera rendirle obligado por el temor.

Abderrahman se juzgaba dichoso al oir por todas partes que pasaba: «Bendito sea el que presta socorros á la vejez. Concédale Dios para sus últimos dias hijos que le sirvan de amparo y que lo rodeen de atenciones.»

—Te debo mil veinte y cuatro monedas, dijo Alhakem al cantor.

—Y yo debo á vuestra grandeza tres coplas todavia.

—Si, continuó el Kalifa, pero como hace

largo rato que no cesas de remar, me parece justo que te releve alguien para que descanses un poco; y volviéndose á Abu-Hanifé que seguia durmiendo, le gritó sacudiéndole el brazo:

—Levántate, y vé á ocupar el banco del remero. Este me ha descubierto la felicidad de mi padre, y todo me parece poco para honrarlo y pagarle como se merece. Abu-Hanifé hizo un gesto imperceptible de mal humor, pero habia mandado el soberano y era necesario obedecer. Asi pues fue á tomar los remos de Mansu, mientras este se sentaba tímidamente junto al Kalifa que le hizo un sitio á su lado.

Alhakem añadió en su librito de apuntes: «Establecer los apoyos de la vejez: varios huérfanos de mis hospicios velarán dia y noche en la ciudad, para servir de conductores á los ciegos y ancianos.»

XII.

LA FELICIDAD NO SE ENCUENTRA EN UNA VIDA LIBRE DE PRUEBAS.

Era un dia en que la fortuna, hasta entonces compañera inseparable del Kalifa de Córdoba, le volvió la espalda, abandonando á sus formidables y valerosos escuadrones como para probar la grandeza de alma de su héroe favorito. Abderrahman fue vencido. Sus mas ilustres caudillos, envueltos por todas partes, vieron sucumbir á sus soldados, bajo los tajantes aceros del egército de Ramiro II. Los caballeros árabes huian en desórden llenos de peligrosas heridas, y hasta el mismo Abderrahman que en dos ocasiones se vió obligado á pelear á pie, por haber caido sus briosos corceles acribillados á lanzadas, se tuvo que rendir á dos castellanos, que presenciaron absortos la vigorosa resistencia que opuso á los ginetes que lo perseguian.

Los vencedores de Abderrahman, no conociendo la importancia de su captura, lo ataron á uno de sus caballos, dirigiéndose á todo escape al campo de Ramiro. Pero la distancia que debian salvar era muy larga, y en vano escitaban á sus cansados bridones, que se negaban á obedecer á la espuela; asi pues determinaron descansar un rato, para restaurar las perdidas fuerzas, compadeciéndose mas bien de sus caballos, que del herido prisionero cuya sangre corria en abundancia.

¿Qué hacia el gran Kalifa Abderrahman mientras los dos soldados sentándose á la entrada de un bosque, dejaban descansar á sus caballos empapados en sangre y sudor? Tendido sobre la yerba, se entregaba á tristes reflexiones, cuando vino á distraerlo de ellas este diálogo que sostuvieran en castellano sus vencedores, sin tener en cuenta que él podia comprenderlos.

—El dia ha sido terrible, pero por Santiago espero que la recompensa sea buena, por que Ramiro es un príncipe generoso.

—Y no crees tú que la recompensa seria mejor, si nos llegáramos al Rey de Córdoba y le dijeramos: «Príncipe vencido, nosotros hallamos un medio por el cual puedes reparar tus pérdidas y vengarte de tus enemigos. Ramiro va á dormirse con la seguridad que presta la victoria; si te vales del ardid que venimos á proponerte, lograrás engañarlo y vencerlo.

—Desengáñate; Abderrahman es demasiado altivo para que compre la victoria, y tan justo, que nos entregaria á la cólera de Ramiro, como tránsfugas dignos del último suplicio.

—Pues que ¿no es un hombre como otro cualquiera?

—Si, pero un gran hombre, que admira el valor y detesta la traicion donde quiera que se halle. Yo he peleado contra él en esta jornada; pero al mismo tiempo que pedia al Señor por el triunfo de nuestro Soberano, le rogaba que nuestras armas respetasen al Kalifa.

—¿Y por qué le tienes tanta compasion?

—No es compasion, es mas bien agradecimiento. En un combate, mi hermano cayó herido y prisionero, como este que nos acompaña, y lo condujeron en presencia de Abderrahman, al cual le dirigió estas palabras: «Kalifa, mi familia es tan pobre que no puede pagar mi rescate, asi pues condéname á muerte, por que si los hierros de la esclavitud sujetaran mis manos, las alzaria para romper con mis cadenas la cabeza de aquel que me llamara esclavo suyo.»

—Y qué le contestó el Kalifa?

—Pagó el rescate de mi hermano al que lo hizo prisionero, y le dijo: «Ya eres libre; quédate aqui ó vete con los tuyos, y diles que Abderrahman, es el protector y el amigo de los valientes.»

En esto observaron los dos guerreros que de las heridas de Abderrahman brotaba la sangre en abundancia.

—Voy á curarte en nombre del grande Abderrahman dijo uno de ellos; y rasgó un pedazo de lienzo, con el cual improvisó vendajes que le colocó con sumo cuidado.

—En nombre de Abderrahman, repuso el otro, ya eres libre como lo fue mi hermano en otro tiempo.» Y dándole las riendas de su palafren le señaló el camino que debia seguir para volver al campo sarraceno.

—Abderrahman os lo agradece, contestó el Kalifa saltando sobre el caballo, y desapareció entre la espesura de la selva.

Al siguiente dia se hallaban reunidos los dispersos, y animados por su Kalifa lavaron la mancha de la jornada anterior. Pero Abderrahman fue casi insensible á este nuevo triunfo, porque la victoria que mas le lisonjeaba, era la que alcanzaba sobre el corazon de sus enemigos, grangeándose su estimacion.

Mansu hizo la duodécima pausa, y Alhakem escribió: «Los valientes que caigan prisioneros, serán en adelante puestos en libertad sin exigírseles nada por su rescate.»

La noche habia cerrado completamente, y el aire se hacia mas húmedo y fresco á medida que aquella avanzaba. El Kalifa estendió su albornóz, para cubrir con él los brazos desnudos del cantor, mientras este decia en voz baja: Dos mil cuarenta y ocho monedas.»

—Y además la proteccion de tu soberano hasta el último dia de tu vida, añadió el Kalifa.

Mansu principió la copla decimatercia, mientras Abu-Hanifé seguia remando.

XIII.

La felicidad no consiste en ser obedecido por los inferiores.

Sordos rumores esparcidos por toda la ciudad acusaban de un terrible complot á varios empleados de palacio. Todos los habitantes de la corte mora, se decian en secreto que la vida de Abderrahman se hallaba amenazada, denunciando como ejecutor de tan odioso atentado al anciano y sabio Mahadi, médico de Damasco, que en distintas ocasiones habia devuelto la salud al príncipe.

¿Qué hacia el gran Kalifa Abderrahman mientras en torno suyo zumbaba la pérfida voz de la malicia, señalando ya la hora del suplicio del venerable anciano?

Resolviendo poner á prueba la virtud del acusado, lo mandó llamar y le dirigió estas palabras:

—Mahadi, tu ciencia es tan útil como terrible, porque del mismo modo que puede volver á la sangre su circulacion detenida, puede paralizarla en las venas helándola en un momento; yo necesito de tu ciencia para esto último.

Mahadi lo miró sorprendido, y no comprendió nada; Abderrahman continuó:

—Yo tengo un enemigo, y quiero deshacerme de él secretamente; para esto es necesario que prepares un tósigo, tan sutil, que no deje señal ni marca alguna que pueda escitar sospechas cuando haga sucumbir al miserable. Estas palabras fueron pronunciadas muy despacio, para poder juzgar mejor el efecto que debian causar en el anciano.

Mahadi respondió con firmeza:—Señor, yo solo he aprendido la composicion de los remedios que proporcionan la salud, pues nunca pude figurarme que el Emperador de los creyentes exigiera otra cosa de mí en ningun tiempo. Conozco los medios de prolongar los dias del hombre, pero ignoro los que puedan abreviarlos, y aun cuando los supiera, daria antes mi vida, que revelarlos ó ponerlos en juego para que sirviesen de instrumentos de venganza.

No contento con esto Abderrahman, quiso continuar tan terrible prueba, y llevando á Mahadi á un salon interior que se hallaba en el centro de su pabellon de Azahra, le enseñó una mesa cubierta de diamantes, de oro y de telas preciosas, haciéndole despues tocar disciplinas con puntas de acero, y otras armas de hierro dentadas como sierras.

—Elije entre estas riquezas que serán el premio de tu obediencia, y estos instrumentos de muerte que deben castigarte si te opones á mi voluntad, dijo al recto Mahadi.

Pero éste, tranquilo y resignado, tomó las disciplinas y las otras armas terribles, diciéndole con entereza:

—Que mi carne sea desgarrada, y mis huesos rotos por la sierra, antes de faltar al juramento que hice á Dios cuando abracé la mas noble de todas las profesiones La medicina, esa ciencia sublime inventada para la conservacion del hombre, no debe servir para destruirlo. Mandad que yo muera, antes que ser infiel á los preceptos de un arte tan divino.

—Mando que vivas, para que seas respetado por todos los hombres, y para que sirvas de modelo á los consejeros de tu señor, repuso el Kalifa, dichoso al encontrar un amigo verdadero en aquel súbdito fiel.

Alhakem se levantó al concluir el barquero esta copla y dijo á Abu-Hanifé:

—Siéntate al lado de Mansu, y cédeme los remos, para que pueda decirse que el hijo del poeta Adjaïd, ha sido llevado sobre las aguas del Guadalquivir por un barquero llamado Alhakem, hijo y sucesor del gran Kalifa Abderrahman.»

Mansu trató de resistirse, pues no se juzgaba digno de obtener tan alto honor, pero Alhakem le dijo al empuñar los remos:

—Al honrarte á ti honro á tu padre, y entretanto no eches en olvido que te debo cuatro mil noventa y seis monedas de oro ademas de las que te debia.

—No se me olvidará, replicó Mansu, principiando en seguida la última copla.

XIV.

LA FELICIDAD NO SÉ ENCUENTRA EN UNA VIDA DILATADA.

Cierto dia salió Abderrahman acompañado de varios caudillos y oficiales de su corte, y se dirigió á las afueras de la ciudad. De repente palideció el Kalifa, se doblaron sus rodillas, y cayó sin sentido en brazos de los que lo acompañaban. Cerca de aquel sitio se veia la cabaña de un pobre pescador llamado Adjaïd, el cual habia siempre anhelado verse junto al que llenaba el mundo con su gloriosa fama.

—Prepara tu lecho, buen hombre, para depositar en él al Kalifa que ha muerto, dijo un oficial entrando en la cabaña con el cuerpo inanimado de Abderrahman en sus brazos.

Apenas llegaron á la ciudad los portadores de esta fatal noticia, que circuló velozmente, corrieron á la cabaña del pobre Adjaïd, las gentes del palacio, de la poblacion y de las inmediaciones.

—¿Qué hacia el gran Kalifa en tanto que el Iman, solo y de pie junto al lecho, rogaba al cielo por el alma que acababa de abandonar la tierra?

Con los párpados cerrados como si una mano de plomo se los oprimiese, y sin poder hacer movimiento alguno, á causa de la violenta postracion que entorpeciera sus miembros de improviso, Abderrahman oia llorar y agitarse á su pueblo, interin decia con voz solemne el Iman.

—«Salud, noble y hermosa víctima de la muerte! Si basta practicar todas las virtudes para morar eternamente en el paraiso, tú te hallarás en él.»

Entonces se acercó una madre con su hijo diciendo:

—Salud á tí que eras el amparo de las viudas!

Un jóven se arrodilló y repuso:

—Salud á tí que eras el padre de los huérfanos!

Un anciano soldado llegó tambien añadiendo:

—Salud á tí, que respetabas el valor y la vejez!

De este modo fueron pasando todos por delante del lecho fúnebre, saludándolo con los epitetos de virtuoso y bienhechor. Pero de repente las lágrimas y los sollozos terminaron, para dar lugar á la esperanza. El cuerpo inanimado del Kalifa tomó algun movimiento; sus párpados se abrieron; sus mejillas recobraron el color de la rosa, y por último logró incorporarse suavemente.

—¡Ah! bien deciamos, esclamaron todos á una voz, tan pronto no debia morir.

—¿Y qué importa morir? esclamó Abderrahman juzgándose dichoso al verse tan querido de su pueblo. La muerte no debe sentirse cuando somos llorados.

Alhakem estaba tan conmovido, que no pudo pronunciar una palabra, y saltando en tierra con Abu-Hanifé, siguió en silencio el camino de Azahra.

Por lo que hace á Mansu, despues de haber amarrado su barca á la orilla, regresó á su casa calculando, que con los ocho mil ciento noventa y dos monedas que el Kalifa le debia por esta última copla, le habia valido su paseo por el rio, diez y seis mil trescientos ochenta y tres monedas de oro.

—Se ha invertido bien el dia, murmuró, veremos mañana si todo esto ha sido solamente un sueño.

La historia no dice si Alhakem recompensó al barquero como le habia prometido; sin embargo, es de creer que se portaria generosamente con el que le revelara tan importante secreto, por que despues de muchos siglos se descubrió en las ruinas de la ciudad de Azahra, el fronton de una puerta gigantesca de maravillosa escultura, y en el cual se leia esta inscripcion en caracteres arábigos medio borrados por el tiempo: «Palacio de los hijos de Mansu hijo de Adjaïd.»

T. POR J. T. Y RODRIGUEZ.

LÚNES 3 DE OCTUBRE.

EN UN ALBUM.

UNA LÁGRIMA.

Pagina será bien triste
donde mi pluma se estampe,
que el corazon que está herido
respira solo pesares.
Perdona que el Album tuyo
con una lágrima manche,
pues de llanto son mis ojos
manantial inagotable.
Escondida entre sus hojas
quizá tu atencion no llame;
que ostentarán bellas flores
donde tu vista se pare.
Asi se oculta la zarza
entre los lirios del valle,
y la adelfa se confunde
entre el espeso ramaje;
Que el llanto del sentimiento
del mundo debe ocultarse,
porque el dolor mas agudo
es el que ignorado yace.
¡Emblema de mi tristeza!
¡pura lágrima que caes
sobre mi pobre esperanza
que miro en flor marchitarse!
Si con tu riego precioso
pudiera hacer que brotase
de nuevo en el pecho mio,
¡yo te vertiera á raudales!
Mas ¡ay! en vano es que intente
calmar mis tristes afanes,
mientras del pecho no borre
el puro rostro de un ángel.
¡Una muger! De sus labios
los juramentos amantes
duraron, lo que las hojas
que al soplo de otoño caen.
Y del pobre corazon
las ilusiones fugaces,
veloces se disiparon
cual nubes que rompe el aire.
¡Ay! no caigan sobre ella
las lágrimas que derrame,
que una lágrima perdida
es una gota de sangre.
Ya el corazon por momentos
su fuerza siente agotarse,
porque el vivir sin amor
es tormento insoportable.
Y vale mas que esta vida
si es de lágrimas un valle,
de otra mejor, de la muerte,
pisar los negros umbrales.

—

Si del dolor arrastrado
de un muerto amor fiel imágen
en tu Album puse, escribiendo
melancólicos cantares:
Solo te pido, pues eres
tambien del sexo mudable,
que hasta acabar su lectura
no te burles de mis frases.
Porque un célebre doctor,
muy diestro de amor en males,
en menos de cinco dias
ha prometido curarme.
En vista de que soy jóven,
y son á mi edad fugaces
las calenturas de amor
con la quina no combate;
Con su método asegura

podré vivir saludable,
por lo que yo sus consejos
escucho mañana y tarde,
Y en vez de perder el tiempo
de amor con vano lenguaje,
me fumo un cigarro puro,
que, humo por humo, mas vale.

Cádiz.=Enero 1853.=R. DE MEDINA.

PRIMEROS MARISCALES DEL IMPERIO FRANCES.

1804.

El 19 de Mayo de 1804 por un decreto imperial se confirió la dignidad de Mariscales del Imperio á los generales Alejandro Berthier, Murat, Moncey, Jourdan, Massena, Augereau, Bernadotte, Soult, Brune, Lannes, Morthier, Ney, Davout, Bessières, Kellerman, Lefebvre, Perignon y Serrurier.

Para la mejor inteligencia de la historia vamos á dar algunos pormenores relativos al origen y servicios militares de estos diez y ocho mariscales.

Berthier fue hijo de un portero del Ministerio de la guerra. Su padre se indispuso con uno de los señores de la corte, y perdió su destino; pero la proteccion de *Mesdames*, procuró al jóven Berthier una educacion esmerada, y auxilios, á los que no se mostró ingrato. Aunque plebeyo fue admitido en el regimiento de Soissonnais, hizo la guerra en América, y en la época de la revolucion fue elegido comandante de la guardia nacional de Versalles. Despues se adhirió enteramente á Bonaparte quien le colmó de honores y de riquezas. General mediano en la accion, bueno en el consejo de Estado mayor, ofuscado por los favores de la fortuna, se señaló por su excesivo y loco orgullo, y favoreció el despotismo con todo su poder.

Murat, hijo del pueblo, soldado intrépido, se distinguió notablemente en los campos de batalla, debiendo solamente á si mismo los adelantos que hizo en su carrera. Su enlace con una hermana de Bonaparte le valió ser príncipe y Rey. Dotado de un valor caballeresco, y de sentimientos generosos, poco adecuado para doblegarse á las mil exigencias de la política, no supo ó no pudo conservar el trono á que fue elevado, y fue fusilado en 1815.

Moncey, salió tambien de las filas del pueblo, y dotado de talentos militares, se mostró republicano exaltado en 1793. Sin gloria estraordinaria, mereció por su patriotismo la estimacion nacional.

Jourdan, del mismo humilde origen que muchos de sus compañeros, se alistó como simple soldado. Siguió con ardor la causa de la revolucion, y alcanzó notable gloria en los campos de batalla; ganó la inmortal victoria de Fleurus. Fiel á los principios republicanos en tiempos del consulado y del imperio, fue poco favorecido de Napoleon. En todas ocasiones se mostró soldado valiente, buen general y excelente ciudadano.

Massena, nacido en el condado de Niza de una familia de plebeyos, entró muy jóven en el regimiento de cazadores reales italianos,

que despues tomó el nombre de cazadores reales de Provenza. Habiéndosele hecho una injusticia se separó del cuerpo, y se casó en Antibes con la hija de un propietario. Cuando la creacion de los regimientos voluntarios fue nombrado ayudante mayor del segundo batallon del Var; donde organizó muchos de estos batallones. Desde el principio de la guerra recibió en los campos de batalla los grados de ayudante general y de general de division. Buen francés, excelente patriota, y uno de los mejores ciudadanos que ha tenido la Francia, Massena se ilustró por su valor y hazañas, é inscribió su nombre puro en el libro de la inmortalidad.

Augereau, plebeyo, sirvió en clase de voluntario en los carabineros, y pasó al servicio de Napoles en 1787. Dos años despues, desterrado de este pais se entregó á la causa de la revolucion, sirviendo sucesivamente á todos los partidos, y siendo traidor á su patria. Intrépido en los campos de batalla, cruel con los enemigos, insolente con sus conciudadanos, sin talentos militares ni reputacion en su patria, ha pasado á la posteridad con la frente manchada.

Bernadotte, bearnés, y de una familia célebre en la carrera de la abogacia, entró á servir desde muy jóven, y permaneció fiel á la causa real hasta que Luis XVI juró la Constitucion en 1787. En 1789 siendo subteniente salvó á su coronel Merle-Dambert en la insurreccion de Marsella. Despues fue republicano sincero y buen ciudadano durante la revolucion, señalándose siempre por sus virtudes militares. Buen administrador y político, mereció que el Rey de Suecia Cárlos XIII lo adoptase para suceder en el trono, con general beneplácito de la nacion.

Soult, hijo de un labrador, sentó plaza de soldado, y sucesivamente fue ascendiendo hasta el grado de mariscal. Adquirió alguna reputacion en la guerra de España, de donde volvió á Francia con una fortuna inmensa y varios cuadros del inmortal Murillo. Fue un buen táctico, pero general bastante comun.

Brune, plebeyo, de egercicio impresor, abrazó con entusiasmo la causa de la revolucion. General hábil y virtuoso se hizo amar en Suecia y en Holanda. Murió en Aviñon asesinado por el puñal reaccionario, y los nuevos bárbaros arrojaron al Ródano los restos de este general mártir.

Lannes, hijo de un tintorero, empezó su carrera sirviendo como voluntario en el egército de los Pirineos hasta la terminacion de la paz con España. Siempre valiente, y de un caracter firme y enérgico, ha dejado una gloria pura y un nombre popular.

Morthier, salido tambien del pueblo, entró en 1791 en un batallon formado de voluntarios. Se distinguió en las primeras campañas de la revolucion; en 1799 era ya general de brigada, y se hizo notar por la invariabilidad de su caracter.

Ney, del mismo origen que el anterior, se distinguió por su intrepidez desde los primeros pasos que dió en la carrera militar. Pocos son los generales que le hayan igualado en valor, ni que mas hayan contribuido á la gloria de los egércitos franceses. En 1812 salvó los restos del formidable egército que fue á Rusia. General heroico, pero falto algunas veces de inspiracion, abrazó en 1814 la causa de los Borbones. Despues de la batalla de Waterloo, aunque estaba comprendido en la capitulacion fue juzgado, condenado y fusilado. Su muerte manchará la gloria de Wellington y de Alejandro, que no tuvieron bastante generosidad para salvar á este ilustre acusado que invocaba las convenciones hechas con el general inglés.

Davout, aunque perteneciente á la nobleza sirvió á la causa de la revolucion. Su valor en el campo de batalla le valió el favor de Napoleon. Reunió una fortuna inmensa, y fue un general mediano, déspota, duro y cruel segun las circunstancias.

Bessières, plebeyo, soldado intrépido y buen general, siguió con entusiasmo la causa de la libertad: despues se entregó al servicio de Napoleon.

Kellerman, plebeyo, salvó la Francia en Valmy. Mandaba el egército de Italia, cuando Bonaparte fue nombrado general en gefe del mismo. Siempre grande en la accion, alcanzó mucha gloria y la estimacion nacional.

Lefebvre, plebeyo, fue soldado en los guardias franceses. Distinguióse mucho en to-

das las primeras guerras de la revolucion, y se inmortalizó en el sitio de Dantzick.

Perignon ardiente republicano en 1793 obtuvo la mayor parte de su gloria en la primera guerra de España. Goza reputacion de buen general y buen ciudadano.

Serrurier, perteneciente á la nobleza, era oficial antes de la revolucion. En 1793 fue nombrado coronel del regimiento de Medoc, y mandando la division izquierda en las montañas de Nicey desplegó talentos admirables: muy poco despues ascendió á los grados de general de brigada y general de division. Adquirió la gloria de un buen general y de un buen ciudadano.

A. T. VIOLLE-MERCIER, *oficial de la Academia francesa.*

BREST.

Algunos autores han creido que Brest era el *Brivales portus* de los antiguos; otros, y esta opinion es la de Mr. Walckenaër, ven en él el *Gesocribates* de los romanos. De cualquier modo que sea, la historia no empieza á hacer mencion de Brest hasta 1240, época en que Hervi, conde de Leon, cedió esta ciudad á Juan I, duque de Bretaña.

En 1341 fue Juan de Montfort á sitiar á Brest, que tenia por gobernador á Garnier de Clisson. Este pereció víctima de su valor y de su adhesion, y el castillo se rindió, á Montfort. En 1372, Juan IV, duque de Bretaña, abandonó la ciudad y el castillo á los ingleses, con el cargo por parte de estos de defenderlo y conservarlo durante la guerra, y de devolvérselo al tiempo de la paz. Recobró la posesion de ella despues de la muerte de Eduardo III, Rey de Inglaterra. Pero habiendo estallado de nuevo la guerra entre Francia y Bretaña, confió de nuevo la defensa á una guarnicion inglesa, que entró en la plaza el 15 de Junio de 1378 y se negó á salir cuando se arregló la paz. Los franceses unidos á los bretones, la sitiaron vanamente en 1382 y en 1386; pero en 1397 Ricardo III consintió en devolverla al duque de Bretaña mediante un crecido rescate. En el siglo siguiente intentaron varias veces los ingleses volverla á tomar, y los franceses se apoderaron de ella conducidos por el vizconde de Rohan. Brest fue definitivamente unida á la Francia por el matrimonio de Luis XII y de Ana de Bretaña. En 1591 tuvo aun que defenderse contra los españoles, y en 1694 aun otra vez contra los ingleses, que para apoderarse de ella intentaron un último y vano esfuerzo.

Brest no tomó apenas incremento hasta 1670. En 1680, Vauban hizo edificar un recinto de fortificaciones, que se juzgó insuficiente en 1773. Edificose entonces un segundo recinto, y la ciudad adquirió bien pronto la poblacion é importancia que hoy tiene.

La rada de Brest se considera como una de

las mas hermosas del mundo, si no por la estension, á lo menos por la seguridad, y su puerto, el primero de los puertos militares franceses, puede contener mas de cincuenta buques. Formidables baterias le defienden por todas partes; por todo al rededor se alzan magníficas construcciones, reductos, puestos fortificados y almacenes. El castillo de Brest domina magestuosamente la cordeleria, el arsenal, y el almacen general. Por un lado los incomparables astilleros, una de cuyas gradas está cubierta con un lijero techado á lo Filiberto Delorme, bajo el cual se guarecen los navios de primer órden. Por otro, el baño, con sus tres pabellones, sus vastas salas, sus grandes patios, su hospital y su manufactu-

RADA DE BREST.

ra de telas. Encima hay una magnífica esplanada, inmenso paralelógramo cercado de murallas y de rejas, uno de cuyos principales lados está ocupado por un cuartel de hermoso aspecto. Es digno de notar asimismo en la ciudad el paseo de Ajot, desde donde se ve toda la rada, el observatorio de marina, hospitales, el teatro, la casa de ayuntamiento, la iglesia de San Luis, etc.

Brest, cuya poblacion es hoy de 48,300 habitantes, tiene una prefectura marítima, tribunales de primera instancia y de comercio, consulados estrangeros, una escuela de navegacion de primera clase, una escuela especial de ingenieros marítimos, un colegio secundario de medicina, de cirugia y de farmacia, y una biblioteca con 20,000 volúmenes. Es patria de Lamothe-Piquet, de Kersaint y de Orvilliers.

En Brest, como plaza militar la industria es poco activa y de poca importancia; se limita á la fabricacion de cordages y de som-

breros barnizados, y hay alguna que otra teneria. En cuanto al comercio, reducido casi á las provisiones para la marina, dista mucho de ser tan importante como pudiera ser. Se ha formado sin embargo, el proyecto de establecer un puerto comercial que se uniria al de guerra por un canal, aislando la ciudadela y haciendo de ella una isla. La ejecucion de este proyecto enriqueceria á la Francia, proporcionándola en el Océano un gran puerto, sumamente necesario, entre Nantes y el Havre.

E. M.

A LA LUNA.

Lámpara bella que al dia
Apagas tu resplandor,
Ven á ser la estrella mia,
Que la tiniebla sombría
Disipes con tu fulgor.

—

Ven, y sea tu brillar
Para el triste corazon,
Faro que lo ha de guiar,
Entre el agitado mar
De tanta y tanta pasion.

—

Ven, y tu luz esparciendo
Bálsamo consolador,
Pueda tu débil cantor,
Las cuerdas del laud hiriendo,
Darte siquiera una flor.

—

Que es grato romper el velo
Con que el pesar nos encubre,
Y al contemplarte en el cielo,
Mirar que en él se descubre
A lo menos un consuelo.

—

Cuán bella estás, luna mia,
Estendiendo tu luz pura
Al irse la luz del dia;
Oh! que tu rayo fulgura
Al corazon alegria.

Cuando cercada de estrellas
En el firmamento asomas,
Del triste entre las querellas
Te envian las flores bellas
Sus mas preciados aromas.

—

Y en los verdes olivares
A tu trémulo fulgor,
Divierte de sus pesares
Con melodiosos cantares
A su esposa el ruiseñor.

—

Tu rayo sirve de guia
Al valiente marinero
Y al ronco mar desafia
Mirándote, luna mia,
Argentar el mastelero.

—

La madre vierte su llanto
En el sepulcro sombrío
Que encierra su tierno encanto,
Y tu luz contempla en tanto
Que el labio dice: Hijo mio!

—

El triste vate suspira
A tus pálidos reflejos,
Y loco de amor delira,
Y entre recuerdos se inspira
Contemplándote á lo lejos.

Mientras en las silenciosas
Calles se encuentran hermosas
Que te tachan de importuna,
Porque alumbrastes, oh luna,
A sus citas misteriosas,

—

Gime el triste prisionero
En horrorosa prision;
Pero tu rayo hechicero
Le presta alguna ilusion
Que disipa el carcelero.

—

Pues en medio del beleño
Que tu lumbre dulce y pura
Esparce por la natura,
¿Quien no ha gozado un ensueño
De placer y de ventura?

—

Sí, que en las tranquilas horas
Que alumbras con tu fulgor,
Nuestro arcángel guardador
Dice: ¿Mortal, por qué lloras?
Si yo templo tu dolor...

—

¡Oh quien pudiera decir
Lo que cobija tu manto!
¡Quien pudiera repetir
Las horas de dulce encanto,
Horas que no han de venir!

Sueña el pecho una ilusion
Y ve á tu rayo ventura,
Mañana ya el corazon
Siente la dura opresion
Y en vez de dicha amargura.

—

¿Y qué hacer? lágrimas solo
El mundo ofrece al cuitado;
Pretende amor, es burlado,
Quiere la amistad, ve el dolo
Y llora lo que ha llorado.

—

Que un cuadro desgarrador
Es no mas la triste vida;
Ayer placeres y amor,
Hoy ver la dicha perdida,
Mañana solo dolor.

—

Mas ay! ¿cuantas veces, dí
Te he de contar mi querella?
Luna, si mucho sufrí,
Tambien mucho á tu luz bella
De dicha y placer sentí.

—

¡Ay! yo te quiero adorar
Aunque estoy de tí bien léjos;
El sol te ayuda á brillar,
Ayudame tú á cantar
Al brillo de tus reflejos.

ANTONIO AFAN DE RIBERA.

MUNDA-BÉTICA.

Disertacion sobre si la célebre batalla de MUNDA, ganada por JULIO CESAR contra GNEYO POMPEYO, se dió en los campos de la villa actual de Monda.

INTRODUCCION.

lustrar por toda clase de medios justificativos, de razones concluyentes y de argumentos oportunos, el nombre de una ciudad romana de nuestra península ibérica en el hecho de armas que envuelve por espacio de dos mil años, ha sido constantemente el objeto de nuestras investigaciones y de nuestro estudio mas profundo, en lucha con las opiniones de acreditados autores y de aventajados críticos, que aceptando el pro y el contra de tan antiguo debate se han venido sosteniendo desde fines del último siglo.

La carta que va á leerse en contestacion á otra epistola de un escritor muy distinguido en los anales de la literatura, y que ha prohijado el pensamiento de escribir la noble historia de la Milicia Española, es una disertacion que comprende el vasto plan de reasumir y esclarecer cuanto se ha dicho en este asunto. Al reunir todos los datos que han alcanzado nuestras fuerzas para un objeto tan estenso; al procurar rebatir las opiniones emitidas mas ó menos victoriosas de los que niegan todavia este problema geográfico, estábamos muy distantes de que nuestras investigaciones, de suyo sobrado débiles, mereciesen la luz pública, y que una carta privada, escrita con desaliño y bajo las impresiones de la amistad y confianza, se sometiese á la prensa. Pero amigos apreciables, mirando con indulgencia unas aseveraciones que esparcen algunas centellas en la noche de los tiempos, pretenden que nuestra carta podrá ocupar un lugar entre las varias opiniones que mantienen la contienda, y este aliciente de gloria es seductor en demasia para llevar al debate con escasez de suficiencia nuestro íntimo convencimiento.

Sin embargo, los que lean por aficion ó por estudio, hallarán en la Memoria que desenvuelve nuestro escrito, razones de grande peso en apoyo de la verdad que niega la controversia; hallarán un justo analisis de los Comentarios de César, y aplicaciones infinitas al solar que se debate; y tambien encontrarán mucha suma de inducciones, numerosísimos asertos, comparaciones oportunas, y reflexiones ajustadas á tan famosa polémica. Y si no ra-

dia la luz que está pidiendo la historia, no creemos que esta desdeñe nuestro modesto contingente. Nosotros que hemos pensado que hasta el nombre de la obscura villa de Monda no ha podido desfigurarse al traves de veinte siglos, tenemos por indubitable que la célebre batalla tuvo lugar en sus ruedos; y de este convencimiento, que admitimos en conciencia, y de este empeño en demostrar lo que juzgamos terminante, surgieron los corolarios que amenizan nuestra carta; teniendo la confianza de que ha de llegar el dia en que, algun nuevo descubrimiento de la Arqueologia ó Numismática logre decidir la contienda.

Y si asi no aconteciese, ó si la incuria ó la ignorancia no esplotasen los fragmentos que aquel suelo ha producido, perdiéndolos como hasta ahora para el ecsámen de la ciencia, al lamentar resignados esta obscuridad histórica, diremos con *Perez Bayer*, que es una especie de *Fenix* la topografia de *Munda*.

CARTA.

Sr. D. Serafin Estevanez Calderon.

Alhaurin el Grande 10 de Marzo de 1852.

Mi muy querido amigo. ¿Qué dirá V. de mi silencio despues de su favorecida del 14 de Enero, que leí con satisfaccion, que es lo que siempre me sucede con sus luminosos escritos? ¿Acaso que me he olvidado de meter mi *cuarto á espadas* en la empeñada controversia de la celebérrima *Munda Bética*, que parece renacida con ese robusto adalid, el *señor Guerra*, de cuya inteligencia y laboriosidad tenia ya muchas noticias?..... Pues mi silencio ha dimanado, con abstraccion de mis tareas, mis deberes cuotidianos, y la prosecucion de mi *Historia de Málaga*, que absorbe casi todo mi tiempo, de ese necesario solaz, y de ese completo aislamiento de que ha menester la mente para concordar ideas que se refieren á objetos sérios, y esplanarlas en conciencia. Y aun cuando en este rincon debieran sobrarme las horas, no es asi, mi buen amigo, á pesar de que parodie el retiro de Diocleciano en mi apreciable soledad, y que la compare igualmente con el *Túsculum* de *Horacio*. Por lo tanto, esta carta, comenzada en 14 de Marzo, dudo si podré firmarla en todo el año de 1852, porque interrumpida muchas veces por mis simultáneas, tareas, á las que tengo que dar vado, pasaré aunque con disgusto desde los hijos de *Pompeyo* á recibir al importuno que no da valor al tiempo; ¡triste condicion del hombre, que por sublime que aparezca en sus altas concepciones, ignora del porvenir y aun de su propio destino el minuto que va á sucederse!

Mas antes del retrospecto á que tengo que someterme para entrar en las borradas sendas que nos deben guiar á *Munda*, y volver á una cuestion que cada cual engalana, por no decir que prohija, con copiosa erudicion y con estremos de amor patrio, debo fijar mi partida, aseverando con fe, que si una vez nos apartamos de los geógrafos mayores para recibir la escasa luz que á bien tuvieron dejarnos, caminaremos á tientas en el antiguo debate, y no daremos á la historia, tan imparcial como severa, las ilustraciones que pide.

Respetando, como debo, las argumentaciones del *señor Guerra*, cuyo talento é instruccion vuelvo á decir que me merecen un relevante concepto, yo no puedo estar de acuerdo en sus concordancias y restituciones de *Hispalis* por *Aguilar*, *Carruca* por *Carbulo*, y *Castro Postumiana* por *Castra Prisciliana*, sin renunciar á las doctrinas de *Ptoloméo*, *Estrabon*, *Pomponio Mela*, el poeta *Ausonio*, y *Silio Itálico*, que bajo el primero de estos pueblos solo pueden referirse á la espléndida *Sevilla*, no obstante que le conceda las demas trasmutaciones de *Carcabuey* por la *Palma*, y *Castro del Rio* por *Castroviejo*. Pero ¿dónde están las pruebas que den valor á estos cambios tratándose de pequeñas poblaciones de que apenas hacen mencion los padres de la geografia antigua? Esta adopcion de *Montilla* que ha surgido en nuestra época de escepticismo y mala fe, sostenida por *Cortes* sin haber visto los parajes, y ahora defendida por el *señor Guerra*, sin duda por un honroso patriotismo ¿qué razon hubo en otros tiempos para que se escapara al entendido *Cean*, al eruditísimo *Flores*, al infatigable *Morales*, al ilustrado *Wesseling*, al casi contemporáneo *Rodrigo Caro*, al sapientísimo *Masdeu* á *Don Macario Fariñas*, al *Marqués de*

Valdeflores, al compilador *Medina Conde*, y al historiador *Martin de Roa*, sin otros muchos que omito, y cuyo último escritor, que fue natural de *Montilla*, y celoso como deberia serlo de los timbres de su cuna, muy lejos de concederle este elevado galardon, es uno de los que aseveran que la *Munda* que nos ocupa fue nuestra villa actual de *Monda?*

Reproduciendo cuanto dije á la Real Academia de la Historia cuando tuve la honra de ingresar en ella, yo podria sin entorpecimientos, y no apartándome de *Hircio Panza*, ir siguiendo paso á paso las etapas del comentarista hasta llevarlas á *Munda*, con mas exacta geografia que la que comunmente se presenta á este dilatado debate; porque examinándolo desde una altura panorámica, que es como debe estudiarse, y que es la del remontado vuelo del águila, y no en la limitada escala que circunscribe el pensamiento á la superficie material, robusteceria mis convicciones sin que traspasasen los lindes de los mismos Comentarios. Pero antes de hacerme cargo del controvertido Itinerario, que segun nos cuenta *Aulo Hircio* iba prosiguiendo César, para venir luego á caer sobre la planicie de *Munda*, fijemos la concordancia de los pueblos que aparecen en aquella memorable campaña, para en seguida establecer nuestra concienzuda crítica como fácil corolario que apoye nuestra creencia; pues no me parece permitido, imitando al *señor Guerra*, ajustar desde el bufete bajo el noble impulso de la gloria doméstica, la geografía incontrovertible, por no decir infalible, de las lumbreras de la ciencia. Con esta imparcialidad, que es la que puede hacernos ver el intrincado debate en que la cuestion se encuentra desde últimos del pasado siglo, yo espero que mi opinion, sin pretenciones de esclusiva, será la de tantos sabios, que anteriores á nuestros dias no han vacilado en creer, interpretando á los antiguos ó estudiándolos con calma, que en los campos de la villa de *Monda*, y en los límites de nuestra provincia, tuvo lugar un suceso en que quedaron resueltos los altos destinos del mundo.

Abramos pues los Comentarios, y sigamos á *Julio César* desde el comienzo de esta campaña, á la que sirve de introduccion la circunstancia de que *Sexto-Pompeyo* se hallaba de guarnicion en *Córdoba*, mientras que su hermano *Gneyo* se ocupaba en sitiar á *Ulia*, que es la villa de *Montemayor*, á cinco leguas de *Córdoba*, y á *una sola legua* al norte de *Montilla*, tocando con el límite meridional de esta; que es lo mismo que decir, que antes de iniciarse una campaña que deberia concluir en la llanura de *Munda*, y que aceptando la geografia física del señor *Cortes y Lopez* y del señor *Fernandez Guerra*, habia una plaza fuerte (la de *Ulia, Montemayor*) que distraia á los *pompeyanos á una mera legua de Munda, Montilla*. Entonces, si esta localidad ó planicie era de tanta preferencia para el deseo que agitaba á *César* en todo el curso de esta campaña ¿por qué no viene á esta llanura á darle felice cima, sin el retardo del asedio de *Attubi* (*Teba ó Teba la Vieja*), sin aquellos grandes círculos de *Soricaria ó Soricia*, de *Ventipo ó Ventisponte*, y de *Carrula ó Carruca?* ¿Por qué alargar una lid que tanto interés envolvia? ¿Por qué no mentar á *Munda* en el solar de *Montilla* tan accesoria de *Ulia?* ¿Por qué dividirse ambos *Pompeyos* sin poderse socorrer, cuando la planicie anhelada estaba tan cerca de *Córdoba*, y cuando á tan corta distancia podian llamarse reunidos?.....

Socorrida empero *Ulia* por los *cesarianos*, y estrechada *Córdoba* casi simultáneamente por los mismos, tuvo *Gneyo* que abandonar el sitio de *Ulia* y meterse en aquella plaza en socorro de su hermano *Sexto*. Pasado el Guadalquivir (*Betis*), y disputado el puente que echó *César* sobre este rio, transcurrieron muchos dias, en los que se ocupó tan gran capitan en atraer á su enemigo á una batalla *en campo raso*, porque se hallaba muy impaciente en poner término á aquella guerra. Nosotros que analizamos los accidentes topográficos, y que acabamos de estudiar que *Munda-Montilla*, á una legua de *Montemayor-Ulia*, iba á ser despues una plaza digna de que se le pusiese cerco, ¿deberemos estrañar cómo no la acometió *César*, atrayendo á su defensa y llamando á su planicie á los dos hermanos *Pompeyos*, cuando antes de pasar el rio destacó socorros á *Ulia?* Este silencio geográfico sobre que *Munda* fuera *Montilla*, este

silencio de *Hircio Panza* de no mencionar todavia á la plaza de *Munda*, hallándose tan cerca de *Julio César*, al mismo tiempo que enumera en aquel radio pueblos de menos importancia, es uno de los argumentos con que yo rebato este aserto. *Montilla* entonces no era nada cuando á una legua de *Montemayor* (*Ulia*) no ha podido mencionarse, cuando no tiene corografia en la crítica de la historia, y cuando sus mas ilustres hijos, tales como *Martin de Roa*, no han podido vanagloriarse de este timbre de su patria.

Retrocedamos á *Julio César* siguiendo la esposicion de *Hircio*. No pudiendo como intentaba atraer á los *pompeyanos* á una batalla en campo abierto, que era el objeto preferente que preocupaba su ánimo, por el íntimo convencimiento que tenia de las ventajas de sus armas; al mismo tiempo que *Gneyo Pompeyo*, mal seguro de las suyas, compuestas en su mayor número de desertores y fugitivos, debia esquivar un combate en que iba la muerte de la República sin probabilidades de éxito, prefiriendo en su estrategia las defensas naturales que le daba un pais quebrado, pasado que hubo *César* el *Guadalquivir*, vino á iniciar la campaña con un hecho memorable, cual fue el asedio de *Attequa*, que era una de las mas fuertes plazas (*firmissimum ejus præsidium*), que como dice el comentarista, hallaba su principal defensa en su situacion encumbrada. Acerca de esta ciudad, y de las demas poblaciones de nuestra España Ulterior, hallamos en el texto de *Hircio* cuanto basta á concordar de una manera terminante la topografia de *Teba*, *Attequa*, y la especial situacion de nuestros pueblos litorales. Posiciones elevadas, ciudadelas y castillos mas ó menos avanzados para impedir las irrupciones de los bárbaros del Africa, y terrenos fértiles y abundantes de aguas, era la comun fisonomia de las ciudades y villas españolas hace cerca de veinte siglos; y estas mismas poblaciones, observadas en nuestros dias, tienen idénticas faces con sus periodos históricos. Esas irrupciones bárbaras á que se refiere *Aulo Hircio*, fueron aquellas invasiones de las hordas *mauritanas* de los *normandos Magioges*, que dejando reducida á un yermo nuestra costa, asedieron á *Singilia*, hoy *Antequera la Vieja*, en tiempo de *Antonino* el *Filósofo*. Pero no fueron estas ciudades las que situaban tierra adentro en la paralela de *Montilla* y *Teba la Vieja* que distan mas de veinte leguas del Mediterráneo, y á donde nunca los bárbaros se estendieron en sus invasiones.

Situaba *Attequa*, segun el comentarista, á cinco millas de *Lucubi* ó *Attubi*, habiendo entre los dos pueblos una montaña, que fue á la que vino á acampar *Pompeyo* luego que supo que *César* habia abierto el sitio de *Attequa*. El rio *Salso* atravesaba la llanura con mayor procsimidad á *Attequa*, pues que solo distaba de ella unas dos millas. En idénticas situaciones vemos hoy á la villa de *Teba*, por cuya jurisdiccion meridional y en el lado del S. O. E. viene culebreando el rio *Guadateba* que nace en términos de *Cuevas del Becerro*, y recogiendo las vertientes de la sierra de *Cañete-la-Real*, *Cerrato*, y *Ortegicar*, lame la falda N. O. de la sierra de este último nombre, llega á las huertas de la *Cueva*, y las de su misma denominacion, tuerce luego á O. N. O y á E. S. E., pasa junto á *Peñarrubia*, y va á buscar al *Guadalhorce*, con el que confunde sus aguas antes de la caida de *Gaitan*, especie de salto ó catarata que le precede entrando en los campos de *Alora*. Este mismo rio *Guadateba*, llamado tambien de *Ortegicar*, recibe por afluentes de las vertientes ya citadas á los arroyos de *Carrizal* y *Caño*, á los de la *Zarza*, *Niña*, *Barranco*, *Cañamero*, y el de la *Aldea*, y finalmente al *Chumbo* ó *Salado*, que unido con el *Rihuelo eminentemente salobre*, altera el gusto de todo su raudal, impidiendo su aprovechamiento si no es en aquellos años que son muy cortos de aguas.

A dos tercios de legua escasos, y por la planicie de *Teba* en línea paralela al Sur, se desliza el *Guadateba*, dejando á su márgen derecha, y á una y media leguas de *Teba* las alturas de *Ortegicar*, que yo estoy conforme en concordar con las montañas en que acampó *Pompeyo* luego que pasó el *rio Salso*, para nosotros el *Guadateba*. Vamos á buscar el *Ucubi* ó *Lucubi*, y lo hallaremos en breve en la *mesa de Villaverde*, como á una legua de *Ardales* y á las *cinco millas justas* de *Teba*, formando con esta última y con la sier-

ra de *Ortegicar*, la exacta topografia que hemos apuntado antes. Y no se trate de oponérsenos que este sitio de *Villaverde* es alguna torre arruinada como el *Castillo de Espejo*, restaurado por *Pay Arias de Castro*. Al contrario, en aquellas ruinas, tan inmediatas á *Ardales*, se han practicado escavaciones hace mas de treinta años, con motivo de haberse observado los cimientos de una muralla de cerca de ocho pies de grueso, correspondiente á un cuadrado de unos treinta pies por cada frente. Alli se encontraron cuatro columnas, las dos de ellas de jaspe encarnado y blanco, y las otras salomónicas aunque de mármol azul. Tenian labradas en sus basamentos unas ojas de parra; las cornizas eran sencillas, y al parecer de órden Toscano, hallándose estas cuatro columnas donde debiera existir la puerta del edificio, asi como tres de sus bases é infinidad de fragmentos. En el centro de este cuadrado, y á mucha profundidad, se descubrieron igualmente dos habitaciones ó espacios, el uno de veinte y cuatro pies de largo y tres de ancho, y el otro de tres pies en cuadro; ambos con soleria de piedra y en muy buena conservacion. Una medalla de oro en honor de *Trajano*, y otra de cobre se hallaron entre estas ruinas, debiendo poseer la primera los herederos del aficionado á Numismática *D. José Mendoza*, médico que fue de *Málaga*. Tambien se encontraron allí dos pequeñas barras, una de oro y otra de bronce, pudiendo corresponder la de bronce á la conmemoracion del monumento que erigió á aquel Emperador el cuatorviro *Marco Acilio*, segun resulta de una lápida de *Singilia*; y la barreta de oro tambien pudo representar el cetro del mismo *César*. Mas está fuera de duda que todos los demas restos de que constan estas ruinas eran pertenecientes á un templo Tetrastilo, ó de cuatro columnas de órden Toscano, que era el que mas se usaba entonces para todo edificio sólido, no obstante de que las columnas salomónicas pudieron adicionarse en el siglo de *Constantino*.

Si ahora retornamos á *Teba*, vamos á encontrar en sus campos y en el centro de su área una mayor fisonomía romana que la que ofrecen los Comentarios. Situada sobre cuatro apéndices de una elevada montaña que se asienta en una considerable llanura, que podemos decir que principia desde las avenidas de *Ronda* del S. O. al N. O., siguiendo despues al S. E. por espacio de una legua hasta cerca de *Peñarrubia*, donde termina paralela al camino que guia de *Teba* á este pueblo, tiene á su frente meridional la esbelta sierra de *Ortegicar*, ceñida por el *Guadateba*, probable campo de *Pompeyo*, con el castillo de aquel nombre, una de sus avanzadas defensas; y circundando esta llanura las sierras de *Teba*, de *Torroz*, de *Peñarrubia*, de *Cañete* y *Ortegicar*. Accidentada esta planicie por algunas colinas, vense en toda su estension, y muy particularmente cerca de *Teba*, ruinas de varias poblaciones y edificios antiguos, tales como las de los *Castillejos*, que son las ruinas de un castillo que estaba situado al S. O.; los escombros y paredones de la fuente del *Pilarejo*, al Occidente, con acueducto subterráneo de obra antigua, á cuyo parage dan los moradores de Teba el nombre de *Teba la Vieja*; y las ruinas de las sierras de *Cañete*, donde aun existe un trozo de columna con una inscripcion muy gastada de la que conservo una copia.

Pero respecto á inscripciones encontradas en sus ruedos, voy á trasladar á V. la que se halló en una tabla de mármol en el cortijo *de la Niña* y que ocupó bastante tiempo su portada, la que decia que: »Quinto Fa»bio Safabulo, hijo de Lucio, mandó por su »testamento que se hiciese y pusiese á su »costa en la ciudad la imágen de la Victoria »Augusta, de valor de cuatro sextercios ó »diez libras de plata, y que ademas de este »don, Lucio Fabio Fabiano, hijo de Lucio Fa»biano de la tribu Galatina, su heredero, re»mitió el dicho legado ó manda con la vigé»sima parte que le correspondia con la dedica»cion de la misma."

VICTORIAM. AVG.
Q. FABIVS. L. SAFABVLVS.
TESTAM. FIERI. PONI.
QVE IVSSIT. EX. HIS. IIII.
HVIC. DOMO. L. FABIVS L. F.
GAL. FABIANVS. HERES. XX.
NON DEDVXIT. ET. D. D.

Hay otra inscripcion exarada sobre otra lápida de mármol, que está en un edificio anti-

guo próximo á la villa de *Teba*, que parece significar que: »Vibio Lucano Uro, hizo de»dicar alguna imágen al dios Júpiter Optimo »Máximo, la cual mandó por su testamento »que fuese de valor de seis sextercios, ó quin»ce libras de plata."

IOVI. OPTIMO. MAXIMO.
VIBIVS. LVCANO. VRO.
TESTAMENTO. PONI. IVSSIT.
EX. HII. VI.

Ademas de estas inscripciones, es necesario añadir para restituir á la *Teba* de hoy la *Attequa* del comentarista, que á fines del siglo pasado se encontraron al pie de su castillo un *ariete* ó máquina de batir, que fue remitido á *Sevilla* de órden de su Asistente el *señor Bruna*, y existe dentro de su Alcazar, como tambien un gran surtido de monedas romanas para su Galería Numismática, incluso un topacio antiguo de estraordinaria magnitud, que se habia hallado un pastor en el sitio de los *Castillejos*. Poco tiempo despues un cazador, huroneando en una madriguera de conejos, se encontró una porcion considerable de monedas romanas de muchas clases. En 1810 cuando fortificaron los franceses el castillo de *Teba*, se halló en él la efigie de un soldado romano de bronce, de ocho dedos de alto y muy bien conservado, vestido con el sago militar, sujeto con dos hebillas, y llevando en la orla decoraciones y trofeos en bajo relieve. Tenia en el brazo izquierdo un escudo, cuyo *umbo* ó parte culminante era de distinto metal. La loriga ó cota de malla eran dos láminas unidas con una cadenilla, y la *galea* ó capacete le cubria toda la cabeza, dejándole descubierta la cara.

En toda la jurisdiccion de *Teba* se hallan *con notable frecuencia* monedas romanas en abundancia, lápidas sepulcrales rotas, y no hace mucho que desenterró un labrador con la reja de su arado, un sepulcro en el sitio de la *Dehesa* al norte de la poblacion, el cual por su arquitectura aparentaba pertenecer á una persona de distincion. Tambien se ha hallado un grande aro de oro, brazalete de algun guerrero; y yo adquirí personalmente de *D. Miguel de Espinosa*, vecino muy entendido de aquella villa, un vaso ó ánfora romana, de tres pies y medio, acabado en punta, y con dos asas muy largas, que aunque es de barro cocido, la tengo en mucho aprecio desde que sé que esta elegantísima forma, en esta clase de vasos, era de la que usaban los romanos en los sacrificios de la diosa *Vesta*, para conservar el agua sagrada. Llamábanse *Vasa Tutilia*, por causa de que no teniendo asiento estaban espuestos á derramarse, y con el fin de evitar este sacrilegio y mal pronóstico, al fabricarlos en esta forma los llevaban alzados del suelo.

Hablemos del *castillo de Teba*, que he examinado y diseñado, para la revista arqueológica que intento dar en mi *Historia de Málaga*. Es una ciudadela romana, sin que hayan podido desfigurarla las restauraciones de los moros, pues que conserva una tan bella proporcion, y tan justa igualdad en sus sillares casi sin cementacion, en lo *circular de sus golas*, en el espesor de sus muros, y en la construccion de sus tapiales, ó *formaceas*. Las murallas de su torre de noventa pies de altura, que asientan en lo mas empinado del cerro del castillo, tienen nueve pies de espesor. Hay en su primer pavimento dos estancias embovedadas, con claraboyas en las absides para ofender al enemigo. Vese en uno de sus ángulos internos una duplicada comunicacion para bajar á dos subterráneos, y nótanse en el segundo piso, que la division de sus estancias está en opuesto sentido que el que tienen las habitaciones bajas, observándose muy bien en el revestimiento de sus lienzos esos costrones de argamasa de la fábrica primitiva. En su algibe hácia el E. hállase un polígono pentágono informe, pero de tan espesos muros, que por el lado del O. tenia practicado en su centro un camino cubierto ó galería de defensa, sembrado de las mismas claraboyas que observamos en el castillo. Concéntrica á esta fortaleza viene una muralla circular de muchos centenares de pies á media falda del cerro, de uniforme masoneria, interceptada con torres, golas y escarpaduras naturales hácia el S. y el S. O. En este estenso recinto, ó sea la primera línea de la inespugnable *Attequa*, se vé un carácter constante, sencillo y sólido en su construccion; distinguiéndose los sillares perfectamente pulimentados, y los morteros ó

mezclas de cal y arena tan usadas por los romanos, y mas duras que las piedras.

Tales son los rasgos antiguos de *Teba*, y sus ajustadas concordancias con la *Attequa* de los Comentarios; pero aun tengo que añadir, sin separarme del texto de *Hircio*, que *hasta esa altura ventajosamente situada que se hallaba á unos cuatro mil pasos del campamento de Pompeyo, nombrada el campo de Posthumio, en la que César habia erigido un fuerte con competente guarnicion separada del rio Salso, é incapaz de ser socorrida*, es una torre que se encuentra á una legua de *Ortegicar*, pasado el pueblo de *Cuevas del Becerro*, á la derecha del camino de *Teba* á *Ronda*, dominando una escarpada roca, cortada perpendicularmente por la naturaleza, de mas de cien varas de altura, y con el nombre morisco ó corrompido de la *Torre de Brijan*.

Ahora bien, amigo mio, despues de este gran relieve con que *Teba* se distingue para sostener la topografia que los Comentarios espresan; despues que en sus cercanias hallamos los accidentes que se refieren en su texto, no solamente en el rio *Salso* que identifica su nombre con el *salado Guadateba*, sino tambien en *Lucubí* y el *campamento de Posthumio*, que están á uniformes distancias de las castramentaciones romanas, ¿qué podremos oponer á estas verdades históricas? ¿Serán esas sutilezas de *que llegando á saber Pompeyo que en el curso del mismo dia, cuando se hallaba dentro de Córdoba habia César comenzado el sitio de Attequa*.. cual si fuese inverosimil para la actividad de un correo salvar las catorce leguas que médian entre *Teba* y *Córdoba*? ¿Serán las aseveraciones de los intérpretes históricos de nuestra moderna época, que pecan por acomodaticias? ¿Qué valen *Teba la Vieja*, ó las ruinas sin fisonomia que se encuentran sobre el cerro que constituye su base, distantes dos leguas de *Castro del Rio*, á donde plugó á *Mendoza*, para ser copiado despues por *Ambrosio de Morales*, *Flores* y *Masdeu*, colocar *la plaza fuerte (firmissimum ejus præsidium)* que hallamos en *Aulo Hircio*, cuando en la actual villa de *Teba*, ó en su inmediato villar de *Teba la Vieja*, concurren las circunstancias, y aun se conservan los accidentes de aquel pueblo memorable? ¿Qué significa su distancia á catorce leguas de *Córdoba*, para un ejército como el de *César*, que anduvo en veinte y siete dias segun *Apiano Alejandrino*, en veinte y cuatro segun *Suetonio*, y en diez y siete segun *Paulo Orosio*, las cuatrocientas veinte leguas que hay desde *Roma* hasta *Obulco*, hoy la villa de *Porcuna*; distancia que bajo del primer aserto sale á mas de quince y media leguas por dia, á diez y siete en el segundo, y á cerca de veinte y cinco en el último? ¿Iremos á poner límites ó á disputar el camino, por inadecuadas comparaciones, á un egército disciplinado y aguerrido que acaudillaba el mayor capitan que haya conocido el mundo, modelando su castramentacion única, por no decir superior, y el impulso de sus armas con la estratégica índole de nuestro siglo? ¿Se reducirá esta campaña á los pueblos *casi reunidos* de *Montemayor*, *Espejo*, los escombros de *Teba la Vieja*, *Castro del Rio*, *Aguilar* y *Montilla*, cuyas mayores distancias no esceden de siete leguas; distancias inverosímiles para que girasen sin estorbos, sin tropiezo y confusion las considerables fuerzas, los dos poderosos egércitos de *Julio Cesar* y *Gneyo Pompeyo*? Si esto fuera admisible delante de una imparcial crítica ¿por qué no se nombra ya por el comentarista *Aulo Hircio* á *Munda* cabe *Montilla*, que era congruente encontrar para venir al sitio de *Attequa* (*Teba la Vieja*), ó al dirigirse á *Ventisponte*, hoy *Puente de D. Gonzalo*? ¿En qué ha pensado el *señor Guerra*, para engastar á Sevilla en este tablero de damas, colocándola en *Aguilar* contra las doctrinas geográficas de los padres de la ciencia, contra los testimonios litológicos que la reducen á *Hispalis*? ¿En qué se funda este entendido literato para que á la *Reyna del Betis* se le arranque su manto de púrpura, sus indisputables anales escritos en mármoles y bronces, para que sirvan de adorno á la modesta *Aguilar*, que solo por una lápida, por el Itinerario de Antonino, y por algunas medallas que podria disputarle *Castro del Rio*, puede reducirse á *Ipagro*? ¿En qué se apoya el *señor Guerra*, cuya inteligencia respeto, para que el *Castra Posthumiana*, se cambie en *Cas-*

tra Prisciliana, refundiendo una topografia que no permite la historia, y que solamente el *motu propio* del *señor Cortés y Lopez*, ó su aficion á etimologias le concede en su Diccionario? Si todos los pueblos *Castros* que contamos en España, y que llegan á trescientos cincuenta y nueve en la compilacion de *Madoz*, hubieran de hacerse memorables por un campamento romano, los anales de *Galicia* contarian centenares de ellos. Yo en estas corografias ó remotas concordancias, pienso que toda poblacion importante que figura en nuestra historia, ha conservado vecindario en pueblo mas ó menos distante, porque es muy dificil estinguir la adhesion al suelo patrio en sociedades numerosas. Por esta convincente razon, y no ocurriendo las calamidades que dejan yermos los hogares, la antigua *Obulco* quedó en *Porcuna*, *Córduba* en *Córdoba*, *Ulia* en *Montemayor*, *Ipagro* en *Aguilar* ó *Cabra*, *Attequa* en *Teba*, *Ventisponte* ó *Ventipo* en *Puente de D. Gonzalo*, y *Arunda* en *Ronda*. Todos los demas parages que carecen de relacion en la Arqueologia y Numismática pueden surgir por inducciones, ó renacer á esfuerzos criticos mas ó menos ajustados, ó mas ó menos concienzudos. En este número contamos á *Soricia*, *Castra Posthumiana*, *Aspavia*, *Uttubi*, y *Carruca;* pero cortar como Alejandro estos enigmas geográficos para esplanar un pensamiento, ó para realzar á un pueblo que apenas es distinguible, es cuanto abuso puede hacerse de estas licencias geográficas.

Mas no por eso V. presuma que yo prive á *Castro del Rio*, de la lápida que en tiempo de *Ambrosio de Morales* existia en su pequeña iglesia de *Santa Sofia*, cuyo templo creyó el anticuario que citamos fue consagrado á *Vespasiano* por su misma inscripcion litográfica; pero si no le concedo que fuese *Castra Posthumiana* el campamento de *Posthumio*, como lo pretende el *señor Cortés y Lopez*, sin mas fuerza que la voz griega *Potamos*, etimologia aplicable á todos los pueblos con *rios*; ni pueda conceder al *señor Guerra*, la sustituya en *Castra Prisciliana*, ó *Castrum Priscum*, para alejarla algo mas en el *cortijo de las Vírgenes* hasta *Cañete de las Torres*, podré decir, sin embargo, que las ruinas que aqui se hallan pueden ser disputadas por entrambos pueblos, aunque en mi juicio no son terminantes como ilustraciones al sitio de *Attequa*. Tampoco negaré á *Espejo* la cláusula testamentaria de *Vibio Lucano* para gastar seis mil sextercios en levantar una estátua á *Júpiter Optimo*, como nos dice *Masdeu*, en la dedicacion de *Espejo* á *Julio César* con el nombre de *Claritas Julia*, de cuyo sustantivo *Claritas* sacó *Espejo* el *señor Lopez*. ¿Mas qué se prueba en todo esto? solo que *Espejo* fue romana, pero nunca que fuese la *Attubi* distante de *Attequa* cuatro millas, pues que el geógrafo mayor *Plinio* determina estuvo adscrita al convento jurídico de *Ecija*, cuyos límites septentrionales no traspasaban del *Singilis*, rio *Genil*. Por el contrario *Villaverde*, que es donde concordamos á *Attubi*, distante cuatro millas de *Teba*, no ofrece la menor duda era del convento *Astigitano;* y este resplandor geográfico es para mi limitado conocimiento un argumento incontestable, que luego estenderemos á *Munda* segun lo requiera el debate.

Debe *Aguilar* contentarse con su blason de ser *Ipagro*, segun que asi lo acreditan las inscripciones que copió el sabio *Fray Enrique Flores*, tomadas de *Muratori*, y de la medalla compilada por el Abate *Masdeu*, y no pretendiendo de *Sevilla* el alto timbre de *Hispalis*. Tampoco el *Puente de D. Gonzalo* dejará de ser *Ventipo*, porque asi lo corrobora la medalla que transmitió el Dean *Martí* encontrada en *Casaliche*, y esplicada tambien por *Masdeu;* y aunque yo no tengo duda que *Carbula* fue *Palma del Rio*, no estoy de acuerdo con el *señor Fernandez Guerra*, en que la sustituya por *Carruca*. El infatigable *Padre Flores* nos da en *Cabula* su verdadero nombre por el testimonio de sus medallas, tan instructivo como irrecusable; y al fijarla en aquel sitio ó en la variante de *Guadalcazar*, como estimó *D. Bartolomé Sanchez Feria* en su *Palestra Sagrada*, siempre hallaremos en estos dos pueblos la coincidencia de *Plinio*, que la situa al lado izquierdo del *Betis:* (*eodem Bætis latere*); pero trasladar á *Carruca*, la *Carrucam* del comentarista, que fue quemada por *Julio César*, despues de la sumision de *Ventisponte*, por ha-

berle cerrado aquella las puertas, á la *Palma*, cuya topografia se determina por la autoridad de *Plinio*, es proceder con crítica poco detenida en esta clase de investigaciones.

Por otra parte, si dejamos á *Pompeyo* despues de tomada *Attequa* (*Teba*), hasta las inmediaciones de *Osuna* (*Urso Ursaona*), y luego pasa por *Soricia* y *Soricaria*, ya sea cerca de *Espejo*, segun *Cortés y Lopez*, ó en la *Torre del Puerto*, despoblado entre *Montilla*, *Espejo* y *Cabra*, segun *Cean Bermudez*, para ir en el mismo dia, mas claro, en la misma marcha, á apostarse en un bosque de olivares que se hallaba cerca de *Sevilla*, resulta aun mas improbable que la *Palma* sea *Carruca*, pues en ambos casos los romanos, dejando el *Genil* á la izquierda, tendrian que andar un camino que no baja de ocho leguas hasta el *Cortijo de Jorquera*, y de aqui al bosque de olivares de *Sevilla* de catorce, cuyo total de veinte y dos leguas no parece probable tampoco se anduviesen de una sola jornada, sobre todo por dos numerosos egércitos que se acechaban reciprocamente, con todo el material de sitio. En mi opinion fue *Soricia* el pueblo de *Dos Hermanas*, á dos leguas de *Sevilla*, y hasta en su etimologia concurren las raices latinas del nombre de *Sorores*, que situaba en la *Lusitania*, y hoy corresponde á *Montanchez* en la *Extremadura*. Si V. abraza mi opinion verá que desde el sitio de *Attequa* (*Teba*) median de seis á siete leguas hasta *Osuna*, que de *Osuna* á *Dos Hermanas*, hay unas ocho ó nueve leguas, y que despues de rendida *Ventisponte*, no estándolo todavia *Osuna*, pasaron los *cesarianos* á las cercanias de *Moron*, que era el parage donde *Wesseling*, y *Mendoza* colocaron á la antigua *Carruca*. Una ojeada por el mapa justifica plenamente esta ajustada concordancia y plausible topografia, porque los *pompeyanos* establecidos en los olivares del sur de *Sevilla*, habiendo quemado á *Carruca* (*Moron*), porque les cerró las puertas, se encuentran mas en contacto con las legiones de *César* que no podia desatender la circunvalacion ó sumision de la plaza de *Osuna*. Y si á todo lo dicho aun se añade, que es mas congruente refundir á *Carruca* con *Caralula* que adscribe el *Itinerario de Antonino* á la puebla de *Moron*, y que tambien pudiera ser la *Cardula* ó *Calula* de *Ptoloméo*, que identificó *Cean* en aquel sitio, y que se cree comunmente sea la puebla de *Cazalla*, es importuno remontarla á *Palma del Rio*, que dista de *Osuna* diez leguas, cuando en el otro concepto está de cuatro á seis leguas. Si á estas consideraciones unimos el texto de *Hircio*, que tan claramente revela, que despues de rendida *Attequa* (*Teba*), era cuestion importante para el plan de campaña de *Julio César* forzar la plaza de *Osuna*, nos será mucho mas fácil venir al sitio de *Munda* (*Monda*) desde los ruedos de *Moron* que desde *Palma del Rio*.

Mas dejando en este punto la crítica que desempeño para que una cuestion tan grave quede resuelta por mí si cabe hasta lo infinito, y prescindiendo de *Aspavia* que puede ser cualquier castillo en las cercanias de *Attubi* ó *Villaverde*, sin ir á buscarlo á las *Duernas*, donde lo lleva el *señor Lopez*, fuerza será volver á *Teba* para acumular sobre ella algunas pruebas auténticas de que pocos se hacen cargo no obstante que la indentifican.

Dice *Manuel de Sousa y Frias* en su *Epitome de las Historias Portuguesas*, en la parte del capítulo XI «que *Teba* existia desde el año 41 al 43 del nacimiento de *Jesu-Cristo*.» Añade *Rodrigo Caro* en su libro III de *Antigüedades Históricas*, capitulo LXV, «que »*Ateba* hoy *Teba*, (*) era ciudad antiquísima »de la *Bética*, construida por los griegos se»gun que de su nombre se deduce y se »prueba. Asi lo refieren é ilustran los monu»mentos que en ella se encuentran. Pertene»cia al convento jurídico Astigitano.» *Francisco Bermudez de Pedraza* en su *Tratado* de *Historia Eclesiástica de Granada*, segunda parte, capítulo XI, XII y XIII, dice: «Ofen»dido *César* llevó sus armas á una ciudad »fortísima (*Teba*), á donde *Pompeyo* tenia mu»chos bastimentos y tormentos militares con »presidio de gente lusitana. Acudió *Pompeyo* á »los sitiados, mas viendo crecer el socorro á »los sitiadores retiróse á *Córdoba*, y tan he-

(*) Este nombre de *Ateba* es como si digéramos *Attequa*.

»rido en la opinion de los *cesarianos* que *Indo*, «un rey que los seguia con mucha gente, fue »tras él.» Segun las historias del reino de Castilla, *Teba* existia el año 300 de *Jesu-Cristo*, época en que se celebró el Concilio Iliberitano, el primero de nuestra Nacion, al que asistieron diez y nueve obispos, entre ellos cinco metropolitanos, y treinta presbíteros, como asi lo dice *Pedraza*, quien enumerando á estos últimos, coloca en sexto lugar á *Felicisimo*, natural de *Teba*, el que asistió como procurador del obispo de *Elepla*, por ser *Teba* de este obispado, cuya cabeza estaba no lejos de esta villa donde se hallaban ruinas de una gran ciudad, y una imagen que tambien lo es de mucha devocion llamada *Ntra. Sra. de Villaverde*. Finalmente *D. José Hidalgo Morales* en su *Iliberia ó Granada*, impresa en 1842 dice: «Este concilio se celebró en »Granada en la casa del *Tesoro* junto á la »fábrica de Lona en tiempo de *Diocleciano*, »y *Maximiano*, que publicaron los edictos de »la décima persecucion de la Iglesia. Fue el »primero cuyos cánones se escribieron despues »que el de los Apóstoles. El primero de los »obispos que á él asistieron fue *Restituto*, na»tural de *Osuna*, hermano de los niños már»tires *Justo* y *Pastor*. El segundo *Mauro*; el ter»cero *Lamponiano*, de *Marchena*; el cuarto *Bar»bato*; el quinto *Felicisimo*, de *Ateba ó Teba*, cerca »de *Osuna*, este asistió como procurador del obis»po de *Elepla*.» Este *Elepla* no puede confundirse con la *Hilipula ó Ilipla* antigua de que hace *Plinio* conmemoracion, y pudo ser alguna de las ciudades comarcanas á *Teba*, no obstante de que algunos en el pais la tienen por *Villaverde*, pero como tambien hay otros que llaman á este punto *Julia Caba*, no puede haber fundamento para ninguna de estas dos referencias, á menos que andando el tiempo no se refundiesen ambos nombres.

Aun cuando en la geografia de *Plinio* no se determina á *Attequa* como perteneciente al convento jurídico *Astigitano*, deberemos adscribirla á él, toda vez que este geógrafo y minucioso naturalista no la llama á ninguna de las otras tres chancillerias de la *Bética*, especialmente á la de *Córdoba*, que es á donde corresponden las ruinas de *Teba la Vieja*. Pero en el hecho de asignarla á *los pueblos* de mas nombradia que habia desde la *Osigitania* (parte del actual reino de *Jaen*) hasta las costas del Oceano y Mediterráneo, y entre *Singilia* y *Arialdanum*, que son *Antequera la Vieja* y el *Arahal*, no me queda duda alguna fue la villa actual de *Teba* la corografia de *Attequa*. Si el *Sr. D. Miguel Cortés y Lopez* hubiera mostrado menos empeño en suponer que *Montilla* fuese el solar de la antigua *Munda*, hubiera al hablar de *Attequa* chocádole una situacion que tan claro nos ofrece *Plinio*, sin pasar á colocarla al insignificante *Teba la Vieja* en las cercanías de *Córdoba*, pero aun lo que parece mas raro en este distinguido anticuario es, que se desentienda de *Plinio* cuando redacta este artículo en su *Diccionario Geográfico*. No obstante de citar á *Estrabon* para decirnos que estaba *Munda*, *Urso* y *Attequa*, entre los pueblos en que fueron vencidos los hijos de *Pompeyo*, con la adicion de que *Munda* era *como su metrópoli*; no obstante de que tambien cita á *Dion Casio*, para demostrar igualmente que *Teba* era *Attequa-polis*, calificándola de *munitisima*, es decir *plaza muy fuerte*, no se detiene á meditar que siendo *Munda* metrópoli de *Teba* y *Osuna*, suponiéndola tan inmediata á *Córdoba* como aparece estar *Montilla*, no es muy fácil concordar tuviese tal supremacía, especialmente sobre *Osuna* que dista de *Montilla* diez leguas, pudiendo mucho menos esta villa, adscrita por su topografia al convento *Cordubense*, ejercer jurisdiccion sobre *Osuna*, que lo estaba á la Chancilleria de *Ecija*. Mas aceptable seria, para una crítica razonable é imparcial, admitir que la plaza de *Munda era como capital* de las fortificadas ciudades de *Osuna* y *Teba*, comprendidas como estaban en el convento *Astigitano*, algo distantes empero de la ciudad de *Astigis* (*Ecija*), para que no fuese incongruente ó inadecuado que la creacion de una metrópoli, que quiere decir *capital*, se verificase á cuatro pasos de *Córdoba*. La situacion actual de *Monda*, que dista diez leguas de *Osuna* y siete de *Teba*, es mucho mas competente para ser *como metrópoli*, segun asevera *Estrabon*, añadiendo que distaba 1400 estadios de la plaza de *Carteya*, hoy *Torre de Cartagena* en la bahia de *Algeciras*.

Acerca de esta distancia que no parece convenir á la posicion de *Monda* con relacion á aquella plaza, debemos manifestar, que si *Estrabon* la graduaba conforme á las vias romanas que se marcan en el *Itinerario de Antonino*, será preciso medirlas contando en primer lugar las diez leguas de camino que habia desde *Monda* á *Málaga* por la via romana que ha determinado una inscripcion; y contando en segundo lugar las veinte y ocho leguas que hay desde *Málaga* á *Tarifa*; y esto en el caso de que los copiantes de *Estrabon* no se hubiesen equivocado en el traslado de los números, como asi se echa de ver en la comparacion de las distancias de 1360 estadios que fija desde *Córdoba* á *Carteya*, que debia ser en su correspondencia de 44 y $^1/_4$ leguas (1480 estadios), y por consiguiente de *Montilla* á *Carteya* 1272. Este argumento aducido como título de victoria por el *Sr. D. Miguel Cortés y Lopez* para concordar á *Montilla* con *Munda Bética*, se vé que no es tan robusto como aparece á primera vista, y permite refutarse toda vez que se comprenda que la Geografia de *Estrabon* contraida á nuestra Península se calcó por los escritos de *Aselepiades*, *Posidonio*, *Polibio*, *Julio César*, y *Agripa*, que es decir, que trasladó las doctrinas manuscritas de estos autores, sin que aquel ilustre historiador hubiera estado en *España*. Pero esta compilacion tan amena, escrita en el idioma griego, ha tenido tantos errores en sus versiones, y copiantes, especialmente en los puntos geográficos, que con frecuencia contradice las fuentes de donde emana, y las aseveraciones de *Tito-Livio*, *Veleyo-Paterculo*, *Plinio*, *Floro*, *Plutarco*, *Apiano*, *Eutropio*, y *Orosio*. Asi pues, si las distancias se tomaron de *Posidonio*, que abarcó mensurar toda la tierra antes del siglo de *Ptoloméo*, nada tendria de imposible equivocase los estadios que habia desde *Munda* á *Carteya*, dejando sus manuscritos sujetos á tantas manos y á tantas copias y versiones.

Volviendo al sitio de *Attequa* que mi completa conviccion ha fijado en la villa de *Teba*, todavia puedo añadir á las razones espuestas, que el fuerte que construyó *Pompeyo* al otro lado del *Salso* mientras que duró aquel asedio, pudiéramos convertirlo en el castillo actual de *Ortegicar* por su proximidad al rio *Guadateba*, y por la especial circunstancia de hallarse al pie del campamento. Para aquellos que sostienen la topografía de *Teba la Vieja*, á corta distancia de *Córdoba* por razon de decir *Aulo Hircio*, que la caballeria de *César* persiguió por largo trecho á los que traian bastimentos de aquella ciudad, pudiéramos oponerles que este no es gran corolario en el debate que se sigue, sobre todo si se medita que en aquella civil contienda no tenian los *pompeyanos* otra ciudad mas importante que les sirviese de almacen, y que este trasporte de víveres por espacio de catorce leguas es desvalido argumento contra la eficacia de otras pruebas. Hay otro mas poderoso en el consejo que dió *Pompeyo* á los defensores de *Teba*, de que *durante la noche y abandonando esta plaza*, *tomasen el camino del mar* (*noctu ex adversariorum conspectu se deduxerunt ad mare versum*), y es, porque el camino del mar es aquel que se concibe á ocho ó diez leguas de la costa, sin punto alguno de apoyo, cual lo podemos comprender desde *Teba* á *Fuengirola*; pero no es el camino del mar, *versum mare*, aquel que puede ocurrirse cuarenta leguas tierra adentro, ora sea *Teba la Vieja*, ora sea dentro de *Córdoba*, pues en esta posicion habria indicado *Pompeyo* tomar el camino de *Hispalis* (*Sevilla*); tomar la ruta de *Ursaona* (*Osuna*), ó la via de *Ventisponte* (*Puente de D. Gonzalo*). Por otra parte esa misma ciudad de *Osuna* que tantas veces se nombra en el sitio de *Teba*, ¿no está enseñando al mas incrédulo, que era por su posicion peculiar el eje de la estensa rueda en que giraban ambos egércitos? ¿Qué significaba *Montilla* al lado de la opulenta *Córdoba*, para que fuese esta el eje con preferencia á á aquella plaza donde estaba *Sexto Pompeyo*, y para colocar al estremo de su radio, de cinco leguas nada menos, á la gran metrópoli ó á la cuarta division de la estensísima *Bética*? Preciso es no meditar y proceder de ligero para ahogar tantas legiones, como ciento sesenta mil hombres en este mezquino círculo!!

Rendida *Teba* por *Julio César* el 17 de Febrero del año del Mundo 3958 y el 708

de la República Romana, y recibiendo por vez primera en aquella plaza el dictado de *Emperador*, fue á buscar á su contrario ya delante de los muros de *Attubi*, (*Mesas de Villaverde*) ya cerca de *Soricaria*, en los alrededores de *Cabra*, ya en el castillo de las *Duernas* (suponiendo que fuese *Aspavia*), ya cerca de *Dos Hermanas* (*Soricaria*), ya en los bosques de olivares de *Sevilla*, ya en la toma del *Puente de D. Gonzalo* (*Ventisponte*), y ya hácia el pueblo de *Carruca*, hoy la villa de *Moron*, pero en este gran semicírculo donde pudieron maniobrar tan numerosas legiones, todavia el nombre de *Munda* no suena en el comentarista, siendo asi que debiera oirse, *como metrópoli importante* segun que *Estrabon* manifiesta, y siendo el centro estratégico de los que la llevan á *Montilla*. Atomo para la historia, pasa desapercibida durante el sitio de *Ulia* (*Montemayor*), con cuyas tierras colinda, y aun se *calla* su existencia en el largo asedio de *Attequa*. ¡Qué! en este sitio memorable de una plaza que debió estar, segun los controvertistas, á tres ó cuatro leguas de *Montilla*, ¿no hubo un dia, no hubo una hora, no hubo un tránsfuga siquiera, que repitiese su nombre delante de tan aguerridas huestes, que tropezase con *Attubi*, ni con el campo *de Posthumio?* ¿Es posible que la *cuasi metrópoli*, que como afirma *Estrabon*, aparecia figurando tres siglos despues de estar rendida, no merece ser mencionada del fiel espositor *Aulo Hircio*, cuando se ocupa de otros pueblos de tan escasa importancia? Vea V. aqui, amigo mio, la prueba mas elocuente de que *Montilla* no fue *Munda*.

Habiendo dejado á los *cesarianos*, acampados delante de *Carruca* ó *Carula*, que en la ajustada crítica de *Pedro Wesseling*, como anotador del *Itinerario de Antonino*, se ha concordado en la puebla de *Moron* y no en *Palma del Rio* diez y seis leguas mas al nordeste, vemos á los *pompeyanos* caminar desalentados hácia la plaza de *Munda* (*Monda*), su último punto de apoyo antes de tomar sus naves surtas entonces en *Carteya*. Aqui se trasluce ya que el pensamiento dominante de *Gneyo Pompeyo* era buscar en su escuadra el último de sus asilos, si tan contraria la fortuna se obstinaba en perseguirle. Su desmoralizado egército no habia podido contener la marcha triunfal de *César*, ora en el socorro de *Ulia*, ora en la conquista de *Attequa*, ya en la pérdida de *Ventisponte*, ó ya en fin, en los demas encuentros en que mezcló sus legiones. Y en cuita tan inminente, concertada que fue por él, pues asi es fuerza inferirlo, la topografia especial de *Munda* (*Monda*), á ella debia dirigirse, para probar en un combate que el triunfo de aquella intestina lid, era el dominio del mundo. Dado caso de ser *vencido*, como en efecto lo fue, contaba con el apoyo de la escabrosa *serrania de Ronda*, para que su retirada se defendiese paso á paso y sin apariencias de fuga por las tres ó cuatro legiones de su especial confianza, en tanto que las demas fuerzas colectadas en el pais se volverian despavoridas en busca de sus hogares, ó á incorporarse las adictas con la guarnicion de *Córdoba*. ¿Cómo desde *Palma del Rio*, donde quiere suponerle el ingenioso controvertista, podia abarcar estos planes, distando como distaba de *Córdoba* cuarenta y cuatro leguas? ¿Cómo dando la batalla en *Montilla* no le reforzó su hermano á cinco leguas de distancia, ni despues de perdida la accion se amparó de la plaza de *Córdoba?* La razon es sencilla y obvia, porque su mente era la escuadra; porque *Montilla* nada era, ni aun plaza de tercer órden, para disputar á *Córdoba* su importancia y supremacia; y porque ni aun dentro de los muros de *Munda*, podia atajar el anatema que habia dictado la Providencia, sobre todo en una guerra civil en que la cabeza de alguno de tan encarnizados rivales debia coronar el triunfo.

Asi, pues, dejando á *Moron*, vino á la *campaña* de *Munda* (*campo Mundense*) que distaba unas 14 leguas, siguiéndole *Julio César*, *no en una sola marcha* como pretende el *Sr. Cortés y Lopez*, que no era imposible hacerse atendiendo las estensas jornadas de las milicias romanas, sino continuando su camino hasta llegar á la llanura de *Munda*, y campar frente de Pompeyo. (*Hinc itinere facto in campum Mundensem cum esset ventum castra contra Pompeium posuit*).

Este relato de *Aulo Hircio* se trasladó en

esta forma por el espresado *Sr. Lopez: Itinere facto eum in campum Mundensem, ventum esset castra contra Pompeium posuit;* y esta notable diferencia del texto latino la queremos atribuir á cierto descuido en su original inteligencia; pero no estamos conformes en que la voz *Itinere* signifique en la narracion del comentarista únicamente *un dia de marcha*, y sí esa série de jornadas que se llaman en idioma latino *Itinero, itineras, itinerare, itineratum* (hacer camino) y en nuestra lengua española, *Itinerario, adjetivo perteneciente ó relativo á caminos, singular masculino. La descripcion, ó direccion de algun camino, espresando los lugares, posadas &c. por donde se ha de transitar; y en ocasiones las paradas ó descansos que se han de hacer, segun costumbres de aposentadores y de viageros.= Militar: cada uno de los soldados que van y se adelantan con el cargo de preparar alojamiento para la tropa en marcha: Singular masculino antiguo*: Maritimo: Vease *Derrotero* en la primera *acepcion.*»

Aun cuando aparezca nimiedad, asi nos esplica *Dominguez* en el Diccionario de la lengua la palabra *Itinerario*; y nosotros la copiamos porque la vemos trastornada por el *Sr. Cortés y Lopez*, para llevar á *Montilla* el punto geográfico que nos ocupa. Pretende que el comentarista usó del lenguage militar, en el que en su sentir, *itinere* quiere decir *una jornada*, y aqui tambien le contestamos que en el Diccionario manual Latino-Español de D. Estevan Gimenez, *Iter, itineris,* quiere decir *camino, jornada, comienzo y principio de algo* &c.; y en el Diccionario tan recomendado del *Nuevo Balbuena, Iter, itineris*, es decir el *camino, paso, viage, jornada* &c... ¿Qué prueban estas sutilezas...? Que cuando las razones faltan no es concienzuda la crítica y que es preciso recurrir á ellas.

Ya estamos frente de *Munda*, de la famosa ciudad que hemos venido buscando con ánimo desapasionado y con un justo raciocinio. Si á imitacion del *señor Perez Bayer*, hubiéramos ido á verla por tan opuestos caminos, es claro que la humilde villa hubiera sido á nuestros ojos «una poblacion moderna »que á duras penas suministra algunos anales »á la rebelion de los moriscos.» Si en los rigores del estío hubiéramos salido de Málaga en demanda de una ciudad que por un alto hecho de armas hace mas de dos mil años llamó la atencion del mundo, idéntica nuestra narracion á la del docto anticuario, repetiriamos cuanto dijo. Diriamos «que al otro dia »(el 5 de Agosto de 1782), muy temprano sa»limos de *Coin* para *Monda*, que dista una »gran legua. El nombre de este pueblo ha »podido dar ocasion á muchos engaños. Cree»se comunmente la *Munda* donde *Julio César* »venció á los hijos de *Pompeyo*, por quien »*Luciano* dijo:

»ULTIMA FUNESTA CONCURRANT PRÆLIA MUNDA.»

»Pero yo no puedo acomodar á este pue»blo de que tratamos, las nociones que á la «antigua *Munda* se atribuyen, ni concordar las »distancias que se señalan respecto de otros pue»blos y ciudades. No hago mérito de que en la »*Monda* de que hablamos no ecsiste, ni se sabe »haya jámas habido monumento alguno de anti»güedad, ni inscripcion, ni columna, ni piedra »labrada romana, lo que contestan cuantos eru»ditos yo he conocido y tratado, y confiesan »hasta los naturales de dicho pueblo. Solo hay »en él, en un cerro bastante elevado, á la par»te del occidente, ruinas de un castillo media»no, obra conocidamente morisca, donde me »aseguran que ni monedas romanas se han »encontrado, ni se encuentran en todo aquel »territorio. *Hircio* (de Bell. Hisp. Cap. 37), di»ce: *Julio Cesar: hoc itinere facto in cam»pum Mundensem, quum ventum castra contra »Pompeium constituit.* Pudo este autor enten»der el *campo* por los *reales* no por la cam»piña de *Munda;* pero *Monda* de quien tra»tamos, ni por la parte de *Coin*, que es por »donde yo me acerqué á este pueblo, tiene »sino un angosto valle que forman los montes »inmediatos, dejando muy poco espacio llano, »y por la opuesta, donde se sale para *Ogen*, »y *Marbella*, tiene unos montes muy ásperos »y de malísimo terreno que continúa asi cerca »de treinta y una leguas."

Tal es la fiel descripcion del primer impugnador de la recibida creencia de la topografia de *Munda*, y las dudas de este sabio fundaron como el debate que ha venido sosteniéndose hace mas de sesenta años. A la verdad, su autoridad, su alta mision académi-

ca y el renombre de su ciencia, no dejaron de hacer mella sobre las doctrinas antiguas; pero el mismo raciocinio, debiendo ser moderado y circunspecto cuando menos, como lo acreditó aquel anticuario, dudando como fijar este punto topográfico, se lanzó al escepticismo, á fútiles argumentaciones, y aun á licencias arqueológicas indignas de consentirse. Si el *señor Perez Bayer*, hubiera llegado á *Monda* siguiendo línea tras línea la relacion de *Hircio Panza*, analizando sus etapas sin el cansancio y el hastio, que es como persigue el genio del hombre la averiguacion de estos sitios; si en vez de salir de *Málaga*, hubiera pensado que *César* se acercó á *Munda* por otro camino, y que este tuvo que ser, por probables congruencias, el que guia de *Moron* á *Ardales* por el lado izquierdo de *Ronda*, bajando al *campo Mundense* por el arroyo de las *Cañas*, hubiera encontrado entonces toda la topografia que leemos en el comentarista. Esa planicie que no se halla dentro de la comun via que hay desde *Coin* á *Monda*, se puede venir buscando por las alturas del *cortijo de Villalon, cerrado de Casa Palma, rellenos de Gibalgaya*, para venir luego á entrar en la *Vega de la Jara*, al norte de su poblacion, y á unas tres millas de *Monda*. En este terreno abierto por dos leguas de estension, fue por donde apareció *Julio César*, encontrando en dicha vega, que hoy se estiendo al sur de *Alozaína*, y al lado norte de *Monda*, la *planicie de cinco millas* (millia passum quinque), que se detalla en el texto. Habria entonces cotejado que entre los dos campamentos se hallaba dicha planicie, toda vez que el de *Pompeyo* estaba igualmente defendido por la *naturaleza del terreno*, y por la posicion elevada de la ciudad; *ut auxilia Pompeii duabus defenderentur rebus, oppidi excelsi et loci natura*, es decir, por las especiales defensas, como la del actual castillo de *Monda*, y líneas paralelas de los cerros que limitan dicha vega aun delante de aquella villa. Habria tambien observado que delante del campamento de *Pompeyo* empezaba la llanura á estenderse por el norte, para luego ser cruzada por un arroyo ó corriente de agua que hacia muy dificil su aprocsimacion, porque sobre la derecha formaba una rebalsa llena de hoyos. *(Hinc dirigens proximum planities æquabatur: cujus decursum antecedebat ribus, qui ad eorum accessum summa officiebat loci iniquitatem, nam palustre et voraginoso solo currens erat ad dextram partem;* que es lo mismo que suponer, que acampado *Gneyo Pompeyo* con sus numerosas huestes, que no bajaban de 70,000 hombres, al norte de *Monda*, y ocupando las tres millas que median desde el arranque de la *Vega de la Jara* á aquel pueblo, principiaba á estenderse esta, cortada por su mitad por *Rio-Grande* que viene precipitado de la sierra de *Tolox*, y que cabando por su empuge las hoyancas y remansos que se ven á su derecha, hacian dificil el ataque por este lado, especialmente en el mes de Abril, época de la célebre batalla, y en la que se aumenta su corriente y los terrenos cenagosos de las orillas de sus márgenes. Habria entonces conocido, que esperando *Pompeyo* á *César* delante de la plaza de *Munda*, y decidido á un combate que antes procuró evitar para afirmar á los de *Osuna*, á quienes hizo creer que *César* esquivaba la lid, tenia estudiada la posicion, y apoyado su campamento en este pais montuoso, *sin que las alturas que ocupaba estuviesen divididas por ninguna planicie* (*interim nulla planities dividit*) que es como corroborar que las cercanias de *Monda*, especialmente á su lado norte, todo el pais es montuoso, sin llanuras de ninguna clase. Y últimamente habria visto que en los ruedos de *Montilla* ó de *Monturque* donde llegó á sospechar pudiera haberse dado el combate, no se halla la topografia, ni aun los notables indicios que ofrece la villa de *Monda*. Por eso su juicio crítico, frustrado como se hallaba en el propósito de su viage, y en la escasez de testimonios que con tanto afan buscaba, creyó una especie de *Fénix* la indagacion de este parage, y pensó *que andando el tiempo ó la industria de los hombres, desenterrasen algun monumento que pudiera ser de aquellos que por su tamaño no pudiese llevarse á otra parte, como piedra, columna ó estátua que nos lo declare.*

Si asi me atrevo á contestar, aunque con el debido miramiento, á la respetable opinion del ilustrado *Perez Bayer*, qué quiere V. que imagine de la que solo es respectiva al

señor Cortés y Lopez, en el artículo *Munda Bética* de su luminoso *Diccionario*, ni qué podremos decir al que no ha visto las localidades, y al que le basta una carta de un vecino de *Montilla* para concluir un debate que aun se sostiene militante? ¿Ni tampoco qué decir al señor *Fernandez Guerra*, cuyo talento distinguimos, por su reciente opinion siguiendo la misma escuela, que pueda ser mas persuasivo que las pruebas que aducimos y las que aun debemos dar en ilustracion del asunto? Nosotros en este estudio, acometido á sangre fria, no recurrimos á accidentes tan insignificantes y pueriles cual los de refundir á *Montilla* en el sonsonete de *Munda-illa*, por no querer que sea *Monda* lo que pudo llamarse *Munda*. Ni tampoco encarecemos que un *Romano mavitano*, ó vecino de *Mavitania*, determine con unos sellos de bronce el famoso *campo Mundense*, pues que esto solo esplicaria una ciudad *Tarraconense*. Cuando las pruebas que se aducen no pasan á mas estenso círculo; cuando es permitido destrozar por arranques de absolutismo la *Geografia comparada* de los respetables maestros; cuando tantos testimonios y los que todavia reservo vienen á contradecir esta mal sentada crítica y estos fallos esclusivos, consideramos tristemente que las luces del debate son centellas de amor propio, ó imprudentes demasias de irreflexivo patriotismo.

Y volviendo á la lid sangrienta de tan elevados resultados para el porvenir del mundo, oigamos de nuevo á *Hircio Panza* como procede á describir, entre heróicos épisodios, los accidentes de aquel suelo. «Viendo *César* al »enemigo formado en batalla, no dudó que »se adelantaria hasta la mitad de la llanura »para venir á su encuentro. Frente á frente »ambos egércitos, ofrecia aquella planicie un »terreno muy adecuado para las evoluciones »de la caballeria, y era tan puro y sereno el »dia que parecia que los dioses lo habian ele»gido espresamente para dar una batalla. Nues»tras tropas se alegraron, aunque no dejaba de ha»ber algunos que se hallaban algo inquietos pen»sando que habia llegado el momento de que »en una sola hora se iba á decidir de su vida y »su fortuna. Nuestras tropas por lo tanto mar»charon á pelear creyendo que los enemigos »harian lo mismo por su parte; pero no se »atrevieron á apartarse ni aun una milla de »la ciudad y de sus murallas, á cuyo abrigo »habian resuelto pelear. Sin embargo nuestras »tropas continuaron avanzando, y aun cuando »las *ventajas del terreno* convidasen algunas »veces á los enemigos á que pudiese aprove»charlas para conseguir el triunfo, persistieron »constantemente en la resolucion de *no aban»donar sus alturas* y de no alejarse de los »muros de la ciudad, dejándonos aprocsi»mar en batalla desde las orillas del arroyo, »sin que quisiesen hacer el menor movimien»to para aprovechar esta ventaja.''

Ahora bien, amigo mio, ¿no se deduce claramente de este sencillo relato, que parapetados los *pompeyanos* contra las alturas, y murallas que rodeaban á *Munda*, no quisieron avanzar á la *Vega de la Jara* y llanuras adyacentes, y que dejaron á *Julio César* que las cruzase en plena marcha de este á oeste, desde cuyas mismas márgenes continuaba persiguiéndolo? ¿No es esto decir tambien que pasada la planicie y el torrente que la dividia, iba á empezarse la accion sobre un terreno quebrado por el espacio de una media legua al norte de la plaza de *Munda*? ¿Qué tiene de comun *Montilla* sobre un elevado cerro, con una áspera subida, que carece de esa tierra quebrada de tres millas por su lado septentrional, en comparacion de *Monda* que reune los accidentes que le da el comentarista? ¿Podrán 160,000 hombres empeñarse en esa cuesta donde se asienta *Montilla*, cuando el conflicto del combate, y poder evolucionar sin las demas circunstancias que concurren en el otro pueblo? Y esa cáfila de estrangeros de tan aventurada crítica como son obscuros sus nombres, que vienen á decidir yendo á *Monda* por *Coin*, que no se encuentra la planicie ¿ofrecen señales siquiera de haber leido los Comentarios?..... Analicemos mas su texto.

«Su egército (los *pompeyanos*), se compo»nia de trece legiones cubiertas por ambos »flancos por la caballeria, y por 6,000 hombres »de caballeria ligera, con sus tropas auxiliares »que ascendian al mismo número, con muy »corta diferencia (unos 85,000 hombres en »totalidad). Nosotros (los *cesarianos*) solo con-

»tábamos 80 cohortes de infanteria, y 8,000 »caballos (unos 56,000 hombres). Cuando nos »aprocsimamos *al estremo de la llanura há»cia un parage muy poco ventajoso, mas allá »del cual hubiera sido peligroso pasar, por »que el enemigo se preparaba á cargarnos de »arriba abajo;* habiéndolo notado *César*, no »quiso que sus guerreros se espusiesen por su »culpa, y les señaló el parage por donde de»berian avanzar, lo cual les movió á que mur»murasen cuando se vieron detenidos, de igual »manera que si les hubiesen quitado la victo»ria de las manos. Este retardo contribuyó á »que el enemigo se volviese mas emprende»dor, porque los *pompeyanos* creyeron en»tonces que nuestras tropas iban á empeñar »la accion en un punto tan poco ventajoso, al »que no podian aprócsimarse sin un grave »riesgo. Hallábase á la sazon la legion décima »colocada á la derecha, segun que lo tenia por »costumbre; la tercera y quinta á la izquier»da con las tropas auxiliares y la caballe»ria. Vínose por fin á las manos con estrema»do griterío."

No pasemos adelante. Aqui se vuelve á confirmar se hallaba *Julio César* á un estremo de la llanura, ó sea al lado occidental *de la Vega de la Jara*, que los *pompeyanos* ocupaban sus alturas, y no siendo atacados en ellas por la prudencia de *César*, y siendo mas atrevidos, avanzaron algun tanto para comenzar la batalla; y sobre todo, se acredita que el occidente de aquel campo, ó sean ruedos de *Alozaina* y *Guaro*, terreno quebrado de suyo, y donde deberemos suponer se hallarian las mejores defensas enemigas, cayendo por su derecha habria menester oponerles la aguerrida legion décima, que era la flor de su egército, en tanto que los auxiliares y dos legiones mas con la caballeria, se situarian sobre la izquierda, donde el terreno estaba abierto, y donde serian mas fáciles las maniobras.

Sigue el texto de *Aulo Hircio* «Aunque »nuestros soldados fuesen superiores en valor, »sin embargo, el enemigo se defendia muy bien »desde sus alturas. Era estremado el vocerio »que se oia de una parte y otra mientras vo»laban los dardos por todos lados, y de tal »suerte que ya nuestros soldados dudaban de »obtener el triunfo, porque el ataque y los »gritos, que tanto contribuian á espantar al »enemigo, eran en este momento repetidos »por ambos egércitos. Sin embargo, aunque el »valor era igual, un gran número de los con»trarios quedaron atravesados por el ímpetu »de nuestras jabalinas; y ya hemos dicho an»teriormente que la legion décima se hallaba »en el ala derecha, pues aunque tenia poca »fuerza era formidable por su valor. Estre»chó de tal manera á los enemigos de aque»lla parte que tuvieron que reforzarse con una »legion de la derecha para apoyar el ala »izquierda, temerosos como se hallaban de »ser batidos de flanco. Apenas se hizo este »movimiento comenzó á cargar nuestra caballe»ria la izquierda de los enemigos, no obstan»te de que se defendia con un valor sin igual; »y de tal suerte se empeñaron una hueste con»tra otra *que se hizo como imposible socor»rerse mutuamente.* Allí el estruendo de las »armas mezclado con los gritos y gemidos de »los moribundos causaban horror y espanto, »y, como ha contado *Ennio*, se disputaba el »terreno trecho á trecho y palmo á pal»mo. Pero en fin, aunque los combatien»tes peleaban con sumo vigor, comenzaron »nuestras tropas á arrollar á los *pompeyanos*, »obligándoles á replegarse contra las murallas »de *Munda*. Asi pues, el mismo dia de la »festividad de *Baco*, batidos los enemigos, y »dados á completa fuga, hubieran perecido to»dos, si no se hubiesen refugiado en la inme»diata plaza. Perdió *Pompeyo* en esta batalla »como unos 30,000 hombres ademas de *Labieno* »y *Accio Varo* que fueron muertos en ella, »y merecieron públicas exequias. Tambien per»dió 3,000 caballeros romanos de *Italia* y de »la *Provenza*. Nosotros tuvimos 1,000 hombres »muertos entre ginetes é infantes, y cerca »de 500 heridos. Ganamos 13 águilas, las »banderas, las haces, y ademas 17 oficiales »generales prisioneros. Tal fue el éxito de »esta jornada.»

De su relato confirmamos lo que ya hemos inferido; que la accion se comenzó á un estremo de la *Vega de la Jara*, que fue mas empeñada á la derecha, y que una vez generalizada tuvo que ser muy sangrienta, defendiéndose paso á paso un terreno tan que-

brado como el de los ruedos de *Monda*, en cuya jurisdiccion, y en toda la estension de esta vega, se encuentran con mucha frecuencia unas grandes fosas llenas de huesos humanos que despues de las grandes lluvias se quedan al descubierto; despojos indubitables de tan sangrienta batalla. Se han hallado tambien muchas sepulturas construidas con piedras planas, aunque sin ningun pulimento, prueba no menos evidente de encerrar hombres distinguidos, aunque sin tiempo para inscripciones; *tresmil caballeros romanos*, como dice el comentarista!

Estas evidentes señales que han llegado á nuestra edad, aun pueden adicionarse con un *sepulcro de plomo* que no hace muchos años se encontró en la *Majada de los Villares*, dentro del monte *Alpujata*, cuyo metal recogió *D. Antonio Añon*, y no seria inverosimil referir esta urna cineraria á *Labieno* ó *Accio Varo*, que obtuvieron honores fúnebres, es decir, que fueron quemados antes de depositarse sus restos en vasos de cristal ó barro con revestimientos plumbáceos. En la misma *Vega de la Jara* que se acerca á *Monda* por el norte, al corto trecho de *dos millas*, (*) segun leemos en los Comentarios, y en el sitio *de los Ramales*, son mas abundantes las sepulturas, asi como los fragmentos de útiles y armas de gran tamaño, y en mi escursion á aquella villa, me regaló *D. Miguel Fernandez y Liñan*, el pomo de una espada de gran peso, con varios lados ó facetas, en cada una de las cuales se halla esculpido en relieve un guerrero romano, cuyo prisma aun tiene restos perceptibles de haber estado cubierto con una lama de oro puro..... ¿Sería la espada de *Lavieno*.....? Disimule V. mi entusiasmo, acaso mas verosimil que la importancia que da el señor *Lopez* á los sellos mavitanos.

El sabio cronista *Masdeu*, que al describir esta gran batalla no solamente consultó al texto original de *Aulo Hircio Panza*, que hemos venido comentando, sino que tuvo presente tambien la Historia romana de *Dion Casio Coseyano*, otro testigo ocular de aquel alto hecho de armas. Las guerras civiles de *Apiano de Alejandria*, las Décadas de *Tito Livio*, la vida de *Julio César* por *Plutarco*, el libro octavo de *César* de *Cayo Suetonio*, los Varones ilustres de *Aurelio Victor*, la Historia romana abreviada de *Eutropio*, el Epitome de las cosas de los romanos por *Lucio Antico Floro*, las Historias de *Paulo Orosio*, las Estratagemas de *Frontino*, el libro tercero de *Estrabon*, el segundo de *Veleyo Patérculo*, la *Farsalia* de *Lucano*, los *Epigramas de Marcial*, la Crónica general de España por *Ambrosio de Morales*, las Antigüedades de Sevilla por *Rodrigo Caro*, el Tesoro de verdaderas inscripciones de *Muratori*, la España sagrada del Padre *Enrique Flores*, y el grave historiador *Mariana*, dan á este célebre combate aun mas interesantes pormenores tomados de todas estas fuentes, mas limpias en sus raudales que las de los controvertistas que tan paladinamente contradicen las aseveraciones mas respetables. La esposicion de *Masdeu* coloca á la villa de *Monda* en el solar de la antigua *Munda*, á veinte y cuatro millas al occidente de *Málaga* (página 519, párrafo 388. Tomo II de su *Historia crítica de España*). Si entramos en su narrativa, tan elocuente como animada, hallamos mayores detalles en este suceso memorable, y mayores corroboraciones de la verdad que venimos buscando.

»Una vasta llanura de casi cinco millas de »estension dividia los egércitos. Entrambos cons»taban de tropas romanas y provinciales de »igual valor y destreza; en uno y otro ha»bia escogidos guerreros de la *Mauritania;* los »hijos del Rey *Bocco* mandaban á los que »servian con *Pompeyo*, el Rey *Bogud* era au»siliar de *Julio César*. Los generales supremos »llenos de osadia y confianza deseaban an»siosos la batalla. *Pompeyo* esperaba en las »*ventajas de su situacion*, *César* en las del »número de sus tropas. Pero la reflexion, »madre de las acciones prudentes, degenera »si es excesiva en pusilanimidad y temor. »Recelaba *César* que sus enemigos animados »de la desesperacion pelearian con un valor »y violencia invencibles, y que en una sola »jornada podian arrebatarle todos los laureles »que habia cogido en las campañas pasadas, »y usurparle el imperio de la tierra. Conside-

(*) Suponemos este estremo en la vega de Guaro.

»raba *Pompeyo* que en su egército habia mu-
»chos malcontentos, mas dispuestos á sacri-
»ficarse por *César* que prontos á combatir
»en defensa de su persona; preveia que si
»perdia la batalla no podia ser mas infeliz su
»suerte, pues no le quedaba otro recurso
»que abandonarse al arbitrio de su furioso ene-
»migo, que solo podia saciarse con la últi-
»ma gota de su sangre. Oía la necedad y
»supersticion de los cobardes, que le referian,
»á manera de agüeros infaustos, los estalli-
»dos de las nubes, las exhalaciones encendidas
»en el aire, los partos monstruosos de los bru-
»tos, los sudores de la frente humedecida de
»los ídolos. La melancolia y el temor agita-
»ban á los dos generales, los cuales miraban
»la batalla inminente como decision, ó de su
»estrema ruina ó de su universal imperio.
»Combatidos de pensamientos funestos exhor-
»taron como pudieron á sus tropas, y las for-
»maron en batalla. El egército de *Pompeyo*
»fue el primero á ordenarse; el de *César*
»fue el primero á atacar. Entrambos gefes ocu-
»paron montados sus puestos detras de las úl-
»timas filas, en observacion de todas las accio-
»nes y movimientos para proveer á las
»urgencias. Es indudable el esfuerzo con que
»se dió principio á la batalla; las voces y
»los clamores horribles atronaron el aire; pe-
»ro en el furor de la pelea, á los gritos
»atroces sucedió un silencio profundo, de
»suerte que en la muchedumbre de mas de
»cien mil combatientes, solo se oía el es-
»truendo de las lanzas y el ruido formidable
»del acero. Inciertos estaban los generales,
»congojados entre el temor y la esperanza.
»Peleaban con tal constancia los dos campos,
»que ni ganaban ni perdian un palmo de ter-
»reno; mucho tiempo se mantuvo neutral la
»victoria, pero los *cesarianos* empezaron á
»retroceder. Es inesplicable la agitacion del
»ánimo de *César* al ver los suyos que cedian;
»es indecible su furor. Puso pie á tierra, al-
»zó la visera, levantó las manos y la voz
»al cielo, quitó del brazo de un soldado el
»escudo, y penetró desesperado por medio
»de las filas." Yo soy, decia, soldados, yo
»soy vuestro *César*. Veteranos, despues de tan-
»tas victorias ¡os dejais vencer por un jóven!
«¡Asi abandonais á vuestro gefe! antes bien
»me quitaré la vida con mis propias manos,
»que morir debajo de la vil espada de *Pom-*
»*peyo*." Iba como frenético á atravesarse el
»pecho con el acero; pero sus fieles soldados
»le contuvieron, é hicieron juramento en voz
»alta de no desampararle sino con la muerte.
»Se renovó la refriega, creció la ferocidad de
»los combatientes, y *César* peleaba en las pri-
»meras filas. Advirtió *Pompeyo* el riesgo; cor-
»rió á la tremenda batalla, y mandó disparar
»sin cesar doscientas saetas contra la perso-
»na de *César*, el cual recibió una en el pa-
»vés y sorteó otras con igual destreza. Tribu-
»nos entonces cubrieron á su general, y lo
»forzaron á apartarse del peligro. El egército,
»cobrado nuevo aliento con el noble ejemplo
»de su gefe, hizo tantos esfuerzos que resta-
»bleció la batalla á su primitivo ser, recu-
»perando el terreno que habia ido cediendo.
»Estaba en su mayor ardor la cruel lucha,
»cuando el Rey *Bogud*, que con sus tropas
»y algunas otras ausiliares no habia entrado
»en la pelea, *observó el campo fortificado de*
»*los pompeyanos* casi desamparado; inmedia-
»tamente, se separó del egército y fue á
»ocuparlo. Advertido *Tito Labieno*, y dejando
»el combate, corrió con los suyos á rechazar al
»mauritano. Ignorantes ambos partidos de es-
»ta marcha acelerada, juzgaron que *Labieno*,
»con aquel cuerpo de tropas tomaba la fuga.
»Esta persuacion acobardó á los *pompeyanos*,
»é infundió mayor aliento á sus enemigos. *Ju-*
»*lio César* los confirmó astutamente en el en-
»gaño, con éxito tan feliz, que aclamando la
»victoria se arrojaron con tanto ímpetu y
»violencia sobre los *pompeyanos*, que los der-
»rotaron con increible y sangriento estrago.
»*Gneyo Pompeyo* huyó con 150 caballos á *Car-*
»*teya*, donde estaba anclada su escuadra.
»*Estrabon* dice, que se refugió en *Munda*,
»pero se equivocó. *Sexto* su hermano volvió
»á *Córdoba*, de donde habia salido para ha-
»llarse en la accion; lo siguieron tambien 100
»hombres de caballeria; el resto del egército
»tomó asilo, parte en la ciudad, *parte en el*
»*campamento*. Los vencedores persiguieron á
»estos últimos, los cuales aunque pocos en su
»número hicieron una heróica resistencia; pe-
»recieron, pero vendieron caras sus vidas,
»pues no dejaron de vivir sin haber tendido

»en el campo un número igual de *cesarianos*. »Murieron en esta memorable jornada 30,000 »*pompeyanos*. Se contaron en este número *Tito* »*Labieno* y *Accio Varo*, tenientes generales; »perdieron trece banderas romanas, y queda»ron prisioneros 17 capitanes, y un gran nú»mero de soldados.»

Comparada esta relacion con la descripcion de *Aulo Hircio* hay dos notables variantes, cuales son, la de que *Sexto Pompeyo* se halló tambien en el combate, y la de que al pronunciarse en derrota los *pompeyanos*, lo verificaron parte de ellos para refugiarse en su campamento. La primera corrobora que el hermano de *Gneyo Pompeyo* le ausiliaba con su persona, mas no con la guarnicion de *Córdoba*, puesto que luego volvió á ella con la escolta de 100 caballos. Y ahora debo preguntar; si la batalla de *Munda* fue en el campo de *Montilla*, tan cercana de la plaza de *Córdoba*, ¿qué inconveniente pudo haber para que en aquella derrota parte de los *pompeyanos* se refugiasen en ella con mayor seguridad que en aquel fortificado campo.....? y si como dice *Hircio*, *Sexto Pompeyo* nada supo de aquel infausto resultado hasta que se lo hizo saber el jóven *Valerio*, ¿por qué saliendo de su cuartel en lo recio del combate no atacó á *César* por retaguardia ó por un flanco? A todo ello respondemos, que porque en uno y otro caso se dió la batalla en *Monda* y en su campo, que adredemente fortificado por el arte y la naturaleza, pudo á su vez servir de asilo á la desbandada hueste, que desde un ángulo de la planicie se dispersó en aquel combate. Asi pues, ambos hermanos por caminos diferentes y escoltados de algunos caballos, tomaron las vias de *Córdoba* y de *Carteya*, *Gneyo* para salvarse en su escuadra, y *Sexto* para evacuar á *Córdoba*, y detener por algun tiempo la humillacion de su nombre y la total pérdida de su fortuna.

Pero en el párrafo antecedente, que hemos tomado de *Masdeu*, y con referencia á la especial fisonomia de los alrededores de *Monda*, añade este historiador, que al hacer alto los *cesarianos*, se cortaron varios árboles para establecer su campo, contándose entre ellos una palma, que la adulacion estupenda y la comun supersticion de los romanos tuvieron por un prodigio, viéndola pomposa y lozana. Pero este árbol africano viene tambien á prestar fe á la topografia de *Munda*, pues no es tan fácil vejetase en los alrededores de *Córdoba*, antes que *Abderrahmam I* le transplantase diez siglos despues en aquel suelo, aun mas frio que nuestro litoral templado, y mas visitado en aquella edad de los bárbaros mauritanos (*).

Volvamos otra vez á *Hircio*.

»Los restos del egército enemigo, habién»dose refugiado en *Munda* con el fin de de»fenderse, tuvo entonces *Julio César* que po»ner sitio á esta plaza. Para formar su cir»cunvalacion le sirvieron de fagina las ar»mas y los cadáveres de los enemigos ven»cidos; compúsose la empalizada con sus ja»balinas y dardos, de los que colgaban sus »escudos, y se veia superada con sus espa»das y sus picas; asi como sus cadáveres »enhastados de esta suerte tenian fijas las ca»bezas como si mirasen á *Munda*. Tal fue el »raro parapeto que se formó con los despojos »ganados al enemigo, mas propio que otro nin»guno á esparcir el mayor espanto en el co»razon de los sitiados. De igual manera los »*galos* tenian por costumbre atacar una ciu»dad rodeándola con los cadáveres de sus »enemigos, interpolados con alabardas y ja»balinas. El jóven *Valerio*, que despues de la »derrota de que se acaba de hablar, se habia »salvado en *Córdoba* con alguna caballeria, »dió cuenta á *Sexto Pompeyo*, que se hallaba »en esta ciudad, de lo que habia sucedido, con »cuya noticia este distribuyó todo el dinero »que pudo juntar á esta fuerza de caballe»ria, y salió de *Córdoba* á las nueve de la »noche, haciendo entender á sus vecinos que »iba á buscar á *César* para hacer alguna com»posicion. Pero *Gneyo Pompeyo* con alguna ca»balleria tomó el camino de *Carteya*, y cuan-

(*) Los *antiguos garamantas* y *jerulos* ó *mauritanos* de *Ptolomeo*, que se designaban por *Leon* el *africano subfusci coloris*, tuvieron el nombre general de *bereberes* y *barbarinos*, como los actuales *nubienses* en el *Cairo*. De aqui tomó su nombre la costa de *Berberia* ó *Barbaria*, que se da á toda la septentrional de Africa, y el de *bárbaro* que los griegos y romanos daban á todas estas naciones atlánticas, como hallamos en el texto de *Hircio*.

»do estuvo á unas tres leguas *P. Calvitius*, »que habia sido su mariscal de campo, es»cribió en su nombre que le enviasen una li»tera para llevarlo á la ciudad porque se »hallaba fatigado. Con motivo de este mensa»ge, *Pompeyo* fue trasportado á *Carteya*, y »visitándole cautamente desde luego los que »favorecian su partido, en el mismo aloja»miento en que se hallaba para recibir sus »instrucciones sobre la continuacion de la guer»ra, al verlos asi reunidos en tan considera»ble número, sin salir de su litera, se puso «bajo su proteccion.»

La narracion que precede es considerada por los críticos como muy defectuosa por sus mismas contradicciones; pues á la verdad lo son, el que ya habia descendido *Pompeyo* de la litera para ocupar su alojamiento, cuando recibió secretamente á sus amigos, y despues resulta que se puso bajo de su proteccion viéndolos reunidos á su alrededor sin haberse apeado de su litera. Tambien es un error craso la distancia de cincuenta y siete leguas que pone de *Córdoba* á *Carteya*, siendo poco mas de cuarenta, y no es menos contradictorio hablar de los dos *Pompeyos* casi simultáneamente. Mas consecuente *Masdeu*, y con mas datos á la vista, arregla asi el texto de *Hircio*.

»No satisfecho *Julio César* de la glorio»sa victoria, volvió sus armas ensangrenta»das contra la ciudad de *Munda*, á donde se »habian encerrado los infelices residuos del »egército derrotado. La cercó de foso, y pa»ra atemorizar mas á los *pompeyanos*, ofre»ció á sus ojos un espectáculo cuya memoria »causa horror. Puso por reparo de las trin»cheras mil cadáveres que habia tendidos en »el campo en la batalla pasada. Estaban estos »cuerpos enristrados en sus lanzas y atravesa»dos con las espadas, bien asegurados y sosteni»dos entre sí; ¡bárbara, inhumana y jamas usa»da manera de fortificacion! Mientras las tropas »batian furiosamente las murallas, un buen nú»mero de ciudadanos enviaron á *Julio César* »algunos diputados pidiendo la paz; pasaron »al campo y fueron recibidos con la mayor »benignidad. Era el intento de estos ata»car el ejército y pasarlo á cuchillo, mien»tras los *pompeyanos* de *Munda* hacian una «salida, como habian convenido al pasar el »campo enemigo. Se descubrió esta conjura«cion, y los principales autores de ella pa«garon el delito con la muerte. Estaban como »frenéticos los sitiados no encontrando cami»no de poder escapar de la ira del vencedor, »hicieron muchas salidas con un espíritu ma»ravilloso, se sacrificaron todos antes que »rendirse, de suerte que *César* solo se apo»deró de *Munda* cuando dejó de vivir el úl»timo soldado del egército de *Pompeyo*.»

Entre estas dos narraciones aparece mas unidad en la de *Masdeu*, quien como compilador tan entendido, ajusta mejor los hechos al espíritu del texto; y no apartándonos de este autor, ¿es por ventura mas probable la retirada de *Gneyo Pompeyo* á *Carteya* desde la plaza de *Munda* (*Monda*), que desde *Montilla* (*Munda*)? ¿No tiene este á su favor las asperezas del terreno por la intrincada serrania de *Ronda*, que el campo abierto que se le ofrece, y la considerable distancia desde la vega de *Montilla*? ¿No es tambien mas congruente se salvase en *Córdoba* el jóven *Valerio*, pasando á esta plaza desde la de *Munda* (*Monda*) con la fuerza de la caballeria, llamando asi la atencion de las huestes *cesarianas*, que no seguir á los infantes que iban fugitivos con *Gneyo*? ¿No vemos á *Julio César*, despues del bloqueo de *Munda*, retroceder hácia *Córdoba* donde tenia otro rival en *Sexto Pompeyo*, posesionarse de esta plaza para tomar despues á *Sevilla*, de la que se apoderó casi como de *Jerez*, cayendo sobre *Carteya*, es decir, sobre el enemigo que habia deshecho en los campos de *Munda*? ¿No prueba toda esta marcha estratégica la consecuencia forzosa de asegurar el pais en aquella civil contienda. .? Apenas *Gneyo* se embarca perseguido por la escuadra, ¿no prosigue aquel gran capitan á poner el sitio de *Cádiz*, *donde recibe* el trofeo de la cabeza de *Pompeyo*, pasando otra vez á *Sevilla* para reunir una asamblea de personas notables, en la que espone su política, los agravios de los *pompeyanos* en pago de sus beneficios, la ingratitud de los pueblos que acababa de vencer, apesar de los servicios que les prestó en su cuestura, terminando aquella arenga con un épilogo elocuente?...

Agradezcamos á *Hircio Panza* la exactitud en trasladarnos la nobleza y altivez con que terminó su discurso. La ilustracion de *Julio César*, sus facultades oratorias, su bravura exacerbada, y hasta el aureola del triunfo traspiraron elocuentes. «Cuando comencé mi cues-«tura me enamoré de esta provincia. Fue mi «atencion predilecta hacerle todo el bien posi-«ble. Pretor despues de la *Bética*, conseguí del «mismo Senado la remision de los impuestos con «que la oprimió *Metelo*. Yo hice que vuestros «diputados se admitiesen en aquel cuerpo; y «haciéndome muchos enemigos, me erigí en «defensor constante de los particulares y del «pueblo, y cuando llegué al Consulado seguí «prestando á vuestros pueblos todos los favo-«res que pude apesar de hallarme ausente. «Mas su memoria no ha bastado á evitaros ser »ingratos, no solamente á mi persona, sino «para el pueblo romano, ya en la guerra que «termina, ya en las anteriores lides, violando «el derecho de gentes y el de ciudadanos ro-«manos que os era tan conocido, y atentando «sin cesar de igual manera que los bárbaros, «con vuestras manos sacrílegas á la Magistra-«tura del pueblo romano, quisísteis asesinar á «*Casio* en medio del dia y en el centro de la pla-«za pública. Enemigos de la paz, obligásteis á «la misma *Roma* á que enviase sus legiones pa-«ra guarnecer vuestros pueblos y para conte-«nerlos en la obediencia. Los beneficios dispen-«sados fueron para vosotros injurias, y to-«másteis los agravios como si fuesen favores. «No pudo haber entre vosotros, ni union en la »paz ni valor en la guerra. Y finalmente, to-»lerásteis que el jóven *Gneyo Pompeyo*, fugi-«tivo entre vosotros, fuese proclamado entonces «y se abrogase el poder supremo, siendo un «simple particular sin dignidad alguna en el «estado, y despues de asesinar á millares de «soldados romanos, le habeis reclutado tropas «contra el poder de la República, y le habeis «forzado á que haga el esterminio de vuestras «propiedades y el saqueo de esta provincia, ¿so-«bre qué arbitrios contábais para asegurar el «triunfo? ¿No sabiais que aunque me hubiéseis «derrotado quedaban al pueblo romano diez «legiones muy capaces, no solo de resistiros, si-«no de sepultar al mundo debajo de sus rui-«nas?.....

Cuando se pronunció este discurso ya se habia rendido la plaza de *Munda*, sitiada por *Fabio Máximo*, que fue el general á quien *Julio César* dejó delante de sus muros. Adelantado su asedio, y comprendiendo sus defensores que todo estaba perdido, sin disciplina que los contuviese, se batieron entre sí llenos de desesperacion, é hicieron una salida, que rechazada por los *cesarianos*, originó que estos últimos penetrasen en la plaza y rindiesen á su guarnicion que quedó prisionera de guerra. La conquista de esta plaza, segun el Cronista *Masdeu* que consultó mayores datos, acaeció casi al mismo tiempo de la muerte de *Gneyo Pompeyo*. Cercada de profundos fosos, y atacada diariamente por aguerridas cohortes, vanamente sus defensores enviaron un grande número de sus ciudadanos á suplicar á *Julio César* les concediese la paz, pues aunque oidos con dulzura por aquel famoso guerrero, se vió que su sumision aparente habia sido una estratagema para distraer á los sitiadores y atacarlos traidoramente. Rechazados, como dijimos, y castigada su perfidia, nada sirvieron sus salidas; pero resistieron tanto, que podemos afirmar que el triunfo de los *cesarianos* se consiguió sobre un monton de cadáveres.

Despues de la conquista de *Munda*, se dirigieron las tropas de *César* á la fortificada plaza de *Osuna*, formidable posicion por la naturaleza y por el arte, en donde dice *Hircio Panza* que se carecia de agua en sus cercanias á la distancia de ocho millas; pero *que la habia dentro de la ciudad*. Añade el comentarista, que no habiendo cesped tampoco para formar los atrincheramientos, era necesario ir á buscarlo á dos leguas de distancia. Y como *Pompeyo* por otra parte habia talado todos los bosques de sus cercanias, llevando las leñas á la plaza para hacer mas dificiles sus ataques, tuvieron por esta razon los *pompeyanos* que ir á *Munda* á buscar la madera necesaria.

Esta esposicion de los Comentarios, corroborada ademas por la compilacion de *Masdeu*, ofrece en primer lugar, que *Osuna* era plaza tan fuerte que se habia como temido por los mismos *cesarianos;* y con efecto, la ciudad de *Osuna* que concuerda con la llamada *Ursaon* por *Hircio*, *Urbone* por *Pto-*

loméo, *Cirsone* por el *Ravenate*, y *Urso* por *Estrabon* y *Apiano*, asi como por sus cuños en tiempo de los romanos, tiene en su actual situacion indicios mas que suficientes de su importancia en otros tiempos. Aunque con aguas interiores no sabemos que en sus ruedos se encuentre ese importante líquido, ni que sus campos ostenten esos bosques seculares, hijos espontáneos de la naturaleza antes que de la industria ó del arte, como son los olivares que ahora tiene en sus cercanias. No asi la villa de *Monda* cercada aun de montes silvestres, especialmente hácia *Tolox*, cuya viguería y cuyos palos son todavia objeto de industria, viniendo como á atestiguar que de sus sierras se llevarian estos útiles tan necesarios para los aprestos del sitio de *Osuna*. La distancia entre ambos campos es de unas diez á once leguas, y contadas hasta sus montes, que es donde abundan los *pinzapos*, hay casi la misma que á *Montilla*. Pero en los ruedos de esta última campiña de *cereales* ¿qué indicios dan que justifiquen este accidente vegetativo?

Asi pues, amigo mio, no es necesario como V. me propone, ó por incitacion del señor *Fernandez Guerra*, otra *Osuna* en el campo de *Mijas*, porque su partido de huertas llamado *Osunilla*, donde hay algunos restos de fábricas, solo pueden referirse á algunas fortificaciones moriscas, pues ni se han encontrado medallas ni otros trozos arqueológicos que den valor á este sitio. Mayor importancia mereceria otro villar cuyo solar inspeccioné á unas tres leguas de *Antequera*, con restos estatuarios que lo caracterizan, situado en *Cerro-Leon* y que tuvo el nombre de *Ossone*. Pero atendido su terreno, su especial topografia, su próximidad á *Málaga*, no es posible refundirlo ni ponerlo algo mas cerca, sobre todo cuando *Osuna* no debe ser controvertida.

Algo mas significante para el debate que sostengo es la arribada de *Gneyo Pompeyo* á un punto de nuestra costa, despues que fugitivo de *Carteya* se hizo á la mar con su escuadra perseguido por la de *César*. Segun el texto de *Floro*, que acepta el *Sr. Cortés y Lopez* en su artículo geográfico de *Lauro-Bética*, y que trascribe *Masdeu* con la robustez de sus datos, apenas habia desembarcado *Gneyo*, no solamente á hacer aguada, sino por que fue alcanzado por la escuadra *cesariana* de *Didio*, y perseguido de nuevo por las partidas enemigas, fue batido en *Lauro*, donde reanimándose y presentándose otra vez al combate perdió la vida peleando. *Cneum pretio profugum erure saucio deserta et avia petetem Cæsonius apud Lauronem oppidum consecutus* (*adeo non sum desperebat.*)

La memoria de este *Lauro*, como tan juiciosamente observa el *Sr. D. Miguel Cortés y Lopez*, parece reproducirse en el concilio Iliberitano, en el que suscribió sus actas el Presbitero *Januarius*, hijo de *Lauro;* y como ya ha dicho *Mendoza* y otros célebres anticuarios, que hubo dos *Lauros* en la España romana, el uno el *Tarraconensis*, referente al pueblo de *Liria* en el reyno de *Valencia*, y el otro el de nuestra *Bética*, que *Rodrigo Caro* coloca en *Lora del Rio*, en *Alora* el *Sr. Cortés*, como asi consta de algunas lápidas, y en *Alhaurin de la Torre* el malogrado *Lafuente Alcántara*, yo pudiera aun dar razones de no despreciable fuerza para traerla al pueblo de *Alhaurin el Grande*, no obstante de aceptar en esto la vacilante opinion del *Sr. Cortés y Lopez*, quien en su artículo *Andorisae*, que concuerda con aquella villa, reproduce la opinion del *Marqués de Valdeflores*, y no estraña fuese *Lauro Bética*. Si fugitivo *Pompeyo* desembarcó en el campo de *Mijas*, donde tantas corrientes de agua ecsisten, terreno además montuoso, nada parece mas probable fuese alcanzado por *Cesonio* en la villa de *Alhaurin el Grande*, que dista dos leguas y media de la costa, mas fácilmente que en *Alora* que dista cinco y media, y que de *Alhaurin de la Torre* que dista cuatro, y dos de *Málaga*. En estos tres citados pueblos deberemos aceptar el mas inmediato á *Monda*, que es sin disputa *Alhaurin el Grande*, pues que solo se aparta dos leguas, mientras que *Alhaurin de la Torre* y *Alora* se alejan cuatro y cinco y media.

Que tampoco se nos objete la corta distancia de estos puntos respecto á la ciudad de *Carteya*, para que despues de cuatro dias en que se hizo al mar *Gneyo Pompeyo*, no es-

tuviese mas retirado sobre el litoral de la península; por que á ello responderémos en primer lugar, que *Pompeyo* no se embarcó por su eleccion en una de sus treinta galeras, sino apresuradamente en el conflicto de un tumulto en que su vida corria inminente riesgo, y sin tiempo para abastecerlas de agua y víveres. En segundo lugar, que los barcos romanos giraban á fuerza de remos mas bien que por ausilio de las velas, y que debemos suponer que no harian un grande esfuerzo cuando fueron alcanzadas por la escuadra de *Julio César*, que en circunstancias diferentes ganó la delantera de la escuadra *pompeyana*, y logró en el mismo tiempo atracarla sobre la *Fuengirola* que es el punto de mayor coincidencia, y quemar y destruir los treinta vasos de que constaba. Fugitivo otras vez *Pompeyo*, apenas se vió sin buques, pudo con la escasa fuerza de un puñado de soldados que le seguian, ocupar un puesto fortificado por su situacion, que segun espresa *Aulo Hircio* era un castillo, y no me parece improbable fuese el de la *Fuengirola*, ó cualquier otro de aquella costa; pero descubierto nuevamente por la caballeria romana y cohortes de infanteria destacadas en su persecucion, salió de aquel último asilo muy herido en la espalda y en la pierna izquierda, que tenia ademas dislocada, y no pudiendo dar un paso, se colocó en una litera, precedido de un portugues que abria la marcha con espada en mano. Este modo de evadirse hizo que fuese descubierto y envuelto por los *cesarianos*, por lo cual, sin perder tiempo, volvió otra vez al castillo que le habia servido de asilo, creyendo que por su dificil acceso y naturaleza de aquel terreno podria todavia defenderse contra tropas de mayor número. Empero los *cesarianos* no vacilaron en atacarle, y aunque fueron rechazados al principio con una descarga de saetas, teniendo que retirarse siempre que renovaban el ataque, determinaron últimamente el asediarlos. Una vez tomado este partido, alzaron los *cesarianos* en breve tiempo, sobre el descenso de la colina en que situaba el castillo, una especie de terraplen bastante elevado para que les fuese mas fácil el acceso. Notado asi por los *pompeyanos* no dudaron ni un instante en buscar su salvacion con la fuga.

Ya se ha dicho que *Pompeyo* se hallaba bastante herido, y por lo mismo, y por su dislocacion no podia hacerla muy de prisa. La naturaleza de aquel terreno no le dejaba en actitud para servirse de litera ni de caballo para evadirse, mientras que sus escasos soldados eran muertos uno á uno en el asalto del castillo. En tan dura estremidad, destituido de todo auxilio, se vino á refugiar á un valle, ocultándose en una cueva practicada sobre una roca, en la que los *cesarianos* no le hubieran descubierto con facilidad si no le hubieran vendido algunos prisioneros. Muerto en esta misma cueva el dia doce de Abril, y cuando *César* se hallaba en *Cádiz*, fue llevada su cabeza á *Sevilla* y espuesta á la vista del público.

Mas no dejó de ser vengado aquel infeliz caudillo, pues el mismo dia en que murió, gozoso y tranquilo *Didio* con un suceso de tanta importancia para sus armas victoriosas, hizo poner á la banda algunos de sus bageles para calafatearlos, ocupando con su persona el castillo mas cercano, que sin duda era aquel mismo en que se defendió *Pompeyo*, mientras que algunos portugueses escapados de la derrota, se reunieron en bastante número y volvieron á atacarle. Aunque estuviese muy sobre aviso para vigilar sus bajeles, tenia alguna que otra vez que hacer salidas para contener las correrias de los dispersos *pompeyanos*. Tan frecuentes escarmientos dieron lugar á que estos le preparasen una emboscada, dividiéndose en tres cuerpos; unos con especial encargo de poner fuego á la escuadra, otros con el de apostarse sin ser vistos, y otros debian atacar al enemigo. Hecha esta combinacion, y habiendo salido *Didio* de su castillo con tropas suficientes á perseguir á los dispersos *pompeyanos*, convenida una señal, un destacamento de portugueses se dirigió á incendiar la escuadra, en tanto que los demas, saliendo de su emboscada con algazara y vocerío, atacaron por la espalda á los que salian del castillo, para oponerse á este puñado de meroreadores, cuales eran los dispersos soldados de *Pompeyo*. Pero *Didio* fue muerto en esta ocasion con algunos de sus partidarios, que se defendieron con bravura.

Otros se salvaron en las chalupas que encontraron amarradas en aquellas playas, y no faltaron algunos que poniéndose á nadar hácia las ancladas galeras, cortaron sus cables, y haciéndose al mar á fuerza de remos lograron ponerse en salvamento.

Tal es la relacion de *Hircio* cuando espone los últimos sucesos del desgraciado *Gneyo Pompeyo*, y por ella corroboró la esposicion de *Lucio Floro*. No hay violencia en suponer que el *castillo de Fuengirola*, ciudadela acaso decaida de la confederacion *Suelitana*, fue este punto alternativo de la guarida de *Pompeyo*, y del cuartel de su enemigo; y es cosa muy verosimil, que teniendo aquel que evacuarlo, tomase el camino de *Alhaurin* ó *Lauro*, para ocultarse en esa cueva, que se hallaba dentro de un valle, que en nuestra suposicion pudo ser la de *Zamarrilla* en el barranco de *Cañas*, partido rural de *Urique*, jurisdiccion de aquella villa, ó en la cueva de la *Alcaparrosa*, muy notable en el campo de *Mijas*. Sin embargo de lo dicho, su inmediacion á la costa me hacen darle preferencia á esa cueva sita en la *Serrania de Ronda*, donde el clásico historiador *Mariana* nos da el refugio de *Pompeyo*. Seria absurdo buscar á *Lauro* á la enorme distancia de *Liria* sobre la costa de *Valencia*, donde solo un buque de vapor pudiera arribar en *cuatro dias*. Tampoco parece congruente, estudiando al comentarista, fijar en *Lora del Rio*, como supuso *Rodrigo Caro*, este *Lauro* de *Lucio Floro*, por que no vale la pena detenerse á contradecirlo. ¿Habrá por ventura quien consienta llevar á *Lora del Rio*, que dista del mar cuarenta leguas, desde *Carteya* á *Fuengirola*, este momentáneo refugio de *Gneyo?* ¡Triste cosa es, amigo mio, que algunos escritores eminentes, que algunos genios esclarecidos estampen tamaños absurdos, á la verdad inconcebibles! ¿Será este el flaco del sábio cuando le halaga su opinion, ó la asienta en falsa base por incentivos de amor propio?

Libre yo de unas vanidades tan contrarias á mi humilde juicio, si cree V que me detengo excesivamente en las concordancias de *Lauro* con la villa de *Alhaurin el Grande*, por ser el pueblo en que nací, ruego detenga su crítica, por que mi fin es muy distinto. Cuando asimilo ambos nombres á una geografía comun, es por que los hallo en armonia con la unidad de la accion, y con exacta relacion á la topografia de *Munda* en el pueblo actual de *Monda*, y por que recalando *Pompeyo* en esta parte de nuestra costa, contaria con partidarios y con destacamentos de su egército. Seguro como estaria de que aquella plaza no habia aun sucumbido, al dirigirse hácia *Lauro*, parecia que se acercaba á guarecerse en sus defensas. ¿En qué otro punto hallaria asilo, ni amigos, ni partidarios que les fuesen mas adictos, ni dónde los *cesarianos* estarian mas inmediatos para lograr su captura?...

A tanta copia de razones, á tanta estension de datos como vengo acumulando para ilustrar la controversia, todavia quiero añadir los monumentos de *Munda* hallados dentro de *Monda* y por la estension de sus campos. Legitimados por la historia y por la opinion unánime de escritores acreditados, en vano es que en nuestro siglo tan ilustrado como nimio, tan avanzado como incrédulo, y tan instable en su oposicion como constante en su positivismo, se osen revocar en duda los mármoles testificales que hacen converger á *Monda* las fieles identidades de ciudad tan celebérrima. Si hoy yacen desparecidas siguiendo la ley comun de todas nuestras ruinas, y en la polémica geográfica puede el calor del debate hasta acusarlas de espurias, este modo de juzgar envuelve la inconsecuencia de que para el juicio privado, ó debe negarse todo, ó no aceptar por verídicas otras pruebas de la propia índole.

¿Habrá hoy quien dispute á *Cártama* su concordancia con *Cartima?*.... ¿su cualidad de *Municipio*, viviendo todavia sus lápidas y sus leyendas conmemorativas? Pues no obstante, yo aseguro, que pasados algunos años, las *Rústicas* opulentas, y las *Próculas* generosas, cuyos timbres leimos un dia en los mármoles de aquel pueblo, solo serán tradicionales, como las *Plecusas* de *Singilia*, y los *Frontones* de *Acinipo*. ¿Y afirmaremos despues que las inscripciones fueron falsas, y que ya no hay testimonios que hagan inmortal á *Cartima?* Mezquina lógica es por cierto la que niega lo que no se ha visto!...

Pensando que la villa de *Monda* ha menester de este sano juicio, y hasta del criterio imparcial de una razon tan concienzuda como equitativa, voy á aducir con complacencia las señales que ha ostentado de su reputacion antigua, haciendo una especial revista de los modernos compiladores de las historias españolas. Hallo entre su estenso número, y entre los geógrafos antiguos, inclusos los del presente siglo, una seguida concordancia entre el clásico nombre de *Munda*, con el facilísimo de *Monda*. Conmemoraré entre tantos, no solamente al *Padre Mariana*, sino tambien á *Ferreras*, *Nuñez*, *Mendoza*, *Cristoval Celario*, *Wesseling*, *Rodrigo Caro*, *Cean Bermudez*, *Valdeflores*, *Abraham Ortelio*, *el Padre Flores*, y muy particularmente á *Ambrosio de Morales*, y *Masdeu*. Dice el primero de estos dos últimos: «Era *Munda* entonces »una ciudad principal puesta en un alto, con »campos fértiles, y de mucha frescura, y ahora aparece su sitio con un pequeño pueblo, »cerca de la villa de *Teba*, y de *Coin*, y de »*Cártama*, y no mas que como cinco leguas »de *Málaga*, á la falda de la sierra que llaman de *Tolox*, y *con llamarse ahora Monda* »*retiene casi entero el nombre antiguo*.»—Dice *D. Francisco de Masdeu*: «Finalmente este general (*Pompeyo*) hechas varias escursiones con el egército, plantó los reales en la »campaña de *Munda*, hoy dia *Monda*, veinte y cuatro millas al occidente de *Málaga*.»

En las inscripciones de *Munda*, que puntualmente trascribiré despues de traducir su texto, hallamos en la primera. «Que *Tito Batilio*, labrador viejo, y opulento dueño de »muchos montes y tierra muy fertil en los »campos de *Munda*, cumpliendo con la última »voluntad de su padre *Batilio*, sacrificó una »puerca á la diosa *Céres* en el dia del aniversario de su padre, que dejó señalado en el »dia trece del mes *Quintilis*, ó de Julio, lo »cual habia de observarse cada año sucesivamente, y tambien que diese dicho su hijo un »convite al colegio público de la misma diosa, »en los baños, siendo condicion del testamento »del dicho *Batilio*, que si su hijo dejase de »cumplirlo fuese castigado con una multa pública por el Pretor de *Munda*.»

EGO. T. BATILIVS. MVLTORVM
MONTIVM. AGRICOLA. ET. VBERI
TERRA. DIVES. ANNIVERSARIO.
DEAE. CERERI. SACRO. PORCA.
ILLI. MACTAT. BATILIO. PATRE
MEO. PERP. OBSERV. VT. III. IDUS
QUINT. VNO. QVOQ. AN. REDEVNTE.
PORCA. IMOL. ET PUBL. COLLEG.
EIUS. DEAE. EPVLVM DET. S.
FILIUS. MEVS. IN. TERMIS. CONSTITVTA
A. PRAET. MUND. MULT. PUB.
ILLVM. PLECTAT.

Esta inscripcion que reproduce *D. José Medina Conde* en sus *Conversaciones Malagueñas*, fue copiada de *Ocon*, el que sin duda debió tomarla de algun otro escritor mas antiguo. Aunque ya no ecsiste este mármol, como tantos otros monumentos que diariamente desaparecen, no hay tampoco un fundamento, ni ecsiste interes alguno para declararle apócrifo, sobre todo habiendo como hay muchas lápidas votivas exaradas de la misma manera. En el viaje que hice á *Monda*, y en el que hemos hecho juntos, supimos cada uno á su vez de *D. Miguel Fernandez Liñan*, que esta inscripcion estuvo colocada en la fachada de la casa del *Sr. D. Feliciano Liñan* y *Miralles*, y que fue remitida á *Granada*, para que fuese traducida por una persona distinguida de aquella ciudad.

El sacrificio de la cerda era comun entre los romanos, en espiacion del daño que naturalmente originan en los sembrados, y se descubre por esta inscripcion, que habia en *Munda*, un colegio público en honor de la diosa *Céres*, y muy particularmente, que por su mucho monte de encinas deberian abundar los puercos. Estas mismas circunstancias predominan todavia en *Monda*, por que aun conserva entre sus industrias la de cebar puercos estraños y del pais en los montes que la circundan, tales como los de *Gaimon*, *Albuqueria* y *Alpujata*. Tambien supimos en nuestro último viaje á esta villa, que en tiempo de la conquista abundaban en todos sus campos los frutos de bellota; por manera que esta especial fisonomía local que conmemora la inscripcion, ha venido sucediéndose hasta

nuestros dias, é identificándose con ella, la abundancia, la fertilidad, y el actual aspecto de los campos de *Monda*.

La segunda inscripcion, que clasifica *Ambrosio de Marales* como la primera de las españolas de la época de *Marco Aurelio*, dice aquel antiguo cronista «*Que estaba á la* »*puerta de la iglesia de Monda, cabe Mála-* »*ga, que como se ha dicho es la antigua* »*Munda.*" Copiada por varios autores, refiérela tambien *Masdeu*, y el último que la traslada es el autor de las *Conversaciones Malagueñas*, aunque siguiendo la crítica con que la juzgó *Masdeu*, en oposicion al *Padre Fray Enrique Flores*. Por las versiones de *Morales*, es el contesto de esta lápida, que «*Julio Ne-* »*mesio Nomentano*, gobernando la *Andalu-* »*cia*, con las veces sagradas del Empera- »dor *Marco Aurelio*, mandó hacer una ca- »sa de Ayuntamiento, donde el pueblo y el »gobierno de la ciudad de *Munda*, se jun- »tasen para tratar de la buena administracion »de su República.»

Descúbrese por esta inscripcion, segun *Masdeu*, que *Julio Nemesio Nomentano* era Gobernador de la Bética en tiempo de *Marco Aurelio Antonino*, por los años 169 de la era cristiana, disintiendo del *Padre Flores* sobre la interpretacion de que dicho consistorio fuese reedificado, porque supone, arreglándose al texto, que se alzó de nueva planta. De igual modo pudiera deducirse que este edificio público pudo empezar á construirse despues de la rendicion de *Munda*.

Acerca de dicha lápida, colocada como manifiesta *Morales* en la puerta de dicha iglesia, no queda señal alguna, y únicamente la inferencia de que seria el solar donde existen dos torreones, el uno redondo y el otro cuadrado, con algunos muros antiguos, hoy Casa Capitular, edificados por los moriscos despues de su última rebelion, como consta, y V. vió en el *libro de títulos* de aquella villa. Observándose algunas variantes entre los tratados de *Masdeu*, y *Medina Conde*, comparados con el de *Ambrosio de Morales*, trascribimos la de este último teniéndola por la mas exacta, toda vez que al introducirla manifiesta se encontraba encima de la puerta de la iglesia de *Monda*.

IVL. NEMESIVS. NOMENT. VI.
CE. M. AVRELII. IMP. SACRA.
BAETICAM. GVBERNANS
PRAETORIVM. IN. VRBE MVN
DA. QVO. PATRES. ET. POPV
LVS. OB. REMP. RITE. AD
MINISTRANDAM. CONVE
NIANT. F. MAND.

Al trasladarla *Masdeu*, en el número 458 y página 476 del tomo 5.º de su *Historia crítica de España*, ofrece las variaciones de escribir NEMISIVS por NEMESIVS, AVREL. por AVRELII, GVBERN por GVBERNANS, POP por POPVLVS, ADMINIST. por ADMINISTRANDAM, CONVEN por CONVENIANT, y FIERI por F. Pero el autor de las *Conversaciones Malagueñas*, asi como el *Padre Flores*, la copian literalmente, á escepcion de que el primero suprime la palabra FIERI. No obstante estos ligeros errores, y de que los periodos variados que se trasmutan en sus líneas, proceden de los copiantes cuando no transcriben el original; yo por lo tanto he preferido, y he tenido por mas auténtico el traslado de *Morales* que testifica su existencia.

Por inscripciones anteriores que podrá V. ver en dicho *Ambrosio de Morales*, cuando se hace cargo de los mármoles cuneos del imperio de *Adriano*, hallamos un *Lucio Nomisio Montano*, de la tribu *Palatina*, y que fue *Edil de Tarragona* y uno de sus dos gobernadores por espacio de cinco años, á quien concedió aquel *César* el privilegio de que se le mantuviese un caballo del tesoro público. Tambien esplica otra inscripcion que este mismo personage fuese Sacerdote ó *Flamin* de la *España citerior* y juez de la primera decuria, á quien su hermana *Numisia Victorina*, recapitulando sus dignidades, le mandó erigir una estátua. Y nada es mas verosimil que el gobernador de la *Bética*, que conmemora la lápida de *Munda*, unos veinte y cuatro años despues, fuese hijo de este esclarecido español, y de tan ilustre familia.

Por otra parte, si atendemos que el Emperador *Adriano* era natural de *Itálica*, hoy dia *Sevilla la vieja*, ó mejor dicho *Sancti-Ponce*; que su inmediato sucesor *Antonino Pio*, era hijo de *Annio Vero*, natural del *Municipio de Succubo*, hoy la villa de *Ximena*, en

la *serrania de Ronda*, segun leemos en *Elio Capitolino*, y en *D. Miguel Cortés y Lopez*, y que hasta el grande *Marco Aurelio*, era nieto de este *Annio*, y casi como oriundo de unos pueblos tan cercanos como lo son *Ximena* y *Monda*, cuya recíproca distancia es á lo mas de doce leguas, ¿deberemos estrañar ordenase desde *Roma* al gobernador de la *Bética* hiciese un Pretorio en *Munda*, en una ciudad tan célebre por la victoria de *Julio César*?..... El que hizo componer un camino en *Málaga*, segun consta de una columna milliaria cuya inscripcion trasladaron *Grutero*, *Ambrosio de Morales*, *Morejon*, *Martin de Roa*, el Canónigo *Milla*, el *Marques de Valdeflores*, y el autor de las *Conversaciones Malaqueñas*? Rehusaria en aquellos tiempos de las devastaciones repetidas de los bárbaros de Africa, conceder este favor á *Munda* que como tan inmediata á la costa seria una de aquellas ciudades que se destruyeron cuando lo fue *Singilia* hoy *Antequera la Vieja*? Si *Julio Capitolino*, al describir estas invasiones dice: »que en aquel reinado los moros de la »*Mauritania*, que es lo que está muy frontero »en Africa de la costa que va de Gibraltar »por el Oceano á Portugal, entraron en Es»paña, y casi la destruyeron toda por lo que »*Marco Aurelio*, envió sus legados y lugar»tenientes para resistir aquellas hordas.» ¿qué hay de estraño, vuelvo á repetir, en que se destruyesen con la antigua *Munda*, nuestros pueblos litorales y se proveyese á su reparacion?..... Vea V. aqui, amigo mio, testimonios de mucho peso sobre la inscripcion que debatimos.

Doloroso es que su pérdida desde fines del último siglo, nos prive de *un documento* que consignaron nuestros cronistas; pero yo encuentro insoportable el acusarlo de falso por un prurito de pirronismo. Entonces todas las glorias de estas páginas de piedra deberán bajar al olvido. Las inscripciones de *Málaga*, perdidas en nuestros dias; las abundosas de *Antequera*, *Singilia* y *Cerro Leon* conservadas á duras penas; las que ilustraron á *Arunda* y á la empinada *Acinipo*, las dispersas de *Nescania* y las escéntricas de *Iluro*, y finalmente las de *Cartima* metrópoli fastuosa en los tiempos del Imperio, ¿diremos de buena fé que porque ya desaparecen se deben contar por espurias? Yo las ví no hace muchos años en la plaza de aquella villa, y hácia la parte esterior de la puerta de la casa de *Lendinez*, y hoy, arrancados estos mármoles de su sitio, iban á utilizarse como sillares en una fábrica reciente; mas en gracia de mis ruegos quedaron en los dinteles del patio de la casa de *D. Juan Artacho*. Tambien puedo vanagloriarme de haber conseguido en otro tiempo la conservacion de los restos colosales de las estátuas halladas en este antiguo municipio. Arrancadas del solar que era el sitio en donde hablaban, para responder al geógrafo, y conducidas despues para servir de ensayo sacrílego en una mezquina fábrica de aserrar piedras, pude conseguir al fin, que nuestro siglo ilustrado pudiera economizarse la vergüenza y vituperio de una aberracion tan vandálica. Largo tiempo permanecieron en la *Alameda de los Tristes*, uno de los paseos de *Málaga*, y actualmente se han trasportado á su *Cementerio público*, donde hay un letrero impio que dice: *Estátuas* de *Cártama*, ¡Contraste amargo de las cosas humanas!... Los monumentos paganos conducidos á la destruccion, salvados como por milagro en un osario de cristianos!.....

»Arcos, teatros, cúpulas, colunas,
»Palacios, templos, muros, puertas, baños,
»Rebelados en prósperas fortunas,
»Al cetro inevitable de los años:
»Fábricas á las nubes importunas,
»Cubiertas de mortales desengaños.
»Yacen en polvo, y lo estarán de olvido:
»Asi deja de ser cuanto es y ha sido!»

(LOPE DE VEGA).

Apartémonos de unas consideraciones que no debieran olvidar los críticos, y mucho menos los pseudo-sábios para el fundamento de sus juicios y lógicas deducciones en favor de sus raciocinios, mientras exhibimos otras pruebas en la inscripcion tercera de *Munda*, que han copiado varios autores, incluso el erudito *Masdeu*, de quien inmediatamente la toma *D. José Medina Conde*, en sus *Conversaciones Malagueñas*. Derívase de su texto que «El Em»perador *César Adriano Trajano Augusto*, «hijo del Divo *Nerva Trajano*, y nieto de *Ner«va Dacio Máximo*, *Pontífice Máximo*, ador-

«nado dos veces con la *Tribunicia* potestad «y dos con la *Consular*, Padre de la Patria, «á mas de un millon y nuevecientos mil sex«tercios que le debian las provincias de Espa«ña, y se los habia perdonado, renovó á sus «propias espensas veinte mil pasos ó millas del «camino del rio *Sigila* y *Munda* hasta *Cartima*.»

Segun la crítica de *Masdeu*, aparecen en esta inscripcion muy importantes noticias. La primera es, que la cantidad que condonó *Adriano* á las provincias de España, fue de un millon y nuevecientos mil sextercios, ó sesenta y seis mil y quinientos escudos romanos. Esta remision generosa está corroborada ademas por otras inscripciones de la coleccion de *Masdeu*, en las notas numéricas de la potestad tribunicia y consular que obtuvo por dos veces; y tambien se identifica por entrambas inscripciones, y por lo que dice *Esparciano* en la vida de *Adriano;* habiendo sobrevenido este perdon en el año 118 de la era Cristiana, y en el 2.° del reinado de dicho Emperador. Consta por aquellas dos tablas, que perdonó á sus súbditos hasta 31 millones de la deuda pública, y por lo tanto es de inferir que alcanzó á los españoles la condonacion citada en la inscripcion de *Munda*. Este sublime Emperador, cuya vida y altos hechos nos ha trasmitido *Aelio Esparciano*, no solo ordenó á casi todas las ciudades de España, se levantasen estatuas, como asi se realizó, en *Sevilla* por sus barqueros, en *Utrera* por *Marco Mesio Rústico*, en *Arjona* por *Julio Monobrigense*, sino que en sus munificencias costeó la manutencion de sus caballos á *Marco Fabio Paulino* natural de *Lérida*, y á *Lucio Numicio* que lo era de *Tarragona*. Generoso con los pueblos de su vastísimo imperio, perdonó á la antigua *Urgabo*, que hoy es la villa de *Arjona*, toda especie de tributos por espacio de cinco años; compuso á sus espensas 510 millas del camino do *Certima*, que iba por el campo de *Criptana*, restauró el camino de *Mérida*, 7 millas del de *Chaves* (que fue la *Aquæ Flaviæ*) á *Bracara* y *Astorga*, 140 millas del de *Salmantica*, y 20 millas del que venia de *Munda* á *Cartima*, por el rio *Sigila* como leemos en los mármoles, especialmente en el de *Monda*.

Esta es la segunda noticia que hallamos en esta piedra, noticia toda geográfica, pues viene á determinar justamente la distancia que ocupaba este camino; porque arrancando de *Tolox*, que es donde nace el *Rio Grande* (*Sigila*), se cuentan 2 leguas á *Monda*, y de esta villa 3 á *Cártama*, que son exactamente las 20 millas que comprendia este camino. Por lo tanto esta inscripcion es de sumo precio histórico en la cuestion que nos ocupa, pues viene á enlazar á *Munda* con el pueblo actual de *Monda*, al rio *Sigila* con *Rio Grande*, y á *Cartima* con la villa de *Cártama*; y si logro desvanecer con razones sólidas y congruentes la autenticidad de su texto, juzgaré como terminada la dilatada controversia, fútil en sus argumentos si se estudian á sangre fria.

Volviendo pues á la distancia de las 20 millas, podrá V. congeturar que no es la que determina la que media de *Monda* á *Cártama*, como me dice en su carta, sino la que recorria las 5 leguas que comprende el espacio que separa á este último pueblo de *Tolox*, justamente las 20 millas.

A MVNDA. ET. FLVVIO. SIGILA
AD. CARTIMAM. VSQVE
XX. M. P.
P. S. RESTITVIT.

Si tal es el genuino contesto del original, ¿en qué se funda el inglés *Carter* para pensar que significa la distancia de *Cártama* á *Monda*, que para ello deberia decir A. MVNDA. AD. CARTIMAM. VSQUE...? Vea V. pues corroborado que para fallar en estas materias se necesita de mucho detenimiento. ¿Y qué diremos tambien al ilustrado anticuario y compañero de Academia el *Sr. D. Miguel Cortés y Lopez*, al verdadero espositor de nuestra geografía comparada, al émulo de Brochart, en sus esplicaciones etimológicas, cuando asienta en el artículo *Certima*, estas notables palabras: «Es necesario observar que las inscrip«ciones en que el *P. Risco* fundó su preten«dida demostracion, son tenidas por apócrifas «por hombres de sano criterio, como *Mayans de Hisp. prog. voc. Ur. cap. 4. n.°* 92. Y «en caso de quererlas abrazar como genuinas »se han de entender de este modo. La pri»mera (la de que nos venimos ocupando), que »*Adriano* compuso XX millas del camino que

»iba desde *Munda* á *Certima*, pasando por el »rio *Giguela*, cuyo camino tenia de largo »unas L millas. La segunda (que es otra que «espondremos luego), que el mismo Emperador »compuso todo el camino que iba desde *Certima* »á *Tarragona* y á *Zaragoza;* el cual con efecto »tendria las DX millas.» Y despues en el artículo de *Munda celtiberorum.* »Esta *misma Munda,* »es la que suena en las inscripciones y me»morias laudatorias y gratulatorias del Empe»rador *Adriano*, por haber compuesto algunas »millas de camino, *Munda ad Certimam*, que »distan tanto de las columnas miliarias, que »solamente anunciaban las millas que habia »de un pueblo á otro.» ¿En qué quedamos, Sr. Académico? ¿La inscripcion es apócrifa ó no? Si lo es, porque ilustra V. con ella á *Munda celtibera*, hoy la villa de *Montiel*, segun sus mismas doctrinas geográficas? Y si merece esta concordancia ¿cómo puede ser *Munda ad Certimam*, lo que está escrito *A Munda et fluvio Sigila ad Cartimam usque?* ¿Por qué para una conmemoracion que revela el alto nombre del Emperador *Adriano*, con referencia á la antigua *Certima*, hay necesidad de dos piedras conmemorativas siendo idéntica la gracia? ¿De esta manera se trasmuta la distinta nomenclatura de *Cartima* y *Certima*, que trasmitió ilesas y sin confusion primeramente *Elio Esparciano*, cronista de este Emperador y del *César Diocleciano*, segun testifica el *P. Flores* á la página 292, del tomo 2.º de su *España Sagrada*, despues muchos anticuarios, y últimamente *Masdeu* sin alterar su ortografia, y distinguiendo claramente que la lápida de *Certima* «era una »piedra ó señal de distancia puesta á qui»nientas y diez millas de este antiguo pue»blo que venia como á caer junto á los ma«nantiales del *Jucar?*» ¿No lleva despues á la otra con tres años de anticipacion en la cronologia del Imperio á nuestra villa de *Monda*, para decir al mismo tiempo que la vecina de *Cártama* la venia á estar como adjunta, y que un pueblo tan cercano al lugar donde habia nacido, y tan célebre por la batalla que vino á ilustrar su nombre, fue acreedor á una merced que obtuvieron tantos pueblos?

Y si se tacha de apócrifa la inscripcion que reproducimos por el juicio de *Mayans* que es la opinion de uno solo, ¿por qué merecen excepcion todas las demas laudatorias de este *César* hijo de España, espléndido cual ninguno, y que mereció que en *Cádiz* se le comparase á *Hércules?* En este caso serian espurios los mármoles y los bronces, páginas eternas del tiempo, que han trasmitido á las edades que se vienen sucediendo, que el Emperador *Adriano* compuso el *Pomerio*, ó terreno inmediato á las murallas de *Roma*, su templo de la *Fortuna*, sus *columnas terminales*, su antiguo puente de *Santángelo*, el acueducto de *Cingoli*, el camino de *Sesa* en el reino de *Nápoles*, el anfiteatro de *Capua*, las murallas de *Compulteria*, el camino de *Julio Augusto* desde *Trevia* hasta *Verona*, la conservacion y aumento del puerto de *Ostia*, la continuacion del camino *Casio* desde *Chinzi* hasta *Florencia*, el restablecimiento del muelle de *Puzol*, el camino desde *Cartago* hasta *Tebesa*, el ensanchamiento de *Tuburbi minor*, un templo á *Júpiter Capitolino* en *Jerusalen*, las reedificaciones de *Nicomedia* y de *Nicea*, arruinadas por un temblor de tierra, la construccion de un templo á *Júpiter Olímpico* en *Atenas*, el acueducto en la misma ciudad, el acueducto de *Viena*, ó de la *Colonia Dácica*, y otras muchas inscripciones que conmemoran sus larguezas. El que así se distinguió en el agradecimiento público, el que abasteció á *Tarragona*, el que mereció ser uno de los doce hermanos *Arvales* (colegio de Sacerdotes que sacrificaban á *Céres* y *Baco*, por la fertilidad de los campos) el que dió á *Roma* el espectáculo de los juegos *circenses*, el que facilitó el sitio á los atletas, el que mereció con los dictados de *Padre de la Patria*, los de *Locupletatur* ó de *Restaurador del mundo*, el que hizo á *Juno conservadora* una estatua de tres libras de oro, y ciento treinta y cuatro de plata; el que hizo de *Atenas* una ciudad enteramente nueva, el que mereció una estatua en *Megara*, el que consiguió que su esposa la Emperatriz *Sabina* obtuviese los renombres de *Céres*, *Vesta*, *Venus* y *Juno*, el que mandó levantar un templo á su amado *Antinoo*, deificado por *Claudispolis*, el que erigió un sepulcro á su ligero caballo *Boristenes Alano*, el que permitió á los cristianos la construccion

de muchos templos por principios de tolerancia, el que hizo grandes reformas en la administracion española, y finalmente el que supo perdonar á todas las provincias romanas nuevecientos millones de sextercios, ¿podrá causarnos estrañeza compusiese cinco leguas del camino que de *Munda* venia á *Cartima*, desde el nacimiento del *Sigila?*... Francamente, amigo mio, no es posible concebir pueda revocarse en duda la pequeña consecuencia, el leve rasgo de esta memoria en la inscripcion que debatimos, en ténue comparacion de tan grande magnificencia. Asi pues esta inscripcion que se ha tachado de apócrifa, se restablece como es justo en su lugar correspondiente, trasladándola en seguida cual la tralada *Masdeu*, y cual la inserta *Esparciano*, en la vida de aquel *César*, inscribiendo en conclusion para un debido cotejo la correspondiente á *Cartima*, tan diferente de la de *Monda*.

IMP. CAESAR
D. NERVAE. TRAIANI. F.
NERVAE. NEPOS
HADRIANVS TRAIANVS. AVG.
DACICVS. MAXIMVS
BRITANICVS. MAXIMVS.
PONTIFEX. MAXIMVS.
TRIB. POTEST. II COS. II. P. P.
PRAETERQVAM QVOD.
PROVINCIIS. REMISIT.
DECIES. NONIES. CENTENA MILLIA. N.
SIBI DEBITA
A. MVNDA. ET. FLVVIO. SIGILA
AD. CARTIMAM. VSQVE.
XX. M. P.
P. S. RESTITVIT.

Ya hemos dicho que las veinte millas que se renovaron en este camino son las que corren desde el nacimiento del *Rio Grande* en *Tolox* por *Monda*, hasta la villa de *Cártama*, y que esta distancia es la que se mide en los tres citados puntos; pero aun nos resta observar que para aplicar esta inscripcion á *Certima*, con inclusion del rio *Ciguela*, hasta *Munda celtibera* ó *Montiel*, era preciso que *Certima* distase menos de *Tragacete* hácia las fuentes del *Júcar*, que es donde nace el *Ciguela*, en vez de las treinta y dos leguas que hay al campo de *Criptana*, que es donde la concuerda el *Sr. Lopez*, y que desde este último punto á *Montiel*, (la *Munda de los celtiberos*) no cupiesen las diez y seis leguas y cuarto que se escalonan en los mapas. Por lo espuesto es inverosimil que las magnificencias de *Adriano*, solo mejorasen veinte millas de un camino de cuarenta y ocho leguas, ó de ciento noventa y dos millas en la suposicion que esta via romana siguiese el curso del *Ciguela*, y digo en la *suposicion*, cuando el camino conocido por carretera real que cruza la villa de *Criptana* (la *Certima* del *Sr. Cortés*), y se destaca de la villa de *Ocaña*, para cruzar por *Villatobas*, *Corral de Almaguer*, *Quintanar de la Orden*, *Miguel Estevan*, *Criptana*, *Tomelloso*, *Argamasilla de Alba*, *Alhambra*, *Villanueva de los Infantes*, á *Montiel*, es la via Real de *Madrid* á *Valencia*, ó la que viene de la Córte por *Montiel* y *Ubeda* á *Granada*.

La lápida de *Certima*, que en seguida trascribimos, es una señal de distancia puesta á quinientas diez millas, ó ciento veinte y siete leguas y media de esta vetusta ciudad, sirviendo como indicante de que el magnífico *Adriano* habia reparado á sus espensas el camino que existia entre *Cartima*, y *Tarragona*, antigua *capital de España*, y en esto el *Sr. Cortés*, pensó en alguna manera como nosotros pensamos. Pero queriendo averiguar si su opinion era exacta, supuesto que su camino iba por *Zaragoza*, vemos que hay una diferencia de quince leguas mas, que la que aquel determina; y que restaurando á *Certima* en los ruedos de *Villarejo*, que es donde se halló la lápida, caben mejor que en *Criptana* las ciento cincuenta millas.

IMP. CAESAR.
D. NERVAE. TRAIANI. F.
NERVAE N.
HADRIANVS. TRAIANVS. AVG.
DACICVS. MAXIMVS.
BRITANICVS. MAXIMVS
TRIB. POT. IIII.
IMP. III. COS. IIII.
P P.
A. CERTIMA
M. P. D. X.
RESTITVIT. IMPENSA. SVA.

Acerca de la via romana que segun la inscripcion de *Monda* debia salir para *Cártama*,

todavia se ven algunos trozos á la salida del primer pueblo en direccion de *Coin*, y hácia la *Fuent-Santa*, partido rural de esta última villa. Yo he examinado el primero, y se hallan piedras muy grandes en toda su proyeccion con anchura suficiente, no obstante hallarse encubiertas con dos tapias de piedra seca, asentadas sobre la calzada, y sirve de servidumbre para las inmediatas viñas.

En las *Conversaciones Malagueñas* hallamos en la clase de dudosas (*incertas*), otra inscripcion que fue copiada por *Martin de Roa*, en su *Ecija ilustrada*, y que parece se encontró en una de las torres del Alcazar de aquella ciudad, que voy á copiarle á V. para que halle en mi larga epístola todas las noticias de *Monda*.

. . . . . .

AD. MVNDAM. F. P.
ASTIGI .... COL.... SVI... N.
AVG. FIR... E. ME... COM... VIT.
ET. MVROS.. REPAR.....

De cuyas inconexas frases, que debieran estudiarse, solo podremos deducir la nueva confirmacion de que *Munda* fue dependiente de *Astigis* ó *Ecija*, y de que se repararon sus muros.

Pero aun mas vaga aparece la inscripcion de los *Toros de Guisando*, que tambien tachan de apócrifa anticuarios de bastante nota. No asi el incansable *Masdeu*, que al traducir de su contesto, que *Sexto* y *Gneyo Pompeyo* fueron derrotados en el *campo Bastetano*, colige sin mucha crítica que esto equivalia á decir entre los *Bastulos Fenices*, y en tal caso su concordancia fácilmente la ajustamos á nuestro *campo mundense;* y de todo se concluiria que aunque *D. Antonio Ponz*, y otros modernos escritores, tuvieron por inverosimil este trasporte de *Munda* á *Guisando*, no lo tendria por imposible para la actividad de los romanos, que trasportaron desde *Egipto* á *Roma* obeliscos colosales. Sin embargo el *Sr. Cortés y Lopez*, sospecha que los célebres *Toros* fueron esculpidos en sus inscripciones por algun monge ignorante, toda vez que *Perez Bayer*, registró iguales esculturas en *Avila*, en *Segovia*, y aun no lejos de esta última ciudad, en la cueva llamada del *Toro*. Finalmente *D. Pedro Agustin*, nuestro célebre anticuario, se estiende hasta conocer á los falsos autores de estas inscripciones en las personas de *Ciriaco Anconitato* y *Juan Antonio*, y si la humilde opinion mia, pudiera tambien trascribirse cabe la de hombres tan competentes, osaria decir igualmente que los *Toros de Guisando*, que contienen cinco inscripciones, es posible se labrasen para un monumento público que alzado en el centro de España, llevase á la posteridad las glorias militares del pueblo romano.

La inscripcion decia de esta suerte:

BELLVM. CAESARIS. ET. PATRIAE.
EX. MAGNA. PARTE. CONFECTVM
FVIT. S. ET. GN. M. POMPEII.
FILIS. HIC. IN. AGRO. BASTETANO
PROFLIGATIS.

Menos dudosa deberá ser una inscripcion que encontré en *Ronda*, y que inspeccioné y dibujé, no obstante de hallarse exarada sobre el brocal de un pozo que está en la casa de *D. Manuel Palacios*, *calle de Linares*, cubierta con una espesa capa de cal. Tenia la forma de una ara romana de dos y media tercias de alto, de tres varas y dos tercias de circunferencia superior, y de tres varas y media tercia de circunferencia inferior. Dice asi dicha inscripcion:

S. P. Q. R.
D. MARTI.
ARAM
C. CAESAR. MVNDENSI. IAN.

Por ella se corrobora, que ora fuese en Acinipo (*Ronda la vieja*) ó en *Arunda*, (*Ronda*) fue erigido con autorizacion del Senado del pueblo romano un ara ó altar al dios *Marte* por *César* el de *Monda*, ó mejor dicho, el vencedor en el *campo mundense*. Este dictado de honor se vino perpetuando desde *Escipion el Africano* en todos los Emperadores, como leemos en las lápidas, y la inmediacion de esta memoria á la villa de *Monda*, es un comprobante mas del objeto que nos ocupa.

Hasta en la interesante medalla que ha trasladado el *Padre Flores*, y que estudió detenidamente como rica pertenencia del *Serenisimo Sr. Infante D. Gabriel*, se halla una moneda de *Munda*, que representa en el anverso y colocada á su izquierda, una cabeza varonil con este letrero MVNDA; y en el reverso una

esfinge. Por esta curiosa noticia, y por otra muy reciente que acabo de registrar en las *Ilustraciones de las Glorias Españolas*; obra que se está publicando en *Barcelona*, me hallo con otra medalla idéntica relativa tambien á *Munda*, aunque con la adicion en el anverso de un *pez* ó *barbo*, y la *esfinge* en el reverso, de la propiedad de D. *Buenaventura Hernandez Sanahuja*, vecino de *Tarragona*; y si consideramos que los peces son emblemas de los pueblos que se acercaban á las costas, ó á la inmediacion de los rios, y que es fecundo nuestro *Rio-Grande* en esta clase de peces, hasta el punto de citarse á *Guaro*, como abundante en esta pesca, pueblo que dista de *Monda* una muy corta media legua, hay una razon de mas para ajustar su concordancia. Pero lo que aun da mayor luz á la topografia que buscamos, es el reverso de las medallas que estamos analizando por tener en sus relieves una *esfinge*, símbolo esclusivo en la antigüedad de los egipcios y los griegos. Este mito del *Egipto*, se representaba siempre por una *Leona*, con pechos, cuello y cabeza de muger, y en *Grecia* por el contrario con una cabeza de muger con cuerpo de *perro lebrel*, y alas de *águila*. Contando con esta evidencia ¿será inverosimil afirmar que la humilde villa de *Monda* fue una de las fundaciones primitivas ó colonias griegas de España? ¿No da valor á mi conjetura la constante observacion de que todas sus fundaciones se hicieron por nuestras costas, desde *Ampurias* á *Sagunto*, desde *Aretalia* hasta *Eloyos*, desde *Chersoneso* á *Diannium*, desde *Sopelaco* á *Olvia*, y desde *Cádiz* á *Opsicela?* El símbolo de su *esfinge*, ¿no es violento colocarle en poblaciones interiores tales como *Montilla* ó *Córdoba*, de mero origen romano, ó de antigüedad aborigena? Vea V. aquí, amigo mio, como unas simples monedas prestan luces tan brillantes al debate que sostenemos.

Veamos las últimas pruebas que un descubrimiento moderno hace surgir en mi defensa, no obstante de hallarme solo en esta larga controversia. Habrá como unos dos ó tres años, que se halló un vecino de *Monda* en una bolsa de cuero sumamente deteriorada, de 400 á 500 denarios romanos de plata, estando rompiendo las tierras de la *Jerriza de Mornal*, al lado Norte de aquella villa, cerca del camino de *Guaro*, y á media legua de distancia de ella. Este precioso tesoro de monedas consulares ó de familias, como tambien se denominan, fue diseminado entre los primeros curiosos, vendidas las mas al peso, y esplotadas por algunos sin provecho para la historia, pues sus mismos guardadores ó ignoran lo que poseen, ó se reservan enagenarlas al que mas pague por ellas. Aun cuando supe muy tarde este *festin numismático*, pues asi debo llamar su bárbaro repartimiento ante el gobierno ilustrado que debiera ser su heredero, logré algunos egemplares que tengo en muy alto aprecio, y espero conseguir otros mas para ampliacion de un estudio que aunque solo he bosquejado ya, ofrece las familias mas ilustres de los tiempos de la República, tales como los *Gracos*, los *Memmios*, los *Cayos*, los *Junios*, los *Clelios*, y los *Telios*.

Bien podrá V. comprender la importancia de un hallazgo que sirve para corroborar la cronologia de *Julio César*, ó á lo menos de su época sobre el clásico *campo mundense*, sin que sea absurdo inferir, que perteneció este dinero á alguno de los soldados que perecieron en sus lides, sin poder decir á nadie el secreto de su fortuna, que asi podemos llamar estos quinientos denarios en los tiempos de la República.

Cuando estuvimos en *Monda*, V. mismo comprobó la frecuencia de estos hallazgos, y que las monedas romanas son copiosas en sus ruedos; y V. tambien oyó decir el peregrino descubrimiento de un *caballo con su ginete* romano, de bronce, del tamaño de una tercia, que se encontró en el terreno de su castillo, y que despues desapareció á impulsos de la ignorancia que tan poco valor da siempre á semejantes hallazgos.

Respecto á lo que V. me dice acerca de que no seria imposible que fuese *Ronda la vieja* el solar de la antigua *Munda*, ya le he dicho anteriormente que no hay razones suficientes para alterar el nombre de *Acinipo* compuesto de raices célticas, con el nombre griego de *Munda*, que por deducciones cronológicas debiera haberla precedido; y aun cuando yo sienta como V. que todas las sustituciones, ó trasmutaciones geográficas no son del todo

ser hoy muy diferente al de otras ocasiones, seguramente que esperais de mí algo de extraordinario; sed constantes, obrad como hombres que no anhelan sino la gloria de salir victoriosos, atacad, asolad, destruidlo todo. No temais á ese egército romano que aparece al pie de esa colina tan ordenado y cubierto de escudos, emplead vuestras fuerzas en destrozar los visigodos y alanos que es el principal sosten de los enemigos; mirad á vuestro Rey que marchará siempre hácia adelante, no temais la muerte, y desgraciado de aquel que temiéndola no se atreva á seguirme!»

Esta arenga animó de tal modo á sus soldados, que todos no deseaban sino combatir y vencer.

El egército romano se esforzaba en apoderarse de la colina, mas el formidable egército de Attila que tambien lo ansiaba, se lo impedia con mil marchas y contramarchas; accion fue extraordinariamente encarnizada y la mortandad horrorosa.

En este combate los visigodos tuvieron que deplorar la muerte de su Rey, que fue muerto por los enemigos en el momento de estar animando á los soldados que se hallaban formando las primeras filas. Turismundo, furioso de la muerte de su desgraciado padre y no respirando sino venganza, fue el primero que se precipitó en las filas enemigas y logró desordenarlas.

Cuando hubo llegado la noche, Attila se vió obligado á retirarse á su campamento, atrincherado con carros; mas dudoso de su seguridad en aquel lugar y no sabiendo si el enemigo le perseguiria, ordenó á sus soldados que prepararan varios montones formados con grandes cantidades de sillas de caballos, de escudos y de otros útiles de guerra, para ponerles fuego en caso necesario y ser víctima de las llamas.

Con objeto de amedrentar al enemigo, mandó que sus tropas pasaran toda la noche sobre las armas haciendo gran ruido con sus gritos y escudos, los que segun su costumbre apoyaban contra la boca y daban horrorosos silbidos. En este estado de desórden y confusion pasaron parte de la noche, hasta que al cabo, conociendo Attila que no era perseguido volvió tranquilamente á su pais.

—En el siguiente año volvió á internarse de nuevo en Italia; asoló de un modo desastroso las ciudades de Aquilea y Mela, abandonando el mundo poco tiempo despues en el año 454 (*). A la muerte de este gran héroe los hunnos cubrieron sus rostros de heridas, cortaron sus cabellos, y despues de haber llorado largo tiempo la muerte de su Rey, segun la costumbre de este pueblo, formaron enmedio de una gran llanura una hermosa tienda de seda ricamente decorada, bajo la cual espusieron su cadáver, la caballeria formaba un gran círculo en torno de ella y cantaba sus victorias y heroicidades.

Asi que llegó la noche, su cuerpo fue depositado en un ataud de oro, este en uno de plata, y ambos en uno de hierro, enterrando con él sus arneses, armas, tesoros, y otros muchos preciosos objetos de batalla.

Cuando estos funerales hubieron concluido fueron degollados por mandato de los gefes todos los que habian ayudado á abrir la hoya á fin de que quedara desconocido á la posteridad el sitio en que yacia el Rey de los hunnos.

Ved aqui el término de la carrera de aquel conquistador, que con sus armas hubiera llegado á dominar el mundo entonces conocido, si los muchos desórdenes á que se entregó no le hubiesen conducido al sepulcro.

FRANCISCO TORRES DE NAVARRA

(*) Segun la opinion de varios historiadores este Rey murió de los muchos esceso s á que se abandonó, resultándole una hemorragia por la nariz que concluyó con su existencia.

Estudios marítimos.

UN COMBATE NAVAL.

el artículo que con este epígrafe publica la *Enciclopedia moderna*, que da á luz el conocido editor Mellado, tomamos los siguientes curiosos pormenores.

«Considerando primeramente el combate particular ó singular, observaremos que en este género de encuentro, el acierto en las disposiciones, tanto como el buen éxito, penden de los conocimientos, resolucion y arrojo del comandante del buque que ataca ó acepta la batalla, cuyos esfuerzos deben dirijirse á tomar aquella posicion, segun el viento y las circunstancias en que pueda causar á su adversario el mayor mal, procurando recibir el menor posible. Si se considera un navio de los de moderna construccion, máquina enorme que solo el viento puede mover, y cuya fuerza, ofensiva ó defensiva, se halla colocada en sus costados, se comprenderá que las disposiciones del comandante deben concretarse esencialmente á maniobrar de manera que siempre presente su costado al enemigo. Se ha adoptado generalmente como la posicion mas ventajosa para combatir á la vela la de bolina ó en *seis cuartas*, que es aquella en que la ruta seguida por el bajel forma con la direccion del viento un ángulo de cerca de 66 grados; y en efecto, segun la disposicion del velámen y aparejo de los navíos y buques de superior porte, este es el rumbo qne presenta mas recursos, siendo como el centro y punto de partida de todas las maniobras y movimientos que puede ejecutar. Hay por lo tanto, respecto del viento, las disposiciones relativas de *barlovento y sotavento*, cada una de las cuales tiene sus ventajas é inconvenientes. El buque que se halla en la primera de estas posiciones, puede batir á su adversario á la distancia que le convenga, y tambien abordarlo; no se ve molestado por el humo de sus cañones ni por el del enemigo, y consintiendo en cambiar su posicion pasando á sotavento, puede tambien *enfilarlo* con su artillería, esto es, dirigirle sus fuegos por la popa ó por la proa, enfilando por consiguiente sus palos, y causando mayores y mas sangrientos destrozos. Pero si el viento es fresco y la mar gruesa, un buque á barlovento hace difícilmente uso de su primera batería y á veces le es imposible; su puntería es ademas muy incierta, de modo que en tales circunstancias, una fragata á sotavento, puede combatir con iguales fuerzas á un navío de línea que se encuentre en aquella posicion.

Apenas resuena la generala en el alcázar y

la baterías, cada cual se apresura á ocupar el puesto que le está señalado segun el plan de combate; los mamparos se desmontan ó deshacen, se descuelgan catres de las cámaras y chazas; se abren las portas de artillería, los atacadores se colocan al lado de las piezas, se enganchan ó disponen los aparejos y palanquines y demas útiles para el manejo de los cañones; ciérranse las escotillas á escepcion de la destinada para bajar heridos; se distribuyen por todas las baterías tinas de combate con arena y mechas encendidas, y otras con agua para apagar un incendio si ocurriese. El pañol de la pólvora se abre con prudentes precauciones, y la fuerza armada que lo custodia no permite se aproximen mas que aquellos que están destinados á conducir la cartuchería, y á este importante servicio se destinan los que no manejan á bordo las armas ó las maniobras, como bodegueros, pañoleros, faroleros ó buzos, mientras alguna causa urgente no reclame los que les son peculiares: prepáranse los guarda-cartuchos, especie de estuches de cuero en que se encierran y trasportan los cartuchos formados de tela de lana; se hacen repuestos de balas, los gavieros suben á las cofas los mosquetes, y los cajones de frascos de fuego y granadas que han de servirles en el combate, en tanto que diestros marineros se ocupan en reforzar ó *doblar* los cabos de maniobra mas importantes; en asegurar los estais para impedir su caida si son cortados por las balas del enemigo, y suspender de los penoles de las vergas los arpeos de abordage. Se alistan las bombas de incendio, colocándolas en la cubierta al abrigo de los palos y del lado que no se combate. Otros colocan la caña de hierro del timon destinada á reforzar prontamente, ó reemplazar en caso necesario, la ordinaria ó de uso en la primera batería y próxima al lugar de su destino. Las embarcaciones menores se alistan para echarlas al agua, lo cual se hace desde luego con las que están colgadas si el tiempo lo permite. Se arman los marineros destinados á la maniobra de fusiles, pistolas, hachas y cuchillos; otros se destinan para retirar al sollado los heridos y recoger los muertos. En los callejones de combate se destinan calafates y carpinteros por cada banda, provistos de faroles encendidos para remediar con la posible prontitud y seguridad los efectos de la artillería enemiga. En la enfermería están los médicos-cirujanos con sus ayudantes, provistos de sus instrumentos de amputacion y demas necesario en tales casos: los cocineros y los criados prestan su ayuda en este lugar seguro. Tambien asisten los capellanes para ejercer en él los actos de su sagrado ministerio. Cruzan patrullas destinadas á conservar el órden y el silencio, y á reemplazar los centinelas muertos ó heridos. La bandera, esta noble insignia, símbolo del honor militar, que todos han jurado defender, y que desde la aparicion del enemigo tremola con orgullo sobre la popa del bajel, está bajo la custodia del guardia marina mas antiguo, con un sargento y cierto número de soldados para custodiarla y castigar de muerte al que intentase arriarla, ó solo lo propusiese. Tan terrible disposicion puede ser únicamente comunicada por el mismo comandante en persona. La tropa se distribuye del modo conveniente por los parapetos y otros sitios donde pueda ofender con sus fuegos al enemigo. Se disponen trozos de abordage provistos de armas blancas y de chispa, prontos á obrar sobre el bagel contrario si llegase á ser aquel necesario. Se disponen toldos de red de jarcia á jarcia para evitar que los motones y cabullería que puedan caer de la arboladura lastimen á la gente, y en los costados, por la parte interior, se clavan otros de vaiven (cabo mas delgado) dejándolos algo flojos *ó en banda*, para impedir los terribles efectos de los astillazos en la tripulacion.

El redoble de los tambores seguido de un profundo silencio, anuncia que se han terminado los preparativos, y que todos están en su lugar, prontos á comenzar el fuego.

El comandante, alma de aquellos movimientos, cuya suprema autoridad se muestra en toda su plenitud en tales casos, recorre con su segundo el navío, inspecciona las baterías y los aprestos con ojo inteligente; exhorta á todos con breves y enérgicas palabras al cumplimiento de su deber, á pelear como buenos militares, conservando ileso el honor nacional, y concluido aquel acto importante, va á colocarse en el alcázar, sitio de honor, como el mas peligroso, desde donde dicta sus disposiciones

á la viva voz por medio de la bocina ó comunicándolas con sus ayudantes.

Graves é imponentes sobremanera son los momentos que preceden al rompimiento del fuego en un combate naval. Aquel silencio, aquella quietud son solemnes como la muerte y la eternidad, de que para muchos van á ser precursores. En pos del comandante y su séquito aparece el capellan; el párroco de aquel pueblo castrense, que viene á cumplir un deber que impone nuestra religion, y que le prescribe espresamente la Ordenanza. A las enérgicas exhortaciones de los gefes, vienen á unirse las que tiene reservadas la Religion con sus consuelos para los guerreros cristianos, y el sacerdote concluye con una absolucion general; actos, que lejos de enervar el natural y reflexivo valor de los españoles, como imaginan algunos escritores estrangeros que jamas han conocido ni sabido juzgar nuestro carácter, exaltan noblemente su ánimo, é infunden nuevo vigor para la defensa de la patria y del

COMBATE NAVAL.

honor nacional, contra la perfidia y la ambicion estrangera, ó contra la injusticia de sus agresiones. ¡Respondan á los miserables sarcasmos de la incredulidad y de un frio escepticismo, las innumerables victorias y triunfos que en todos los siglos alcanzaron los españoles contra innumerables adversarios, en los cuales la Religion ha tomado siempre la iniciativa!

Llegado el momento decisivo, el comandante con voz firme y sonora manda romper el fuego. Una batería de diez y seis cañones detona á la vez, vomitando torrentes de llamas y lanzando el hierro destructor y homicida, y no bien ha disparado, cuando los cargadores se lanzan á la boca de los cañones, que el retroceso ha hecho entrar en el buque, y vuelven á cargarla con prontitud; síguense otras descargas de la segunda batería, de la tercera y del alcázar, y el fuego continúa ya sin interrupcion por medias baterías ó por secciones. Las distancias se estrechan, y enmedio de aquel espantoso estruendo y aparente confusion, á pesar de los estragos que por do quiera causa el fuego enemigo, todo se ejecuta con órden, cada cual atiende con solicitud á su respectivo deber ó incumbencia. Los oficiales, en el tumulto del combate, vigilan, recorren la batería ó el espacio de ellas que tienen bajo su mando, dirigen cuidadosamente las punterías, y dan el ejemplo de la serenidad y del denuedo; atienden á reforzar los puestos desguarnecidos, á sostener el espíritu de todos, á ocurrir por último, de un modo eficaz y perentorio á cuanto sea necesario disponer ó remediar en aquellos momentos. El silencio, condicion forzosa, indispensable, y espresion del órden en un combate naval, solo es interrumpido por el estruendo de la artillería, el choque y crujimiento de las cureñas y aparejos, y los ayes y lamentos de los heridos; pero el sentimiento exaltado del honor, del deber militar y el patriotismo alejan ó encubren esta parte sombría del cuadro, y solo prevalecen en el ánimo de los que pelean, ese valor reflexivo y deliberado, esa abnegacion sublime que hace al hombre capaz de todos los sacrificios; y ayudan por otra parte á sostener esta disposicion moral, la agitacion propia de la lucha, el humo y el hálito embriagador de la pólvora, que escita siempre un ardor belicoso en los combatientes.

LOS CUENTOS DE FAMILIA,

POR CÁRLOS DICKENS.

HISTORIA DE ALGUNO, O EL ORIGEN DEL RIO.

Podria componerse un año entero de los dias de Navidad que han trascurrido desde que un rico fabricante de toneles, llamado Jacob Elsen, fue nombrado síndico de la corporacion de toneleros de Stromthal, pueblo de la Alemania meridional. Ni el nombre de la familia ni el del pueblo se encuentran hoy en parte alguna. En tiempos antiguos los habitantes acusaron á los judíos de haber degollado á los niños cristianos, en consecuencia los espulsaron de allí, prohibiéndoles espresamente el volver á pasar las puertas; pero los judíos tomaron muy tranquilos la revancha, formando otro pueblo no lejos del primero, reconcentrando en él todo su comercio, de manera que el primitivo Stromthal fue poco á poco arruinándose hasta que dejó de existir.

Sin embargo, Jacob Elsen no conoció esta venganza. En su tiempo los judíos circulaban por entre sus oscuras y tortuosas calles, traficaban en sus mercados, y gozaban como los demas habitantes de los privilegios concedidos á los pecheros.

Por la villa atravesaba un rio de cauce estrecho, peligroso, y solo navegable para los barcos pequeños. Llámasele todavía el *Klar*. Como sus aguas son puras, agradables al paladar, y muy útiles para el comercio, los habitantes le llaman vulgarmente «El gran amigo de Stromthal». Atribúyenle la gran propiedad de curar los males del alma lo mismo que los del cuerpo; y aunque en nuestros dias muchos las hayan bebido y bañádose en ellas sin encontrar mejoría alguna, la fe no obstante y la confianza mantiene á pesar de todo su nombradía y fama; tambien le suelen dar nombres de muger como si fuera una diosa. El Klar es el objeto de muchas baladas é historias, que todos los habitantes saben de memoria, ó por mejor decir sabian en tiempo de Jacob Elsen, porque en aquella época habia en el pueblo muy pocos libros y muchos menos lectores. En fin, y para que nada faltase, se celebraba una fiesta anual en su honor, llamada la fiesta del Klar, en la cual arrojaban al rio muchas coronas de flores y cintas, que la corriente hacia desaparecer.

«El Klar, decia una de las baladas populares, ¿no es el mas portentoso de los rios?

Los otros se alimentan con las gotas de rocío y de la lluvia, pero el Klar baja ya entero desde lo alto de las montañas.» Y esto no era ciertamente una ficcion poética, porque en verdad nadie conocia su orígen. En vano el Consejo municipal habia ofrecido varias veces un premio de 500 florines de oro al que le descubriese; todos los que habian intentado remontar su corriente habian llegado á cierto sitio situado á muchas leguas de distancia de Stromthal, donde las olas azotando fuertemente las escarpadas rocas hacian tan rápido su curso que no era posible pasar sin navegar mas allá. A la otra parte de aquellas rocas se encontraban los montes llamados *Himmelgebirge*, entre los que se suponia encontrarse el origen del rio.

Si los habitantes de Stromthal honraban mucho á su rio, todavia amaban mas su comercio. En vez de formar paseos públicos en sus orillas, elevaron en ellas la mayor parte de sus casas. Algunas de las que habia en el arrabal tenian un pequeño jardin, pero en el interior las aguas no reflejaban mas que las fachadas de los almacenes y de las viejísimas habitaciones de madera. De estas era la casa de Jacob Elsen. Abríase su puerta junto á un pequeño embarcadero sentado sobre unos maderos clavados en el fondo del rio, de manera que solo con alargar la mano se podia llenar un cántaro.

La familia de Jacob Elsen se componia de tres personas, á saber, su hija Margarita, Cárlos su aprendiz, y una criada anciana. Tambien tenia varios jornaleros, pero no dormian en la casa. Cárlos era un jóven de 18 años, y Margarita algo mas jóven; asi es que el primero se enamoró perdidamente de esta, como generalmente sucedia á todos los aprendices de aquel tiempo. El amor de Cárlos por Margarita era puro y verdadero. Jacob lo conoció, aunque nada dijo porque tenia gran fe en la prudencia de su hija.

Pero Margarita ¿amaba á Cárlos? Ella solo lo sabia. Todos los Domingos iba él á la iglesia, y allí, mientras qué solo oraba con los labios, porque sus ojos y su alma estaban fijos en ella, la oia murmurar sus oraciones con profunda devocion; y si predicaban, estaba casi celoso de que mirase tanto al predicador y nunca á él. Sentada á su lado en la mesa, jamás Margarita perdia la calma, mientras que Cárlos estaba siempre inquieto y pensativo.

Con frecuencia se la veia ocupada para que tuviese tiempo de pensar en el aprendiz. Llegó por fin la época en que habiendo concluido Cárlos su aprendizaje, se vió precisado á abandonar la casa de su maestro Elsen para viajar, segun es obligacion y costumbre de los obreros. Pero antes de ausentarse quiso declararse francamente con Margarita, y para ello nada mejor que aprovechar una tarde que su amada entró en el taller despues de salir los trabajadores.

Llamóla para que fuese junto á la puerta que daba al rio, con el objeto, segun la dijo, de observar la puesta del sol, y allí la habló mucho tiempo del Klar y de su «misterioso origen.» Pero cuando la noche fue avanzando, y era preciso separarse, se le escapó su secreto, y á su vez Margarita le confesó que tambien ella le amaba; «pero, añadió, debo ante todo decírselo á mi padre.»

Aquella noche misma, despues de cenar, ambos amantes contaron á Jacob Elsen lo ocurrido. Jacob estaba en la edad mas florida de la vida; y aun cuando no era avaro tenia mucha prudencia para todo. «Que Cárlos, dijo, regrese de su viaje con 50 florines de oro, y si quieres entonces, hija mia, casarte con él, haré por mi parte que le reciban como maestro en nuestro oficio.» Cárlos al oir esto se creyó el mas venturoso de los hombres, porque aun cuando estaba seguro de ganarlos, no ignoraba que la ley no permitia que se casase antes de haber viajado y perfeccionádose en su oficio. Deseaba por lo tanto marcharse cuanto antes para volver pronto; asi es que al dia siguiente muy temprano se despidió de Margarita, sin que nadie se apercibiese de las lágrimas que hacia derramar aquella costosa separacion, porque nadie habia salido todavía de casa.

Cárlos estaba animoso y lleno de esperanzas, pero Margarita lloraba. «Tres años, repetia, son mucho, y con frecuencia nos cambian tanto que apenas se nos reconoce despues.»

—Este largo tiempo hará que yo os ame

mas todavía, respondió Cárlos.

—Ya encontrareis otras mas hermosas en los paises que recorrais, mientras que yo pensaré todavia en vos mucho despues que me háyais olvidado.

—Ahora creo firmemente en vuestro amor, Margarita, esclamó Cárlos trasportado de alegría; pero no dudeis de mí durante mi ausencia; porque por mi amor os juro que volveré con los 50 florines de oro á reclamar de vuestro padre que me cumpla su palabra.

Margarita permaneció mucho tiempo á la puerta de su casa para ver partir al que adoraba su corazon, y Cárlos tornó varias veces la cabeza antes de volver la esquina de la calle. A pesar de esta separacion sintió un gozo increible en el alma, por cuanto habia considerado siempre su viaje como el único medio de obtener la mano de la hija de su maestro. «Es preciso no descuidarse, repetia en su interior; y sin embargo, seria para mí la mayor fortuna si lograrse descubrir el orígen del rio. Justamente me dirijo hácia el Sur; lo intentaré despues.»

Al tercer dia de viaje tomó un barquichuelo que encontró en una aldea, y remontó la corriente; pero hácia el mediodia llegó á un punto donde se multiplicaban los peñascos, y observó que la corriente era mas rápida. Continuó remando sin embargo. La doble muralla de parduscas rocas iba siempre en aumento por ambas orillas, y cuando levantaba la vista al cielo no veia mas que una ancha faja azul. Al fin sus fuerzas fueron decayendo, y apenas podia sostener el barquichuelo en un punto fijo. De vez en cuando, haciendo un esfuerzo sobrehumano, adelantaba algunos pasos; pero como no podia conservar el terreno ganado, vencido al fin por el cansancio se dejaba llevar por la fuerza de las aguas. «Es pues ciertísimo, decia para sí, lo que tantas veces me han asegurado, de que por estos sitios es muy impetuosa la corriente; ya puedo yo asegurarlo.»

Cárlos anduvo mucho tiempo sin poder encontrar trabajo, y cuando le encontró al fin fue mal retribuido, y apenas bastante para mantenerse; se vió pues forzado á proseguir su camino. Habia trascurrido ya la mitad de término prescrito, y aun cuando habia andado muchas leguas y trabajado en muchos pueblos, apenas habia podido ahorrar 10 florines de oro. Tenia pues que seguir adelante en busca de la fortuna. Despues de muchos dias de marcha llegó á una pequeña aldea situada á las orillas de un rio, cuyas aguas claras y trasparentes le recordaron las del Klar. Hasta el pueblo se parecia tanto á Stromthal, que fácilmente hubiera podido creer era el mismo, y que despues de andar y andar mas y mas se encontraba sin saberlo en el primer punto de su partida; pero sea lo que fuese, es lo cierto que Cárlos no podia pensar en penetrar en su villa natal.

El plazo no habia trascurrido todavía, y sus 10 florines de oro, de los cuales llevaba ya gastado uno para su manutencion, eran muy poca cosa despues de haberse vanagloriado de recoger 50. La vista de su pueblo le entristecia algo mas que cuando abandonó á Margarita para emprender su obligado viaje. ¡Cuán diferente habia encontrado el mundo de lo que allá en sus sueños juveniles se imaginaba! La dureza de los estrangeros habia de tal manera agriado su corazon, que en aquel momento, mas que placer sentia pena al recordar á Stromthal. Sin el cansancio que tenia todas sus fuerzas agotadas, hubiera seguido adelante sin detenerse, pero era ya de noche y se sentia desfallecido. Penetró pues por entre las tortuosas calles del pueblo, que cada vez mas le recordaban el suyo, llegando al fin á la plaza, en cuyo centro se elevaba una colosal y blanca estatua que representaba una muger con un ramo de oliva en la mano; su cabeza estaba desnuda, cayendo desde la cintura hasta los pies un anchisimo manto graciosamente plegado en derredor.

—¿A quién representa esta estatua? preguntó Cárlos á uno de los que pasaban accidentalmente por allí.

—A nuestro rio, le fue contestado al momento.

—¿Y cómo le llamais?

—El *Geber* (el bienhechor), porque enriquece la ciudad, y le proporciona el que comercie con otras grandes ciudades.

—¿Y por qué tiene esta estatua la cabeza desnuda y los pies ocultos?

—Porque sabemos dónde nace, pero no

dónde concluye.

—¿No podria saberse dónde van á parar sus aguas?

—Es muy arriesgada la empresa. La corriente es cada vez mas impetuosa; encerrada por una larga distancia entre escarpadas rocas, acaba por precipitarse en una profunda caverna, donde se pierde enteramente.

—¡Es muy estraño, reflexionó Cárlos, que este pueblo se parezca tanto al mio!

Pero no habian concluido aun sus continuadas sorpresas.

No lejos de la plaza, en una calle estrecha, vió una casa de madera, y á la puerta colgado un pequeño tonel como muestra. Parecíase tanto aquella casa á la de Jacob Elsen, que si el nombre de «Pedro Schoufuss, tonelero del Duque» no le hubiera desengañado, hubiese creido firmemente estar en casa de su maestro y de la linda Margarita.

Cárlos llamó á la puerta y le abrió una jóven. Pero aquí encontró él la diferencia, porque la primera mirada le bastó para convencerse de que Margarita era cien veces mas hermosa.

—No sé si mi padre tiene necesidad de mas trabajadores, le dijo la jóven; pero si sois un viajero, podeis entrar entretanto, beber algo y descansar.

Dióla las gracias Cárlos y entró en la casa. La cocina, cuyo techo era muy bajo, no le causó estrañeza porque la de Jacob Elsen era lo mismo, siendo ademas el gusto general de la época. La hija del tonelero estendió sobre una mesa un blanquísimo mantel, le presentó algunos manjares, y una botella de vino y agua para lavarse; pero mientras comia le hizo varias preguntas, de dónde venia, y sobre los puntos y pueblos que habia recorrido. Nunca habia ella oido hablar de Stromthalt, y aun creia que no existia pais alguno mas allá del Himmelgebirge. Cuando entró el padre, Cárlos vió al momento que era mas anciano que Jacob Elsen.

—¿Con que buscais trabajo? le preguntó este.

Cárlos, que se mantenia de pie y con la gorra en la mano, se inclinó en señal de asentimiento.

—En ese caso, seguidme.

El anciano le precedió haciéndole entrar en el taller, en cuyo fondo habia una puerta entreabierta que conducia al rio. Puso las herramientas correspondientes en manos de Cárlos, diciéndole que acabase de hacer un tonel que le presentó. Cárlos era tan hábil en su oficio, que Pedro Schoufuss vió al momento que era un escelente trabajador, y en consecuencia le ofreció mas salario que á los demas.

Cárlos permaneció en casa de su nuevo maestro los tres años que le quedaban, concluidos los cuales dijo un dia á Berta Schoufuss:

—He concluido, Berta; mañana regreso á mi pais.

—Yo rogaré á Dios que os conceda un feliz viaje, respondió Berta, y que encontreis la alegria al entrar de nuevo en vuestra casa.

—Durante el tiempo que he permanecido á vuestro lado, continuó Cárlos, he ahorrado 60 florines de oro; sin esta suma no hubiera podido volver á ver á Magarita, de quien tantas y tantas veces os he hablado. Sin vos nunca hubiera yo ganado este salario; ¿no os debo estar eternamente agradecido?

—Y volver un dia á vernos, añadió Berta, ¿no es verdad?

—Sin duda, respondió Cárlos, guardando su dinero en la punta del pañuelo.

—Poco á poco, esclamó Berta. Hay mucho peligro en llevar consigo tanto dinero por los paises que vais á atravesar; los caminos se hallan infestados de ladrones.

—Haré una caja para encerrar el dinero, dijo Cárlos.

—Mejor será, interrumpió Berta, que lo guardeis en el mango vacío de una de vuestras herramientas. Nadie podrá sospechar asi, porque nada mas natural que un trabajador lleve las suyas.

—No hay mango bastante grueso que pueda contener mi dinero, respondió Cárlos. Voy á hacer una maza hueca, y allí lo guardaré.

—¡Escelente idea! esclamó Berta.

Cárlos hizo al dia siguiente un ancho mazo enteramente vacío, y cerrado por uno de

los estremos por medio de una plancha corrediza, y en él guardó 50 florines de oro. Lo que le restaba de su tesoro le pareció debia reservarlo para los gastos del viaje, comprar algunos vestidos y otros objetos, puesto que en adelante podia ya no escasearse nada. Cuando todo estuvo dispuesto, alquiló un barquichuelo para bajar el rio y hacer embarcado una parte del viaje. El anciano se despidió de él muy cariñosamente al pie del embarcadero de su tienda; Cárlos abrazó afectuosamente á Berta, y esta le encargó que cuidase mucho de su mazo.

El marinero que debia conducirle era el muchacho mas feo que se puede imaginar. Sus piernas eran en estremo cortas, y su obesidad mucha. Apenas se le veia el cuello; pero en cambio tenia una cabeza disforme, y sus ojos parecian dos puntos que arrojaban chispas. Su pelo era crespo y erizado, y sus brazos largos como los de un mono. A Cárlos no le gustó mucho cuando entró en tratos con él, y ya estaba á punto de ajustarse con otro, cuando reflexionando que cometia una injusticia en privarle de su trabajo solo porque era tan feo, volvió atrás y alquiló su lancha.

Cárlos se sentó junto al timon, y el feo marinero cogió los remos y empezó á remar. A veces se inclinaba tanto hácia adelante que su cara casi tocaba con los pies, echándose luego tanto hácia atrás, que dando grande impulso á los remos hacia casi volar el barquichuelo. Nuestro jóven no se quejaba de aquella velocidad; al contrario, porque deseaba llegar cuanto antes á Stromthalt; pero la franqueza que entre los dos se estableció desde los primeros momentos, hizo muy atrevido al conductor. Ora hacia horribles muecas á los demas barcos que pasaban junto á él, de manera que sus compañeros le arrojaban á la cara para contestarle muchas piedras; ora daba con los remos á los peces que se atrevian á sacar la cabeza á flor de agua, matándolos inhumanamente. En vano le gritaba que bogase tranquilo, porque el tunante le replicaba en un idioma incomprensible y volviendo á comenzar sus juegos. Una vez le vió Cárlos con grande asombro dejar su puesto y deslizarse por el borde de la navecilla como si tuviera ruedas en los pies.

—Bogad tranquilo, feo mono, le dijo Cárlos dándole un ligero golpe en las espaldas.

El marinero se sentó entonces con semblante sombrío, y permaneció callado en su puesto. Cárlos entonó una de las canciones inspiradas por el Klar, mientras la nave proseguia su curso á través de las esmaltadas riberas, costeando las pequeñas islas que encontraba al paso, hasta que la luz del dia fue amenguándose. Las aguas del rio brillaban con opaca claridad, los árboles fueron poco á poco confundiéndose, y las estrellas apareciendo en el cielo. Nuestro viajero, que contemplaba con placer juguetear los peces haciendo varios círculos en la corriente, dejó caer la mano en el agua, ¡y sintió un verdadero éstasis al ver cómo sus dedos se deslizaban velozmente por ella. La fatiga y el cansancio le dominaron al fin, y envolviéndose en su capa colocó su mazo junto á sí y se durmió. El pueblo donde debian pernoctar estaba mas lejos de lo que creyeron al principio..... Cárlos durmió largo tiempo, y soñó que oia un ruido como el que hace un cuerpo estraño al caer en el agua salpicándole la cara. Despertóse. Al principio creyó que era el marinero que habia caido al rio; pero le vió de pie en medio de la barquilla.

—¿Qué ha sucedido? preguntó Cárlos.

Que he dejado caer al rio vuestro mazo, respondió el marinero.

—¡Miserable! esclamó Cárlos arrojándose sobre él, ¿qué has hecho?

—Perdonadme, señor, contestó el marinero haciendo una espantosa mueca; el mazo se me ha escapado de la mano, cuando iba á descargarlo sobre un murciélago que andaba revoloteando en derredor de mi cabeza.

Cárlos, fuera de sí, se lanzó sobre el marinero; pero este esquivó los golpes que se le dirigian echando á correr por el borde de la barquilla. Enfurecido de no poder dar con él, Cárlos hizo un esfuerzo violento para apoderarse de su enemigo, y consiguiéndolo al fin, el peso de ambos hizo dar la vuelta á la nave, y sumergir á los dos en el agua. Pero nuestro jóven, viendo que su compañero no sabia nadar é iba infaliblemente á perecer, olvidó enteramente su mazo querido para no pensar mas que en salvarle la

vida. La corriente era en aquel sitio tan impetuosa que no pudieron ganar la orilla sino mucho mas abajo de donde cayeron. Pero al fin ambos salieron sanos y salvos, y al salir pudieron ver clara y distintamente las luces de los reverberos de la ciudad cercana. Cárlos se dirigió hácia aquel punto triste y melancólico por su pérdida, mandando al marinero que le siguiese. Pero al llegar junto á las puertas de la ciudad notó que su compañero habia completamente desaparecido. Llamóle en alta voz, y aun volvió algunos pasos atrás para llamarle de nuevo; mas no recibió respuesta. Cansado y casi desesperado se resolvió á penetrar en la ciudad, sin que volviera á oir hablar nunca jamás del marinero.

Como puede imaginarse, Cárlos no cerró los ojos en toda la noche. Al despuntar el dia ofreció cuanto dinero le quedaba por una lancha, y con ella descendió al rio. El pobre jóven creia que su mazo podia haber sobrenadado á pesar del peso de los 50 florines, y esperaba volverlo á encontrar. Pero en vano registró por todas partes, y remó el dia entero en su busca. El Geber bañaba en aquel sitio varias islillas encantadoras. Ambas orillas sin embargo tenian un aspecto casi salvaje. Apaciguóse el viento. El agua era tan negra como si el cielo hubiese estado encapotado, corriendo cada vez mas rápida, y serpenteando como el Klar entre las rocas. Aquellas sombrías murallas se elevaban cada vez mas, y el barquichuelo se deslizaba con tal presteza, que Cárlos creyó iba á sepultarse en el interior de la tierra, cuando notó la entrada de la caverna que le indicó aquel forastero. En aquel momento vió su mazo que flotaba sobre las aguas. Pero la lancha empezaba ya á dar vueltas en rededor. Cárlos se sintió desfallecer.

El mazo sin embargo se metió en la caverna, y la lancha iba á hacer lo mismo. Entonces el instinto de la propia conservacion le hizo que se agarrase á los peñascos con las manos, y se detuvo. A través de las tinieblas que le rodeaban vió brillar algunas lucecillas, pero nada mas vió, oyendo tan solo el ruido de las aguas que se precipitaban con grande estrépito por una cascada. No todo consistia en renunciar á recoger el mazo, sino que era preciso remontar la corriente; por consiguiente la empresa era dificil, porque los remos de nada podian servirle. Logrando sin embargo entrar en la parte del rio donde las aguas corrian mas tranquilas, y agarrándose á las grietas de las rocas, logró volver atras un buen trecho. Asi caminó durante toda la noche muy lentamente, encontrándose poco antes del amanecer fuera de las murallas de piedra. Cansado y sin fuerzas para mas, ató su barquichuelo, saltó en tierra y se durmió como un leño. Al despertar comió un poco de pan de que se habia provisto, y continuó su viaje.

Durante muchos dias, Cárlos marchó á la aventura recorriendo dilatados bosques, atravesando muchos rios y gastando enteramente las zuelas de sus zapatos, antes de poder tropezar con el verdadero camino que conducia á Stromthalt. Momentos hubo que pensó volver á trabajar por otros ocho años á casa de Pedro Schoufuss; pero no se resolvió á ello sin haber visto antes á Margarita. «Ademas, pensaba el inocente jóven, Jacob Elsen es muy honrado, y cuando sepa que he trabajado y ganado mis 50 florines de oro, aunque no los tengo actualmente, me concederá la mano de su hija.»

Por mucho tiempo anduvo rodando por las calles de su pueblo, en las cuales encontró muchos de sus antiguos amigos que ya le habian olvidado. Por último se resolvió á entrar en la calle donde vivia Jacob y llamar á su puerta. El mismo Jacob le abrió en persona.

—¡Ya está aqui el viajero! esclamó el padre abrazándole; ¡cuánto se alegrará Margarita al saberlo!

Cárlos siguió cabizbajo al tonelero, como si hubiese cometido una mala accion. No se atrevia el pobre á comenzar su relacion.

—¡Cuán palido y flaco estais! dijo Jacob; creo sin embargo que habreis tenido durante este tiempo una conducta irreprensible. ¡Qué vestido tan bueno traeis! A fe mia que no se acomoda á la condicion de un simple trabajador. ¿Habeis acaso encontrado algun tesoro?

—No señor, respondió Cárlos, antes bien he perdido hasta los 50 florines de oro que habia ganado con el trabajo de mis manos.

El anciano se puso sério al oirle. La mirada vaga é inquieta de Cárlos, sus elegantes vestidos estropeados por el viaje, y su confusion y silencio infundieron sospechas al prudente Jacob Elsen; y cuando el jóven le contó su historia, le pareció tan estraña é increible, que movió la cabeza diciéndole:

—Habeis vivido en pésimos lugares. Mas os valiera haber muerto cuando todavia cepillábais duelas que vivir para ser embustero.

Cárlos nada respondió, y salió precipitadamente de la casa. A la puerta encontró á Margarita, y con gran admiracion de esta pasó junto á ella sin dirigirla la palabra. Durante la noche recorrió al acaso las calles del pueblo. Muchos deseos tenia de volver á casa del anciano Pedro Schoufuss y de su hija Berta, pero el orgullo le contenia. Resolvió pues marcharse para buscar trabajo en cualquier otra parte. No obstante, pesaba en gran manera sobre su ánimo la ingrata conducta que habia observado con Margarita, y quiso verla antes de partir. Con este objeto permaneció en la calle hasta despues de salir el sol, esperando que aquella abriera la puerta. Cuando Margarita apareció, se adelantó Cárlos hácia ella.

—¡Ay Cárlos! esclamó Margarita: ¿era esto todo cuanto me esperaba despues de tantos años?

—Escuchadme, querida Margarita, la dijo entonces Cárlos.

—No me atrevo, contestó Margarita; mi padre me lo ha prohibido espresamente. No puedo hacer mas que deciros adios, y rogar al cielo que ilumine á mi padre para que conozca su error un dia.

—Le he dicho la pura y exacta verdad, esclamó Cárlos; pero Margarita se retiró y le dejó solo.

Cárlos esperó todavia algunos instantes, y resolvió seguirla para convencerla al menos, antes de su partida, de su inocencia. Con este objeto abrió el postigo y entró en el patio, atravesando la cocina. Pero Margarita habia desaparecido. Pasó luego al taller, donde tampoco encontró á nadie, porque los trabajadores no habian llegado aun, habiendo sido Margarita la primera que se habia levantado. Las desgracias y la injusticia con que se le trataba hirieron tan vivamente su imaginacion, que le pareció oir una voz secreta que le decia: «Todo el mundo se ha conjurado contra tí.» Dominado por esta idea, esclamó:

—¡No puedo soportar tanto; mas vale morir!

Y diciendo esto abrió el otro postigo que daba al rio. La mañana aparecia clara y despejada; el Klar engrosado con las lluvias de los dias anteriores, rebosaba por todas partes.

—De todas mis esperanzas, de mi continuada resignacion, de mi industria y de mi trabajo incansable, de todo en fin cuanto he sufrido, y de mi amor por Margarita, hé qui el fin miserable que me espera! esclamó Cárlos adelantándose hácia el rio.

Pero detúvose de repente, porque acababa de descubrir un objeto detenido por los maderos del embarcadero.

—¡Es singular! esclamó el desventurado; es un mazo, y se parece estraordinariamente al que he perdido. Tal vez lo haya dejado caer alguno de los obreros de Jacob Elsen.

El mazo parecia algo mayor que los ordinarios, aun cuando Cárlos creyó que era efecto de su imaginacion trastornada. Ocurrióle no obstante la idea de que acaso algun poder sobrenatural podria haberlo traido á tiempo para detenerle al borde del precipicio.

—Sí, sí, es mi mazo en efecto, esclamó inclinándose para cogerlo, porque acabo de ver la señal que cubria su secreto.—Loco de contento, y sin cuidarse de alcanzarlo porque lo veia firmemente detenido, volvió á entrar en la casa, tropezando con Jacob Elsen á tiempo que este bajaba la escalera.

—¡He encontrado mi mazo! esclamó Cárlos. ¿Dónde está Margarita?

Pero el tonelero se mostraba incrédulo. Margarita al oir la voz de su amante bajó precipitadamente.

—¡Por aqui! ¡Por aqui! decia Cárlos conduciéndoles al rio. ¡Por aqui, miradlo!

Margarita y su padre vieron entonces el mazo. Cárlos se bajó para cogerlo, y abriendo el secreto, dejó caer en el suelo las 50 monedas de oro. Jacob le estrechó la mano, suplicándole le perdonase sus sospechas. Margarita derramaba lágrimas de alegria.

—¡Ha llegado á tiempo para salvar mi vida! esclamó Cárlos. Felices dias me esperan ahora con él.

—Pero ¿cómo ha podido llegar hasta aqui este mazo! preguntó Jacob queriendo descifrar el enigma.

—Creo adivinarlo, respondió Cárlos; he descubierto sin saberlo el origen de Klar; este y el Geber son un mismo rio.

Despues de escribir la historia de sus aventuras, Cárlos hizo presente de ella al Consejo municipal, el cual encargó á todos los sabios de Stromthalt que demostrasen con sus investigaciones la identidad de ambos rios. Conseguido esto, y para celebrarlo, se hicieron grandes festejos públicos en el pueblo. El dia que Cárlos se casó con Margarita recibió la recompensa ofrecida de 500 florines de oro; y desde aquella época, el aniversario del encuentro del mazo se celebró con una fiesta por todos los habitantes de los pueblos situados á las orillas del Geber y del Klar.

D. de B.

EN EL ALBUM

DE LA SEÑORITA DOÑA C. T.

Yo he visto conchas mil de mil colores,
Sin perlas en el seno nacarado;
Trasunto fiel de las pintadas flores
Que nacen sin perfumes en el prado,
Y de las bellas que inspirar amores
Logran, sin corazon apasionado;
Engañando al mortal que las admira,
Porque sin corazon todo es mentira.

—

¿Que valen esas conchas? Arrojadas
En las orillas de la mar serena,
El hombre las desprecia, y humilladas,
Su vanidad ocultan en la arena.
Tambien se ven marchitas, deshojadas,
Allá en la tarde en la floresta amena,
Las flores purpurinas y lujosas
Que sin aroma alzábanse orgullosas.

—

Y asi tambien las mágicas beldades
De activo corazon seco y vacío,
Lanzadas por las fieras tempestades
De las pasiones ¡ay! su desvario
Comprenden, y tristísimas verdades
Vienen á helarlas con su aliento frio,
Confundiendo su orgullo y arrogancia.
¡Pobres flores, marchitas sin fragancia!

—

Mas hay conchas que valen un tesoro,
Porque en su seno guardan ricas perlas,
Y el hombre las codicia mas que el oro,
Juzgándose feliz al poseerlas.
Y hay flores olorosas, que al canoro
Rey de la selva inspiran, pues al verlas
Lanza trinos de dulce melodia,
Espresando su insólita alegría.

—

Y al verte, Concha, á tí, ¿quién un momento
Dudará que hay mugeres seductoras,
Como aquellas que forja el pensamiento
De la ilusion en las divinas horas?
Al contemplar en dulce arrobamiento
Tus pupilas de amor encantadoras,
Inefable placer inunda el alma,
Y el hombre pierde su apacible calma.

—

Gala y encanto de la patria mia,
Cuando abandones el pais hermoso
Que te viera nacer feliz un dia,
Con el que unido á tí será dichoso,
Al nombrarte diré: «Concha tenia
Un corazon sensible y generoso
Como perla nutrido en la inocencia;
Puro como la flor de mas esencia.»

J. Tejon y Rodriguez.

UN DRAMA AL PIE DEL VESUBIO,

POR ALEJANDRO DUMAS.

Una magnífica quinta, de cuya hermosura solo puede formarse cabal idea contemplando las que Leopoldo Robert sabe trazar en escorzo, descollaba en la parte baja del monte Vesubio y en la fuente de uno de los brazos del Sebeto. Dicha quinta presentaba un edificio elegante, con toda la apariencia de un palacio con magníficos jardines.

Segun costumbre de Nápoles, durante todo el dia la quinta muda parecia solitaria y permanecia cerrada; mas apenas llegaba la tarde, y con ella la brisa del mar, abríanse lentamente las celosias para respirar, y entonces los que pasaban por delante de aquella magnífica habitacion, podian ver al través de las ventanas mil habitaciones lujosamente amuebladas y decoradas con ricas colgaduras, y pasar por ellas apoyados del brazo y mirándose amorosamente un apuesto caballero y una hermosa dama. El caballero se llamaba el conde Odoardo Giordani, y la jóven que era su esposa, tenia por nombre Lia, ambos eran los señores de aquella encantada habitacion. Mucho tiempo hacia que se amaban, y no obstante tan solo habia seis meses que se habian casado. Debian haberlo hecho en el momento en que estalló la revolucion napolitana, mas no les fue posible.

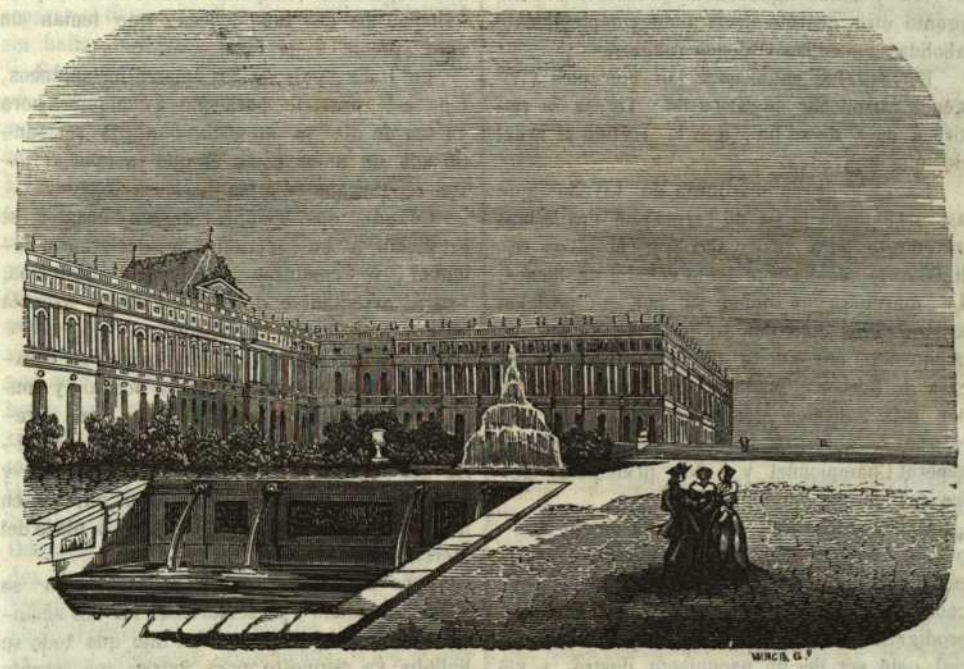
Odoardo era uno de los partidarios mas adictos á la casa real, ya por su nacimiento, ya por sus principios, así es que marchó á Sicilia con el Rey Fernando y permaneció en Palermo siete ú ocho meses como caballero de honor de la Reina. Cuando el Cardenal Ruffo hizo su espedicion á Calabria, el conde pidió á la esposa de don Fernando licencia para partir con el Cardenal. Concediósela la reyna, y Odoardo acompañó á este estraño gefe de guerrilleros en su marcha triunfal á Nápoles, en donde halló á su hermosa Lia, tan fiel y enamorada como siempre.

Nada podia oponerse ahora á la union de los dos amantes, asi es que no tardaron en ver realizados sus deseos, dando el conde la mano de esposo á la hermosa jóven á quien habia prometido un amor eterno. Queriendo apartarse entonces de los continuos asesinatos que llenaban de luto la ciudad, se trasladó con su joven esposa al paraiso que acabamos de retratar, el cual hacia ya cinco meses que lo habitaban los dos, y en donde el conde hubiera sido sin contradiccion el hombre mas feliz de la tierra sin el acontecimiento que acababa de sucederle, y que turbaba profundamente su ventura.

No todos los individuos de su familia habian participado del odio que él tenia á los franceses, y que habia sido causa de que abandonase á Nápoles al aproximarse aquellos. El conde tenia una hermana menor que él llamaba Teresa, hermosa jóven que se desarrollaba y crecía cual lirio á la sombra del claustro. Siguiendo la costumbre de las familias napolitanas, el porvenir de amor y de

felicidad de aquella hermosa niña, ese porvenir tan bello que ha permitido Dios que espere toda criatura humana, habia sido sacrificado al porvenir de ambicion de su hermano mayor. Antes que la pobre Teresa supiera lo que era el mundo, habiase interpuesto entre este y ella la dura reja de un claustro; cuando por la muerte de su padre quedó dueño de su libertad su hermano mayor que la adoraba entrañablemente, hacia ya tres años que ella habia pronunciado sus votos.

Al volver á ver el conde de Odoardo á su querida hermana despues de la muerte de su padre, la primera palabra que le dijo fue la promesa de alcanzar del Santo Padre el rompimiento de un compromiso contraido an-



LA QUINTA DE ODOARDO

tes que ella pudiera conocer todo el valor del juramento pronunciado, y apreciar la estension del sacrificio que iba á hacer; pero para la pobre niña, que solo habia visto el mundo al través del espeso velo de sus primeros años, cuyo corazon no conocia otro amor que aquel que habia consagrado al Señor, el claustro era su único atractivo y la soledad todo su encanto; asi es que dió gracias á su querido hermano por el ofrecimiento que le hacia, pero le aseguró, que estaba tan contenta y tan feliz, que temia que todo cambio pudiera dar á su existencia otro porvenir que aquel á que se habia habituado.

Odoardo que comenzaba á amar, y que por esperiencia conocia el cambio que el amor suele causar en la vida, se retiró rogando al Señor hiciese que nunca se arrepintiera su hermana de la resolucion que habia tomado.

Pasaron algunos meses, y finalmente llegaron los sucesos que acabamos de referir. El conde Odoardo se retiró á Sicilia, como hemos dicho, dejando á la jóven carmelita bajo la proteccion del Señor.

Los franceses entraron en Nápoles, y no tardó en publicarse la república de Partenope; uno de los primeros actos del gobierno fue, asi como lo hicieron ya antes su hermana mayor la república francesa, abrir las puertas de todos los conventos, y declarar nulos los votos monásticos.

Despues, como este medio no bastaba para decidir, principalmente á las mugeres, á abandonar el asilo donde se habian acostumbrado á vivir y donde aguardaban la muerte, se dió pronto otro decreto declarando completamente abolidas todas las Ordenes religiosas.

Forzoso fue entonces á las inocentes vírgenes abandonar su caro asilo; Teresa se retiró á casa de su tia, que la recibió al igual de una hija suya.

La casa de la marquesa de Livello (que asi se llamaba la tia de Teresa) no era la mas apropòsito para poder recobrar la jóven religiosa la calma que tanto echaba de menos. La marquesa, á quien ya por su posicion aristrocrática, ya por su fortuna, ya por su nacimiento era adicta de todas veras á la casa de Borbon, habia temido comprometerse por esta adhesion demasiado conocida, asi es que se apresuró á recibir en su casa al general Championnet y á los principales gefes del ejército republicano.

Habia entre estos oficiales un jóven coronel de unos 24 años, lo cual no debe causarle estrañeza al lector, porque en aquella época, como en toda de revueltas, se ascendia con prodigiosa velocidad. De modo que este oficial, sin ser de un nacimiento ilustre, y sin bienes de fortuna, habia llegado á este grado sin contar mas que con su valor. Apenas vió á Teresa se enamoró de ella, y esta al verle comprendió que ademas de la soledad y del reposo del claustro, existe otra felicidad en la vida.

Amáronse, pues, el mancebo y la jóven: el primero con la imaginacion de un francés y la otra con el corazon de una italiana. No obstante, desde la primera reflexion que hicieron á sus solas pudieron comprender que aquel amor habia de ser por fuerza desgraciado. ¿Cómo la hermana de un emigrado realista podria casarse con un coronel republicano? Mas en vez de arredrarlos esta reflexion, quizás solo sirvió para que se amasen mas. Pasáronse tres meses, que á los dos amantes parecian un dia; pero cuando mas aletargados estaban en sus amorosos sueños, vino á despertarlos la órden para que el egército frances tocase retirada; órden funesta que debia ser la señal de grandes desgracias; sin embargo, el amor que se profesaban los dos jóvenes era ya demasiado intenso para que pudieran arredrarse un solo instante ante la idea de una separacion. Separarse era morir, y se hallaban los dos tan felices, que tenian un vivo aprecio á la vida.

En Italia, pais de los amores instantáneos, todo está previsto para que á cualquiera hora ya sea de dia ya de noche, pueda ser santificado un amor como el que ya unia al jóven republicano y á la hermosa Teresa.

Cuando dos amantes desean casarse se presentan á un sacerdote, le declaran su voluntad, se confiesan, reciben la absolucion, van á arrodillarse delante del altar, oyen la misa y hételos ahí ya casados.

El coronel propuso á su amada un casamiento de este género. Teresa aceptó, y convinieron en que durante la noche que precederia á la partida de los franceses, ella huiria del palacio de la marquesa de Livello, y que irian á recibir la bendicion nupcial en la iglesia del Cármen, situada en la plaza del Mercado Nuevo.

Poco mas ó menos hízose todo como se habia acordado; presentáronse los dos amantes al sacerdote, y este les dijo que todo se hallaba ya dispuesto para unirlos tan pronto como estuviesen confesados. Nada habia que replicar á esto, porque tal era la costumbre: el coronel se conformó con tan justa proposicion arrodillándose á un lado del confesonario, mientras que la hermana de Odoardo se arrodillaba al otro.

El confesor perdonó su amor á Teresa y su fuga de la casa de su tia, puesto que el objeto de esta fuga era seguir á su marido; pero asi que la jóven le dijo que habia sido religiosa, y que habia salido del convento á consecuencia del decreto de abolicion de las ordenes religiosas, se levantó el sacerdote declarando que, aunque estaba libre de sus votos á la vista de los hombres, no lo estaba por

esto á los ojos de Dios, y consecuente á esto se negó á bendecir su enlace. Teresa suplicaba y el coronel amenazó; pero ni súplicas ni amenazas hicieron cambiar al confesor. Tentado estuvo el coronel de atravesarle con su espada; pero reflexionó que no por eso lograria mejor su objeto, y se llevó á Teresa entre sus brazos, jurándole que aquel contratiempo solo era una dilacion sin importancia, y al momento de llegar á Francia hallarian un sacerdote que se apresuraria á reparar el tiempo perdido, uniéndolos al instante sin hallar obstáculo alguno.

Como Teresa amaba apasionadamente, creyó y consintió en seguir á su amante. Al siguiente dia la marquesa de Livello halló una carta que le noticiaba la fuga de su sobrina. Esta noticia le causó un vivo dolor; pero este no procedia enteramente de la desaparicion de Teresa. Ya hemos dicho los temores políticos de la marquesa; temores que la habian obligado á recibir contra su opinion como amigos á los franceses á quienes odiaba. Previendo una reaccion realista, temia los cargos que le harian los partidarios de los Borbones por su facilidad en fraternizar con los republicanos; pero su temor llegaba al máximo cuando consideraba cuan grande seria su responsabilidad al saberse que la sobrina que la habia sido confiada, la hermana del conde Odoardo, es decir, de uno de los mas decididos defensores y amigos de la corte del Rey Fernando, habia huido de Nápoles con un coronel francés. La marquesa de Livello creia ya verse prisionera, guillotinada, ó por lo menos proscripta. Tomando pues una resolucion instantánea, anunció que hacia algun tiempo que se iba debilitando sin cesar la salud de su sobrina, y que suponiendo que no le probaba el clima de Nápoles, iba á retirarse á su tierra de Livello. Aquella misma tarde partió en un coche cerrado, donde se presumia que iba con Teresa, y la mañana siguiente llegó á su castillo, situado en la tierra de Bari, vecino al riachuelo Ofando.

Este castillo era sombrío, aislado, solitario, y convenia perfectamente á la resolucion que habia tomado la marquesa. Pasado que hubo un mes se esparció en Nápoles la noticia de que Teresa acababa de morir de una enfermedad de languidez, sobre cuyo acontecimiento no dejó la menor duda un certificado de un anciano sacerdote adicto á la casa de la marquesa hacia mas de cincuenta años. Por otra parte, ¿quién podia entrar en sospechas de que esa noticia fuese falsa? Todo el mundo sabía que la marquesa adoraba á su sobrina, y habia anunciado públicamente que no tendria otra heredera sino ella; finalmente, la marquesa habia divulgado esta voz con tanta mas confianza, cuanto que Teresa la habia indicado en su carta que ya nunca mas volveria á verla.

Inutil es decir que el sentimiento que causó á Odoardo semejante noticia llegó á un grado de desesperacion, porque Lia y su hermana eran las dos únicas personas que amaba en este mundo; afortunadamente aun le quedaba Lia.

Digimos ya que al entrar Odoardo en Nápoles con el Cardenal Ruffo habia encontrado á Lia mas amante y apasionada que nunca. Hemos dicho tambien que se habia unido y abandonado á Nápoles para entregarse esclusivamente á su amor en la bella quinta situada en la falda del Vesubio.

Los dos nuevos esposos recibian pocas visitas, porque la dicha gusta de la calma y anhela la soledad Por otra parte, en los primeros dias de su casamiento vino una de las amigas de la condesa á pagarle su visita de boda, y encontrándola sola, se apresuró á felicitarla no solamente por su union con el conde Odoardo, sino tambien por el triunfo que habia conseguido de su rival; triunfo de que era irrefragable prueba aquella union. Entonces Lia, sin comprender lo que significaban aquellas palabras, se habia tornado pálida y preguntó á su amiga de qué rival hablaba, y qué triunfo era ese que no comprendia. La oficiosa amiga refirió entonces á la joven condesa que no se habia hablado de otra cosa en la corte de Palermo que del amor que el conde habia inspirado á la hermosa Emma Lyonna, la favorita de Carolina, rumor que habia hecho temer á las amigas de la futura marquesa que su matrimonio fuese una cosa demasiado aventurada, mas no sucedio así; el nuevo Reynaldo, estraviado un instante segun la imprudente narradora, habia roto fi-

nalmente las cadenas de aquella nueva Armida, y dejando la isla encantada, donde por un instante se habia perdido su corazon, habia vuelto mas enamorado que nunca á sus primeros amores.

Lia habia escuchado toda esta historia con la sonrisa en los lábios y con la muerte en el corazon. Satisfecha en seguida la oficiosa amiga del dolor que habia causado, volviose á Nápoles dejando en el corazon de la joven esposa toda la tortura que pueden hacer sufrir los celos.

De modo, que apenas se cerró la puerta despues que salió su amiga, la infeliz Lia dió libre curso á su llanto; pero como casi al mismo tiempo se abrió una puerta lateral por la que entró el conde, procuró disimular sus lágrimas aparentando una dulce sonrisa; mas al querer hablar, el dolor le ahogó la voz y en lugar de las tiernas palabras que queria pronunciar, solo pudo prorumpir en sollozos y suspiros.

Este pesar era demasiado profundo é inesperado para que el conde no tratase de saber la causa. Lia por su parte tenia el corazon demasiado lleno para encerrar por mas tiempo semejante secreto: desbordose todo su dolor, sin reconvencion, sin recriminaciones; pero tal como lo habia esperimentado, lleno de pesar y de amargura.

Odoardo se sonrió porque habia algo de verídico en la relacion que habia hecho á Lia su oficiosa amiga. En verdad, la bella Emma Lyonna habia amado al conde; mas con gran sorpresa suya, este amor no tuvo otra recompensa que la fria política del hombre de mundo. Finalmente, se le presentó la ocasion de dejar la Sicilia con el Cardenal Ruffo, y se apresuró á aprovecharla. Odoardo contole todo esto á su esposa con el acento de la verdad, sin hacer valer el sacrificio que habia hecho, porque amaba demasiado á Lia para creer que la habia hecho ningun servicio. Tranquilizada Lia con la bondadosa sonrisa de su esposo, acabó por echar en olvido aquella aventura, como se olvidan las sospechas de amor, es decir, que no volvió á pensar en ella sino al hallarse sola.

Una mañana en que habia salido Odoardo al rayar el alba para ir á cazar al monte, al pasar Lia por el cuarto de su esposo, vió encima de una mesa cuatro ó cinco cartas que el criado acababa de traer de la ciudad; dirigiólas maquinalmente una mirada, y observó que una de ellas estaba escrita por mano de muger. Al verla se estremeció, y aun cuando conocia demasiado sus deberes de esposa para atreverse á abrir aquella carta, no pudo resistir al deseo de asegurarse del género de sensacion que esperimentaria al abrirla su esposo, de modo que asi que sintió sus pasos, corrió á ocultarse en un gabinete desde el cual podia observarlo todo, y aguardó ansiosa y trémula como si fuera á decidirse para ella alguna cosa suprema.

El conde atravesó su cuarto sin detenerse ni un solo instante, y entró en el de su esposa, pues le habian dicho que estaba en su cuarto y creia encontrarla allí. La llamó, mas como contestar era delatarse, Lia guardó silencio. Odoardo se dirigió entonces á su cuarto, dejó su escopeta en un rincon, echó su morral sobre un sofá, y despues encaminándose negligentemente hácia la mesa donde estaban las cartas, dirigió hácia ellas una mirada de indiferencia; pero apenas vió aquella letra fina que tanto habia alarmado á la condesa, lanzó un grito, y sin hacer caso de las demas cartas, se apoderó de ella. Solo la vista de aquella letra habia causado al conde tal emocion, que tuvo que apoyarse en la mesa para sostenerse; despues estuvo un instante fijando sus miradas en el sobreescrito, como si fuera mentira lo que veian sus ojos. Finalmente, rompió el sello temblando, buscó la firma, la leyó ávidamente, devoró la carta. La llenó de besos, y permaneció por algunos minutos pensativo. Habiendo vuelto á leer aquella carta cuya importancia no era dudosa, la dobló cuidadosamente, miró á su alrededor para asegurarse de que no habia sido visto, y creyendo que se hallaba solo, la ocultó en el bolsillo interior de su levita de caza, de modo que ya sea por casualidad ó voluntariamente, la carta vino á reposar sobre su corazon.

Aquella carta era de Teresa, y al ver Odoardo la letra de su querida hermana, que ya tenia por muerta, tembló de sorpresa y creyó ser juguete de alguna ilusion. Entonces

fue cuando abrió aquella carta con tanta emocion y temor, y por ella supo la verdad. El joven coronel habia muerto en la batalla de Génova, y Teresa se habia hallado sola y aislada en un pais que no conocia. Esposa del coronel, habia vuelto á Francia orgullosa del nombre que llevaba; pero el matrimonio no se habia verificado todavía; asi es que solo tenia derecho para llorar á su amante. Entonces pensó en su hermano que tanto la amaba, á él solo confiaba su posicion, y le rogaba que guardase el mas inviolable secreto, pues deseaba continuar siendo muerta á los ojos de todo el mundo. Por lo demas, debia llegar allá casi al mismo tiempo que su carta; una sola palabra, que rogaba á su hermano le escribiese por el correo, debia indicarle la casa donde podria apearse. Allí le aguardaria con toda la impaciencia de una hermana que habia temido no verle nunca mas. Para mayor seguridad, la carta que le escribiese su hermano no debia ir acompañada de ningun nombre, dirigiéndose solamente á la señora***. Teresa terminaba su carta encargándole de nuevo el secreto, aun para con su misma esposa, cuya rigidez temia, y cuyo desprecio no le seria posible soportar.

Odoardo cayó sobre una silla sucumbiendo al esceso de su sorpresa y de su alegria.

No describiremos la angustia que la condesa esperimentó durante la media hora que acababa de trascurrir. Veinte veces estuvo á punto de entrar, de presentarse repentinamente al conde, y de encararse con él para preguntarle si se cumplian de esa manera los juramentos de fidelidad que le habia hecho; pero retenida todas las veces que lo intentó, por ese deseo irresistible que nos arrastra á apurar hasta las heces la copa de nuestras desventuras, habia permanecido inmóvil y sin poder hablar, encadenada á su sitio, cual si estuviese bajo el dominio de un pesaroso sueño.

No obstante, conoció que si el conde la encontraba allí adivinaria que lo habia observado todo, y por consiguiente estaria ya sobre aviso. Corrió pues al jardin, y por una reaccion desesperada sobre sí misma logró al cabo de algunos instantes dar á su rostro cierta especie de tranquilidad aparente, á pesar de los tormentos que martirizaban su corazon.

El conde bajó tambien al jardin, donde no tardaron en hallarse ambos esposos, haciendo al verse un esfuerzo sobre sí mismos; el uno para disimular su gozo, y la otra para ocultar su quebranto.

Odoardo corrió hácia su muger, Lia le aguardó, y como aquel la estrechara en sus brazos con un movimiento casi convulsivo, se asustó la condesa y esclamó:

—¿Qué te sucede, amigo mio?

—¡Oh! ¡cuán dichoso soy! esclamó el conde.

Lia creyó que iba á desmayarse.

Ambos se retiraron para comer. Durante la comida Odoardo se mostró tan distraido, que no reparó siquiera en que su muger tambien lo estaba; concluido que hubieron de comer se levantó y cogió su sombrero.

—¿A donde vas? preguntó Lia temblando; y como balbuceó estas palabras con un acento que no acostumbraba, Odoardo no pudo menos de mirarla con cierta admiracion y repitió:

—¿A donde voy?

—Sí, á donde vas! continuó Lia con un acento mas dulce y esforzándose en sonreir.

—Voy á Nápoles. ¿Qué tiene eso de particular? dijo Odoardo sonriéndose.

—¡Oh! nada; mas como me dijiste que no me dejarias esta tarde....

—Una de las cartas que recibí esta mañana me obliga á hacer este corto viage; pero no tengas cuidado, pues volveré cuanto antes.

—¿Luego es un asunto de importancia el que te obliga á ir á Nápoles?

—Si, y de grande importancia.

—¿No te es posible el dejarlo para mañana?

—De todo punto imposible.

—En ese caso, ¡adios!

Lia pronunció esta última palabra con un acento de dolor tan marcado que el conde se volvió hácia ella, y cogiendola en sus brazos le dijo:

—¿Sufres, querida Lia?

—¡Oh! no.

—Si, tú padeces, ¿qué te sucede?

—A mí? nada, absolutamente nada. ¿Qué quieres que me suceda?

Lia pronunció estas palabras con tan amarga sonrisa, que Odoardo no pudo menos de convencerse de que algo de estraordinario pasaba á su muger.

—Oye, hija mia, le dijo; no sé si tienes algun motivo de pesar; mas lo cierto es que mi corazon me dice que sufres.

—Pues se engaña tu corazon, dijo Lia; marcha pues tranquilo, y no tengas cuidado por mì.

—¿Acaso puedo dejarte ni aun por un momento, cuando me dices adios de esa manera?

—Te repito que no tengo nada, nada absolutamente, dijo Lia haciendo un esfuerzo sobre sí misma; vete, Odoardo mio, y vuelve cuanto antes. Adios.

Durante este tiempo habian ensillado el caballo favorito del conde, y estaba pateando al pie de la escalera. Montó en él Odoardo, y se alejó haciendo señas á Lia con la mano. Asi que hubo desaparecido detras de la primera hilera de árboles, subió Lia á un pequeño pabellon que dominaba el terrado, desde donde se descubria todo el camino de Nápoles.

Desde allí observó cómo su esposo se dirigia hácia la ciudad á todo el galope de su caballo; sintió que se le oprimia fuertemente el corazon, porque en lugar de pensar que corria de aquel modo para volver mas pronto, creyó que solamente era para alejarse con mas rapidez.

Odoardo iba á Nápoles para preparar una habitacion á su hermana. Al principio habia pensado en alquilar un palacio, pero despues comprendió que esto no era obrar segun las instrucciones que habia recibido, y que era preferible una casa humilde en un barrio poco concurrido. Halló lo que buscaba en la calle de San Giacomo, número 11, piso tercero, en casa de una pobre muger que alquilaba cuartos ya amueblados. Queriendo no obstante hacer alguna reforma en la habitacion que reservaba para Teresa, mandó llamar un tapicero, quien le prometió que al dia siguiente estarian las paredes cubiertas de seda y el pavimento alfombrado, comprometiéndose á hacer de aquella pobre habitacion un gabinete que fuese digno de una duquesa. El conde pagó anticipadamente al tapicero, y aun le dió una tercera parte mas de lo que habian acordado.

Al salir el conde encontró á su huéspeda, que estaba con su hermana, vieja como ella, y le recomendó encarecidamente que asistiese á la persona que habia de ocupar el cuarto con todos los miramientos y consideraciones que le eran debidas. La huéspeda preguntó como se llamaba, pero el conde le contestó que no era necesario el que lo supiese, bastando solamente decir las señas de la persona que habia de recibir, la cual era una jóven linda que preguntaria por el conde Giordani. Las dos viejas se dirigieron una mirada de inteligencia, acompañada con una sonrisa que el conde no advirtió. Despues, sin tomarse siquiera tiempo para escribir, impaciente por regresar al lado de su amada Lia, volvió á tomar el camino de la quinta, desde donde pensaba enviar la carta por medio de uno de sus criados.

Lia habia estado en el pabellon hasta perder de vista á su marido; entonces bajo á su cuarto. Su corazon estaba tan oprimido, que ya no le sentia palpitar, no habia lágrimas en sus ojos, para dulcificar por medio del llanto su angustiado pecho, y al querer gritar, la voz se le ahogaba en la garganta, era aquel un suplicio horroroso que creia que nadie podia soportar. Asi permaneció dos horas recostada en un sillon, al cabo de las cuales oyò galopar el caballo; era Odoardo que volvia. Pero conociendo Lia que en aquel momento no tendria bastantes fuerzas para verle, y aun creyendo que le odiaba tanto como le habia amado en otro tiempo, corriò hácia la puerta que cerrò con llave, y en seguida se echó sobre su cama. No tardò en oir los pasos del conde que se acercaba; quiso abrir la puerta, pero esta se resistiò. Entonces en voz baja dijo: «Soy yo, hija mia; ¿duermes?»

Lia no contestò, contentándose con volver la cabeza hácia el lado por donde venia la voz.

—Respóndeme, continuó Odoardo.

Lia siguiò guardando silencio y oyó en-

tonces los pasos del conde que se iba alejando. Un instante despues volviò á oirle preguntar por ella á su camarera; mas como esta no sospechaba nada, contestò que su señora habia entrado en su cuarto, y fatigada sin duda por el calor se habia quedado dormida.

—Está bien, dijo el conde; voy á escribir. Avísame cuando se despierte.

Lia oyó entrar á Odoardo en su cuarto y sentarse delante de una mesa. Ambas habitaciones estaban divididas solamente por un tabique; Lia se levantó sin hacer el menor ruido, quitó la llave de la puerta y miró por la cerradura. Odoardo escribia efectivamente, no habia duda que lo que estaba escribiendo satisfacia un deseo del corazon, porque su rostro estaba animado de una espresion indefinible de felicidad.

—¡La escribe! murmuró Lia; la escribe; y continuó mirando.

El conde concluyó de escribir, cerró la carta y puso el sobre, llamó á un criado y le mandó que montara á caballo y llevara al instante á Nápoles la carta que acababa de escribir, y que Teresa debia recoger en el correo.

El criado tomó la carta y salió.

La condesa corrió hácia una puertecita secreta, que daba desde su gabinete al corredor; bajó al jardin, y encontró al criado en el mismo instante en que iba á pasar la reja del parque.

—¿A dónde vas tan tarde, José? preguntò la condesa.

—A llevar de parte del señor conde esta carta al correo, respondió el criado; y al decir estas palabras presentó la carta á la condesa; esta, dirigiendo una mirada al sobrescrito, leyó:

»A la señora*** en Nápoles.»

—Está bien dijo; puedes marchar.

El criado espoleó al caballo y partió al galope.

Ahora ya no le quedaba á la condesa ninguna duda de que su marido escribia á una muger, á una muger que ocultaba su nombre bajo una señal, y que por consiguiente queria permanecer desconocida. Y ¿por qué este misterio, si ya no es que ocultase alguna intriga criminal? La condesa tomó entonces un partido, resolvió disimular para poder de esta manera espiar á su marido hasta el fin; y con un poder de que ella misma no se habia creido capaz, entró en su aposento, y abriendo la puerta que daba á la habitacion del conde, se dirigió sonriendo hácia Odoardo.

Al dia siguiente habia olvidado el conde absolutamente la distraccion que habia notado el dia antes en el rostro de su muger, y que por un instante le habia causado alguna alarma. Lia parecia estar mas alegre y confiada que nunca.

La mañana de aquel dia, que era Domingo, estaba destinada por la condesa á una gran distribucion de limosnas; de modo que desde muy temprano se veia obstruida la entrada del parque por los pobres que acudian á ella.

Despues del almuerzo, el conde, habituado á abandonar esta obra de beneficencia á su muger, cogió la escopeta y el morral, y junto con el perro se fue á dar una vuelta por la montaña.

Lia subió al pabellon; vió á Odoardo alejarse en direccion de Avellino, y respiró, porque esta vez ya no se dirigia hácia Nápoles.

Al cabo de algunos instantes fue á decirle su camarera que los pobres la estaban aguardando.

Lia bajó, tomó un puñado de dinero y se dirigió á la reja del parque. Cada pobre recibió su parte y se marchó llenándola de bendiciones. Ya no quedaba mas que una pobre anciana, y á ella se dirigió Lia presentándole una moneda de plata.

—Tomad y rogad á Dios por mí.

—Yo no mendigo, dijo la vieja; digo la buena ventura.

Lia miró entonces á la que habia tomado por una muger infeliz y conoció su error.

La vieja era una de esas gitanas á quienes una vida errante ha revelado alguno de los secretos de la naturaleza, y que han envejecido especulando con la ignorancia ó con la curiosidad. Lia habia siempre visto con repugnancia á estas supuestas hechiceras, y dió un paso para elejarse; mas la vieja la detuvo diciéndola:

—Señora ¿no quereis que os diga la buena ventura?

—No, dijo Lia, porque quizás podria suceder que mi buena ventura no fuese mas que una triste revelacion.

—Generalmente, contestó la vieja, el hombre desea mas bien conocer el mal que le amenaza, que el bien que puede sucederle.

—Sí; tienes razon, dijo Lia; de modo que si me fuese posible creer en tu ciencia no vacilaria un solo instante en consultártela.

—¿Qué arriesgais? replicó la vieja. Por las primeras palabras que diga podreis conocer si miento.

—A tí no te es dado el conocer lo que yo deseo saber, dijo Lia, y por lo tanto es inútil.

—Quizás... dijo la vieja; haced la prueba.

Lia se sintió combatida por ese doble principio cuya influencia habia esperimentado muchas veces desde la víspera. Tambien esta vez cedió á su genio malo, y acercándose á la vieja, le dijo:

—Pues bien, ¿qué he de hacer?

—Dadme vuestra mano, respondió la vieja.

La condesa se quitó su guante dando á la vieja su contorneada y blanca mano, que la hechicera cogiò entre las suyas negras y arrugadas.

—Qué deseais saber? dijo la gitana, despues de haber examinado las líneas de la mano de la condesa con tanta atencion como si hubiese podido leer en ella tan fácilmente como en un libro; decid, continúa, ¿qué deseais saber? ¿el pasado, el presente ò el porvenir?

La vieja pronunciò estas palabras con tal confianza que Lia se estremeciò; era italiana, es decir, supersticiosa; habia tenido una nodriza calabresa, que la habia llenado la cabeza con historias de vampiros, duendes y brujas.

—Lo que quiero saber, dijo la condesa tratando de dar á su voz la firmeza de la ironia, lo que quiero saber es el pasado, porque asi podré saber la fe que puedo tener en el porvenir.

—Nacísteis en Salerno, dijo la vieja; sois rica y noble, habeis cumplido veinte años en la última fiesta de la Madona del Arco, y hace poco tiempo os habeis casado con un hombre de quien habeis estado separada largo tiempo, á quien amais apasionadamente.

—Está bien, está bien, dijo Lia poniéndose pálida, ese es tiempo pasado.

—Ahora deseais saber el presente, no es verdad? dijo la vieja? fijando en la condesa sus ojos centelleantes de víbora.

—Sí, dijo Lia despues de un instante de silencio y de perplegidad; quiero saber mi porvenir.

—¿Os sentis con fuerzas para soportarlo?

—Sí.

—Y si acierto, en cambio ¿qué me dais?

La condesa saca una bolsa de seda enriquecida de perlas, y al traves de la cual se veia brillar el oro de unos veinte cequíes.

—Os daré esta bolsa.

La vieja lanzó al oro una mirada codiciosa, alargando instintivamente la mano para cogerlo.

—Aguarda un instante, dijo la condesa; no lo has ganado aun.

Lia presentó su mano á la gitana.

—Sí, sí, el presente murmuró la vieja, el presente es una cosa triste para vos, porque mirad una línea que va desde el dedo pulgar al anular, y que me dice que teneis celos.

—¿Y acaso hago mal en tenerlos? pregunta Lia.

—¡Ah! eso no puedo contestaros; replica la gitana, porque aqui la línea se confunde con otras dos. Lo único que sé es que vuestro marido os oculta un secreto.

—Si, eso es precisamente, murmuró la condesa; continuad.

—El objeto de este secreto es una muger, continuó la vieja.

—Es joven? preguntó Lia.

—Si, joven respondió la gitana despues de un momento.

—Hermosa? continua la condesa.

—A eso no puedo contestaros; no la veo mas que al traves de un velo.

—¡Y en donde está esa muger?

—No lo sé.

—Cómo, ¿no lo sabes?

LA CONDESA DE ODOARDO.

—No: no sé donde está hoy. Me parece que está en una iglesia, y no veo por este lado; mas puedo deciros donde estará mañana.

—Y.... decidme, ¿dónde estará mañana?

—Mañana estará en una habitacion de la calle de San Giacomo, número 11, piso tercero, donde aguardará á vuestro marido.

—Quiero ver á esa muger, esclamó la condesa arrojando su bolsa á la gitana, quiero verla; cincuenta cequies si la veo.

—Haré que la veais, dijo la vieja, pero ha de ser con una condicion.

—¿Cual?

—Que no habeis de presentaros á pesar de lo que veais y oigais.

—Está bien..... te lo prometo.

—No basta solamente el prometerlo, es necesario que lo jureis.

—Está bien: lo juro.

En seguida concertaron que la condesa acompañada de un criado de confianza iria á Nápoles bajo el pretesto de ver á su tia la abadesa del convento de Santa Maria de las Gracias, y que la gitana la aguardaria en la puerta que da á la calle de la Arenacia.

Lia se retiró á su habitacion, y la vieja se alejó meneando la cabeza y contando el fruto de su profecia.

A las dos de la tarde volvió Odoardo, y Lia oyó cómo preguntaba al criado si habian traido alguna carta para él.

El criado contestó que no.

Aparentando Lia no haber oido mas que los pasos del conde, pasos que tan perfectamente conocia, abrió la puerta y con la sonrisa en los lábios le dijo:

—¡Oh! ¡qué agradable sorpresa! has vuelto antes de lo que yo creia.

—Sí, dijo Odoardo mirando hácia el lado del Vesubio; sí, estaba ya con cuidado. ¿No sientes un calor que sofoca y un aire casi irrespirable? ¿No ves el humo del Vesubio mas espeso que de costumbre? Ah! la montaña nos anuncia alguna cosa estraordinaria.

—No siento ni veo nada, dijo Lia. Además, nuestra quinta ¿no está situada en el lado privilegiado?

—Sí, y hoy mas privilegiado que nunca, dijo Odoardo, porque lo custodia un ángel.

Aquella tarde se pasó como la anterior, sin que el conde concibiera sospecha alguna, pues Lia supo disimular perfectamente su dolor. Al dia siguiente á las nueve de la mañana pidió al conde permiso para ir á ver á su tia la superiora del convento de Santa Maria, y el conde se lo concedió al instante.

El Vesubio se mostraba cada vez mas amenazador, mas los dos esposos tenian la mente demasiado preocupada para pensar en el Vesubio.

La condesa partió; y llegó en efecto al convento de Santa Maria de las Gracias; al llegar allí dijo á su tia que para hacer de incógnito una obra de caridad le era necesario un vestido de religiosa. La buena abadesa le dió uno proporcionado á su estatura, Lia se lo puso, y al acabar su tocado monástico, mandó que llamasen á la vieja que la estaba aguardando á la puerta dentro de un coche cerrado. Cinco minutos despues este mismo coche se paraba en la esquina de la calle de San Giacomo y de la plaza de Santa Madona.

Lia y su conductora bajaron del coche, dieron algunos pasos, despues entraron por una puertecita de la izquierda, subieron por una escalera oscura y estrecha al piso tercero. Cuando llegaron allí empujó la vieja una puerta y entró en una antesala donde otra vieja la estaba esperando. Entonces las dos gitanas hicieron renovar á Lia su juramento de no decir jamás cómo habia descubierto la traicion de su marido. Lia lo juró de nuevo y la introdujeron en un gabinete, en cuyo tabique habian hecho un agujero casi imperceptible, y por el cual se puso á mirar Lia llena de una impaciente curiosidad.

La primera cosa que llamó su atencion en aquella estancia, fue una joven hermosísima de la misma edad que ella poco mas ó menos, reposando vestida sobre un lecho cuyo cortinage era de raso azul con flecos de plata; parecia habia cedido á la fatiga y estaba profundamente dormida.

Volvióse Lia para preguntar á una de las viejas; mas como vió que ambas habian desaparecido, aplicó de nuevo la vista al agujero y vió que la joven se despertaba, y que levantando la cabeza la apoyaba en su mano.

Sus largos cabellos negros y flotantes caian en rizos desde su frente hasta la almohada, cubriéndole casi todo el rostro; meneó la cabeza para separar aquel velo que le impedia ver, abriò poco á poco los ojos y echò una lánguida mirada á su alrededor como si quisiera indagar en donde estaba. Tranquilizada despues sin duda con el reconocimiento que acababa de hacer, asomó á sus labios una ligera á la par que triste sonrisa, hizo una corta plegaria mental, besó un pequeño crucifijo que llevaba colgado al cuello, y deslizándose fuera de la cama, se dirigió á la ventana, descorrió la cortina, y estuvo largo rato mirando hácia la calle como si estuviese esperando á alguno; mas como este no llegase, volvió á sentarse en un sillon.

Durante este tiempo, Lia la habia seguido con la vista, y despues de tan prolijo exámen, su corazon sintió toda la tortura imaginable que pueden producir los célos; aquella muger era realmente hermosa y por lo tanto era temible.

Lia apartó entonces la vista de su supuesta rival, y la fijó en los objetos que la rodeaban. La estancia era parecida á la en que ella habia sido introducida, mas con la diferencia notable, de que en aquella una mano previsora habia reunido todas esas pequeñeces de lujo de que necesita estar incesantemente acompañada, como una pintura de su marco, la muger hermosa, elegante y aristocrática; al paso que la habitacion en que se hallaba Lia en aquel momento, con sus paredes desnudas, su sillas cojas y de paja, y sus mesas carcomidas, habia conservado todo su carácter de vejez y de miseria.

La hermana de Odoardo entre tanto continuaba aguardando en la misma actitud pensativa y melancólica, con la cabeza inclinaba sobre su pecho, al que en la víspera habia vigilado el arreglo y adorno del hermoso gabinete que le servia á ella de morada. De repente volvió la cabeza, aplicó el oido con ansiedad y fijó sus miradas en las puertas. No tardó en oirse mas claramente el ruido que la habia sacado de su distraccion, y levantándose apresuradamente colocó una mano sobre su corazon, y con la otra buscó un apoyo, pues se habia tornado pálida, de modo que parecia iba á desmayarse. Hubo entonces un momento de silencio, durante el cual llegò hasta los oidos de la misma Lia clara y distintamente el ruido de los pasos de un hombre que subia la escalera; pocos momentos despues vió abrirse la puerta de la estancia inmediata, la desconocida lanzó un grito, estendió los brazos y cerró los ojos como si le fuera imposible resistir á su emocion. Precipitóse entonces un hombre en la estancia de la joven, y la estrechó contra su corazon en el momento en que iba á caer.

Este hombre se llamaba el conde Odoardo.

La joven y él no pudieron pronunciar mas que dos palabras.

—«¡ Odoardo! ¡ Teresa !

La infelice Lia no pudo soportar mas; lanzò un doloroso ay, y cayó desmayada sobre el duro pavimento.

Al recobrar sus sentidos, se halló en otra habitacion, y las dos viejas le estaban rociando con agua y le daban á respirar vinagre.

Levantóse Lia con un movimiento rápido como el pensamiento, y quiso lanzarse hácia la puerta de la estancia en que estaban Odoardo y la bella desconocida; mas como las dos viejas se apresuraran á recordarle su juramento, inclinó la cabeza, sacó una bolsa que contenia unos cincuenta luises y los entregó á la gitana, como pago de su profecia, realizada tan completa y bárbaramente.

La condesa bajó la escalera, subió á su coche y dió maquinalmente la órden de que la condujesen al convento de Santa Maria de las Gracias; algunos instantes despues se hallaba en la celda de su tia. Esta, al ver la palidez de su sobrina no tardó en conocer que le habia sucedido alguna desgracia; le hizo mil preguntas, mas Lia le contestó solamente que se habia puesto algo mala, y que aquel resto de palidez procedía del desmayo que habia sufrido.

El amor de la superiora se alarmó tanto mas, cuanto que al contarle su sobrina el accidente que acababa de sucederle, le ocultaba la causa de él; por tanto, hizo cuanto le fue posible para obligarla á que se quedase en el convento hasta que estuviese restablecida del todo; pero la emocion que habia esperimentado Lia no era uno de esos

sentimientos de que es tan fácil reponerse en pocas horas. La herida era profunda, dolorosa, y el dardo con que la recibiera habia depuesto en ella todo su veneno. Lia se sonrió amargamente al ver los temores de su tia, y sin tratar siquiera de desvanecerlos, declaró firmemente que era su voluntad el volverse á su casa.

La abadesa le mostró entonces la sima de la montaña, toda envuelta en denso humo, y la dijo que debiendo sobrevenir irremisiblemente pronto una erupcion, seria mas razonable que enviase un recado á su esposo diciéndole que viniera á buscarla, y que entretanto aguardase los resultados de aquella erupcion en un lugar seguro. Pero Lia le contestó mostrándole con un gesto aquella pendiente verdosa de la montaña, en la que jamás se habia visto ni un solo átomo de la ardiente lava. Viendo entonces la abadesa que su resolucion era inalterable, se despidió de ella encomendándola á Dios.

La condesa montó á caballo y al cabo de pocos minutos estaba ya en la quinta Giordani.

Odoardo no habia vuelto todavia.

Allí se aumentaron los dolores de la infortunada condesa; como una loca recorria las habitaciones y los jardines; cada aposento, cada alameda, cada árbol tenia para ella un recuerdo delicioso tres dias antes, y en la actualidad triste, melancólico y funesto. En todas partes la habia dicho Odoardo que la amaba; cada objeto la recordaba una palabra de amor. Entonces conoció Lia que todo habia acabado para ella, y que desde aquel instante le seria imposible vivir de aquella suerte; pero vió al mismo tiempo que le era imposible morir dejando á Odoardo en el mundo que habitaba su rival. En aquel momento le ocurrió una idea terrible; asesinar á su esposo y en seguida suicidarse ella. Cuando se presentó esta idea á su espíritu lanzó casi un grito de horror, mas poco á poco obligó á su espíritu á volver á este pensamiento, asi como un vigoroso ginete obliga á su caballo rebelde á salvar el obstáculo que al principio le asustára.

Pronto aquel pensamiento, lejos de inspirarle temor, le inspiró una tétrica alegria, viéndose ya con el puñal en la mano, despertando á Odoardo, gritándole el nombre de su rival despues de darle dos heridas mortales, hiriéndose luego á sí misma, muriendo á su lado, y condenándole á sus abrazos por por toda una eternidad. Lia se admiraba de que en el fondo de un dolor tan agudo pudiera semejante resolucion despertar tanta alegria. Dirigiéndose al gabinete de Odoardo lleno de trofeos de armas de todos los paises, de todas clases, desde el crik envenenado del malayo, hasta la hacha gótica del caballero francés, descolgó un hermoso kangiar turco, con vaina de terciopelo y mango esmaltado de topacios, perlas y diamantes. Llevólo á su habitacion, y allí probo la punta en la yema de su dedo, de que brotó una gota de sangre, límpida y brillante como un rubí; despues lo ocultó debajo de su almohada.

En aquel momento oyó el relincho del caballo de Odoardo, y como se hallase enfrente de un espejo vió que se ponia pálida como la muerte. Entonces comenzó á reirse de su debilidad, pero el brillo de su propia risa la espantó y no pudo menos de estremecerse. Oyendo despues los pasos de su marido que subia la escalera, se dirigió á la ventana y corrió las cortinas, á fin de aumentar la oscuridad y ocultar de este modo al conde la alteracion de su semblante.

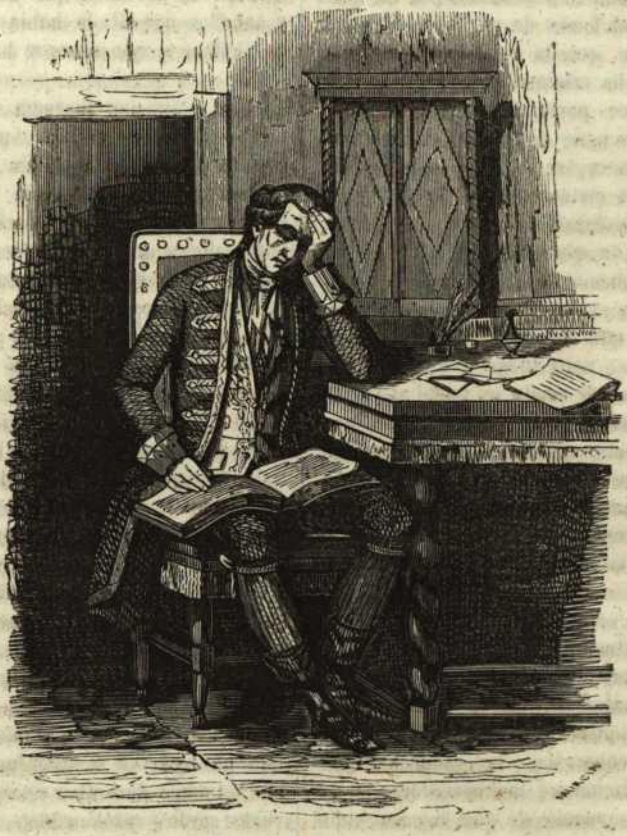
El conde abrió la puerta, y deslumbrado todavía por la luz que reinaba en la parte esterior, llamó á Lia con voz dulce y amorosa. Lia se sonrió desdeñosamente, y levantándose del sillon donde estaba sentada, dió algunos pasos hácia él. Odoardo la abrazó con esa efusion del hombre feliz que necesita derramar su felicidad sobre todo lo que le rodea; pero Lia creyó que su marido fingia un amor que no esperimentaba; y asi como pocos momentos antes habia creido odiarle, en aquel instante creia que le despreciaba.

Asi se pasó todo aquel dia, durante el cual estuvo Odoardo muchas veces á punto de revelar su secreto á la condesa, que se esforzaba por sonreir siempre que la miraba; pero apenas abria los labios para hablar, se arrepentia y volvia á sofocar el secreto en su corazon.

En aquella tarde los amagos del Vesubio

se hicieron mas espantosos que nunca, y mas de una vez propuso Odoardo á su esposa abandonar la quinta y pasar á su palacio de Nápoles; pero creyendo Lia que Odoardo le hacia aquella proposicion solo por acercarse á su rival, pues el palacio del conde estaba situado en la calle de Toledo, á cien pasos de la de San Giacomo, desechó su proposicion recordándole que el lado del Vesubio donde estaba la quinta habia sido siempre respetado por el volcan. Odoardo convino en ello; pero no por eso se mostró menos decidido á pasar á Nápoles con su esposa, si al siguiente dia se presentaban los mismos síntomas alarmantes en la montaña.

Lia accedió, reflexionando que quedaba á su disposicion toda la noche para perpetrar su venganza.



EL CONDE ODOARDO

Por un estraño fenómeno atmosférico, á medida que la oscuridad descendia del cielo, el calor aumentaba. En vano se habian abierto como de costumbre, las ventanas de la quinta para aspirar el soplo de la tarde: la brisa cuotidiana faltaba, y en su lugar despedia el mar en ebullicion un vapor pesado y caliente, casi perceptible á la vista y que se esparcia como una niebla sobre la superficie de la tierra. El cielo en vez de estrellarse como de ordinario, parecia una bóveda de estaño ennegrecido, amenazando desplomarse

sobre el mundo. De vez en cuando venian de la montaña bocanadas de calor insoportable, que parecia llevarse consigo una porcion de las cosas humanas.

Odoardo queria velar, porque aquellos síntomas bien conocidos le hacian temer por su esposa; pero ésta le tranquilizaba riéndose de su terror y mostrándose como insensible á todos aquellos fenómenos. Cuando el conde se reclinó sin fuerzas y con los ojos medio cerrados sobre un sillon, Lia se quedó de pie firme, serena é inmóvil, sostenida por el dolor que velaba en el fondo de su alma. El conde acabó por creer que la debilidad que esperimentaba procedia solamente de alguna mala disposicion de su parte. Pidió sonriéndose el brazo á su esposa, se apoyó en él para llegar hasta su cama, se echó en ella vestido, luchó todavía un instante con el sueño, y cayó al fin en una especie de letargo, y se quedó dormido con la mano de Lia entre las suyas. Esta permaneció de pie al lado de la cama, silenciosa y sin hacer movimiento alguno, mientras creyó que su esposo no estaba enteramente dormido; pero luego que estuvo casi segura de que el conde se hallaba ya en un estado de insensibilidad, asi al ruido como al tacto, retiró suavemente su mano, se deslizó hácia la antesala, dió órden á los criados para que en aquel mismo instante marchasen á Nápoles á preparar el palacio á donde habian de ir el dia siguiente, y se volvió á su aposento.

Los criados, que no apetecian otra cosa que ponerse á buen recaudo, cumplieron en el acto las órdenes de su ama; ésta, apoyada en su ventana abierta, los oyó salir, cerrar la puerta de la quinta, y en seguida la reja del jardin. Entonces bajó la condesa, visitó todas las habitaciones, los corredores y las cocinas, y se convenció de que la casa estaba desierta, y de que, como deseaba, se habia quedado sola con Odoardo.

Entró en su aposento, se acercó á su cama con paso firme, metió la mano debajo de la almohada, sacó el kangiar, lo desenvainó, examinó de nuevo su hoja curva y toda matizada de arabescos de oro; en seguida se dirigió hácia la estancia de Odoardo.

La puerta de comunicacion estaba abierta y la luz dejada por Lia en su aposento proyectaba sus rayos en el del conde. Se encaminó hácia la cama guiada por aquella luz. Odoardo continuaba en la misma postura y en la misma inmovilidad.

Cuando llegó á la cabecera alargó la mano para buscar el sitio donde debia herir. Abrumado por el calor el conde se habia quitado la corbata, desabotonado su chaleco y abierto su camisa. La mano de Lia encontró sobre su pecho desnudo y al lado mismo del corazon un medallon que contenia un retrato y cabellos que ella le habia dado al partir para Sicilia, y que siempre habia llevado consigo.

Una exaltacion suprema suele degenerar en una debilidad estremada. Apenas sintió y reconoció Lia aquel medallon, le pareció que se levantaba un velo, y veia pasar una á una cual sombras dulces y graciosas las primeras horas de su amor. Entonces recordó con esa rapidez maravillosa del pensamiento que avanza años enteros en el espacio de un segundo, el dia en que vió á Odoardo por la vez primera, el dia en que ella le confesó que le amaba, el dia en que su amante partió para Sicilia, la hora, en fin, en que volvió para casarse con ella; aquella felicidad que habia soportado sin fatiga mientras habia estado diseminada sobre toda su vida, quebrantó en aquel momento sus fuerzas, condensándose por decirlo así en su pensamiento. Dobló la cerviz bajo el peso de los dias felices, y dejando escapar el kangiar de su mano trémula, cayó de rodillas al lado de la cama, mordiendo las sábanas para ahogar los gritos que querian salir del pecho, suplicando á Dios que les enviase á los dos aquella muerte que ella temia no tener ya fuerzas para dar y recibir.

A tiempo de acabar esta plegaria se oyó un ruido sordo y prolongado, un fuerte sacudimiento conmovió el suelo, y una luz sangrienta iluminó la habitacion. Lia levantó la cabeza, y vió que todos los objetos que la rodeaban habian tomado una tinta fantástica. Corrió á la ventana, creyéndose bajo el imperio de una alucinacion, y allí pudo esplicárselo todo.

La montaña acababa de abrirse en una longitud de un cuarto de legua. Una llama

ardiente se escapaba de aquella grieta infernal, y al pie de la llama hervia, tomando su curso hácia la quinta, un rio de lava que amenazaba devorarla antes de un cuarto de hora.

En vez de aprovechar Lia el tiempo que le quedaba para salvar á Odoardo y salvarse con él, creyó que Dios habia oido y acogido su plegaria, y sus pálidos lábios murmuraron estas palabras: «¡Señor, Señor, cuán grande y misericordioso eres; yo te doy gracias por todo!»

Despues con los brazos cruzados, la sonrisa en los lábios y los ojos brillando con una voluptuosidad mortal, iluminada por aquel reflejo sangriento, silenciosa, inmóvil, siguiò con la vista los progresos devoradores de la lava.

El torrente, como hemos dicho, avanzaba hácia la quinta Giordani, como si cual otra Sodoma estuviese condenada por la cólera de Dios, y como si el fuego de la tierra, rival del fuego divino, tuviese mision especial de devorar y castigar á sus habitantes antes que á otra cosa alguna; pero el curso de la irupcion era bastante lento, de modo que los hombres y los animales podian huirlo, ó bien separarse de su paso. A medida que iba avanzando, el aire poco antes pesado y húmedo, dejábase sentir seco y caliente y los objetos encadenados á la tierra, y en apariencia insensibles ante la ardiente lava, al aprocsimarse el peligro recibian al parecer la vida para morir solamente. Las fuentes se agotaban exhalando quejumbrosos gemidos, marchitábanse las verdes yerbas agitando sus amarillentas cimas, doblegábanse los árboles, como si quisiesen huir hácia el lado opuesto á aquel por donde venia el fuego. Los perros de presa que se soltaban por la noche en el parque, habian venido á refugiarse en la graderia esterior de la quinta, y acercándose contra la pared, lanzaban lastimeros ahullidos. Cada cosa creada, movida por el instinto de la conservacion, parecia sublevarse contra el espantoso azote. Lia sola, semejante al ángel de la destruccion, parecia apresurar con la mente y con el gesto su carrera, y murmuraba en voz baja «¡Ven¡ Ven!»

En aquel momento creyó Lia que su esposo se despertaba y se abalanzó á su cama. Se habia equivocado, Odoardo, sobre quien pesaba durante su sueño aquel aire devorador, estaba luchando con algun sueño terrible, pues parecia querer rechazar léjos de sí un objeto amenazador. Lia le estuvo contemplando un breve rato, asustada de la espresion dolorosa de su semblante; pero en aquel momento rompiéronse los lazos que encadenaban sus palabras, y Odoardo pronunció el nombre de Teresa. ¡Con que era Teresa la que visitaba sus sueños¡ ¡con que temblaba solamente por Teresa! Lia se sonrió de una manera infernal y volvió otra vez á asomarse á la ventana.

La lava continuaba su curso y ya habia ganado mucho terreno, pues estendia sus brazos al rededor de la colina en que estaba situada la quinta. Si en aquel momento hubiese Lia despertado al conde, les quedaba tiempo aun para huir, porque la lava batiendo de frente al montecillo y estendiéndose por sus dos lados no se habia aun reunido por detrás; pero Lia no dijo ni una sola palabra, temiende solo por el contrario que el último grito lanzado por toda aquella naturaleza en su agonia llegára á los oidos del conde y le despertára de su profundo sueño. No obstante no sucediò así. Lia vió cómo la lava iba estendiéndose semejante á una inmensa corriente, á reunirse por detras de la colina; entonces exhaló un grito de alegria. Ya era de todo punto imposible el huir, pues estaban cerradas todas las salidas. La quinta y sus jardines no eran mas que una isla circuida por todos lados de un mar de fuego.

Entonces la terrible marea comenzó á crecer subiendo por los lados de la colina como un flujo inmenso y redoblado. A cada resaca se veian las inflamadas olas ganar terreno y devorar la isla, cuya circunferencia era cada vez mas estrecha. Pronto la lava llegó á los muros del parque, y estos cortados por su base cayeron sobre las devoradas olas. Al aprocsimarse el torrente se secaron los árboles, y la llama chispeando con sus raices subió hasta sus copas. Cada árbol mientras ardia conservaba su forma, perdiéndola solamente al abismarse reducido á cenizas en la inundacion ardiente, que continuaba avanzan-

do. Finalmente, las primeras olas de la lava empezaron á aparecer en las alamedas del jardin, y al verlas Lia comprendió que apenas la quedaba el tiempo preciso para despertar á su marido, echarle en cara su crímen y hacerle comprender que iban á perecer juntos los dos. Entonces corrió hácia la cama de su marido, y sacudiéndole fuertemente el brazo, le gritó:

—Odoardo! Odoardo! levántate para morir.

Estas horribles palabras pronunciadas con el supremo acento de la venganza, fueron á herir la imaginacion del conde en lo mas profundo de su sueño. Incorporóse en la cama, abrió sus ojos azorados, y despues al ver la fatídica luz de la llama, la centellas de los vidrios que se rompian, y al sentir el fuerte sacudimiento de la casa que las lentas olas de la ignea lava comenzaban á estrechar y sacudir, lo comprendió todo, y lanzándose fuera de la cama, esclamó:

—El volcan! el volcan! Ah! Lia! bien te lo habia dicho.

En seguida corriendo hácia la ventana recorrió con una sola mirada todo aquel horizonte encendido, lanzó un grito de terror, y corriendo al estremo opuesto de la estancia, abriò una ventana que daba al camino de Nápoles, y al ver que todas las salidas estaban cortadas, volvió hácia la condesa gritando con la mayor desesperacion:

—Oh! Lia, Lia, estamos perdidos!

—Ya lo sé, respondió Lia con una tranquilidad infernal.

—¿Cómo que lo sabes?

—Si, hace mas de una hora que estoy contemplando el volcan... yo no he dormido.

—Pues si estabas despierta, porque no me has llamado?

—Estabas soñando con tu bella Teresa, y no he querido despertarte.

—Sí, soñaba que querian robar otra vez á mi pobre hermana. Soñaba haberme engañado, pues mi hermana estaba realmente muerta, tendida sobre su cama y en su gabinete de la calle de san Giacomo, soñaba que traian su fúnebre ataud, y que querian clavarla dentro. Oh! era un sueño terrible, una pesadilla horrorosa, pero menos terrible aun que la realidad.

—¿Qué dices, Odoardo? ¿qué dices? esclamó la condesa cogiendo las manos de su esposo y mirándole de hito en hito, ¿esa Teresa es tu hermana?

—Sí.

—Esa muger, que habita en la calle de san Giacomo, núm. 11, piso tercero ¿esa es tu hermana, Odoardo?

—Sí.

—Pero, ¿no murió tu hermana?

—Mi hermana vive, Lia; mi hermana vive aun, nosotros somos los que vamos á morir. Mi hermana habia seguido á un coronel francés, que murió poco tiempo despues. Yo tambien la suponia muerta, pues así me lo habian dicho; pero antes de ayer recibí una carta suya y ayer mismo la ví. Sí, era ella, era mi infeliz hermana, humillada, envilecida y deshonrada, y que queria permanecer ignorada y desconocida de todo el mundo. Oh! ¿pero qué nos importa todo esto en este momento? ¿No sientes cómo tiembla la casa? ¿No oyes cómo se abren las paredes? ¡Oh! ¡Dios mio, Dios mio, protejednos.

—¡Oh! perdóname, perdóname, esclamó Lia cayendo de rodillas. Odoardo ¡perdóname antes de morir!

—¡Perdonarte ¡amor mio! y de qué he de perdonarte?

—Odoardo! Odoardo! yo soy quien te mato! Lo he visto todo, creí que esa muger era una rival, y no pudiendo ya vivir contigo, quise que muriésemos juntos los dos. Ah! Dios mio! Dios mio! ¿No hay ninguna esperanza de salvacion? ¿No hay medio de huir? Ah, Odoardo, ven, ven; yo soy fuerte, yo no tengo miedo. ¡Corramos!

Y cogiendo á su marido por la mano echaron los dos á correr como locos por todas las habitaciones de la quinta; dirigiéronse á todas las puertas, buscaron todas las salidas y encontrando por todas partes la inexorable lava que subia sin cesar, impasible, devoradora, y batiendo ya al pie de las paredes que sacudia de una manera horrible á la par que estrepitosa.

No pudiendo ya dar un paso, Lia cayó de rodillas, Odoardo la cogió en sus brazos y la llevó de ventana en ventana, gritando auxilio á grandes voces; pero ya era imposible todo

socorro; la lava continuaba subiendo, y Odoardo, por un movimiento instintivo corrió á refugiarse en el terrado que dominaba la casa; mas ay! entonces comprendió realmente que ya no habia remedio humano que pudiese salvarlos, arrodillándose levantó á Lia en alto como si esperara que viniese un angel á cogerla, y esclamó:

—Oh! Dios mio! Dios mio! tened piedad de nosotros.

Apenas habia pronunciado estas palabras, cuando oyó hundirse sucesivamente todos los pisos sobre la lava. Pronto vaciló el terrado y se precipitó á su vez, arrastrando á los dos malhadados esposos en su caida.

Las cuatro paredes se plegaron y unieron cual si fuesen un ataud; la lava continuó subiendo, pasó por encima de las ruinas, y al cabo de algunos instantes no quedaba ya ni un vestigio de la quinta Giordani.

M. F.

Á UNA FLOR.

Pobre flor, en tu tallo marchitada
Al impulso de rudo torbellino,
Como un alma infeliz despedazada
Por la mano implacable del destino;
En tu triste corola perfumada
Tu misteriosa pena yo adivino,
Que una estrella de escasos resplandores
Sigue siempre al poeta y á las flores.

—

Un resto de rocio trasparente
A tu cáliz regala la frescura,
Cual vivifica al corazon doliente
El recuerdo de plácida ventura.
Unámonos, oh flor, estrechamente
En sublime y simpática ternura;
Yo te daré mi amor, mi oculto fuego,
Que acaso al mundo con desden le niego.

—

A ese mundo que mira con desvio
El místico cariño de las flores;
Que cuenta por locura ó desvario
Rendirle amor ó demandarle amores.
¡Oh desdichado corazon vacio
Impregnado del amargos sinsabores!
Tú solo sabes, por desdicha, cuanto
Tiene una flor de misterioso y santo.

—

Cuando ya la fatídica influencia
Se colme de la suerte aborrecida,
Que te arrebate tu color y esencia,
Y á mí me robe la ilusion querida;
Cuando ya sin placeres la existencia,
La esperanza dulcísima perdida,
Y el corazon sucumba sin aliento,
Triste exhalando su postrer lamento:

—

Entonces tú, del desgraciado amiga,
Melancólica flor de la amargura,
Mi último afan y mi dolor mitiga
Unica compañera en mi tristura;
Yo exento de dolor y de fatiga,
Tú adornando mi yerta sepultura,
Cuéntale al mundo, que benigno el hado,
Siempre guarda una flor al desdichado.

EDUARDO DE LUQUE.

WASHINGTON,

O EL HOMBRE MAS CELEBRE DE LOS TIEMPOS MODERNOS.

No muere el que consagra su vida á la dicha de sus semejantes, pues la historia, juez inflexible, lleva su nombre á la inmortalidad, y la humanidad lo inscribe en todos los corazones. Qué deber mas noble que el de trabajar para el bien de los hombres!... Hay nombres que no se pronuncian jamás sin afecto; tal es el de Washington.

Todas las virtudes domésticas, cívicas, morales, lucieron en Jorge Washington. Este hombre insigne, nació en Bridge-Creek, en la Virginia. Naturalmente inclinado á todo lo que existe de verdadero, pasó tranquilamente los primeros años de su vida ocupándose de la agricultura, y dando ejemplo de virtudes domésticas, hasta que las circunstancias le hicieron abandonar la vida privada, y manifestarse sábio, intrépido y digno de echar los cimientos de la república de los Estados-Unidos.

Washington se habia señalado cuando jóven por su habilidad é intrepidez en una guerra contra los salvages que habian invadido la Virginia; mas sin ambicion dejó las armas despues de la victoria, y estaba lejos de pensar en la gloria inmensa que le estaba reservada. Fue en el año 1774 cuando se despertó este genio privilegiado. En esta época trece colonias inglesas oprimidas, alzan valerosamente la cabeza, vuelan á las armas, resueltas á no dejarlas hasta no haber conquistado su independencia; y entonces poniéndose al frente de estos impávidos combatientes el pacífico cultivador se mostró eminente, tanto en el consejo como en la guerra. La lucha contra los ingleses duró nueve años. ¡Cuantos obstáculos no tuvo que superar Washington!.. Organizar un egército, crearle medios de subsistencia, pelear continuamente sobre una superficie inmensa, en medio de los pantanos, de las selvas, contra tropas aguerridas bien provistas y acaudilladas, asegurar la victoria y conservar la conquista; tal fue el empeño de este caudillo admirable. Pero tan invencible es la fuerza del genio, que todo se somete ante él y todo se produce como por encanto. Los egércitos se formaron de improviso, y quedaron triunfantes; los generosos defensores de la independencia amaban á su gefe como á su padre, y la victoria cubria con sus alas estos batallones inmortales. Si hay alguna cosa mas portentosa que el valor guerrero, es la constancia inmutable en los peligros y en las calamidades.

En el año 1777 el egército de la independencia se habia retirado á sus cuarteles de invierno en Walley-Jorge, á corta distancia de Filadelfia, que estaba aun en poder de los ingleses. Un invierno espantoso le sorprendió, en medio de las nieves, sin víveres, sin municiones, careciendo de vestuario; los soldados murmuraban, la calumnia soplaba su aliento mortal, y los primeros defensores de la libertad americana, casi desanimados, estaban

para abandonar sus banderas. El héroe ciudadano elevándose cuanto mas se aumentaban las dificultades, encendió el corazon de sus conciudadanos con una chispa de este genio que habia recibido del cielo, reorganizó la resistencia y venciò todos los obstáculos. Al mismo tiempo que triunfaba con las armas, preparaba en la corte de Francia una alianza, la cual debia asegurar el éxito. Los ingleses no pudiendo ya sostener la lucha, reconocieron la independencia americana. Entonces el insigne Washington, despues de haber alcanzado la libertad de su patria, de haber trabajado para establecerla, dando un ejemplo que pocos imitadores debia tener, licencia el egército, abdica su poder, y se retira al seno de su familia. El dia que empezó á gozar de esta vida amena, escribió á un amigo suyo: «Las »puertas de mi casa acaban de ver entrar por »ellas un hombre que tiene nueve años mas »que cuando salió. Espero pasar el resto de »mis dias cultivando la afeccion de los buenos »y practicando las virtudes domésticas. La vi»da de un agricultor es la mas deliciosa de »todas; es honrada, agradable y saludable. »Siento una verdadera satisfaccion en disfru»tar de la vida privada. No envidiando á na»die, estoy satisfecho del todo, y en esta dis»posicion bajaré suavemente el rio de la vi»da hasta tanto que duerma con mis padres."

El deseo de este gran hombre no se cumplió. Despues de cinco años de discusiones turbulentas, la Constitucion de los Estados-Unidos fue promulgada, y Washington por unanimidad fue elegido presidente de esta jóven república. Jamás otro hombre honró con mayores virtudes tan alto puesto. Hizo su entrada triunfal en New-York. Un gentio innumerable, ébrio de entusiasmo y dicha, se aglomeraba á su tránsito, y el estrépito sublime del cañon elevaba al cielo con su voz magestuosa el júbilo de un pueblo libre. Fiel á los grandes principios de órden, de justicia y libertad, nuestro héroe dirigió con mano firme las riendas de un estado naciente. Su administracion multiplicó prodigios; las llagas de la patria se cicatrizaron; por todas partes la tranquilidad sucedió á la tempestad, la agricultura y las artes florecieron á la sombra de la paz, y los Estados-Unidos entraron en esa vía progresiva de prosperidad que hoy dia es la admiracion de todo el universo. Cumplidos los cuatro años de su presidencia no pensó mas que en vivir tranquilamente lejos de los negocios públicos; pero el pueblo, tan sábio como su ilustre presidente, le suplicó que continuase la tarea gloriosa de constituir los Estados-Unidos, y de nuevo elegido unánimemente, volvió á sus trabajos con la misma constancia y el mismo desinterés. Este segundo periodo de la vida política de Washington no le fue menos penoso. Un partido poderoso suscitó una violenta animosidad contra él, y amenazó turbar la tranquilidad pública; pero siempre firme y prudente en sus designios, el ilustre presidente volvió á conquistar su popularidad y á mantener la paz amenazada.

Trascurrido este segundo periodo, á pesar de los deseos de todo un pueblo que le instaba á continuar en la presidencia, descendió con gozo de la cumbre del poder, despidiéndose de su nacion con un discurso que pone de manifiesto toda la bondad de su noble alma. Tuvo la satisfaccion de ver subir á la presidencia á su amigo Adams, quien bajo su mando habia sido vice-presidente. Washington separado de los negocios vivió dos años con la condicion de simple ciudadano, dedicando su tiempo á los trabajos de la agricultura y á los del estudio. Admirable en la vida privada fue bueno para con los estraños; enemigo de la lisonja evitaba hablar de sus hazañas. Cuando Washington diò á su Criador su alma sublime, todo el pueblo de los Estados-Unidos, repitiendo su nombre con llanto, se vistió de luto.

A. T. Violle Mercier,
oficial de la Academia francesa.

Lúnes 12 de Diciembre.

Estudios biográficos.

DOÑA ISABEL LA CATOLICA.

Sosegadas las guerras que promoviera el Rey de Portugal en la defensa de los derechos de Juana la Beltraneja, y vencido este en los campos de Toro, Castilla respiró al fin libre de la guerra civil que por tanto tiempo la habia afligido. Una nueva era de paz y felicidad se preparaba á estos pueblos, gobernados antes á merced de reyes impotentes y torpes favoritos, bajo la doble dominacion de los Reyes Católicos, ó mas bien de su augusta soberana Doña Isabel I de Castilla.

Difícil tarea es en un artículo de esta naturaleza dar siquiera un débil y pálido reflejo de su reinado, de sus virtudes y de sus hazañas; porque ¿quien podria describir la vida de esa heróica Reyna Católica, cuya memoria grabada eternamente en el corazon de los españoles, mas que en las páginas de la Historia, deslumbra con su brillo y confunde con su grandeza? A la manera que el sol aparece radiante despues de la noche de densas tinieblas, asi apareció en el cielo conmovido de Castilla la aurora que lo purificara de sus densos nubarrones, con el nombre siempre grato de Isabel.

Hija de Don Juan II y de Doña Isabel de Portugal de quien tomára el nombre, nació en la villa de Madrigal el 22 de Abril del año 1451. Hermana por parte de padre de Enrique IV, quien heredó la corona de Castilla, en vez de la opulencia y adulaciones que rodean á los príncipes, crióse nuestra infanta en la mayor sobriedad al lado de su madre, que retirada de la corte habia fijado su residencia en Árévalo (*). Doce años contaba apenas, cuando llamada por su hermano don Enrique se presentó en la corte, mostrando las buenas cualidades que la adornaban. Temeroso sin embargo Enrique de que fuera una sombra para los descontentos, dispuso su matrimonio con el príncipe de Viena, y despues por muerte de este con el Rey de Portugal que se hallaba á la sazon viudo. Intimamente sintió la infanta tal tratamiento, y disgustada de la conducta del Rey se adhirió al partido del príncipe Don Alfonso desde que sus aliados tomaron á Segovia en 1467. No trascurrieron muchos dias, cuando por la repentina muerte del príncipe quisieron sus partidarios proclamarla en Avila por Reyna, como asimismo las villas y ciudades sometidas al difunto su hermano; pero nuestra infanta luchando con el esplendor de una corona, vencióse á sí misma, y renunció á ellas, mereciendo mas aplauso por lo que dejara, que por lo que hubiera conseguido.

(*) Carro de las Donas lib. 2.°

Jurada despues heredera de los reinos en 1468, trató su casamiento con Don Fernando, príncipe de Aragon, apesar de las intrigas de su hermano, que mas procuraba deshacer tal enlace que aprobarlo. Sin embargo, el Miércoles 18 de Octubre de 1469 se celebró el desposorio tan feliz para España, pues que puede decirse que si no naciera en estos príncipes el reyno, renació en ellos la felicidad de la Monarquia.

De nada sirviera que Don Enrique antes de morir señalase como heredera del trono á la princesa Doña Juana, de nada que algunos súbditos rebeldes se acogieran á las banderas del Rey de Portugal, pues la mayoría del pueblo se sometió á la autoridad de Don Fernando y Doña Isabel, que recibidos en Segovia y puestos en posesion del tesoro real, fueron proclamados juntamente soberanos de Castilla y de Leon.

Asi empezó la famosa dominacion de los Reyes Católicos; y antes de cumplir 24 años principió tambien nuestra Reyna el curso de sus hazañas. Para esto le dió el cielo unas bellas disposiciones corporales que facilitasen las conquistas (*). Todas sus facciones eran bellamente proporcionadas para formar un conjunto agradable. El rostro hermoso, el color blanco y rubio, los ojos entre verde y azul, el mirar gracioso y honesto, la estatura mediana, el movimiento compuesto y magestuoso, las acciones de agrado, la voz suave, la lengua espedita, el ingenio agudo, la honestidad cual pocas, el corazon cual ninguna. Era amiga de la fama y enemiga de supersticiones, celosa con la Iglesia y amante al culto Divino, atenta á la justicia, pero sin olvidar la misericordia. Protegia á las gentes de letras para ilustrar con ellas la nacion; y en fin, tenia en sí un conjunto de prendas cual se requiere para formar una heroina.

No nos detendremos en detallar cada una de sus hazañas, pues seria menester una historia y no una biografia; baste decir que Don Fernando tenia en ella (**) una dulcísima consorte, y al mismo tiempo un esforzado capitan, que unas veces se valia de armas y otras de ardides y ofertas (*). Asi ganó á Ocaña y Zaragoza, como tambien el castillo de Burgos que se estimaba en mucho porque no tuviese el enemigo el homenage de la cabeza de Castilla que tanto aumentaba la reputacion de los contrarios, quedando de este modo pacífico su reino y asegurado su derecho al trono. Ella acometió la grande empresa de sosegar á los vasallos y recobrar lo que la tenian usurpado: su talento y política hizo recayeran en su esposo los cargos de Maestre de las Ordenes militares, quitando asi la temible sombra que ocultaba el esplendor del trono por el poder y riqueza de los caballeros de Santiago. Ella, despues que en 1479 se unieron con Castilla los reynos de Aragon y sus dependencias, cifró todo su conato en la total espulsion de los moros que dominaban la España.

Rotas las treguas por los mahometanos que se apoderaron de la villa de Zahara, resolvieron nuestros Reyes, ó mas bien nuestra Reyna impelida por el influjo de su venerable confesor Fray Hernando de Talavera, emprender lo que unas guerras de 800 años no habian podido conseguir.

Fuerte era el reyno de Granada, fuertes sus defensores, grandes sus riquezas, mas nada de esto pudo detener á nuestra Reyna, confiada en el valor de sus capitanes y en la ayuda del Todopoderoso por quien combatian. Alhama, la llave del reyno de Granada, fue la primera joya quitada á la corona morisca, siguiéndole Alora y Setenil en 1485, Ronda y Loja, donde incorporada con la tropa ganó el dictado de algunas Emperatrices romanas de ser llamada *Madre de los Reales*. (**)

Málaga que tantas fatigas causara, y cuyo sitio alentó con su presencia; Guadix, Almeria y Baza &c. do estableciera en su cerco seis grandes tiendas de campaña que llamaban el *Hospital de la Reyna*, surtidas de cuantos medicamentos eran necesarios para restaurar la salud á los enfermos. Ella empeñó sus joyas para proseguir la campaña, escribiendo á las ciudades, Prelados, caballeros y mercaderes, adelantasen dinero; quienes no tuvieron inconveniente en vista del buen uso que hacia de ellos. Te-

(*) Flores. Reynas de España.
(**) Zurita lib. 19.

(*) Zurita lib. 19 cap. 37.
(**) Reyes Católicos.

DOÑA ISABEL LA CATOLICA.

nia á su sueldo 14,000 acémilas que acarreaban víveres y municiones á la tropa. Ella cuidaba de que estuviesen transitables los caminos por medio de compañias de gastadores ocupados continuamente en construir puentes y calzadas. De esta manera pudo ir arrebatando una á una las villas y ciudades de la dominacion mahometana. Solo quedaba ya Granada, la capital de tan floreciente imperio, defendida por 100,000 combatientes, y encerrando 1,000 torres en sus májicos recintos. Granada, el floron morisco, el paraiso de los creyentes, vió talada su vega, y sentados los reales castellanos á dos leguas de sus muros. Allí nuestra Reyna construyó una ciudad, que queriendo tomar su nombre, ella prefirió ponerle el de la causa por quien combatia, la Santa Fe (*).

De nada sirvió á los moros incendiarla, fue construida mas sólidamente; de nada su resistencia y valor, fueron vencidos, y el 2 de Enero de 1492 hundiose el pabellon del Islam, para que dieran al viento sus colores las enseñas del Leon de España y la Cruz de Jesucristo. Las altas torres de la Alhambra vieron aparecer las banderas castellanas, al mismo tiempo que salia del lado de nuestra soberana un hombre que tenian por loco, pero que iba á buscar nuevos mundos que humillar á la corona de Castilla. Pobre y desamparado encontró una protectora en Isabel que lo comprendia. Vendió esta sus alhajas, armó tres carabelas, y sin la participacion de Don Fernando, se hizo á la vela por ignotos mares el célebre genoves Cristobal Colon.

(*) Memorias de Isabel la Católica.

En fin, señora ya de un imperio poderoso, todo su cuidado lo puso en hacer florecer la Religion cristiana, en convertir á los moros, y en fundar hospitales y hospicios para los pobres (*). La que en vida fuera tan grande, quiso aun muerta dar un ejemplo de humildad. Mandó que la iglesia no se colgase de luto en su funeral, ni hubiese mas cera que trece hachas; repartiendo en vestuario de los desvalidos las colgaduras de luto y en iglesias pobres el valor de la cera que se habia de gastar en la ostentacion (**).

Este no vivir para sí sino para sus reynos, acrecentó en estos el dolor de su pérdida, quedando como en noche puesto el sol y eclipsada la luna. Las fatigas de la guerra y las penalidades de su sexo, aligeraron su fin, y el Martes 26 de Noviembre de 1504 falleció nuestra augusta soberana, dejando huérfanos los pueblos de la madre mas querida. Envuelta en un hábito de San Francisco como dejó dispuesto fue llevada á Granada, donde reposa al lado de su marido en el magnífico mausoleo de la Capilla Real.

Nosotros débiles admiradores de sus glorias no podemos añadir ni una pequeña hoja de laurel á su corona, pero nos queda en cambio, una lágrima de admiracion en su tumba y un recuerdo en las páginas de un diario.

ANTONIO AFAN DE RIVERA.

Granada.

(*) Discursos de Dormer.
(**) Vease el testamento en los discursos de Dormer.

LA HECHICERA DEL BOSQUE.

I.

MORIRAS.

La ciudad de Lion estaba tranquila; la guardia de los puentes y la de la muralla redoblaba su vigilancia, oíase por intervalos el *quién vive* del centinela. Esta ciudad, como todas las demas fronterizas, era entonces plaza fuerte, rodeada de altas murallas y defendida por gran número de baluartes, cuyos restos se ven todavía, y que cayeron á los esfuerzos de los demoledores.

En el momento en que las campanas anunciaban irse á cerrar las barreras, salia por la puerta Saint-Clair una carroza; mas en lugar de seguir el camino de la Bresse, que se aparta del Ródano, tomó un sendero estrecho en direccion al castillo de la Mariposa, situado en las orillas del rio á diez leguas de Lion, próximo á las alturas de Caluire y de la Cruz-encarnada.

Era el 14 de Febrero. El viento Norte soplaba con violencia; una abundante lluvia azotada por el viento batia sin interrupcion los cristales del coche, y el rayo alumbraba por intervalos el espectáculo horroroso y desolador que ofrecia la llanura del Delfinado.

La escena que pasaba en el interior del coche no era mas animada ni mas agradable. Un hombre de unos 50 años, observaba con una mirada inquieta y fija á su hija medio recostada en el fondo de la carretela, y al menor traqueo causado por la desigualdad del camino, toda su atencion se reconcentraba en ella.

Bien merecia la desgraciada ser objeto de tanta solicitud. ¡Cuan pálida y consumida estaba! Daba compasion al ver su semblante á la dudosa claridad de las linternas del coche. Mas si su cuerpo parecia enfermo, su alma lo estaba mucho mas. La melancolia pintada en su mirada, manifestaba á las claras que todos sus males tenian un mismo origen, la tristeza.

¿De qué contratiempos podia ella quejarse? Hija única del intendente general de Lion, y último vástago de la ilustre familia de los condes de Saconnex, Leonida era noble, rica, jóven, hermosa, querida y adorada de todos. Amaba á su primo el caballero Luis de Boffart; era correspondida, y debia estar segura de él; todo esto ¿no es bastante para hacer feliz á una jóven?

No era ya aquella niña coqueta, burlona, ávida de placer, loca por el baile y por la música. Despues de la muerte de su tio el vizconde de Saconnex, capitan de infantería, acaecida en la isla Barde, de tisis, se la veia sombría y meditabunda, buscar siempre la soledad y el reposo. El tocador era para ella una

carga pesada, y las fiestas, dias consagrados al llanto. No tenia otro consuelo que la oracion, otro paseo que el camino de la iglesia. Si amaba aun al caballero de Boffart, una ternura tranquila y reservada habia sucedido á los vivos desahogos que su parentesco, su amistad desde la niñez, y su alianza cercana la permitian.

En un principio atribuyéronse estos cambios á las fatigas y emociones que debia haber experimentado durante la larga enfermedad de su tio, de cuya cabecera no quiso apartarse ni un solo instante. La familia de Saconnex abandonó el palacio de la Mariposa que habitaba de ordinario, y fijó su residencia en el de la plaza de Bellecour, tambien de su propiedad, con la esperanza de que Leonida se restableceria pronto en el seno de los placeres y distracciones que la circundarian en tropel en la ciudad. Mas de dia en dia se iba empeorando, y su palidez y sufrimientos ofrecian todos los síntomas de una mortal languidez. Amenudo se la sorprendia lamentando su suerte y derramando lágrimas amargas; hablaba de su muerte cercana, sin dejar entrever el orígen de sus negros presentimientos. Su padre, apresurándose á desposarla con el caballero de Boffart, confiaba amortiguar la espantosa rapidez del mal, y la ceremonia fue aplazada para el 15 de Febrero, dia de Carnaval. Las fiestas debian durar muchos dias, y celebrarse en el castillo de la Mariposa.

Este era el motivo de su salida de Lion; mas su viage, como lo hemos visto, se hacia bajo auspicios bien tristes.

A las ocho, el coche pasó por delante de la capilla de Saint-Clair. Al primer sonido de la campana, la señorita de Saconnex se estremeció y apretó convulsivamente la mano de su padre. A fin de sacarla de sus sombrias reflexiones, el conde rompió el silencio despues de haberse asomado á la portezuela del carruage.

—Mañana puede que haga un dia hermoso, el cielo se va despejando.

—¡Hermoso!.... respondió Leonida con un tono melancólico; sí, como un enfermo puede estarlo despues de un violento accidente.

—Siempre tristes comparaciones. Hija mia, ¿por qué me ocultas la causa de la pena que te devora! habla, ¿qué te falta para ser dichosa?

—Tiempo para disfrutar, respondió dolorosamente.

—Me afliges, Leonida, con tus siniestros presagios. ¡Ah! ¡no haberte arrancado de la cabecera de tu tio! No te encontrarias sumida en esa monomania de tristeza.

—Sus dias estaban contados, padre mio, los mios lo están tambien.

—Desecha esos locos temores de la muerte; tu estado no tiene nada de desesperado. Leonida, una poca de distraccion te volverá la salud; ¡cuantos enfermos han estado peor que tú! ¡cuántos han llegado al borde de la tumba sin descender á ella!

—El cielo no les habia dicho todavia: Morirás.

—¡Cómo! ¿serías capáz de creer en sueños? Te creia con el alma mas fuerte.

—No, esto no es un sueño..... es..... ¿A qué deciroslo? el mal es irreparable.

—Hija mia, acaba, te lo suplico; si no es por ternura, sea al menos por piedad. Habla..... ¿qué temes? Tu silencio me hace concebir estrañas sospechas. Una falta...

—Deteneos, padre mio; me injuriais. Si hubiese tenido la debilidad de cometer un crímen, tendria al menos el valor para castigarme. He ofendido solo á Dios; él se venga, que se cumpla su voluntad.

—No desconfies, Leonida, yo uniré mis ruegos á los tuyos, y Dios que no ha rehusado nada á su hijo rogando por su madre, no rehusará tampoco nada al padre que rogará por su hija.

—Vos lo quereis, os lo diré todo, pero mas tarde; reparad que hemos llegado.

II.

¡MISAS! ¡MISAS!

El carruage pasaba entonces el puente levadizo del castillo, y en el patio, un lindo jóven se presentó á la portezuela para ayudarles á bajar. Un ligero encarnado cubrió el semblante de Leonida; aceptó con tímido embarazo el brazo de su galante caballero, y á favor de la oscuridad enjugó algunas lágri-

mas. Bastará decir que este jóven era su futuro esposo.

Subieron al salon en donde estaba reunida su familia. Sea compasion, sea temor de ofender su dolor, á la vista de Leonida, mas pálida y mas doliente que nunca, los semblantes permanecieron sérios y llenos de gravedad. Se hablaba en voz baja; se compadecia á la melancólica desposada. Su tristeza habia sido el objeto sobre el que habian girado todas las conversaciones. El tiempo se deslizaba lentamente. A pasatiempos particulares se siguieron razonamientos mas ó menos terribles, en donde los recienllegados formaban el principal objeto que toda la reunion escuchaba con religiosa atencion.

Cuando llegó el turno á Mr. de Saconnex de tomar la palabra, con el único fin de consolar á su hija, contó la anécdota siguiente, en la firme persuacion de que seria capaz de asegurarla contra sueños y visiones.

—«Hace sesenta años, el baron de Solignac, íntimo amigo de mi padre, se encontró arruinado por el sistema de Law, dejando por su muerte temprana dos hijas sumidas en la miseria. Estas pobres huérfanas, educadas en medio de la grandeza y opulencia, se vieron reducidas, para atender á su subsistencia, á componer encages, y pasar las noches en este trabajo, mas penoso que lucrativo. La mayor sucumbió bien pronto á las fatigas de un trabajo tan asiduo. Poco tiempo despues, su hermana oyó una noche á eso de las once, un gemido exhalado en la alcoba en donde habia espirado la difunta. Cayósele la labor de las manos, y apenas tuvo fuerzas para hacer la señal de la cruz. La siguiente noche se repitieron los mismos gemidos, y la señorita de Solignac, inquieta é irresoluta, pasó á consultar á la mañana siguiente á una de sus vecinas cuya edad atestiguaba esperiencia.

—«Seguramente es el alma en pena de vuestra hermana, dijo la vieja; si vuelve, preguntadla qué quiere.»

«La misma noche, la señorita de Solignac siguió este consejo.

—«En el nombre de Dios vivo, ¿qué me quieres, hermana?

—«¡Misas! ¡Misas! respondió una voz lúgubre y medio apagada.

«La pobre jóven, á fin de aplacar el alma de la difunta, privábase hasta de lo necesario, y siguiendo el consejo de su vecina, cada noche depositaba el fruto de sus vigilias en un pequeño cepillo colocado junto al lecho de su hermana; por la mañana estaba vacío. Si pasaba un solo dia sin que pusiese alguna moneda, la misma voz repetía á las once estas lúgubres palabras: «¡Misas! ¡misas!» La señorita de Solignac se consumía en el trabajo, y su salud se deterioraba. En fin, una noche que velaba mas tiempo del que de costumbre, oyó abrir suavemente una puerta; acudió, y asió á una persona por los cabellos. Era su vecina, la que por una larga galería y una puerta secreta, entraba todas las noches á tomar el dinero depositado ó pedir misas.»

Cada uno comentaba la moral de esta historia; los unos condenaban la sencillez y credulidad de la jóven; los otros la supercheria de su vecina. Era ya tarde; el conde propuso ir á descansar para prepararse á los placeres y fatigas del siguiente dia, y se disolvió la reunion.

Luis estaba en su aposento, víctima de la mas grande ansiedad; llamó á uno de sus amigos que ocupaba una pieza contigua y le manifestó sus inquietudes.

—Arturo, ¿has notado...?

—¿Qué?

—El semblante de la señorita de Saconnex.

—Está pálido, pero no te asombres. Toda jóven cuando se casa manifiesta estar llena de emocion, para darse un aire de sensibilidad. Es menester estar pálida en el salon, conviene llorar en la iglesia.

—Déjate de bromas, Arturo. No has observado su mirada cuando me decia: «Adios;» ¿era que brillaba de dolor ó de esperanza? Lo ignoro, pero sea lo que fuere, su enfermedad tiene un carácter estraño y sério. Temo que su padre no la fuerce á casarse, y que ella no disfrace su aversion bajo ternezas aparentes.

—Es hermosa, es rica, lleva un nombre ilustre. Si te casas, los despachos te asegurarán el título de conde de Saconnex. ¿Qué te importa lo demas?

—Me conoces muy mal, Arturo; por labrar mi porvenir, jamás consentiré en la desgracia de Leonida.

Esta respuesta, dada con vivacidad, puso término á este corto diálogo; ambos reflexionaban sobre el objeto de su conversacion, cuando un ruido de voces animadas se dejó oir en el primer piso.

—Escucha, Arturo; estamos encima de su aposento; debe pasar en él algo de estraño.

Pusiéronse á escuchar, sin distinguir una palabra. Dejóse oir por último un grito prolongado, y todo quedó en silencio.

—¡Es ella! esclamó Luis. Y seguido de su amigo, se lanzó á la escalera. Fuertes sollozos salian del cuarto de Leonida.

—¡Morir mañana! decia ella, ¡Dios mio! ¡Dios mio! Cuan culpable debo ser, cuando soy tan desgraciada!

—¡Sosiégate, hija mia! respondia el conde; mañana será el mas hermoso de tus dias.

—Luis, ¿dudarás todavía de su amor? dijo entonces Arturo, arrastrándole lejos de esta escena de aflixion.

—No, pero hay aqui un enigma que me es imposible comprender.

—El tiempo será la esfinge que nos lo aclarará. Hasta mañana.

Algunos minutos despues, todo dormía en el castillo, escepto el conde y su hija; vamos á tomar los hechos de un poco mas arriba.

III.

LA BARAJA.

Apenas salieron del salon, Mr. de Saconnex siguió á Leonida á su aposento, y le recordó la promesa de revelarle la causa de su pesar.

«Hará como diez y ocho meses, comenzó á decir con las lágrimas en los ojos, me permitísteis hacer una romeria con mi tio á Nuestra Señora de Fourvieres. Era el dia de la Asuncion, el tiempo estaba magnífico, pero pesado. Por la tarde, de vuelta á la isla de Barbe, nos sorprendió una tempestad en el bosque de la Hechicera.

«Entremos en esta cabaña para refugiarnos, dijo entonces mi tio señalando una pequeña choza. La puerta se abrió, y una vieja, habiéndonos introducido, nos presentó dos banquillos medio rotos. Todo en este recinto, en donde se encontraba apenas algun mueble, anunciaba la mas estrema miseria. Dos pedazos de una vieja tapiceria cubrian sus paredes, y telas de arañas suspendidas del techo, revoloteaban sobre nuestras cabezas. Estuvimos dudando si tomariamos asiento; pero la lluvia caia á torrentes, el trueno sonaba sin interrupcion. Mi tio, arrojando una mirada en torno de sí, descubrió una baraja.

—«Buena muger, le dijo sonriéndose, ¿sabeis por casualidad decir la buena ventura?

—«Si señor; esa baraja encierra toda mi ciencia y patrimonio; con ella anuncio á los labradores el buen tiempo y la tempestad; curo las vacas hechizadas, y descubro los manantiales subterráneos.

—«Pues entonces, es necesario que nos anuncies nuestros horóscopos.

—«No, no; venis á tentarme; hoy es el dia de la Asuncion, y por todo el oro del Perú, no levantaré ni una punta al velo del porvenir. Nuestra Señora me maldeciria.

—»Te burlas; ¡una hechicera beata! ¡pues está gracioso! Es necesario que me obedezcas.

—«Nuestra Señora de Fourvieres me maldeciria, repitió la vieja meneando la cabeza.

—«Caiga la culpa sobre nosotros, la dije yo entonces con ironia. Un horroroso trueno estalló en aquel momento sobre nuestras cabezas.

—«Buena muger, replicó mi tio, si insistes en tu negativa, me llevaré la baraja.

»Para evitar el cumplimiento de semejante amenaza, la vieja se arrojó sobre su tesoro; pero se la arranqué yo de sus manos, y se la dí á mi tio. Entonces ella, enderezandose cuanto la permitia su talle encorvado, y lanzando sobre nosotros centellantes miradas esclamó:

—»Sin respetar ni mi edad ni mi abandono me forzais, señor vizconde; ¡esto es indigno! ¿Son estos, por ventura, los buenos sentimientos que debierais llevaros de Nuestra Señora de Fourvieres?

—«Basta ya; saca mi horóscopo, toda

yez que sabes quien soy y de dónde vengo, la respondió el tio.

—«Cuando se divisa al lobo, se presume venga de algun aprisco. Una impia curiosidad os ha conducido á Fourvieres; la Virgen os recompensará justamente. Tal dia como hoy, el año que viene, os esperaré en la tumba. Y vos, jóven, continuó la vieja, estendiendo hácia mí su mano descarnada, vos que habeis escogido tan buen Mentor, no tardareis en seguirle mas que seis meses. El esposo que el cielo os prepara es la muerte. No os formeis errados cálculos del tiempo que os resta; los dias están contados; á las doce de la noche, ò mas tarde, será la hora en que se cumplirá mi pronóstico. Habeis querido investigar vuestros destinos, estais satisfechos, ¿no es esto?

«Estas palabras proféticas, pronunciadas con el acento del furor, me helaron; me levanté vacilante; mi tio me sostuvo, y me sacó fuera de aquella caverna, arrojando la baraja á la cara de la hechicera. La lluvia habia cesado, pero seguia tronando. Eran las ocho, la campana de Fourvieres tocó el *De profundis*. A su sonido lúgubre, esperimenté una fuerte conmocion, y desde aquel dia á esa misma hora me siento poseida de un temblor convulsivo. A nuestra llegada á la isla de Barbe, notásteis nuestra palidéz y nuestro temblor; para ocultaros la causa, lo achacamos á la tempestad. Vos, padre mio, sabeis lo demas; el tio murió el dia de la Asuncion, un poco antes de media noche; mañana, hace seis meses, espira el término de mi vida.»

Leonida se deshizo en lágrimas. Su padre se esforzó en consolarla; él tambien tenia necesidad de serlo. Mientras la abrazaba y la cubria de besos, el reloj anunció media noche.

—¡Veinticuatro horas de vida! esclamó Leonida con una voz ahogada.

Y al dar el grito lúgubre, que escucharon Luis y Arturo, cayó desmayada.

IV

EL BAILE.

Apenas se levantó la señorita de Saconnex, echó una mirada desde las ventanas del castillo hácia la campiña. Todo hacia esperar un hermoso dia, el viento habia secado la tierra durante la noche; un sol puro doraba las llanuras del Delfinado, y daba al horizonte un brillo magnífico. A la vista de este espectáculo enterneciose Leonida, y cayó en un letárgico abatimiento. Absorta por pensamientos fatales, se dejó ataviar como un niño, y fue conducida á la capilla. Allí únicamente parecia que volvia en sí; su mirada se animó, y sus megillas se cubrieron de un pálido sonrosado. Asistió á la ceremonia con una religiosa atencion, pronunciando con firmeza las solemnes respuestas; pero este último esfuerzo agotó toda la energia que le quedaba.

—Siento ya correr por mis venas el hielo de la muerte, dijo Leonida á su padre al salir de la capilla; pero no importa, os dejo un yerno.

En seguida volvió á caer en su primitivo abatimiento.

El conde de Saconnex habia dispuesto un convite magnífico, y un baile de máscaras para la noche. Mientras la cena, Leonida permaneció triste y silenciosa; pero á los postres salió de su abatimiento, desapareciendo su dolor. La alegria, que por tanto tiempo habia desaparecido en su semblante, vino por fin á apoderarse de su corazon, efecto de los licores que el conde la prodigaba de intento. De repente la alegria se hizo general y bulliciosa; la noche se deslizaba con rapidez. ¡Son tan pasageros los momentos consagrados al placer!

A las once aun se hallaban en la mesa. El conde mandó abrir el baile al instante; pero se creyó conveniente dejar una media hora de intervalo, á fin de que la coqueteria tuviese tiempo de retocar su toilette, y calmarse la alegria. Llenóse el salon; la riqueza de las tapicerias, la variedad y bizarria de los disfraces, la elegancia y finura en las maneras, la relumbrante claridad de las arañas, reflejándose veinte veces en grandiosos y magníficos espejos, producian un efecto mágico y encantador en el salon, embalsamado de flores y de perfumes embriagadores.

A la señal de la orquesta, el movimiento

se hizo general. Luis debia abrir el baile con su desposada; pero habia desaparecido repentinamente.

—Arturo, dijo el conde con impaciencia, abrid el baile con mi hija, pues la gente está consumiéndose.

A esta interpelacion, el jóven se adelantó dando la mano á la reina de la fiesta. Habia vuelto á adquirir su donaire, su frente serena, y su mirada llena de fuego. ¡Qué hermosa estaba con su vestido de gasa y raso blanco, su cabeza empolvada y coronada de flores! ¡Con qué gracia bailaba! El grave minuet parecia, por sus encantos y ligereza, trasformado en una voluptuosa danza española.

Mientras que la bella desposada se atraia la atencion general, se oyó el reloj; era media noche; al último golpe, el conde se acercó á su hija, y la dijo imprudentemente:

—La prediccion de la hechicera es una impostura; la hora ha pasado.

—Media noche ha dado en el castillo, pero no en Fourvieres, interpuso con una voz apagada una muger disfrazada de maga, que se deslizára entre la multitud.

Leonida se volvió para conocer á la persona que habia pronunciado aquellas fatales palabras. A su vista, palideció y vaciló, su mirada giraba al rededor de ella con espanto.

—¡Vedla! esclamó señalando una puerta abierta en un largo corredor.

—¿Quién? replicó Arturo.

—La muerte.

Al pronunciar esta terrible palabra se desmayó, y fue trasladada fuera de la sala del baile; se la creyó muerta por un instante, pero aun respiraba. Máscaras, músicos, criados, todos se cruzaban, tropezaban, y se lanzaban en el corredor que conducia al aposento donde fue conducida la desgraciada. Diversos rumores circularon entre la muchedumbre. La esplosion de una arma de fuego en el parque, aumentó el tumulto. Todos corrieron hácia el jardin, y al entrar en él, vieron á Arturo que venia con un par de pistolas en la mano, y acompañado de Luis vestido de religioso fuldense. Su hábito, de una blancura brillante, y manchado de sangre, hizo retroceder á la multitud espantada.

Tan luego como el baile fue interrumpido, Arturo, inquieto de la ausencia de su amigo, se marchó en su busca, y le reconoció á pesar de su disfráz, en el momento mismo que se ocultaba en el jardin. Lo fue siguiendo poco á poco á través de los árboles, y le vió detenerse y ponerse una pistola á la garganta.

—¡Detente desgraciado! esclamó asiéndole el brazo. Luis hizo un movimiento, salió el tiro, y se hirió ligeramente la cabeza.

—¿Por qué arrancarme á la muerte? Yo soy el asesino de Leonida; soy el fantasma que ha divisado y que la ha herido de muerte.

Luis volvió á entrar en el castillo, atravesó precipitadamente la multitud, que se apartaba horrorizada de ver su ensangrentado disfráz. Se arrojó de rodillas al pie del lecho de su desposada, que aun no habia recobrado el conocimiento.

—¡Hé ahí la muerte! esclamó ella enmedio de su acceso de locura, al ver á Luis. No os engañaba al deciros que vendria; separadla de mí, ¡ah! yo no quiero morir.

Se arrancó á Luis de esta escena de dolor ¡daba compasion! Sumido en la mas horrorosa desesperacion, rasgaba sus vestidos, se golpeaba el pecho, y pedia á grandes voces la muerte, que creia haber merecido por su disfráz impío.

Logróse por fin que se calmase, se despojó de sus ensangrentados vestidos, y volvió al lado de Leonida. El estado de la señorita de Saconnex era peligroso; una fiebre violenta mantenia su locura; en todas sus frases mezclaba el nombre de Nuestra Señora de Fourvieres, implorando su perdon con súplicas estrañas.

El conde hizo aparecer delante de él la vieja cuya esclamacion habia sido tan funesta á su hija. A fuerza de promesas y de amenazas se le arrancó la aclaracion del enigma.

Era la *Hechicera del Bosque*, hija del baron de Salignac, cuya historia habia contado Mr. de Saconnex. Conocia á la familia del conde, sin ser conocida. Reducida por la necesidad á ejercer el oficio de hechicera, que habia aprendido á su costa, habia el dia de la Asuncion encontrado en Fourvieres al vizconde y á su sobrina. De ahi los apóstrofes que

les habia dirigido cuando entraron en su casa, detenidos por la tempestad, y sabiendo que el vizconde estaba sujeto á una tisis, le habia enmedio de su furor aplazado á morir dentro de un año. El terror precipitó al enfermo el dia señalado á la tumba: hé aqui todo el hechizo de la vieja.

Estas declaraciones aceleraron la curacion de la señorita de Saconnex; pero su estado de debilidad retardó por mucho tiempo su matrimonio, y su salud siempre permaneció vacilante.

Dios con una leccion terrible la enseñó, que si es una debilidad el creer en los adivinos, es un crímen el consultarlos.=*T. de Estanislao Sech.*

LA ANDALUZA.

Cuan divina es la muger
Que aquí en el suelo andaluz
Tuvo por suerte nacer,
Y en su cielo vino á ser
Rico espejo de su luz!

—

Cuanto bella y seductora
La que aquí en Andalucía,
Con molicie encantadora,
Roba la gracia á la Aurora
Y á la flor su lozanía.

—

Cuan celestial y divina
La que aquí debe á natura
El encanto que fascina,
Y la plácida dulzura
Que al alma rinde y domina.

—

La que aquí tiene en sus ojos
El azul del firmamento
Y de su sol los despojos,
El dulce aroma en su aliento,
Y hasta amor en sus enojos.

—

La que aquí en el Mediodia,
Con ardiente corazon,
Y ecsaltada fantasía,
Bebió rica inspiracion
De su mágica poesia.

La que en este Eden de amor
Nace bella, angelical,
Y lleva el sello oriental
De nobleza y esplendor,
Cual maga pura, ideal.

—

¡Divina muger, hermosa!
Que luce bella y morena
Tersa mejilla de rosa,
Y con su frente serena
Tiene magestad de diosa.

—

Que rasgados, centellantes,
Como lucientes diamantes,
Sus árabes ojos son,
De miradas fascinantes
Que abrasan el corazon.

—

Sus pupilas tembladoras
Hablan de amor seductoras;
Y tiene tez de carmin,
Sonrisas encantadoras
Y la voz de serafin.

—

Negras cejas que cobijan
Sus penetrantes miradas,
Y que bellas, arqueadas,
En dos cielos breves fijan
Cara y frente sublimadas.

Que reducida y pequeña,
Siempre incitante y risueña,
Es su boca sonrosada,
Flor entre perlas sembrada
De placer y amor enseña.

—

Que es su cabeza hechicera,
De aromas mil perfumada,
En anchos hombros alzada,
Y de negra cabellera
Graciosamente adornada.

—

Y una mantilla *serrana*
Viste ligera y flotante,
Que su talle lo engalana,
Que le da forma elegante
Y belleza sobrehumana.

Y calza con gracias mil
Su lindo pie reducido,
Un zapato recogido,
Que va á su pierna gentil,
Por negras cintas prendido.

—

¡Divina, bella muger!
La que aquí en Andalucia
Tuvo por suerte nacer;
La que tiene su poesia
Y brinda al alma placer.

—

Muger celestial, divina,
Nacida para el amor,
Que arrebata y que fascina,
Hermosa flor peregrina
De este Eden encantador.

FEDERICO FERREDON.

Estudios morales.

EL DUELO.

El siguiente notable artículo sobre el Duelo, está tomado de la Enciclopedia moderna que con tanta aceptacion publica el conocido editor Sr. Mellado.

«Si no hubiera mas ley que la de Dios para regir las acciones de los hombres, el *no matarás*, pronunciado en la cumbre del Sinaí, bastaria para cortar todas las disputas que se han suscitado entre los moralistas en materia de duelo. Dios ha condenado el homicidio del modo mas perentorio y mas absoluto. En esta prohibicion no hay escepciones, no hay circunstancias de las que se llaman en el dia atenuantes; no hay distincion entre diferentes clases de homicidios. Dios ha querido que nadie sino él mismo pueda destruir la mejor de sus obras; aquella en que grabó su imágen; aquella de cuya forma se revistió él mismo para salvar al género humano.

Pero la flaqueza humana introdujo en la sociedad dos elementos, que por el consentimiento universal de las naciones, se han adoptado como escepciones legales de aquel precepto divino; la justicia y la política. La justicia declaró que no podia desempeñar su sublime encargo sin el suplicio; la política se creyó justificada con este ejemplo, para inventar la guerra. La pena de muerte y la guerra, hé aqui lo que el hombre con su propia autoridad ha colocado en lugar del mas so-

lemne, del mas augusto, del mas irrefragable de los mandatos. Hasta qué punto pueden justificarse estas instituciones, ó si las justifican los suplicios y las guerras que el mismo Dios autorizó en el pueblo que le reconocía por único legislador, no es cuestion de que debemos ocuparnos ahora; lo que cumple examinar, es si pueden hallar las mismas escusas el suplicio y la guerra que han introducido en sus costumbres ciertos hombres, desde cierto tiempo y en ciertas partes del mundo. Porque el duelo participa del carácter de suplicio, en cuanto que inflije la última pena como castigo de una ofensa, y participa del carácter de guerra, en cuanto á que arma á los hombres unos contra otros. Si dos necesidades tan urgentes como la conservacion de la sociedad y la seguridad de las naciones, legitiman la usurpacion que hace el hombre del poder divino, arrogándose la facultad de quitar la vida á su semejante ¿puede revestirse de la misma legitimidad una costumbre, producto de un sentimiento facticio, como es el honor, nacido en el seno de una institucion convencional, como es la caballería, y fomentado por un régimen político, que una vez sola se ha presentado en el mundo, y que solo se esplica por la barbarie del siglo en que floreció, como es el feudalismo? Y á esta duplicidad de carácter que descubrimos en el duelo, se agrega otra todavia mas culpable, y que se presenta como disyuntiva forzosa; porque si el duelo no es un asesinato, es un suicidio; y si no se consuma como uno ú otro de estos crímenes, no es menos cierto que la intencion de los combatientes es la perpetracion de uno de los dos, y que aunque falte la intencion, el resultado puede ser el mismo. El combatiente en duelo puede matar aun que no piense matar, y puede morir aunque tenga motivos para no temerlo. El que comete una accion premeditada de que puede resultar la muerte de su semejante, es un homicida; el que comete una accion premeditada, de la cual puede resultar su propia muerte, es un suicida. Asi, pues, el duelista, en el hecho de dar ó admitir un reto, se coloca en la categoría de los mas odiosos criminales; se arma contra Dios y contra la sociedad; se arroga un derecho que en la sociedad misma y en las autoridades legítimas que la rijen es todavía contestable y problemático. Y si en la sociedad y en sus poderes legítimos el derecho de vida y muerte se escuda con deberes santos é imprescindibles ¿cómo se escusará cuando procede de dos pasiones detestables, como el orgullo y el deseo de la venganza? Y si la justicia humana y la política alegan en su favor la posesion inmemorial y la universalidad de la práctica ¿puede acogerse á esta defensa el duelo, nacido en el siglo XIII, época de bárbarie y degradacion, y practicado solamente por una fraccion imperceptible de la especie humana?

La egida del duelo es el honor ¿Qué es el honor? Ya lo hemos caracterizado de sentimiento facticio, que no está en la ley divina, que no nace con nosotros, como nacen el amor á la vida, el amor sexual y el deseo de nutricion; es un sentimiento que se diversifica segun lo quieren la costumbre, el uso, el curso del tiempo y la moda; que en un punto del globo tiene ciertas reglas y en otro tiene reglas distintas; es un código arbitrario y convencional, que castiga la mirada, el gesto, el monosílabo, como la sociedad castiga el envenenamiento y el robo en despoblado. Es un despotismo ejercido sin pacto y sin conquista, por un puñado de hombres en quienes reconocemos una autoridad de influjo que apenas concederíamos á un Sócrates ó á un Marco Aurelio, y que por lo comun están muy lejos de pasar por modelos de virtudes. El honor es en su orígen, cuando mas, un suplemento de la justicia de que á la sazon carecian las sociedades europeas; regla de conducta, práctica social, legislacion arbitraria, que desconocieron Roma, Grecia y la Tebaida, de que no necesitaron Arístides, Fabio Máximo y Anastasio, para resplandecer en el mundo como dechados de virtudes sublimes. El honor, en fin, por eficaz que sea su accion, como auxiliar de la honradez, como garantía del decoro, no tiene su raiz en la conciencia, que es el juez supremo de la moralidad; la tiene en la opinion, que es el mas frágil, el mas variable, el menos autorizado de cuantos resortes mueven las acciones humanas, y asi es, que el honor prohibe el bofeton en la megilla del caballero, y lo tolera en la del esclavo, y la conciencia no distingue entre la reprobacion del primero y la

del segundo.

Es verdad que la palabra honor tiene una significacion mas noble y mas elevada; pero en este sentido no depende de nadie sino del que lo siente; el verdadero honor no necesita de otra sancion que la que se da él mismo á sí mismo. Es verdad que raras veces se lo niega la opinion, al menos la de los hombres sensatos; pero aun cuando se lo niegue, ni lo mendiga ni lo necesita. «No, dice Juan Santiago Rousseau; este honor no varia, no depende de los tiempos, ni de los lugares, ni de las preocupaciones; no puede estinguirse hoy ni renacer mañana; tiene su manantial inagotable en el corazon del hombre justo, y en la inalterable regla de sus deberes.»

Hay, pues, un honor verdadero y un honor falso; y si el primero es, como acabamos de ver, una emanacion inmediata de la moral mas pura, el segundo será todo lo contrario, un producto inmoral de los vicios del corazon. Si el primero es el aliado fiel de las mas nobles cualidades del ánimo, el segundo será el satélite de los estravíos que á veces penetran en la sociedad para corromperla y trastornarla. ¿Cuál de estos dos sentimientos da origen al duelo y lo autoriza? Parece que ningun hombre sensato puede vacilar en la respuesta; á menos de admitir que la gloria de matar á un hombre ó de morir á sus manos, puede ponerse en equilibrio con el testimonio de la conciencia, y con el desempeño de las mas sagradas obligaciones ¿Podrá sostenerse que las virtudes que un hombre posee en realidad desaparecen bajo el peso de las mentiras de un calumniador? El honor del hombre justo ¿estará á la merced del primer insensato que quiera lanzarle un vituperio? Se dirá que la provocacion al duelo y su aceptacion son pruebas de valor, y que esto basta para borrar la vergüenza que resulta de una mala accion ó de un vicio; pero el valor no es el compendio de todas las virtudes; no es un bautismo que lava todas las imperfecciones del alma. El valor puede aliarse en la misma alma con todas las torpezas que la envilecen, con todas las pasiones que la estravían. Casi todos los asesinos famosos han tenido un valor tan grande, que aplicado á fines mas nobles habria merecido llamarse heroismo; si no fuera asi, el hombre mas perverso dejaria de serlo á muy poca costa; el combate le serviria de absolucion; el acero y la pistola trasformarian en verdades las mas odiosas mentiras. Si se me echa en cara un homicidio ¿rechazaré la inculpacion esponiéndome á cometer otro? Si se me acusa de haber ofendido á una muger casada ¿probaré mi inocencia matando al marido, ó dándole ocasion de matarme? ¿Qué prueban el reto y la aceptacion? Prueban valor, pero no es esa la cuestion pendiente. Un calumniador mata á su adversario en duelo. ¿Se lava con esto de la mancha que ha echado en su opinion la calumnia? Si el calumniador es el que muere ¿no baja con él al sepulcro la ignominia de su nombre? ¡Qué consecuencias tan horrorosas se deducen de esta doctrina! Segun ella, la virtud, el vicio, el honor, la infamia, la verdad, la mentira, todo depende del éxito de un combate! Aprendan los hombres la esgrima; frecuenten el tiro de pistola, y ya tienen seguro el respeto de sus semejantes; ya poseen un pasaporte general para toda maldad, para todo esceso y para todo crímen.

Cuando la tierra estaba cubierta de héroes; cuando brillaban en el mundo los nombres de Cimon, de Leonidas, de Milciades, de Scipion, de Fabio Máximo y de Aníbal, el heroismo y el valor campeaban en escenas mas gloriosas que en lo retirado de un bosque, ó detrás de las tapias de un huerto. Entonces no se sabia qué hacer con el valor sino en presencia del enemigo comun. ¡Cuántos siglos han pasado por la faz de la tierra, sin que la especie humana tuviese la menor idea de ese nuevo crisol en que debia probarse el verdadero, el sólido mérito personal, sin que se descubriese el gran secreto de someter á la suerte de las armas la reputacion de los hombres! Fue preciso que las leyes perdiesen toda su energía, que se trastornasen todas las ideas sobre lo justo y lo injusto, que no hubiese mas derecho que la fuerza, ni mas balanza de justicia que la espada, para que se estableciese esa atroz jurisprudencia que purga un crímen con otro, y coloca en el santuario de Temis el vigor de los músculos, ó la destreza en el manejo de un pedazo de hierro. Las costumbres cambian con el tiempo, nos dicen los apologistas del duelo. Pero ¿puede hacer el tiempo que sean buenas las cos-

tumbres malas? Si los pueblos mas sensatos, mas valientes y mas ilustrados de la tierra no han conocido el duelo, será menester confesar que no es una institucion de honor, sino una moda bárbara, digna de su feroz origen. La cuestion es, si cuando se trata de la vida, el hombre de bien ha de oir las exigencias de la moda ó la voz del deber; si no es mas valiente el que arrostra la opinion estraviada que el que se le somete.

Y ya que se alega la opinion como tribunal supremo en esta clase de conflictos, apenas parece creible que una sociedad entera con sus labradores y menestrales inofensivos y pacíficos, con sus magistrados y empleados públicos, con sus filósofos y escritores, con tantos pa-

EL DUELO.

dres de familia, y tantas madres y tantas esposas, adopte como suya y venere como oráculo la opinion de un pequeño número de individuos, que son los que se creen deshonrados si no vengan en combate singular las ofensas que llaman de honor. Porque la manía del duelo solo predomina en un círculo determinado de individuos; en una clase de las muchas que componen una nacion; en una fraccion que se distingue de las otras por sus hábitos y por su comunidad de ideas y de diversiones. La inmensa mayoría, que no penetra en aquel círculo, ó desprecia ó perdona la ofensa, ó la castiga en el primer acaloramiento, ó la somete á la decision de la justicia. Y sin embargo, esos mismos que no se creen obligados á matar ó á dejarse matar en semejantes ocasiones, no solo toleran, sino que aplauden á los que se arrogan el privilegio de hacerse justicia por sus manos, como si fueran séres organizados de un modo distinto de los demas; como si hubiera para ellos una legislacion natural y otra positiva, diferente de las que comprenden á toda la humanidad; en fin, como si la conducta general, recibida, tradicional de la masa comun, fuese racional, justa y honrada para los

unos, y para los otros fuese degradante y envilecedora. En ninguna reunion de hombres decentes se sufriria la presencia del que vierte á sabiendas y con premeditacion la sangre de su hermano, y el duelista es acogido con aplauso, si no con aprecio y admiracion, por los hombres colocados en la clase que deberia ser el modelo de todas las otras. ¿Justifica esta odiosa práctica la necesidad de la propia defensa? Pero esa necesidad existe porque la busca el que acepta el reto. Rechácelo, y la necesidad desaparece.

Pero rechazar el reto es esponerse al desprecio público. Si el hombre recto hubiera de arreglar su conducta á los discursos insensatos de la muchedumbre; si hubiera de someter sus acciones al criterio de ese conjunto de seres indiferentes y desconocidos, á cuyos fallos interesados, impremeditados, productos de la rutina ó de la precipitacion, se ha dado el nombre de opinion pública ¿de qué sirven la meditacion, el estudio, la práctica de las virtudes, y una vida pura y acrisolada? ¿en qué se distinguirá entonces el sabio del hombre vulgar? ¿qué le habrán aprovechado sus hábitos de abnegacion, de rectitud y de benevolencia? ¡El desprecio público! ¿Qué desprecio es mas temible, el de los otros, obrando bien, ó el de sí mismo obrando mal? De poco puede servir al hombre la aprobacion agena, cuando el remordimiento lo devora, y la imágen de su víctima, bañada en sangre, empozoña su vida. El que tiene la conciencia tranquila, no hace caso del desprecio injusto de los otros; porque lo bueno y lo justo no dependen del juicio de los hombres, sino de la naturaleza, y aun cuando toda la raza humana aprobase un hecho inícuo, nada bastaria á borrarle su carácter.

Si el que rehusa un duelo no tuviese otro motivo para ello que el temor de la muerte, no se descubre porqué este sentimiento natural é inseparable de la vida, habria de esponer al hombre al desprecio de sus semejantes El que dice que mira sin espanto la proximidad de la muerte, no dice la verdad. Todo hombre teme morir; tal es la ley de los seres sensibles, sin la cual las especies que cubren la tierra desaparecerian muy en breve de su superficie. Este temor es un movimiento espontáneo de la naturaleza, bueno en sí mismo y conforme al órden. Unicamente es vergonzoso y digno de censura, cuando puede impedirnos obrar bien, y cumplir nuestras obligaciones. Si la cobardía no fuera un obstáculo á la virtud, dejaria de ser un vicio. El que está mas apegado á la vida que al deber, no puede ser sólidamente virtuoso, de modo que entre el amor á la vida y la virtud, no hay que vacilar un instante. Pero este es el único contrapeso que admite el amor innato de nuestra propia conservacion. Querer equilibrar su fuerza con un poder tan frágil, tan mudable, tan desautorizado como la opinion de las masas, es trastornar todas las reglas del buen juicio y violar las leyes que rigen el universo moral. El hombre que tuviera valor para decir: No admito el duelo porque no quiero matar ni morir, podrá tener en contra las hablillas de los ociosos, la desaprobacion de sus amigos, el desprecio de su adversario; pero tiene en su favor dos poderes mas irresistibles que obran en la humanidad, la religion y la naturaleza. O el duelo es una forma de guerra, ó es una forma de justicia. Si es una forma de justicia, carece de la primera condicion de toda justicia humana, á saber, la superioridad del tribunal con respecto al acusado; la seguridad de castigar al culpable sin peligro del inocente. Si es una forma de guerra, carece de la primera condicion de toda guerra legítima, que es el estar fundada en una necesidad de interés general y público. En una palabra, no es la justicia de Dios, ni la justicia de los hombres; no es una espiacion ni un sacrificio, no prueba nada, ni valor, ni inocencia, ni honradez, ni confianza en la rectitud de la causa que se defiende. Es el fallo de la casualidad, cuando no el triunfo seguro de un arte mortífero; es un acto de supersticion en un siglo de indiferencia; un recuerdo de privilegios odiosos en un siglo de igualdad; un resto de barbarie en el seno de la mas alta y refinada civilizacion; un homenage de sumision á una autoridad usurpada, en una época en que se proclaman los fueros de la conciencia, la libertad de exámen, y la independencia de la razon.

Ya hemos visto en otro artículo cuan poco fruto han sacado los legisladores del inmenso trabajo que han empleado en combatir esta peste de las sociedades modernas. ¿A qué po-

demos atribuir la inutilidad de tantos esfuerzos? Al terreno que han escogido para el ataque. Y en verdad, la legislacion tiene que reconocer su importancia, cuando lucha con costumbres arraigadas y preocupaciones á las que ha impuesto un sello el tiempo. Si han de observar los hombres lo que la ley condena, mas vale que la ley calle, y que no se envilezca por la inobservancia. Si la raiz del mal está en la opinion, la opinion es la que debe ser combatida. El ejemplo debe venir de lo mas alto, de las clases elevadas, del trono mismo cuya presencia no debe ser profanada por la del crímen. El alcázar de los reyes no debe ser hollado por el que huella la justicia, cuyo manantial es el monarca. Ni debe participar de los favores que la corona dispensa, el que usurpa sus prerogativas, y arranca al que la ciñe el poder de vida y muerte; ni el falso honor debe insultar con su mirada la dignidad, en quien miramos todos la fuente del honor verdadero. Alguien ha de haber en la sociedad que dé la mano al hombre de bien que se mantiene firme en las situaciones difíciles de la vida; alguna sancion honorífica ha de recaer en el que no vacila, entre el testimonio de su conciencia y el fallo del error y de la ignorancia.

MI CHALECO.

El mas adivinador ó profeta estoy seguro que se romperá en vano el majin queriendo adivinar qué mucho ó qué poco podré yo decir en este artículo que titulo *Mi chaleco*; pero como ni á lo mas pequeño é infinito le falta su historia, esta será la historia de un chaleco, para mí de fatídicos recuerdos de memorias pasadas, y causa de un verdadero escarmiento. Empecemos pues.

Yo soy hijo de Adan, y por lo tanto, nacido en pecado orijinal y capaz de pecar como todos los hombres. Uno de los pecados que tambien nos viene de herencia, es el de gustarnos las hijas de Eva, como aquella le gustó á nuestro padre Adan, y por lo que hubo, lo de la manzana y lo de la serpiente, que se arrastraba alzando la cabeza que mas tarde debían hollar una muger. Nacido en pecado, nada estraño es que yo fuera pecador. Mis ojos vieron y mi corazon amó; pero ¿á quién? á una muger cuyo gusto era en todo contrario al mio, en una palabra, dos estremos enteramente distintos; ella amiga de la ficcion, y yo de lo natural.

Justa era la muger que amó mi corazon, porque los ojos la vieron, pues los ojos, para mí, son causa de todos nuestros pecados. Verla y amarla todo fue uno; pero con qué amor tan diabólico y exaltado! tal era, que no pudiendo reprimir el ardor, de mi corazon de amante de novela, que sin mas ni mas, ni encomendarme á otro santo, aun siquiera con el mas pequeño prólogo esplicativo ó de tanteo, le dije que la queria en el castellano mas claro. Ella finjió sorpresa, rubor y confusion, y cuando terminé la pintura de lo que sentia mi corazon, me miró de abajo hácia arriba, (que es distinto que de arriba hácia

abajo, y lanzando una estrepitosa carcajada, me dejó hecho un Cacaseno, contando los balaustres de la ventana y las estrellas del cielo. Estupefacto con aquella aventura me miré yo de arriba abajo, y no encontrando nada en el piso rastrero, palpé con mis manos la cara y la cabeza....y....nada, todo era igual, y no habia motivo para aquella risa estrepitosa; ni en el piso bajo ni en el alto faltaba ni sobraba cosa alguna.

Cansado de meditar en vano sobre las causas que pudieran dar lugar para verme desdeñado de una manera tan indigna, encaminéme hácia mi casa, y encerrado en mi gabinete, empecé á comentar todas las cosas de que se puede reir una muger, pero como encontraba siempre la dificultad de que en ellas no hay reglas fijas, sino que marchan con el tiempo vario, quién puede responder del momento en que desgraciada ó afortunadamente le toca á uno hablar con ellas, y sobre todo, quién adivina muchas veces el porqué de la risa de una muger, las que (sin que esto sea una generalidad), por mucho que Clemencia las dore, siempre tienen mas astucia que espontaneidad.

Formando estos calendarios oí al negrito Simon que hablaba con uno de los criados de mi casa, y, como él lo era de la de ella, podia darme siquiera un indicio por donde salir de aquel laberinto de confusiones. Llamélo á mi alcoba, y despues de infinitas preguntas é inútiles respuestas, vine á sacar en limpio que lo flojo de mi chaleco y la naturalidad de su corte habia influido solamente en aquella inesperada risa, pues Justa era decidida por los chalecos ajustados, de corte ecsajerado y arreglados al último figurin.

¡Quién lo hubiera sabido! dije para mí, en cuyo caso me hubiera presentado con cintura de mono, oprimiendo tiránicamente mi vientre, en contra de todas las reglas de la higiéne; pero aun hay tiempo, pues aun cuando la primera impresion no ha sido nada buena, si la segunda hace olvidar la primera nada hemos perdido.

Busqué un sastre, le espliqué mis deseos, y él tomando sus medidas, me ofreció que quedaria sumamente complacido de las superiores cualidades del chaleco.

No pasaron tres dias sin que se apareciese mi sastre (francés por añadidura) con un chaleco delgado como un cesante, y tieso y duro como el pez de palo, y en efecto que era de palo, pues aunque presentaba en la superficie el blanco mate del raso bordado con ramos de oro, el interior ó costillaje estaba relleno de ballenas colocadas en forma de rayos de rueda de volante, y en la parte de atras un corsé, emballenado tambien, con unos diminutos carrillos por donde entraban los cordones y formaban el aparato de la estrangulacion barrigal. Tomé en mis manos el pesado chaleco, y aunque me parecía difícil que mi humanidad cupiese en él, tales fueron las ofertas del inteligente sastre y el elogio que sobre él hacía, que juzgué seria un verdadero Apolo asi que lo colocase en mi cuerpo.

Era domingo; hice la *toilet* cual una dama prendada de su hermosura, pues gasté tres horas completas en quitar de mi cara uno que otro bello castaño rubio que señalaba el lugar donde, con el tiempo, la navaja y mi constancia, deberían lucir barbas; perfumé mis cabellos y empecé á vestirme. Cuando llegué al chaleco, me coloqué ante el espejo para mejor conocer la metamórfosis que se debia obrar en mí, segun profecia del autor de aquella nueva malla oprimidora de la fecundidad de mi naturaleza. Enganché mis brazos en aquella chaquetilla, aflojé los cordones tiranizadores, y abrochando uno á uno los lindos botones que tenia, ví que las orejas del aparato estrangulador estaban en la fachada del frente, cuando por todas las reglas conocidas debian estar en la parte posterior del edificio, pero como *Monsieur Tili* me habia dicho que, tomando los estremos de los cordones y tirando por ambos á la vez reduciria el no quebrado de mi vientre á su mas simple espresion, tiré, rodó, seguí tirando, y andando los cordones iba el círculo del chaleco disminuyendo y desapareciendo de la vista las protuberancias de mi cuerpo. Confieso, aunque digan que soy *coqueto*, que me agradé, y seguí apretando, y entre *jala* y aprieta, quedé en tal estado de opresion que, cerradas las puertas del piso bajo y no teniendo la sangre circulacion, subióse á los balcones del

edificio. ¡Ay! ¡Justa, Justa, que injusta eres! y advierto que cuando hice esta esclamacion, era porque me era de todo punto imposible respirar con libertad, y sudaba cual si estuviera en un horno en tal opresion me tenia el tiránico chaleco. Pero era preciso resignarme, y no hubo otro remedio; para complacer á mi Justa, si llegaba á ser mia, encasquetéme frac y sombrero, tomé el necesario baston, y derecho como un huso, y mas oprimido que sardina en barril, dirijí mis inciertos y dificultosos pasos á la morada de la dueña de mis pensamientos y causa de mis padeceres.

Ella estaba en la ventana (este *ella* estaba muy de moda en el tiempo de mi chaleco), me vió, la ví, nos vimos, nos contemplamos, pero por mas que hacia yo por querer disimular la apretadura, ella se manifestaba por sí misma, por que yo estaba como pollo en pilon. Justa, que conoció todas las dificultades de que estaba revestida mi cintura, dejó caer un ramo de flores del que dulcemente aspiraba el perfume. Aqui fue ella, pues por mas que yo queria hacer la curva, el chaleco estaba empeñado en que no habia de salir de la perpendicular, y por mas que yo alzaba la pierna derecha para que me sirviera de balancin, y estiraba todo cuanto podia mi brazo derecho, era inútil, pues de ningun modo llegaba al maldito ramo, el que, si no temiera cometer un barbarismo diria que hasta las flores se reian de mi figura. ¡¡Sudaba!!! pero ¡qué sudores!, temia perder el equilibrio de la gravedad, y que al hacer un esfuerzo inusitado por alcanzarlo, fuera mi boca y toda mi humanidad á dar en el duro suelo de la calle. ¿Qué hacer en tan duro trance? Si hubiera sido Gabriel Ravel y no hubiera tenido travillas, me hubiera abierto de piernas, único modo de aproximarme á la maldita causa de mis afanes.

Justa me miraba, y se sonreia con una de esas sonrisas que hieren el corazon mas sensible; despues de sesenta posiciones, tan distintas como forzadas, logré alzar el codiciado ramo, y lo presenté á la picaruela de mi adorada.

—Gracias, caballero, por vuestros sacrificios, me dijo remarcando sus palabras.

Yo quise contestarle, pero me era imposible, pues ademas de la ocurrencia del ramo, aquella opresion me tenia mas que sofocado; cada una de las ballenas era un arpon que me heria cruelmente sin dejarme respirar tranquilo. Dos ó tres veces llevé la mano hácia átras, con el objeto de soltar el fuerte lazo causa de aquella soberbia apretadura, pero temia las consecuencias, y que Justa me viese sin cuerpo de avispa. A los pocos momentos de estar en berlina conocí que ella me miraba de otra manera, pero tambien conocí que las partes apretadas se estaban adormeciendo, coagulada totalmente la sangre por falta de circulacion, y todo mi consuelo era mirar el esbelto talle de ella, oprimida quizá tambien por un tiránico corsé. Hé aquí, dije yo, la causa de que la muger sea mas humilde que el hombre, y que se sometan con mas voluntad al dominio absoluto del matrimonio, porque acostumbradas á estar siempre apretadas, no sufren ni padecen por mucho que las apriete su marido; consecuencia lógica que no deja de estar fundada, pues no teniendo ellas otro movimiento que el que tan incómodamente les deja el corsé, nada estrañan del estrecho círculo en que las coloca el marido.

Justa quizá comprendia todas la reflexiones que asaltaban mi imaginacion en los momentos que medía con la vista su delgada cintura, y deseosa de mortificarme (no puede menos) prolongaba nuestra entrevista mas allá de lo que era justo esperar para ser la primera. Cuando llegó la hora de la despedida, volvió á decirme sonriendo: «Que usted descanse» y tenia razon, pues bien lo necesitaba mi cuerpo crucificado.

Al separarme de la ventana, desabotoné el terrible chaleco, y mi vientre volvió á colocarse á la altura que la naturaleza le ha concedido. ¡Con cuánto placer respiraba entonces! ¡Ah! ¡Moda, moda, y qué dura eres, y qué despóticamente imperas sobre la juventud!

Deseaba dormir, y mi blando lecho se ofreció á mi vista; acostado ya, medité, aun cuando era jóven, las consecuencias que podian traerme los amores con una niña tan caprichosa, y con una resolucion impropia de la primera edad, abjuré de mi error, y renun-

cié para siempre al amor de la bellísima niña, aficionada á los chalecos estranguladores.

Al dia siguiente estaba envarado completamente y no podia moverme, pues las ballenas habian amoratado todos los puntos en que habian tocado. Tomé el chaleco, lo contemplé un instante, y despues de haber reflexionado todo cuanto es posible reflexionar en el triste estado en que me habia puesto, me armé de un clavo, de un martillo y de un pedazo de pergamino, donde gravé con letras bien grandes

!RENUNCIO A JUSTA!

Así que lo clavé cual un murciélago, escribí debajo de él los siguientes versos:

Máquina horrible de oprimir el vientre,
Terrible invento de sumir barrigas,
Torturador de las cinturas gordas,
Yo te abomino.
Objeto impío que oponerte quieres
A los progresos que nos dá natura,
Y estrangular con tu fatal resorte
Por el abdómen;
Queda en suplicio ante mi pobre lecho
Para escarmiento en mi futura vida,
Pues con mirarte solo, nunca, nunca
Sufriré tu suplicio.
Imitador del infernal garrote,
¿Cómo no ser de la salud verdugo?....
Renuncio, pues, á tí,—Renuncio á Justa,
Que aborrezco el suicidio.

Desde entonces ha quedado clavado mi chaleco en la pared, donde lo conservo para recuerdo de los amargos instantes porque me hizo pasar.

A los dos años de esta ocurrencia, en que ni una sola vez habia visto á Justa, supe que había muerto de una tísis, á consecuencia de un apreton del corsé, que la hizo arrojar sangre por la boca; la sentí bastante, pues era una buena muchacha, con el solo defecto de su fanatismo por la elegancia. Por eso veran todos los que me conocen, que cada vez que veo una muger envuelta en carnes y con cintura de avispa digo, haciendo la señal de la cruz:

Máquina horrible de oprimir el vientre,
Terrible invento de sumir barrigas,
Torturador de las cinturas gordas,
Yo te abomino.

Versos que como llevo referido estan bajo de mi *chaleco-máquina*, del chaleco que ha dado argumento para un artículo á la víctima de su aparato estrangulador.

RAFAEL OTERO.

FIN.

INDICE POR MATERIAS.

ESTUDIOS DE HISTORIA NATURAL.

Los insectos músicos. Página 36.
Los delfines. 155.
Las serpientes. 211.
Liliputienses aztecas. 256.

ESTUDIOS ASTRONOMICOS.

Constitucion física de la luna. 20.

ESTUDIOS FISIOLOGICOS.

Del verdadero origen de los gestos. 180.
De la combustion espontánea. 192.

ESTUDIOS HISTORICOS.

Napoleon en Sta. Helena 236.
Disertacion sobre si la célebre batalla de MUNDA, ganada por Julio César contra Gneyo Pompeyo, se dió en los campos de la villa actual de Monda. 321.

ESTUDIOS BIOGRAFICOS.

Santiago Antonio Manuel. 47.
Luis Van-Beethoven. 135.
El Abate L'Epée. 162.
Pablo Marat. 175.
El Contra-almirante La-Ray. 249.
Primeros mariscales del Imperio frances. 315.
Mahe de la Bourdonais. 356.
Attila, el azote de Dios. 359.
Washington. 392.
Doña Isabel la Católica. 394.

ESTUDIOS LITERARIOS.

Cantos populares suecos. Hillebrand. 35.

ESTUDIOS ARQUEOLOGICOS.

Estudios sobre los dos bronces encontrados en Málaga á fines de Octubre de 1851 49.
Estudio de una medalla de Neron que fue encontrada en una estátua colosal en Cártama. 225.

ESTUDIOS MORALES.

Historia del niño. 215.
El gran teatro del mundo. 231.
El Duelo. 405.

VIAJES.

Nueva Gales del Sur. 12.
El Tirol. 31.
Isla del Tigre. China. 101.
Un viage á Velez. 119.
Los indios del Senegal. 137.
El Grand-Fond 171.
La Abadia de Battle. 184.
Viage por la línea de ferro-carril de Liverpool. 223.
Viages. Márgenes del Hudson. 279.
Futtypore Sicri en el Mogol. 285.
Brest. 317.

COSTUMBRES.

La Córcega, la caza y los bandidos. 7.

LEYENDAS HISTORICAS.

Recuerdos del Castillo de Schoembrun. 41.
El judio Samuel Ebn'Adia. 123.
Senefelder ó la leyenda de la litografia. 164.
Por un búfalo. 289.
Los catorce dias felices de Abderrahman el magnánimo. 297.

NOVELAS, CUENTOS Y ANECDOTAS.

A solas con un leon. 23.
La Roca de Nerling, leyenda escandinava. 103.
El arte de hacer fortuna. 106.
Una gloria póstuma. 113.
El leproso de la ciudad de Aoste. 144.
La Cama Negra. 189.
Paulina Rubens. 195.
El Gobernador de la Samaritana. 218.
La Rosa de Té. 233.
El pobre diablo. 251.
La Rosa de Harnesteim. 258.
Cuentos de familia por Dickens. Historia de alguno, ó el origen del Rio. 366.
Un drama al pie del Vesubio. 374.
La Hechicera del bosque. 398.

POESIAS.

Maron. Leyenda histórica morisca. 97.
Epistola á mi querido S. S. 111.
A una flor. 131.
A. C., Soneto. 136.
La Esperanza. 153.
A Málaga, Soneto. 180.
Los pollos. Epistola á Fabio. 213.
Adios á la patria. Romance morisco. 222.
Soneto. 232.
Una Rosa colorada. 248.
A Tuli. Endechas. 282.
Una lágrima. 314.
A la luna. 319.
En el album de la señorita doña C. T. 373.
A una flor. 391.
La Andaluza. 404.

EDIFICIOS Y MONUMENTOS NOTABLES.

Origen de la Gran Cartuja. 132.
Crónicas históricas de los principales monumentos y edificios de Salamanca. 263.

MISCELANEA.

Religion judaica. Ceremonias de los judios modernos. 158.
Círculos espirituales.—Toques espirituales. 178.
Higiene. Del método que debe observarse durante el Estío. 208.
Consejos higiénicos para las mugeres durante el embarazo. 287.
Construcciones navales. 293.
Un combate naval. 362.
Mi chaleco. 410.

EXCMA. DIPUTACION PROVINCIAL Juan Temboury MALAGA

LÁMINAS ILUSTRATIVAS QUE CONTIENE ESTE VOLUMEN.

Vista de Sidney. Página 16.
Porciones de la Luna vistas con el telescopio. 21.
Vista de Inspruck 32.
Algunos insectos músicos. 38.
Santiago Antonio Manuel. 48
Isla del Tigre (China). 102.
El Dómine y Sinrecursos. 108
En los tejados. 109.
Castillo de Taymouth (Condado de Perth). 116.
Puente sobre el Dovrefield. 122.
Los Cartujos. 134.
Cascada al otro lado del Blaawe-Berg. 143.
El Leproso de Aoste. 152.
Delfin y Marsopla. 156.
El Abate L'Epée. 163.
Vista de Haiti. 173.
Topografia de la cabeza segun Spurzheim. 181.
Parte esterior del cerebro, con los músculos principales del rostro. 182.
Corte del cráneo y del cerebro. 182.
La Cama negra. 190.
La Casa de Rubens. 196.
Las serpientes. 211.
Instalacion del Gobernador de la Samaritana. 221.
Napoleon y Sir Hudson Lowe. 240.
Sepulcro de Napoleon en Sta. Helena. 247.
El pobre diablo. 253.
La Rosa de Harnesteim. 260.
Las empalizadas, sitio llamado asi en las márgenes del Hudson. 280.
Futtypore Sicri en el Mogol. 286.
Condenado cortando la llave de un navio. 295.
Combate. 313.
Rada de Brest. 318.
Mabe de la Bourdonais. 357.
Combate naval. 364.
La quinta de Odoardo. 375.
La condesa de Odoardo. 383.
El Conde Odoardo. 387.
Doña Isabel la Católica. 396.
El duelo. 408.

REVISTA

PINTORESCA.

939-b